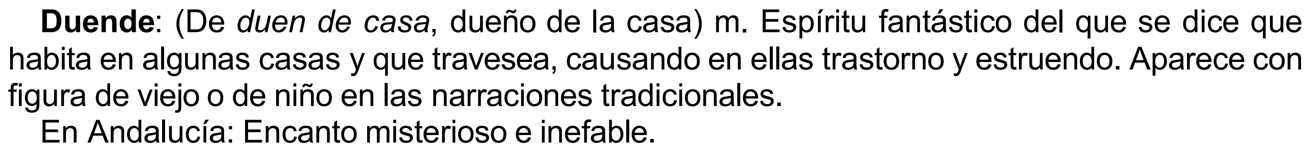
DUENDE

Vargas “el brujo”

A mi mare



Duende: (De *duen de casa*, dueño de la casa) m. Espíritu fantástico del que se dice que habita en algunas casas y que travesea, causando en ellas trastorno y estruendo. Aparece con figura de viejo o de niño en las narraciones tradicionales.

En Andalucía: Encanto misterioso e inefable.

Diccionario de la Lengua Española.
Real Academia Española.
XXI edición.



Neofitus (El Neófito)

Dicen de mí que me amenaza el tiempo.
Dicen de mí que si estoy vivo o muerto.

1.
El Viaje

Más allá...Más allá de cualquier tipo de enajenado artificio y convención, perdido en la jungla virgen y salvaje, imaginaba Juan Valverde la existencia de un pueblo acorde a la naturaleza de las cosas. Según las tradiciones más antiguas existía un lugar en el mundo que era el centro del saber, una tierra donde los hombres vivían en paz y felicidad. La localización de dicho centro se decía que podía situarse en el caluroso desierto de Gobi, en los fríos Himalayas, en la húmeda selva del Amazonas. Sin embargo él tenía otra teoría.

- No acabo de entender cómo un hombre de su valía pierde el tiempo en estas tonterías románticas - sentenció complacido de su afirmación el catedrático Luis Gómez.

Juan bajó los ojos avergonzado. Ni él mismo entendía el motivo de su obsesión. Cualquier comentario adverso acerca de su propósito le hundía en una confusión de la que no podía salir, en una visión de sí mismo en que aparecía como un hombre sin rumbo, como un desgraciado aquejado de una enfermedad sin posibilidad de curación.

- No son tonterías - trató de defenderse removiéndose inquieto en la pequeña silla.

Se produjo una tensa pausa que aprovechó el catedrático, acomodado en su digno asiento, para echar al descuido el humo de su cigarro sobre el rostro del joven. Este se encogió aún más en su lugar.

- Existen leyendas en todas las culturas respeto a un pueblo nómada de origen desconocido que, a medida que atravesaba los diferentes lugares de la tierra, dejaba tras de sí una sabiduría sagrada

Gómez sonrió con todo el cinismo albergado en sus años de práctica académica. Era evidente que su interlocutor estaba afectado por el exceso de libros místicos y esotéricos, algo típico de una mente inmadura y sin preparación científica. Sin embargo el hombre que tenía delante era el mejor estudiante que había tenido: poseía un don especial para la investigación y su formación académica era impresionante para un hombre de su edad.

La conclusión ante esto era que sencillamente se había vuelto loco, algún problema emocional grave había trastornado la mente de aquel brillante alumno generando una obsesión delirante de contenido mágico.

- Pienselo bien Juan - insistió ahora con voz paternal-. No puede arruinar su carrera académica dejándolo todo en busca de un reino perdido.

Miró con lástima a aquel joven extraviado y sonrió sintiendose seguro y sólido ante él. A diferencia de Juan él sí era un hombre que sabía tener los pies en tierra y la cabeza en un conocimiento científico.

- De hecho - continuó adoptando un aire omnisciente- esas fantasías ya han sido ampliamente investigadas y documentadas por Wrilok, Rischer y otros autores de los que puedo darles referencias. Se trata simplemente de un arquetipo, de una leyenda necesaria para asegurar la cohesión social en pueblos primitivos y poco avanzados. Además...

- Usted confunde las cosas - le cortó precipitadamente Valverde -. Usted cree que es un mito surgido por una causa socioeconómica. Y para mí es al contrario, es la existencia de ese pueblo la causa del desarrollo cultural de los mitos mágicos en los lugares por donde pasaron...

- Ya. Usted habla de las teorías ocultistas que afirman la existencia de superhombres, de iniciados, de sabios inmortales y demás zarandajas - le cortó a su vez Gómez con helada voz.

- No exactamente -trató de aclarar enrojecido Juan-. Hablo de las diferentes tradiciones

religiosas que afirman que existieron héroes, sabios, hombres excepcionales causantes de cambios drásticos en nuestra visión del mundo.

- No existe tal cosa -sentenció el catedrático ya con cierto aire de fastidio-. Además si fuese así ... ¿porque no tenemos noticia de ellos en la actualidad?.

El joven calló. Sabía que continuar esa conversación era inútil. Todo estaba en su contra. En los tiempos que corrían repletos de magos y gurús en cada esquina era difícil sostener la seriedad de la existencia de un saber misterioso. De hecho él mismo se había introducido en otra época de su vida en el mundo del ocultismo. El resultado fue su marcha de él decepcionado y convencido de la falsedad de cualquier idea mágica. Ante el vacío originado se había convertido al pensamiento racional universitario, discurso en el que se había volcado de un manera obsesiva.

Sin embargo ahora, llegado al fin de su carrera académica, volvía a sentirse decepcionado. Tampoco el conocimiento ortodoxo llenaba su alma. Un deseo oscuro le impulsaba hacia algún lugar que él mismo desconocía. El conocimiento adquirido lo utilizaba como muleta para poder andar en sociedad e impresionar a las amistades con su amplia erudición, pero ese discurso frío y estéril le amargaba el corazón.

También sabía que aquella ideología era mejor que las miles de tonterías y mentiras que corrían fuera de las murallas universitarias. Valverde no podía elegir, porque carecía de posibilidad para ello. La perspectiva que se le ofrecía era simplemente ser un ortodoxo o convertirse en uno más de los mercachifles y embaucadores que llenaban el presunto saber heterodoxo.

- Colón tampoco fue creído en su época - murmuró abstraído.

Al instante Juan se arrepintió de su lengua irreflexiva. Le había dado a su contrincante la oportunidad de ser ajusticiado por semejante arrogancia. Esperó con el estómago encogido el castigo merecido.

Gómez se reclinó hacia atrás. Saboreó con calma el momento quitándose las gafas y haciéndose un ligero masaje en el puente de la nariz con aire de cansancio infinito. Luego emitió un suspiro prolongado, para complacerse finalmente en la visión de ese hombre confundido y derrotado que tenía delante. No podía negar que guardaba un oculto rencor a ese joven. Demasiadas veces le había puesto en evidencia al impartir una clase, demasiadas veces había tratado de minar su autoridad ante el resto de sus compañeros con preguntas incisivas y respuestas críticas. Era el momento de disfrutar de la merecida venganza, de poner a cada uno en su sitio de una vez por todas.

- Tienes algo más que decir.. hijo - el énfasis en la última palabra con la mirada fría y fija en el estudiante era la estocada.

Se relamió viendo cómo los hombros de Valverde bajaban y cómo sus ojos quedaban fijos en el suelo.

- Así que no quiere firmar para autorizar esta beca de investigación - balbuceó Juan

Como siempre se había derrotado a sí mismo, sin necesidad de que su rival hiciera el mínimo esfuerzo para rebatirle. En el fondo, pensó, quizás me complazca que me crean un chiflado.

- Los fondos universitarios son para investigaciones serias y fundamentadas. Esto...- y aquí venía la puntilla- no es un jardín de infancia. ¿Desea algo más.?

La torpe recogida de papeles, la caída del bolígrafo al suelo, los balbuceos inconexos del

joven eran sólo ya la salida del cadáver. Al cerrar la puerta del despacho del catedrático se juró a sí mismo renunciar a la universidad. Trató de contemplarse a sí mismo como una especie de héroe, como un genio romántico incomprendido por su época, pero la sensación de ser un fracasado comenzaba a roerle su interior haciéndole dudar de su propio equilibrio mental.

¿Qué podía hacer? Sólo, sin amigos que le pudieran ayudar, andaba por las calles luchando contra sus propios temores. A veces trataba de demostrar su inteligencia exhibiendo sus abundantes conocimientos en informales reuniones filosóficas para solo constatar que a nadie le importaba su erudición. Su discurso racional, soso y aburrido, no era aceptado simplemente porque a decir verdad ni él mismo se lo creía. Quería revolucionar el mundo del conocimiento humano y se encontraba con que no podía ni mantenerse a sí mismo.

Habían momentos de exaltación en los que se juraba a sí mismo vender todo lo que tenía y salir a la ventura, momentos a los que sucedían otros de profunda depresión en la que se complacía viendose a sí mismo en un lugar perdido de la tierra, sólo y arruinado. Tumbado en su cuarto, sin nada que hacer, siendo carcomido por la duda y el disgusto de ser él mismo, dejaba que su alma fuera una y otra vez pasto de las hienas.

A medida que su frustración aumentaba más obsesiva se volvía la idea de que tenía que intentar realizar su proyecto, que la solución de su vida radicaba en un golpe audaz y decisivo tras el cual vendría el merecido descanso. Regresaría con pruebas del hallazgo de una cultura desconocida y portentosa. Imaginaba entonces las aclamaciones, las invitaciones de personas importantes. El sería el alma de todas las fiestas, el centro de todas las reuniones. Paladeaba el sabor dulce de la venganza cuando todos los que se habían burlado de él vinieran cabizbajos a pedirles disculpas.

Así pasaron meses, entre soledades y borracheras, entre subidas y bajadas, entre creerse el hombre más importante del mundo y el más insignificante, hasta que finalmente un día se levantó como un autómata, pidió un préstamo a su familia y simplemente se marchó.

Sí, así sin más. Pues razón no existía en ello.

Ilusiones quebradas, sueños mojados en papel, calor asfixiante y soledad amarga convivían apaciblemente en el miserable cuarto de Juan. Ahora reconocía su impulsividad, su falta de seriedad en el planteamiento. Había creído que lo único que tenía que hacer era decidirse y ahora se encontraba perdido en una cultura extraña y sin medios para continuar.

El viaje había sido sencillo, tanto que Valverde no podía creer el motivo de tanto desespero vivido en su patria. En el avión había estudiado complacido el mapa que había dibujado antes de partir. Era un gráfico sencillo pues su teoría era simple: ese pueblo, procedente originalmente de África, había ido desplazándose hasta encontrar el imponente muro del Himalaya asentándose durante un tiempo en la India. Finalmente existió una nueva migración hacia Europa y América, perdiéndose así el rastro de ese pueblo.

Sin embargo existían leyendas que afirmaban que un núcleo importante había dado un paso inaudito para este pueblo nómada: la navegación. Por alguna razón misteriosa una parte de ellos habían decidido saltar a la mar . Esto, junto con la insistencia de la cifra cero en diferentes testimonios, le habían hecho conjeturar que ese pueblo habría desembarcado primeramente en la antigua Ceilán, donde habían dejado pruebas de su paso, para finalmente

atreverse a surcar el Océano hasta llegar al lugar donde se hallaban actualmente situados: Indonesia.

Partiendo de esta sencilla conclusión, basada en cientos de horas de emborronar cuadernos, Juan había decidido que Sumatra era el destino elegido. Desde allí podría continuar su investigación; encontrar las pistas adecuadas, hallar a dicho pueblo, obtener pruebas documentales y todo eso, sentenció mientras consumía una buena cerveza en el confortable sillón del Boeing que surcaba el cielo, en el plazo de lo máximo un año.

Al llegar a Palembang había buscado un buen alojamiento, para dirigirse luego a la oficina de turismo y pedir mapas y guías diversas. Este simple hecho le costó un enorme esfuerzo, dado que su inglés era pésimo, y la indolencia de los funcionarios todavía lo hacía más difícil. Tras una ducha fría para eliminar el asfixiante calor, conectar la ventilación de la habitación y encender un cigarrillo, había meditado sobre su siguiente paso. Reconocía que podía haberse preparado mejor para su partida, pero ésta había sido tan precipitada que apenas le había dado tiempo para despedirse de su familia. También, no pudo menos que reconocer, esta ausencia de datos hacía más excitante la aventura.

Lo que tenía que hacer era sencillo. Explorar el ecuador de la isla que, justamente, era el ecuador del planeta. Semejante coherencia lógica le había hecho ver aún más sencilla la exploración que iba a realizar. Como punto de partida cogería el tren hasta Bukitinggi, la zona montañosa, y desde allí con un vehículo todo terreno iría descendiendo para acabar en Pakanbaru como zona base de operaciones. Haciendo círculos concéntricos estaba seguro que podría recorrer cada centímetro de la isla.

Juan no sabía qué era el monzón, pero tuvo tiempo de comprobarlo. Había partido de España a principios de año, repitiéndose una y otra vez lo de "año nuevo vida nueva", y eso le hacía sentirse con más garantías de éxito en su odisea. Desgraciadamente se había quedado detenido en su camino por el monzón en un pequeño pueblo, y su ignorancia absoluta del idioma local, el bahasa, le permitió hundirse lentamente en una pesada depresión que había acabado tres meses después por dejarle inmovilizado y con fiebres continuas en una choza húmeda y sin comodidades.

Ahora lo entendía todo, se repetía una y otra vez, su anhelo era la muerte, y dado que era tan cobarde como para optar por el suicidio había preferido inconscientemente una muerte lenta y sin testigos. Esto también explicaba la desaparición incomprensible de sus pertenencias a cien kilómetros de Bukittingi. Su inexperiencia en vehículos todo terreno le había hecho embarrancar. Para cuando volvió con ayuda el coche había desaparecido sin dejar el menor rastro. Esto le había dejado en una difícil situación: volver a la ciudad y denunciar el robo, o continuar su exploración obviando el incidente.

Afortunadamente las fuertes lluvias le permitieron no tomar decisión alguna. Atrapado en un clima hostil y sólo pudiendo comunicarse por signos con los nativos de la aldea vecina al accidente, Valverde comenzó el descenso a la desesperación absoluta sin ayuda alguna. Para cuando cayó bajo la fiebre tropical un extraño rictus de complacencia se dibujó en su rostro. Por fin su destino se había cumplido, Era uno de los tantos Colones que naufragaron antes de llegar a sus Indias. Ahora sólo tenía dos salidas: o morir en una tierra extraña o, si sobrevivía, volver y tratar de una vez por todas de sentar la cabeza.

A medida que la fiebre le iba minando su vitalidad más luminoso contemplaba el mundo que había dejado atrás. El que tanto había odiado la vida muelle y burguesa, la ausencia de

grandes metas y hazañas, ahora la contemplaba como el sentido de su vida. Un trabajo rutinario y una vida lo más adaptada posible al modelo de su época, una muerte en vida que se había convertido para él en su resurrección.

Si salía de ésta, se juraba, nunca más volvería a pensar en saberes escondidos, en posibilidades ocultas del ser humano, lo que hay es lo que hay, y lo que él necesitaba era volver de esta formidable expedición para por fin poder asentarse. Se veía como un iniciado, como si por fin hubiese alcanzado su condición adulta. Entre desvaríos provocados por la fiebre las imágenes de reencuentro con la civilización, los abrazos con su familia, la obtención de un puesto de profesor, su boda y sus futuros hijos, se aparecían ahora como los grandes hitos de la vida.

Sí, su mala cabeza le había perdido. Se sentía como el Quijote, demente por una intoxicación de libros fantásticos. Ahora sabía qué era la verdad y la mentira, veía al catedrático Gómez dándole palmadas en la espalda, veía cómo él mismo aleccionaría a los jóvenes para que se dieran cuenta de que no creyeran en fantasías románticas con el argumento de que él también las creyó. Finalmente la fiebre le dominó por completo, y a medida que iba perdiendo la conciencia comenzó a llorar tristemente. Ni siquiera iba a poder volver, al contrario, iba a morir ahora que había encontrado el sentido de su vida.

El mundo era injusto pero, sentenció antes de caer en la nada, se lo tenía bien merecido por desperdiciar su existencia. Años de estudio y obsesión que podría haber entregado a las bellezas de la vida.

- Ni siquiera he podido gozar de mi juventud - murmuró mientras un oscuro torbellino se apoderaba de él sumergiendole por fin en la reconfortante inconsciencia.

Maloliente y desnutrido, envuelto en una sencilla manta, allí quedó el cuerpo de Juan. Fuera, el mundo no se había alterado lo más mínimo. Seguía lloviendo.

Voces y sonidos en la penumbra del fuego. Ojos encendidos de estrellas siguen el ritmo de los latidos. Una mujer morena aparece en el centro de un circulo de hombres plateados. Ella levanta sus brazos y verdes alas se despliegan ante sus miradas. De golpe cada uno de ellos se mueve al unísono, adoptando diferentes posiciones corporales, y sus cuerpos se encienden ante la mujer alada.

Desde una oscuridad sin fondo Valverde sintió su regreso. Como si atravesara un túnel, como ascendiendo desde un profundo pozo, notó que salía rumbo al exterior. Una voz queda y un sonido rítmico le atraían. La curiosidad le incitaba hacia fuera, y esta sensación fue creciendo y creciendo hasta finalmente desembocar en abrir los ojos y despertar en otro mundo.

- Hashta Namasté - escuchó de unos ojos profundos y oscuros.

Un anciano sentado en una silla palmeaba unas ramas provocando un sonido cadencioso, como de faldas al levantarse. Por un instante el mundo de Juan se partió en dos. Convencido de su muerte y aparecido ante otro no sabía si donde estaba era este mundo o en el más allá. Sintió que no podía encajar las dos realidades y miró desconcertado hasta asumir su estancia en aquella humilde choza con todo el cuerpo sudado y desnudo.

El anciano sonrió como si tratara de darle confianza para que se sintiera cómodo, se encogió de hombros ante la pregunta de Juan sobre su identidad y siguió manteniendo el frufreo de las ramas. Juan sintió la sensación de poseer todo el tiempo del mundo para comprenderse y lentamente comenzó a reconstruir su mundo. Buscó un recuerdo de sí que le permitiese saber quien era, reconocerse ante el exterior. Finalmente lo descubrió al recordar el motivo de su estancia en aquel lugar y desde allí ordenó su mente. Era él y estaba en el este del ecuador.

Una certeza invadió lentamente su mente. Aquel no era el lugar donde encontraría su destino, no era el punto mágico en el que residía su objetivo. No era aquella isla, era la isla vecina. En el centro de Kalimantan se hallaba la meta de su oscuro anhelo. La convicción fue tan fuerte que le dejó con los ojos clavados durante un largo rato sin mirar a ningún sitio.

El anciano detuvo su sonido rítmico para exclamar un sonido inarticulado, como surgido de un animal. Algo recorrió la estancia, como un viento animado. Valverde comenzó a sonreír sintiéndose en aquel momento extrañamente feliz. Sabía de alguna manera que no estaba sólo en el mundo. Por un instante se sintió distinto ante aquella percatación , y un extraño temor invadió su mente. Era como si la base de su identidad se viera amenazada por algún motivo, y sintiera la necesidad de negarlo. Al hacerlo recordó de golpe todas sus penalidades y se incorporó tensamente.

- ¿Quien es usted?. ¿Que ha ocurrido?- repitió ahora con mas fuerza. La sensación de confusión se apoderó de él, y comenzó a sentirse cómodo. Ahora ya no dependía de él encontrar la información orientadora sobre la realidad.

El anciano no respondió. Se levantó de la silla mascullando algo, y apareció ante el joven la mujer que le había alquilado la choza.

- No se preocupe señor, ya está fuera de peligro. Usted no estaba prevenido y un mal espíritu le agarró y casi se lo lleva de aquí - le dijo en un ingles que con torpeza comprendió Juan .

Miró con desconfianza lo que le ofrecía la mujer. El tazón caliente que llevaba en sus manos expelía un aroma que le hizo de golpe sentir el hambre que tenía, su largo tiempo sin ingerir alimento. Lo cogió y lo tomó en silencio. Sus dos acompañantes también guardaron silencio mirando con complacencia cómo comía. Parecía que no existiese prisa en su espera, como si todo el tiempo del mundo fuera suyo y nada más tuvieran que hacer que estar ahí mirándole. Esa sensación calmó los nervios de Valverde, permitiéndole perderse en los sabores del líquido que le inundaban y la simple percepción de lo buena que era la vida. Era como una sensación básica, como de una certeza clavada en las carnes. Era así, sin más.

Los días fueron pasando, y con ellos la certeza de su destino que había invadido a Juan al despertar. A solas consigo mismo, con el único dato de una sensación difusa en su interior y enfrentado a una enorme maquinaria intelectual incrustada en él, notó cómo la razón heredada por años de aprendizaje enterraba a aquel saber sutil similar al olor de una rosa. El poeta de nuevo volvió a dejar paso al científico, la intuición al conocimiento discursivo, y con este paso Juan volvió a sentirse infeliz tendido en un sucio lecho a miles de kilómetros de su patria.

¿Qué había ido a buscar en estas extrañas tierras? Fuera lo que fuese de nada servía en

realidad. El mundo no podía cambiarse, lo único que había hecho era caer en una especie de delirio misionero, de creer en un mito perdido en la memoria del tiempo. Recordaba lo que se había prometido a sí mismo antes de caer inconsciente: volver a la civilización, buscar un lugar en ella y olvidarse por fin de sus sueños de juventud. En el fondo, pensó, lo único que he hecho ha sido escapar de mis obligaciones como hombre, no querer integrarme en mi sociedad por miedo a no saber encajar.

Con similares pensamientos pasó el tiempo de su recuperación. Por las tardes practicaba el idioma local con la mujer que le había alquilado la choza, Ishma. Aquella mujer no parecía tener ninguna prisa, le trataba como si fuera un niño pasando las horas muertas charlando y repitiendo las palabras una y otra vez. Cuando finalmente se sintió con fuerzas recogió sus cosas y fue a despedirse de la mujer que le había alquilado la cabaña. Los niños jugaban en la aldea, y sus gritos se asemejaban a un canto de alegría y libertad. Sintió como un pellizco en su corazón, como un darse cuenta de que él no volvería a ser niño. Pensó que aquel canto surgía de la inocencia de no saber lo terrible que era el mundo de los adultos. Respiró hondo y siguió avanzando por los caminos de barro hasta la choza de Ishma.

Sentado fuera, con los ojos entornados y fumando un pestilente cigarro, se hallaba el viejo de las ramas. Parecía seguir el compás de una canción palmeando su mano con la rodilla. Aquel murmullo de su garganta parecía irse apoderando de Valverde a medida que se iba acercando a él. Finalmente se detuvo ante el anciano, y algo pareció romperse dentro del joven. Débil y tambaleante, como si todavía no supiera estar de pie pese a su edad, contempló al impasible fumador que sentado en una tranquila inmovilidad parecía haber vivido así durante siglos.

Ese hombre era como un niño, oía cómo su murmullo se adaptaba al chillerío de los niños, desde otro lugar y sin embargo desde el mismo. Poco a poco un pensamiento comenzó a invadir su mente, sintió como una punzada en su costado y experimentó la envidia. Sí, él que había estudiado tanto, que había probado todas las cosas que podían comprarse con dinero, que sabía que sólo tenía que volver y adaptarse por fin a su mundo, ahora quería lo que tenía ese anciano. Quería su felicidad, porque él en ningún lugar había conseguido encontrarla.

- ¡Ah!. ¡Es usted! - una voz de mujer le sacó de sus pensamientos - No se quede ahí, pase dentro, pase.

Juan miró a Ishma, la vieja propietaria de la cabaña, y obediente cruzó la puerta siguiendo las faldas de la mujer. Solitario, se complació en sentirla como si fuera su madre, como si estuviera en su propia casa. Se sentó en la humilde mesa y se dejó agasajar por ella. De nuevo no sabía exactamente qué hacer, sus continuas idas y venidas le hacían sentirse como sin voluntad, como un juguete de las sombras que invadían su vida.

El viejo entró en la casa y le dijo algo a la mujer en un dialecto que Juan no identificó con el bahanés. Ella le respondió rápida, y comenzaron a hablar como si él no estuviera delante. A medida que iban dialogando, el joven sintió como si fuera el centro de la discusión. Finalmente el viejo calló, se quedó mirando fijamente a Valverde y volvió a salir de la casa. Ese hombre me ha mirado con disgusto, pensó, como si hubiera fallado en algo, como si yo fuera un cobarde. Esa idea le hizo sentirse molesto, se puso en pie y decidió abreviar el encuentro.

- Vengo a pagarle lo que le debo - murmuró -. Además quisiera saber si alguien podría llevarme hasta Bukittinggi, o a algún pueblo donde pueda volver a la capital.

La mujer mientras tanto había calentado un bol de sopa y con gestos insistía en que se

sentara. Como un niño Juan se sentó y dejó que la anciana invadiera sus oídos con palabras que para él carecían de sentido. Sólo quería marcharse, olvidarse de todo y en especial de sí mismo. No podía salir de su obsesión, como un martillo machacón pensaba una y otra vez en su llegada, en cómo le verían su familia, sus amistades. Les diría que habría sido iniciado por algún rito extraño, volvería como uno de esos antropólogos de moda en su tierra. Sí, una pequeña mentira no haría mal a nadie y él podría volver a la Universidad, realizar su doctorado y aparecer ante los demás como un hombre osado y aventurero.

El poder de la mentira inundó su alma, se relamió pensando en todas las inmensas posibilidades que le ofrecía. Había encontrando su arma fundamental, aquella que le permitiría de una vez por todas ocupar su puesto en la sociedad y brillar con luz propia. De hecho, concluyó, a quién le importa una mentira más o menos, si los poderosos la practican debe ser porque ella es la que te ofrece el poder.

- Entonces es posible conseguir un transporte - preguntó Juan haciendo ver que estaba atento a lo que decía la anciana.

- ¿Usted conoce Kalimantan? Ahí vive un familiar mío del que hace tiempo que no tengo noticias.- respondió Ishma haciendo caso omiso de la pregunta.

Al oír ese nombre Valverde se sintió como cogido en una travesura, como si todos sus esfuerzos por ocultar su búsqueda hubiesen sido descubiertos en un instante. Iba a responder diciendo que no lo conocía cuando una voz alta y fuerte rompió su atención. Venía de fuera, era el viejo que cantaba con un extraño son.

- No, pero me gustaría conocerla - se vió a sí mismo diciendo. La confusión se iba apoderando de él por momentos, mientras el canto volvía a descender de tono suavemente.

- Que casualidad -le respondió la vieja con sorpresa-. Precisamente uno de mis hijos va a salir hacia allí. Podría ir usted con él y así el viaje se les haría menos cansado.

Juan se quedó mirando a la sonriente anciana con una expresión de cansancio infinito. Aquello realmente le superaba, iba más allá que él, a qué negarlo.

- Ya - respondió mientras su cabeza no paraba de moverse asintiendo.

En esos momentos se sentía viejo, como si conociera todos los mares del mundo. Hiciera lo que hiciera, pensara lo que pensara, la vida le llevaría a su destino porque algo superior a él le reclamaba. Era así, sin posibilidad de explicación ulterior alguna. Su intelecto trataba de decirle que era mentira, que uno estaba sólo en el mundo y hacía su propio camino sin más ayuda que su mente. Pero una memoria más antigua, como un mar profundo en su alma, le susurraba ecos de hilos misteriosos en la existencia.

Por un momento Valverde se sintió pagano.

Durante días fueron recorriendo la isla guiándose por el río Inderagiri. Su acompañante apenas parecía existir, poseía una discreción fuera de toda prueba. Nada se decían, y sin embargo parecía que ambos supiesen todo del otro. Eran dos hombres en viaje, no había más necesidad de explicaciones. Juan se sentía embargado por la vegetación, por el sonido del río, por los pájaros y los animales que veía pasar por su camino. Se sentía como en un estado de gracia, como si hubiera descendido al mundo real superando las pesadillas del asfalto.

Se sentía libre, como un velero empujado por el viento. La montura que le transportaba poco a poco fue haciéndosele familiar hasta llegar un día en que Juan comenzó a coger cariño al

caballo. Cada noche miraba las estrellas y el cansancio de la marcha le hacía hundirse en el sueño con la última visión de luces en el cielo. Por el día oía el relinchar de los caballos, sentía el calor que tostaba su rostro y al abrir los ojos todo era tierra verde y cielo azul.

Así las jornadas se desgranaban una a otra, sólo había que seguir el cauce del río para llegar hasta el mar. Era así de sencillo, y tanta simplicidad le hacía sentirse distinto, como si poseyera un otro yo, un ser oculto bajo los mil y un barnices de su identidad construida penosamente por los años de identificación con los modelos que le brindaba su sociedad.

El hijo de Ishma se llamaba Rishman. No hablaba mucho, y esa ausencia de conversación que al principio le resultó fastidiosa a Juan, que adjudicó a su incultura, fue pronto contemplada como algo valioso. Rishman le permitía hundirse en sus pensamientos, en la soledad de su interior, y a la vez sentirse acompañado en la marcha. Era una buena manera de viajar.

Un día el aire comenzó a sentirse diferente, tenía otro sabor, otro olor. Rishman paró el caballo, y mirándole le señaló hacia el oriente diciendo algo. Juan supo instintivamente lo que decía, era el mar, ese olor procedía de las aguas del Mar de Java. Estaban llegando por fin a la siguiente etapa de su camino.

Desde la costa partieron hacia las cercanas islas Lingga. Al abandonar Sumatra no pudo menos que sentir el dolor de la nostalgia y el temor de su futuro. En esos días por el río se había olvidado de quién era y adonde iba, sólo tenía que moverse y dominar a su montura. Ahora los viejos temores y la expectativa de un nuevo futuro incierto le hicieron caer en una angustia sorda y callada. Eso, junto a las náuseas del mareo provocadas por el vaivén del barco en el que viajaba, le permitieron volver a recordar en qué insensata aventura se había metido.

Se recriminaba su torpe necedad. ¿Quién podría creer en la existencia de un pueblo sabio bendecido por las estrellas? ¿Quién en una estirpe de hombres que habían evolucionado a lo largo de los siglos sin guerras y odios? Y es más, ¿quién podría creer en la existencia de dioses que habrían sido los maestros de ese pueblo, los transmisores del conocimiento que poseían?. Mirando las estelas que dejaba a su paso el pesquero en el que viajaba Valverde sólo pudo responderse una cosa: simplemente un pobre hombre como él podría creer semejante leyenda, y es más, tratar de llevar a la realidad ese insensato sueño. Una mezcla de orgullo y desprecio se juntó en su pecho, y elevando sus ojos al cielo Valverde rogó en silencio para que de una u otra manera esta locura confusa en la que habitaba desapareciera.

Esa noche, alejado de la reunión de pescadores que junto a Rishman se entretenían contandose anécdotas familiares, Juan se bebió en silencio una botella de una especie de aguardiente que había adquirido a un pescador. A medianoche, y completamente borracho, apareció dando gritos reclamando un papel y un lápiz. Cuando finalmente los consiguió, garabateó algo en el papel, lo colocó dentro de la botella, la cerró y la lanzó hacia el mar con toda sus fuerzas.

Rishman se quedó mirando a aquel barbudo que, entre balbuceos y meneos de cabeza, miraba fijamente los movimientos de la mar oscura. Decididamente, se dijo, los extranjeros están locos. Volvió a acomodarse en cubierta, y se quedó dormido satisfecho de ser quien era.

Mientras la noche arrullaba en sueños a los hombres, Juan seguía vomitando por la borda entre violentas arcadas y promesas de no volver a probar el alcohol.

Por las profundas corrientes del mar una botella con un mensaje comenzó su camino.

Cuando llegaron a Lingga el joven Valverde tuvo la esperanza de permanecer allí unos días. Se le antojaba desesperante que su búsqueda comenzase a terminar, se sentía cómodo siendo ese hombre que sufría por la creencia en un pueblo legendario y que era maltratado por sus escépticos contemporáneos. Había un fondo de victimismo en Juan que le permitía reconocerse como tal. De hecho su autoimagen se basaba enteramente en sentirse un mártir de una causa justa y perdida, creía así estar más cerca de la santidad, de la pureza de intenciones.

Rishman se le acercó cuando divisaron la costa con una sonrisa de oreja a oreja. No parecía recordar el incidente que aquel extranjero había realizado anoche.

- Hemos tenido suerte - le dijo eufórico -. Ayer, charlando con los pescadores, me comentaron que justamente hoy saldrá un barco hacia Pontianak. Así que sólo tenemos tiempo de desembarcar, comer algo y volver a embarcar.

El malayo se quedó mirando la expresión compungida de su barbudo acompañante, palmeó de entusiasmo y concluyó.

- Los vientos nos son favorables - le dijo manteniendo la sonrisa .

Juan no supo que decir en aquel instante. Podía decirle que prefería quedarse unos días en esa isla, pero la incoherencia entre decir aquello y su deseo fatalista de terminar una vez por todas le hizo asentir en silencio.

Aquella noche la luna parecía más hermosa que nunca. Mirando las estrellas Valverde se veía sujeto a un extraño destino, como si alguien invisible moviera la realidad sin él poder hacer otra cosa que adaptarse al tejido que bordaba.

El barco del que habían partido desde la islas Lingga, el Youni, se hallaba mucho mejor equipado para la travesía. Eran unos cuatrocientos kilómetros los que le separaba de su objetivo. Juan sentía la brisa marina cargada de presagios. Era como si navegaran por el viento. Contemplando las aguas oscuras del mar sentía como si fuera la misma mar la que transportarse con sus olas al Youni.

Notaba una sensación como de cristales en sus piernas, una especie de miedo difuso que le recorría en oleadas el estómago para estrellarse en su pecho. Nada tenía que temer y sin embargo, encogido en la cubierta, la mente del joven buscaba desesperadamente cualquier tema ajeno al propósito de su viaje. Debería estar contento, se dijo hiriente, debería estar dando saltos por el barco de alegría. Pero lo que en verdad sentía era unas ganas tremendas de llorar, de quebrarse en mil pedazos y que fueran éstos esparcidos por el viento para perderse en las cuatro direcciones. El único lugar del mundo en esos momentos donde no quería estar era en su cuerpo. Simplemente no se soportaba más.

El amanecer le sorprendió tiritando de frío, un helor que no era de fuera sino que procedía de su propio interior. No sabía que hacer, finalmente agarró un bloc de notas que había adquirido y comenzó a escribir para ver si así se tranquilizaba.

"Estoy a miles de kilómetros de mi lugar natal. Comienzo este diario como base de mis observaciones de lo que me vaya ocurriendo. Tras diferentes peripecias creo haber encontrado la isla de mi sueño, se trata de Kalimantan. A medida que me acerco a mi destino mayores temores tengo de que todo haya sido una tremenda equivocación. Sin embargo quizás sea lo mejor, agarrar el toro por los cuernos de una vez por todas, y poder así terminar

con este anhelo que no me deja vivir en paz. Con el dinero que tengo creo que podré alargar mi viaje un tiempo más, luego iré a la embajada y pediré que me retornen de nuevo.

Por ahora no he encontrado pruebas objetivas de la existencia del pueblo mítico. De hecho más parece que me esté guiando por corazonadas que por signos de evidencia científica."

Cerró el bloc y comenzó a divagar sobre ese punto. No esperaba encontrar un camino señalizado como si fuera una autopista, pero tenía que reconocer para sus adentros que todo lo que estaba haciendo carecía de validez racional alguna. Eso le hizo sentirse aun peor, más solitario al no poder ser consensuado por la razón colectiva en la que había sido educado durante tantos años. Miró al horizonte para constatar que el barco seguía navegando hacia adelante, implacable en su objetivo.

Finalmente se levantó con la feliz idea de simplemente preguntar en el barco si alguien tenía información de la existencia del pueblo soñado. Podía resultar absurdo este hecho, pero Valverde había llevado tan oculto el motivo de su viaje que todavía no se había dignado a preguntar a la población local. Temía que le tratasen como a un excéntrico cuando hiciese algún comentario sobre el motivo de su búsqueda. Decidió iniciar aquella investigación con Rishman , ya que con él tenía la suficiente confianza para comenzar su interrogatorio. Con el mejor aire de científico investigador se acercó al joven malayo, le ofreció un cigarrillo y se aprestó a la fatal pregunta.

- Tengo entendido que por estas tierras corren leyendas de la existencia de unos sabios ocultos, de un pueblo perdido a los ojos del mundo civilizado - su aire de fingida inocencia le hizo sentirse protegido ante la esperada réplica de negación -. Tú..., ¿tú sabes algo de esto?.

Rishman se lo quedó mirando con cierta expresión de sorpresa. Comenzó a asentir con la cabeza y con la mayor naturalidad del mundo le respondió.

- Sí, son los guardianes de la Sagrada Joya. Mi padre me ha contado muchas cosas sobre ellos. Son los que nos protegen a todos de la influencia de los malos espíritus. Mi padre es curandero, sabe usted, y aprendió su oficio de otro que siempre le afirmó que el origen de su conocimiento sagrado procedía de ellos. Yo no he estudiado el conocimiento de mi padre, pero sí que le oído hablar mucho de ello.

El malayo palmeó sus manos aumentando su aire de sorpresa.

- ¿Y usted cómo lo sabe? - le dijo con curiosidad infantil al científico experto .

Juan se quedó mirando al malayo desde una distancia infinita. Por primera vez en su larga investigación alguien le decía, y además con toda naturalidad, que existía aquel pueblo de cuya existencia sólo él creía tener noticia.

- No sé si estamos hablando de lo mismo - trató de defenderse-. De lo que yo te hablo es de un pueblo nómada y muy antiguo cuyo origen parece remontarse al encuentro con unos dioses procedentes de las estrellas.

- Sí, los navegantes del río de plata - afirmó entusiasmado Rishman -. Son esos precisamente de los que me habla mi padre. Es pena que usted no hubiese hablado con él antes de marchar. Cuando le curó me dijo no sé qué de usted y de una misión. Esperaba que usted le contara algo, pero al no hacerlo se enfadó mucho.

Rishman miró al suelo y meneó lentamente la cabeza con aire confundido.

- Mi madre dice - el malayo se encogió de hombros - que así son ustedes los extranjeros.

Juan volvió a encender otro cigarrillo, y se dedicó a fumarlo con avidez. Aquello le rompía todos los esquemas que hasta ahora poseía. El malayo seguía mirándole sonriente como un

niño feliz, con su actitud parecía indicarle lo contento que estaba de poder mostrarle los conocimientos que poseía.

- Y dime - habló ahora buscando mayor confianza - ¿existe alguna manera de encontrar a esos guardianes?

Rishman pareció congelarse en su postura, su rostro adoptó un hermetismo extraño, una ausencia de señal alguna. Se quedó mirando sus manos largamente y por fin le respondió.

- Nadie sobre esta tierra puede hacerlo -dijo lentamente como si le narrara un cuento milenario -. Son ellos los que te encuentran a tí. Poseen el poder de ser invisibles, y sólo aparecen ante el que desean. Algunos comentan que en realidad son espíritus, pero mi padre me ha dicho muchas veces que son humanos. Yo personalmente me contento con saber que existen, nunca he tenido curiosidad por conocerlos.

Quedó callado un momento con la cabeza agachada, la levantó de pronto mirándole con extrañeza.

- De hecho - continuó - usted es la primera persona que conozco que parece querer encontrarles. ¿Es que no tiene miedo?

Valverde dejó caer el cigarrillo. Algo comenzaba a encajar por fin en su realidad. Sentía como una especie de punto sólido, como si por primera vez en su vida fuese un hombre normal y corriente, un simple hombre enfrentado a su destino.

- Sí, mucho -le respondió como si soltara un enorme peso. Reconocerlo le hizo sentirse mejor.- Pero a la vez creo que sería maravilloso tener la oportunidad de encontrarles. No sé si me entiendes.

Rishman asintió en silencio. Los dos hombres se quedaron fumando largo rato sin decirse nada, a solas con sus pensamientos y a la vez unidos por la existencia de una leyenda que superaba sus propias nacionalidades, un sueño que les unía en lo más profundo de sí mismos.

Ahora es el momento de hablar de nuestro personaje. De un hombre sólo y derrotado por su época. De un hombre que nació con corazón blando y no pudo soportar la hipocresía vigente en su tiempo. Tiempo de confusión, tiempo de aniquilación de sueños, tiempo que los detentores del poder cultural llaman de mil formas por no poder nombrar ni siquiera una. Fin de milenio, mucho más que un fin de siglo. No es simplemente un personaje finisecular, la ambición de nuestro héroe es vivir en un sueño milenario, de capturar un oscuro presagio, una salida a las voces de su tiempo. Voces que sólo repiten el fin de todo lo bello y de toda verdad, voces que adoran con hipocresía la decadencia de su cultura.

Sumergido en un relativismo moral, ideología de su época, Valverde es un hombre que al abrirse a la leyenda encontró como única compañía los libros leídos en la intimidad de su cuarto. Como un Quijote absorbido por su locura, fue realizando camino para constatar una y otra vez que nadie tenía en cuenta su meta, que nadie quería creer en él y lo que representaba. Mil veces engañado, mil veces ultrajado, ha vivido siempre en una soledad hiriente y amarga.

En su camino no encontró a nadie que quisiera compartir sus metas e ilusiones, su fe en la existencia de un mundo mágico, de un mundo bendecido por el Creador. Siempre temiendo su propia soledad se acercaba a cualquier persona que le diera un mínimo de compañía, pero siempre su noble corazón era burlado por almas duras cuya única meta era la mera

supervivencia.

Héroe absurdo de una generación perdida, de una mentira extendida sobre la tierra, del fracaso del arte y la filosofía para cambiar a los hombres. Hijo de una época embustera e idólatra con el dinero, donde el engaño es la base de la relación social. Hombre formado por el agotamiento cultural de todas y cada una de las puertas que presuntamente otorgan sentido: ciencias, religiones, psicoterapias, filosofías esotéricas. En ninguno de los lugares del mercado ha encontrado el agua que sacie su sed, en ninguno de las personas con las que se relacionó consiguió hallar la paz de espíritu.

Hombre condenado al fracaso al estar empujado más allá de toda razón a la ciega creencia en el espíritu, al deseo de creer que el hombre siempre ha tenido un sentido otorgado por las estrellas. He aquí un hombre que huye de su tiempo y su lugar, y que sin saber cómo ni por qué tiene que avanzar por un camino oscuro del que todos huyen, del que nadie cree.

Yo te pregunto lector qué hacer con este hombre. Podemos condenarle, torturarle con mil desengaños más para que acabe su existencia derrotado y hundido. Podemos decirle de distintas maneras que es un soñador, un poeta extraviado, y aún podemos hacerle más; podemos hacer que tome consciencia de que es un simple fracasado, de que la realidad social en la que vive es la única realidad que existe. Podemos tacharle de inmaduro, de débil y pusilánime por no saber encajar en las reglas del juego de su civilización.

Sí, podemos hacerle desistir de su búsqueda, e incluso hacerle comprender que es disparatada, y que merece el peor de los castigos por atreverse a pensar que vive en un mundo en decadencia, en una época que sólo ofrece los paraísos de la máquina. Podemos hacerle sentir infinitamente sólo, sin nexo de unión con ningún ser humano.

Yo te pregunto si deseas en tu interior su fracaso o su victoria. Yo te pregunto a tí lector si realmente crees que su búsqueda es justificada, aun más si tú la consideras necesaria para nuestra condición de ser humano.

¿Qué hacer con un hombre así? Si le damos una oportunidad en nuestros corazones se la estamos dando al sueño que nos permite mantenernos en pie sin todavía desesperar. Ahora que un mundo se acaba, que nuestros hijos heredarán un lugar de pesadilla sin esperanza, ahora yo te pido que ruegues por él a tu dios, que le pidas que no muera, que siga adelante pese a sus flaquezas y debilidades. Sólo es un ser de carne y hueso como tú y yo. Sólo es un hombre embriagado por un sueño. Busca nuestra raíz inmortal, el canto milenario poseído por lo divino, el grito de libertad que rompe la garganta humana.

Así que si en lo oscuro de tu corazón no pides su victoria, si has perdido la fe que se nos dió en el vientre de la madre, si no deseas que encuentre el destino soñado en las estrellas, juzgale sin compasión, cierra tu corazón a este héroe y condénale al fracaso. Ha sacrificado su vida por una mentira, por una quimera propia de débiles y extraviados. Dite con fuerza y convicción de que la única realidad es la que tú y tu círculo social cree, y sigue tu camino.

Juan Valverde seguirá el suyo propio y que decida el Destino por nosotros.

En barco de vela y madera navega Valverde por el mar de Java, rumbo por fin a su isla soñada. Ya no hay posible marcha atrás, el viento le lleva a su destino. Sólo en su alma queda el dolor de las agujas del pasado, sólo en su memoria las mentiras y desengaños. Ante sus ojos las libres aguas y el infinito cielo, viajero de un tiempo que no comprende. Esclavo de su

mente y sus circunstancias, pero con un destello de esperanza al que se agarra irracionalmente.

Descendiendo por un túnel, por caminos oscuros iluminados débilmente por la luz tibia de una vela, un hombre oscuro avanza penosamente por la negra tierra del subsuelo, casi reptando, buscando sin tregua una piedra que guardan las profundas entrañas.

Con ojos enrojecidos y escudriñantes golpea una y otra vez la tierra para avanzar. Un gigante lucha por su deseo.

Se levantó de la cama de un brinco sobresaltado por un fuego ardiente en su columna. De pie, con el cuerpo cubierto de sudor, un hombre respira con esfuerzo, como un animal ahogado. Avanza como acosado por un extraño temor hacia el espejo del camarote, allí contempla su rostro asustado. Se contempla sorprendido por algo desconocido y misterioso. Como un animal ante el fuego, seducido y temeroso a la vez por su calor, siente en su pecho una sensación contradictoria. Un dolor le lastima porque instintivamente sabe que sólo un acto puede acometer: acercarse o huir de ese rojo sentir. Incertidumbre clavada en la carne, seguir al aguijón de fuego o perderse en cualquier lugar y allí ir perdiendo el calor lentamente, muerte en el abandono.

Valverde retrocede de nuevo al camastro, aturdido vuelve a caer en el lecho para sumergirse de nuevo en un profundo sueño. Su cuerpo, encogido como si quisiera guardar el calor de su cuerpo, emite gemidos de tanto en tanto. Nadie los escucha, ni siquiera él mismo. Es un animal tocado por lo invisible, distinto sin saber cómo.

Al despertar de nada se acuerda. Enfrentado al exterior su mente se sumerge en mil convenciones y resurge como animal social que es, como hombre adaptado a su periodo histórico, a la moda de su época. Sólo se siente cansado, nada más sabe de toda la información que guarda su carne. Es un hombre moderno, un ser escindido fruto de la educación falsa y rígida que ha recibido.

- Despierta te estás perdiendo la salida del sol - le vuelve a sacudir el malayo con impaciente insistencia.

Medio dormido aún Valverde se viste con torpeza y sigue como un autómata los pasos de Rishman que le conducen al exterior. La brisa marina despeja sus sentidos, mira al malayo que desde la proa le hace gestos ostensibles y le grita algo confuso.

- ¿Qué dices ? - le grita a su vez malhumorado y aturdido por el sueño.

A disgusto se acerca a él. Los gestos de su compañero de viaje se hacen más urgentes a medida que se aproxima. Finalmente llega hasta el malayo que le invita a acercarse.

- ¿Pero qué ocurre, a qué se debe tanta excitación?- murmura irritado.

Rishman con una sonrisa de oreja a oreja le señala el horizonte. Entre las brumas Juan contempla al sol anaranjado que surge con alegría. Una capa de cálidos colores envuelven el cielo del sol naciente.

- ¿Para esto me has despertado? - le increpa con reproche -. Ya he visto muchas salidas de sol.

- Como esta no - le responde manteniendo la sonrisa y con aire misterioso.

Juan se lo queda mirando comenzando a creer en la estupidez del nativo. El malayo insiste con el dedo señalando un punto en el horizonte

- No miras bien - le dice con suavidad -. Allí, allí.
Valverde vuelve a enfocar su mirada. Entre las brumas y los reflejos dorados del Sol percibe una imagen verde. Sorprendido escudriña con más atención, y poco a poco distingue una masa verde que surge del mar.
- Kalimantan - oye como un susurro-. La meta de nuestro viaje.

Juan observaba cómo los malayos realizaban sus habituales oraciones a la Meca, en la cubierta del barco, cuando sintió una especie de punzada de envidia en su corazón. Ojalá tuviera la fe fuerte y sencilla que poseen estos hombres, se dijo, la creencia en un dios inteligente y soberano que me permitiese dejar de desear el tratar de comprenderlo todo. Pensó en la religión en la que había sido educado de niño, en el sufrimiento inútil que le había causado creer en ese sistema ideológico, y en cómo sin poder evitarlo le había determinado inexorablemente.
Sí, pensó, soy el heredero de la muerte de una religión y con ella de un mundo. Tras años de intentar aproximarse a su dios a través de las directrices de un credo oficial había descubierto en su adolescencia los tremendos errores históricos que había cometido dicha institución. Como muchos de sus contemporáneos había sido formado bajo la tutela de los curas para acabar desengañado de ellos y por extensión de lo que representaban. Asociada su religión a genocidios, guerras continuas, inquisiciones y el interés de los ricos y poderosos, parecía ser el mayor embuste cometido en la historia de la humanidad.
No le había costado grandes esfuerzos rechazar las creencias cristianas, pero reconocía la enorme influencia histórica que poseían en el sentir y pensar de Occidente. Recordó los años en los que tuvo que vivir bajo la bandera de anticristiano, cómo creía que los problemas del mundo venían de la creación de esa religión imperialista. Pensó en la sangre y sufrimiento que había sido costado conseguir pensar fuera del pensamiento cristiano, la lista enorme de mártires de la libertad y la ciencia que nunca serían recordados y que, con sus vidas, habían permitido la posibilidad de negar la autoridad rígida y asfixiante de una ideología simplista y caduca.
Valverde había tratado de distinguir al personaje de Jesús del enorme tinglado religioso que se había construido basado en su existencia. No podía soportar el monopolio de su figura que realizaba el mundo blanco, satisfecho y civilizado; le irritaba profundamente el hecho de que una religión de pobres y esclavos, grito de libertad y esperanza en su origen, se hubiese convertido en una máquina para seguir manteniéndolos en su condición. Ironías de la historia, concluyó con fatalista sonrisa.
- ¿Tú no rezas Rishman? - le preguntó al malayo al verle fumando en la cubierta.
Su acompañante se le quedó mirando con una extraña expresión en sus ojos. Tiró el cigarrillo y negó lentamente con la cabeza.
- Creía que eras musulmán como el resto de tus compatriotas. - inquirió curioso.
- Yo no creo en una religión rígida y autoritaria. Dios no nos hizo para ser esclavos de otros hombres. Con su fe ciega los míos lo único que consiguen es mantenernos bajo el miedo de no ser creyente y no seguir los preceptos del Corán.
Juan se quedó sorprendido de la respuesta del malayo. Ahí tenía a otro hombre que tampoco creía en un sistema oficial de aproximación a Dios. El fundamentalismo islámico le

recordaba la propia historia del cristianismo, y muchas veces le había hecho pensar cómo una ideología al nacer era fuente de libertad para acabar siendo una cárcel del espíritu humano.

- Supongo que te traerá problemas no serlo - le contestó comprensivo.

Rishman encogió los hombros y siguió mirando el horizonte azul y limpio. De golpe dió media vuelta y le respondió como si le contara un secreto.

- En estas tierras no existe una religión única. Está bien visto ser musulmán porque los poderosos lo son, pero en mi caso particular yo tengo otra religión, por decirlo de alguna manera.

- ¿Y cuál es? - le preguntó con interés creciente el siempre curioso Juan.

- La de mis antepasados - le respondió enigmático el malayo.

- Bueno, pero tendrá algún nombre digo yo -le contestó sonriente.

El malayo también le miró sonriente como si le hubiera contado algo gracioso, comenzó a dar palmas como siguiendo una desconocida música y al instante el cuerpo de Valverde se puso rígido como una tabla. Era cómo si algo oscuro y atávico surgiera de su interior . El miedo se apoderó de su mente al constatar que no podía salir de aquella extraña sensación que le había invadido al escuchar aquel sonido.

- Esa es mi fe - dijo lentamente Rishman.- Es la de mis padres, y la de mis abuelos, y así hasta perderse en la noche de los tiempos.

Juan se quedó congelado un tiempo que le pareció eterno. Mientras seguía sonando en la cubierta el canto de recitación musulmán. Su mente seguía buscando una respuesta a lo que le ocurría, finalmente una etiqueta con el nombre “chamanismo” surgió y pudo por fin ordenar de nuevo su realidad.

Era evidente que el joven malayo había sido educado en algún tipo de religión primitiva, lo cual explicaba claramente que su padre fuese curandero, un hombre-medicina de esas tierras.

- Allí de donde vengo está muy de moda ahora el estudio de las religiones no escritas y las medicinas alternativas - con esa frase volvió a surgir el investigador culto y preparado que era.

- No te entiendo, qué quieres decir -le contestó con inocencia Rishman.

Juan volvió a sentirse con el dominio de la situación, era como si le hubieran pillado en una falta y ahora quisiera enmendarla demostrando sus abundantes conocimientos sobre la materia en cuestión.

- Quiero decir - trató de aclarar con aire paternalista - que supongo que tus creencias se basan en algún culto primitivo, la creencia en espíritus y esas cosas.

El malayo siguió mirándole con expresión de no entenderle. Valverde experimentó la dificultad ahora de tratar de hacerse entender con los rudimentos del lenguaje que poseía con una persona que no estaba lo suficientemente preparada para comprender sus clasificaciones.

- ¿Qué quieres decir con primitivo? - le insistió Rishman

- Bueno, quiero decir una creencia muy antigua, anterior al desarrollo cultural que consiguió formalizar sistemas religiosos más evolucionados.

- ¿Como el musulmán? - le preguntó sonriente.

- Sí, ya sabes, el budismo, el cristianismo, en fin, las religiones que existen hoy en día.

El malayo pareció comprenderle, comenzó a afirmar con la cabeza y encendió otro cigarrillo como si para él ya hubiera acabado la conversación. Se quedó mirando largo rato la brasa del cigarrillo y finalmente volvió a hablar.

- Por un momento había creído entender que lo que querías decir con primitivo es que era la primera religión.- murmuró abstraído.

- ¿Cómo? - le preguntó extrañado Juan.

- Sí, lo natural, lo de toda la vida, la sabiduría que Dios nos dió al crearnos. Al menos así lo decía mi abuelo. El había conocido personalmente a un guardián de la Joya, por eso mi padre se hizo sanador.

La sola mención de aquel nombre volvió a poner tenso a Valverde. Estaba hablando tranquilamente con un sujeto rumbo a su isla soñada que ya podía verse en el horizonte, y para más ironía ahora le decían que no sólo tenían noticia de la existencia de su pueblo mítico, sino que incluso sus miembros eran de carne y hueso. O aquello era más fácil de lo que nunca se había permitido pensar o el malayo se estaba burlando de él para distraerse con aquel excéntrico extranjero.

- Me estás diciendo que tu abuelo conoció a un miembro de ese pueblo del que hablamos antes. ¿Cómo es que no me lo has dicho hasta ahora?

- No lo sé -dijo encogiendo los hombros - supongo que no salió simplemente cuando hablamos de ellos. Bueno, yo no sé si creerlo del todo. Mi abuelo era un hombre algo extraño, y mi padre ha estudiado con un curandero local y nunca me ha hablado más que unas pocas palabras de ese pueblo. Según mi abuelo son nómadas. En uno de sus viajes a la India para comerciar se encontró, una noche en una fiesta, a un hombre con el que se emborrachó. Al final de la fiesta ese hombre le dió a mi abuelo una canción de poder, y...

- ¿Qué quieres decir con una canción de poder?- le interrumpió tenso

- Bueno, un canto que da salud y alegría. Según se dice los guardianes son maestros en esos cantos, saben para cada momento qué canción de poder utilizar.

- ¿Y tú la conoces?- le interrogó con urgencia en la voz.

El malayo bajó la cabeza diciéndose algo en un dialecto que Juan no entendió. Parecía disgustado consigo mismo.

- Dice mi padre que los jóvenes no sabemos callar a tiempo. Perdoname, pero tengo otras cosas que hacer.- dijo dando media vuelta.

Valverde se quedó clavado mirando cómo el malayo se marchaba diciendose cosas a sí mismo como autoreprochándose. No podía entender lo estúpido que era, había tenido siempre delante a una fuente de información y ahora que el viaje acababa la descubría. Sin embargo la sospecha de ser engañado seguía latente. No puede ser, se dijo, que sea tan fácil encontrar pistas de lo que ando buscando. Rumió para su interior la posibilidad de que la interrupción de la conversación fuera debido a que había pillado al malayo en su engaño, aunque con negarle que conociese ese misterioso canto podría haber seguido con su fabulación. De todos modos, se dijo, no tengo que fiarme del primero que venga y me cuente historias fantásticas.

En el fondo lo que le ocurría a Juan era que no podía aceptar que las cosas fueran tan sencillas. Influido por la imaginación romántica se imaginaba un ambiente misterioso y aventurero en el que personajes imponentes poseían un saber oculto para los ojos del mundo. No podía aceptar que un miembro de ese pueblo fuera un simple borracho que confraternizase con un malayo en una vulgar fiesta y le revelase sus misterios como si tal cosa.

Reconfortado con sus pensamientos encendió otro cigarrillo, y al mirar la llama del mechero su mente quedó en blanco. De golpe recordó el estado en que había caído cuando Rishman

había hecho sonar sus palmas. Aquello derrumbó todas sus hipótesis y volvió a sumergirle en la confusión y en la posibilidad de que el malayo dijese simplemente la verdad. Mirando la mancha verde en el azul de horizonte se prometió que antes de pisar esa tierra tenía que sonsacarle a Rishman todo lo que supiese. Realmente, sentenció sonriente, los caminos del Señor son inescrutables.

Las velas azotadas por el viento, las olas chocando a compás con la madera del barco, las voces de los marineros gritándose continuamente, todo junto formaba una sinfonía que ahora que finalizaba la travesía se hacía evidente para Juan. Se quedó pensando en ese extraño fenómeno que es la distancia, fenómeno que siempre le hacía advertir el valor de lo que tenía delante cuando ya iba a dejar de poseerlo. Fumando nervioso se entretuvo mirando el movimiento del cuerpo de los marineros. A diferencia de él, con su paso torpe y vacilante por cubierta, aquellos hombres andaban con gracia dejándose mecer por el vaivén que las aguas imprimían al barco.

Introvertido y solitario, no había congeniado con aquellos hombres del mar de manos encallecidas y rostros curtidos por el salitre y el viento. Ahora que su marcha era evidente se arrepintió de ello, incluso se permitió envidiar la sana vida de aquellos hombres. En realidad, como no encontraba su lugar en este mundo, Juan siempre contemplaba aquellas actividades humanas que inspirasen cierto romanticismo con mucho de ingenuidad. Entretenido mirando el trabajo de los marineros comenzó a sentir en los pies un rumor sordo.

Tras días de navegación ahora advertía que el barco parecía un enorme tambor, que generaba un sonido musical hipnótico y sedante. Acostumbrando al ruido del hierro y el motor de la navegación moderna había dejado de fondo el sonido que producía el velero javanés en el que viajaba. Inspirado por esa música comenzó a ensoñar, pensó en cómo tendría que haber sido el viaje de Colón, en la sensación de soledad absoluta que habrían sentido aquellos valientes hombres que tripulaban las tres calaveras al hallarse perdidos por el Océano. En el desespero que sentirían al no hallar las costas del Viejo Mundo, en la quiebra que sentiría Colón al ver defraudadas sus esperanzas de haber hallado un nuevo camino para llegar a las Indias. Qué poco podría imaginarse que no sólo habría de descubrir una nueva ruta sino también una nueva tierra más allá de lo imaginado por sus contemporáneos.

La isla se hacía cada vez más presente a la vista a medida que avanzaban hasta llegar un momento en que era absolutamente evidente que el destino del barco era esa verde tierra. Una tierra que, mientras más se aproximaba, más dejaba de ser un pequeño punto en el horizonte para mostrarse como el enorme territorio que era. En sus fantasías Juan había obviado que esa isla se hallaba divida en tres partes, Sabah, Sarawak y Kalimantan, y que con sus 743.345 kilómetros cuadrados era una de las islas más grandes de la Tierra.

Sí, aquella isla era una de las tierras más antiguas pobladas por el hombre; por ella habían pasado reyes budistas, príncipes hindúes, astutos chinos, ardientes musulmanes, valientes españoles y portugueses, fríos británicos y holandeses que se habían apoderado de ella como una colonia más y habían conseguido empobrecer su población hasta la miseria. Una tierra azotada por las luchas por su independencia, por la represión militar y la fría lógica del capitalismo que sólo deseaba de ella sus enormes riquezas naturales. Sin embargo, se consoló, sigue siendo una de las pocas tierras vírgenes que quedan. Borneo seguía

poseyendo lugares impenetrables, y era fuente continua de descubrimientos antropológicos de tribus perdidas a los ojos de la civilización.

Al divisar por fin Pontianak el corazón de Valverde dió un vuelco. Aquella no era la imagen que él deseaba ver. Lo que se presentaba ante sus ojos era una de las cosas que más odiaba: una ciudad. Sin poder evitarlo fijó su atención más en las grises construcciones portuarias que en la alegre vegetación que recubría fuerte y pujante toda la costa, en las colmenas llamadas edificios que en la enorme selva que rodeaba la ciudad. En su imaginación esperaba ver un puerto romántico, una tierra aún por descubrir, y lo que encontraba delante era una moderna instalación apta para petroleros y grandes buques mercantes.

Mientras se recriminaba a sí mismo por su fatal imaginación que continuamente le llevaba de desengaño en desengaño ante la prosaica realidad vió acercarse a Rishman preparado ya con su equipaje. El viaje tocaba a su fin, y con él volvía a su habitual soledad y a sus tristes pesares.

- Ha sido un viaje muy bonito, ¿verdad? - le preguntó el malayo sonriente.

Valverde comenzó a asentir mecánicamente mientras sentía en su pecho su clásica sensación de desamparo ante un mundo hostil y extraño.

- Hemos tenido mucha suerte de poder embarcar en este barco. El Youni es como una especie de yate turístico, una recreación de los barcos de antaño. Es como viajar en el pasado, en un pasado que nunca volverá.

Juan por fin pudo bajar su imaginación al suelo, había estado tan absorto consigo mismo que no había percibido la incoherencia de viajar en un barco de vela. En su interior secretamente había deseado un retorno al pasado libre y abierto, a un mundo donde la máquina no hubiese introducido sus ávidas fauces. De golpe vió la realidad cruda y desprovista de poesía, miró a los pasajeros que se agolpaban en cubierta, sintió que era sólo un turista más de vacaciones en un bonito crucero y algo pareció derrumbarse en su interior. Sencillamente no podía soportar la tensión que le producía mantener una visión del mundo poética ante un exterior tan prosaico como era el que se le mostraba.

Suspirando volvió a encender otro cigarrillo, y notó cómo su mano temblaba de nerviosismo ante el encuentro que le esperaba. Allí, en la costa de su soñada isla, no le esperaban bellas nativas y nobles primitivos, sino el Occidente puro y duro del que había tratado de escapar por todos los medios. Se reconfortó con la idea de la enorme extensión de tierra virgen que poseía aquella isla, y para sentirse más seguro trató de interrogar al malayo.

- Bueno, esto..., para ir al interior de la isla, bueno..., ya sabes, a la zona no civilizada...- comenzó a balbucear torpemente.

El malayo se le quedó mirando con cara de no entender nada.

- O sea -volvió a insistir ahora enrojecido - para ir a la selva virgen, ¿qué es lo que tengo que hacer?

El malayo siguió mirándole cada vez más fijamente. Aquel extranjero no sólo era raro, sino que además estaba loco.

- Pero, ¿a dónde exactamente quieres ir ? - le respondió mirándole con extrañeza -. Esta isla es muy grande, puedes perderte durante meses en sus selvas sin encontrar a nadie por el camino. No entiendo qué quieres hacer.

Valverde miró fijamente al suelo, de golpe sintió una especie de calor que le ascendía y con gallardía irguió su cabeza respondiendo con voz firme.

- Quiero encontrar a esos guardianes de los que hemos hablado. Para eso he venido, sé que están aquí y quiero conocerlos. - dijo de un tirón para luego dar un suspiro largo y profundo -. Rishman, ayudame a encontrarlos.

Juan nunca había pedido ayuda a nadie, nunca había preguntado a nadie, siempre había creído que todo tenía que hacerlo por él mismo. Su desconfianza le hacía dudar de la posibilidad de que realmente alguien pudiera y quisiera ayudarle. Sin embargo, sin saber cómo, acababa de hacerlo. Realmente este viaje le estaba cambiando el carácter.

El joven malayo rompió a reír como si le hubieran contado lo más gracioso de su vida. A medida que reía más sentía Juan que había cometido una equivocación. Profundamente herido sintió como se cerraba en su caparazón y cómo se prometía a sí mismo no volver a pedir ayuda nunca más. El desaliento comenzó a doblegar sus piernas, la confusión volvía a apoderarse de su mente.

- ¿Por qué no me lo has dicho antes? Ahora comprendo tu curiosidad, debes ser un investigador o algo así, ¿no?. Mi madre me dijo que te ayudara en todo lo que pudiera, y puso mucho énfasis en ello. Ahora ya entiendo lo que quería decirme. - se tocó el pecho orgulloso y prosiguió con una sonrisa triunfal-. Yo, Rishman, te ayudaré. Sé cómo hacerlo. Ahora podré devolverte el favor de tu compañía y quedar en paz.

Valverde se quedó mirándole como si acabase de ver a un extraterrestre. El malayo sonriente le daba fuertes palmadas en la espalda, y parecía feliz de poder ayudarle. Juan sintió como si algo se quebrara en su interior, y las lágrimas comenzaron a surgir como un torrente cálido que limpiase su corazón.

El malayo se quedó estupefacto al ver la reacción de su barbudo acompañante. Dió un paso atrás y le preguntó con suavidad qué le ocurría.

- No lo sé -dijo entre moqueos y suspiros prolongados - creo que lloro de alegría.

Rishman decidió que efectivamente aquel compañero de viaje que su madre le había adjudicado estaba loco. Encogió los hombros, agarró un cigarrillo del paquete que le ofrecía el extranjero y se dedicó a pensar en las gestiones que tenía que hacer para su familia. Mientras, Valverde seguía llorando a moco tendido y soltando exclamaciones incomprensibles a oídos del malayo.

Antes de despedirse decidieron cenar juntos a fin de poder indicarle el malayo la ruta que debía seguir Juan para encontrar su objetivo. Rishman, envuelto en un aire de misterio infantil, quiso prolongar la expectación que invadía a su compañero hasta el final de la cena, quería disfrutar del clímax de su revelación. A la hora de los postres, y con una botella de aguardiente con la que no paraba de brindar, el malayo encendió un cigarrillo solemne, se retrepó en su asiento y adoptó medio borracho la cara más seria posible.

- Bien. Ahora hablemos del asunto que te interesa. Como sabes mi padre es curandero, lo que no sabes es que forma parte de un clan, sus miembros aprenden en un lugar de reunión anual que poseen en esta isla. Cada año se reúnen para celebrar una gran fiesta en la que conmemoran la fundación de su clan y al hombre que la formó.

Valverde, nervioso hasta la exasperación, no se atrevía a interrumpirle y escuchaba absorto cada palabra que salía de los labios de su compañero de viaje.

- En fin - concluyó Rishman mientras pedía otra botella - estoy convencido de que ellos

podrán ayudarte a proseguir tu búsqueda. Tienes que decirles que vas de parte de mi padre, si no no te harán el menor caso. Son muy escrupulosos con los extraños, pero diciéndoles que vas de su parte te abrirán sus puertas. Mi padre - afirmó orgulloso el malayo - es un curandero con mucho poder, y es muy respetado en su clan.

- No puedes tú acompañarme y presentarme personalmente.- casi suplicó Juan - Así sería más sencillo.

Rishman se le quedó mirando atónito y comenzó a reír a grandes carcajadas. Valverde comenzó a dudar de la veracidad de lo que estaba escuchando.

- Imposible - le respondió afablemente - ese clan tiene su centro de reunión en la otra punta de la isla, a casi mil kilómetros de aquí. En un pueblo cerca de Samarinda.

- ¿Samarinda?. Eso está al otro lado de la isla -repitió estúpidamente el ya borracho Juan -.

- Sí, eso acabo de decir -asintió Rishman paciente-. Cuando llegues allí tienes que preguntar por un pueblo llamado Sharí, y una vez allá preguntar por el curandero del pueblo. El es el jefe del clan, y el que podrá ayudarte.

- Samarinda, Sharí...- repitió una y otra vez Juan- y ¿cómo se llama ese clan?.

El malayo negó con la cabeza, llenó los vasos de nuevo y adoptó un aire aún más misterioso.

- No se puede decir, es un nombre de poder que sólo conocen los integrantes de ese clan. Yo te cuento esto porque es lo que sé, tendrías que haberle preguntado a mi padre. Pero ahora -sentenció sonriente - ya no es posible.

Para cuando acabaron la segunda botella Juan ya no recordaba ni su propio nombre. Salieron a las luces de la noche sumergiéndose en las calles de la ciudad. Una ciudad como otra cualquiera, con las mismas reglas y los mismos atractivos.

Despertó con el frío en los huesos y con la sensación de estar acompañado. Se irguió sobresaltado para contemplar donde estaba. Ante él dormían varios cuerpos sobre una especie de banco de piedra. Asombrando miró hacia su izquierda y al fijar su vista en la puerta de la habitación supo inmediatamente donde estaba. La puerta era unas barras de hierro oxidado. Se hallaba dentro de una cárcel. Con un respingo buscó la cartera para darse cuenta con pesar que no llevaba nada encima. Una ráfaga de locura y pesadilla atravesó su mente mientras con sus ojos buscaba algo familiar en qué apoyarse.

Tendido apaciblemente descubrió al malayo durmiendo en la postura más cómoda posible que permitía aquél pétreo lecho. Se acercó a él y comenzó a sacudirle con urgencia.

- Rishman, Rishman, despierta, estamos en la cárcel -gritó excitado.

El malayo refunfuñó algo, dió media vuelta y le respondió lacónicamente.

- Ya lo sé, anda duerme un rato, pronto vendrá un familiar mío a sacarnos.

Un dolor como cuchilla de afeitar reclamó la atención de Juan. Agarrándose la cabeza pudo reconocer el efecto de la cena de ayer, la resaca.

- Pero qué hacemos aquí, qué hemos hecho - insistió excitado.

El malayo volvió a refunfuñar algo, dijo algo en ese dialecto que él no entendía, se incorporó y comenzó a masajearse la cabeza.

- ¿No te acuerdas?. Fuimos a distraernos a un burdel que yo conocía, tantos días de viaje sin ver a una mujer te lo pide. - soltó una risita nerviosa - Bueno, el hecho es que por lo visto te robaron la cartera mientras estabas con una señorita, o algo así. Lo único que sé es que apareciste desnudo hablando en tu idioma, gritando como un poseso y rompiendo todo lo que

veías a tu paso. Siempre he creído que estabas un poco loco, pero tras lo de ayer realmente estoy convencido. Llamaron a la policía, y se nos llevaron a los dos, sin tener yo culpa alguna. Así que - concluyó con fastidio - túmbate y espera a que vengan a buscarnos.

Juan escuchaba el relato con la boca cada vez más abierta, no recordaba nada de lo sucedido. Se quedó plantado de pie e inmóvil en la celda sin saber qué hacer o decir. Aquello le iba a traer aún más complicaciones de las que ya tenía. Se sintió enfermo y lentamente volvió a tumbarse en el banco de piedra. El sueño se apoderó de él al instante.

Le despertó Rishman suavemente para decirle que tenían que ver al juez. Torpe y confuso se levantó Juan tratando de limpiar las manchas de vómito de su camisa y pantalones. Su primera noche en la isla soñada no podía haber empezado mejor, se dijo con amargura.

Cuando le devolvieron sus pertenencias, tras hacer la declaración y salir libre, Valverde miró largamente la cartera. Al abrirla no movió ni un músculo, ya sabía lo que esperaba ver. Estaba vacía. Afortunadamente, se dijo, escondí bien el resto del dinero entre mis pertenencias.

El malayo y su familiar le acompañaron hasta el hotel; allí cogió sus bártulos, contó el dinero que le quedaba, se duchó, se cambió y salió al sol de Kalimantan con una sensación de ligereza en los pies. Fueron a la estación de autocares, cogió un billete para Samarinda, invitó a comer a los malayos, y finalmente subió al autocar con una sonrisa entre los labios.

Mientras Rishman se despedía de aquel extranjero que le saludaba desde la ventanilla no pudo menos que sonreír. Realmente era un hombre extraño, pero no podía dejar de reconocer que tenía un noble corazón . Recordó lo callado y amigable que había sido en su viaje a caballo, y en cómo se había interesado por sus creencias y sentimientos. De pronto sintió el cariño que había cogido a ese loco barbudo obsesionado por encontrar un sueño, y una sombra de tristeza apareció en el rostro del malayo. Ojalá, se dijo, en el mundo hubieran más locos como él.

Valverde se hundió en el asiento, suspiró satisfecho de continuar su viaje y dejó que la modorra invadiera su cuerpo. Iba a ser un viaje largo y pesado, pero algo en su interior le decía que todo iba moviendose satisfactoriamente. Sentía una alegría cálida desde que había salido de la prisión, como si de golpe hubiera percibido lo bella que era la libertad, el mundo fuera de las rejas de la gris y oscura cárcel. En esos momentos Juan se sentía libre, capaz de saborear lo hermoso que era ir donde quisiera. Satisfecho dejó que el sonido del autocar y sus vaivenes le mecieran. Soy, se dijo, un hombre libre que busca su propio destino. Con esta conclusión su rostro adquirió una apariencia infantil e inocente, y un tibio sueño comenzó a inundarle. Se sentía como en casa.

Luna llena sobre Kalimantan, invisibles presencias recorren el mundo cabalgando sobre verde montura. Una voz rasga el silencio de la noche como un cuchillo. Allí, allí esta el centro del sueño.

Valverde despertó de improviso. El autocar había parado para tomar un descanso el conductor y los pasajeros. Levantándose como un sonámbulo bajó del vehículo. Al tocar la tierra sintió un escalofrío que le heló la columna, miró a su alrededor para sólo contemplar la oscuridad de la noche débilmente iluminada por una pequeña caseta donde vendían

refrescos. Absorto dió unos pasos y se sumergió aún más en el silencio de la noche. En el ambiente flotaba algo extraño, como una llamada invisible que le atrajese inexorablemente.

Parado en la cuneta, percibió el olor de la selva que le rodeaba. Atrás había dejado la ciudad y su suelo asfaltado, atrás sus trampas y engaños. La vegetación parecía llamarle, sugerirle que se hundiera en ella. Miró hacia arriba y de súbito una explosión de luces asaltó su visión. Allá, en el cielo, miles de estrellas presididas por una esfera blanca destelleaban en negro manto. Estrellas fugaces viajaban de un lado a otro, y sonidos misteriosos procedentes del interior de la selva reclamaban la presencia de Valverde.

Un rugido de su interior pareció surgir, un grito de pura y sencilla libertad estalló en su pecho para ser contenido como una ola por la puerta su garganta. Instintivamente Juan alzó sus brazos y echó su cabeza hacia atrás. Algo más fuerte que él mismo luchaba por salir de él, escapar de las cadenas de su mente y volar por el espacio inmenso y estrellado. Sintió que el aire estaba lleno, que existía una presencia viva que le rodeaba y que no podía conseguir identificar en nada concreto. Sonrió en su interior y por primera vez supo donde estaba. Pisaba la Isla Verde del Ecuador.

Algo pareció querer subir por sus espaldas, como una fuerza oscura que subía y subía hasta surgir desde la nuca a su frente. Una imagen de un tigre surgiendo en la oscuridad llenó su mente para no existir nada más. Su mandíbula comenzó a moverse sola, arqueandose de un lado a otra; sus fosas nasales parecían adquirir vida propia para comenzar a olisquear de una manera intensa y prolongada. Se sintió bien, poderoso, firme y seguro desde ese lugar. Miró de nuevo al cielo y siguió paladeando el saber quién era y dónde estaba. Instintivamente volvió a bajar la cabeza lentamente, como si de una reverencia fuera, para ser sorprendido por un claxon que rompía el silencio.

Juan giró rápido la cabeza y tardó unos instantes en reconocer el vehículo. Sus ojos parecían taladrar la noche con furia y orgullo, su cuerpo se hallaba firme y tenso dispuesto a soltar su energía como un látigo. Finalmente respiró hondo, y comenzó a avanzar lentamente sintiendo la tierra que pisaba, haciendo caso omiso del estridente sonido del autocar. Algo en su interior, como una grieta que separase dos mundos, se hacía presente en su conciencia. Subió a la máquina sintiendo lo ajena que era a su cuerpo, la diferencia que existía entre el mundo de la máquina y el natural, la brecha siempre existente en su alma, entre lo que surgía de él instintivamente y su penosa y larga construcción como sujeto social.

Valverde se sentó felinamente, y quedó absorto mirando la ventanilla. El conductor gritó el próximo destino, “Samarinda”, y una sonrisa de asentimiento cruzó el rostro del español. Todo encajaba porque algo superior al hombre lo hacía encajar, así de sencillo.

El pueblo de Sharí estaba próximo a la ciudad de Samarinda. Juan había conectado directamente con otro autocar y a media tarde se hallaba paseando por una aldea de caminos de tierra y casas sencillas. Le recordaba el pueblo de Rishman en donde cayó enfermo de la fiebre, las gentes parecían las mismas y no parecían mostrar ningún rechazo al forastero de raza blanca que paseaba por sus caminos. Podía observar el interior de sus casas abiertas a la vista de todos. No podía negar que aquel pueblo era amable, cordial, sin sombra de temor o desconfianza al extraño.

Tras recorrer todo el pueblo fue vagando hasta acercarse a una pareja de ancianos que

sentados contemplaban el comienzo del crepúsculo. Juan se quedó mirando fijamente a uno de ellos, algo en su interior había cambiado dándole un aire de mayor seguridad en sí mismo.

- Buenas tardes - hizo una ligera inclinación con la cabeza. Esperó la respuesta de la pareja y con una sonrisa continuó - podrían decirme donde habita el curandero del pueblo.

El anciano comenzó a asentir, se tocó el pecho para quedar luego inmóvil mirando fijamente al joven. Valverde intuyó que había encontrando en el primer intento al curandero, y contento de su acierto prosiguió.

- Vengo de parte de Hildram, un curandero de gran poder protector, vengo a pedir consejo y ayuda sobre una cuestión del espíritu.

El viejo siguió asintiendo como si lo que le hubiera dicho ya lo supiese, se levantó afablemente y le indicó que le siguiera. Le condujo hacia el interior de su casa, recorriéndola para salir a la parte trasera donde había un pequeño jardín y unas sillas. El anciano se sentó en una de ellas e hizo gestos de que el joven también se sentara. Juan extrajo un paquete de cigarrillos, le ofreció uno al curandero, y una vez encendidos comenzó a hablar .

- He venido desde tierras muy lejanas para encontrarme con un pueblo que sé que existe. Son el centro permanente de una gran tribu nómada que ha recorrido grandes distancias. Un pueblo sabio que ha sabido guardar su libertad desde su origen. Creo que habitan en esta isla guardados por un misterio impenetrable que yo quiero romper. Quiero conocerles.

- No es cierto que vengas de parte de Hildram - le contestó el anciano tras un largo silencio.

- ¿Cómo? - Valverde se sintió pillado como un niño en una tonta mentira.

- El te hubiera dado la señal del clan, no me los ha dado por tanto nada tengo que hablar contigo.

Dicho esto se levantó y dió por terminada la conversación. Juan se quedó absorto por la interrupción y de golpe su cigarrillo emitió un pequeño estallido.

El anciano dió media vuelta y se le quedó mirando sonriente.

- ¡Ah! El trueno, bien, bien - asintió complacido.

- ¿Cómo? -volvió a preguntar Juan.

- Dime, cómo sabes de mi existencia. Quien te manda - le respondió mirándole de manera fija y penetrante.

Juan decidió contarle la simple verdad.

- Bueno -comenzó tímidamente- en realidad me envía su hijo Rishman, él me dijo que usted me ayudaría en mi búsqueda.

- ¡Ah! El joven cachorro. ¿Cómo está el hijo de Hildram? ¿Y su mujer?.- le interrogó cortés el anciano.

- Bien, bien. Esto, si usted quisiera ayudarme se lo recompensaría largamente.

El anciano comenzó a reír suavemente. Meneó negativamente la cabeza y finalmente le respondió.

- Sólo los miembros del clan están al corriente de sus secretos. Aunque quisiera ayudarte no podría, tendrías que ser un integrante para poder darte alguna indicación. De todos modos me sorprende que conozcas la existencia de los guardianes de la Joya. Eres el primer blanco interesado por nuestras leyendas. Quizás - se encogió risueño - sea sólo eso, una leyenda de nuestras tierras.

Valverde también sonrió con complicidad. Si de algo estaba convencido era de la existencia de ese pueblo. Era una confianza cada vez más creciente.

- ¿Y si yo fuera miembro de ese clan podría ayudarme? - le respondió con aire excitado.
El anciano se quedó mirando sorprendido al extranjero, para luego negar con la cabeza.
- No forma parte de nuestra tradición dejar entrar a alguien en el clan que no sea familia de uno de sus miembros. Son vínculos de sangre los que nos unen. Lo siento, pero es imposible - contestó mirándole de manera fija e incómoda.
Juan dejó caer vencido los hombros. De pronto la noche se apoderó por completo del patio y una brisa repentina pareció acariciarle sus cabellos. Sintió de nuevo la extraña llamada de la selva y algo en su interior comenzó a moverse como si siguiera una desconocida y silenciosa música.
El curandero emitió una exclamación, dió unas palmadas y un pisotón al suelo, y empezó a hablar en un idioma incomprensible. Se metió dentro de la casa, comenzó a dar voces y volvió a salir esta vez en compañía de la anciana. Apareció sonriente, como si Valverde fuera un familiar suyo que no hubiese visto desde hace mucho tiempo.
- Esta es mi mujer Leirim. Lunita te presento a un amigo de Rishman - le señaló con gran ceremonia
- Juan, Juan Valverde señora - consiguió emitir el joven confuso ante el repentino giro de situación.
- Yo me llamo Virsham, y soy el jefe de nuestro clan. Bienvenidos sean los pasos que te trajeron hasta aquí. Te ayudaré en lo que desees.
- ¿Qué quiere decir? ¿Me dirá donde viven los guardianes? -respondió rápido Juan.
- No, no, eso no está en mi mano -dijo apaciguador el anciano -. Pero sí te facilitaré la entrada en nuestro clan. Ven mañana por la tarde y hablaremos.
El joven sintió la decepción de la propuesta, pero trató cortésmente de disimularlo. Se despidió con toda la amabilidad de que podía hacer gala, y marchó solitario por los caminos de tierra.
Virsham volvió a la parte trasera, encendió una pequeña hoguera e hipnotizado por las llamas del fuego comenzó a cantar acompasada y suavemente. De cuando en cuando detenía el canto, miraba las estrellas y una sonrisa de alegría se dibujaba en el rostro. Algo sabía ese viejo curandero que parecía otorgarle una peculiar fuerza interior.
Cuando por fin encontró alojamiento Valverde cenó algo con desgana, tendido ya en el lecho comenzó a meditar. No perdía nada por hablar mañana con el curandero, aunque no se veía dispuesto a entrar en una sociedad de curanderos. Por lo que había leído el aprendizaje era lento, repleto de iniciaciones y pruebas para mostrar la fidelidad del candidato. Podía tardar años, y él ya sólo tenía dinero para pocos meses de manera precaria. La situación parecía haberse quedado congelada en ese punto. La única solución, se dijo, es conseguir convencer al curandero para que me revele la posible información que tenga. Ya veremos si es tan resistente, se dijo reconfortado acurrucándose bajo la manta.
Se despertó temprano, y decidió vagabundear por los alrededores para hacer tiempo hasta la tarde. A poca distancia del pueblo vió un riachuelo que, plácidamente, se deslizaba por la verde vegetación. Una mujer vestida de blanco lavaba ropa en sus aguas. Ante su visión algo magnético pareció inundar el ambiente, nada parecía existir salvo la figura morena y grácil que de rodillas movía rítmicamente sus brazos al compás de una canción.
Valverde quedó hechizado por la imagen, la mujer parecía inundada por la belleza del mundo. Era como si todo lo hermoso en la creación se hubiese reunido en ella. Algo como un

aguijón atravesó su interior, un calor abrasador comenzó a inundarle . La mujer de súbito detuvo su canto, lentamente su rostro se orientó hacia donde él estaba. Por un momento, allí en la orilla del río, ojos oscuros intercambiaron sus miradas.

Ella volvió a girar la cabeza como si no le hubiera visto. Juan sonrió, si algo sabía en esos momentos es que se habían mirado. Confuso, pero con una sensación de alas en su interior, se introdujo en la vegetación para andar vagando por su interior hasta percibir que ya atardecía. Se sentía como en otro mundo, transportado a un paraíso terrenal que siempre le había estado esperando. Desorientado trató de retornar al poblado pero la densa vegetación no le permitía reconocer sus pasos.

Un instante de pánico asaltó a Juan para cambiar de pronto a otro en el que se sintió excitado y alerta. Olió el aire que le envolvía e instintivamente supo qué camino recorrer. Algo, como un olor, le atraía hacia allí. Al salir de la jungla se encontró de nuevo ante el río, cerca de donde había encontrado a esa bella mujer. Se acercó lentamente y comenzó a remover pensativo con el pie la tierra donde ella había estado.

Dió de súbito media vuelta y se enfiló decidido en dirección al poblado. Anduvo hasta divisar la figura de Virsham que, sentado en el porche, no parecía tener nada mejor que hacer que estar simplemente allí. Juan se acercó a él, y le saludó en silencio. El viejo le sonrió, le dió una palmada en el hombro y le invitó a entrar en la casa. Dentro, sentadas en la mesa cortando unas legumbres, se hallaban dos mujeres.

Juan quedó clavado en mitad de la estancia como si hubiera chocado contra un muro invisible que le hubiese hecho quedar paralizado.

- A mi mujer ya la conoces, te presento a mi hija Shanila.- le habló el anciano con una curiosa mirada en su semblante.

De nuevos ojos oscuros cruzaron su mirada, a Juan le pareció que el tiempo se había detenido, que nada importaba ya, que todo lo que pudiera desear ya lo tenía delante. Era una sensación tan poderosa que no trató de luchar contra ella, no le importaba lo que pensasen de su extraña conducta.

La joven inclinó la cabeza, llevaba una especie de tatuaje en el entrecejo, y sus brazos se hallaban repletos de brazaletes que al moverlos hacían un gracioso y peculiar sonido.

- Bien. Vayamos los hombres a charlar un rato ¿de acuerdo? - le dijo el anciano sacándole de la visión de aquellos ojos.

La voz del curandero rompió el hechizo en el que se hallaba Valverde, meneó la cabeza como si estuviera despejándose y con unas palabras aceptó el ofrecimiento. Sentados de nuevo en la parte trasera el anciano le pidió un cigarrillo al joven. Se intercambiaron lumbre y con un vaso de licor que trajo la esposa del curandero se prepararon para la charla.

- ¿Has meditado la oferta que te propuse ayer?. ¿Quieres que te ayude a formar parte de nuestro clan? - le inquirió el anciano sin mirarle.

Valverde se quedó mirando el ocaso que lentamente era sustituido por un azul oscuro que invadía la cálida y húmeda tierra donde se hallaba. Sentía en su pecho algo así como un presagio.

- Sí - dijo por primera vez en su vida con convicción. Se sentía como si hubiera acabado un largo viaje, como si el peso que había transportado hasta allí pudiese dejarlo de una vez en tierra.

- Bien, bien - asintió lentamente el viejo curandero con una voz que parecía perderse en la

noche-.

La Luna con su séquito de estrellas se plantó delante de los hombres, hermosa y seductora. Pero uno de ellos sólo podía recordar una cosa al mirarla: los ojos oscuros de una mujer en un río.

2.
El Paso

Virsham había convocado una reunión urgente de miembros del clan para discutir la entrada de Juan. Esos días de espera el extranjero los dedicó a dar largos paseos por los alrededores y a dejarse caer casualmente por la orilla del río donde había encontrado a Shanila. Cuando conseguía verla hacía un amago de saludo tratando de mostrar la mayor indiferencia posible, luego se introducía en la abundante vegetación y se dedicaba a contemplar las tareas de la joven. No sabía cómo abordar a la mujer en su indecisión, se entretenía pensando en las miles de estrategias posibles para seducirla. En esos pensamientos Valverde dejaba que su imaginación volara cayendo siempre al final rendido en un apacible ensueño.

Al atardecer volvía a la aldea, cenaba y merodeaba entonces por los caminos con la esperanza de tropezarse con la ilusión de su corazón. Cada vez que ello ocurría y sus ojos se cruzaban Valverde sentía un vuelco en su corazón, un calor surgía entonces en su interior que le duraba hasta que volvía al lecho.

Así pasaron los días hasta que Virsham le mandó aviso para que asistiera a la reunión donde se iba a decidir lo que iban a hacer con él. Juan se sentía confiado, pues sabiendo que su protector era el jefe del clan imaginaba que no existirían dificultades para su acceso a éste. Cuando entró Valverde en el patio trasero las voces animadas que escuchaba cesaron de golpe para sucederse un silencio penetrante y denso.

Alrededor de una hoguera, sentados en el suelo, se hallaban el viejo curandero y cuatro personas más. Los cinco se le quedaron mirando fijamente, como animales en acecho. Juan sintió como si por la boca del estómago le hubiesen colocado un embudo y una sensación de vértigo le hizo perder por un instante la conciencia. Cuando pudo volver a enfocar claramente su mirada los curanderos miraban a Virsham negando con la cabeza.

El viejo sonrío y dijo algo en un dialecto desconocido para Juan. Miró hacia el cielo nocturno, suspiró y colocando su mano abierta sobre la tierra imprimió los cinco dedos sobre ella. Uno de los curanderos, de similar edad a Valverde, dió una palmada seca y comenzó a decir algo en tono alto. Parecía molesto por algo, a medida que hablaba sus compañeros asentían con la cabeza emitiendo una especie de sonido de garganta afirmativo.

A medida que se sucedía el diálogo Valverde sintió algo denso que rodeaba a esos hombres, como una neblina intraspasable que le disuadiese de acercarse. Sin saber qué hacer, decidió sentarse él también donde estaba. Al hacerlo uno de los hombres giró su cabeza y se le quedó mirando reprobatoriamente. Negó con la cabeza, y los otros cuatro también giraron para mirarle. Juan se sintió completamente incómodo, extraño, fuera de esa situación. Pensó en levantarse pero se dijo a sí mismo que hacerlo sería una actitud infantil y decidió quedarse sentado.

El que estaba a la derecha de Virsham murmuró algo y todos de golpe rompieron a reír. Entre risas Virsham dió una palmada y señaló al fuego diciendo algo. Al instante todos se callaron mirando fijamente al viejo, parecía que hubiese dicho algo tan sorprendente que hubiese roto la línea de pensamiento de todos.

Valverde cada vez se sentía más incómodo, tenía la certeza de que estaban hablando de él, y no encontraba el motivo de tantas risas. Mientras trataba de mostrar el rostro más digno posible observó que el más joven de los curanderos le miraba sonriente. Le miró también y entonces el joven volvió a estallar entre risas. Dijo algo afirmando con la cabeza y todos

volvieron a soltar carcajadas como si hubiesen encontrado algo graciocísimo en aquel comentario.

El de la derecha de Virsham dijo una expresión corta y rápida, miró al cielo y también dejó su huella en la tierra. El más joven repitió el gesto, el siguiente encogió los hombros, miró de soslayo a Juan y también hizo lo mismo, finalmente lo mismo hizo el último del grupo. Virsham se levantó, dijo algo dando una palmada y escupió al fuego, al unísono lo hicieron los otros cuatro. Hecho esto rompieron el círculo que habían realizado alrededor del fuego,y en ese instante una nueva sensación de vértigo inundó a Valverde.

Agarrándose la cabeza la inclinó hacia abajo, sentía como si un nudo se hubiera hecho en el plexo del estómago. La sensación de embudo iba desapareciendo para de nuevo volver a la normalidad. Confundido levantó la cabeza para encontrarse con Virsham que le miraba con tremenda seriedad en su rostro. Esa expresión le asustó de tal manera que se levantó de golpe como impulsado por un resorte.

- ¿Y bien?- le interrogó nervioso al viejo curandero.

El anciano dió un paso hacia atrás y siguió manteniendo su seriedad. Finalmente se tocó con el pecho e hizo una especie de saludo.

- Te saludo de corazón, has tenido el privilegio de formar parte de mi pueblo - dijo ceremonialmente.

Juan se le quedó mirando sin saber qué decir, inclinó la cabeza en señal de agradecimiento, y volvió a interrogarle.

- ¿Entonces ya formo parte de su clan? - le dijo con voz esperanzada.

Virsham comenzó a negar lentamente con su cabeza. Una sombra de risa cruzó su rostro.

- No, no formas parte de mi clan.- respondió en el mismo tono de seriedad.

- Pero entonces... - dijo confundido Juan.

- Te he dicho que se te da el honor de formar parte de mi pueblo, de hecho no serás de él del todo hasta dentro de un tiempo.

Valverde asintió en silencio. No sabía qué podía continuar de aquella situación.

El viejo dió un suspiro, se frotó las manos y le miró fijamente.

- Hemos decidido que primero tienes que ser hombre - le dijo en voz baja.

Juan volvió a asentir esta vez imaginando algún tipo de terrible ordalía iniciatica para demostrar su valor. Empezó a temer lo peor, recordando que había leídos las terribles mutilaciones que algunos pueblos realizaban para acceder a sus sociedades secretas.

- A partir de ahora estarás bajo la tutela de mi mujer Leirim. Nada más tenemos que hablar ya - dijo finalizando la conversación el anciano.

Valverde se quedó mirando atónito al viejo mientras éste daba media vuelta.

- ¡Un momento! - interrumpió nervioso - ¿Qué quiere decir con que ya no puedo hablar con usted? ¿Entonces quién me va a decir lo que busco?

El viejo giró y comenzó a mover la cabeza como si una broma privada no le dejase hablar con seriedad.

- No me has entendido. Hemos decidido que todavía no eres un hombre para poder optar al ingreso del clan. No tienes la marca ritual de nuestro pueblo, para nosotros no eres digno de conocer nuestro saber. Yo he insistido ante los demás afirmando que tú eres un caso especial, por eso hemos llegado a un acuerdo satisfactorio para todos. Serás iniciado a nuestro pueblo.

- ¿Cómo a su pueblo? - balbuceó confundido Juan.
- Sí, como los demás niños. Has tenido suerte, faltan sólo dos meses para el ingreso de los niños a su condición de hombres. Mientras tanto, tendrás que obedecer a las mujeres como todos los niños de mi pueblo.
- ¿Quiere decir que me consideran un niño.? -repitió hundido el extranjero.
El viejo asintió, y por fin estalló en una carcajada tan contagiosa que le permitió Valverde poder sonreír él también.
- Sí, un no-hombre.- dijo Virsham moviendo la cabeza arriba y abajo con la risa todavía presente.
- ¿Pero me lo está diciendo en serio? -comenzó a irritarse Valverde.
El anciano se enjuagó los ojos mientras soltaba hipidos de risa, trató de recuperarse y volvió a hablar con tono consolador.
- ¿Tú quieres ser miembro de mi clan? -le dijo con paciencia
- Sí, ya se lo he dicho -repitió Juan con menor vehemencia que la última vez .
- Bueno, para serlo primero tienes que ser un hombre. Cada hombre de nuestro pueblo se dedica a un oficio, formando parte de un clan. Esto es lo que siempre hemos hecho. El problema es que para poder elegir un oficio, primero se tiene que estar reconocido como hombre.
- ¿Quiere decir que antes tengo que ser hombre para poder entrar en su clan? - repitió estupefacto.
Virsham asintió lentamente, como si hablara con un niño pequeño. El trato que estaba recibiendo comenzaba a irritar al culto Juan.
- Yo ya soy hombre, y también tengo un oficio. He estudiado en mi tierra, es decir para que lo entienda usted, he entrado también en clanes de mi pueblo. No soy un cualquiera - respondió sintiéndose ofendido por toda aquella situación.
El anciano siguió asintiendo como si asistiese a la rabieta de un niño. No parecía mostrar la menor emoción ante aquella reacción.
- Bueno, verá, no entiendo a dónde quiere ir usted a parar. - dijo conciliador Valverde. Tenía que ser diplomático con aquel viejo malayo si quería obtener la información que deseaba.
- Ya te lo he dicho. Yo te he apadrinado, te he declarado como si fueras un familiar mío.. Por eso mi mujer te cuidará, hasta que llegue el tiempo en que puedas acceder a la condición de hombre de mi pueblo. - dijo lentamente para que pudiera comprenderle el atónito Juan.
- O sea que soy un niño -concluyó perplejo Valverde.
El anciano comenzó a reír de nuevo afirmando con la cabeza. Luego le frotó la cabeza como si fuera un niño pequeño y entre murmuraciones y risas se marchó dejando clavado a Juan en el patio.
El buscador se quedó mirando el fuego. Aquello había llegado demasiado lejos, no sólo estaba perdiendo el tiempo del que disponía, sino que además se burlaban de él aquellos rudimentarios malayos. Una imagen de mujer cruzó su mente, y recordó el origen del deseo de quedarse en aquel lugar. Me estoy confundiendo, se recriminó, ni estoy enamorado ni esta gente sabe nada del pueblo que busco.
Un fuerte estallido de los troncos de la hoguera sacó de improviso a Juan de sus divagaciones. Contempló sorprendido el caliente fuego que iluminaba de un tono anaranjado el lugar. Un repentino impulso hizo que se acercara más al lugar donde se habían reunido los

curanderos. Fue aproximándose hasta detenerse en seco; allí, imprimidas sobre la tierra marrón, habían quedado marcadas las huellas de cinco manos humanas. Sin saber por qué, se arrodilló y colocó su mano derecha también en la tierra. Una sensación de confianza le inundó al tocar la tierra con su mano. Instintivamente miró hacia las estrellas, se irguió y escupió al fuego. Algo como un sello acababa de quedar marcado en su plexo, una promesa había dejado huella en su corazón.

Juan se quedó mirando la hoguera largo tiempo, finalmente fue interrumpido por una voz de mujer. Era Leirim.

- Ven, ya te he preparado un lecho para que puedas dormir. A partir de ahora comerás y dormirás con nosotros - le dijo en tono maternal.

La anciana parecía no mostrar ninguna sorpresa por la oferta que acababa de realizar, como si aquello fuera lo más natural del mundo. Juan inmediatamente pensó en el dinero, tendría que darle una cantidad para compensar este hecho. Algo preocupado por la nueva situación se dejó llevar por Leirim hasta un lugar de la choza donde se había colocado un colchón y una especie de tejido similar a una sábana.

Acostado, los últimos pensamientos de Juan eran una batalla. Por un lado negaba aceptar semejante situación, por otro sentía que así tenían que ser las cosas. Decidió que nada perdía por quedarse más días y ver cómo transcurrían los hechos. Aun así, algo refunfuñaba en él. Se sentía dolido como hombre, le habían dicho a la cara que era un niño. Aquello le hizo sentirse molesto sin poder remediarlo. Afectaba a un lado de su ser que no podía permitir ser insultado. Finalmente el sueño se apoderó de él, mientras diferentes hipótesis de lo que iba a ocurrir seguían sucediéndose en su mente.

Se despertó sorprendido al sentir que una voz de mujer le llamaba. Al abrir los ojos vió a Leirim, ya vestida, que le decía que se levantase, que tenía que hacer mucho trabajo.

Juan se quedó pasmado mirando cómo se marchaba y comenzaba a dar fuertes voces organizando el pequeño ejercito de personas en la casa. Aquello era inaudito, se sentía como de niño en su casa, algo que siempre había odiado.

- Toma - le doy un cántaro el nieto de Virsham - dice la abuela que vayas a la fuente a traer agua.

Medio atontando aún por el sueño, agarró el cántaro, salió, fue andando con paso lento hasta la fuente y volvió con el cántaro sin dejar de refunfuñar por debajo. Al entrar contempló la gran mesa de la habitación principal llena ya de personas. Leirim le dijo que lo dejara sobre la mesa, y le indicó un sitio para sentarse.

En esos momentos Valverde se había despejado del todo al ver quien ocupaba una de las sillas. En la mesa estaba Shanila y la mujer del hijo de Virsham sentadas a la izquierda de Virsham. A su derecha se sentaba su hijo Klaram, y su nieto Dirtam. Leirim se sentó en la otra cabecera de la mesa, e hizo señas para que se sentara a su derecha, entre ella y su nieto Dirtam.

Aquello parecía la clásica mesa familiar, Valverde se sentó junto al joven adolescente y comenzó a sentirse incómodo a la primera risita de Dirtam. Por lo visto ya estaba enterado que él no era un hombre. Una sensación de calor inundó a Juan, aquello se iba a hacer

insoportable. Se quedó mirando al nieto de Virsham, era un adolescente de unos trece a quince años. Decidió hacer caso omiso del púber malayo, no iba él a dejar que esa creencia se extendiera.

Otra risita entró como un cuchillo en Juan, miró rápido de soslayo y efectivamente lo peor que le podía ocurrir ya estaba ocurriendo: Shanila reía tapándose la boca con la mano y con los ojos mirando el plato. La sensación de fastidio siguió creciendo hasta llegar al deseo de levantarse y marcharse dejándoles plantados en la mesa.

Estaba rumiando eso Valverde cuando el anciano levantó una mano y comenzó a hablar mirando a su nieto .

- Dirtam, ya sabes que falta poco para la iniciación. Dentro de poco serás un hombre - le dijo mientras miraba de soslayo al malhumorado Valverde.

El nieto pareció esponjarse y crecer de tamaño.

- También sabes - y miró ahora directamente a Juan - que he adoptado a este extranjero,y que ahora forma parte de nuestra familia. El te acompañará en el rito junto a los demás muchachos de los pueblos. Mientras tanto te pido que le enseñes cuales son sus obligaciones para con sus mayores.

El nieto asintió en silencio, parecía orgulloso de la misión. La cara de fastidio de Juan se hizo aún más evidente.

- Bueno, entonces...- comenzó a hablar nervioso.

- Los niños no hablan sin permiso de sus mayores - le interrumpió Leirim con tono seco.

Juan se quedó mirando con la boca abierta a la anciana, mientras escuchaba esta vez a sus espaldas la risa sofocada de todos en la mesa. Tardó unos instantes que se le antojaron larguísimos en reconocer de qué niño hablaban. Cerró la boca y comenzó a comer en silencio mirando fijamente el plato. Mientras la conversación se animó, intercambiándose el diálogo entre el bahanés y el dialecto que todavía desconocía. Por lo visto, se dijo irritado, incluso en la mesa se guardan secretos hablando en otro idioma. Si duraba mucho esto tendría que decidir marcharse. Sumergido en sus pensamientos, notó cómo alguien le miraba. Levantó la cabeza y ojos oscuros volvieron a cruzarse en la distancia.

Shanila volvió su mirada hacia otro lado, como si el extranjero no la hubiera descubierto. Un ligero rubor tenía sus mejillas, y ese signo hizo brincar de alegría el corazón de Juan. Sólo una mirada de aquella mujer había bastado para que su mente cambiara de rumbo y se entregara obsesiva a preguntarse si aquella mujer morena se habría fijado en él o no. Así se quedó absorto hasta que Leirim le ordenó que recogiera los platos junto con Dirtam, e hiciera caso a su nieto en todo lo que le dijese. En esos momentos Valverde era el más pequeño de la familia de Virsham.

Juan se sentía más desplazado que nunca en su vida. Tras las tareas del día, Dirtam le había propuesto que fuera con él para reunirse con los muchachos que iban a ser iniciados. En un pequeño descampado esperaban una veintena de muchachos de similar edad. Al ir aproximándose Valverde deseó que se le tragara la tierra, con sus casi dos metros de estatura y su espesa barba entrar en una reunión de púberes se le antojaba como la entrada de un elefante en una reunión de ardillas.

Dirtam le fue presentando uno a uno, entre risas y bromas de algunos de ellos. Parecían

muy enfrascados cada uno de ellos tratando de mostrar su hombría y virilidad a los demás. Aquello se hacía insufrible para Juan. Charlaban y le pedían cigarrillos continuamente hasta que finalmente quedó vacío el paquete; hacían exhibiciones atléticas y de lucha ; y no paraban de tocarse los genitales mostrando su virilidad.

Por lo que había escuchado Valverde aquellos jóvenes sólo podían tener acceso a una mujer tras el rito que se realizaría. Esto provocaba un continuo comentario sobre el sexo de las mujeres, chistes obscenos y demás comportamientos clásicos. Juan había odiado toda esa parafernalia en su adolescencia, pero al verla desde la distancia reflejada en los jóvenes malayos comenzó a sonreír paternalmente. Sólo era un ciclo en la vida de un hombre, y ahora que él conocía lo que era todo el misterio del sexo veía las imaginaciones de los adolescentes como algo gracioso.

Estaba pensando eso cuando de pronto la imagen que miraba pareció detenerse, quedarse congelada en el tiempo. Contemplaba el movimiento de los muchachos y escuchaba el tono de su voces desde otro lugar más lejano. Se les aparecía ahora como una danza de animales, como si fueran unos simios macho en sus comportamientos rituales de celo. Sintió lo cerca que estaban del animal, lo simple y sencillo que era lo que veía, lo natural que era que esos animales exhibiesen aquella conducta.

Un recuerdo apareció imperioso. Recordó sus años en un internado de curas, y la educación que había recibido. Su tutor espiritual había sido un sacerdote rígido y siempre dispuesto a soltar una bofetada ante cualquier desviación de conducta. Recordó cómo les había tratado, cómo cuando empezaron a despertar a la sexualidad ese sacerdote les había hecho sentir lo pecaminoso que era ese proceso. Era como una vergüenza, como una salida de la inocencia para caer en las redes del mal de manera inexorable.

Un día un compañero suyo les enseñó un calendario en el que aparecía una mujer desnuda. Todos le pedían que se la enseñara, y él la mostraba guardándola luego como si fuera un pequeño tesoro. Pero su tutor, a través de un chivato, se enteró del hecho. En presencia de todos le pidió el calendario y le soltó una fuerte bofetada. Todos sintieron el temor que se escondía por el hecho de guardar una foto de una mujer desnuda. En resumidas cuentas, el sacerdote quería enseñarles que la carne y sus tentaciones eran la perdición del espíritu humano, y se afanaba celosamente en ello.

Valverde salió de su recuerdo al oír gritos cada vez más fuertes. Al mirar qué ocurría vió cómo dos jóvenes peleaban fieramente, los demás hacían un corro animándoles. Sin pensarlo se levantó, se acercó a ellos y con facilidad los separó a cada uno de ellos. Todos quedaron en silencio mirándole, Juan no se había dado cuenta de que la fuerza que había exhibido era enorme a ojos de aquellos muchachos. Era como si un gigante hubiese entrado en escena y hubiese disuelto una reunión de enanos.

Dirtam se acercó solemne a él, hizo una raya entre los dos, la cruzó y tocando su pecho y el suyo dijo;

- Es de mi familia- parecía decirlo con orgullo. Como si ahora estuviese en el lado de los fuertes.

Comenzó un griterío tremendo, pandillas de muchachos discutiendo entre ellos, y otros que empezaban a cruzar la raya y abrazar a Dirtam y Juan. Al cabo de pocos minutos sólo quedaban unos cuantos muchachos fuera de la raya que, mirándose mutuamente, fueron uno a uno entrando también. Sin saberlo Valverde se había hecho el jefe de aquellos muchachos,

todos querían estar en la pandilla de aquel gigante barbudo procedente de otras tierras.

Los días iban pasando y Juan se sentía cada vez más contento de su situación. Su condición de no-hombre provocaba que estuviera al cuidado de las mujeres, y esto a su vez permitía que la compañía de Shanila fuera ahora habitual. A sugerencia de Dirtam le había pedido a Leirim si podría acompañar a su hija al río transportando la cesta, la anciana se quedó mirándole largamente hasta que una chispa pareció brillar en sus ojos y con una sonrisa picara en sus labios le dió permiso.

Desde ese preciso instante Valverde aprovechó cualquier excusa para ayudar en aquellas tareas en las que estuviera presente Shanila. Su nueva condición se había transformado en una merced al permitirle tratar a la joven sin ningún tipo de reparo. Sólo era un muchacho más del pueblo que ayudaba a un familiar en sus tareas.

A Dirtam y sus amigos el cambio de actividad de Juan no les gustó en absoluto. Comenzaron a murmurar entre ellos, criticando el hecho de que le gustase estar tanto con las mujeres. Empezó a correr el rumor de que era en realidad un afeminado, que sólo le gustaba las actividades propias de mujer en vez de la de los hombres. A todo esto Juan seguía cada vez más embobado por los encantos de la bella malaya.

La situación entre ambos era curiosa. Valverde no podía mostrar su deseo ante ella, tenía que mostrarse como si fuera un inocente niño, ajeno a que cada vez más su mente se obsesionaba con un encuentro definitivo. Shanila, por su parte, le trataba con naturalidad, como si fuera un miembro de la familia más, sin mostrarle en ningún momento un interés especial. Aquello hacía bramar el corazón de Juan que se volvía loco por las noches pensando en si realmente ella se habría fijado en él o no. Analizaba cada palabra, cada mirada, cada encuentro y buscaba posibles indicios de interés por parte de ella. Cada noche deshojaba la margarita del amor sin darse cuenta de lo repetitivo que era aquel ritual. Al apagarse las luces y estar todo en silencio, trataba de distinguir entre las respiraciones de la casa cual era la de ella. Al despertar lo primero que hacía era acompañar a Shanila a ordeñar la vaca de la familia, luego la ayudaba a colocar la mesa, y rápidamente lavaba los cacharros para alcanzarla cuando ella iba a lavar en el río.

Esos momentos eran los mejores del día. Se quedaba hechizado mirando su grácil cuerpo y su manera de moverse rítmica al compás de aquella canción que la distraía mientras lavaba.. Su oscuro pelo caía sobre los hombros ocultando el rostro, y cada vez que se descubría la cara con una mano y advertía la mirada de Juan, una tibia sonrisa le respondía. Eran en esos momentos cuando creía tocar el cielo con las manos; y así pasaba las horas, sólo por una mirada, una palabra, una sonrisa.

A veces no tenía más remedio que acompañar a Dirtam en sus reuniones con los aspirantes a hombres. Mientras contemplaba sus disputas y luchas, y escuchaba las charlas siempre hablando de lo que sería penetrar a una mujer, Juan dejaba volar su imaginación y comenzaba a pensar lo mismo. Un día se dió cuenta con sorpresa que estaba en la misma situación que aquellos muchachos, todavía no sabía qué iba a hacer con su vida y tampoco sabía qué sería amar a esa mujer del río. Para el caso realmente era lo mismo.

Faltaban pocos días para la iniciación, cuando Virsham reclamó la presencia de su nieto y la de Juan. Por su porte solemne parecía que quería decirles algo muy serio.

- Ya sabéis que dentro de poco seréis hombres -miró a Juan un momento y prosiguió-. Muchas de las cosas que sois ahora ya no serán, y otras sí serán. Tendréis otros deberes y otros derechos, vuestra vida cambiará para siempre.

Dirtam asintió con ese gruñido tan usado por su pueblo.

- Sólo los hombres saben lo que hay detrás de la iniciación, y si os he hecho llamar es para que reflexionéis estos días en el cambio que vuestra vida va a sufrir - continuó solemne.

Valverde pidió permiso para hablar al anciano, y éste con un gesto se lo concedió.

- ¿Será muy larga esta iniciación? - preguntó con aire de estudiante.

Virsham se le quedó mirando asombrado, le preguntó a su nieto si no le había comentado nada de ello y Dirtam entre risas sofocadas negó con la cabeza. El anciano suspiró y volvió a centrar su atención en Juan.

- No, no será muy larga. Sólo un mes - le miró un momento con un destello de malicia en sus ojos - Tendréis que estar recluidos en el centro de iniciación ese tiempo, y obedecer fielmente todo lo que os digan los hombres que encontréis allí.

Juan se quedó mirando al viejo como si le hubiera dicho una broma. ¡Un mes!. Aquello empezaba a resultar eterno, no saldría nunca de ese pueblo al paso que iba. Desistió de preguntar si podía ser más corto, y comenzó a sospechar lo largo que sería entonces el acceso al clan de Virsham. Se le estaba escapando de las manos el asunto, estaba tan obsesionado por Shanila que se había olvidado del objetivo de su estancia allí. Afortunadamente, se dijo, todavía queda dinero para prolongar mi estancia unos meses más, pero mi familia debe haberme dado ya por desaparecido. Este último pensamiento alarmó a Juan, tan embebido estaba en su viaje que había olvidado a su familia natal. Les había asegurado que el máximo tiempo que estaría fuera sería un año, y ya llevaba casi medio año sin darles noticias suyas. Prometiéndose ir a Samarinda para telefonearles, volvió a centrar su atención en el diálogo que establecían el nieto y su abuelo.

- ¿No podrías decirme que ocurrirá allí dentro? -insistía Dirtam -. Me han dicho que a veces algunos no salen vivos de allí, que otros se vuelven locos y huyen a la selva siendo devorados por las fieras.

Juan se quedó estupefacto escuchando eso. Evidentemente era todo imaginación infantil.

Virsham carraspeó seriamente, se quedó mirando a su nieto, luego al extranjero, para luego bajar su mirada en el suelo.

- Desgraciadamente, a veces pueden pasar esas cosas -dijo como en un susurro,

Valverde y Dirtam se quedaron mirándose con el temor pintado en su rostro. En esos momentos ambos parecían dos niños asustados por el cuento del lobo. El viejo, mirándoles furtivamente, sonrió complacido.

Las últimas noches todos los muchachos se reunían y entre ellos, como un coloso, Juan escuchándoles. Ya no se hablaba de mujeres, sólo de los terribles horrores que aguardaban a los que cruzaban la empalizada del centro de iniciación. Cada uno de ellos contaba historias de mutilaciones, torturas, suplicios de mil y un tipo. Juan empezaba a arrepentirse de haberse apartado de la civilización y caer en aquel pueblo de salvajes. Lecturas de ritos de iniciación de púberes en diferentes partes de la tierra comenzaron a surgir por su mente. Empezaba a temer que iba a tener que asistir a algo peor que las novatadas del servicio militar, algo que a ojos de todos los reunidos se mostraba tenebroso y oscuro como la noche en la que estaban.

La mañana de la iniciación sorprendió a Valverde en un sueño erótico. Se hallaba agarrado a la almohada cuando tremendos gritos de mujeres y fuertes voces de hombres comenzaron a sonar de golpe. Juan, asustado, se despertó de un salto pensando en que estaban recibiendo un ataque o algo similar, tal era la magnitud de los chillidos.

Se levantó, no había nadie en la casa. Al salir fuera donde sonaban los gritos la escena le paralizó. Los caminos estaban llenos de mujeres gritando como poseídas y de hombres que empujaban fuertemente a los muchachos para que siguieran adelante. Las madres agarraban a sus hijos como si fueran a perderlos para siempre, se retorcían los cabellos y chillaban pidiendo que no se los llevasen. Los hombres parecían mostrarse inmunes ante tanto requerimientos, las hermanas se abrazaban a sus hermanos y todos no paraban de llorar. Parecía que una gran tragedia iba a ocurrir.

Juan vió a Virsham que se acercaba a él junto con su hijo Klaram. Sin mediar palabra le agarraron y comenzaron a empujarle para que comenzara a caminar. Confundido obedeció mientras contemplaba cómo todo el poblado parecía caer en la histeria colectiva. Vió a Dirtam llorando mientras su madre, Kairim, no paraba de acariciarle y gritar de dolor. Aquello realmente parecía una catástrofe.

Empujados por los hombres, y seguidos por una legión de mujeres llorando y gritando, salieron del pueblo sólo para encontrarse a mitad del camino con los muchachos de los pueblos vecinos y sus acompañantes. Aquello parecía desencadenar un auténtico campo de batalla, las mujeres rasgaban sus vestidos de desesperación, los hombres empujaban a encogidos muchachos con rostros marcados por una profunda expresión de martirio. Las madres eran consoladas por sus hijas y abuelas que hacían lo posible para calmarlas. La impresión en el ambiente es que los jóvenes se dirigían a una terrible experiencia de la que no era seguro que volviesen, parecía que se dirigiesen a una sangrienta batalla.

Empujado sin piedad, formando parte de una hilera de muchachos presos del miedo, Juan se sintió como un cordero marchando al matadero. No podía creer que le fuera a ocurrir algo malo, pero la situación y los rumores que había escuchado le hacían temer lo peor. Comenzó a imaginar terribles torturas físicas y psíquicas y sintió cómo se le debilitaban las rodillas. Un miedo denso y sólido se apoderó de él, sintió ganas de defecar en aquel preciso instante.

La larga peregrinación de mujeres llorando y muchachos en silencio empujados reciamente por los hombres terminó ante una empalizada. Allí el griterío todavía se hizo más fuerte, las mujeres entraron en el grupo de muchachos y comenzaron a besarles y abrazarles con desesperación. Valverde veía la escena con los brazos cruzados, él estaba sólo. Eso le hizo sentirse aún más desplazado, un gigante al que nadie quería.

Una mano agarró su brazo, era Leirim que entre sollozos comenzó a darle besos en la mejilla. Asombrado Juan se dejó abrazar por la anciana, mientras su hijo Klaram trataba de soltarla. De golpe sintió como una ráfaga de viento a su espalda, como una presencia que su corazón hubiese reconocido instantáneamente. Se dió la vuelta y se hundió en aquellos ojos oscuros que tanto había deseado.

Shanila se acercó a él y de puntillas le dió un beso en la frente deseándole que todos los pesares fueran cortos. Valverde impulsivamente la abrazó y al hacerlo sintió por primera vez el cuerpo caliente y firme de la mujer. Una llamarada de fuego invadió su cuerpo y sintió el deseo que tanto tiempo había guardado. Ella se apartó de él rápidamente y con gesto confundido se

despidió con la mano.

Juan se quedó mirando cómo ella se apartaba del grupo de muchachos. Mientras era de nuevo empujado para entrar en la empalizada una sonrisa flotaba en su rostro. Aquel gigante barbudo parecía ir al matadero con la calma más grande del mundo. El ya sabía que tenía que hacer, sólo tenía que salir de allí y volver a abrazar a aquella hermosa mujer de ojos oscuros. Y esta vez el abrazo sería más largo.

Las puertas de la empalizada se abrieron y el aire pareció no contener la emoción desatada.Mientras iban entrando de uno en uno los muchachos los gritos de las mujeres se hicieron cada vez más desesperados. Sabían que habían perdido a sus niños.

Valverde entró con paso decidido en la empalizada. Al cruzar su puerta se encontró dentro de un pasillo estrecho y bajo, siendo obligado a inclinarse por una especie de túnel débilmente iluminado que acababa en una cortina negra.

- Desnudate - oyó una fuerte voz a su derecha. Lo hizo avergonzadamente .

- Cierra tus ojos al mundo -escuchó a su izquierda en voz baja.

Juan obedeció, al instante unas fuertes manos agarraron severamente sus brazos y sin compasión le ataron las muñecas por detrás. Notó como alguien por detrás le vendaba sus ojos, y cómo una pasta caliente era introducida en sus oídos.

Ciego y sordo fue guiado suavemente hacia adelante. Le inclinaron la cabeza hacia adelante y advirtió cómo atravesaba un cortinaje áspero y denso con ella. La cortina parecía húmeda, como si quisiera pegarse a él. Sintió cómo se deslizaba lentamente por sus hombros hasta finalmente parecer soltarle por la espalda de manera brusca.

Intuyó que había salido a un amplio espacio exterior, confundido trató de identificar dónde estaba por el olor. Supuso que estaba al aire libre por una suave brisa que acarició su rostro. Le siguieron guiando con extrema suavidad, como si fuera un ser tremendamente frágil, le soltaron las cuerdas de las manos y le colocaron tendido en algo que parecía un lecho hecho de hojas.

Juan seguía manteniendo una sonrisa estúpida en su rostro. No quería mostrar ningún miedo ante los que le guiaban. Cuando sintió que sus manos y sus pies eran de nuevo atados dejándole sujeta cada una de sus extremidades en un punto fijo comenzó a preocuparse. Un fuerte olor,, procedente de las hojas donde estaba acostado, inundó tan intensamente su cerebro que no pudo oler nada más. Un momento de pánico asaltó su mente, pero lo rechazó fácilmente pensando que aquello era un simple rito simbólico de colocarle desnudo en aspa y que pronto sería desatado.

Así, con esa esperanza comenzó a aguardar. No sentía el sol dándole en la cara por lo que supuso que estaba a la sombra. Trató de entretener su mente en averiguar dónde estaba, pero a medida que pasaba el tiempo el fuerte olor y la absoluta oscuridad y silencio comenzó a imponerse en su mente. Decidió tratar de dormir, hacer una pequeña siesta y esperar a que le liberasen.

Despertó de un denso sueño donde fuertes imágenes parecían tener vida propia. Abrió los ojos para sólo ver la oscuridad. Agudizó sus oídos pero una cortina de silencio impenetrable le impedía oír ningún sonido. Una alarma estalló en su conciencia, no conseguía distinguir si estaba durmiendo o si ya se había despertado. No tenía referencia donde poder centrar su

mente, ni siquiera podía oler el fuerte olor de antes. Comenzó a mover sus brazos y piernas y la sensación de sus extremidades le indicó que estaba despierto y tumbado sobre la tierra. Más tranquilo comenzó a pensar en qué podría entretener el tiempo, tiempo que parecía haberse hecho tremendamente denso, como un peso que asfixiase su pecho.

- Estoy teniendo un ataque de ansiedad - se dijo el científico Juan -. Tengo que tratar de calmarme, respirar hondo y relajarme. Esto pasará pronto.

Sintió que el ambiente se hacía ligeramente más frío y supuso que había caído la noche.Eso quería decir que ya llevaba demasiado tiempo en esa absurda condición. Sus extremidades parecían haberse dormido, una laxitud extraña invadía su cuerpo, haciéndole cada vez más difícil sentir su propio cuerpo.

Pensó en que tenía sed y hambre, por fin abrió la boca y comenzó a gritar, a reclamar alimento. Nada parecía existir fuera de su grito, no sentía que nadie le escuchase. Calló y se dijo que tendría que mantener la dignidad lo máximo posible. Si no le daban alimentos y bebida debería ser porque formaba parte de la iniciación. Al pensar en ello un pensamiento asaltó su mente de manera imperiosa, sentía su vejiga a punto de explotar. Comenzó a temer que tendría que hacerse sus necesidades encima. Esa perspectiva le provocó semejante indignación que comenzó a tirar de las cuerdas para liberarse. Así estuvo un rato hasta que se dió cuenta de que no era posible. Estaba realmente a merced de aquellos que le habían colocado allí.

Se sintió tremendamente indefenso, todas sus defensas, todo aquello que cimentaba su personalidad parecía resquebrajarse como torre de cristal. Sintió ganas de llorar, de estallar en una llanto largo y profundo pero se dijo que tenía que aguantar, que la situación pasaría pronto. Su cabeza la sentía como una bóveda donde dentro se sucediesen multitud de imágenes, mientras un débil zumbido comenzaba a sonar en sus oídos. Estoy perdiendo la distinción entre la realidad y la fantasía, se dijo alarmado. Comenzó a tratar de ocupar su mente recordando la tabla de multiplicar, luego realizando cálculos, finalmente se cansó de todo ello y una sensación de sequedad en su boca comenzó a llamarle la atención. Sentía la lengua pastosa haciéndole difícil deglutir. El estómago pareció también reclamar su atención a través de un dolor sordo pero insistente.

- Esto no es humano -dijo en voz alta recriminando las barbaras costumbres de aquellos nativos.

Más reconfortado recordó el tiempo que podía pasar un hombre sin comer ni beber. Sabía que lo más acuciante era la bebida, y supuso que los hombres encargados de la iniciación se ocuparían pronto de sacarle de ese estado. Siguió esperando y esperando, mientras la vejiga seguía presionándole hasta tal punto que ya sólo le obsesionaba esa zona de su cuerpo.

Finalmente la orina surgió imperiosa de su cuerpo, un reguero caliente comenzó a deslizarse por sus piernas. Una enorme ola de alivio y placer le inundó, de tal manera que sintió como el sueño se apoderaba de él de una manera lenta pero inexorable. Al dormir Juan ya no recordó nada de sí mismo, lo único que sentía era el agradable calor que la orina había dejado en su cuerpo.

Despertó sintiendo que era un punto sumergido en un profundo océano de silencio y oscuridad. La nada le envolvía, como un cascarón en un mar tempestuoso veía imágenes y escuchaba sonidos que sólo procedían de él mismo y que trataban de agarrar su precaria estabilidad. Luchó para reconocerse en ese núcleo de sí mismo en el cual podía definirse.

Absorto por su batalla interior no notó cómo alguien le zarandeaba suavemente. Al fin consiguió salir de sí y empezó a balbucear confusamente. Una mano le izó la cabeza y un olor agradable y fuerte inundó su cerebro. Alimento, dijo su cuerpo como un látigo de fuego. Bebió ávido el caliente líquido que le ofrecían, y tremendamente satisfecho dejó que de nuevo esa mano dejara su cabeza suavemente en el lecho de hierbas.

Una sensación de paz y bienestar inundó su ser, sintió que la vida era buena y agradable. Sus labios se despegaron en una sonrisa y suspiró complacido. Así pasó el tiempo, hasta que poco a poco comenzó a recordar la situación en la que vivía. Atónito se dijo que ya había pasado más de un día en esa condición y se preguntó cuanto tiempo más se iba a prolongar su martirio.

No notaba sus extremidades, pensó en que se habían quedado sin sangre y desesperadamente comenzó a mover manos y pies con furia. El dolor estalló sin compasión al irrumpir la sangre en sus entumecidos músculos. Comenzó a respirar hondo tratando de olvidar el dolor, hasta que paulatinamente desapareció de su conciencia.

Sintió una sensación sorda en su interior, cómo si algo estuviera royendo sus huesos, como si algo le estuviera comiendo desde el interior su médula. Algo tan hondo y penetrante que no podía sentir nada más profundo; la sensación surgía desde lo más hondo de sí mismo. Era el fondo de su cuerpo.

El tiempo dejó de existir, y entró por fin en el mundo del sueño. Sintió un mundo infinito en todas direcciones, y sin embargo ese mundo tenía un centro desde el que surgía un canto de luz. Y allí, allí deseó ir con todas sus fuerzas , esa era la única realidad que mantenía a las demás realidades de todos los mundos posibles. Esa era la motivación de su existencia, la fuente a donde quería volver. Allí, allí, sin ninguna duda.

Un llanto fuerte y prolongado surgió de Valverde. Ahora se veía a sí mismo. Un punto en el espacio perdido en la nada, un ser indefenso enfrentado enteramente a lo desconocido. Toda ayuda era buena, toda pista mil veces agradecida, todo lo bueno era bueno. Lo demás no era importante, lo demás... era mentira.

Tranquilo se dejó mecer por la mano que le ofrecía el cálido alimento. Agradecido y en silencio lo tomó en completa paz. Al acabar dió un pequeño suspiro de agradecimiento y volvió a dejarse caer en el mundo en el que soñaba. Nada sabía del mundo exterior, nada sabía del origen de ese amado alimento, de las dificultades que pudiese tener el conseguirlo.

Un profundo y dulce sueño arrullaba el ser de Valverde. De golpe sintió cuatro secos sonidos, y dos secas bofetadas le sacaron de su trance. Sus extremidades se encogieron rápidamente y se dió cuenta de que estaba libre. Torpemente trató de levantarse para notar que sus miembros no le respondían. Se esforzó absorto en la tremenda dificultad del hecho de incorporarse.

Consiguió al fin erguirse, se hallaba mareado y tambaleante. Unas manos le agarraron la cabeza y unos dedos hurgaron en sus oídos extrayendo la espesa pasta que hasta ese momento se los cubrían.

- Recuerda -escuchó una boca en su oído a su derecha.

Un dolor intenso y breve en su ombligo le hizo gemir de sorpresa.

- Tu origen - sonó susurrante una voz a su izquierda .

La venda dejó de presionar sus ojos, y torpemente los abrió a la brillante luz del día. Acostumbrados a la oscuridad sintió un dolor intenso y punzante, agachó su cabeza y comenzó a frotar intensamente los globos oculares tratando de disminuir el dolor. Luego, poco a a poco, con la mano tapando sus ojos, trató de mirar entre la sombra de los dedos. El dolor fue haciéndose cada vez menos intenso, hasta poder finalmente distinguir un color en su visión. Era el verde vivo de la tierra.

Esa impresión relajó su mirada, una sensación de tranquilidad le inundó y poco a poco se atrevió a mirar arriba. Una llamarada de fuego invadió su cerebro, provocando un dolor aún más intenso que el anterior. A la vez que instintivamente soltaba su dolor en una exclamación supo qué era la imagen poderosa y cegadora que había percibido. Era el Sol.

Mientras trataba de adaptar sus ojos a la luz comenzó a oír gritos y exclamaciones a su alrededor. Lentamente reconoció la escena: jóvenes malayos desnudos y confundidos eran acompañados por hombres también desnudos en la salida de la experiencia que acababan de vivir.

Finalmente dió media vuelta para poder mirar sin que el destello del sol le cegara. El azul luminoso e intenso del cielo atrapó su mirada durante unos instantes. Notó una presencia delante suyo y contempló atónito a quien tenía delante. Era Virsham desnudo. Juan inmediatamente centró su mirada en los genitales del viejo. Este sonrió y agarrándose los testículos con la derecha asintió.

- Aquí todos tenemos lo mismo - le afirmó con la mayor naturalidad del mundo .

Juan emitió una risita tonta, de golpe apareció su complejo de pene y enrojecido bajó la mirada para apreciar el tamaño de su pene. Esto desde púber siempre le había preocupado. De hecho nunca pudo presumir de poseer un enorme miembro viril, más bien al contrario, y había pasado momentos angustiosos en su adolescencia absorto con la medida de su pene.

Recordó que ese complejo le había surgido desde una aventura en el internado religioso. Formaba parte de una pandilla de niños traviesos cuya mayor hazaña consistía en escapar de los muros y retornar sin que los curas tuvieran noticia de ello. Cada vez que escalaban la pared para saltar al otro lado, a la libertad del exterior, una intensa ola de excitación recorría su cuerpo. El saber que si eran descubiertos provocaría un serio castigo añadía la dosis de miedo que generaba mayor salida de adrenalina.

Un día los jefes de la pandilla dijeron que iban a hacer algo importante.Juan se dejó llevar por ellos hasta una casa abandonada en las proximidades. Allí encontraron un preservativo usado entre diferentes porquerías. A Juan le dió asco y no quiso agarrarlo. Uno de los niños lo cogió y comenzó a desfilarlo orgulloso de su hazaña. Luego, con aire misterioso, entraron en una sala mayor. Allí alguien dijo que iba a hacerse una paja. Aquello sorprendió a Juan porque sencillamente no sabía qué significaba aquella expresión.

Todos los niños se pusieron de acuerdo y cada uno de ellos se perdió por la casa para hacerlo. Juan se quedó sólo y quieto escuchando gritos de algunos afirmando el tremendo placer que sentían, luego comenzaron a salir de nuevo. Al reunirse en círculo Juan se sintió en una encerrona. Acababa de ingresar un nuevo niño en la pandilla que la tenía tomada con Valverde, y presentía que todos sabían lo que iba a ocurrir menos él.

Y así fue, salieron a la terraza de la casa y a plena luz del día uno de ellos propuso enseñarse mutuamente los genitales en corro. Empezó la rueda y Juan se sorprendió al contemplar el pene excitado del primer niño que lo hizo. Aquel estado se le mostraba

desconocido, nunca había visto así su propio pene.

La rueda siguió, cada uno de ellos sacó el pene excitado de la masturbación mientras los demás elogiaban la exhibición. Le tocó el turno a Juan, y bajando avergonzado sus calzoncillos mostró su pequeño pene entumecido. Al verlo todos estallaron en risas, se mofaban de él señalando su miembro con burla y desprecio. Para cuando todos acabaron una conclusión quedó impresa en la mente de todos: el más grande de la pandilla la tenía más grande, y Juan era el que la tenía más pequeña. Tan pequeña que desde entonces corrió la voz en el internado de su precario armamento viril.

- Deja de frotártelo y reúnete con los demás - la voz de Virsham interrumpió sus pensamientos. Por lo visto instintivamente mientras pensaba se frotaba el pene para que estuviera ligeramente excitado .

- Déjatelo tranquilo, deja que esté como quiera - el viejo insistió mirándole como si le hiciera gracia lo que veía .

El estado de desnudez de Valverde no le dejaba relajarse. Comenzó a caminar tratando como al descuido de tapar sus genitales con el balanceo de sus manos. Trataba de disimularlo de tal manera que sentía lo torpe que era su caminar en ese inútil intento.

En un descampado comenzaron a juntarse penes de todos los tamaños y formas. Cuando todos los muchachos estuvieron ya reunidos, Virsham apareció con un gran palo que portaba en su mano izquierda. Solemne esperó a que los cuchicheos dejaran de sonar, esperó luego que el silencio se prolongara un largo instante y con la mano derecha se agarró los testículos.

- Lo que señala a un hombre es esto -dijo con voz fuerte y recia.

Todos se le quedaron mirando como hechizados. El anciano parecía estar plantado como un árbol y seguía manteniendo sus testículos agarrados. Involuntariamente los jóvenes se tocaron a su vez su propios atributos viriles.

- Ahora ya sabéis en qué condición nacisteis - concluyó tajante y seco. Dió un golpe en la tierra con el palo, emitió el gruñido de afirmación, y dando media vuelta se retiró hacia una pequeña choza que había en el descampado .

- Podéis hacer lo que queráis. Cuando llegue el momento ya se os darán ordenes - gritó uno de los hombres que habían estado al lado de Virsham.

Los muchachos, excitados por lo que vivían, comenzaron a correr de un lado para otro y a comentar lo que les había ocurrido. Valverde, gigantesco y barbudo entre aquellos jóvenes, no supo qué hacer y finalmente comenzó a dar paseos en solitario. Se hallaba en un gran descampado circular rodeado por la vegetación cuya única salida aparente era la alta empalizada por la que había entrado. Al mirar la puerta recordó que había pasado un túnel, interesado se acercó más a la puerta. Cerca de ella podía verse grandes telas negras y unos cuantos palos. Entendió que a la hora de la entrada los hombres habían colocado esa construcción improvisada. El efecto, se dijo, era realmente impactante.

Pronto les reunieron para darles comida y bebida, no parecía que tuviesen ninguna prisa los hombres en querer aclarar lo que iba a ocurrir en el interior de la empalizada. Al recibir su ración Valverde recordó con qué agradecimiento había recibido el alimento cuando se hallaba atado. Le dió las gracias al hombre que se la ofrecía, y éste sonrió asintiendo con la cabeza. No se sabía qué era el tener la suerte de alimentarse hasta que uno había perdido esa suerte.

Habían pasado el resto del día holgazaneando, al caer la noche nadie les indicó nada así que cada uno buscó un lugar para dormir. Apelotonados para sentir menos el frío de la noche, se oían voces pidiendo que se callaran otras voces. Juan, absorto mirando a las estrellas, percibía las discusiones de los jóvenes como un ruido de fondo. Al cabo de un rato sólo se oía el silencio de la selva con sus múltiples sonidos. Así estuvo Valverde hasta que sus ojos se cerraron y cayó también en el sueño.

Le despertó grandes sonidos de tambores, tan fuertes que hasta la misma tierra parecía temblar. Cuando cesaron los tambores todos habían salido de su sueño mirandose aturdidos unos a otros. Se les ofreció agua para que se espabilasen y luego alimento. Al cabo de un rato se les volvió a reunir en el centro y apareció un hombre fuerte y musculoso que se les quedó mirando como el lobo a las ovejas. Su aspecto era amenazador, sus ojos parecían emitir la agresividad de un animal que estuviera a punto de estallar.

- Uníos en parejas y comenzad a luchar. Seguid haciéndolo hasta que sólo quede uno - gritó el hombre con expresión ceñuda.

Los jóvenes se miraron unos a otros confundidos. El resto de los hombres comenzó a ordenarles lo mismo, hasta que finalmente se pusieron a ello. Juan se quedó clavado en tierra sorprendido del nuevo giro de la situación. Aquello le fastidiaba enormemente, odiaba la violencia. Estaba pensando en negarse a hacerlo, cuando Dirtam se acercó a él con una sonrisa.

- Venga luchemos - dijo excitado el joven .

Mientras Valverde comenzaba a negar con la cabeza el joven saltó de improviso sobre él y haciéndole una hábil presa le tumbó en el suelo. Juan en tierra comenzó a recriminar al muchacho.

- ¿Pero qué haces? ¡Suéltame! ¡Suéltame te digo! - la llave le había dejado inmovilizado en tierra y comenzaba a asfixiarse .

Dirtam esperó un momento más, y con un grito dió una palmada en tierra. Luego deshizo la presa levantándose ágilmente.

- Te he vencido. Creía que serías más fuerte - dijo orgulloso

- ¿Qué ? - exclamó asombrando mientras se incorporaba.

- Te he vencido. Estás fuera - repitió Dirtam.

- ¿Fuera de qué? - preguntó extrañado Juan. .

- De la lucha. De qué si no - dijo meneando la cabeza el joven. Le dió la espalda y comenzó a buscar otro contrincante.

Valverde se quedó mirando cómo se marchaba e iniciaba de nuevo la lucha con otro superviviente del combate. Al fijarse bien supo apreciar que esos muchachos estaban acostumbrados a luchar, su agilidad de movimientos y sus simples pero eficaces presas mostraban un dominio sólo conseguido con el tiempo.

El hombre agresivo y ceñudo le llamó y Juan se acercó a él sin saber qué hacer o decir.

- Ponte con el grupo de perdedores - le gruñó señalándole un grupo de muchachos tristes

Juan asintió en silencio. Se sentía cada vez más fuera de tono. Al entrar dentro del grupo todos se le quedaron mirando con sorpresa. Se suponía que él era el más fuerte de todos, y ahí estaba eliminado al primer intento. El gigante barbudo gruñó algo para sus adentros, y trató de hacer caso omiso de las miradas. Faltaría más, se dijo, que ahora tuviese que demostrar lo macho que soy luchando con estos niños.

Al finalizar el torneo sólo quedó uno. El hombre ceñudo se acercó solemne a él y le colocó un brazalete de metal en su brazo derecho. Alzó luego su brazo y gritando le proclamó.

- Este es ahora vuestro jefe. El será el encargado de hablar con nosotros, y él será el que os ordene partiendo de nuestros deseos - dijo mirando con aquella expresión de fiereza intimidatoria a los muchachos.

Aquello le sonó al ejército a Juan. Se sintió incómodo ante el cariz que estaban tomando las cosas. Ahora tendría que estar bajo las ordenes de un muchacho, su acusado sentido de la independencia le hizo arrepentirse de no haber sabido remediar aquella situación.

- Ahora sería yo el jefe - masculló reprochándose por no haber sabido utilizar su fuerza.

El nuevo jefe comenzó a verse rodeados de jóvenes que le felicitaban y no paraban de hablarle. Valverde sonrió para sus adentros, en todo lugar y momento siempre el vencedor era aclamado y elogiado. Se aproximó más para averiguar quién era el elegido. Era Dirtam.

De alguna manera aquello complació a Juan, había sido vencido por el jefe que además era su único amigo entre tantos muchachos. Se acercó a felicitarle para comprobar cómo Dirtam apenas le respondía. Estaba demasiado absorto en su nuevo papel para recordar a su amigo. Parecía que todo el mundo quisiera estar a buenas con él. Aquel poder que se le había adjudicado en aquella curiosa situación en la que se hallaban le superaba.

Juan comenzó a reflexionar sobre el sentido de lo vivido hasta ahora. Parecía lejano el día en que había abrazado a Shanila y entrado resueltamente en la empalizada. El recuerdo de ella de alguna manera extraña le reconfortó. Pensó en lo que haría cuando saliese de allí. Instintivamente se tocó el pene y sonrió para sus adentros.

Al anochecer encendieron una enorme hoguera y les dijeron que se sentaran en círculo y aguardaran. Así estuvieron un rato hasta que apareció Virsham. Iba vestido con algo que parecía un traje ceremonial, en su mano izquierda portaba el gran palo, un medallón adornaba su pecho, así como diferentes brazaletes y anillos en sus brazos y manos.

La diferencia entre el viejo curandero y el resto de ellos que iban desnudos quedó marcada en la mente de Juan. Realmente, entre tanto hombre desnudo, Virsham parecía proceder de otro mundo.

- Hoy os contaré la primera historia -dijo en tono bajo mirando fijamente las llamas de la hoguera -.

El hechizo de su aparición cautivó la atención de Valverde. Ese hombre, se dijo, sabía cómo hacer una buena presentación.

- Hubo un tiempo en el que los hombres mataban por lo que hoy habéis hecho.-miró en derredor suyo seriamente y continuó -. En esa época ser el jefe de un grupo de hombres permitía poseer todo lo que se desease. Por eso los hombres continuamente luchaban entre ellos, incluso alguno llegaba a matar por la espalda para eliminar a sus contrincantes.

Virsham calló un instante, su rostro se desfiguró en una mueca de desprecio absoluto y escupió con fuerza al suelo. Al instante, todos le siguieron miméticamente. El anciano conseguía hacer sentir un desprecio innato ante el traidor asesino.

- Así estuvo nuestro pueblo sufriendo durante mucho tiempo - continuó solemne - Nadie podía vivir en paz porque la ambición entraba en el corazón de los hombres y todos querían poseer el poder del jefe. Nada se respetaba, la única ley era la del más fuerte y cruel. Nadie era libre en esos tiempos.

El viejo comenzó a menear la cabeza como si una enorme pena cayera sobre él. Todos los

muchachos escuchaban absortos la hipnótica voz del curandero.

- Un día llegó un extranjero de nadie sabe dónde - calló un instante y miró hacia las estrellas largo tiempo - . Ese hombre desafió al por entonces jefe de nuestro pueblo. Llevaba con él un extraño palo con el que afirmaba ser él el más poderoso de todos los hombres presentes. El jefe y sus secuaces comenzaron a reírse de él y a burlarse por las extrañas ropas que llevaba. Unos cuantos cogieron sus palos y se dirigieron hacia él para quebrarle la cabeza.

Virsham calló de nuevo. El ambiente se había hecho más denso, había conseguido agarrar la atención de todos.

- Ese hombre extraño les dijo que no se acercarán a él, que no le obligasen a usar su poder. Ellos volvieron a reírse y se acercaron dispuestos a matarle - el anciano hizo una pausa creando una sensación de expectación en el grupo -. Tan rápido como un pestañeo sacó de esa vara un rayo plateado y comenzó a matar a los secuaces sin piedad. En pocos instantes sus manos se llenaron de sangre mientras una furia terrible se apoderaba de él. Comenzó a dar gritos que helaban el corazón de los hombres, y al poco todos los secuaces y el jefe estaban muertos ante el terror de los presentes.

Todos los jóvenes dieron instintivamente un respingo de temor.

- Un guardián -susurró alguien entre cuchicheos cerca de Juan. Al instante se tensó al oír aquello.

El viejo pareció recoger el sentir general de todos, y asintiendo sonriente volvió a hablar.

- Sí, era una guardián con su espada - por un instante Juan percibió la mirada de Virsham que se posaba en él -. Mandó que recogieran a los cadáveres y los colocaran todos juntos en este descampado. Dicen que sus espíritus todavía moran por aquí.

Un nuevo respingo asaltó a los jóvenes. El anciano sonrió y continuó su historia.

- Ese hombre convocó a todo el pueblo y mandó poner a todos los hombres delante. Detrás suyo los cadáveres comenzaban a pudrirse bajo el sol. Se les quedó mirando durante largo rato hasta que finalmente les retó a que lucharan contra él. Hizo una raya con su espada entre él y el grupo de hombres animándoles a que fueran contra él, todos juntos o uno a uno

Virsham hizo una larga pausa mirando con gravedad a cada miembro del círculo.

- Nadie se atrevió a pisar la raya - rompió el silencio con un susurro.

Todos comenzaron a reír. Parecía que esos jóvenes sabían de la existencia de esos guardianes menos él. Había un sentir general de considerar invencible a ese hombre de la espada. Valverde se quedó absorto pensando en la época de la que estaba hablando el anciano. Parecía realmente hablar de un tiempo de leyenda.

- Como ningún hombre se atrevía con él, les dijo que ahora sería él su jefe - continuó tras pedir silencio con la mano -. Les dijo que iba a marcharse pronto, y que antes les enseñaría a luchar con limpieza para que nunca tuvieran que derramar la sangre de un hombre. Les amenazó seriamente con la advertencia de que si un hombre volvía a derramar la sangre de otro él volvería y le cortaría la cabeza.

Quedaron en silencio un largo rato. El viejo dió una palmada fuerte, miró al cielo y puso su mano en la tierra. Al instante todos le siguieron imprimiendo su huella en el suelo. Vinieron hombres con antorchas y el anciano se levantó del circulo.

- Quiero enseñaros algo - murmuró Virsham.

Comenzaron a andar por el enorme descampado, hasta aproximarse a la selva. Apartando unas malezas el anciano descubrió un pequeño sendero y continuó por él. Se detuvo al cabo

de poco en un pequeño claro de la selva y señaló con su dedo.
Juan iba al final de la cola. A medida que iban parando los muchachos notaba que daban un fuerte respingo quedándose lívidos mirando algo que iluminaban varias hombres con sus antorchas. Valverde comenzó a mirar entre las cabezas que le seguían delante. Cuando finalmente pudo ver lo que quería enseñarles el anciano su rostro también quedó lívido.
Suspendidas precariamente en estacas una decena de calaveras miraban desde la oscuridad de sus cuencas vacías a los jóvenes allí reunidos.

Al día siguiente de nuevo fueron despertados por el estruendo de los tambores. Cuando finalmente todos se lavaron y alimentaron aguardaron reunidos expectantes lo que podía ocurrir. Al cabo de un rato salió de la cabaña un hombre con su rostro pintado de rojo armado con una lanza, arco y flechas.
Al acercarse al grupo pudo reconocer Juan al ceñudo de la competición del día anterior. Andaba firme y pausado, con un aspecto realmente amenazador. Se les quedó mirando al fin un largo rato, desafiándoles con la mirada. Cuando miró a Juan le sostuvo la mirada hasta que sin saber el motivo éste también la bajó. Algo desprendía ese hombre que infundía respeto.
- Ahora ya no sois niños -gritó con fuerza - A partir de ahora tendréis que sobrevivir por vosotros mismos. Es hora de que aprendáis a cazar y hacer un refugio para vosotros y vuestras familias.
Todos los jóvenes comenzaron a gritar de alegría y entusiasmo. Valverde sabía, por comentarios anteriores que había escuchado, que sólo los hombres podían acceder al privilegio de la caza y la construcción de una casa. Esto último, dado que hacía mucho tiempo que no se alimentaban exclusivamente de la caza, era un privilegio muy considerado para aquel pueblo.
Juan se acercó a Dirtam y le interrogó sobre la identidad de aquel hombre.
- Es Vram - dijo con respeto el joven -. Es el maestro de lucha más considerado en todo el territorio. Dicen que ha sido iniciado por los mismísimos guardianes, pero yo no sé si creerlo.
Valverde se quedó parado ante la nueva mención de su pueblo soñado. Por lo visto no era tan difícil acceder al conocimiento de esos guardianes como él había imaginado. Miró con curiosidad al fuerte cazador. Ya tendría tiempo de interrogarle, se dijo mientras seguía la fila de muchachos a los que lideraba el guerrero.
- Preparaos a entrar en el mundo del poder - musitó Vram con voz ronca al salir del descampado.
Juan sonrió para su interior. Notaba la excitación de los jóvenes ante el nuevo desafío que se les presentaba. Se sentía como en una expedición de excursionistas dispuestos a enfrentarse a los peligros de la naturaleza. Sin embargo la situación difería en un sólo punto; entraban todos desnudos en los dominios de la selva monzónica, sin más ayuda que la que Vram pudiese ofrecerles en un mundo desconocido para el hombre civilizado que era Valverde. Kalimantan, la isla del sueño de Juan, poseía la fauna y flora más rica del mundo. Se estimaba en unas ciento cincuenta mil las especies que coexistían con el hombre. Su temperatura elevada y las grandes lluvias permitían una explosión de vida vegetal que permitía que esa tierra guardase en su interior la mayor diversidad de plantas que podía hallarse en el

mundo.

Esa tierra era la tierra de los gibones, del orangután, del rinoceronte, del oso malayo, de la pantera y el tigre. Del dragón volador, de la serpiente pitón y de la mariposa nocturna tan grande como la mano de un hombre. Y también era la tierra de los insectos, con más de cien mil especies distintas. En la jungla de Kalimantan abundaban los insectos palo y los insectos hoja siempre bien camuflados, el sonido continuo de los saltamontes y las cigarras, de las mariposas y las abejas. Es la tierra donde los árboles florecen y fructifican todo el año, y las aves exhiben el colorido de sus plumas con alegría y simplicidad.

El cazador comenzó una marcha a ritmo rápido y continuado, y el cansancio en el grupo comenzó a notarse a las pocas horas. El esfuerzo de avanzar por la espesa vegetación era mayor del que había supuesto Valverde. Ese día simplemente marcharon, por la noche el cazador reunió a todos en un círculo y en un denso silencio encendió una hoguera. Se quedó mirando el fuego durante un buen rato. Ante su mutismo los jóvenes comenzaron a hablar al cabo de un rato. El cazador giró rápidamente la cabeza hacia las voces.

- Silencio - dijo en un estallido con mirada amenazante. Los responsables se encogieron asustados de la ferocidad de la orden .

- No sabíamos que teníamos que permanecer callados -trató de disculparse uno de ellos.

Vram se quedó mirando al joven sin mover un músculo de su rostro. Volvió a mirar al fuego, y quedó de nuevo suspenso en las llamas.

- Por la noche la selva también está viva. Un cazador siempre escucha, no habla - susurró en una voz apenas inaudible.

Valverde trato de seguir el consejo del cazador. Al principio sólo podía oír el sonido del fuego y de los chillidos más cercanos. Poco a poco comenzó a escuchar un ruido denso que fue distinguiéndose en su conciencia. Era una música constante que antes no había percibido, una composición formada por el conjunto del canto y movimiento de animales Era cierto, estaban rodeados por vida, vida que les contemplaba en el silencio de la noche. Notó un sonido siseante, como de un cuerpo deslizándose cerca de dónde estaba. Al sentirlo su cuerpo dió un respingo tremendo, como si un miedo oscuro se apoderara de él.

El cazador levantó su mirada del fuego y contempló fijamente a Valverde.

- No vuelvas a hacer eso, es peligroso - le dijo seco -. Ella sabe cuando tenemos miedo, puede acercarse y ser nosotros la presa.

Juan se quedó contemplado la lobuna sonrisa de Vram. Tenía un aspecto temible en la penumbra del fuego.

- Dejad que vuestro cuerpo tome posesión del lugar en donde estéis - se tumbó mostrando los pies al fuego y comenzó a dormir sin decir una palabra más -.

Todos empezaron a mirarse entre sí para decidir qué hacer. Valverde se sentía avergonzado de aquella involuntaria reacción. Recriminándose su comportamiento se acostó y mirando las estrellas pasó largo tiempo pensando en qué habrían pensado los demás de él. Aquel gigante barbudo no era tanto como parecía.

Un silbido le despertó bruscamente. Se incorporó e instintivamente miró hacia la fuente del sonido. Vram se alejaba rápido del lugar, y los jóvenes corrían tras él a una velocidad sorprendente. Medio aturdido se levantó y quedó absorto mirando cómo comenzaban a desaparecer en la espesura. Giró su cabeza y vió el fuego apagado. Un sobresalto le invadió al contemplarlo, e instintivamente comenzó a correr tras los rezagados.

Así fueron pasaron las siguientes jornadas, por el día el cazador les enseñaba las diferentes formas de hacer trampas y de perseguir a los animales a través de las huellas. Para ello se precisaba una atención constante en las pequeñas señales que quedaban impresas en la selva. El esfuerzo enorme que tenía que realizar Juan para mantener esa atención, hacía que por la noche cayera derrengado ante el calor del fuego.

La base central de sus tareas se basaba en estar atento a lo que ocurría. Vram no pretendía realmente enseñarles a matar, en un territorio tan rico en caza no era muy difícil obtener comida incluso con aquellas rudimentarias armas que les había enseñado a realizar. Parecía más interesado en que desarrollasen el sentido de la perspicacia, la rapidez y la seguridad en la identificación de las señales que les rodeaban. El cazador insistía una y otra vez en el reconocimiento de los sonidos que envolvían la selva, y les repetía que sólo podía percibirse aquello que uno deseaba percibir. Por las noches meditaba sobre aquella enseñanza clara y sencilla que tanto le había hecho sufrir en otra etapa de su vida; no puede percibirse aquello que uno no está preparado para descubrir. Sentía que era una clave maestra para entender todo el significado de lo que le estaba ocurriendo: la percepción también se hallaba sujeta a la voluntad del hombre, uno podía acceder a la información a la que estaba preparado. Era como una ley que en la jungla se apreciaba sencilla y simple.

A medida que pasaban los días notó que al despertarse se sentía más fresco. Poco a poco comenzó a saber el motivo de su cambio. Cada noche se quedaba absorto ya no sólo mirando las estrellas, también escuchaba el sonido de la presencia viva que le envolvía . Ese sonido desaparecía lentamente al dormir para volver a aparecer en su conciencia de una manera paulatina y gradual al iniciarse el día. Su cuerpo sabía adaptarse al medio natural, sin necesidad de ningún esfuerzo, como si ya supiera qué tenía que hacer en esos casos.

Un día un ruido le sacó del sueño de manera repentina, se irguió rápido sin saber el motivo. Vram estaba desperezándose sin mostrar señal alguna de que hubiera percibido su brusco despertar. El cazador comenzó a oler el aire moviendo ostensiblemente su cabeza de una dirección a otra; luego recogió sus armas y la ración de alimento para empezar a moverse lentamente por las cercanías. Al cabo de un rato de exploración se quedó quieto mirando un punto en la selva. Pareció congelarse en el tiempo un instante, luego emitió un silbido y comenzó a avanzar sin mostrar interés alguno en averiguar si le seguían o no. Valverde salió corriendo el primero de todos con una sonrisa de regocijo en su corazón, ahora sabía la fuente del sonido que les indicaba que era hora de marchar.

Una noche Vram rompió el ya habitual mutismo que rodeaba el círculo de hombres por las noches.

- Os voy a contar la segunda historia - hizo un gesto con su mano y prosiguió -. Nos recuerda el origen de poder ser hoy llamados cazadores.

Guardó un momento de silencio, musitó algo y dió una palmada.

- En un tiempo lejano nuestro pueblo sufría por el frío y el hambre. Muchos niños morían en esa época, y nada podíamos hacer salvo tratar siempre de huir de los animales que nos querían cazar- un gemido de dolor surgió del grupo -. Las noches eran largas y muchos animales nos quitaban nuestras crías.

Vram miró uno a uno del circulo y apretó el puño en signo de impotencia.

- Los hombres sólo podían aguantar y llorar en sus corazones para que sus mujeres y niños no los vieran. La tristeza invadía a nuestro pueblo. -suspiró mirando al fuego. Luego elevó su

cabeza a las estrellas y quedó inmóvil y silencioso.

Al cabo del rato los jóvenes comenzaron a impacientarse. Juan estaba impresionado por la manera en que encarnaba ese hombre la leyenda que contaba. Parecía que él mismo la estuviera viviendo.

- En las noches de tempestad huíamos asustados de las fuertes lluvias y de los rayos que incendiaban los arboles ocultándonos en frías y oscuras cavidades - siguió hablando absorto-. La humedad mataba a nuestros ancianos, y exterminaba a nuestros niños. Eran tiempos de terror.

Contempló lentamente a los miembros del círculo y prosiguió.

- Un día apareció en nuestra isla un *cazador* - susurró al decir la palabra -. Era un hombre libre.

El sonido de la selva pareció aumentar de sonido, como si corease lo que había acabado de decir Vram.

- Algunos de los nuestros espiaron sus movimientos. Ese hombre dormía al lado del fuego que nosotros sólo habíamos visto producido por el rayo. Tardamos tiempo en atrevernos a acercarnos a él, porque podía matar animales a distancia con su lanza y sus flechas. No mostraba miedo al moverse por la selva, y ningún animal se atrevía a molestarle.

Hizo una pausa y continuó.

- Ese hombre fue el que nos enseñó a hacer el fuego y a liberarnos del miedo de los animales que nos cazaban - dijo tocándose el pecho con su mano derecha - Nos enseñó que el secreto era que nuestras rodillas no debían temblar nunca al movernos ante ellos, que debíamos andar con naturalidad por la selva, sin mostrar temor alguno. Como si fuéramos dueña de ella.

Vram quedó callado largo rato. Parecía que lo que hubiera dicho fuera tremendamente importante.

- Desde entonces los animales comenzaron a respetarnos - continuó cerrando el puño con orgullo - Aprendimos que nos atacaban porque les mostrábamos miedo. Al no mostrarlo dejaron de molestarnos. El fuego nos permitió protegernos del frío, y pronto nos dimos cuenta de que aprendiendo las artes del Gran Cazador podíamos alimentar a nuestras familias.

Colocó su palma en la tierra y dejó su huella en ella.

- Este es el origen de lo que habéis aprendido.

Al día siguiente retornaron en una rápida marcha hacia el centro de iniciación. Juan no había hecho aún cuentas de los días que llevaba en el rito de iniciación. Trató de hacer un cálculo aproximado pero se sintió confundido. Simplemente no sabía cuanto tiempo había pasado desde que había dejado a Shanila, y su imagen se mostraba débilmente a su recuerdo.

Llegaron extenuados al caer la noche. El retorno había resultado agotador para Valverde, tratando de mantener el ritmo infernal que Vram había marcado a la vuelta. Sólo deseaba llegar y poder caer agotado en el sueño.

Virsham les esperaba en el centro del descampado, parecía haber adivinado el momento de su regreso. Les hizo reunirse a todos junto a él, y aguardó un rato a que el grupo pudiera abandonar su respiración jadeante. Luego señaló a la choza en la que dormían los hombres

responsables de la iniciación.

- Esperad aquí todos de pie sin moveros. Seréis llamados uno a uno - dijo con tono seco

La noche era oscura, apenas podían verse los rostros. Un silencio extraño parecía invadir el descampado, un silencio que era roto de vez en cuando por la fuerte voz de Vram que les llamaba uno a uno desde la puerta de la choza.

Finalmente le tocó el turno a Valverde. Comenzó a andar con la única referencia de la luz que se veía encendida en la choza, todo lo demás era oscuridad a su alrededor. Al llegar a la choza se encontró con Vram guardando la puerta. El hombre le miró con terrible fijeza durante un largo momento, como calibrandole, finalmente le dejó pasar moviéndose a un lado. Juan entró y pudo contemplar a Virsham sentado en una silla, con la mirada fija en la silla vacía que tenía enfrente.

- Siéntate - le invitó con un gesto el anciano -

Juan se sentó y dejó que Virsham le mirara profundamente en los ojos. Sintió un calambre en la zona del ombligo. Instintivamente se acarició la costra que tenía en el ombligo. El anciano se inclinó y tocó firmemente aquel punto de su cuerpo. Valverde dió un respingo al sentir la tremenda sensibilidad que tenía aquella pequeña herida.

- De ella vienes, en ella estás, a ella iras - le dijo lentamente -. Respétala en tu camino.

Valverde se quedó paralizado con la mente absorta en algo indefinible. Algo se movió en su interior y pudo de nuevo enfocar su mirada en los ojos del anciano. Este cerró su mano derecha ostensiblemente y acercándose el puño besó suavemente su dedo pulgar.

- Guarda la fuente de la vida y ella siempre te guardará - susurró despacio .

Con un gesto le invitó a levantarse y salir. Vram le tapaba la salida con su cuerpo. Juan comenzó a sonreír estúpidamente para pedirle permiso para irse, pero la mirada glacial del cazador le hizo quedarse quieto ante la puerta.

- De todo lo que hayas vivido aquí a nadie le contarás nada - el cazador siguió mirándole sin moverse .

El joven comenzó a asentir sintiéndose incomodado por aquella mirada glacial.

- Nunca -susurró lentamente - a nadie.

Al salir de la cabaña la oscuridad volvió a inundarle, noche sólo iluminada por los destellos de las estrellas. Instintivamente notó la presencia del grupo y se encaminó hacia él. Los días pasados con Vram en la selva habían despertado en él un sentido innato de poder percibir el hálito de la presencia animal. Cuando llegó al grupo se quedó mirando uno a uno a sus miembros. Todos estaban callados y sin saber qué decir; el tener que guardar el secreto de lo ocurrido en la choza les hacía cómplices involuntariamente. Juan buscó un lugar para dormir y cayó por fin rendido, ligeramente encogido y con la mano en el ombligo. Un extraño calor parecía surgir del interior de la costra , como algo que se hubiera despertado de un largo sueño y quisiera salir a la luz. Respiró tranquilo, fuese lo que fuese aparecería cuando él estuviese preparado para ello, nunca antes. Con ese pensamiento se sumergió en el sueño.

Cuatro paredes, un techo, puerta y ventanas. En la construcción de una casa dedicaron sus esfuerzos los siguientes días. Ayudados por un hombre llamado Hiram el grupo de iniciantes aprendieron la importancia de clavar lo más fuertemente posible los troncos al suelo.

- En eso se basa la solidez de vuestra casa, en la firmeza en que la plantéis en la tierra - les repetía una y otra vez con una sonrisa en los ojos, como si de un chiste privado se tratara .

Valverde aprendió la importancia de la orientación en una casa. Por el este aparecía el día, por el oeste la noche; por el norte brillaban las estrellas, por el sur el sol calentaba la tierra. El frío y el calor de una casa dependía de la sabia orientación de sus aberturas al exterior.

Una noche Hiram les llamó para que entraran en la choza de los hombres. Apretándose como pudieron en la pequeña vivienda el maestro constructor encendió un pequeño hogar y con un suspiro de satisfacción comenzó a hablar.

- Yo os contaré la tercera historia - musitó un inaudible canto, dió una suave palmada y prosiguió - Nos recuerda la aparición de un hombre que nos enseñó a ser libres al poder poseer un lugar en la tierra que nos permitiese la soledad con nosotros y con nuestras familias.

Sonrió para sí mismo y continuó.

- Antes de llegar a él nadie tenía vida privada. Aquellos que querían poseerla tenían que marchar fuera de la tribu, vivir alejados de la protección del grupo. Eso hacía que pocas mujeres quisieran ir con los hombres, y cuando lo hacían sus familias tenían que vivir precariamente por la escasa caza que él podía recoger.

Meneó la cabeza tristemente, en una mezcla de dolor e ironía sumergiéndose en un recuerdo profundo. Así pasó un rato mirando el hogar que estaba a su derecha, hasta que levantó su cabeza con una ligera sonrisa en sus ojos y continuó la leyenda.

- Así que la fricción entre nuestro pueblo era grande. Todos sabéis que hay personas que se complacen en mirar lo que hacen los demás para descargar en ellos sus tensiones. La incapacidad de que las familias pudiesen tener su propio territorio hacía que su vida siempre estuviera expuesta a la crítica ajena. Además -añadió con una expresión pícara en los ojos -. los amantes carecían de intimidad.

Se quedó mirando divertido a los jóvenes y prosiguió.

- Un día llegó un hombre con su mujer y sus hijos - bajó la voz como si hablara de un recuerdo lejano pero presente a la vez - Quiso estar entre nosotros un tiempo, pero su vida se le hacía muy difícil porque todos miraban siempre con una mezcla de curiosidad y rechazo sus propias costumbres.

Meneó la cabeza de nuevo sonriendo esta vez con ironía.

- Un día ese hombre habló con el jefe de la tribu, y le pidió permiso para poder construir una *casa*.- puso énfasis en la palabra y continuó - Nuestro jefe era un hombre sabio pero nada sabía de lo que quería decir ese otro hombre. Finalmente le dijo el extranjero que para que pudiera aprender él y su pueblo lo que significaba una casa la construiría delante de todos para que vieran lo que era.

Dió unas palmadas sonriente y comenzó su canto inaudible mirando de nuevo al hogar. Al cabo de poco volvió a hablar.

- Y así fue. El hizo lo que vosotros habéis hecho - dijo señalando a cada uno de ellos - Nuestro pueblo quedó sorprendido de los extraños manejos que él hacía, cómo clavaba los troncos, cómo levantaba las paredes, cómo los agujeros que dejaba en ellas los guardaba con puerta y ventanas. Cómo cerraba su casa con el techo y por él dejaba escapar el humo del fuego del hogar.

Dió un suspiro de satisfacción y contento prosiguió alzando algo más la voz.

- Desde entonces él y su familia estaban a salvo de las inclemencias del tiempo. Muchos quisieron entrar entonces en su casa, y él les invitó a ella una y otra vez. Pero un día furioso dijo que ya estaba harto, que nada se conseguiría de esa manera. Así que volvió a hablar con el jefe,y le propuso enseñar a todo aquel que quisiera el poder de saber construir una casa. Todo el que quiso pudo aprender, y así, poco a poco nuestro pueblo consiguió que todas sus familias tuvieran su propio hogar encendido. Que pudieran vivir en paz y a salvo de las inclemencias del exterior en el interior de sus casas.

Levantó la cabeza hacia arriba, y miró hacia el techo como si pudiera ver más allá de él y ver las estrellas. Dio unas palmadas entonando de nuevo ese inaudible canto e imprimió en la tierra del suelo de la choza la palma de su mano. Todos le repitieron.

En ese momento entró Virsham en la casa. Se les quedó mirando a todos con una sonrisa y dando una palmada de satisfacción les informó que hasta mañana por la noche podían descansar.

- Mañana recibiréis vuestra última lección -dijo enigmático.

Virsham y el constructor se miraron como si supieran una broma particular muy divertida. Juan trató de barruntar en qué podría consistir el último paso de la larga iniciación. Calculó que ya debía quedar poco, y una sonrisa surgió en su labios. Los ojos oscuros de Shanila aparecieron una y otra vez en sus sueños esa noche.

Aquella última noche todos los hombres de la iniciación se sentaron junto a los jóvenes en un corro alrededor del fuego. Virsham les prometió una sorpresa para aquella velada. Cenaron y hablaron amigablemente esperando inquietos los jóvenes en qué podría consistir aquella sorpresa.

Al anochecer aparecieron de la selva un grupo de personas portando diferentes instrumentos. Músicos, se dijo Juan. En el centro de ellos una mujer con velo y vestida de azul noche intenso, adornado por plateadas estrellas, avanzó hasta los hombres reunidos en el fuego.

- Una sacerdotisa de plata - oyó cuchichear excitado a un compañero de iniciación.

Los músicos comenzaron a tocar sus instrumentos, y ella inició una sensual y bella danza. Todos quedaron hechizados por sus movimientos, parecía despertar una atracción magnética con su baile felino y suelto.

La melena negra y el cuerpo elástico y firme de la mujer excitó a Valverde. El tiempo de abstinencia y la sensualidad de la bailarina le provocó una erección. A medida que transcurría el rito comenzó a notar algo familiar en ella. Recordó los oscuros ojos de Shanila, y se sintió irritado consigo mismo, de alguna manera identificaba a la bailarina con la mujer que amaba fuera de la empalizada. Se tocó su miembro y trató de apaciguar su deseo de mujer.

La música fuerte y sonora distrajo su atención. Era una música caliente y viva, que parecía resonar en el interior de todo su cuerpo. Por un momento algo se paró en Juan y se sintió de nuevo inmóvil en el tiempo, como si una foto grabara la escena. Hipnotizado por el revuelo de sus faldas, de su pelo y sus manos Valverde se olvidó de sí mismo. Sólo existía ella y la música, fundido en un deseo que se unía a la melodía del universo.

La música se detuvo de golpe, en un clímax que arrastró a Juan en un estallido emocional que le sumergió en lo más profundo de sí mismo. Cuando pudo salir de él la mujer ya había

desaparecido de su visión. Confuso se levantó, sentía un cúmulo de sensaciones en su interior,, como si algo denso se guardara en su interior. Un algo que no podía identificar ni analizar, algo que se escapaba de su comprensión.

Virsham se levantó parsimonioso y miró a las estrellas fijamente durante un largo rato. De pie, todos callados, parecía imposible que ese silencio pudiera ser roto. Algo común rodeaba el círculo de aquellos hombres desnudos ante el fuego.

- Ahora ya sois hombres. Celebrémoslo.- dijo con sencillez el anciano.

Se trajo bebida y comida y los músicos comenzaron de nuevo a tocar. Los jóvenes se mostraron entusiasmados cuando Virsham comenzó a repartir el alcohol, ya que ellos tenían prohibido su consumo hasta la iniciación como hombres. La fiesta continuó y continuó entre abrazos, charlas, risas y bailes, hasta que poco a poco fueron acabando todos borrachos en el suelo. Juan, más acostumbrado al alcohol, fue quedando el último. Al final quedó sólo con Virsham y los hombres de la iniciación. Se reunió con ellos hasta que, totalmente borracho, Valverde también cayó al suelo.

Le despertó una enorme algarabía. Se sentía con un enorme dolor de cabeza y con el cuerpo molido por la fuerte resaca que le había provocado la borrachera. Se levantó medio enfermo y contempló sorprendido las puertas abiertas de la empalizada. Fuera se veía un enorme gentío de personas que gritaban de alegría, sus jóvenes compañeros eran abrazados fuertemente por sus madres y padres. Las madres preocupadas por el lamentable aspecto de sus hijos, debido a la resaca de aquel fuerte licor, les preguntaban una y otra vez si lo habían pasado muy mal. Los hombres sonreían contentos de su secreto.

Juan vió la ropa a su lado y se vistió lentamente. Se encaminó muy despacio hacia el exterior del centro de iniciación, como si ya nada tuviera que hacer. En la puerta miró hacia atrás y contempló el escenario. Sólo era un descampado, nada más podía apreciarse. Miró de nuevo hacia el exterior, la visión de tanta gente reunida le provocó una enorme envidia por aquellos jóvenes que ahora eran agasajados por sus familias. En ese momento Valverde se sintió tremendamente sólo, tan sólo como nunca antes. El era un simple extranjero, no era su tierra, allí nada tenía que hacer.

Se introdujo en el gentío, todo el mundo se felicitaba, era un día alegre para todos menos para Juan. Moviéndose entre apretones comenzó a tratar de salir de allí y encaminarse al pueblo. De golpe la visión de unos ojos le detuvieron. Era Shanila felicitando a su hermano. Se quedó congelado mirándola. Ella pareció adivinar su mirada y girando de pronto su cabeza le sonrió. Dijo algo en la oreja de Dirtam todavía sonriente, y éste comenzó a reír con una mezcla de sorpresa y curiosidad. Valverde se acercó a ellos, y les saludó.

- Bueno, me voy al pueblo, allí nos veremos -dijo cohibido.

Shanila le miró un largo instante, luego simplemente le abrazó.

3.
La Mujer

Pasaron los días y la costumbre habitual del pueblo volvió a imponerse en el pueblo. Los que habían sido iniciados como hombres ya eran tratados como tales, y nuevos aspirantes al rito ocupaban su lugar. El tiempo pasaba y con él la vida de cada uno de ellos, nada parecía distinto, todos tenían su lugar en el transcurrir de la existencia.

Todos menos Juan. Inquieto y desorientado se sentía perdido en su búsqueda. Una contradicción quebraba su alma: amaba a Shanila y a la vez algo le llamaba para que fuera más allá del poblado, más allá de lo imaginado por las personas que le rodeaban. Se pasaba horas enteras pensando en su decisión de irse o quedarse, y el silencio de Virsham le desesperaba.

Una tarde se armó de valor y decidió hablar con el anciano. Tras una charla de tanteo Valverde decidió ir al centro de la cuestión.

- ¿Cuando podré formar parte de su clan Virsham? - le dijo rápido y brusco.

El anciano no le miró, asintió lentamente y levantó sus hombros en señal de ignorancia.

- Todavía no estás preparado - le respondió amigable -. Ahora eres un hombre, pero todavía no has elegido oficio.

Juan se le quedó mirando con una mal disimulada irritación.

- ¿Qué quiere decir con oficio?. Yo ya tengo uno, y es el motivo de mi venida a su tierra.

- No, para nosotros no tienes oficio -meneó lentamente la cabeza el viejo -. Tienes que ingresar en nuestro pueblo como trabajador, y yo no veo que hagas nada más que merodear por él.

- Usted me dijo que tras el rito de iniciación podría entrar en su clan -le respondió acusador Juan -. Ese fue el trato y ahora se echa atrás.

El anciano giró la cabeza y le miró fríamente, como si en nada le conociera. Un rubor en las mejillas inundó el rostro del extranjero.

- Nuestro clan tiene sus propias reglas para admitir a un hombre - le respondió con sequedad -.Todos siempre las han respetado, no tenemos por qué cambiarlas por tus exigencias. Si quieres entrar tendrás que adaptarte, si no es así puedes marcharte cuando quieras.

Juan se levantó airado y miró furiosamente al anciano.

- Por supuesto que me iré. En realidad no creo que les necesite para nada. - un sentimiento contradictorio quebró su voz pero siguió adelante -. Yo he venido a buscar algo que ustedes por lo visto sólo conservan en leyendas. Si no quiere darme ninguna pista sobre el paradero de los guardianes sólo puede deberse a dos cosas: o usted en realidad nada sabe de su existencia salvo en sus leyendas o bien no confía en mí lo suficiente. Si es lo segundo no sé de qué manera puedo ya ganarme su confianza.

Respiró tratando de calmarse y continuó en tono enojado.

- Mire, he tenido que aceptar que no me aceptaran como hombre. He pasado por su rito de iniciación, se supone que ahora ya soy miembro de su pueblo. No sé qué mas tengo que hacer para convencerle.

El anciano volvió a menear la cabeza esta vez apesadumbrado.

- Entrar en mi pueblo es un honor, y yo te lo ofrecí - dijo susurrando - Entrar en mi clan es un honor aún más alto para los míos, ése tienes que ganartelo por tí mismo.

- Pero cómo quiere que lo haga. Dígame lo que tengo que hacer y lo haré - le respondió casi gritando .

- Merecerlo, simplemente - le cortó tajante el anciano -. Nuestra conversación ha terminado. Te ruego que me dejes a solas con mis pensamientos.

Juan se quedó mirando enmudecido al anciano. Su situación lejos de aclararse se había hecho aún más laberíntica, no sabía qué paso siguiente tenía que dar y retroceder ya no le llevaba a ninguna parte. Cansado se levantó y vagabundeó por los alrededores hasta bien cerrada la noche. De nuevo se sentía sin salida. Comenzó a pensar en Shanila, negros pensamientos le inundaron. Podía sentirse atraído por ella, pero su mente le hacía dudar de que realmente estuviera enamorado de aquella mujer.

Sí, podía resultar un amor pasajero, un espejismo fruto de la situación en la que vivía. Ella no le convenía, sólo era una aldeana de un pueblo perdido en el mapa. El era un hombre culto y civilizado, que podía volver y encontrar a una mujer de similares características a las suyas. Comenzó a pensar que el encanto de aquella mujer era perverso, engañoso para su mente. Además, se dijo tratando de convencerse, ella no me quiere.

Roto el encanto de aquella mujer nada le retenía en aquel punto de la tierra. Podía vagar, ser libre, continuar su incesante búsqueda del pueblo soñado. Allí debería encontrar la felicidad, allí encontraría su reposo. Hasta entonces todo sería perder el tiempo, caer en redes de sirenas y falsas ilusiones. Tengo que ser más frío y racional, se repetía Juan una y otra vez, aclarar mi mente y evitar engañarme.

Se durmió convencido de su decisión, marcharía de aquel pueblo a la mañana siguiente, sin más. Demostraría a todos que no necesitaba a nadie, que podía vivir él sólo y continuar su búsqueda. Un voz pequeña y débil resonaba en su interior, pero se resistió a querer escucharla. Se complacía en la fuerte voz del desengaño, en la negación de sus sentimientos. El era lo que pensaba que era y no había más discusión.

Se despertó triste y abatido sin saber por qué. Al mirar la casa vacía de Virsham se sintió inútil, un hombre loco en busca de una quimera. Echó de menos la voz de Shanila, su compañía en el río. Se levantó y fue a la orilla, donde ella siempre lavaba. Allí la encontró, como siempre, como si el tiempo nunca hubiera pasado, irreal en su belleza. Algo se quebró en el interior de Juan y se dejó caer de bruces con los puños cerrados. Un dolor intenso atormentaba su alma, el sólo pensar que ya no volvería a verla allí, con su hermoso cuerpo moviendose en la cadencia de su canto, le hizo desesperar. ¿Qué existía fuera de ella, de qué serviría todo sin la compañía de aquella mujer?. Se sintió enfermo de sí mismo, de su profunda banalidad que le hacía sentirse distinto a los demás. Se vió como un hombre que se complacía en sentirse incomprendido, sólo por el temor a ser de verdad comprendido y tener que afrontar las consecuencias de ello.

Ella era inocente, él un miserable que calculaba los latidos de su corazón. Ella le amaba en sus ojos, y él tenía miedo de aceptar su callada llamada. Sentía que por el hecho de atreverse a amarla su búsqueda había finalizado, que el camino a aquella felicidad que deseaba terminaba en los ojos de aquella mujer. Sin más, sin ningún motivo ni razón, era así y la mente de Juan no podía aceptar tal sencillez de planteamiento. Se había acostumbrado tanto a la soledad que ahora no sabía cómo podía salir de ella, había planteado tantos requisitos para su felicidad que ahora su idea de sí mismo no podía aceptar que ésta se limitase en el amor que sentía por esa mujer.

Dos mundos chocaron en el pecho de Valverde y éste, desesperado, rompió a llorar. Un llanto oscuro y convulso, surgido de sus entrañas, se apoderó de él con fuerza irresistible.

Algo se rasgaba en su interior y no sabía qué era ni podía dominarlo. Sólo sentía dolor en su corazón, nada más.

Oculto en la vegetación quedó un hombre. Un hombre que se sabía débil y cobarde, un hombre que no se daba esperanzas sino fantasías que nunca podrían realizarse. Juan se despreció, una y otra vez, sin pausa. Allí tendido en la espesura, un hombre se censuraba a sí mismo. Su pasado había sido una pesadilla, su futuro una ilusión, su presente amargura. Valverde dió un grito desde el fondo de su corazón en un reclamo animal y desesperado pidiendo ayuda al cielo.

Extenuado cayó en un profundo sueño. Nada entendía de sí mismo.

Pasaron los días y todos contemplaban a un Juan que iba caminando como un espectro, como si hubiera perdido su alma por alguno de aquellos caminos del pueblo. Roto en su interior, se veía falso e inútil. Pasaba las horas andando de un lado para el otro, siempre con una muda queja en su rostro, siempre sin saber qué dirección tomar.

Sus pies cada día le llevaban a la misma hora a la orilla del río, y allí entretenía sus penas charlando con Shanila. Ella nada le decía, sólo dejaba que Juan hablase y hablase perdido en la madeja de sus pensamientos. La quería y no sabía cómo expresarlo, la deseaba y su cuerpo no le respondía. Avergonzado de sí mismo, de su falta de arrojo, paseaba luego por el interior de la selva que envolvía el pueblo. A veces soñaba con perderse y nunca más poder volver, tomar un camino que no le llevara a ningún sitio, sólo al olvido de sí mismo.Ya no sabía qué tenía que hacer, su deseo de marcharse se había convertido en un deseo de dejar de existir.

A veces, en casa, Shanila dejaba que Juan le peinase su largo pelo negro, las manos de él descendían luego a los hombros de ella y ambos se quedaban mirándose en el espejo. Allí, en el otro lado quería él vivir, allí en una imagen congelada en el tiempo, sin el miedo a tener que afrontar la violenta corriente de la vida.

Empujado por terribles vaivenes que le llevaban de un lado a otro, sin fuerzas desde donde continuar su vida, Valverde se dejaba poseer por sentimientos y pensamientos contradictorios. Unas veces ella le amaba, otras le ignoraba; unas veces ella era el bien de su existencia, otras su perdición. En todo momento se veía dividido entre dos hombres; uno cuyo viaje había resultado un absurdo, otro que había encontrado su sentido. Y Juan no podía tomar partido por ninguno de los dos, inválido de voluntad, de fe y firmeza, testigo pasivo de una lucha que se desarrollaba en su interior y que parecía que nunca tendría fin.

Una noche de tormenta Juan volvía de su vagabundeo y encontró sola a Shanila en el porche de la casa. Se detuvo inmóvil, sobrecogido por su presencia, mientras el agua calaba sus huesos. La lluvia azotaba los arboles y el trueno invadía poderoso la quietud del pueblo. Ella miraba con la cabeza levantada los dibujos que el rayo hacía en el oscuro cielo, el agua corría en regueros por todos los caminos y un olor de vida impregnaba el ambiente. Juan se quedó contemplando largamente la silueta grácil y sensual de la mujer, y sin saber por qué comenzó a correr hacia ella. A punto de llegar al porche resbaló torpemente y cayó en el barro. Se levantó precipitadamente y volvió a caerse. Se quedó allí tendido, con una profunda desesperación en su pecho.

Envuelto en tinieblas un sonido distrajo la atención de sus desgracias. Una risa sencilla y clara se escuchaba entre el ruido de la tormenta. Juan miró hacia el origen de aquel sonido y

vió cómo ella reía señalándole. El sonido de su risa inundó a Valverde y le hizo levantarse feliz y calmado. Se acercó a ella, chorreando agua y barro por todas partes y , mirándola fijamente a los ojos, la besó. Ella se quedó inmóvil, con sus oscuros ojos clavados en los suyos. Levantó una mano limpiándole suavemente los ojos y los labios del barro que tenían. Luego se irguió de puntillas y tímidamente le besó. En ese momento Valverde encontró su alma.

Juan encontró en el cuerpo de aquella mujer el calor que el frío de la desesperación había dejado olvidado en su alma. Vivía por ella, y sólo para ella. Nada más parecía existir en el mundo.Todo lo demás carecía de importancia. Shanila disfrutaba jugando y riendo, y cada risa de ella resonaba en el alma de Valverde ahuyentando su profunda tristeza. Se perdía en su cuerpo, y en cada orgasmo su mente estallaba en mil pedazos. Vivía por ella, moría en ella.

Se agarró a ella como el náufrago en una madera en la negra tormenta. Muchas veces las olas de su interior le inundaban pero siempre salía a flote, porque tenía a Shanila. Con ella surgía de un inexplicable tormento dejando que su alma herida se cobijase en el calor de aquella morena. El amor que sentía por ella le dolía tanto que a veces se asustaba de lo que le ocurría, confuso trataba de buscar otro remedio para huir de su quebranto. Pero una y otra vez esos ojos le llamaban, una y otra vez las curvas de su cuerpo le envolvían, una y otra más sus risas le calmaban. Valverde era feliz y su mente no era capaz de entenderlo, sólo su cuerpo lo sabía, sólo él le pedía a gritos la presencia de Shanila.

Cuando todos dormían Juan soñaba con mundos imposibles, y en todos siempre aparecía ella. Poco a poco se vió con fuerzas para continuar soñando, poco a poco sentía ganas de vivir. Las heladas garras de la nada iban dejando paso a las suaves y cálidas caricias de Shanila, y su corazón se vió consolado del engaño y falsedad que había tenido que soportar en su pasado.. Sólo su mente se negaba a dejar de existir, sólo aquella inteligencia hecha de letras y números se resistía a dejar paso al latido de su corazón.

A veces el desengaño ganaba la batalla y Juan se sentía helado en su interior. Como si todo lo que le ocurriese fuese mentira, como si todo fuera un sueño del que tuviera que despertar un día u otro. Entonces se hundía irremisiblemente, y todo aquello que había sentido parecía disolverse en la nada. La fragilidad del amor le asustaba frente a la dureza del odio y el desencanto. Pero Juan luchaba, una y otra vez, porque en lo profundo de su cuerpo sabía que el amor existía, y con esa convicción se enfrentaba a toda la miseria del mundo que había dejado atrás.

Un mundo hecho de mentira y amargura, un mundo donde el dinero y las palabras vacías gobernaban invencibles ante la callada verdad. Un mundo donde los hombres morían resignados de haber vivido con la tristeza impresa en su corazón, enjaulados en una cárcel de desesperanza. Un mundo donde lo bello era tan escaso que parecía fantasía, donde la magia era un cuento para niños que luego tendrían que negar de hombres. Un mundo sin sentido, un mundo arrojado al abismo. Un mundo dominado por el mal donde los mejores eran vencidos y los peores eran los vencedores.

Y una, y otra, y otra vez Juan se atrevía a soñar de que ese mundo no existía pese a su espantosa realidad. Miraba a Shanila y su fe se hacía cada día más fuerte. Era posible el sueño, era posible la magia, era posible que Dios no hubiese abandonado aquel mundo de su guarda. Todo era posible porque ella existía, sin ella simplemente no lo era. Así, desde el amor

a una mujer, Juan comenzó a atreverse a tener fe de nuevo, una fe distinta, no ya su antiguo idealismo de juventud, sino algo que procedía de su interior. Del amor que su corazón dejaba manar tímidamente, como una fuente que poco a poco diese nacimiento a un río.

En esas noches de amor Juan sintió en verdad lo que era el placer de existir. El sexo era algo más que un desahogo, era una forma de sentir. Shanila, despojada de las mojigaterías que él padecía, le enseñaba a disfrutar de la sencillez de las caricias y del placer de unir los cuerpos. Todo era Shanila para Juan, la vida se mostraba ante él sonriente y sentía que era así porque era esa mujer de oscuros ojos la que le sonreía.

Amaba a una mujer y los pétalos de su corazón lentamente comenzaban a abrirse. Ese era todo el misterio, pero absorto en su lucha Valverde no se daba cuenta. Nada sabía del encanto que el mundo reservaba a los enamorados hasta que la conoció, y nada podía saber porque sólo enamorándose podía experimentar lo que le ocurría. Era así de sencillo.

Un día ella no llegó a la cita. Juan asustado corrió a la aldea pensando en lo peor, tal era la fragilidad de su condición. Allí encontró a la familia reunida menos a la única persona que le importaba.

- Has deshonrado a mi familia -murmuró Virsham sentado cabizbajo -. Te ruego que salgas y no vuelvas nunca más aquí.

Juan sintió que el estómago se le hundía y una bola amarga inundaba su garganta.

- ¿Qué? - replicó cada vez más asustado -. ¿Por qué? ¿Qué ocurre?

Dirtam le miró fijamente y de manera amenazadora.

- Mi hermana ha sido mancillada por tu causa - parecía dispuesto a saltar sobre Juan de un instante a otro -. Nunca tendríamos que habernos fiado de tí, no sólo no has hecho nada como hombre durante este tiempo sino que además has llenado de suciedad el nombre de nuestra familia.

- Todo el pueblo sabe que mi hija ya no es pura - le acusó la madre con voz doliente .

Valverde todavía no conseguía salir de su estado, aquello no podía estar ocurriendo.

- Donde está Shanila - preguntó tenso - ¿Qué le habéis hecho?

Todos callaron como si no tuviera derecho a la respuesta. Juan sintió que un ardor invadía su vientre, y que sus dientes se apretaban fuertemente.

- Donde la habéis metido, quiero saber donde está -repitió de nuevo .

Sentía la sangre circular caliente y densa por todo su cuerpo. Un grito animal sonaba en su interior reclamándole muerte y destrucción. Apretó los puños y volvió a hablar en tono bajo y ronco

- Por última vez, donde está mi mujer - sentía las venas de su cara hincharse, parecía que su cuerpo fuese a estallar de un momento a otro.

Virsham levantó la cabeza lentamente y se le quedó mirando fijamente. Juan creyó advertir un destello de alegría en los ojos de aquel hombre, pero en aquella situación aquello no podía ser posible.

- Está encerrada en su cuarto - le dijo lentamente, como en un ritual -. Mañana partirá hacia la casa de un pariente nuestro. Ahora sal de nuestra casa y no vuelvas a pisarla nunca más.

Juan sintió que en ese momento podía hacer una locura, arrasar la casa y todo el pueblo

entero por Shanila. Se sentía tan fuerte como diez hombres, algo atávico se apoderaba de él. Comenzó a respirar fuertemente y usando todo el control del que podía hacer gala dió media vuelta marchándose en silencio. Algo, como una corriente invisible iba dejando atrás a medida que se hundía en la oscuridad de los caminos del pueblo.

Estuvo esperando agazapado como un animal el paso de la noche. No pensaba en nada, nada parecía existir salvo su propósito. Como un felino, tenso y alerta, entró en la aldea. Se dirigió a la casa y con un seco golpe abrió la ventana del cuarto de Shanila. Inmediatamente su olfato le dijo que ella estaba allí, entró en silencio sintiendo los fortísimos latidos de su corazón, y en la penumbra se agacho en el lecho de la joven.

- Shanila, ven conmigo - le murmuró suavemente al oído. En ese momento, al escuchar esas palabras, sintió que su vida se congelaba de nuevo .

Ella se levantó silenciosa, cogió unas cuantas pertenencias y saltó con él.

- ¿ A donde vamos? - le preguntó con sus enormes ojos reflejando las estrellas .

Valverde la miró un largo instante, se encogió de hombros y cogidos de la mano comenzaron a salir del pueblo. Fuera de la casa, oculto en las sombras del porche, un anciano sonreía complacido ante la visión de aquellos dos amantes. Encendió un cigarro y comenzó a entonar una canción, luego miró las estrellas y agachándose ante la puerta de su casa dejó su mano en la tierra. Todo era como tenía que ser.

Sin saber por qué Juan se había adentrado en la jungla con ella. Podía haber optado por dirigirse a la ciudad y desde allí organizar qué tenían que hacer. Sin embargo algo le había empujado a perderse con Shanila en la naturaleza virgen, una llamada animal que le empujaba a buscar una tierra que nadie hubiese pisado antes, un lugar donde ellos fueran los dueños enteros de su destino.

Cuando despertó Shanila había recogido unos cuantos frutos, y se había lavado en el arroyo donde habían decidido dormir. Juan no sabía cuánto habían andado, su única meta era ir adelante acompañado de la mano de esa mujer. Nada más podía decirse del inaudito acto que había realizado. Se levantó y miró a Shanila que le contemplaba con una sonrisa en sus labios. Involuntariamente, pese a la preocupación que comenzaba a sentir, él también sonrió. Se sentía feliz cuando ella sonreía, era así de simple.

Una rama se quebró, Valverde se tensó bruscamente. De algún lugar oscuro de sí mismo supo que alguien les estaba vigilando, fríamente buscó un palo para defenderse. De entre los matorrales comenzaron a surgir hombres armados, con la cara pintada de rojo y portando lanzas. Juan echó hacia atrás a Shanila temiendo lo peor, tenso y a la espera. Los hombres quedaron inmóviles mirándole. Al cabo de poco comenzaron a aparecer mujeres con la cara pintada de azul y portando una especie de vasijas. Sorprendido ante esto Juan involuntariamente relajó su tensa postura.

Pasaron un rato mirándose todos en silencio, de pronto aparecieron corriendo niños que llevaban en sus manos flores y frutas. Con enormes gritos se acercaron a la pareja y comenzaron a depositarlas a los pies de la pareja. Juan desconcertado dejó caer el palo de su mano y volvió su mirada a Shanila. Ella comenzó a reír y a dar palmadas de entusiasmo. En ese momento todo el mundo comenzó a gritar, Valverde vió cómo Virsham se despegaba del

grupo de hombres y Leirim del de las mujeres.

Sin decir una palabra el anciano le dió la lanza que llevaba en las manos. Su mujer hizo lo mismo con Shanila dándole la vasija. Entonces, al mirar la burla en los ojos de Virsham, supo qué había ocurrido. Ahora Shanila y él estaban juntos para siempre.

Aquí podríamos acabar la historia de Juan, ha encontrado la mujer de su vida. Con este fin se acaban los cuentos que le contaron de niño. En sus fantasías piensa que ya ha llegado al final del camino, que a partir de este momento todo será suave y sencillo. ¡Cómo se equivoca Juan!. Todavía no sabe lo que le ocurre, ignora que es ahora cuando se abre la puerta que le llevara a su destino, que el camino de un hombre comienza a abrirse en el momento en que la mujer aparece en su vida.

Valverde, enamorado y soñador, ignora en realidad que Shanila es un ser de carne y hueso, con sus mismos defectos y limitaciones. El quisiera que fuera una diosa, la encarnación del apoteosis de su existencia. Todavía no sabe amar, sólo está enamorado.

Con el paso del tiempo Juan se ha ido dando cuenta de que la vida le sigue reclamando las mismas exigencias que antes, que su felicidad con Shanila no conseguirá ser completa hasta que él no se halle completo. Las primeras semanas ha vivido entre nubes, sigue sin saber qué tiene que hacer en este mundo, pero es tan grande el amor que siente por su mujer que se deja absorber por él.

- Has decidido ya en qué quieres trabajar Val - le dijo seriamente una noche aquella hermosa morena con la que se abstraía del mundo .

Juan la miró furtivamente, habían alquilado una casa de la aldea y dejado pasar el tiempo sumergidos en su amor. En el fondo de su alma quería que aquella situación durase para siempre, que el mundo exterior a aquellas cuatro paredes dejara de existir. Vivir en el cuento de hadas que a todos nos gustaría que fuese la realidad. Sin embargo el dinero, lento grifo de realidad mundana, comenzaba a dejar de gotear.

- Bueno - comenzó con su habitual tono de niño confuso - , la verdad es que no sé qué puedo hacer.

Quedó un rato callado, esperando que ella dijera algo. Al no hacerlo trató de seguir con el peso de la conversación.

- De hecho -miró a Shanila buscando apoyo - recuerda que vine hasta aquí por una investigación científica, y que todavía no he encontrado lo que busco.

- ¿Y cómo lo vas a encontrar vagabundeando y soñando despierto todo el día Val ? - le respondió seria, y con cierto aire de reproche.

Juan bajó la cabeza avergonzado. Era cierto que no había progresado en su búsqueda desde hacía ya tiempo. Shanila seguía realizando sus tareas habituales, y una vez más todos parecían saber qué hacer en el poblado. Todos, menos Juan naturalmente.

- Podría ser maestro de escuela, o buscar trabajo en la ciudad - dijo rápidamente para aliviar la tensión que comenzaba a sentir.

Ella comenzó a menear la cabeza con aire de tristeza.

- Todos los hombres de mi pueblo aprenden un oficio de sus mayores, no sé por qué tú tienes que ser distinto - murmuró suavemente.

- Yo ya tengo oficio -respondió disgustado Valverde .

Ella le miró con furia en sus ojos, lejos de ser una mujer apacible y fácil de manejar Shanila tenía un carácter independiente y fuerte cuando quería. No era una muñeca que se moviese al capricho del hombre, y eso se lo había demostrado en ya muchas ocasiones.

- ¿Y qué oficio es ese? - le dijo fríamente.

- Bueno -comenzó de nuevo a balbucear Juan - he estudiado durante años diferentes ramas del estudio del alma humana.

El silencio fue la respuesta. Valverde trató de ahuyentarlo.

- De hecho -trató de mostrarse orgulloso - me puedes considerar un experto allí en mi tierra.

Ella calló un buen rato, parecía que la discusión había terminado allí,. Juan se sentía disgustado ante el hecho de que en la relación con su mujer comenzasen a disiparse las nubes del sueño encantado.

- Mi padre aquí en mi tierra es también un experto en lo que tú dices - le dijo suavemente -. ¿Por qué no hablas con él? ¿No querías entrar en su clan?

- Sí - le respondió tenso -. Hablé con tu padre y me dijo que todavía no estaba preparado, todavía sigo esperando que me llame.

Shanila le miró sorprendida, como si viera a un niño lleno de fantasías e irrealidades. Meneó la cabeza con una sonrisa enigmática, luego comenzó a besarle en un oído.

- Ve y habla de nuevo con él - le susurró cálidamente -. Ve y solicita de nuevo el acceso al clan.

Juan calló lo que pensaba sobre el resultado de volver a intentarlo. Era cierto que no poseía oficio en el poblado, y que su incapacidad para leer y escribir los dialectos de aquella tierra le imposibilitaban para acceder a un puesto de trabajo en la ciudad. De mala gana accedió a la petición de su compañera. A veces, desde su huida con ella, se había imaginado que construía una casa y salía a cazar para mantener a una nutrida familia. Pero la dura realidad le enseñaba algo bien sencillo: él no era constructor ni cazador . Realmente tenía que aprender un oficio.

Comenzó a dar vueltas sobre la mejor forma de abordar al anciano. Sabía que Virsham era un curandero, aunque en su ya larga estancia había tenido la oportunidad de conocer distintos clanes que se arrogaban el mismo título. No parecía haber en aquella cultura un monopolio sobre la curación, por lo que no entendía en qué se diferenciaba el clan del padre de Shanila del de otros. Decidió iniciar la conversación con el anciano mediante un interrogatorio de carácter antropológico, así él se sentiría más seguro y podría demostrar además los conocimientos que poseía sobre la curación del alma.

Al día siguiente pasó toda la mañana tomando notas sobre todo aquello que recordaba del chamanismo malayo, así como de las vertientes musulmanas y budistas que también convivían allí. En la universidad le habían enseñado a clasificar y cuadricular las diferentes expresiones del sentir religioso y los tipos de terapias que practicaban los diferentes hombres-medicina. Como experto en el tema, se dijo reconfortado, es como tengo que abordar al viejo.

Llegó el anochecer y por fin pudo iniciar su campaña de demostración. Encontró a Virsham sentado en el porche fumando, abstraído en sus pensamientos. Al ir acercándose Juan recordó de golpe lo que le había dicho Shanila. Tenía que pedir el acceso al clan, sólo eso, y dejarse de exhibiciones intelectuales. Para cuando llegó al lado de Virsham su mente ya

estaba hecha un lío, el anciano levantó la cabeza y sonriendo le saludó primero.

- Siéntate aquí a mi lado -le indicó la silla de su mujer que en ese momento no estaba -. Espero que sigas siendo feliz con mi hija, ese es mi deseo.

- Sí, sí - respondió aún confundido Juan- . Sólo tengo un problema que vengo a hablar con usted.

El anciano le palmeó la rodilla afectuosamente, realmente le hacía sentirse en familia. Aquello desarmó del todo a Valverde, miró al anciano y sólo pudo ver al padre de Shanila. Suspiró derrotado.

- Ya me figuro qué problema puede ser - respondió asintiendo Virsham -. Es natural, a todos los hombres les pasa.

- ¿El qué? - respondió sorprendido Juan .

El anciano le miró con curiosidad, parecía no acabar de entender las reacciones de aquel hombre venido de otra tierra.

- Todo hombre necesita un oficio para ser útil - respondió con tono paciente -. Tú todavía no lo tienes, así que me imagino que vienes a verme por este motivo.

Valverde se quedó mirando nervioso las manos, no era aquella la forma en que había pensado abordar la cuestión. No quería mostrar que necesitase ayuda de nadie, se sentía menos hombre por ello. Además, se dijo, yo ya tengo una profesión en mi tierra. Esta era la forma de ser de Juan: se repetía una y otra vez las mismas consignas como un burro ciego en una noria.

- Tú eres el compañero de mi hija y el futuro padre de mis nietos - le interrumpió en sus pensamientos una voz que sentía lejana -. Tu sangre es ahora mi sangre, yo te enseñaré el oficio que tú deseas.

Valverde movió la cabeza confundido. Todo lo que había preparado meticulosamente se había mostrado vano, carente de importancia para aquel encuentro.

- Ahora ya tienes una base para entrar, alguien que te ama en este mundo, alguien a quien mostrar tu debilidad humana sin miedo ni defensas -siguió susurrando Virsham .

En su interior Juan sentía una lucha interior, se notaba dominado por un ser encerrado en palabras, y algo como un canto hecho de silencio y ritmo que era ahogado por ese ser. Comenzó a hablarse, a decirse lo importante que era, la poca necesidad que tenía de entrar en el clan. De pronto sintió que de nuevo el tiempo se congelaba, como si pudiera verse desde fuera. Un miedo oscuro le invadía impidiéndole tomar un decisión, elegir un rumbo en el infinito mar de la existencia.

- Los vientos del Misterio te han traído hasta aquí - sonó más baja la voz del anciano -. No eres tú el que decides, alguien más poderoso que tú es que el que te nombra para tu destino.

Algo como un recuerdo surgió del interior de Valverde, una llamada, un designio superior a sí mismo le indicaba el camino. Se resistió como pudo ante aquello, era como dejar de ser él para ser otro, como la desaparición de sus pequeñas angustias para aceptar su destino como alguien que no conocía. Sentía que tendría que morir, que nunca más sería aquel Juan que podía reconocerse en sus penalidades e ideas heredadas, en sus justificaciones y pensamientos. Se dió cuenta que su identidad le era cómoda, sólo tenía que rendirse y esperar a que alguien le sacara de ese estado, y si no era así podía pasarse horas y horas en sus lamentos y quejas.

Sí, él siempre le había reclamado de mil maneras a la vida, y no quería aceptar ni por un

momento que fuera él el reclamado. Prefería ser un hombre atormentado por sus dudas y vacilaciones, por sus creencias que siempre le afirmaban el nihilismo de la existencia, la carencia de sentido que poseía su vida. Reconoció que ni siquiera Shanila podía cambiar esto. Sólo él, y nadie más que él, podía resolver su enigma. Sólo él podía sacrificarse a sí mismo, decidir como hombre quien era.

- Es la hora de tu iniciación Valverde - oyó una voz lejana y apenas imperceptible -. Sí, uno por el otro, así será.

Suspendido en el vacío, sólo, agarrado fuertemente por los pies, con los brazos atados. El mundo al revés, lo que era arriba se hizo abajo, lo que era abajo se hizo arriba. Esa era la posición en la que Juan permanecía callado, sordo y ciego. Allí se autoinmolaba por él mismo en busca de sí mismo.

El principio había resultado un infierno. Colgado boca abajo, su cabeza había comenzado a dolerle al poco de permanecer así. La sangre se le acumulaba en la cabeza, y lo único que podía sentir era aquel bombeo en sus sienes. Sufría y sólo la imagen de Shanila le consolaba, pasara lo que pasara sabía que ella le esperaría. Así pasó un buen rato, hasta que los pensamientos se le hicieron cada vez más confusos; comenzaba a sentir momentos de arrepentimiento y duda, momentos de afirmación y fe. Estaba ahí porque él mismo lo había querido, nadie le había obligado, sólo invitado.

El miedo a esa posición desconcertante comenzó a apoderarse en él lentamente. El tiempo ya no existía para él, sólo la terrible sensación de tormento, como un hierro golpeado en la fragua, una y otra vez sin saber cuando acabaría. Tiempo que se había transformado en algo denso y oscuro, en algo tan real que sus fantasías no tenían cabida en su sufrir. Sólo era un animal atrapado, sin aparente salida, en una búsqueda que a ningún sitio le llevaba.

Miedo que fue transformándose en algo más permanente, más continuo. No era ya aquella descarga de adrenalina surgida por un susto repentino, era algo distinto, una sensación que se ocultaba más en el fondo, más profundamente en su interior. Juan trató de luchar contra aquella sensación vaga y difusa que en ningún sitio podía localizar. Trató de ponerle nombre, y sintió que era como un temor que recorría sus venas día tras día. Como algo oscuro y sin fondo que le disuadía de cualquier empeño, de cualquier posibilidad. Era algo que le hacía rendirse sin más a toda fe, a toda esperanza real y viva.

Un temor clavado en su carne, un trauma inscrito en su cerebro desde el cual partían oscuros pensamientos. Desde allí surgían voces que insinuaban la derrota, el fracaso, la nulidad, la muerte sin un sentido. Y sentía como su carne se hundía en ese agujero sin fondo, en esa negación de todo amor. Nada existía allí, sólo tristeza y llanto paseaban de tanto en tanto. Dolor, sufrimiento, esa era la única percepción que invadía a Juan.

Aquel estado era semejante al de un animal de laboratorio que, para hacerle sentir indefenso, castigan una y otra vez sin sentido hasta que finalmente queda acurrucado en un punto de la jaula, insensible ya a todo, hasta al mismo castigo. Cerrado en sí mismo, sin querer abrirse al exterior. Miedo marcado en la carne que queda grabado como un tatuaje imborrable.

Sintió el dolor que el mundo le había infringido desde niño, todo él, todo acumulado en su conciencia. Cómo desde el fondo de su ser llamaba una y otra vez a su dios para que le

salvara. Y sentía un aire que lejano le llamaba, era su corazón enamorado que a ojos oscuros cantaba.

Quiso sentir entonces el placer que la vida también le había ofrecido. Fue entonces cuando notó lo poco accesible que era a él, cómo tenía miedo al placer de vivir, cómo se trataba a sí mismo. Como animal herido que percibe las caricias como amenaza y todo mensaje positivo como engaño; como el hombre engañado por una mujer que duda desde entonces de todas las mujeres; como el artista ignorado que lleno de su obra no encuentra salida en su sociedad; como el hombre sin trabajo que acepta resignado su condición y se sumerge en la derrota; como el esclavo que pierde su orgullo por las cadenas con las que convive; como el preso que deja de soñar en su libertad.

Abierto al dolor y al castigo, cerrado al placer y la recompensa. Sin tregua, sin descanso, en una posición fija, porque toda derrota lo es, ajeno a la corriente de la vida. Aislado de sus alegrías al vivir anestesiado por el miedo a sus penas. Aquel animal sólo sabía hacer una cosa; sufrir y sufrir. No pensaba ni en cómo dejar de sufrir, ni siquiera eso podía permitirse.

¿Qué era entonces lo bueno y lo malo en su vida? ¿Cómo había elegido sus valores, su propia identidad? Equivocado, siempre equivocado y sin embargo nunca corregido. La obstinación de la ignorancia que le impedía acceder a otro lugar que no fuera ese no-saber. Sintió un enemigo en su interior, un no-querer y no-poder que le impedía poder tomar las riendas de su destino.

Sacrificado por él mismo ahí colgaba Juan sabiendo que él mismo era esclavo de sí mismo. El, en su negligencia, en la justificación de su pesar, condenaba su propia suerte. Era así, sin más. Era cobarde en su sentir porque no quería sentir, era débil en su vivir porque no quería vivir. Aquella era la voz que le insinuaba una y otra vez la falsedad de su esperanza y su fe, voz que surgía de su propio interior. Sufría innecesariamente porque quería, porque allí sabía que no tendría que afrontar los retos de ser él mismo. Condenado a luchar contra sí mismo, contra sus debilidades e ignorancias, y sin más ayuda que las que poseía por sí mismo.

Finalmente Valverde quedó absorto murmurando una y otra vez una frase. Parecía haber quedado hechizado por aquellas palabras: la vida va de veras, se repetía continuamente. Ante él aparecía la convicción de que sus actos forjaban su destino, de que siendo él actor de su existencia sólo tenía una elección: interpretar el papel que se le había adjudicado al nacer o morir haciendo cualquier otra cosa; ser el hombre que era por derecho o aparentar cualquier papel por obligación. Ese era el dilema en el que colgaba Juan.

Sólo él tenía la respuesta ante esto, y mientras más se resistía a dársela más sufría en su interior. Un hombre suspendido de un hilo luchaba en su soledad, nadie podía darle la respuesta que sólo podía salir de su propio corazón. Habituado a que las respuestas procediesen del exterior, que sus necesidades internas fueran siempre satisfechas desde fuera, se encontraba que no sabía asegurarse por sí mismo. Nada, nada humano ni divino podía ayudarle. Su vida era suya, tan completamente suya que le asustaba la responsabilidad de poseerla.

Y por esa razón él se rendía al temor que no le dejaba respirar en paz ni por un momento. Prefería que su alma fuese de cualquier otro, quería ser esclavo para así no asumir la libertad de sus actos con sus consiguientes resultados. Prefería condenarse en vida que esperar a que fuera la propia muerte la que lo hiciera, ser culpable de pequeñeces antes que ejecutor de posibles grandezas. Dejarse invadir por la visión de un mundo falso, de las mentiras que

siempre le esperaban acechantes en el laberinto de su alma y le hacían sentir sobrecogido y asustado de su propio interior. Cualquier cosa antes de aceptar su destino de poder, el mandato de su vida.

Sintió que todo su empeño lo había entregado en la búsqueda del poder para vivir libre y contento, que había cifrado su salvación en la obtención de un poder misterioso que le abriría la puerta de la vida. Y supo entonces qué buscaba, cual era el motivo de ese deseo angustiado que le había llevado por un camino hecho de vacilaciones. Buscaba el poder que le diera la libertad de ser y hacer en este mundo lo que él mismo quisiera. Un poder que desde siempre había soñado, el mayor poder al que podía aspirar.

Respirando jadeante sintió que algo se apoderaba de su mente aturdida. Era una visión.

Viajaba libre por las estrellas, era un ave libre que surcaba gozosa el inmenso misterio en el silencio del espacio infinito. Y allí, iluminada por una estrella, una esfera azul refulgía como una joya viva. Aguas cálidas le invitaban a sumergirse, a existir en ellas.

Así entró en la Madre, en el interior de la existencia. Era hora de recordar, de no dejar que el olvido le sumiera en la ignorancia. Y supo que para nacer hay que morir primero a la antigua condición.

Desataron el cuerpo medio inconsciente de Juan, y su cuerpo fue enterrado en la tierra. Sin poder moverse, inmovilizado por su sepultura, sólo su cabeza sobresalía de aquel encierro. Sintió la prisión que era su cuerpo, cómo la libertad pura no era posible porque ésta era sólo privilegio del espíritu.

Pensó entonces que todo su poder no era nada, que nunca tendría el poder de un dios. Que nunca podría alejarse de su condición humana para no tener que sufrirla. Tenía que aceptar que ser humano también implicaba dolor e impotencia ante un mundo injusto, aceptar atravesar un túnel estrecho y limitado; el paso del tiempo grabándose en la carne.

Enterrado como un cadáver, percibió el origen de su temor, la rebeldía ante su humanidad que le empujaba a desear cualquier otra cosa que no fuera él mismo. Era y no era espíritu, era y no era inmortal. Vivir en un mundo y morir en él, era así de sencillo y por ello tan terrible, tan fuera de su alcance. Nada podía hacer para superar ser sólo un hombre, y era eso lo que le desesperaba.

Esa era su resistencia: saber quien era él, saberse un hombre. Y con esto el conocimiento de que nunca poseería un poder sobrehumano que le permitiese alterar la realidad según sus deseos. A nadie nunca se le concedió en este mundo semejante privilegio, nunca hombre alguno tuvo el poder de transformar la realidad en un sólo instante . Buscaba como todo hombre el poder, pero ahora comenzaba a intuir que había un Poder superior a él.

Juan, hundido en la tierra como la semilla que el labrador siembra, comenzó su transformación en la oscuridad de su propia caverna. Reconoció que algo superior a él le reclamaba para ese crecimiento, al igual que el niño que crece porque lo lleva marcado en sus genes y no sabe por qué, así le llamaba la voz del destino.

Comenzó a pensar en el dolor surgido de un mal aprendizaje, sólo era un animal programado por una cultura a través del castigo y la recompensa, sin más. Reconoció su

escasa inteligencia que había sido educada de aquella manera, no de otra. No le habían enseñado a ser sabio, en nada le habían formado para la alegría. Qué era sino el fruto de la historia y de los errores de sus mayores. Era esclavo de su pasado, como cada hombre que venía al mundo.

Y allá, en aquella oscuridad inmóvil sintió a lo lejos la esperanza del mañana, y cómo su presente luchaba por abrazarla. Ese era su canto, el canto de todos los hijos de madre, porque si bien era cierto que el pasado le agarraba con todos las cadenas de su sufrir también existía la luz del horizonte. Una nueva visión le hizo olvidarse de sus reflexiones.

Se veía envuelto de personas que le empujaban, unos caían y eran pisados por otros. Unos morían y eran asesinados por otros. Se sentía mal, muy mal allí dentro. Nada de humano existía en ese túnel que llevaba a las fauces de la Nada.

Y quiso salir de allí, de ese recorrido sin sentido. Nada podía hacer continuando por ese camino desesperado y colectivo. Sentía que podía volar e ir mas alla, hacia las estrellas.

Y se elevo en el aire sumergiendose en la estelar oscuridad. Y desde allí, pudo ver un río oscuro y serpenteante iluminado por pequeñas luces que atravesaba el espacio del Tiempo.

Valverde reconoció entonces que era la propia ley del tiempo la que sufría. El pasado marca, el presente hace, el futuro siempre existe. Era así, sin compasión alguna, porque así es la ley. Era ante esto a lo que se rebelaba, ante la aceptación de la obediencia a aquello que había sido estipulado por la propia existencia.

¿No había aceptado él venir a este mundo? Y es más, ¿no había aceptado vivir en él?. No era un animal sano al pretender superar el límite de su propia humanidad, de su esencia. El deseaba ser sólo espíritu. Y él no era eso, era un simple hombre, una mezcla. No podía dividir los integrantes de aquella mezcla porque él era esa unión, no podía rechazar una y quedarse con la otra, no le era posible. Así que el miedo animal que le constituía también le servía, todo él o nada era sagrado.

Porque ese miedo era una prueba, un desafío, una enseñanza, una lección. Porque ese miedo reclamaba su contrario para ser vencido, y era en esa superación donde estribaba la dignidad de ser hombre. Comenzó a darse cuenta que era esa lucha entre su valor y su temor lo que le constituía , esa era su gesta, ese era el sentido. Era humano porque luchaba por vencerse a sí mismo, porque sin temor no sería él, sería otra cosa.

En un mundo donde enseñaban a temer a los hombres, donde se arrogan títulos divinos y exigen obediencia como dioses, donde la muerte y el dolor son la garantía de la mentira, allí había nacido Juan. Era así que había aprendido a temer a su ser semejante, y a no temer a un ser superior porque en su mundo no había noción de ello.

Comprendió que su miedo animal , innato y útil para su supervivencia, había sido por tanto utilizado para una mala enseñanza. Que había sido educado a través del miedo por un mundo que era útil al poderoso, útil al embustero, útil al dinero. Había aprendido a sentirse culpable por sus pequeñeces, a creer que Dios era una ideología más, a aceptar que los expertos sabían lo que se hacían con el mundo que controlaban, a tantas cosas que no eran ciertas que le habían hecho dudar en su conjunto hasta de la existencia de la misma verdad.

Se dijo que tenía que enterrar aquel pasado fruto del miedo y la ignorancia, dejarlo como un recuerdo lejano que atestiguase lo que él había sido para así poder reconocer lo que sería en

el futuro. Así, en el presente, dejaría su antigua forma para adquirir una nueva forma.

Valverde pensó y sintió durante horas y horas enterrado en vida. Y a medida que transcurría el tiempo sentía que se asfixiaba lentamente. Opresión que le hacía sentir cada vez más y más encerrado hasta que al fin sólo existía la necesidad de salir de aquel entierro. Su cerebro comenzó a ser menos oxigenado a medida que su respiración se hacía cada vez más y más difícil. Finalmente sólo era un punto de conciencia enfocado en el aire que entraba en su cuerpo. Vivía sólo para respirar, respiraba sólo para vivir.

Una luz intensa iluminó la oscuridad de su estancia, cerró los ojos preso de un dolor fuerte e intenso. Sintió que la tierra era apartada de su cuerpo, y unas manos le lavaban con agua fresca. Al llegar el frescor del agua a su cabeza se sintió reanimado y respiró descansado.

- Shirkam - sonó una voz fuerte y clara - Levantate y anda.

Juan se levantó, y vió una luz más allá de una puerta. Y hacia allí fueron sus pasos.

Shanila vió llegar por la ventana de su casa a un hombre cansado y envejecido, como el soldado que vuelve de la batalla. Vió cómo aquel hombre levantaba su cabeza y miraba hacia la casa tratando de sacar fuerzas para erguir sus hombros y no mostrar su fatiga ante ella. Así volvió Juan de la visita que ella le había sugerido, una larga visita de la que nada hablaron.

Llegó callado, sin saber qué decir. Ella nada le preguntó, ni siquiera aludió a ello. Comieron y hablaron como si nada hubiera ocurrido. El la amaba, y ella le amaba. Juan sentía el cuerpo tiritando de frío, y ella le dió el calor que su cuerpo no tenía. Se abrazó a ella como si fuera un talismán, sentía el placer de su cariño y era eso lo que le reconfortaba. Ahora bien sabía Valverde que lo que le había dicho Virsham era cierto, sin ella no podría avanzar en su camino, sin ella caería preso de la desesperación y la soledad.

Acostado, sintiendo el hálito sensual que desprendía el cuerpo de Shanila, descubrió que se hallaba sujeto a un doble impulso: por un lado el hombre que no quería aceptar la necesidad de Shanila, que se creía menos libre por ello; por otro el hombre real y vivo que no sólo aceptaba esa necesidad, sino que además la deseaba. Uno de los dos estaba equivocado, uno de los dos mentía, uno de ellos amaba, el otro temía. No era difícil identificarlos, darles un nombre. Era él el que decidía cual de los dos elegir. Uno traía esperanza, el otro desesperación.

Así supo que un hombre no es hombre pleno hasta que encuentra mujer, y recordó aquel misterioso baile que había contemplado cuando le iniciaron como hombre. Reconoció en los ojos de Shanila el reflejo de los suyos , sintió profundamente que aquella chispa que le daba sentido surgía de dos polos distintos y que lo importante era realmente aquella chispa. Por sí mismo nunca la tendría, porque sabía que para ello siempre sería necesario aquel otro lado de la vida, aquel otro lado que permitía la unión. Así se había escrito la historia de la humanidad, así seguiría escribiéndose.

Cansado cerró los ojos ante aquella ley de vida que realmente le gobernaba. De qué servía rebelarse ante ello, de qué negar su propia condición. Medio dormido se dijo que lo único que quería era vivir, y que aceptando su propia vida lo que aceptaba era a la misma Vida.

- Quiero contarte una historia - le propuso Virsham en su primera lección-. Explica el motivo

de la existencia de nuestro clan.

El anciano quedó callado mirando el camino polvoriento que cruzaba el pueblo. Sentados en la parte delantera de la casa nada parecía ocurrir de extraordinario en aquel encuentro. Para Juan aquella sencillez en la que iba a comenzar su primera clase como aprendiz en el clan le resultaba chocante. Acostumbrado a las parafernalias y ritualismos solemnes de sus antiguas clases, tanto en la universidad como en sectas ocultistas, se le hacía extraño aquella forma de abordar unos conocimientos inaccesibles para el resto de hombres que no fuesen el clan. Sonrió mientras encendía un cigarrillo, comenzaba a comprender que el secreto se guardaba sólo en el corazón, no en formas que delatasen que se poseía un saber oculto.

- En otros tiempos el hombre no era educado como ves ahora - le dijo mostrando el poblado - Antes sólo nos regía la ley de la fuerza, en ella el débil es sustituido por el fuerte, el enfermo abandonado por los sanos. Así de cruel es la ley natural.

El anciano suspiró con aire cansado, sus hombros se inclinaron. En ese momento Valverde pudo sentir la diferencia entre él, joven y pleno de vida, frente a aquel hombre débil y agotado por el peso de los días. Sintió el contraste natural entre sus dos cuerpos, uno fuerte y otro ya sin vigor.

- Nada se hacía -continuó Virsham en voz baja y mirando el suelo de sus pies - por aquellos que perdían la fuerza por la edad o por la enfermedad. Vivíamos con la misma ley que la de todos los animales, y así como un animal enfermo o herido es apartado de su grupo así lo cumplíamos nosotros.

Virsham respiró fuertemente, una tensión recorrió su cuerpo y se levantó de golpe. Su cuerpo parecía haber crecido el doble, moviéndose impulsado por una fuerza misteriosa que le confería gracia y estilo. Juan se sintió entonces en el lado contrario, se sintió él el débil y enfermo, él sin la fuerza para sobrevivir.

- Quiero mostrarte algo - le dijo mientras le señalaba el interior de la casa .

Entraron juntos y recorrieron la casa hasta la parte trasera. Allí, Virsham cogió una jaula que había en el suelo. Dentro había una rata.

- Introduce el dedo - le sugirió el anciano.

Juan dudó, el miedo a ser mordido le hacía desistir del intento. Su suegro sonrió ampliamente, como comprendiendo el temor de Valverde a ser atacado sin sentido.

- Hazlo, no temas. Tendrás tiempo de retirarlo si te concentras - volvió a repetirle mirándole con seguridad.

El joven trató de no aparentar miedo, lentamente introdujo el dedo en la jaula de aquel animal. Los ojillos brillantes de la rata le hicieron dudar por un momento. En ese preciso instante el animal abrió su boca y emitiendo un fuerte chillido se lanzó hacia su mano. El susto le hizo brincar como un resorte hacia atrás.

El viejo comenzó a reír, lo hacía como si aquella escena fuera un chiste privado ya repetido muchas veces.

- Es de temer, ¿verdad? - le dijo con ojos burlones -. Ahora mira.

Decir eso, abrir la jaula y arrojar a la rata al exterior fue un sólo instante. De golpe Juan vió delante suyo a aquel animal que se encaraba hacia ellos y comenzaba de nuevo a emitir chillidos. Dió unos pasos atrás dejando territorio a la rata. El anciano no se movió de su sitio, meneando la cabeza sonriente. Emitió una especie de silbido y de la casa surgió el gato de la familia.

Juan vió sorprendido cómo el felino se lanzaba como una autentica fiera hacia la rata, exhibiendo una portentosa agilidad la rodeó e hincó sus dientes en su nuca. En breves momentos aquel animal que tanto le había asustado había muerto por aquel otro al que tantas veces había acariciado sin temor alguno.

- Es la Ley - murmuró suavemente el anciano -. El fuerte vence al débil.

Valverde quedó callando mirando cómo la sangre goteaba de la boca del gato. Aquel dulce y cariñoso animal se había transformando en un ser sanguinario y cruel que había dado muerte a otro animal sin el menor tipo de escrúpulo. No había piedad alguna en aquella escena, y cuando el gato comenzó a devorar las entrañas de la rata se sintió enfermo.

- Es la Ley - volvió a murmurar Virsham - El fuerte come al débil.

Apretó el hombro derecho de Juan, indicándole con la mirada salir de allí. Volvieron a sentarse en las sillas del porche de la casa, y mantuvieron silencio sumergidos cada uno de ellos en sus pensamientos.

- Ya sabes cómo aprendimos a unirnos para juntos cazar y ser así más fuertes - comenzó de nuevo a hablar - Lo que no sabes es que aquel gran cazador también nos enseñó otras cosas. Nos dió la orden de proteger a nuestros ancianos, y nos enseñó a cuidar a nuestros enfermos.

El anciano dió una palmada y comenzó a cantar suavemente con los ojos cerrados. De vez en cuando miraba hacia las estrellas, con una extraña sonrisa que le iluminaba el rostro. De pronto interrumpió su canto, colocó la mano en la tierra y dejó impresa su huella en ella. Levantó luego lentamente su cabeza y miró fijamente a Juan.

- El fue el fundador de nuestro clan - dijo secamente -. Puedes ya marcharte.

Juan quedó sorprendido de la brusquedad con que Virsham finalizó su primera lección. Balbuceó una despedida y lentamente se encaminó hacia su casa. Si esto sigue así, se dijo, puedo esperar años para aprender el oficio de curandero de este pueblo. Los nervios comenzaron a asaltarle, pero al llegar a la puerta de su casa se olvidó de todo, allí dentro se encontraría con Shanila.

Al día siguiente, tras despedirse de ella, Juan tomó el camino hacia la casa de Virsham. Meditaba en lo ocurrido hasta ahora, y en cómo aquella ley que había contemplado se ejercía dentro de los seres humanos. Era, pensó, como si el hombre una vez conseguido sobrevivir en el hábitat natural, hubiese construido un mundo artificial donde sin embargo imperaba la misma ley. Ahora entendía la sensación de angustia que sentía en la ciudad, un mundo en que las personas luchaban contra otras personas al no tener ya ningún otro animal que pudiese amenazarles. La ley de la supervivencia basada en el mundo natural se había trasladado a ese mundo inventado por el hombre, provocando la propia depredación de la especie. El instinto mal enfocado, se dijo meneando la cabeza.

- Querrás saber cual es el oficio de nuestro clan - preguntó Virsham tras encender un cigarro - Me extraña que no lo hayas preguntado antes.

- Ya lo sé - sonrió con aire de satisfacción Juan .

- ¡Ah, sí !- la respuesta parecía una mezcla de admiración e interrogación burlona .

- Bueno, usted es curandero o algo parecido tengo entendido - le contestó Juan mirándole algo confundido.

- No, no puedes saberlo porque sólo los miembros del clan saben lo que somos. Es así de simple - le dijo lentamente el anciano.

- Pero entonces, ¿cual es su oficio? - le miró extrañado Valverde -. ¿De qué vive?
- Vivo de ayudar al débil y al enfermo - le respondió con sencillez el viejo -. Al ciego y al atrapado.
Juan se quedó congelado un instante, algo en su interior rechazaba aquel oficio. Se sentía como en peligro, como si una parte de él jamás pudiera ya tener justificación si aceptaba aquello. Implicaba dejar de sentirse débil, dejar de poder sentirse enfermo, porque era evidente que sólo el fuerte puede ayudar al débil, sólo el sano al enfermo.
- Sí, esa es la ley - oyó una voz que asentía sus reflexiones.
Juan giró la cabeza sorprendido, fijó sus ojos en los del anciano tratando de leer algo en ellos. No era posible que hubiera podido leerle el pensamiento, aquello había tenido que resultar ser una coincidencia.
- ¿Cómo dice ? - le preguntó tratando de no mostrar reacción a lo que había oído.
- Los miembros de nuestro clan se deben a su oficio, como cualquier miembro de otro clan - le respondió suavemente el anciano.
- Sí, eso es evidente -respondió rápido Juan -. Hay un dicho en mi tierra que dice zapatero a tus zapatos.
- Bien, bien - asintió sonriente el anciano -. Como miembro del clan no sólo tienes una responsabilidad ante tí mismo y los otros miembros, también la tienes ante el pueblo y sobre todo ante nuestro fundador.
Juan comenzó a ponerse nervioso, hablar de responsabilidades y deberes era algo que le hacía sentirse inquieto inmediatamente. Sabía que no aceptaba nada bien la existencia de ese lado de la vida, siempre había tratado de escapar y justificar su huida ante ello con mil razones a cada cual más convincente.
- Pero cómo voy a ser responsable de algo que todavía no sé - respondió con voz alterada .
- Tú sabes lo que estipula la ley, tienes que aplicarla. Primero lo harás en ti, luego en los demás - le dijo serio el anciano -. Esos son los pasos, porque nada puedes hacer si no lo has experimentado por tí mismo.
- ¿Y qué tengo que hacer ? - murmuró Valverde .
El anciano palmeó afectuosamente su rodilla. Parecía tratar de darle ánimos para una larga marcha.
- Para sacar a alguien del infierno de su alma primero tú tienes que haber estado allí - le respondió de una manera ritual, como si hubiera repetido esa frase miles de veces .
Juan meneó la cabeza confundido, no entendía qué quería decir con aquello. Había aprendido en sus estudios de psicología y medicina psiquiátrica que el médico nunca tenía que entrar en las enfermedades del alma, sino abordarlas desde fuera.
- Tú eres especial Shirkam - sonó susurrante la voz del anciano -. A tí te ha elegido el Misterio, no eres tú el que decide.
Valverde meneó la cabeza confundido. La conversación comenzaba a perder el hilo que él deseaba seguir.
- Accederás al saber de la serpiente, al saber surgido del veneno - siguió sonando aquella lenta y susurrante voz -. Como a mí me enseñaron yo te enseñaré, como has sido enseñado tú enseñarás.
El anciano calló durante un rato, dejando al confundido joven ordenar sus pensamientos.
- ¿Qué quiere decir con el saber de la serpiente? - Juan trató de colocar la conversación en

un plano intelectual .

Virsham miró sorprendido a Valverde, pareció no entenderle.

- Es extraña tu pregunta - le dijo afectuoso -. Creía que todos los pueblos sabían qué significaba lo que te he dicho.

Juan calló un largo instante. Para él la serpiente, por lo que había leído, era un símbolo de sabiduría esotérica, un saber sólo reservado a los iniciados. También recordó que en el yoga se aludía a la serpiente como Kundalini, la energía latente que provocaba al despertar en el interior del ser humano la iluminación.

- ¿Tú no tienes una leyenda en tu pueblo que hable de la serpiente ? - le preguntó el viejo con curiosidad .

El joven comenzó a barruntar lo que podía decirle a aquel hombre. Había leído tantas cosas que podía realizar una monografía sólo sobre aquel tema. Sintió algo en su interior que se movía, como un dolor lejano, y se acordó de su madre sin saber por qué.

- De niño - se oyó decir - me enseñaron una leyenda escrita por un hombre judío llamado Moisés.

El anciano pareció interesado en ello. Le animó a continuar. Juan decidió contarle la historia, historia que para él estaba asociada al clericalismo y la intransigencia del mundo de donde procedía.

- Al principio de los tiempos fueron creados dos seres humanos, Adan y Eva - comenzó el relato absorto-. Vivían en un paraíso donde todos los seres vivos respetaban a los reyes del Jardín del Edén.

Juan suspiró, no quería contar aquella historia pero también quería hacerlo, sin saber por qué continuó haciéndolo.

- Adán, el hombre, pasaba el tiempo dando nombre a todos los seres vivos, fuesen vegetales o animales. Un día Eva, la mujer, habló con una serpiente que subida en el Árbol de la Sabiduría quiso convencerla de que comiera del fruto de aquel árbol.

- Bueno, ¿y qué ocurrió? - preguntó interesado Virsham .

- La serpiente -continuó Juan con una extraña fatiga en su interior - le dijo a la mujer que comiese de aquel fruto. Ella le dijo que el Creador se lo había prohibido, y la serpiente le prometió que al comer de él ella y sus descendientes serían como dioses.

Juan calló durante un rato, encendió otro cigarrillo y comenzó a recordar la educación rígida y castrante que había recibido por los miembros de la religión en la que se basaba aquella leyenda.

- ¿Y qué ocurrió? - se vió interrumpido por el anciano. Parecía tremendamente interesado por aquella leyenda de Moisés .

- Ella aceptó comer de aquel fruto, era una manzana. - continuó despacio Juan -. Luego fue a Adán y le convenció para que él también comiera de ella. Adán se resistió al principio, pero era tal el amor que sentía por Eva que decidió hacerlo.

- ¿Y ? - insistió Virsham con un punto en su voz anhelante.

- Al comerla se dieron cuenta de que estaban desnudos, de que eran carne y no espíritu como su Creador. Se taparon sus genitales con vergüenza con hojas de parra, y se ocultaron entre la vegetación tratando de apartarse de la vista del que los creó.

- O sea que se dieron cuenta de que eran carne - susurró lentamente el anciano .

- Sí, sí - respondió abstraído Juan -. El hecho es que su Creador al verles se enfadó con

ellos, y les echó del paraíso castigando a Eva a parir con dolor y a Adán a ganar el sustento de su familia con esfuerzo y sudor. Fue la caída de la inocencia del ser humano. Nunca más pudieron volver allí, y su Creador les impidió tomar del fruto del otro árbol prohibido, el Árbol de la Vida, para que así no fueran inmortales. Porque si no, dijo, serían como El.

- La serpiente les enseñó que eran carne - repitió Virsham sonriendo para sí -. Es una buena historia.

Juan se quedó mirando al anciano con asombro, era evidente que aquel indígena no conocía las penurias que había sufrido Occidente por culpa del cristianismo.

- No lo entiende, por culpa de ella - enfatizó - nos vimos condenados a ser lo que somos.

El anciano le miró sonriente, parecía tremendamente divertido, de nuevo daba la sensación de recordar un chiste privado muy antiguo para él.

- La serpiente enseñó al hombre que era de carne - volvió a repetir sonriente -. La carne es la vida, la carne es la sabiduría, la carne somos nosotros. La serpiente enseñó bien a Eva, en nada le engañó.

- ¡Pero qué dice Virsham! - le replicó asombrado Juan -. Es la carne la maldición, la jaula en la que el alma humana tiene que vivir.

El anciano movió negativamente la cabeza.

- No, y esto es lo que aprenderás por el camino del veneno de la serpiente - le miró de una manera extraña y continuó - Sabrás qué eres, sabrás que eres carne viva, y que ella, fiel y constante, guarda siempre el recuerdo de lo que somos.

Valverde miró hacía el sendero de polvo que recorría el pueblo y perdió su mirada en él, tenía ganas de volver a su casa y abrazar a Shanila, quería estar junto a ella, no sabía por qué motivo, sólo sentía que era así, que su cuerpo se lo pedía.

- No creas que será sencillo el aprendizaje que tendrás - murmuró el anciano - El camino que vas a a recorrer es de doble filo, puedes llegar a ser sabio o puedes llegar a ser un loco. El veneno puede curar o puede matar, y eso tendrás que aprenderlo por tí mismo. Nadie podrá ayudarte.

Juan miró al anciano. Pensó que aquella advertencia procedía de una mente pusilánime, que era la típica amonestación que se hacía para asustar a los aprendices. No creo, se dijo, que haya para tanto.

- ¿Y cuando empezaré ese camino? - preguntó impaciente el joven Juan .

- Piensa bien en lo que te digo - le respondió el anciano Virsham -. No es necesario que continúes adelante en nuestro clan, si así lo deseas. Si quieres aprender el oficio tendrás que luchar muchas veces en tu interior, y creerás que has perdido tu cordura en más de una ocasión.

- Es absurdo que no siga adelante - le respondió impaciente .

El anciano sonrió afirmando con la cabeza.

- Lo sé - le tocó el hombro derecho con afecto y prosiguió con una mirada distante -. Es algo que tenía que decirte, así como tu Moisés advirtió del peligro de la serpiente, así te advierto yo.

Juan encogió los hombros con indiferencia. Seguía pensando que Virsham le daba amonestaciones típicas de la vejez.

- Verás el mundo con otros ojos - susurró el anciano -. Nada será igual cuando entres en el camino, y una vez dentro sólo existe una salida, sólo una. Todo lo que vivas quedará grabado en tu carne, todo lo que seas será en tu carne.

- ¿Pero qué quiere decir con esto? - le preguntó inquieto -. Creía que hablábamos de un camino del alma, del interior del ser humano. Y usted sólo me habla de la carne, ya sé que soy carne, quiero saber si soy otra cosa.

Quedó un momento callado recordando las enseñanzas de su cultura.

De hecho - le dijo triunfante - sé que no sólo soy la carne, que también soy espíritu.

- Eso es sencillo de saber - le respondió seco Virsham - cualquier miembro de nuestro pueblo lo sabe. Te estoy hablando del saber de mi clan, no del saber general.

Juan comenzó a recordar su acceso al clan. Creía que aquella experiencia era la determinante para ser miembro de ésta, y ahora aquel hombre le decía que acababa de dar un simple paso en el camino. Nervioso sintió como el temor camuflado de impaciencia le aconsejaba dejarlo todo y volver de nuevo a su tierra de origen. Las cosas cada vez se hacían más y más complejas. Sólo el recuerdo de Shanila le calmó de aquella sensación de haber emprendido un largo viaje hacia ninguna parte.

- Los espíritus no tienen carne, tú si la tienes - afirmó Virsham -. Esa es la diferencia que tú tienes que aprender a saber. Y la única manera de que lo sepas es grabándolo en tu carne. Al entrar en el camino de la serpiente tendrás que aprender a luchar contra muchos espíritus nocivos, parásitos del alma humana. Muchas de las cosas que tú crees no serán, y otras en las que no crees sí serán.

Juan comenzó a pensar que su viaje había llegado a un callejón sin salida. Aquello era un cuento primitivo e inculto, él sabía perfectamente que no existían tales cosas, que eran fruto de la superstición. No sabía todavía que aquello era precisamente lo que le habían enseñado a creer, que sus creencias no eran suyas sino adquiridas. Que sólo era un hombre formado por las ideas de su época, y que éstas cambiaban una y otra vez sin descanso a medida que transcurría la historia.

- Sólo en el interior de tu carne encontrarás el saber - murmuró en un susurro Virsham -. Si lo deseas ven mañana, y recuerda que una vez estés del camino de la serpiente nunca más volverás a ser el mismo.

Juan no pensó en aquella amonestación. Decidió seguir adelante, no sabía que aquel paso iba a costarle su total y definitiva ruptura con todo lo que él creía. No sabía todavía que el saber de la carne era real y vivo. No sabía nada, por eso estaba allí, en la isla de su sueño.

4.
La Serpiente

Sueños febriles poblaron el alma de Juan aquella noche. Algo se debatía en su interior, una lucha sorda y ciega entre dos adversarios ignorados para él. Sentía que era un simple campo de batalla en el que se enfrentaban fuerzas superiores a la suya, fuerzas que no conseguía identificar. Era tal el estruendo del combate que Valverde sólo quería huir de allí, fuera de sí mismo. Se despertó varias veces balbuceando palabras que al instante no recordaba, y cuando contemplaba el plácido sueño de Shanila volvía a cerrar los ojos más calmado. Intuía que algo desagradable iba a ocurrir, pero no conseguía darle nombre.

Se levantó cansado y aturdido, su mujer le miraba inquieta, como si supiera algo que tenía que ocurrir y no pudiese decírselo. Al salir fuera de la casa notó que la gente del pueblo le miraba de una manera extraña murmurando palabras que no conseguía entender. El nerviosismo de Juan comenzó a crecer cada vez más hasta llegar un momento en que no sabía exactamente donde estaba. ¿Qué me estará ocurriendo?, se dijo preocupado. Algo en el aire flotaba en torno suyo, algo inquietante y extraño.

Virsham le esperaba de pie en la puerta de su casa junto a dos hombres más. Los tres hombres mostraban un semblante grave, dándole la impresión a Juan de que su intuición no iba desencaminada. Nunca había visto tanta seriedad en su suegro, y cuando saludó con aire festivo los tres hombres simplemente le saludaron con la cabeza manteniendo la expresión de gravedad.

- ¿Ha ocurrido algo? - rompió el silencio Juan tratando de mantener un aire de despreocupación .

- ¿Has pensado en lo que te dije ayer?- le murmuró Virsham mirándole cada vez más serio.

Juan parpadeó confundido, no recordaba exactamente lo que habían hablado, trató de hacerlo pero una sensación algodonosa en su cabeza se lo impidió. Avergonzado trató de disimular su olvido.

- Sí, sí, por supuesto - respondió rápido .

El anciano siguió mirándole hasta que una chispa de burla apareció en sus ojos. Meneó la cabeza, y murmuró algo que a los otros dos hombres les hizo sonreír levemente. Juan se sintió aludido pero trató de no mostrarlo, los cuatro hombres seguían de pie en la casa y la escena comenzaba a resultarle grotesca a Valverde. ¿Qué ocurrirá de tanta importancia para alargar tanto la estancia allí?

- Como ya recordarás si aceptas entrar en el camino de la serpiente no tendrás otra salida que salir por el otro lado - le habló con enorme gravedad -. Será un camino largo, lento, lleno de trampas y obstáculos, y no siempre existe garantía de éxito.

Juan asintió sin prestar mucha atención, no entendía el gusto melodramático que exhibía Virsham. El ya había pasado por diferentes enseñanzas, y no veía tan difícil aprender el oficio del clan. Comenzaba a recordar diferentes experiencias de su vida pasada, abstraído en sí mismo, cuando una sonora palmada le sacó al instante de sus pensamientos. Virsham comenzaba a andar seguido por los otros dos hombres. Se encogió de hombros y siguió al grupo que fue penetrando en el interior de la jungla.

No andaron más de una hora cuando encontraron una pequeña caseta recubierta de ramas cuya entrada le recordó a Juan un iglú esquimal. Para acceder al interior había que agacharse e ir reptando por un angosto túnel que daba al interior de la caseta. Juan comenzó a pensar en la curiosa manía que tenían aquellos hombres por los túneles y en el significado que podría tener aquella construcción.

- Este es el lugar donde se inician los miembros de nuestro clan - dijo seriamente Virsham -. Es un lugar sagrado para nosotros, sólo el clan puede acceder a él, nadie más.
Juan asintió de nuevo con la cabeza.
- Creía que ya había sido iniciado - preguntó con curiosidad .
Los tres hombres volvieron a mirarle con solemne gravedad, su actitud le hizo sentir que algo terrible iba a ocurrir. Notó que sus rodillas vacilaban un momento, y un temor oscuro le susurró que dejara todo aquello y huyera corriendo. Alejó aquella idea de su cabeza con facilidad y siguió aguardando la respuesta.
Virsham comenzó a menear la cabeza negativamente con el rostro pétreo.
- Eso sólo fue una enseñanza ritual - murmuró lentamente. Puso su mano en el hombro de Juan y le miró muy fijo a los ojos -. Ahora viene la enseñanza real. La que quedará grabada en tu carne.
Valverde comenzó a barruntar qué significado tendría aquello, quizás se refería a algún tipo de tatuaje o de quemadura como la que había sufrido cuando fue iniciado como hombre. Se le ocurrió preguntar cuanto tiempo tardaría en pasar por aquella enseñanza, pero una mezcla de timidez y orgullo le hizo callarse. Siguió en actitud expectante, tratando de mostrarse lo más entero posible.
Virsham caminó hacia la caseta, los dos hombres se colocaron cada uno en un lado de la angosta entrada, mientras el anciano se ponía delante tapándola con su cuerpo.
- Si decides entrar en este lugar ya nunca volverás a ser el mismo - le dijo en voz alta y fuerte .
Juan se quedó mirando aquella escena con cierta irritación, su impaciencia comenzó a apoderarse de él.
- Ya he expresando antes mi decisión - respondió fríamente. No soportaba que dieran tantas vueltas sobre lo mismo.
El anciano bajó la cabeza y murmuró algo, los dos hombres se dieron la vuelta dándole la espalda a Juan.
- Shirkam, entra - el anciano se agachó y comenzó a reptar por el estrecho túnel .
Juan aguardó un momento y luego hizo lo mismo. El túnel se hallaba iluminado por una luz tenue y rojiza que procedía del interior. Siguió reptando hasta encontrarse en una especie de recinto circular en cuyo centro unas brasas ardían refulgentes. El anciano, en silencio, alimentó las brasas. La temperatura en aquel pequeño lugar comenzó a resultar asfixiante al cabo de poco tiempo.
- Puedes quitarte la ropa que desees - le murmuró el anciano mientras se desnudaba completamente .
Juan hizo lo mismo y volvió a sentarse expectante. El sudor comenzaba a aparecer en su frente, pensó que aquello debía ser algún tipo de baño ritual de vapor o algo similar. El anciano se le quedó mirando un momento y negó con la cabeza. Comenzó a arrojar sobre las brasas unas hierbas que habían allí, y se sentó de nuevo.
- Ahora, mantente en silencio y sólo respira. - le ordenó mirando fijamente la brasas-. Sólo eso.
Las hierbas comenzaron a quemarse en las brasas y un olor penetrante comenzó a invadir la estancia. Juan comenzó a sentirse mareado casi al instante, se sentía enfermo y su cuerpo le incitaba a marchar de allí. Trató de resistir las arcadas que le venían hasta que no pudo

más y comenzó a vomitar en un cubo que Virsham le pasó sin decir palabra.
El humo se hizo cada vez más denso y el calor más asfixiante. Un fuerte vértigo invadió a Valverde y éste trató de aliviarlo mirando fijamente las rojas brasas que tenía delante. Su cuerpo sudaba a chorros, sentía cómo si aquel humo no sólo entrase por su nariz sino por todos los poros abiertos de su cuerpo. Algo se estaba apoderando de él, Juan trató de analizar qué tipo de sustancia tóxica estaría utilizando el anciano. Este no parecía verse afectado por el humo, con las pupilas dilatadas miraba sólo al brasero, ni un músculo de su rostro mostraba algún tipo de tensión o malestar.
Juan se sintió morir, era como si su conciencia comenzase a romperse en pedazos, no conseguía mantener su mente en una idea fija, sino que ésta había comenzado a verse inundada por cientos de imágenes y voces distintas. Todas surgían de él, pero en ninguna de ellas podía reconocerse por entero. Sí, era eso, se estaba disolviendo en aquel humo, y un ataque de pánico hizo que sus dientes se apretaran rígidamente. Pensó que realmente podía morir víctima de aquel humo, que fuese lo que fuese aquella hierba era mortal para él.
Pese al tremendo calor que reinaba en la caseta Valverde comenzó a sentir frío, era un helor que procedía de su interior. No conseguía centrar su mente en nada, la sensación era mucho más molesta que la peor de sus borracheras. No se trataba de un malestar físico lo que le atormentaba simplemente, aquel veneno parecía que se estuviese apoderando de su propia alma, le estaba matando su identidad, sus conexiones neuronales, sus rutas de pensamiento.
Imágenes cada vez más fuertes comenzaron a surgir de su interior, sus pensamientos comenzaron a hacerse audibles, como si vinieran de fuera. Entre las brumas iluminadas por el resplandor rojizo caras demoniacas comenzaron a aparecer, y sus pensamientos más ocultos, las palabras más temidas que no se atrevía nunca a decirse, eran pronunciadas fuera de su interior. Un temor profundo y abismal se apoderó de él, había perdido su control, las pautas que le permitían definirse como era.
Deseó salir pero una laxitud tremenda le impidió moverse. Deseó gritar y al instante escuchó una voz suave que entonaba unas palabras de manera rítmica y constante. Era Virsham, que se balanceaba adelante y atrás sin apartar la mirada de las brasas. Comenzó a pensar que aquel anciano era el Diablo y que se hallaba dentro del Infierno, no podía controlar las voces que obscenas le decían todo aquello que él temía escuchar. Una y otra vez sonaban dentro de su cabeza hasta que deseó morir, acabar con aquella situación. Enfermo y agotado, se acostó recogiéndose como si fuera un feto dentro de la madre. No conseguía dominar su mente, no conseguía detener aquel oleaje de visiones y voces que sacudían su alma de un lado para otro.
La mentira y la verdad se confundieron en él de tal manera que se vió atrapado como en un laberinto oscuro y estrecho. El pánico se había instalado en él y ya no parecía querer dejarle. Buscó en su interior, cada vez más y más hondo pero no encontró salida. La única referencia que le mantenía en su cordura era la voz de Virsham y aquel lento y repetitivo canto. Así estuvo aferrado a aquel hilo de sonido durante tiempo y tiempo, hasta que finalmente sintió que se perdía, que un mundo oscuro y desconocido se apoderaba de él y no le permitía marcharse.
Cuando consiguió tomar ligera conciencia de sí mismo se vió enfrente de dos hombres que le pintaban algo en su rostro. Miró hacia arriba y contempló las estrellas que como puntas de

alfiler brillaban en la oscuridad.

- Descansa Shirkam. Ahora has entrado en el reino de los muertos -oyó una voz lejana que quiso identificar como la de su suegro.

Le taparon con una manta, y allí, tiritando presa de un frío intenso que surgía de su propio interior, pasó Valverde la primera de las muchas noches que le esperaban en el mundo que de niño había aprendido a temer.

Cuando despertó se encontró sólo,.Aturdido miró a su alrededor y no sintió presencia alguna. Un ataque de pánico le invadió en el preciso instante en que se vió sin nadie que le acompañara. Se sentía como un niño asustado dentro de un bosque tenebroso y hostil, las lágrimas surgieron prontas entre gemidos de suplicas para que alguien viniera a ayudarle. Comenzó a dar saltos con los puños apretados, como el niño pequeño que en ese momento Valverde era. Gritó y gritó pidiendo ayuda, hasta que al final se sentó y trató de serenarse.

Su mente iba de un lado para otro, no conseguía centrarla en ningún objetivo. Se sentía indefenso y débil sin conseguir explicarse por qué. Trató de recordar cómo era antes, pero por más que lo intentaba no podía. Sabía quien era, pero algo en él había desaparecido. Todo lo que veía se le antojaba enorme y pavoroso, y sus habituales pensamientos negativos se habían transformado en grandes monstruos que le hacían temblar cada vez que asomaban a su mente.

Trató de adoptar una posición racional, colocar cada cosa en su sitio. Pero era inútil, por más que lo intentaba su mente ya no era la misma. Volvió a tener un ataque de pánico, y de bruces en el suelo comenzó de nuevo a gemir y llorar.

- ¿Pero qué he hecho Dios mío, qué he hecho? - gritó agarrándose la cabeza con desesperación .

Balanceaba rítmicamente su cuerpo, y ese vaivén comenzó a calmarle. Secándose las lágrimas vió que alguien se acercaba. Al aproximarse aquel individuo notó una sensación de invasión de su alma que nunca había tenido, era como si su interior hubiese salido fuera de él y pudiera ser atacado por esa persona. Asustado se echó hacia atrás, tratando de eliminar aquella sensación que se mantenía sin embargo fija y constante.

Virsham se detuvo a tres metros de él, parecía saber lo que le ocurría.

- No temas, tu alma ha salido fuera de tu cuerpo.- le dijo sereno alzando su mano -. Ahora eres un muerto para todos, sólo tu familia tiene derecho a tratarte.

Juan se quedó mirando a aquel anciano durante largo tiempo. Fuera lo que fuese lo que había ocurrido no era algo positivo.

- Para hablar con los espíritus hay que ser espíritu, Shirkam - le susurró suavemente.- Ahora has entrado en un mundo en el cual sólo existe una salida, vivirás sin saber quien eres, atormentado por todas las almas que entraran impunemente en tí. Es el precio que has de pagar para adquirir la sabiduría.

Juan siguió mirándole fijamente, se le antojaba mucho más grande aquel anciano. De golpe una ráfaga de insultos hacia aquel hombre comenzó a apoderarse de él, asustado trató de luchar contra sí mismo. Sencillamente había perdido el control de su mente. El anciano le miró con una expresión que a Juan le pareció de disgusto y le indicó que le siguiera, volviendo juntos al poblado.

Cuando vió a los primeros habitantes un intenso temor le recorrió, se sentía débil ante aquellas personas, desprotegido. Siguió andando y nadie le saludaba, era como si no existiese. Sin embargo oía sus voces y todas ellas aludían a él. Al entrar del todo en la aldea el temblor siguió en aumento, todos podían ver su interior, contemplar lo débil y miserable que era, quedas voces como martillos comenzaron a sonar en su cabeza. Se sentía invadido por todo el mundo, nada podía hacer para evitarlo. Había perdido su identidad por el camino, y ahora no sabía cómo enfrentarse a la simple realidad.

Al llegar por fin a su casa esperó, sentado en la mesa, a que Shanila volviera. El tiempo pasaba y pasaba sin que ella apareciera, y sus pensamientos empezaron a hacerse violentos y agresivos. Imaginó que le estaba engañando, que aquella mujer que amaba le era infiel, y las voces comenzaron a susurrarle afirmativamente. Se agarró desesperado la cabeza, tratando de sacar de sí aquellas voces, pero era inútil.

El sonido de la aldea comenzó a resultarle hostil, fuera en la calle todos estaban hablando de él, y de cómo le estaba engañando Shanila desde ya hacía tiempo. Furioso cerró las ventanas, pero las voces seguían sonando. Asustado entró en la habitación donde dormían y allí se quedó rígido e inmóvil mirando su imagen en el espejo. Llevaba pintado sobre su frente un circulo negro, trató de quitarlo con saliva pero aquella marca no parecía poder borrarse.

Las voces seguían sonando, incluso oía risas que se burlaban de él y de lo poco hombre que era. Miró frenéticamente por todos lados buscando algún lugar donde refugiarse de aquellas voces, desesperado se metió en la cama tapándose con las mantas. Comenzó a respirar como un animal acosado, mientras que voces que ahora surgían de su mente le susurraban que era cierto, que Shanila le estaba engañando en aquél preciso instante. Sintió que su vida era un infierno del que no podía salir, y pensamientos suicidas comenzaron a apoderarse de él.

- Matate, matate - le susurraban aquellas voces -. No tienes nada que perder, tu vida es un fracaso sin remedio. Has perdido Juan, has perdido.

Valverde comenzó a luchar contra sí mismo, contra aquellos fantasmas de su alma que de golpe habían sido liberados y le atacaban sin piedad alguna. Se sentía débil y sin fuerzas para combatirles, pero algo le impedía desistir, algo en su interior le ayudaba a resistir pero no podía saber qué o quién era. Al fin, con los nervios agotados, el sueño se apoderó de él.

Atravesando un desfiladero vió ante él una montaña. En ella, medio oculta por verdes ramas, la entrada de una gruta. Entró en ella y comenzó a descender hasta que al final se vió dentro de un túnel oscuro. Comenzó a andar por él sintiendo presencias que le rodeaban que no podía identificar, se sintió con valor para hacer caso omiso de ellas y siguió avanzando.

Aquellas entidades sin forma comenzaron a hacerse cada vez más densas, le agarraban y le dificultaban su avance. Siguió valiente hacia adelante hasta que notó una peculiar sensación, como si atravesara en aquella oscuridad una cortina. Al hacerlo las presencias se hicieron mucho más fuertes y aterradoras.

Asustado dió media vuelta, sentía que podían agarrarle y devorarle, que nada podía hacer contra ellas. Comenzó a salir apresuradamente del túnel pero antes giró la cabeza hacia atrás. Allá, en el fondo de ese túnel creyó adivinar una salida, un lugar en el que reinaba la luz.

Pasaron unos días llenos de angustia para Juan. No conseguía dominar su mente, parecía que se hubiese escapado de su control. Las voces seguían castigando su alma, y todo intento de dominar aquella fragmentación de sí mismo se hacía imposible. Para cuando le mandó llamar Virsham aquel hombre se sentía el ser más desgraciado de la tierra, había perdido su voluntad por el camino y no conseguía recuperarla.

El anciano le llevó de nuevo a la caseta donde había recibido la enseñanza de la serpiente.

- Ahora entrarás tú sólo- murmuró Virsham sonriéndole divertido .

Juan quedó clavado en el sitio. Lo que menos deseaba era volver a repetir la experiencia que le había dejado en aquel estado. Realizarla además en soledad le hundió en un temor profundo que le hizo comenzar a temblar espasmódicamente. Sintió que sus nervios chillaban de espanto ante un nuevo intento.

- Tienes que averiguar el origen de tu dolor - le miró atentamente el anciano-. Ahora estás enfermo, has perdido el alma por el laberinto de tu ser.

- No estoy dispuesto a volver a probarlo Virsham - le respondió .

El anciano sonrió extrañamente, en ese momento parecía la encarnación del diablo.

- Una vez tomado el veneno sólo hay un remedio Shirkam - le dijo con gravedad -. O mata o cura, ya te lo advertí. Ahora sólo puedes ir por el camino de la curación, no tienes otra salida.

La mente de Juan volvió a ser invadida por voces que le insinuaban que agrediese al anciano. Deseó agarrarle por el cuello y estrangularle lentamente, ver en los ojos de aquel hombre el temor que él sentía en esos momentos. Comenzó a sentirse asustado de sí mismo y las lágrimas surgieron impetuosas en sus ojos.

- Hunde las lágrimas en tu interior Shirkam - le susurró el anciano sin mirarle.

Valverde trató de tragar aquella agua caliente que surgía de su interior. Respiró fuertemente entre sollozos y por fin se sintió dispuesto a entrar. Comenzó a reptar por el estrecho pasadizo que llevaba al centro de la caseta. Las brasas rojizas ardían como gemas vivas y el intenso calor le hizo recordar sin saber por qué su anterior experiencia. Trató de dominar su temblor y comenzó a desnudarse, pensando en quedarse allí sin echar las hierbas. Estuvo así un rato hasta que en un impulso repentino las echó a las brasas.

El intenso olor le hizo echar hacia atrás y aguantar la respiración. Se sentía lleno de miedo ante las consecuencias de volver a respirarlas, pero ante la imposibilidad de seguir aguantando la respiración decidió con aire fatalista inhalar lo más profundamente posible.

El sudor comenzó a regar su rostro al cabo de poco tiempo. Sentía todos sus poros dilatados, y cómo no sólo entraba aquel veneno por sus pulmones sino por toda la superficie de su piel. Las voces comenzaron de nuevo a atacarle, cada vez con mayor furia. Palabras y más palabras se agolpaban en el dique de su conciencia, se sintió indefenso ante aquel torrente que surgía de su interior.

Comenzó a aceptar todo aquello que se oía decir. Asombrado se dió cuenta de que era su garganta la que provocaba aquellas voces, era él mismo el que se castigaba, aquella parte de su persona que le había hecho sufrir tantas veces en su pasado se había apoderado por completo de él. Supo que había creado una dualidad en la que el sádico Juan castigaba al masoquista Juan y que eso le procuraba un extraño placer. El placer de la aniquilación, del dolor que él consideraba ocultamente como redentor. Era su propia mente la que creaba aquella situación, su mente enferma que había tomado por fin el pleno control de su alma.

Las ideas comenzaron a sucederse con tremenda rapidez. Se sintió como un santo

cristiano que a través de su automartírio creía estar más cerca de Dios; como un artista romántico que mientras más incomprendido era por los demás más cercano se hallaba de la genialidad; como un perdedor nato al que todos tenían que mostrarle lástima; como un ser falso y miserable que no tenía derecho a nada de lo bueno de la vida y sí a todo lo malo.

Cientos de razones le demostraron lo deprimente de la existencia; miles de recuerdos aparecían vertiginosamente mostrándole lo triste de su vivir; voces chillonas le afirmaban cual era su verdadera identidad. Era un falso, un engaño, un loco, un débil, un perdedor, un amanerado, un cobarde, un aborto, una equivocación. El no era nada salvo la negación de todo aquello que era afirmador de la existencia. No había ningún motivo para vivir, y todos para morir. Nadie podía amarle y de ahí su soledad angustiante, carecía de ningún valor humano y por ello la ausencia de aprecio que había recibido en su vida.

Comenzó a sentirse asqueado de sí mismo, y mientras más disgusto sentía más las voces le afirmaban que era así. Se sentía como en una espiral sin fin cuyo única salida era la absoluta aniquilación de su identidad. Deseó la muerte, y en ello se sintió justificado. Se sintió culpable de todo y de todas las cosas, y mientras más lo sentía con mayor fuerza la nada le atraía. La experimentó como un descanso merecido, como el único resultado posible de la existencia.

El humo invadía ya toda la estancia y Juan echaba más hierbas a la brasa. Deseaba acabar de una vez, que aquel veneno le diese la fuerza para que él mismo acometiese el castigo que merecía. Sí, era un pecador y por tanto el justo castigo era la muerte. Todo carecía ya de importancia, nada deseaba más que aquella dulce liberación que era la ausencia de sí mismo. Sentía miedo de matarse y eso le dió más motivos para despreciarse. No tenía valor ni para acometer aquel acto lógico de autoinmolación, las voces le chillaron aún con más fuerza repitiéndole de nuevo todas las palabras que le definían. Inútil, carente de sentido, vacío de significado, allí se encontraba con su miserable cuerpo ante un mundo próximo a la destrucción. Nada podía hacerse para detener el suicidio lento de la humanidad, y él tenía que reconocerlo.

Sí, aquella era la realidad. Aquel humo denso y penetrante le contaba la verdad de la existencia. Todo había sido un accidente, desde el principio mismo de una vida surgida por capricho y azar nada había tenido sentido. ¿Qué era él sino un absurdo? . Comenzó a toser violentamente y fuertes arcadas sacudieron su cuerpo, se sentía mal, tanto que ya creía estar cerca de la muerte. Sonrió anhelante esperando disolverse lentamente, las voces comenzaron a menguar para tomar forma.

Se vió a sí mismo como sacerdote afirmando la angustia de este mundo; como científico certificando que todo era azar sin sentido; como político justificando el engaño; como millonario mostrando que el dinero era la verdad. Se vió como aquel modelo de hombre que triunfa en su sociedad, que era alabado y adorado por su virilidad e inteligencia que le permitía el éxito en el mundo.

Vió después al cobarde de Juan, a aquel hombre que creía en la poesía y los sueños; que pensaba que el amor de Shanila era la suerte de su vida; que sentía que todo tenía un encanto mágico y misterioso. Le vió débil y afeminado ante un mundo que exigía pisar los pies en tierra y dejarse de mariconadas sin sentido. Le vió engañado y loco por pensar en la divinidad, por no aceptar las reglas del éxito encarnadas en el otro Juan.

Y le odió, lo despreció y cientos de voces le apoyaron. ¿Cómo podía haber creído en la

existencia de su isla mítica, cómo en un sueño mágico? Merecía el castigo por su obcecación, por su falta de visión de realidad, por haber creído en mitos y leyendas en vez de en los hechos de cada día. Era él el culpable de que la gente no le amase, era él el responsable de ser un fracasado solitario. Había hecho mal, muy mal, y por eso tantas veces había sufrido por ello; de ahí sus estados depresivos; sus angustias sin salida. Esa era la causa.

Ya era tarde para volver a ser un hombre, era tarde para dejar aquél camino equivocado y tomar el sendero recto que le hubiera llevado al éxito. Con su inteligencia mal aprovechada en idioteces que no daban ningún fruto real; con su ambición de encontrar algo que no existía; con su pusilanimidad que le había hecho creer en sueños infantiles en vez de en la viril y adulta realidad. No merecía más que un resultado, el justo efecto de su necedad. Tenía que morir para dar ejemplo a otros de que no anduvieran por sus mismos pasos; tenía que ser un escarmiento de lo que le ocurría a un hombre cuando creía en fantasías.

Se deleitó en un clímax pleno de odio y desprecio a sí mismo en la imagen que daría. Se vió como un Cristo que mostraría a los hombres cómo acababan aquellos locos que creían en algo superior que lo humano. Tenía que morir para que todos comprendieran cuál era el camino de la perdición. Su vida no había sido inútil al fin y al cabo, con su fracaso como hombre ejemplificaba el camino que no había que seguir.

Por fin aquellas voces le halagaron y le elogiaron. Sí, todo su vivir era un error insubsanable, pero por fin se había dado cuenta de la verdad. Dejaría por fin este mundo para que los hombres rectos y justos pudieran gobernar con sabiduría. Al fin había aceptado la realidad, al fin había abandonado su inmadura rebeldía. Había conseguido por fin el valor suficiente para enfrentarse a sus mentiras y engaños, había alcanzado la sensatez.

Respiró más y más hondo esperando que ahora la muerte le diese su justo merecido. El veneno le inundó cada vez con mayor efecto hasta que por fin llegó la inconsciencia que deseaba. Ya nada más tenía que hacer en este mundo.

Despertó extrañado, sin saber quién era ni donde estaba. La sensación de ignorancia le mantuvo perplejo, no se sentía incómodo en ese estado pero algo en su interior le chillaba alarmantemente de que aquello no estaba bien. Sentía como si estuviera descomponiéndose, disgregándose en cientos de fragmentos que le impedían reconocerse como individuo.

- ¿Cómo está mi muerto favorito? - oyó una voz risueña que le apartó de su introspección.

Parpadeó confundido, una mujer morena le miraba cariñosamente de pie ante él. Se hallaba tumbado en una cama. Volvió a parpadear y consiguió adivinar dónde estaba. Aquella mujer era Shanila, y él estaba en el dormitorio de su casa.

- Bien, bien -murmuró esbozando una sonrisa. Allá a lo lejos sintió que las voces comenzaban de nuevo a sonar y sobrecogido trató de apartarlas centrándose en los ojos de ella .

- Bien, bien, muy bien - volvió a repetir como un mantra que le hiciera olvidar su interior.

- Mi padre te trajo inconsciente, dijo que querías ir tan rápido que has dejado tu alma abierta a los malos espíritus - continuó mirándole con aquella sonrisa en la que se traslucía cierta ironía.

Juan quedó aturdido ante aquella respuesta. Por lo visto para Shanila aquello que le estaba ocurriendo era lo más natural del mundo. Era evidente que ella no estaba en su lugar. Al

pensarlo comenzaron a sonar las voces afirmándole lo poco valiosa que era para él aquella mujer, que era vulgar y debía rechazarla. Trató de negarlo y voces más fuertes comenzaron a gritar insultos obscenos sobre ella. La culpa, se dijo, era de aquel maldito viejo que le había engañado. Ella era su hija, por tanto estaba claro que estaba dentro de una conspiración para acabar con su persona.

- ¿Cuando vas a decidir a morir ? - sonó una voz baja a su derecha .

Sorprendido miró hacia aquel lado. Virsham le miraba gravemente y con cara de disgusto.

- ¿Qué? - respondió aturdido .

El anciano siguió mirándole fijamente, hizo un gesto a Shanila y ella se retiró de la estancia dándole un sonoro beso . Valverde sintió que todos sus males desaparecían de golpe. Se quedó absorto contemplando la grácil figura de su mujer e involuntariamente dió un suspiro de alivio. Virsham sonrió burlonamente un instante, para luego volver a adoptar un rostro serio y severo. Esperó a que su hija cerrara la puerta y aguardó un momento antes de comenzar a hablar.

- Tú has decidido sacrificarte y entrar en el camino de la serpiente Shirkam - le dijo en tono reprobatorio - Has decidido descender al mundo oscuro para recorrer los senderos engañosos y hallar la puerta del Cielo.

Juan se quedó mirando atónito al anciano. Por primera vez le decía algo coherente sobre todo aquello que le estaba ocurriendo, o al menos así lo entendía. Reflexionó sobre ello, empezaba a entenderlo. Había entrado en el Infierno de su mente, al mundo inconsciente donde miles de represiones acechaban anhelantes por ser escuchadas.

Suspiró aun más aliviado, comenzaba a comprender lo que le ocurría. Inició una sonrisa de suficiencia cuando sonaron aquellas voces con burla insultándole con mayor fuerza.

- Tú no sabes nada - le dijo el anciano meneando la cabeza -. Tú no entiendes nada.

Juan apretó los dientes desesperado. Quería dar una explicación psicológica al asunto pero por darla nada cambiaba. Algo iba mal, muy mal en su vida. Sintió una desesperación que le agarraba y le hundía de tal manera que deseó morir. Recordó la última experiencia y se preguntó por qué no le dejaban morir, acabar de una vez por todas con su sufrimiento.

- Para morir tienes que dejar atrás todo lo que crees ser Shirkam - le afirmó serio el anciano.

Valverde comenzó a sospechar que aquel viejo tenía el poder de la telepatía. ¿Cómo se explicaba que respondiera a sus pensamientos sin expresarlos él? Calló confundido.

- Levantate, es hora de que aprendas a reducirte a lo esencial - le conminó severo .

Juan se irguió en la cama y un fuerte vértigo le inundó. Volvió a no saber quien era ni donde estaba. Como un autómata se vistió torpemente ante la fija mirada del anciano. Este comenzó a murmurar algo y dando dos secas palmadas se levantó a su vez. Por un momento sintió miedo de aquel hombre, un miedo que no sabía dónde localizar pero que le hizo volver en sí al instante.

Comenzaron a andar en dirección a las afueras, Virsham iba delante y Juan miraba a todos aquellos con los que se cruzaba sintiendo una extraña sensación. Sentía que algo salía de su cuerpo y que podía penetrar en los demás. Se asustó ante la desorientación que comenzaba a sentir, era como si no pudiera centrarse en sí mismo, los demás estaban vivos y él parecía un alma en pena indefensa ante cualquier mirada y voz. Comenzó a temblar involuntariamente. Parecía que pudiese leer lo que pensaban de él, y ellos a su vez le miraban como si fuera un ser ajeno a lo humano, como si existiera en otro lugar fuera de su mundo.

- Recuerda que eres un muerto - le dijo Virsham deteniéndose en seco y mirándole con severidad -. Si sigues haciendo eso absorberás los malos espíritus de las personas, todavía no tienes poder para enfrentarte con las sombras del mundo.

Juan le miró sorprendido sin creer en lo que oía. Al instante las voces comenzaron a sonar invadiéndole sin compasión alguna. Sintió un odio creciente hacia todas las personas que le rodeaban, aquello era un circulo cerrado sin salida que sólo le llevaba a la desesperación. Aligeró el paso y se introdujo en la vegetación respirando aliviado al no ver a nadie. Simplemente no podía soportar la presencia humana, eran sus enemigos.

Al introducirse en la jungla sintió que las plantas parecían vivas. No era una idea, sino una sensación. Sorprendido se paró ante un árbol, sentía que era un ser vivo que de alguna manera se comunicaba con él. Comenzó a escuchar los sonidos de los animales, parecía que podía entenderlos. Se detuvo extrañado. Se abstrajo cada vez más, sentía que podía enviar como una rayo de información invisible a cualquier ser vivo. Contempló a un mono subido en un árbol y le mandó un mensaje. Al instante el animal giró y le miró fijamente. Valverde sonrió exultante, se había transformado en algo así como un telépata. Probó con un pájaro verde que saltaba de rama en rama, el ave se detuvo y cambió de dirección para bruscamente arrancar en un vuelo que pasó rozándoles. Comenzó a sentirse feliz, era como descubrir una nueva capacidad que hasta entonces desconocía.

- Deja de absorber Shirkam, estás abusando del poder - le sacudió bruscamente Virsham.

Juan sonrió, de alguna manera podía comunicarse con los seres vivos sin necesidad de lenguaje. Empezó a reflexionar sobre ello, podía explicarse entonces que sintiera el inconsciente de las personas, el lado animal de ellas. Por el rabillo del ojo vió cómo el anciano inclinaba la cabeza en señal de afirmación. Una chispa súbita le inundó, acababa de hacer el mayor descubrimiento de su vida. Comenzó a pensar en lo que dirían en su tierra si volviera y revelase aquella experiencia cuando las voces surgieron de pronto susurrándole que estaba loco. Al instante se sintió deprimido, no tenía remedio, había caído en una esquizofrenia que le hacía tener ideas delirantes sobre la realidad. El miedo se apoderó de él y quiso huir de allí al instante.

- No sé cómo es tu mundo, pero no me gusta - habló disgustado el anciano .

- ¿Qué? - le respondió abstraído Valverde .

- No sólo has de luchar con las sombras sino también con tu mente. Estas lleno de mentiras - le acusó serio Virsham -. Ahora entiendo que te cueste tanto cada paso que das, va a resultar difícil tu camino entre tanto engaño como posees.

- ¿Qué engaño ? - preguntó inquieto Juan. Aquello de que iba a costarle más de lo necesario le hacía sentirse peor todavía de lo que estaba .

- Mi hijo Dirtam dice que los blancos no sois buenos, que sois culpables de la muerte de todo lo que encontráis - meneó la cabeza abatido-. No me gusta tu alma, eres más perjudicial de lo que creía.

- ¿Qué es lo que he hecho ahora?- le preguntó compungido .

- Eres un hombre lleno de mentiras, no dejas que el espíritu te guíe y desconoces tu esencia - le miró aún más disgustado -. Si no fuera por la responsabilidad que tengo sobre tí dejaría que las serpientes matase tu alma sin piedad.

Juan notó que iba a llorar, se sentía como un niño irresponsable al que un mayor reprende con toda justicia. Tragó sus lágrimas y se dijo a sí mismo que Virsham tenía razón. Era un

incoherente, estaba buscando la verdadera vida pero en su interior no quería dejar de creer en todo aquello que había dejado atrás. Comenzó a acusarse y las voces le insinuaron que el equivocado era aquel viejo estúpido que carecía del menor conocimiento científico.

- Te dejaré donde tienes que estar - habló fríamente el anciano -. Sígueme.

Valverde continuó el camino tras los pasos de Virsham, no anduvieron mucho y cuando vió hacia dónde se dirigía un escalofrío recorrió su espalda. Era el cementerio del pueblo.

- Los muertos con los muertos - dijo seco el viejo.

Entraron dentro, y le llevó hacia una pequeña caseta del cementerio. Virsham abrió la puerta de ésta y le invitó a pasar. Dentro sólo había la oscuridad iluminada por la débil luz de una vela. El anciano encendió una cerilla e iluminó aún más la estancia mostrando un esqueleto sentado en el suelo.

- Fue un hombre de gran poder. Espero que él sepa darte la respuesta que buscas -murmuró lentamente -. Esta noche estarás en su compañía, así aprenderás a ver lo esencial de tu cuerpo.

- ¿Qué quiere decir ? - le preguntó nervioso Juan. Pensó que el histrionismo de Virsham era propio de una película de terror .

El anciano se encogió de hombros y le señaló el esqueleto.

- Para entrar en el mundo de las sombras hay que despojarse de todo. - le dijo en voz baja - Cualquier cosa que desees guardar será utilizada en tu contra. Debes ir allí partiendo desde lo esencial de tí, desde aquello que es lo más duro y resistente ante el mundo.

Le dió un golpe en la frente con los nudillos haciendo sonar su cráneo.

- Desde esto - sonrió Virsham -. Hasta mañana.

Juan dejó que cerrara la puerta el anciano y suspiró con fastidio. Recordó a Shanila y sonrió burlonamente ante la macabra compañía de aquella noche. Al contemplarla con detenimiento apreció que la calavera exhibía una sonrisa aún más irónica que la suya. Comenzó a explorar la estancia pero no había nada más que aquel esqueleto, así que con cansancio se sentó en el suelo y se dedicó a mirar a su acompañante.

- Bueno, ¿quieres un cigarrillo? - preguntó con sorna .

La calavera seguía sonriéndole desde la penumbra.

- No querrás asustarme, ¿eh? - se respondió a sí mismo.

Silencio del esqueleto. Juan suspiró con mayor fastidio todavía. Fumó durante un rato, hasta que aburrido trató de dormir. Si lo que pretendía Virsham era que pasara miedo aquella noche estaba equivocado, no le impresionaba en absoluto aquel esqueleto. Pasó el tiempo y seguía sin poder dormir. Inquieto se levantó y se acercó al esqueleto. Empezó a inspeccionar con la mirada la osamenta, aburrido decidió volver a tratar de dormir cuando un ligero destello procedente del interior de la caja torácica le sorprendió. Había sido una visión fugaz pero estaba convencido de que algo había brillado en el interior de aquel esqueleto.

Cogió la vela y la acercó mirando con más detenimiento. Efectivamente, algo guardaba el interior de aquel esqueleto. Agudizando la mirada pudo ver lo que era: una piedra de cuarzo que reflejaba la luz de la vela. Era evidente que alguien lo había colocado allí en sustitución del corazón. Quedó intrigado con el significado que podía tener aquello, pero finalmente optó por descansar. Se sentía relajado y tranquilo en compañía de aquel esqueleto, a medida que pasaba el tiempo más a gusto se sentía allí.

- No hablas mucho, ¿eh? - preguntó tumbado en el suelo. Suspiró cada vez con más alivio.

De alguna manera el silencio de su acompañante sedaba sus fatigados nervios.
- Bueno, que descanses - dijo con una sonrisa irónica.
Realmente allí se encontraba bien, la compañía de aquel muerto hacía sentir tranquilo al difunto Juan . Durmió plácidamente. Mientras el interior del esqueleto reflejaba la luz de la vela con los diferentes colores del arco iris.

Escondido en su lugar favorito esperó Juan a que pasara el tiempo. Habían pasado varios días desde su estancia con el esqueleto y nada parecía haber cambiado . Seguía siendo bombardeado sistemáticamente por las voces, y aquella continua pugna entre lo que él creía ser y lo que le decían las voces se había convertido en una rutina para Valverde. No parecía existir nada más aparte de aquel duelo que realizaba en su interior.
Pasaba las horas pensando en qué podía haberle ocurrido. De algún modo, pensó, parece como si entes autónomos vivieran en mi interior, como si mi voluntad no consiguiera llenar todo lo que soy. Era justo reconocer que algunas de aquellas voces le elogiaban y le daban ánimos para que no cejara en su lucha, pero Juan era mucho más sensible a aquellas que le criticaban sin piedad. Cada vez que una de aquellas voces le insinuaba su condición de fracasado, el miedo se apoderaba de él.
Y era eso lo que Valverde experimentaba en su carne: el miedo. Un miedo tangible y real a su propio interior, miedo que provocaba que su cuerpo se encogiera y temiera el encuentro con cualquier otra persona que no fuera Shanila o Virsham. Había llegado a despreciarse a sí mismo en tal manera que comenzó a envidiar la suerte del resto de los hombres de la aldea. Envidiaba su seguridad, su ausencia de temor en la vida. El que siempre había pensado que ser un hombre normal era lo peor que podía ocurrirle ahora deseaba serlo una y otra vez.
Su obsesión se hizo mayor a medida que pasaban los días. Miraba de hurtadillas a los hombres y les envidiaba, esto provocó que en el pueblo comenzara a correr el rumor de que era homosexual. Al no sentirse plenamente hombre proyectaba en los demás su idea de virilidad, llegando a tal punto que comenzó a perder la noción de su propia identidad. Tenía miedo de sí mismo y quería escapar, la única salida que encontraba era parecerse al resto de los hombres de la comunidad.
Las voces comenzaron a afirmarle que realmente era homosexual, y que toda la búsqueda que había iniciado desde adolescente se resumía en aclarar simplemente dicha condición sexual. Juan se quedaba pasmado ante aquella posibilidad. Era absurdo dicho planteamiento, sin embargo cuando no estaba con Shanila el temor de no ser realmente un hombre le azotaba sin piedad. Sentía que toda su peregrinación quedaba caricaturizada, que su búsqueda de la divinidad era una simple tapadera para ocultar el simple hecho de su homosexualidad.
Así que trataba de huir de todo sitio concurrido. A solas con la vegetación y los animales sentía que el aire estaba vivo y que algo indefinible llenaba todo lo que veía, pero aquella sensación era borrada cada vez que aparecía un ser humano, en especial si era hombre.
- Virsham, ayudeme se lo ruego - le suplicó una tarde mientras trataba de evitar la mirada de todos los que pasaban por el camino del porche de la casa -. Estoy siendo atacado por algo que desconozco y no puedo con él.
El anciano le miró sorprendido, parecía no llegar a entender lo que quería decirle.

- ¿Qué es lo que ocurre, no te sientes a gusto con Shanila? - le respondió serio.
Valverde meneó la cabeza. Estaba tratando de decirle a aquel viejo que algo o alguien se había apoderado de su alma. Confesar aquello era confesar que todos sus conocimientos del alma humana que había adquirido en los libros no le servían de nada. Es más, afirmar el hecho de una posesión era retornar a una superstición absolutamente no científica. Una voz le dijo maricón, y Juan se sobresaltó dentro de su cuerpo. Literalmente se sentía en el infierno.
- Quiero salir de donde estoy, me he perdido y no puedo volver a hallarme. - respiró tratando de calmarse y continuó -. Usted me ha metido aquí, sáqueme se lo ruego.
El anciano meneó la cabeza negativamente y alzó las manos en señal de inocencia.
- Nadie te ha metido en tu interior, y eso es lo único que has hecho - le respondió lentamente.
Juan comenzó de nuevo a odiar a aquel anciano.
- ¿No es usted médico? - le preguntó herido -. Ayudeme a salir de aquí.
- Sólo tú puedes salir, ya te lo advertí - murmuró Virsham mientras comenzaba a tararear una melodía .
Valverde quedó callado tratando de ordenar sus pensamientos. Era evidente que había entrado en su inconsciente, en el mundo lleno de traumas y represiones que nunca salían a flote y condicionaban su comportamiento. Sin embargo, se dijo, ahora se ha convertido en mi dueño. Sonó una fuerte palmada y contempló al anciano que le miraba sonriente.
- Así es Shirkam - asintió complacido -. Ese es el amo que te domina, es el enemigo con el que tienes que enfrentarte, al que tienes que vencer. Es el que te esclaviza, el que nunca dejará que seas el hombre que tú eres en realidad.
Valverde no dijo nada, no le extrañaba que el anciano pareciese haberle adivinado de nuevo el pensamiento. Estaba más absorto ante la posibilidad de que aquello fuera verdad, que algo en su interior maligno y oscuro consiguiera dominar su existencia. Le resultaba infantil considerar aquella idea, pero no parecía encontrar ninguna mejor para explicar lo que le ocurría.
- Es el reino del Infierno - murmuró lentamente el anciano -. La encarnación del miedo que te sume en la ignorancia de tí mismo. Es el que captura las almas y las encadena en un mundo de sufrimiento y dolor.
El anciano suspiró largamente, parecía recordar tiempos pasados.
- Es el enemigo de nuestro clan Shirkam - continuó con los ojos cerrados -. Aquel al que todo miembro debe vencer por sí mismo. Así es la Ley.
Juan parpadeó confundido. Siempre había considerado que pensar en el Diablo era algo fruto de la superstición y el oscurantismo. Su rechazo al cristianismo le había hecho negar la existencia de éste, sin embargo ahora se encontraba atrapado como un mosca en la tela de la araña. No se sentía libre sino condenado y culpable por el simple hecho de existir.
- ¿Cómo voy a vencerle Virsham? - preguntó cansinamente -. Mientras más me enfrento con él más fuerte se hace, mientras más le niego más parece que habite en mi interior. Se está apoderando de mí, y cada vez siento más y más miedo a mi vida.
Quedó callado sintiendo el peso de todo aquello, para suspirar finalmente con una fuerte queja.
- Quisiera morir -sentenció resignado .
- Nunca le vencerás, no está en tu poder hacerlo - murmuró enigmático el anciano -. Es la

sombra que permite la luz, la mentira que da valor a la verdad, el mal que nos hace desear el bien, el miedo que exige el valor.

- ¿Quiere decir que siempre continuaré así, que no existe solución a esto?- pensamientos de muerte como liberación comenzaron a confirmarse en su mente .

- No Shirkam - le miró fijamente enseñándole la palma de su mano izquierda -. Así como están escritas en mi mano estas líneas, así todo tu ser queda escrito por el camino de la serpiente. No puedes vencer, pero sí puedes gobernar tu interior. Es una cuestión de voluntad, de poder.

- Yo quiero ese poder pero no lo consigo - se quejó infantilmente Juan -. No consigo liberarme de todas esas voces, me siento como poseído.

Virsham se tocó el lado del corazón y luego quedó callado e inmóvil. Valverde sintió que su nerviosismo se acrecentaba a medida que el tiempo pasaba sentado con el anciano en el porche. ¿Cómo era posible lo que le estaba ocurriendo? No podía aceptar que el mal existiese, que tuviese autonomía propia y que además viviese en su interior y se hubiera apoderado de su voluntad. Aquello resultaba tan infantil y primitivo que negaba todo lo que había creído hasta entonces.

- No puedo creer en lo que me dice Virsham - negó Juan encogiéndose al ver pasar a un hombre. Una voz surgió afirmándole que dejara de seguir interrogándose y aceptara que simplemente no era un hombre.

Cerró los ojos y trató de tranquilizarse haciendo un gran esfuerzo.Esto se debe a la sustancia que he ingerido, se repitió, me he vuelto loco por aquel veneno, esa es la explicación.

- Para subir hay que bajar Shirkam - le respondió el anciano encogiéndose de hombros -. Ahora vives en la negación de tí mismo, si consigues salir vivirás la afirmación. Es así de simple.

- ¿Pero cómo voy a luchar contra algo que no veo ni toco y sólo oigo? -respondió exasperado. Toda aquella situación se le antojaba a Juan como el mito del héroe que mata al monstruo, leyenda que tantas veces había leído en su juventud. Sin embargo lo que vivía carecía de romanticismo alguno.

- Tiene que haber algún remedio, algo que me permita volver a ser quien era - le dijo exasperado.

- Ese es tu problema - meneó cansinamente la cabeza el anciano -. Te lo vuelvo a repetir, ya no puedes ser el de antes, sólo te queda nacer a una nueva condición o perecer como hombre.

Quedó grave mirándole, no parecía mostrar compasión por el estado de Juan.

- Esto no es un juego Shirkam - susurró - No lo es.

Juan suspiró impotente. Pensó en la posibilidad de que todo aquello era cierto, que toda aquella mitología que había tantas veces leído se basara en hechos reales, de que realmente su vida estuviera pendiente de un hilo. Comenzó a llorar de impotencia, las lagrimas salían amargas, se sentía como un niño indefenso ante una realidad hostil y desconocida. Siguió llorando y llorando hasta que miró por los dedos de sus manos al anciano. Al instante cesó su llanto. Virsham había desaparecido.

Se levantó avergonzado de su comportamiento, se dió cuenta de que la gente le miraba y todavía se sintió peor. Las voces comenzaron a castigarle, a acusarle sin piedad. Ya no

conseguía distinguir de dónde procedían si del exterior o del interior. Todo era culpa, todo era insulto, todo estaba mal en la vida de un Juan que vacilante comenzó a recorrer el camino del pueblo rumbo al único lugar donde todavía era amado, allí con Shanila.

Recorría un laberinto oscuro y tortuoso por el que iba avanzando tembloroso. Algo trataba de convencerle de que la salida era aún peor que aquella travesía, que dejara su empeño de continuar.

Seres informes de manos heladas trataban de agarrale y convencerle de se quedara con ellos para hacerles compañía en su tenebroso encierro. Todo era negación, pura negación de belleza y verdad. Estaba en el infierno sin lugar a dudas, y allí dominando con un miedo oscuro y sin fundamento residía su enemigo.

Se despertó sudando y con un fuerte deseo de huir. Sabía lo que tenía que hacer e iba a hacerlo sin más. Dió a un beso a Shanila y silencioso se vistió. Iba a enfrentarse de una vez por todas a su enemigo. Pasó como un espectro por el pueblo mientras oía los cuchicheos de la gente. Ya nada importaba, era él o su aniquilación.

El día comenzó a clarear y el sonido de la selva comenzó a alternar el sonido de la noche por el de la mañana . Llegó a la cabaña, reptó por el túnel y salió a la oscuridad de su interior. Encendió el mechero y comenzó a animar las brasas. Lentamente se desnudó y echó las hierbas de la serpiente. El humo comenzó de nuevo a llenar aquel lugar donde Juan había quedado marcado. Inspiró fuertemente y se aprestó a enfrentarse contra lo que fuera que le esclavizaba.

Decidido siguió el camino del laberinto, el reino de aquel Verdugo del alma humana. Buscaba a aquel que engendraba la enfermedad insidiosa de su interior, el que negaba toda posibilidad del espíritu, toda armonía en su existencia.

Y miró a la cara a aquel que es de Alas Cortadas, el que niega todo vuelo libre del ser humano. Y vió que eran muchos, tantos que no podía configurarlos en una sola identidad.

- ¿Qué quieres de mí? - susurró Valverde a las penumbras de su interior .

- Que niegues, que aceptes, que abandones - oyó las voces que le aconsejaban .

- Tú eres la ignorancia del espíritu - acusó Juan .

Al instante se hizo el silencio como si nada hubiera existido antes. Valverde agachó la cabeza sonriente, sabía contra quién se enfrentaba. Podía estar loco pero existía un enemigo en su existencia que era tan real como él mismo quisiera hacerlo. Se alimentaba de su vida, de su fuerza, de su voluntad; se nutría de cada negación que cometía, de cada olvido de sí mismo.

- Sólo vives en mi mente, sólo eres la negación de mi afirmación - siguió Valverde impertérrito hablando al aire envuelto en humo .

El humo llenó pronto la estancia, de nuevo los poros de su piel se sumaron al veneno del aire. Respiró fuerte y decidido y el trance aumentó de intensidad. Juan comenzó a sentir que se desdoblaba, que perdía la idea de la unidad de su identidad para percibir que era varios.

Percibió que era un ser hecho a imagen y semejanza de su época, un ser hecho a imagen y semejanza de las personas que había conocido, un ser hecho de múltiples formas y maneras mantenidas precariamente por un nombre. Era su propia dispersión la que permitía

el asalto del Negador, era su propia ignorancia la que permitía el engaño del Falso que no es, era su propio temor el que permitía la crítica de su intelecto formado por una ideología cualquiera a su ser innato.

Supo que en su corazón se guardaba una llama viva, fortaleza de su pura identidad. El existía pese a todas las cosas, pese a la idea que tuviese de sí mismo, pese a la idea que tuviesen los demás de él mismo. Frente a todas las cosas él existía. En su interior un ser alado respiraba los cielos de la libertad.

Tenía que decidir quién era su Señor. Si el Alado o el Caído, si la Vida o la Muerte. ¡Qué sencilla resultaba la existencia, pues sólo pedía una decisión firme y constante.! Y al saberlo se dió cuenta de la dificultad real que entrañaba. Los mitos de su juventud sobre héroes, magos y conocimientos secretos se desvanecían ante el choque de la existencia real de la divinidad. No eran cuentos, sino palabras que aludían a una realidad interior perenne en el alma humana.

Sonrió ante la existencia del obstáculo en el camino hacia la luz, ante el hecho de la presencia real del Tentador, de aquel astuto enemigo que sabía atacarle en su debilidad y ajusticiarle con el lento dolor del Verdugo mientras él se retorcía en su culpabilidad; sonrió ante aquel Diablo que le encadenaba y condenaba su libertad de hombre.

Y empezó el ataque. Lenta pero sistemáticamente comenzó a dudar de sí mismo y no supo dónde buscar su confianza. Comenzó a tener miedo y éste se hizo gradualmente mayor a medida que lo iba percibiendo.¡Que sencillo era el mecanismo y sin embargo qué eficaz!. Las voces comenzaron a sonar de nuevo con jactancia, mostrando su invencibilidad. De su mente desapareció al instante la presencia del Alado.

Juan buscó aun más en su interior, y se sintió perdido en él. No sabía qué tenía que hallar por tanto no sabía cómo encontrarlo. De súbito una imagen apareció en su mente: el esqueleto de aquel hombre de gran poder. Allí, en el interior de aquel esqueleto estaba la respuesta.

-La luz del corazón - comenzó a repetir delirante Valverde -, el corazón refleja la luz del espíritu. Siguió repitiéndolo una y otra vez hasta que una visión se apoderó de él.

Se encontraba ante las grandes puertas de un castillo de luz, y al abrirse éstas lentamente comenzó a vislumbrar su interior. En él habitaba una llama de luz que todo lo inundaba. Era un ser vivo, un ser que no era él.

Se dió cuenta de su error. En su interior había albergado el deseo de ser un dios, un ser al que nada afectase las circunstancias de la vida. Quería escapar de las dificultades de la existencia negándolas, tratando de olvidarlas. Y cuando aparecían se envolvía en un estado de angustia que le hacía llorar para que desaparecieran de su percepción. Deseaba volar libre de este mundo, ajeno a todo como el niño que quería no dejar de ser.

Era él mismo el que negaba su virilidad, su aceptación madura de la lucha constante contra el miedo como animal que era. Sólo la afirmación de su fortaleza podía vencer a su debilidad, sólo la afirmación de su verdad podía acabar con su falsedad. Sólo el hombre con el no-hombre.

- No eres nada por tí mismo - susurró Valverde -. Sin mi temor hacia tí nada puedes hacerme.

Supo entonces que cada vez que vacilara aquella negación haría presa en él. Que mientras

más fuerte se hiciera su afirmación más lo sería su contrario. Entonces Juan recordó a Jesús el Nazareno. Y le comprendió.

Apagó las brasas, se vistió y comenzó a reptar hacia el exterior. Allí quedó extasiado mirando lo que existía a su alrededor. Sintió la tierra viva, como una fuerza que le atraía y un impulso interior que le hacía levantarse y aspirar hacia la altura. Quedó erguido, balanceándose con sus pies y comprendió la lucha que tenía que hacer por ese simple hecho que tanto cientos de miles de años había costado a su especie.

Algo en su interior le incitaba a erguirse, a no dejarse atrapar por el enorme peso que resultaba su cuerpo. Miró a los arboles y intuyó que poseían una sabiduría verde e inmóvil. Agarrados con fuerza a la tierra y poderosamente erguidos ante la luz del cielo le contemplaban inmóviles desde su viejo sueño. Los pájaros comenzaron a cantar y volar alrededor de Valverde, e intuyó la sabiduría alada. Libertad soñada para el animal terrestre que él era.

Oyó un silbido y miró hacia su origen. Era Virsham que le saludaba con la mano. El anciano se fue acercando lentamente a Juan, que seguía absorto en su éxtasis. Cuando llegó ante él le miró con curiosidad y con un sonrisa burlona meneó la cabeza.

- Bueno, ya que estás en ese estado aprovecharemos para hacer una visita - le dijo sonriente -. Acompañame.

Comenzaron a andar por un sendero que llevaba a una aldea cercana. Valverde se sentía con los sentidos multiplicados varias veces, podía oler y escuchar con precisión, pero su visión se hacía confusa a veces. No conseguía coordinar con precisión sus movimientos, dándole el aspecto de un hombre borracho.

Llegaron a la aldea y se aproximaron a una de sus casas. Fuera aguardaban dos hombres y una mujer con semblante grave y preocupado. El anciano les saludó y les interrogó algo. Valverde mientras tanto trataba de ignorar su presencia y la insistente mirada de uno de los hombres a su frente donde se hallaba dibujado el circulo negro. Virsham le indicó que le acompañara dentro de la casa y nada más hacerlo Juan sintió un extraño temor en su pecho. El ambiente parecía denso, impregnado de algo sucio y deprimente.

El anciano se encaminó a una habitación donde encontraron a un hombre tumbado en una cama. Al verles se acurrucó encogido, tenía todo el aspecto de ser un loco poseído por un terrible enfermedad. Se quedó mirando con una extraña expresión a Valverde.

Este sintió que se hundía la tierra bajo sus pies, notaba algo en el aire que le hacía sentirse confundido, una sensación de irrealidad que se apoderaba de su mente y no le dejaba centrarse. Parpadeó confundido, y una sensación de debilidad comenzó a inundarle.

- Te está cazando - oyó a Virsham -. Te está contagiando de su mal. Sal de aquí.

Valverde salió de la casa aturdido y confundido, las voces comenzaron a surgir y rechinando los dientes trató de serenarse. No sabía por qué pero aquel hombre le había producido miedo, le había hecho recordar su propio temor.

Al rato salió el anciano y comentó algo a los familiares del enfermo. Luego agarró el brazo del aturdido Juan y comenzaron el camino de regreso.

- Como ves no es tan fácil - le dijo con una sonrisa picara -. No hay que tener grietas y tú las tienes.

Valverde asintió confundido. Sentía miedo de sí mismo, había vuelto a caer en el circulo vicioso de sus voces.

- Sólo estás dentro del monstruo, eres como el gusano que saldrá del capullo con las alas de su libertad - se detuvo en el camino Virsham mirándole fijamente -. No creas en todo lo que te ocurre, porque es fugaz. Mientras más te resistas, más tardarás en morir.

Juan siguió asintiendo confundido. No entendía cómo podía pasar de una convicción profunda a un estado de duda como aquel de una manera tan rápida. No sabía en esos momentos qué era la verdad, si lo que había sentido en la cabaña o lo que sentía ahora. Comenzó a temblar involuntariamente, no conseguía dominarse a sí mismo, se sentía un simple juguete de fuerzas superiores a él. Cerró los ojos y se juró no continuar así, no continuar siendo una marioneta de aquellos hilos invisibles que le levantaban y bajaban sin control alguno por su parte.

- Has atravesado la puerta vigilada por el guardián - sonó la voz susurrante de Virsham -. Ahora sabes que debes despojarte de lo que eres, que para seguir caminando tienes que adquirir un nuevo ser.

Juan miró al anciano que, sentado en tierra, le miraba sonriente. Se sentó también en actitud humilde, sentía que había cruzado una frontera en su vida sin conocimiento de su existencia, que había entrado en un reino desconocido para él.

- Es el momento de que pidas el acceso al arte del poder - murmuró el anciano .

- ¿Qué quiere decir, creía que había entrado ya en ello? - respondió extrañado Valverde.

- No, sólo has experimentado la existencia de las fuerzas de tu interior - aclaró el curandero-. Has entrado en el conocimiento de la realidad de un mundo, pero te hallas débil e indefenso ante él. Ahora sabes que la vida es lucha, y has reconocido a los participantes.

- Sí, es cierto - saltó asombrado Juan -. ¿Cómo sabe esto si nada le he dicho?

El anciano le señaló los ojos y en silencio comenzó a mirarle de manera extraña.

- No posees el saber de la lucha. No sólo necesitas el poder de la medicina - enfatizó el viejo - necesitas la sabiduría para aplicar ese poder.

Valverde asintió convencido. Era cierto, había sentido muchas cosas en su interior, pero no conseguía sacar nada en claro de ello. Necesitaba un método que le permitiera encauzar las fuerzas que comenzaban a despertar en él y que no conseguía dominar.

- ¿Y qué tengo que hacer? - preguntó intrigado .

- El que está arriba debes bajarlo, el que está abajo debes subirlo - le respondió enigmático- Debes invertir la corriente que ahora te hace sufrir.

- No acabo de entenderle- murmuró confundido.

- Cuando vas arriba vas muy arriba, cuando vas abajo vas muy abajo. Eso no es sabio, careces de equilibrio- le respondió meneando la cabeza -. El que tiene alas debe saber descender, el que tiene pies debe saber ascender. Si no es así no conseguirás nada. Lo importante en nuestro oficio es que sea útil y valioso lo que hacemos, que podamos ser un puente entre el Cielo y la Tierra.

Juan parpadeó confundido. Nunca había planteado su búsqueda para que tuviera un resultado efectivo en la comunidad, sino para que confirmara sus propios sueños de liberación de la condición humana. Ahora se encontraba con la posibilidad de que realmente hubiera encontrado un camino hacia ese conocimiento oculto tan deseado, y éste se le mostraba como un simple oficio más dentro del pueblo de Virsham.

- ¿Cuando aprenderé todo lo que usted me dice? Usted sabe muchas cosas pero hasta ahora he aprendido bien poco - dijo con impaciencia. Deseaba poder acabar de una vez por todas con aquella angustia que no le dejaba vivir.

El viejo murmuró algo para sí mismo y perdió su mirada en el horizonte.

- Tienes que morir para que aquel que muera sea abono del que nazca. - le respondió encogiéndose de hombros-. Eso no es cosa mía, sino del Dueño del Poder. El decide el momento en que un hombre puede salir de su encierro,

- ¿Quiere decir que estoy a merced de algo superior a mí que me dirige? - aquello irritaba al moderno Juan hecho a imagen y semejanza del hombre contemporáneo .

Virsham miró el sol y se levantó ágilmente.

- Aún tenemos tiempo antes de volver a nuestras casas - le dijo cortando la conversación- Te enseñaré lo que quiero decirte.

Retornaron al pueblo y se detuvieron un momento en la casa del anciano. Salió con dos cuerdas y le dió una a Juan. Le indicó que le siguiera y comenzaron a andar camino hacia el río. Allí se detuvieron en su orilla.

- Siéntate Shirkam - le ordenó secamente .

El joven se sentó expectante, le divertía el aire dramático que su suegro daba a sus demostraciones. El anciano se sentó y se quedó contemplando el fluir del agua durante un rato.

- ¿Como harías para pasar al otro lado? - murmuró sin apartar la mirada del río.

Juan quedó sorprendido por la pregunta, no sabía adónde quería ir a parar.

- Bueno, buscaría un lugar fácil para atravesarlo - respondió sin pensar.

El anciano asintió sonriendo.

- ¿Y si no fuera posible, si el río fuera ancho y caudaloso, tanto que fuera imposible atravesarlo sin peligro de morir? - le insinuó .

- Cruzaría por un puente - respondió sonriente como un niño .

- Exacto -afirmó con una mirada picara en sus ojos.- ¿Y si ese río no tuviera puente?

- Tendría que construirlo - se encogió de hombros Juan. Seguía sin entender al anciano.

Virsham cogió su cuerda y sin decir palabra se marchó haciéndole un gesto para que se quedara allí. Pasó un rato hasta que sonó un silbido penetrante. Intrigado miró buscando su procedencia. Parecía venir del otro lado de la orilla. Al segundo silbido consiguió distinguir su fuente: era Virsham que, desde el otro lado, le saludaba con la mano y le hacía gestos para que se acercara a la orilla.

- Coge la cuerda - le gritó mientras la lanzaba con fuerza .

Juan recogió el cabo y se quedó expectante mirando cómo el anciano le indicaba con gestos que la atara a un árbol. Así lo hizo y la cuerda quedó tirante.

- Tirame la tuya - le volvió a gritar.

Así lo hizo Valverde, en el momento en que el anciano agarró la cuerda y la tensó supo qué significado tenía aquella lección. Ahora entendía lo que había querido explicarle hacía un rato, un puente sólo podía hacerse si desde cada orilla había voluntad de unión.

Se quedó reflexionando sobre las consecuencias de todo aquello hasta que volvió a aparecer Virsham con una sonrisa de oreja a oreja. Parecía muy contento de lo ocurrido. Dió una palmada y comenzó a entonar una canción. Juan le miraba absorto en sus pensamientos.

- Tú has tirado tu cuerda Shirkam - le interrumpió bruscamente el anciano -. Tienes que

tener confianza en que al otro lado de la orilla la han recogido.

Juan asintió lentamente, y comenzó a enrollar las cuerdas.

- Dígame una cosa Virsham - preguntó en voz baja- ¿Cuando desde el otro lado me tiraran la cuerda?

El anciano se le quedó mirando con una expresión extraña, como si no entendiera la pregunta. Al fin suspiró y se encogió de hombros.

- Al Espíritu le gusta hablar misteriosamente - meneó la cabeza pensativo .

Aspiró lentamente el humo de la estancia, el olor de aquellas hierbas comenzaba a agradar a Valverde. Le recordaba algo onírico, procedente de sus más profundos sueños. No había conseguido aún retirar las voces de su mente, pero poco a poco comenzaba a situar el origen de las mismas. En esta ocasión quería ir más hondo, penetrar en el mecanismo central de su angustia.

Había descubierto algo importante: siempre había vivido encogido, asustado como un animal acurrucado en su madriguera cuya única salida era la ensoñación. Había pasado la mayor parte de su vida encerrado entre libros que le prometían el acceso a un saber que le permitiría ser otro; imaginando medio dormido en la cama que sus deseos se hacían realidad sin esfuerzo. Y siempre dominado por una sensación sorda, ciega y muda que le hacía sentir confundido y temeroso de la realidad.

Juan había descubierto que era un cobarde, que siempre andaba por el mundo asustado y que su mayor aspiración era el no tener que enfrentarse a su propia vida. No sabía por qué, y con ello había tenido que vivir todo el tiempo. Se concentró y pudo sentir el miedo que encarnaba su cuerpo. Agarró aquella sensación y decidido extendió las alas de su inteligencia.

Sintió que el mundo era dolor desde el origen, tal era su nombre. Desengaño desde el principio. Había nacido en una realidad que continuamente daba muestras de ello. Recordó qué era flotar libremente en las cálidas aguas de la madre para luego comenzar un lento calvario. Un camino en el que medida que crecía mayor opresión sentía, teniendo poco a poco que aprender a acurrucarse en posición fetal.

Esa prisión se hacía cada vez más y más agobiante, sin posibilidad de escape, hasta que un día el mundo que él conocía tembló. Sintió que era expulsado de allí y que una luz brillante aparecía tras un túnel estrecho y difícil.

Y fue tal el deseo de encaminarse hacia aquella luz, que le sugería la libertad de su encierro, que dió media vuelta y encajó su cabeza en ese túnel. Quería ir allí, más allá de aquel lugar en el que aunque era satisfecho de todas sus necesidades le impedía el libre crecimiento que en su interior surgía natural y simple.

Luchó por salir de allí, y fuertes oscilaciones, como olas de tempestad, le empujaron por ese camino. Y entonces vino el dolor, el sentir la opresión en la cabeza y después en todo el cuerpo. Aquella situación era peor que su antigua estancia oprimida, pero sentía que su mundo anterior había dejado de existir, que aquel momento era sagrado para él en cuanto marcaba en su carne una experiencia fundamental en su existencia.

Sintió que se deslizaba como una serpiente por aquel caliente y carnal conducto. Pronto dejó de ver la luz y su rostro fue aprisionado por aquel túnel impidiéndolo todo sonido y toda visión. Sintió dolor como fuego que abrasaba sus nervios haciéndole sentir el deseo de

escapar de aquello y con esto una nueva sensación se apoderó de su virgen alma y quedó grabada en sus delicados nervios que tiernamente hasta ahora habían sido preservados de toda sensación hostil.

Supo que esa sensación en su existencia sería su enemiga, porque era la respuesta que le dominaba provocada por aquel sentir hecho de rayos que le impedían atender a algo más que su presencia. Su nombre era Miedo y su responsable Dolor, y aquellas iban a ser las cadenas que impedirían siempre su libertad.

Valverde se encogió y aulló de furia. Comenzó a maldecir el primer día de su nacimiento y el trato que el mundo le había otorgado desde entonces. Pues desde el principio el mundo se había comportado con dolor y miedo en su existencia. Desde el primer cachete que le hizo sentir dolor al respirar por la brutalidad del cambio de condición, hasta sus noches frías sin alimento y soledad atrapado por toscas ropas que le irritaban su delicada y nerviosa piel.

Detestó su nacimiento a un mundo en el que a medida que crecía lo que creía verdad se hacía mentira, donde los héroes de su infancia no existían y los malos eran los amos del cuento. Un mundo que llamaban adulto por su inversión del mundo infantil. Renegó de aquella falsedad original, de aquella justificación que permitía que el mundo humano fuera una pesadilla.

El nunca había querido crecer socialmente, sino naturalmente. Allí radicaba su error cara a su entorno, porque había seguido creyendo en los soportes del mundo infantil, en la existencia de la magia y la divinidad que embrujaban la realidad con belleza y bondad. No había dejado de creer en el axioma que afirma que los buenos siempre ganan, y que en los momentos más apurados reciben ayuda de un dios. En el mundo infantil la verdad siempre prevalecía ante las enormes maquinaciones de la mentira.

Y recordó de pronto su tierra natal, Sevilla. Los cuentos que los mayores le habían dado de niño surgieron frescos y poderosos por ser los primeros, y la diferencia que existía entre el decir y el hacer de los mayores se hizo patente en su memoria. Nunca había comprendido aquel comportamiento que poco a poco notaba que se extendía a su alrededor a medida que crecía. En una conducta basada en la negación de todo aquello que era bueno en el mundo infantil, en la idea básica de que mientras menos niño eras y más adulto mayor posibilidad de supervivencia poseías.

Sí, había que aprender la mentira, el engaño, la traición, el olvido del espíritu, de la magia y la poesía que dominaba el mundo. Había que provocar miedo y dolor a los demás, y mientras más pudieras hacerlo más éxito tendrías. Juan desde niño se había negado a ser malo, y sufría por el trato vejatorio que esgrimían todos aquellos que podían negar la esencia de los cuentos que es el sueño. Juan siempre había sido un soñador, así era él, de ahí su resistencia a negar que la realidad era un cuento de príncipes y princesas.

Por tanto aquel mundo que era real y el único que conocía se había basado en la existencia del dolor, de aquella sensación *mala* en su interior. El miedo, escrito por sucesivas experiencias desagradables, se había instalado en él hasta formar una segunda naturaleza en su ser innato. No era él por derecho el ser que castigaba aquel impulso innato de encontrar la divinidad sino una identidad surgida por el deber de vivir en un mundo que poseía el dolor. Una personalidad castigada tantas y tantas veces que había adoptado un estilo de evitación de estímulos para sobrevivir.

Sí, ante la sobrecogedora presencia de tantos y tantos estímulos negativos desde el primer

día de su nacimiento había creado una segunda capa en su ser. Una identidad que le permitiese esconderse de la información exterior que invariablemente traía dolor. Por eso Miedo, el ser sin alas que vivía oculto en las profundidades subterráneas de su conciencia, era su dueño. Juan se retiraba a su reino, basado en las tinieblas de la ignorancia de la realidad, y dejaba que le encadenase impidiéndole vivir su vida en libertad. Era preferible vivir en aquella prisión que salir al mundo del que siempre uno volvía con dolor en alma.

Valverde suspiró agotado, ahora entendía lo que quería decirle Virsham con la muerte. Tenía que matar a aquella segunda naturaleza que oprimía su cuerpo, que le hacía tener siempre presente la existencia del dolor como garantía de su supervivencia. El no había nacido para ser esclavo de nadie, y aquella esclavitud madre de todas las esclavitudes tenía que ser abolida en su interior.

Por miedo al castigo evitaba toda acción, incluida la acción que podía traerle simplemente la presencia de lo positivo o su mera ausencia, y no un castigo. Entendió entonces que éxito y fracaso eran términos relativos sólo atribuibles a la obtención o no de la recompensa deseada. Nada más había en juego, sólo eso. Miedo, en su deseo de tenerle inmovilizado, le había hecho asociar fracaso con castigo. De ahí procedía su aversión a la acción instrumental, a la acción que buscase provocar un efecto deseado en su ambiente . Era preferible no intentar ningún acto que exponerse al dolor, a ese tan temido desengaño que le haría hundirse arrepentido en los dominios del Caído sufriendo las voces de la culpa.

Comprendió el origen de su desaliento, de su sentimiento de derrota que le impedía mantenerse firme en sus propósitos. Cuando trataba de reconocerse se identificaba con aquella identidad fruto del condicionamiento del dolor y el desengaño. Era ella la que le insinuaba que siguiese el camino establecido por su época, que evitase cualquier tipo de movimiento original y se adaptase a los criterios vigentes en el momento de su sociedad. Temeroso de la realidad prefería sumergirse en una visión de la realidad, en una ideología que le habían transmitido sus mayores y que mantenían mediante el acceso al reconocimiento público, éxito; o el olvido y el rechazo social, el fracaso.

Juan sonrió ante aquella lucha que había mantenido durante tantos años. Por un lado su identidad innata, su ser natural que anhelaba la libertad y el sentido que el Universo le otorgaba por haber nacido; por otro su identidad civilizada, su personalidad que deseaba ser aceptada mediante la sumisión al credo de su época y el sentido que proporcionaba. Comprendió su sentimiento de inferioridad ante el mundo en el que había vivido. El político, el millonario, el sacerdote, el científico, los garantes de la ideología contemporánea poseían todos los medios que su civilización otorgaba. Mantenían el orden ante la pasividad inerme de un pueblo sólo preocupado por su supervivencia. Supo que siempre había sido así, que su historia había sido repetida por hombres similares a él a lo largo del tiempo. Era la lucha más vieja del mundo, el canto más antiguo, el camino siempre andado. Sintió que era carne viva de un drama que tenía que personificar. Antes que él otros lo hicieron, después de él otros lo harían. No era la idea que tenía de sí mismo lo importante, sino la encarnación de aquella gesta, el logro de su autentica condición humana lo que realmente importaba.

Aceptó por fin que tenía que morir, que de nada le servía todo aquello que había aprendido cuya única motivación se basaba en ser aceptado y recompensado en el seno de su sociedad. Tenía que movilizar todo aquello que había dejado pasivo y arrinconado en su ser por miedo a desviarse de la norma. Con su muerte podía surgir la oportunidad de volver a nacer de nuevo

partiendo esta vez de su original condición, ajeno a las convenciones de una época, ajeno a la opinión normalizante, ajeno a todo aquello que había hecho de él un infeliz.

- Es hora de que conozcas un poder de nuestro clan Shirkam - sonó una voz a su espalda .

Valverde se giró sin sorpresa, había notado la presencia de alguien mirándole, pero había hecho caso omiso. Sabía que era amigo, y eso le bastaba para seguir centrado en su interior. Virsham sonrió mirando cómo giraba lentamente hacia atrás el intoxicado gigante procedente de otras tierras.

Juan dió un fuerte respingo lanzando un grito asustado. Entre los velos del humo de la estancia, débilmente iluminada por las brasas, un ser rojo y cornudo le contemplaba. Se levantó aturdido por el efecto del veneno, y la realidad se transformó a sus ojos en el infierno. Ante él se encontraba el mismísimo demonio contemplándole sonriente con sus astados atributos.

Quedó suspendido en el tiempo absorto en la imagen de aquella presencia. De pronto vió cómo aquel ser cogía su cabeza y comenzaba a arrancársela. Asustado dió un nuevo paso hacia atrás para constatar atónito que aparecía una cabeza humana con el rostro de Virsham. Su cabeza se hallaba ataviada con un hermoso penacho de plumas de colores.

El anciano se quedó mirando fijamente al joven.

- Siéntate Shirkam - le indicó con un gesto de su mano .

Obediente así lo hizo mientras seguía mirando fascinado el cuerpo pintado de rojo del anciano.

- Te hablaré de un fundador de nuestro clan - dijo seriamente.

Quedó en silencio un instante y comenzó a palmear sus manos cantando inaudíblemente mirando las brasas. Suspiró profundamente y continuó .

- El fue el que nos enseñó el camino de la serpiente, de eso hace mucho tiempo - dijo con voz susurrante - Hubo una época en que nuestro pueblo era desdichado porque había perdido la conexión con el espíritu. Eso hizo que muchos de los nuestros enfermaran sin causa física aparente. Ninguna herida había en su cuerpo, y sin embargo se quejaban de un dolor que no sabían de dónde surgía. Algo les ocurría que los ojos del cuerpo no podían detectar y que les hacía muy infelices, algo que les robaba las fuerzas de sus vidas.

Virsham quedó abstraído mirando las brasas dejándose impregnar por el calor que emitían. La luz jugaba con las plumas de colores generando hipnóticos reflejos. Este se dijo algo y dando una palmada continuó.

- Un día un grupo de personas acamparon cerca de nuestro pueblo - hizo una pausa y pareció sonreír -. Cantaban y danzaban alegremente desnudos rodeando a un gigante que iba montado en un toro. Todos quedaron muy sorprendidos ante semejante visión, y sobre todo por lo que escuchaban. La música era algo realmente extraño para nuestro pueblo por aquel entonces.

El viejo hizo una pausa mirando de reojo a Valverde.

- Aquel gigante mandó unos mensajeros para invitarlos aquella noche - continuó -. Sorprendidos ante la desnudez de aquellos hombres y mujeres muchos se negaron a visitar el campamento, pero otros más atrevidos lo hicieron. Allí , entre cantos y danzas, se les ofreció un líquido rojo que embriagó sus sentidos de tal manera que perdieron toda referencia de sí mismos y participaron de la fiesta presidida por la luz de la Luna y las estrellas..

Sonrió mirando a Juan y prosiguió bajando aún más la voz.

- Entre aquellos que fueron a visitarles se encontraba un hombre que buscaba la sabiduría. El gigante le invitó a que siguiera su camino junto a su cortejo, y él aceptó porque se enamoró de una de las mujeres que le acompañaban. Fue así de sencillo.

Miró pícaramente a Valverde y continuó.

- Aquel hombre volvió tras años a nuestro pueblo tan cambiado que nadie consiguió reconocerle. Fue el que construyó la casa, y también fue él quien inició al que era apropiado en el camino del veneno. Hablaba con los animales y las plantas, y de éstas obtuvo la medicina que curó a nuestro pueblo de los males que le afligían.

Sonrió y se quedó mirando fijamente los ojos de Juan.

- Ahora te enseñaré la señal de nuestro clan - susurró levantándose-. Aquello que nos hace ser los hombres del Poder, aquello que nos da el valor para continuar luchando.

Virsham hasta aquel momento había hablado con la mano derecha colocada en su pecho. Inclinó su cabeza y se quedó mirando el dorso de su mano. Sonrió suavemente y fue retirando la mano con lentitud, como si dentro guardara algo muy valioso.

Juan parpadeó tratando de distinguir lo que le mostraba. El hechicero inclinó su cabeza emplumada y se quedó con la mirada fija en su pecho. Valverde, ante aquella muda invitación, trató de distinguir entre la luz de las brasas aquello que miraba Virsham. Pero algo, como una pared invisible, le impedía captarlo. Su mente insistía en mantenerse con la imagen anterior del rojo astado.

De pronto algo se movió en su interior, como si cambiara de nivel de percepción, y una imagen apareció por fin ante sus ojos. Era un corazón verde rodeado por un aura dorada cuya luz surgía de una chispa en su interior.

Virsham levantó la cabeza y las plumas parecieron aletear. Extendió sus brazos y le sonrió.

- Guardalo y él te guardara a tí - murmuró el hombre encarnado de corona de plumas.

El anciano se sentó y comenzó a entonar su canción inaudible. Luego hizo un dibujo en la tierra y lo señaló con el dedo a Juan para que lo contemplara.

Allí, dibujada en la tierra se veía una vara recta rodeada por dos trazos sinuosos similares a serpientes. Valverde dió un respingo reconociendo aquel dibujo. Era el caduceo de Hermes, el símbolo de la medicina.

- Una es fría, otra caliente; una fija, otra moviliza - susurró el anciano -. Sólo alcanzando tu rectitud podrás obtener el dominio de estas fuerzas.

Levantó un dedo hacia el cielo y miró hacia arriba. Luego volvió a dibujar algo en la tierra. Eran alas que surgían de la vara. El anciano puso la mano derecha sobre el suelo e imprimió su huella a lado de aquel dibujo. Allí estaba el símbolo ancestral.

Comenzaron a hablar del oficio.

Allí estaba ella, como siempre, lavando en la orilla del río. Sintió cómo el aire se impregnaba de hechizo ante su visión, invisibles seres alados rodeaban su presencia. Valverde suspiró sentado oculto en la vegetación. Se sentía feliz sabiendo que Shanila existía, porque ahora sabía que ella formaba parte de su destino, que toda su lucha había tenido siempre el soporte de su presencia. Había sido ella la que le había plantado en aquella isla, había sido su amor el que le había dado el calor para soportar el helado miedo de su oscuridad.

Shanila, siempre ella en el fondo, la que le había dado fuerzas para continuar, la que había

ofrecido su calor animal para resistir las acechanzas de su enfermedad. La mujer que le había amado sin más, por ser él mismo, dándole el hilo que le había permitido perderse entre los sinuosos recorridos del laberinto.

Ella era la luz en su viaje a la oscuridad, ella la que le aguardaba mientras él buscaba el secreto de su ser en la caverna de su inconsciente. Como hombre se había atrevido a penetrar en un territorio desconocido, considerados para él como del sueño o la locura.

Y mientras allí estaba Shanila, esperándole cada noche sin pedirle nada a cambio. Con su fe puesta en él, con su destino unido a él. Sin más, porque así era su amor.

Hechicera de sus sentidos embriagados en la belleza de su cuerpo, ella había sido la encarnación de la bailarina de aquella noche de iniciación. Supo que su destino había comenzado a rodar desde el inicio en que esos ojos oscuros cruzaron su vida, que la magia había aparecido en su vida inspirada por la visión de aquella mujer.

¿Cómo amarla, cómo darle las gracias por todo el bien que le había dado en su vida? Sólo podía ofrecerle una cosa: su amor fiel y constante.

Con ella había escapado del mundo que oprimía su corazón, con ella su mundo estallaba noche tras noche. Se dió cuenta del mal que aquellas voces buscaban en su vida, lenguas malignas que un hombre nunca debía prestar oído. ¡Cuantas veces había creído que Shanila era su perdición en vez de su bendición!. Supo que el engaño trae el dolor, y que éste lleva de nuevo a la mentira. Aquel hombre caído en su desesperación tenía ahora que erguirse y mostrar su natural dignidad, la salud de su alma, la verdad de su corazón.

Todo el camino que había recorrido lo había hecho sólo para encontrarse a sí mismo de vuelta, como en un espejo. Sabía en su propia carne el riesgo que era perder la firmeza, la perdida de referencia que provocaba la escisión de su identidad. Se había transformado en la semilla de otro hombre, en un futuro del que no había por qué escapar.

Allí, entre el discurrir del río vió su existencia reflejada. Un camino a recorrer natural como el mismo agua que llevaba en su cauce. Y allí, en su orilla, una mujer le aguardaba. Se levantó y se dirigió hacia su destino, hacia Shanila.

II

DESDE

LA OSCURIDAD DE LA CARNE

Mistes (El Iniciado)

Y yo le digo, le digo, y digo.

5.

La Vara

¡Cómo le hubiera gustado a Juan habitar en el mundo ideal, en un mundo donde no tuviera que luchar contra la enfermedad del alma!. Instalado en su mundo sin salida soñaba con el mundo como debería ser, y rechazaba al mundo tal como era.

Sentado junto con Virsham se movía inquieto, apretando las manos nervioso. Sentía que no era el mismo y que todo un mundo por construir le esperaba. Habían hablado aquellos días sobre el oficio del clan, Valverde todavía no se planteaba la responsabilidad que iba adquiriendo a medida que iba ganando en conocimiento. Le había preguntado al anciano si era posible ser curado del mal del alma y no por ello ser uno curandero.

- Sí, por supuesto que es posible - asintió sonriente -. De hecho en eso consiste mi oficio, en curar del mal.

- No he conseguido explicarme - aclaró nervioso- quiero decir si un hombre puede conocer los secretos de la medicina y no ejercerla.

Virsham le miró fijamente de manera extraña, murmuró algo incomprensible y suspiró con fastidio.

- Creo que no has entendido la naturaleza de nuestro oficio - le respondió pensativo .

- Bueno, creo que sí. Es la búsqueda del poder de sanación - afirmó solemne Juan .

- ¿Y en qué crees que consiste ese poder Shirkam? - susurró el anciano balanceándose lentamente adelante y atrás .

Juan parpadeó confundido. En su mente se atropellaron cientos de ideas distintas derivadas de sus múltiples lecturas. El fondo de ellas era un no sé qué mágico que nadie conocía personalmente.

- No lo sé Virsham - se sinceró -. Antes creía que era un saber que te evitaba tener que sufrir el mundo, la obtención de un poder que permitiese que tus deseos se hicieran realidad.

Juan suspiró cansado. Nada de lo que había vivido en su carne se parecía a las ideas que había adquirido a lo largo de años de estudio fuese ortodoxo o heterodoxo.

- Supongo que era el deseo de que mis sueños de infancia se hicieran realidad. - continuó gravemente -. Comienzo a pensar que no es así.

- Tú lo has dicho - le respondió el anciano -. El poder de la medicina es algo que todos en nuestro pueblo desean, sólo unos pocos pueden poseer las cualidades apropiadas en tal

manera que pueda convertirlo en un arte.

- ¿Qué quiere decir? - respondió intrigado .

El anciano palmeó y le miró sonriente.

- El oficio de nuestro clan es el arte de vincularse con el espíritu, y el poder que podamos transmitir no es más que el que nos otorgue el Dueño del Poder.

- ¿Pero usted realmente cree en espíritus? - le preguntó extrañado el civilizado Juan .

- ¿De donde crees que viene la luz que alumbra la oscuridad de nuestro ser? - le respondió rápido y severo-. Es el Dueño el que decide nuestro destino, es El quien nos alumbra el camino.

Juan se sintió falso escuchando a aquel anciano. La idea que tenía él de la curación era moderna, poseía una explicación científica basada en sus estudios de psicología. No podía aceptar que la curación dependiese de algo más que de un correcto conocimiento científico y la motivación del paciente por curarse. En sus conocimientos de la mente humana no entraba el espíritu como objeto de investigación, de hecho era un tabú para sus estudios científicos.

- Usted habla de algo religioso, no de medicina - sentenció el intelectual Juan .

- No consigo comprender lo que dices - meneó la cabeza el ignorante Virsham .

Valverde quedó callado un rato. Se dijo que no tenía que interferir con las creencias de aquel hombre, tratando de demostrarle los avances que el pensamiento civilizado había conseguido en el mundo.

- Fue el viento de poder el que te trajo aquí, fue la Dueña la que dispuso tu venida- dijo el viejo médico -. ¿Por qué niegas lo evidente?

- No es evidente que exista el espíritu - rebatió dispuesto a una polémica ya vieja para él. ¡Cuantos años aquello había sido su tema de conversación y debate favorito!.

Virsham quedó sumido en un mutismo absoluto, parecía haber creado una barrera infranqueable entre él y Juan. Este comenzó a escuchar las voces al instante, apretó los dientes y tratando de decirse que sufría una alucinación pasajera. Comenzó a sentir irreal el lugar donde se encontraba, una angustia profunda se apoderaba lentamente de él.

- ¿A quien le debes lealtad Shirkam? - sonó una voz baja y áspera por los años-.Vives en un mundo de mentiras del cual yo no participo.

Juan comenzó a sentirse mal, tanto que el deseo de desaparecer iba creciendo y

creciendo en él. Sintió de nuevo la urgente necesidad de huir de allí, de la isla, volver al mundo que había dejado atrás.

- La dignidad viene de la verdad. Sólo eres víctima de tu debilidad - de nuevo sonó aquella voz que parecía proceder de la noche de los tiempos .

Sintió que se quebraba por dentro, que algo que quería salir durante años y años pugnaba por liberarse en su interior. Se sentía carcelero de su corazón.

- No sólo pereces en el mal, justificas no buscar el remedio. Eso es despreciable dos veces - susurró el anciano .

Valverde se contempló en su cobardía de nuevo. Intuía en lo más íntimo de sí mismo que sólo su fuerza le permitiría afirmar aquello que sentía como verdad.

- Acepta al Dueño en tu corazón Shirkam - le aconsejó el indígena - Deja que sea tu poder. Tu poder personal no es suficiente para curar.

Juan le miró fijamente. El anciano le miraba a su vez sonriente y comprensivo. Sintió que de nuevo allí estaba con él, aceptando su debilidad. Virsham se levantó y se tocó sus pies y su cabeza.

- Mira, éste es mi poder. Es el que me da mi vida - le dijo sonriente .

Se inclinó y tocó la tierra. Luego se levantó y señaló al cielo con su dedo índice.

- Este es el Gran Poder - indicó grave .

Se tocó el corazón con su mano derecha.

- Aquí es dónde se comunica con nosotros - le susurró mirándole con fijeza.

Se encogió de hombros y le mostró sus manos abiertas. La sencillez de su mensaje hizo callar a Valverde. El anciano volvió a sentarse inmóvil, quedando sumidos en un largo silencio.

- Los antepasados de nuestro clan así lo vivieron. Así se nos contó, así te lo cuento yo.- rompió el silencio Virsham -. Nada más puedo darte.

Fueron paseando tras almorzar. El anciano quería mostrarle algo. A medida que iban andando Valverde advirtió que el camino que estaban tomando les llevaría al cementerio. El atardecer teñía de cálidos colores la luz que se ofrecía a sus ojos.

- ¿Nunca te has preguntado la razón por la que te dejé aquí aquella noche?- le comentó señalándole el lugar donde yacía el esqueleto con el que había dormido.

Juan sintió un vuelco en su corazón, de alguna manera adivinaba la respuesta.

- Sin el alma de un antepasado no hay pase para acceder al siguiente peldaño - habló serenamente el anciano -. Ese hombre había poseído poder, de ahí que sus restos descansen de la manera que tú has visto.

Juan sintió un zumbido en su sien derecha, aquello le hacía sentirse en un serio peligro.

- ¿Qué está diciendo? - murmuró sabiendo la respuesta de antemano .

- Yo te apadriné aquí en la tierra, él allí en el cielo - dijo suavemente -. Yo te dí una mano para que vivieras entre nosotros, él para que vivieras entre espíritus.

El dolor en la sien comenzó a agudizarse, las voces comenzaron a atacar sin piedad.

- Bueno...- continuó Virsham absorto en sus pensamientos - en el fondo es una formalidad. Todo depende siempre de Ella.

Aturdido por aquellas palabras Juan comenzó a andar lentamente hacia la cabaña donde residía el esqueleto. Allí, entre los muertos, se hallaba un muerto con una piedra de luz en su corazón. Y allí se encontraba él, un hombre que era considerado muerto por los vivos, mirando fijamente los colores que desprendía el reflejo de la luz de la vela.

- Es el amigo del otro lado - sonó la voz de Virsham a sus espaldas -. Aquel que llevó la cuerda que tú lanzaste al Reino de Luz. El que vuela alto cuando tú estas tan bajo. El que te ayuda a renacer al mundo sagrado.

Juan asintió lentamente. Los muertos vivían, y allí radicaba todo el secreto. Poseído por la locura se había internado en un reino ajeno al mundo, había entrado en el interior de su alma para encontrar que más allá de todo lo que conocía existía una realidad de fuerzas desconocidas parar él hasta entonces.

Supo que comenzaba a ser un hombre diferente, sentía la verdad de la existencia sin más, sin necesidad de discurso. Su corazón no mentía.

- Ya te dije que para hacer el puente entre los dos mundos es necesario que exista alguien que sea de carne y alguien que sea de espíritu.

Valverde miró sonriente al anciano. Este le miraba con una sonrisa mal disimulada. Se sentía contento en aquel lugar, ante la presencia de aquel muerto. Suspiró irónico.

- Yo soy de carne - afirmó lentamente .

El anciano asintió con aire divertido.

- El es de espíritu. - continuó Juan .

Virsham abrió los ojos de una manera desorbitada, como si acabara de decirle algo tremendamente sorpresivo. Comenzó a menear las manos sobre la cabeza despeinándose completamente mientras emitía fuertes aullidos. Parecía haberse vuelto loco, haciendo la mímica de un hombre desesperado por algo que no conseguía introducir en su cabeza.

De golpe quedó inmóvil mirándole con expresión poseída, con los ojos tremendamente abiertos y fijos en él.

- Tú eres mortal - le señaló con el dedo -. Eres tiempo carnal.

Juan quedó mirando aquel dedo acusador que le mostraba su camino.

- El es inmortal - señaló con el dedo hacia arriba -. Ha traspasado el tiempo carnal.

Valverde quedó fijo mirando el techo, luego dirigió su mirada hacia el esqueleto. Era cierto, él todavía no había llegado a morir, no había traspasado la puerta al más allá.

- El vive en el Misterio Profundo - volvió a señalar hacia arriba el anciano.

Extendió sus brazos y señaló el mundo que asomaba por la puerta de la caseta.

-Tú vives en la Gran Madre.- le susurró con aquel tono grave y áspero que sugería el rumor del paso de los años -. Formas partes de su Reino, y sólo estas comprendiendo dónde estás.

Le indicó que se sentara en el suelo, y ambos se colocaron de frente mirando al esqueleto.

- Los hombres de nuestro clan mueren para volver a nacer en una nueva condición - comenzó a explicar con gravedad - Se convierten en el vínculo que une el Cielo y la Tierra. Mueren al mundo conocido y su carne se ve alterada para resurgir con un nuevo cuerpo, un cuerpo comunicado con el espíritu.

Hizo una larga pausa contemplando el esqueleto y continuó.

- Para ser canal del Gran Poder uno tiene que sufrir cambios radicales en sí mismo. No es tan sólo una cuestión de aquí - dijo señalándole la sien .

Juan pensó que de alguna manera aquello era cierto. Estaba sufriendo una especie de mutación, una transformación de su conciencia corporal no ya sólo de su credo intelectual. Comenzó a entender las curiosas sensaciones que recorrían su cuerpo. Recordó haber leído que en Oriente se creía que el hombre poseía una fuerza latente, la serpiente Kundalini, que al

despertarse iba alterando la propia estructura del individuo.

Quedó callado reflexionando sobre todo lo que había ocurrido. El había buscado un tipo de conocimiento hecho de palabras, un sistema ideológico que le permitiese aliviar su ansia de seguridad en el mundo. En cambio había encontrado un saber profundo y oscuro que surgía de una realidad para él desconocida, un saber que le estaba alterando radicalmente no sólo ya intelectualmente sino, y aquí estribaba el tabú, su propia identidad corporal.

El miedo que había sentido había sido tan profundo e involucrador precisamente por eso. Hasta llegar a la isla Juan había coqueteado con diferentes religiones, filosofías y psicologías. Nunca se había sentido satisfecho del todo porque simplemente le brindaban un corpus doctrinal al que se accedía mediante el intelecto. Sin embargo, convencido de que lo que necesitaba era una teoría de la realidad, había seguido insistiendo en su búsqueda pensando en encontrar el conocimiento en aquella isla. Allí se había encontrando con un saber hecho de experiencia, una experiencia que marcaba su carne y no ya su identidad intelectual, que alteraba su cuerpo y no tan sólo sus palabras sobre sí mismo. Más allá de las palabras existía una realidad que había entrado por fin en su existencia.

Pensó un momento en el significado social de aceptar aquella verdad. De entrada era tirar por la borda su condición de hombre contemporáneo culto y adaptado. De ahí había procedido su miedo a aceptar la realidad de sus vivencias. Asumir el mundo de Virsham era asumir su propia ignorancia, era reconocer que nada había aprendido en sus muchos años de estudios. En suma, aceptar una realidad sin el temor a que ésta fuera negada por la ideología de su época.

- Tú estás al servicio del Gran Poder, no al contrario - escuchó una voz que distrajo sus pensamientos.

Giró la cabeza para mirar a Virsham. Este le sonrió y volvió a encoger los hombros.

- Así es la ley, el fuerte manda al débil - aumentó su sonrisa -. Recuerdalo. Lo superior gobierna sobre lo inferior, por eso los llamamos Dueños.

- ¿Por qué entonces el mundo no es de otra manera? - se quejó amargo Juan. Era una de sus preguntas más sentidas -. Si el Espíritu es el que gobierna podría haber impedido el mal que existe en nuestro mundo.

El anciano palmeó las manos como si un niño le hubiera preguntado algo muy básico.

- No es una obligación el que tu tiempo mortal sea atravesado por el espíritu.

Virsham le guiñó un ojo y comenzó a mover el dedo rotándolo sobre su sien.

- Pero es aconsejable para el alma -murmuró -. Además el caso de los hombres de nuestro clan es distinto al resto de los demás.

Juan puso cara de interrogación y esperó a que continuara. El viejo hizo una pausa dramática y tocó su hombro.

- Hay hombres que son tocados por el espíritu - susurró bajando la cabeza - El Misterio elige a sus mensajeros, a los hombres que tienen que representarle aquí en la tierra. Para ello les manda una enfermedad del alma muy especial.

Valverde supo qué quería decir con aquello. Había leído que los chamanes de las culturas primitivas sufrían una enfermedad procedente de los espíritus . Se volvían dementes con sólo una salida para su curación: hacerse chamanes. Era un oficio de vocación y una necesidad vital.

- Cuando yo era joven sufría mucho sin saber por qué. Un buen día me volví loco, no quería saber nada de nadie y un dolor intenso oprimía mi corazón - confesó Virsham .

El anciano quedó abstraído en sus recuerdos.

- Era la llamada del Gran Poder - susurró arrastrando las palabras.

Suspiró y quedó pensativo mirando aquel esqueleto que intervenía en silencio en su conversación. Virsham parecía hablar como si el muerto también estuviera allí.

- El temor inundó mi cuerpo, esa es la primera señal. Yo tenía miedo porque era joven e inexperto, y además me daban mucho miedo las cosas del espíritu.

Juan le miró asombrado. Nunca había pensado que aquel anciano pudiera haber sido joven. Por un instante se recriminó su torpe punto de vista.

- El hombre que tú ves aquí vino a visitarme un día a petición de mi familia. Pasaba horas tumbado en mi cama desesperado de vivir. No sabía por qué , era joven y fuerte, pero algo se había apoderado de mí que me hacía sentir un miedo que no sabía de dónde procedía.

Sonrió mirando al esqueleto. Juan comenzó a barruntar el resultado de la historia. El anciano le miró y asintió en silencio. No hacía falta decir más, era claro que Virsham había ingresado en el clan de manos de aquel muerto.

- El me enseñó el oficio, y yo te lo enseño a tí. .- dijo encogiendo los hombros de aquella

manera despreocupada-. Es así de simple.

La noche cayó de improviso y una brisa suave invadió la estancia. Juan sintió que alguien más estaba allí con ellos. Virsham puso cara de susto reflejando la expresión de Valverde para luego sonreír irónicamente

- Vivir entre espíritus no es tan terrible como uno supone al principio - le dijo tranquilamente-. Ellos nos aman, no hay por qué temer.

Valverde comenzó a sentir que algo desconocido le llamaba, era como una voz lejana en la noche. Sintió que salía de su cuerpo, que algo tiraba de él desde un punto remoto. Comenzó a sentir frío. El anciano le miró en silencio, parecía ver algo en él que le hacía adoptar un extraño semblante.

- Si te llama acude, ve sin miedo -. le dijo seco .

Juan temió perder la realidad, sentía como si una realidad distinta existiera ajena a donde estaba. De pronto sintió que abandonaba su mundo y que entraba en otro desconocido para él, era como atravesar una puerta en la que podía contemplar una visión.

Hincó su rodilla en tierra y agachó la cabeza en señal de respeto. Allí estaba ante los pies del Misterio, esperando callado que le diera una orden. Escuchó una voz que le decía que se levantara, que se irguiera y adoptara su dignidad natural.

Abrió los ojos sorprendido, había sido tan real aquella visión que sus ojos no conseguían centrar la mirada en lo que estaba viendo. Poco a poco comenzó a definir lo que veía. Desde la muerte el esqueleto le sonreía irónicamente, giró la cabeza y miró a Virsham que sonreía divertido asintiendo.

Llegaron a medianoche a casa de Virsham. Juan estaba cansado y deseando ver a Shanila, pero el anciano meneó la cabeza cuando hizo el amago de despedirse.

- Hoy tienes una reunión con el clan, Shanila ya lo sabe. - le miró divertido ante la cara de fastidio que mostró Valverde .

Entraron dentro de la casa y se dirigieron a su parte trasera. Allí miró extrañado lo que se

presentaba ante sus ojos: dos escaleras apoyadas en la pared y entre ambas una enorme palangana de agua. Ante cada escalera se hallaba un hombre que Juan reconoció como aquellos que ayudaron a Virsham cuando se inició en la ceremonia de la serpiente.

El que estaba en la escalera de la derecha llevaba una cinta roja en su frente, el de la izquierda una azul. Virsham se acercó a la palangana y se ciñó una cinta violeta. Los tres hombres se quedaron mirando en silencio a Juan.

Pasó el tiempo y nadie decía una palabra. El sueño comenzó a rendir a Valverde mientras los hombres seguían mirándole fijamente. Aquella situación se alargaba más y más sin parecer que fuera a ocurrir algo. Finalmente Virsham le sonrió y extrajo un cigarro liado de su bolsillo.

- Fuma, te hará recordar - le invitó con un brillo especial en sus ojos .

Juan cogió el cigarro extrañado y miró su interior. Parecía hecho de hierbas que no eran de tabaco. Lo encendió y de súbito supo qué era: las hierbas de la serpiente. Se sentó y comenzó a inhalar aquel humo que ya tanto conocía.

Sintió un ardor intenso en su interior, se sintió en la cabaña y el recuerdo de las brasas absorbió su imaginación. Miró fijamente al hombre de la cinta roja y se levantó instintivamente dirigiéndose hacia él. Este se apartó sin decir palabra y con un gesto le invitó a subir.

Aturdido miró hacia arriba de la escalera, se le antojó una altura considerable y bajó la mirada quedando fijo en el primer peldaño de aquella precaria construcción de madera. Sintió que el ardor crecía y decidido levantó su pie derecho. Subió y subió lentamente sintiendo como el peso de la gravedad le tiraba hacia abajo. Miró a hurtadillas desde su lado izquierdo quedando hipnotizado por el fondo del agua de la palangana. Las llamas, que encendidas iluminaban el patio trasero, le permitían entrever un color. Algo le dijo que siguiera subiendo sin mirar atrás y continuó su ascenso.

Llegó hasta arriba y una llamada profunda hizo que diera media vuelta. Allá arriba un manto de estrellas rodeaban la blanca Luna. Quedó embrujado ante la visión. Los sonidos de la noche comenzaron a sonar fuertemente en sus oídos. Sentía que todos los animales cantaban, y que desde la misma profundidad de la isla un canto surgía puro y poderoso.

Miró hacia abajo y contempló a Virsham que le miraba sonriente. Supo que allí también había estado aquel hombre, que antes que él otros habían vivido aquella experiencia. Era un

sentimiento de cadena, como un hechizo que hubiese cautivado corazones de otros hombres durante siglos y siglos.

Contempló la noche reflejada en aquella palangana y se sumergió en el agua que contenía. Instintivamente supo que en la profundidad de aquel líquido se ocultaba un misterio ajeno a quien no lo escuchara. Porque se trataba sencillamente de eso, de escuchar al agua.

Estuvo así absorto mirando la noche y sintiendo una llamada oscura que no sabía identificar. El tiempo pasaba y sus ojos no conseguían apartarse de aquella visión oscura y luminosa a la vez del cielo.

- Cruza Shirkam - ordenó con voz fuerte el viejo curandero .

Juan se quedó mirando la otra escalera y comenzó a pensar en cómo cruzar la distancia que separaba ambas. Si lo hacía mirando la pared desprotegía su parte trasera siendo así más fácil que perdiese el equilibrio y cayera. Decidió apoyar su espalda en la pared y avanzar su pie izquierdo en busca del apoyo de la otra escalera. Al hacerlo quedó colocado en aspa, con un pie en una escalera y el otro en la otra. Sonó unas fuertes palmadas y sorprendido miró hacia abajo mientras sus manos se extendían para buscar mayor apoyo.

Virsham le miraba divertido y le hizo un gesto con los dedos índice de sus dos manos señalándole la palangana. Juan miró más abajo y quedó absorto mirando el fondo de la palangana. Comenzó a distinguir el color del fondo de la palangana. Era verde.

Sintió que algo se movía en su interior y levantó la cabeza instintivamente mirando hacia las estrellas. Las estrellas parecían querer llamarle, contarle algo que él sabía en el fondo de su corazón. Sintió su posición, sus brazos y piernas extendidas, su cabeza alta, y sonrió feliz. Dibujaba con su cuerpo una estrella.

- Baja como el que eres - le gritó el anciano.

Juan sentía vibrar su cuerpo, una sensación de libertad recorría su ser. Sabía su origen, sabía su final, porque sabía del alguna extraña manera quién era. Comenzó a bajar por aquella escalera protegida por el hombre de la cinta azul, y notó la facilidad de dejarse llevar hacia abajo. Se deslizó suavemente por ella hasta llegar al suelo, sintiendo que era un río que llevaba a la mar. Sólo había tenido que dejar que la gravedad le llevara para llegar a su destino. El contraste con el lento ascenso que había realizado en la escalera del hombre de la cinta roja se le hizo palpable de una manera instintiva.

Miró al sonriente hombre de la cinta violeta.

- Verde es su fruto - susurró lentamente el anciano.

Comenzó a entonar una canción y dió una palmada. Al instante los tres hombres miraron el cielo y luego se agacharon dejando la marca de la palma de su mano en la tierra. Sin decir palabra salieron del patio trasero dejando a Valverde parado mirando aquella sencilla construcción hecha con dos escaleras y una palangana. El amanecer comenzaba a teñir de nuevo el mundo con sus colores, y el agua de la palangana comenzó a mostrar su imagen real: clara, tanto que podía verse el fondo verdoso de su interior. El agua no ocultaba nada, porque era transparente. Ahí radicaba su secreto. Se acercó más al agua y se inclinó sobre ella. Comenzó a sonreír lenta, muy lentamente, al contemplar lo que veía. Allí, en la superficie invisible del agua se reflejaba, como en un espejo, el rostro de un hombre.

.

Pasaron unos días en los que Juan pudo vagabundear a su gusto, el anciano había tenido que desplazarse a otro pueblo y no había querido que le acompañara. Le había dicho que todavía no estaba preparado para ir donde iba él, y le había sugerido que meditase sobre todo lo que había ocurrido hasta ese momento.

- Es bueno recordar para no olvidar -le dijo enfático mirándole de aquella manera extraña que Juan ya comenzaba a identificar. Pensó divertido que miraba con la expresión de un demente .

Sin saber qué hacer había estado acompañando a Shanila en sus tareas, pero pronto comenzó a ponerse nervioso y deseó estar sólo. Sentía que algo no le dejaba estar enteramente a gusto. Cuando reflexionó sobre ello se dió cuenta que todos en el pueblo tenían algún quehacer menos él. El único sin oficio ni beneficio en el pueblo era él, aquello era lo que le provocaba aquella ansiedad.

Decidió dar largos paseos a la espera de que llegara Virsham y pudiera aclarar con él su situación actual. No había pensado en ello, pero con sus dudas y luchas internas había olvidado que su entrada en el clan había sido provocada por la necesidad de poseer un oficio en aquella tierra. Absorto en sí mismo estaba obviando el hecho de que estaba dentro de uno de los clanes que existían como distribución del trabajo en el pueblo.

Había sentido muchas cosas y todas ellas para un objetivo: obtener el poder de la sanación. Era cierto que todos en el pueblo de una manera u otra trataban con los espíritus en busca del poder de la medicina. Había advertido que cada uno de ellos poseía sus costumbres en relación con el mundo que les rodeaba. La distinción entre el resto del pueblo y los miembros del clan era una cuestión puramente de oficio. Juan sonrió ante aquello, era evidente que la involucración era distinta. Era la diferencia entre un aficionado y un profesional.

Eso explicaba la sencillez de los modales de Virsham. No tenía de qué esconderse, porque simplemente ejercía su trabajo. Esto disipó muchas creencias de Juan acerca de saberes poseídos por hombres ocultos en la sombra. Era cierto que el clan guardaba sus conocimientos de una manera esotérica, pero era por puro sentido pedagógico. No se enseñaba a un niño realizar raíces cuadradas sin antes haber tenido que aprender las cuatro reglas; no se enseñaba en un jardín de infantes a leer el Quijote porque aquella no era la manera correcta de adquirir un conocimiento progresivo. Ese era todo el misterio del clan, la información aparecía tras cada paso, encadenándose de una manera gradual y coherente con el siguiente.

Pensó que en todo su camino había vivido una similar experiencia. La razón de no poder conocer el futuro era que simplemente se trataba de un paso por delante, él podía recordar el paso anterior e identificar el paso presente. Ese era el mecanismo del tiempo.

Trató de contabilizar los meses que llevaba en la isla. Con sorpresa se dió cuenta de que llevaba más tiempo del que creía en ella. Había sobrepasado sus cálculos iniciales, la fuerza de los acontecimientos las había barrido ajena a sus planes. Se sintió juguete del destino y pensó en la precariedad del andamiaje con el que había construido su existencia.

Recordó lo que había dicho Virsham sobre la elección. Sonrió asintiendo, desde donde estaba ahora no podía negar que algo invisible le había llevado hasta ese momento. Se vió como el personaje de una obra escrita por un autor, sintió que su vida era la misma cadena de frases que iban desgranándose en el tiempo de la escritura.

Suspiró sobrecogido por la sensación. ¿Donde radicaba su voluntad sino en el impulso de búsqueda que había establecido en su vida?. Aquel impulso oscuro del que tantas veces se había sentido víctima comenzaba a transformarse en el movimiento por un camino.

Luchando contra sus propios temores y racionalizaciones se había atrevido a continuar avanzando orientado por algo que desconocía.

Tras el acto la sabiduría que surgía de él. Así era la cadena. En su interior había deseado obviar aquel sencillo mecanismo. Deseaba la sabiduría sin necesidad del acto, un saber gratuito que le garantizase que los pasos que diese en el futuro serían correctos. Aquella necesidad de certidumbre surgía del miedo ante la existencia, de la angustia que le producía tener que dar un paso en la incerteza de no saber de antemano su resultado.

Sin embargo, sus ilusiones no se habían cumplido. Cada paso había sorprendido su alma, rota su expectativa intelectual. De nada servía parapetarse tras mil conjeturas, al final ocurría lo que tenía que ocurrir de una manera tan evidente que quedaba siempre aturdido. Se dió cuenta de que su única fuerza era su asentamiento en la verdad que nacía en su corazón, era allí, en el interior de sí mismo desde donde tenía que partir. Recordó lo que hablaron Virsham y él en la cabaña de la serpiente sobre su oficio.

"- Para que el otro adquiera el equilibrio tú debes poseer el equilibrio - le señaló la vara en la que se enrollaban las serpientes -. El sentido de éste es la base de nuestro trabajo.

Juan miró a las dos serpientes. Cada una de ellas parecía indicar una tendencia en el ser humano. La idea de equilibrio del caduceo le era conocida.

- Si pierdes el equilibrio, una de las dos serpientes te morderá - murmuró serio el anciano-Debes mantener en armonía tu interior para que éste influya en el que sufre el desequilibrio. Es una lucha de ritmos. Si tú te mantienes firme el otro comenzará a adaptar tu ritmo, a equilibrar aquello que él necesita.

Virsham le sonrió y se encogió de hombros.

- La explicación es sencilla, la práctica requiere algo más - comentó irónico -.Tu acción debe ser fluida, sin interferencia de ningún tipo. Esto exige que sepas acceder al centro y desde allí dejes salir tus actos sin temor alguno, con la plena confianza de que estás realizando lo oportuno en cada momento.

- ¿Cómo se adquiere ese equilibrio, existe alguna técnica? - preguntó interesado Juan.

El anciano comenzó a reírse. Envueltos en el humo y pintado de rojo parecía un demonio simpático burlándose de las novatadas de un principiante.

- Sí, es muy sencilla - respondió con una sonrisa de oreja a oreja -. Sólo tienes que

acceder al dominio del centro y desde allí actuar.

Valverde quedó en silencio mirándole fijamente. Virsham meneó la cabeza.

- No me has entendido. - le explicó con actitud burlona -. El estado de equilibrio tiene que surgir naturalmente, tienes que dejar que ocurra porque cuando intentes provocarlo, controlarlo, uno de los tres enemigos te atacará.

- ¿Qué enemigos son esos? - preguntó intrigado.

- Son los emisarios del miedo en el tiempo - aclaró Virsham -. Te impedirán que tu acción pueda ser fluida y armónica, provocando que pierdas el equilibrio y seas mordido.

El anciano dibujó un circulo a su izquierda.

- Este es el enemigo del pasado. - le mostró -. Te hará temer que actúes recordándote los errores que hasta ahora has cometido. Hará que cargues con ellos y te provoquen temor para que no vuelvas a cometerlos. Hará que vaciles en tu acción.

Dibujó un círculo a su derecha.

- Este es el enemigo del futuro. - le señaló mirándole por un momento irónico -. Te hará temer el resultado de lo que vayas a hacer,. Hará que actúes con recelo e inseguridad pensando en el efecto que vas a provocar, y tu mente se llenará de imaginaciones de lo que pueda ocurrir. Hará que tiembles en tu acción.

Dibujó un círculo en el centro.

- Este es el enemigo del presente. - quedó fijo mirándolo como si se enfrentara ante aquel símbolo como una realidad viviente. -. Te exige la perfección en lo que haces. Te hará sentir que cada movimiento que realizas pone en riesgo tu objetivo. Por el deseo de actuar eficazmente te exigirá que pongas todo tu empeño en cada acto, te hará insistir una y otra vez en lo mismo pidiendo que des todo tu ser en el resultado, en vez de dejar que fluya naturalmente de tí. Hará que dudes en tu acción.

Juan meneó la cabeza, tanto enemigo junto disuadía para tratar de acometer cualquier tipo de acción. Comenzó a entender su resistencia a ésta, dado la dificultad que entrañaba.

- ¿Y cómo puede vencerse a todo esto? - murmuró sintiéndose cansado ya antes de ejercer el oficio de Virsham. Lo veía realmente duro conseguir todo aquello.

- Ya te he dicho que son enemigos del tiempo, si tú actúas desde un lugar ajeno al tiempo nada pueden hacerte. - le respondió con paciencia.

- Pero eso no es posible Virsham - protestó vehemente mientras sentía algo en su interior que le afirmaba lo contrario -. Como quiere que viva fuera del tiempo.

El anciano sonrió como si ya hubiera esperado aquella respuesta.

- Existe un truco, por así decirlo - adoptó un aire misterioso y reservado .

Aturdido esperó a que Virsham soltara la explicación. El anciano seguía absorto manteniendo una postura perfectamente inmóvil, como esperando pacientemente algo. Juan se removió inquieto y le tocó el brazo.

- Ande, cuénteme el truco - le pidió expectante .

Virsham le sonrió como si le hubieran pedido que contara algo que le gustase mucho decir. Miró hacia todos los lados, como si quisiera comprobar si había alguien más que ellos dos en la cabaña, y con los ojos brillantes le indicó que se acercara más. Juan se reclinó sobre él, el anciano divertido puso su mano en la oreja y le cuchicheó algo.

- ¿Qué? - le miró extrañado mientras el viejo hacia grandes movimientos de cabeza asintiendo y poniendo el dedo en los labios como reclamándole secreto .

Volvió a hacer gestos ostensibles con las manos para que volviera a acercar su cabeza, y de nuevo le susurró una frase que Juan siguió sin poder comprender.

- No le entiendo - murmuró nervioso -. ¿No podría decirlo más alto?

El anciano miró hacia arriba y suspiró con resignación.

- Antes de la tormenta la naturaleza se recoge en sí misma - le dijo en voz clara .

Juan quedó absorto mirándole.

- ¿Qué ? - preguntó automáticamente. Era como si aquella frase no encajara en todo lo que estaban hablando.

El anciano impasible volvió a repetírselo.

- Antes de la tormenta la naturaleza se recoge en sí misma - repitió lenta y enfáticamente .

Juan abrió la boca involuntariamente, y quedó suspendido mirando cómo movía el anciano la cabeza asintiendo grandilocuentemente mientras volvía a poner el dedo en señal de silencio. Cuando se dió cuenta de que mantenía aún abierta la boca la cerró de golpe avergonzado. No conseguía alcanzar el sentido de aquella frase que tanto valor Virsham le adjudicaba.

- ¿Y qué significado tiene esto? - se atrevió a preguntar al fin.

El anciano palmeó las manos divertido como si fuera a contar el final de un chiste.

- Al moverte al ritmo natural el tiempo se hace tu aliado. - le dijo encogiéndose los hombros como si fuera lo más sencillo del mundo. - Desde allí, en el centro, te haces su amigo. Desde la unidad de tu ser todo es unión como resultado, desde la división todo es engañoso."

Decidió dirigirse viaje a Samarinda para averiguar el dinero que le quedaba, y aprovechar la estancia para realizar una conferencia y tranquilizar a su familia de su paradero. Había pasado mucho tiempo sin darles noticias y era de temer que debían estar seriamente preocupados. Marchó hasta un pueblo cercano donde había un servicio de autocares que le transportarían hasta la ciudad.

Algo ominoso en el aire sintió cuando abandonó el pueblo. Parecía como si hubiera atravesado un velo, una capa de amortiguación para entrar en un mundo distinto. Su cuerpo comenzó a temblar y las voces le susurraron voces de advertencia. Hizo caso omiso a aquella reacción. Cuando cogió el autocar una suave modorra le permitió ir dando cabezadas durante el pesado viaje.

Despertó angustiado, el autocar había llegado por fin a la ciudad y hombres de ojos vidriosos, sin expresión, recogían sus pertenencias para sumergirse anónimamente en el tumulto. La primera impresión que tuvo Juan de la ciudad es que era una concentración animal sin orden ni concierto. Bajó con las manos en los bolsillos y sus sentidos comenzaron a chirriarle. Acostumbrados al lento discurrir del pueblo de Shanila comenzaban a rebelarse ante la tiranía a la que se veían sujetos en aquel lugar.

Ruidos incesantes asaltaban sus oídos, su olfato rechazó en una mezcla de asco y temor el aire que era obligado a respirar, sus ojos no encontraban espacio abierto donde poder descansar su mirar. No había horizonte de visión, sólo calles y movimiento de máquinas que poderosas gobernaban aquel lugar. Aquellos bípedos que veía pasar por su lado, absortos en un ritmo ajeno a todo movimiento natural, le hicieron creer que había desembarcado en otro planeta. Aquello no podía ser la Tierra.

Comenzó a andar tratando de no perder su coordinación frente al caos en el que se hallaba. Notó que su olfato había ya desistido de enviarle cualquier información saturado por la inmundicia del aire que respiraba. Sus oídos le molestaban, parecían ser un tormento entre aquel tumulto de sonidos inconexos sin vida.

Se introdujo en una calle principal dispuesto a dirigirse hacia el banco. Entre grises seres que pasaban por su lado comenzó a sentir una molesta sensación que fue poco a poco creciendo. Las voces comenzaron a sonar fuertemente, omnipresentes, jactanciosas porque al fin habían encontrado su reino. Algo perverso se apoderó de su alma y de pronto sintió un odio profundo hacia la vida y las cosas.

Aquellas voces no eran ya sólo las suyas, procedían de los demás. Voces amargas, llenas de frustración que reclamaban la muerte de toda esperanza en una orgía de odio y resentimiento. Se detuvo en mitad de la calle mientras comenzaba a ser empujado por aquel río de seres sin sentido, notando cómo su alma era aplastada por una losa gris y pesada. Aquello era la realidad, se dijo, he vivido engañado durante un tiempo viviendo en un mundo perdido y he vuelto al mundo de verdad.

El fondo de aquella sensación era un canto que surgía del alma de los que le rodeaban. Codicia, desengaño, negación, envidia, un malestar del ser que se sufría sin mostrar indicio alguno, sin grito de protesta. Aquello era la existencia humana, aquello era el vivir del hombre. Trató de luchar contra el odio que comenzaba a sentir pero era inútil, era más fuerte que él. Desesperado miró hacia el cielo abierto pero sólo pudo ver edificios que lo tapaban.

En un instante había perdido la conexión que tan duramente había conseguido. Aquella fuerza que dominaba la ciudad era más poderosa que ninguna de las fuerzas que había sentido. Era una prisión en la que todos aceptaban implícitamente las cadenas del miedo y el engaño, allí Valverde comenzó a sentir que tenía todas las de perder, que nada significaba toda su andadura en pos de la sabiduría. Era un acto irrelevante para el sentido de aquella máquina.

Aturdido siguió su camino con los brazos recogidos en el pecho. Trataba de cerrarse a los estímulos que le golpeaban cruelmente, pero no podía hacer nada. Su alma absorbió indefensa toda la tensión que flotaba como una amenaza invisible en aquel lugar . No supo cómo llego al banco, y allí, en el templo del dinero, miró su cuenta para constatar que ya no le

quedaban apenas fondos.

Una risa amarga y jactanciosa sonó en su interior. Había perdido todo, porque carecía del dinero que le había protegido hasta ahora. Miró desesperado a su alrededor para encontrar las miradas duras y amargas de los esclavos del amo al que había ido a consultar. Se sintió tremendamente desesperado sin saber la causa, sus rodillas flaquearon y las voces comenzaron a susurrarle la profunda derrota en la que habitaba.

Salió precipitadamente con los escasos billetes que le quedaban y volvió a enfrentarse al ruido de la máquina gris y ciega. Comenzó a sentir que su alma salía de su cuerpo y se comunicaba con las almas de las personas que andaban por la calle. Algunos se detuvieron y le miraron con extrañeza. Su poder surgía sin control por su parte, y la respuesta que vino de aquella búsqueda vino amarga y contundente.

Sin esperanza. Aquellas personas vivían en un mundo hecho de mentiras y señuelos sin conexión real alguna con la existencia. Notó que algo sucio le envolvía y le atrapaba en su sentir, y allí, sólo entre habitantes de un mundo desquiciado, Juan se hundió de nuevo en el infierno.

Sintió con asco la ausencia de sentido que albergaba aquel lugar. Buscó la luz para salir de aquel vértigo que le rodeaba pero no consiguió encontrarla. Allí reinaba el miedo en todo su esplendor, allí la gran mentira era protegida por pequeñas mentiras piadosas. Sin defensas Valverde comenzó a llorar con un hondo pesar en su interior. Su deseo de luchar ante el reino del enemigo se mostró inane.

Parado, con lágrimas derramándose sin control por su rostro, miró el mundo que le rodeaba. Allí gobernaba la oposición a su búsqueda sin ningún temor. Sintió la derrota de su sueño. Nada había que hacer, nada podía hacerse porque todos aquellos que le rodeaban habían vendido por unas pocas monedas el sueño. Con su pasividad, con su desconsuelo, creaban mareas de llanto y penuria que poderosas viajaban en el mundo invisible del alma que Valverde estaba aprendiendo a sentir.

Miró sus manos con pesar. De nada servía su hombría porque en nada podía rebelarse ante aquello que le rodeaba. Sintió que el fondo común de todo aquello era un agujero negro que absorbía toda luz de sueño y alegría, de utopía y esperanza. Aquellas personas que incesantemente iban de un lado para otro vivían sin sentido, con significados prestados o

inculcados sin ser personalmente conquistado. Vivían siendo víctimas de su época. No sólo lo era él, lo eran todos y por tanto toda su lucha carecía de fundamento. Esclavos de una invención.

Descubrió que siempre había albergado el sueño de adquirir un poder que le permitiera cambiar aquel mundo infernal que se dirigía, impasible ante sus efectos e implacable en su lógica, hacia su destrucción. Su cuerpo comenzó a gritar en rebeldía ante los miles de agentes tóxicos que desprendía el aire, ante aquella música que nada decía salvo la fricción de hierros en funcionamiento, ante la mirada de cuerpos desplazándose sin el porte digno y natural del animal.

De nada le serviría su lucha por adquirir el poder porque en nada podría utilizarlo. Aquello era superior a él de una manera tan descomunal que se sintió insignificante ante tamaña construcción humana. ¿Cómo había osado creer que aquello podía cambiarse, que semejante máquina podía ser vencida por el hombre?

Grandes descargas de un dolor intenso sacudieron su cuerpo, era como si alguien le atravesara el costado izquierdo. Sintió que era polvo del camino, que era uno de tantos en un mundo de seres sustituibles, que su lucha había carecido de sentido porque a nadie le interesaba que se produjera. Sólo, ante un mundo anónimo, trató de recordar su número de identificación, aquella cifra que le había permitido extraer de un templo los papeles con números que le permitirían sobrevivir.

Sacó el dinero del bolsillo y comenzó a mirar las cifras que marcaban. Notó que la gente respingaba y miraba hacía allí. Estaban condicionados a su simple visión, aquellos papeles eran los que abrían las puertas del paraíso. Comenzó a sonreír sardónico mientras imágenes de lujo y bienestar recorrían rápidas su mente. Había luchado por encontrar un medio, un instrumento, una llave que abriera los portales del Cielo. En eso consistía su aventura, y de pronto se hallaba en un mundo en que nadie creía en su búsqueda, deseaban el otro paraíso, el que ofrecía aquellos papeles pintados de diferentes colores.

Como un niño al que le hubieran roto uno de sus sueños infantiles más preciados Juan apretó el paso sin poder parar de llorar. Dolor solitario que le acompañaba como un estigma por su osadía, por haberse atrevido a no creer en el dios único y verdadero que se ocultaba tras los números.

Paró en un bar su marcha y trató de tranquilizarse. Entró y sintió la amargura del corazón de los asistentes, todo era lo mismo, nada se había ganado, sólo podía aceptarse aquella esclavitud que encadenaba a todos en aquel mundo. Comenzó a beber hasta que la borrachera calmó su dolor transformándolo en oleadas de odio y agresividad.

Sus dientes rechinaron y sintió que algo homicida se apoderaba de él. Había cifrado su voluntad en la conquista del espíritu, y allí aquello no era deseado. Se sintió inútil en un mundo falso y sin embargo jactanciosamente reinante ante la verdad. Miró a los que allí estaban reunidos buscando algo en ellos que le permitiera saltar y matar sin piedad ni descanso. Quería matar de una manera clara y decidida, matar a todos aquellos representantes de aquel mundo que le escupía a la cara el desprecio de su gesta.

Asustado ante aquello que se apoderaba de él salió pagando apresuradamente para moverse confuso en el laberinto de la ciudad. Cada esquina poseía el rastro de una sensación de dolor, allí todo era desconcierto y despropósito, allí todo se reducía a la simple lógica de una ideología económica. La ciudad entera era el templo donde moraban todo el conjunto de enfermedades del alma amparadas por el barniz del funcionamiento mecánico de la subsistencia. Allí el vuelo no existía, todos perecían ante las cadenas del Verdugo. Trató de resistirse ante el absurdo en el que estaba inmerso pero no pudo, y olas de enfermedad le invadieron perdiéndose en ellas durante horas.

Cuando consiguió llegar a la estación de autocares sólo era ya un hombre destruido, con el cuerpo encogido, como si hubiera recibido cientos de latigazos y miles de insultos. De manos frías y temblorosas, ojos huidizos y voz acobardada, aquel hombre que exudaba dolor y sufrimiento dió el billete al chofer que, con cierta repugnancia ante el olor desagradable que emitía, lo tomó sin aparentar mirarle.

Como una sombra, como un cuerpo sin vida, Juan buscó un asiento para caer rendido en él. Quiso dormir pero no pudo, el sueño reparador le evitaba como todo aquello que fuera sano y positivo. Sólo, inmerso en un abismo donde no brillaba ninguna luz; muerto en vida, espectro de sí mismo, luchó por encontrar algo y una imagen surgió en él: Shanila, y a ella se agarró desesperadamente.

Le vió llegar por la ventana derrotado y hundido, sin ningún aliento vital en su interior. La saludó como una sombra y se acostó pesadamente en la cama. Shanila se desnudo y se abrazó a él. El cuerpo de Juan desprendía un olor nauseabundo, procedente de las mismas entrañas del mal donde había estado. Ella se apretó más a él y notó su respiración agitada y dolorida, buscó alguna respuesta en él y ninguna encontró.

Shanila cerró los ojos y soñó.

Sentado en la mesa, ausente a todo, miraba Juan la pared que tenía delante. Nada deseaba, nada quería. Había visto marchar a Shanila y sus ojos se habían quedado clavados en la puerta durante largo tiempo. Luego simplemente giró su cuello quedando absorto ante la pared desnuda que tenía enfrente. En su interior algo le comía las entrañas sin compasión, como un cáncer que se alimentase de toda salud de su alma. Como un insecto siendo devorado en la tela de la araña, paralizado y sin posibilidad de reacción, dejaba que el mal se expandiera lenta e inexorablemente.

- ¡Qué barbaridad! - un grito le hizo respingar fuertemente para encararse con un viejo que le miraba entre sonriente y enfadado .

Virsham meneó la cabeza de aquel modo tan característico. Parecía ver en Juan algo que no le gustase en absoluto. Miró hacia la puerta y dió una palmada alegre.

- Vámonos - le dijo de una manera que le hizo levantarse y seguirle automáticamente.

Comenzaron a andar entre la vegetación que rodeaba el pueblo. Juan, envuelto entre el verde brillante de las plantas y los cantos de los animales contando sus cosas, comenzó a sentirse aliviado. Se detuvo y suspiró profundamente. Miró el azul del cielo y la dorada luz que le regía y una brisa de alegría recorrió su cuerpo.

El anciano dió media vuelta en su paso y quedó parado mirándole sonriente.

- Ya te dije que si no estabas en el centro una de las serpientes te mordería. - meneó la cabeza burlón.- Y en tu caso lo han hecho las dos.

Una cacatúa comenzó a sonar, Virsham sonrió y comenzó a escucharla.

- Dice que eres tonto - le tradujo burlón .

Un macaco surgió de una rama y saltó al suelo. Se quedó mirando a Juan y empezó a

chillarle fuertemente.

- Dice que eres un familiar débil y cobarde .

Valverde comenzó a sonreír feliz. Estaba en familia, no cabía duda. Una ráfaga de viento le envolvió y los ojos de Virsham se abrieron misteriosamente.

- El Gran Poder te ama Shirkam - murmuró bajando la cabeza -. Te ha dado un destino para que lo cumplas. Eres afortunado, serás un medico poderoso.

Valverde sintió que su cuerpo comenzaba a irradiar un fuerte calor, una luz intensa sacudió su conciencia. Meneó fuertemente los miembros y pateó instintivamente la tierra. El viejo murmuró algo y dió una palmada. Luego se quedó mirando fijamente a Juan, y comenzó a asentir sonriente.

- Vamos a la cabaña de serpiente - le dijo enigmático -. Te contaré una historia.

Llegaron y se desnudaron mientras las brasas comenzaban a chisporrotear vivas y contentas de ser encendidas. El aire se inundó del olor de la hierba vieja y sabia, y la mente de Valverde se abrió a una visión que surgía de la oscuridad.

Una mujer le señala un árbol. Se acerca lentamente hacia éste. En él reposa una serpiente que rodea el tronco y se desliza por las ramas. El rostro de la serpiente le mira fijamente, y le susurra su canción.

- Yo soy la sabiduría que se desliza por el Arbol.

Valverde abrió los ojos sorprendido buscando la mirada del anciano. Este comenzó a sisear una melodía para acabar al final sonriéndole maliciosamente.

- Es hora de que sepas el origen - murmuró extrañamente -. A mí me lo contó tu padrino, a él un guardián de la Joya.

Juan abrió los ojos enormemente, sintiendo que toda su mente se enfocaba en aquella historia.

- Hubo un tiempo en que el Gran Poder regía en la Tierra. - comenzó a recitar con su voz de susurro y tiempo -. Los hombres se comunicaban con todos los seres vivos y toda nuestra especia vivía en paz. Cada uno de sus miembros tenía acceso al Alto, la salud y la esperanza eran fruto vivo de esa conexión.

Virsham hizo una pausa intensa mirando las brasas que iluminaban la estancia.

- Luego eso acabó -susurró -. Aquello que era natural ya no lo fue, aquella escalera que nos unía al Cielo ya no existía. Y el Mal invadió a los hombres.

El anciano se encogió de hombros y suspiró largamente. Sus hombros parecían cargar con el peso de los años, el tiempo y sus golpes comenzaron a aparecer en el rostro de aquel viejo ante la mirada de Juan. Todo el disgusto de la existencia se cargó en su cuerpo, y lágrimas de dolor aparecieron en los ojos del viejo. Valverde vió en su mirada la angustia de vivir en un mundo de dolor y sufrimiento, de mentiras y engaños, y de su corazón salió un aliento joven y vivo.

- No llore Virsham - trató de consolarle .

El anciano se le quedó mirando con una expresión extraña, luego su boca comenzó a sonreír hasta que la alegría inundó su rostro. Juan quedó demudado ante la rapidez del cambio. Virsham alzó varias veces las cejas y abrió la boca enormemente.

- Un día - la cerró y bajó la cabeza completamente hacia abajo como si hiciera una reverencia - una mujer tuvo un hijo fruto del amor. Nació fuerte y con la capacidad natural que ya había sido perdida.

Le miró fijamente y meneó la cabeza como si viera algo en Valverde que le hiciese sonreír.

- El fue el origen de la existencia de nuestro clan. - continuó en un susurro -. Enseñó a los hombres a volver a restablecer el contacto.

Juan quedó absorto mientras sentía que algo le llamaba. El humo se hizo denso a su alrededor y sintió cómo su cuerpo era lanzado arriba. Dejó que así fuera.

En un árbol una gran ave domina el horizonte sentada sobre su copa. Seres luminosos vuelan hacia sus ramas donde se cobijan. Es su lugar de poder, el centro del mundo donde habita el Dueño del Poder.

- Tú sabes Shirkam - siseó el anciano -. Guardas en tu interior lo más valioso que el mundo concede.

Valverde volvió a tomar noción de la realidad presente y miró al orgulloso anciano que le

contemplaba.

- El Dueño del Poder escoge a aquellos hombres capaces para acceder a su Reino en vida.- le dijo apretando con fuerza su puño derecho.

El anciano señaló con su dedo hacia arriba, y volvió a bajar la cabeza reverentemente.

- Son elegidos - susurró mirando fijamente las brasas - para encarnar la raíz.

Pasaron los días, Juan comenzó a sentirse más relajado, su lucha con las voces iba menguando y poco a poco el silencio empezó a entrar en su mente. Sin embargo el nerviosismo de la inactividad no conseguía dejarle tranquilo. Se sentía un inútil y quería poder obtener algún medio de subsistencia.

- ¿Cuando podré comenzar a trabajar? - le preguntó una tarde a Virsham .

El anciano le miró sorprendido. Meneó su cabeza negativamente y suspiró cansadamente.

- Todavía es pronto, sólo eres un aprendiz del arte de nuestro clan. - se encogió de hombros y continuó. - Aun cometes muchos fallos contigo mismo para poder dominarte.

Juan bajó la cara avergonzado, era cierto. Pensó en cómo sus subidas y bajadas, su elevaciones y descensos le hacían ser víctima de pensamientos que le torturaban sin piedad.

- Pero en qué consiste ese arte - respondió confundido -. No consigo entenderlo.

- En el dominio interior de dos fuerzas - el viejo habló mirándole de manera extraña, como si no comprendiera que tuviera que explicárselo.

Valverde volvió a abrir la boca para responderle cuando el anciano hizo un gesto con la mano deteniendo su acción.

- Puedo hacer yo una pregunta - le cortó sonriente Virsham.

Juan meneó la cabeza confundido. Le había sorprendido la petición del anciano.

- Sí, sí, por supuesto - murmuró nerviosamente .

El viejo inclinó la cabeza en señal de agradecimiento con un cierto sentido de burla en sus ojos.

- ¿Qué es lo que me has preguntado primero? - le dijo interesado.

- ¿Cómo ? - volvió a confundirse Juan.

- Sí - respondió paciente - ¿Qué es lo que me has preguntado primero?

Juan trató de hacer memoria y se dió cuenta de que le costaba enfocar su mente para retomar el hilo inicial de la discusión.

- Te pierdes en las palabras - murmuró el anciano .

El joven volvió a menear la cabeza buscando la pregunta inicial. De súbito notó el asunto que le había llevado a aquella situación.

- Le he preguntado que cuándo podría ponerme a trabajar - respondió .

- ¿Y qué entiendes tú por trabajo? - le miró sonriente .

- Bueno - comenzó confundido - un medio para obtener dinero para sobrevivir.

El anciano asintió en silencio. Quedó callado mirando el camino que se perdía en la vegetación y suspiró de nuevo cansinamente.

- ¿Y trabajar? - volvió a preguntarle.

Juan parpadeó confundido. No esperaba aquella pregunta pero al tratar de pensarlo se dió cuenta de lo poco que había pensado sobre aquella palabra. La veía como una etiqueta que designaba una obligación impuesta por el medio, no había considerado otra cosa. Recordó una definición y se la dijo al anciano.

- La transformación del medio por la aplicación de una energía - dijo rápidamente .

Virsham le miró de nuevo con extrañeza, y meneó la cabeza negativamente.

- Me dices algo que alguien te ha dicho - replicó seco -. No lo que tú has pensado.

- ¿Qué quiere decir? - le miró sorprendido con el sentimiento de haber sido pillado como un niño en una travesura.

El anciano encogió los hombros y volvió a mirar hacia el horizonte. Pasó un momento absorto y volvió a hablar.

- Todo cambio trae esfuerzo - murmuró -. Eso que tú llamas energía, yo lo llamo esfuerzo. Acabas de empezar a esforzarte por cambiar, por tanto tu trabajo interior no ha terminado. Cuando lo acabes podrás esforzarte entonces en el trabajo exterior.

- ¿Y cuando será eso? - preguntó con aire cansado. Aquello no parecía tener fin ni concierto para un Juan acostumbrado a un principio y fin de curso programado.

- Cada uno tarda su propio tiempo - respondió Virsham -. Lo que importa no es el tiempo que cueste llegar, sino el conseguir realmente el propósito.

- Pero, ¿cual es el propósito? - insistió exasperado -. No me ha explicado claramente lo que tengo que buscar.

El viejo meneó la cabeza, sonrió y comenzó a mirarle de aquella manera tan peculiar, como si pudiera ver directamente en su interior. Era una expresión que intranquilizaba a Juan.

- Ya te lo explicado - respondió sosegadamente -. Tienes que hacer un puente entre los dos mundos.

Calló un momento y respiró profundamente. Al instante Juan sintió una especie de calor que le invadía.

- Ese puente - murmuró suavemente - tiene que estar en tu cuerpo. Todavía no has reconocido su existencia. No sabes de dónde procede la enfermedad, ni donde se oculta el espíritu en tí. No sabes nada, y ya quieres practicar en mi pueblo como sabio.

Meneó la cabeza con aire de disgusto.

- Esto que tú estás aprendiendo es un motivo de gran honor para un hombre - le miró con frialdad -. No entiendo por qué no te sientes orgulloso de formar parte de nuestro clan.

Juan se sintió avergonzado. Reconoció en él mismo aquella actitud que tanto le había disgustado del mundo de donde procedía: la falta de capacidad de valorar aquello que no era exterior, la infravaloración de lo invisible.

- Estas aprendiendo a subir al Cielo, y has bajado al Infierno - prosiguió el anciano -. Todavía te queda mucho por hacer, pues no sabes subir del Infierno ni sabes bajar del Cielo.

Le miró con sorna un instante y continuó.

- Ahora subes y bajas de manera alocada, careces de dominio y por tanto de arte para saber lo que estás manejando. Cuando sepas traer la luz del Cielo al mundo, y sepas salir del Infierno sin dificultad podrás decir que eres un practicante de nuestro arte.

Suspiró cansinamente y su mirada se abstrajo en el horizonte.

- Ahora tan sólo estás aprendiendo - comentó absorto en sus pensamientos -. Necesitas ayuda porque si no fuera así no podrías continuar. Alegrate de que la serpiente no te haya vuelto loco.

Giró su cabeza, mirándole sonriente de una manera perversa.

- Aunque - matizó - eso nunca se sabe. Es posible que todavía pierdas en este camino. Es un camino de lucha y no te veo muy preparado para sobrevivir en él.

Juan dió un respingo y comenzó a temer que tuviera que seguir soportando las fuertes tensiones que había sufrido hasta ahora.

- ¿Contra qué tengo que luchar Virsham? - preguntó nervioso .

- Contra aquello que nos hizo como somos - murmuró con aquella voz baja y susurrante que obligaba a concentrar la atención en sus palabras -. Contra aquello que hizo que ya no podamos establecer la natural conexión que disfrutábamos antes. Contra el mundo sin espíritu que nos rodea y que tú viste en la ciudad. Contra nuestra ignorancia que nos hace esclavos de todo aquello que quiera esclavizarnos.

Hizo una pausa dejando que las palabras empaparan bien a su yerno y prosiguió.

- Tienes que hacer tuyo lo que es por derecho natural. - murmuró tocándose el pecho con la mano -. Ya sabes que antes todos lo poseíamos, y que ahora es una conquista en la que un hombre ofrece todo lo que es él.

Se encogió de hombros y le miró sonriente, con aire de complicidad.

- Ahora es tarea de unos pocos. Si no consigues que tu cuerpo acceda al territorio sagrado y se transforme en él, vivirás siempre como estás ahora.

Su sonrisa se ensanchó aun más, parecía disfrutar de aquella situación.

- Ahora no eres ni del mundo normal que tú conoces - le dijo tocándole un brazo - ni de nuestro mundo que todavía desconoces. Eres un hombre que vive en la frontera, en un mundo en el que nadie le acepta. Ni eres realmente del clan ni tampoco eres el que eras, sufres experiencias por ambos lados y eso te hace sufrir. Sólo te queda un camino.

- Yo ya me empeño Virsham - se quejó dolido Juan -. Trato de hacer lo que puedo.

- No, no se trata de eso Shirkam - le respondió suavemente -. Olvidas al enemigo del tiempo del presente. Tratas de controlar tus pasos y de hacer las cosas por tí mismo. No es la manera, tienes que ceder, dejar que el Gran Poder guíe tus pasos. Si no es así, nunca podrás atravesar la puerta que vigila el Guardián de la Joya.

- ¿Qué quiere decir? - preguntó intrigado ante la mención de nuevo de aquel nombre

- Los hombres creen que es sencillo conectar con el espíritu - replicó el anciano - Creen que no tienen que luchar para hacerlo. No saben que aquello que es puro es guardado celosamente para que sólo el que lo merece pueda obtenerlo. Así es la Ley.

Juan calló absorto pensando en la posibilidad de que todo lo que estaban hablando fuese

pura imaginería, que fuese el simple credo de aquel hombre anciano sentado a su lado. La forma ambigua que tenía de referirse a su oficio le hacía temer que simplemente estuviera aprendiendo un curanderismo obsoleto y caduco ante los avances del moderno conocimiento.

El anciano giró su cabeza y le miró reflejando cierta burla en su rostro. Parecía que estuviera adivinando lo que pensaba. Por un momento se sintió confundido y avergonzado de que aquello realmente pudiera ser así. Confundido porque esa idea negaba sus creencias científicas, avergonzado porque si era así sus pensamientos le mostraban al anciano lo dubitativo que todavía él era.

Virsham suspiró profundamente meneando la cabeza en un asentimiento lento y paciente.

- Ya te he contado - su rostro bruscamente se volvió grave - que antes de poder comunicar con el Gran Poder tienes que saber comunicar con tu propio poder.

Se agachó y dibujó una linea recta en la tierra. Se irguió lentamente y le señaló con el dedo aquel trazo.

- Todavía no eres estricto - murmuró suavemente -. No eres recto en tu pensar ni en tu sentir. Sigues recorriendo el camino de la serpiente. Cuando hayas llegado al final y ates los cabos de tí mismo podrás entonces empezar a atar los cabos que unen el Cielo y la Tierra.

Juan meneó la cabeza confundido. No conseguía encontrar un sentido claro a lo que oía.

- ¿Pero qué tengo que atar en mí Virsham? - le respondió aturdido .

El anciano volvió a agacharse y dibujó un circulo en un extremo y otro en la parte superior de aquella línea. Giró la cabeza y le miró sonriente.

- ¿Recuerdas Shirkam? - susurró lentamente -. Estas recorriendo la serpiente multicolor, la escalera del arco iris que te llevará de la oscuridad a la luz.

Algo en su interior comenzó a moverse, sintió que su columna vertebral comenzaba a ponerse rígida, y algo como la voz de un sueño le dijo que aquel camino era el hueco de su interior. Sintió que su mente se oscurecía y comenzó a advertir que algo se movía dentro de él, como una corriente viva que formase parte de su propia carne,

- Tres guardianes hay que vigilan las tres puertas - sonó una voz en la lejanía -. Seis pasos son los que andarás. Uno vigila el principio, otro el medio, otro el final.

Valverde parpadeó tratando de volver a tomar conciencia de la realidad. Al instante el

recuerdo de aquellas palabras se borró de su mente.

- ¿Qué decía Virsham? - sabía que algo había oído pero no conseguía apresarlo .

- Decía que ya es tarde y que Shanila debe estar esperando tu vuelta - le sonrió el anciano-. Por lo demás no te preocupes, mientras estés como aprendiz no tienes por qué trabajar.

El viejo se encogió de hombros.

- Es una costumbre - le miró ceñudo al instante y le hizo un gesto de advertencia con el dedo -. Primero trabaja dentro, luego tendrás el resto de tu vida para hacerlo fuera.

El joven se levantó. Ya no sentía tanta impaciencia en su alma como al inicio. Se sentía relajado y con una sensación densa en su interior. Se despidió afablemente y tomó el camino hacia su casa. Virsham quedó absorto mirando cómo se alejaba, finalmente meneó la cabeza sonriendo. Recordó lo impaciente que había llegado a ser él de joven y se encogió de hombros. El ritmo de todo lo imprimía el compás del Universo.

Sintió que se iba haciendo viejo y deseó que antes de morir pudiera tener la dicha de poder cumplir todos sus sueños en este mundo. Contento dió una palmada, se levantó y entró dentro de la casa llamando a voces a la mujer de su corazón.

Desnudo miró fijamente las brasas. No tenía prisa porque sabía que de nada servía tratar de acelerar un proceso que era natural y que poseía su propio tempo. Hasta entonces el miedo a lo que le ocurría le había hecho tratar de acelerar aquellos extraños cambios que ocurrían en él, y que veía reflejados, como en un espejo, en su propio cuerpo.

La ansiedad había sido su constante hasta entonces. Lo pensó a medida que iba echando pequeños manojos de la hierba sagrada en el fuego. Mientras inhalaba el aire supo que no sólo era un mal moderno lo que padecía. No es que sólo fuese un hombre acostumbrado a un ritmo más rápido que el natural, era algo más profundo que le había dejado un oscuro temor en su interior.

Ese algo era la muerte, la sensación de que era mortal. Su empeño neurótico y compulsivo de llegar a una meta escondía una verdad terrible para su mente, y aquella información se hallaba ocultada en la profundidad de su carne bajo el constante latido de su corazón.

El era viaje, él era movimiento, y aquel saber le indicaba que todo inicio tenía su final. Su cuerpo sabía de la muerte, su mente creía ser eterna. Su cuerpo le susurraba que era un animal viajero del tiempo, su mente gritaba exigiendo arrongarse el título de divinidad. En esa disputa se había visto impelido a buscar algo que le asegurara que no existía la muerte.

Pero el saber le afirmaba lo contrario. Todo nacimiento es muerte, toda muerte un nacimiento. La esencia del cambio consistía en ese movimiento temporal, y era su mente la que, rígida y estática en su credo, había negado dicha verdad. Valverde comprendió que trataba de resistirse a ese paso del tiempo, que prefería morir por su propia mano que asistir a ese cambio en vida. Miedo a cambiar, a dejar de ser el que era para convertirse en otro.

Vió que el tirano que le subyugaba sólo podía actuar desde el pasado. En el presente nada podía hacer salvo influir en la decisión para que siguiera siendo suyo; su alcance era limitado pues el reino del futuro le era vedado aunque tratase de convencerle de que nada podía alterarse.

Juan comprendió que aquella muerte iniciatica era el fin de aquellas cadenas de enfermedad que oprimían su ser desde la oscuridad del pasado. Poco importaba ya quién había sido hasta entonces, porque comenzaba a vislumbrar en su horizonte que un futuro lleno de esperanza le aguardaba. Otro mundo se abría ante él, la posibilidad de un vivir nuevo y fresco alejado de todos los dogmas de su falsa y rígida personalidad que sólo le había hecho sufrir innecesariamente.

Dió una palmada involuntariamente y comenzó a oscilar lentamente adelante y atrás, columpiándose en su cuerpo. Sabía que dos presentes luchaban continuamente en su existencia, y que uno de los dos tenía que morir porque eran contrarios.

Uno era abierto al futuro; otro cerrado y atado al pasado. Uno hablaba de vida y esperanza, otro de muerte y derrota. Uno quería seguir camino hacia adelante, hacia los nuevos y continuos momentos de la existencia; otro pretendía quedar rígido y estático en la contemplación de sus dogmas .

Bajó la cabeza comprendiendo que la acción sanadora residía en la unión del presente con el futuro, que era la ruptura de la influencia en el vivir de un pasado enfermo y compulsivo para vincularse a un mañana de apertura y salud. Sintió que al final de aquel camino que tan largo se le antojaba aparecía un amanecer que era el que había guiado sus pasos. Había

descendido a la oscuridad para encontrar la causa de su mal, para averiguar la fuente de su enfermedad que le hacía ser infeliz.

Allí, en su interior, había encontrado miedo oculto bajo muchas apariencias. Y había sido éste el que le había esclavizado para que nunca tratara de escapar de sus hilos, para que no pudiera existir en libertad bajo sus propios deseos. Eran tantas las formas tras las que se velaba que resultaba imposible reconocerle en el simple pensar.

De ahí su locura provocada por el clan. Había roto con sus mecanismos habituales de cognición para adentrarse en un territorio lleno de sorpresas que le desbordaban continuamente. La negación, parte contraria necesaria para que destacara su afirmación, se había convertido a través de las experiencias de dolor de su vida pasada en la tirana de su sentir. Su capacidad de afirmación se había visto mermada por ello, se había vista atada a las rígidas cadenas de una ideología fruto del miedo y el dolor.

Aquel que creía ser, aquel a quien tenía que defender de las vivencias que experimentaba en la isla resultaba ser sólo el caparazón racional de una ciega obediencia irracional a dogmas y supuestos de la existencia. Su enajenación le condenaba una y otra vez a repetir los mismos errores, los mismos sufrimientos.

Era como un circulo vicioso en el que cada dolor le conducía a insistir en su creencia que le llevaba de nuevo al dolor. Su emoción enferma le empujaba a creer ideas enfermas las cuales le volvían a llevar a emociones enfermas. Sin posibilidad de escape, se había visto condenado a ese existir durante años y años de su vida.

Sonrió sintiendo la verdad que surgía en su interior. Había comenzado a dejar de creer en sus ideas rígidas por fruto de una emoción que había circulado desde que conoció a Shanila. Sí, una sana emoción había roto el mecanismo que le hacía ser esclavo. El siempre había creído que tenía que cambiar de filosofía, de visión ideológica de la realidad, para cambiar su estado emocional triste y angustiado. Y no era esa la manera de curarse.

Era desde un estado emocional positivo desde donde podían afirmarse las ideas que permitían contemplar la realidad. La isla le había llevado a Shanila, y ella le había llevado a soñar por un instante que todo era posible, que la magia existía por sí misma.

Su lucha había sido la del corazón contra su mente perversa, contra aquello que trataba de esclavizar el flujo de la vida mediante la negación de la soberanía del corazón. Al amar a

aquellos ojos oscuros había entrado en él una nueva emoción, un nuevo sentir que le había dado fuerzas para negar a la propia negación. Para volver de nuevo a comenzar desde esa alegría de vivir.

Por ello había tenido que luchar, porque aquel que no quería morir, volver a nacer a una nueva experiencia, se resistía a aceptar la aparición de una nueva visión de la realidad fruto de ese amor. Para liberarse de su pasado había tenido que esperar a que su mañana brillara en el horizonte, para que así el presente pudiera ser territorio de batalla.

Y la guerra resultaba agotadora y difícil, porque toda duda y toda vacilación eran aprovechadas por el enemigo. Aquel enfermo vivir prefería acabar con todo antes que aceptar un nuevo vivir libre de su obediencia. Su cuerpo era el testigo mudo de aquella brutal lucha entre los dos mundos en que Valverde se había dividido.

Y paso a paso, palmo a palmo, un nuevo Juan avanzaba en el territorio de su interior. Cada avance era una pugna, y su continua oscilación emocional eran las victorias y derrotas que se sucedían en la conquista de sí mismo.

Corazón luchaba contra razón, y ésta no quería cambiar, morir para renacer en una nueva ley. El soberano de su cuerpo, marcando el tiempo de vivir con sus latidos, había llevado a Juan por los caminos del mundo en busca de fuerzas para poder enfrentarse al rígido dogma que aprisionaba su alma. Y a medida que las encontraba la lucha había ido siendo cada vez más encarnizada, porque en última instancia aquello que estaba en juego era su propia vida.

Cada debilidad ante el tirano resultaba fatal porque eran grietas por las que entraba el ejercito enemigo. No podía existir pausa en aquella guerra hasta que uno de los dos bandos fuera vencido y obligado a acatar obediencia.

Valverde escupió con desprecio ante aquella enferma mente cuyas leyes le habían llevado a negar no sólo lo que dictaba su corazón sino también al Sentido del Universo. Se dió cuenta de que una época enferma le había educado y conformado para que se integrara en ella, que su mente se había visto esclavizada a dejar de escuchar lo que le decía el corazón.

Su mente sólo se escuchaba a sí misma, en un continuo monólogo de palabras donde sólo eran aceptadas más palabras. Su cuerpo completo se había visto prisionero de una hipertrofia del hemisferio izquierdo. Aquello podía resultar ridículo pero sólo escondía una

información en el fondo. Juan sabía ahora que era su intelecto el causante de su resistencia al cambio, que era él la causante de la división de sí mismo al no querer aceptar la soberanía de su corazón.

Sus consignas eran las que le habían hecho creer que tenía que protegerse de todo aquello que pudiera resultarle amenazador para la existencia de la imagen de sí mismo y del mundo que poseía. Le había insinuado que era la única razón, el que poseía la verdad, y que todo lo ajeno a su discurso era irracional y por tanto falso.

Ser animal que pretende en su racionalidad abarcarlo todo, Juan había llegado a creerse un dios como todos los hombres civilizados de su época. Quería creer a pies juntillas todos los inventos surgidos de enfermos hombres que sólo habían creado muros y prisiones. Pero algo oscuro, que siempre había sentido con temor, le había empujado a lanzarse hacia la aventura, hacia la irracionalidad, hacia la esperanza de un mañana reflejado en la existencia de aquella isla poseedora de mitos antiguos.

Testigo de la guerra entre dos mundos, lucha que había surgido bajo el grito de la esperanza, había ido avanzando cada vez más en su interior, hasta que por fin comenzaba a poder encararse directamente con el regente tirano que le condenaba en vida.

Valverde respiró hondamente. Todo su cuerpo brillaba reluciente por el sudor. Sentado orgulloso sintió su ser, que era su cuerpo, que era su mente, y sonrió. Sintió cada batalla en su carne, sintió cada plaza conquistada al enemigo. Supo que no tendría que preocuparse por recordar porque ahora comenzaba a comprender simplemente.

Aquel túnel oscuro le llevaba a un nuevo amanecer. Dejó que la esperanza de aquella luz le inundara.

- Desde la oscuridad a la luz un camino recorres Shirkam - sonó la voz del anciano .

Juan asintió lentamente, comenzaba a vislumbrar la vía que unía su interior.

- Es hora de que ates lo desatado en tí. Has recorrido el camino ancestral de nuestro cuerpo. - le tocó el coxis y luego la parte superior de la cabeza - Un camino estrecho y difícil, pleno de obstáculos que toman forma para evitar el avance de tu voluntad. Ahora sabes el sufrimiento que guarda tu interior.

El anciano comenzó a musitar una especie de canto repetitivo y monótono. Un calor comenzó a inundar al joven que surgía desde lo más hondo de su cuerpo. Sintió que algo se

abría en su cabeza y cómo una especie de rayo de luz le atravesaba verticalmente.

- Arriba la luz, abajo la oscuridad, y tensa como una cuerda la serpiente de los colores - musitó Virsham -. Entra en el laberinto de tu cuerpo y encuentra por fin la salida.

Juan comenzó a respirar con rapidez, como si el aire no consiguiera llegar a su cuerpo. Algo extraño comenzaba a invadirle, como una presencia desconocida.

- Sí Shirkam, fuerza las puertas. - le incitó el anciano -. Mira el fuego y descubre al guardián que custodia el saber de la serpiente, el poder de nuestra Diosa.

Comenzó a fijar su atención en el rojizo resplandor. Lentamente una visión comenzó a surgir de las brasas.

El Señor del Misterio se hallaba ante él. Guardaba la entrada a una caverna. Valverde supo al mirarla que allí dentro moraba el secreto del poder. Allí, en la raíz de su cuerpo, comenzaba el lento caminar por los senderos serpenteantes de la Diosa.

Avanzó decidido. Al entrar un rojo furor invadió su cuerpo. Supo que aquella energía era la base de su poder, que era la herencia que guardaba celosamente las entrañas de su cuerpo.

- Sube Shirkam por el camino de la Señora de la Tierra - susurró el anciano -. Encuentra lo que hay detrás de la puerta.

Sus genitales comenzaron a vibrar, sentía los testículos como entes vivos con su propia dinámica. Instintivamente contrajo su esfínter anal y una ola de energía subió como una descarga eléctrica.

Ante él, iluminado por antorchas, encontró un enorme toro negro que le miraba con ojos de fuego. Sonrió ante lo que estaba detrás de él. Un falo erecto, un menhir de poder, se hallaba custodiado por el astado. Era su propia fuerza viril la que se encontraba allí.

Sintió un ardor que subía por su vientre, sintió el coraje del hombre, el ánimo que empujaba a los miembros de su especie.

- Has entrado en la estancia del fuego Shirkam - habló el anciano -. Aprender el dominio

del fuego es la primera llave de nuestro arte.

Valverde sintió cantos lejanos que le llamaban desde la antigüedad más remota, como un mensaje que le llegaba encadenado por cientos de hombres anterior a él. Sintió su cuerpo como un gran animal que era poseído por una corriente de fuego, y abrió los ojos notando cómo desprendían el fuego de su ira.

- Sube Shirkam, asciende en pos del Señor del Fuego - le ordenó el viejo hombre-médico .

Juan llamó al padre Sol y sintió que una luz le indicaba el camino. Siguió recorriendo aquel mundo laberíntico guiado por ese rayo de luz. Un ardor se produjo en su ombligo, y se encogió fuertemente recordando la quemadura de su iniciación como hombre. La conexión con su antiguo mundo maternal se hizo viva y presente.

El camino se hacía más hondo aún, entró decidido por los recuerdos de su infancia, atravesó el agua maternal que le había protegido y aquella corriente viva siguió subiendo por su cuerpo inundando de alegría su pecho. Levantó la cabeza y sonrió contemplando la visión de su interior.

Un resplandor dorado atrajo su atención y miró más adelante. Allí seguía el camino iluminándose cada vez más con el fulgor del oro haciéndose más hondo a medida que avanzaba.

De pronto llegó al centro de su viaje y allí contempló al Señor de la Luz en su interior. Un niño dorado le sonreía desde su verde morada.

El anciano comenzó a dar palmadas y musitar una canción. De pronto los oídos de Valverde se abrieron y pudieron escuchar el nombre que susurraba melódicamente Virsham. El viejo calló de pronto y le miró sonriente con una limpia alegría en su rostro. Afirmó lentamente con la cabeza.

- *Ishú*, el Señor de nuestro corazón - le dijo suavemente -. Aprender a comunicar con el Sol interior es la segunda llave de nuestro arte.

Valverde sintió que había llegado al fin de su camino, que por fin había llegado al motivo de sus desvelos. Allí en el centro de la tierra, allí en lo más hondo de los caminos de la mina

que había ido forjando día tras día había encontrado el oro de sus sueños. Allí, bajo el silencio del profundo sueño habitaba al compás de su corazón el alma inmortal que le recordaba su más antiguo origen.

- Es hora de que marques tu camino y expreses tu voluntad - susurró el anciano -. Comienza el camino de la espada, forja tu rectitud.

Valverde se resistió a la orden. Se sentía tan a gusto en ese estado que no quería abandonarlo. Sin embargo algo tiró de él y supo que de nada servía la sabiduría de su centro interior que le comunicaba con el Dueño del Poder si no volvía a la superficie.

Quiso avanzar pero el temor a la muerte se le hizo presente, supo que su vida era un río que le llevaría a la mar, y aguas azules le invadieron. El correr de su existencia se hizo presente y supo que tenía que ser puro, expresar aquello que guardaba su interior, en lo más hondo de sí. Sintió como si una corriente fresca inundara su garganta.

Subió y subió hasta llegar a su frente, y allí quedó aquella corriente fresca depositada. Sintió que era él, que todo el camino acababa allí y suspiró relajado. Supo quien era el guardián de aquel lugar, miró al anciano y éste le sonrió ampliamente.

- Tú eres el Guardián de tu saber Shirkam - le dijo -. Tú el que gobierna y decide en tu vivir. La forja de la mente es la tercera llave de nuestro arte.

El anciano comenzó a cantar de nuevo. Juan sonriente mecía su cuerpo sintiendo por fin su propia conciencia, su propia identidad. De pronto su cabeza pareció hincharse y notó la bóveda de su cabeza. Algo como un grito oscuro y salvaje quería salir de él, atravesar aquella limitación que era su cabeza.

El anciano se levantó, y quedó fijo mirándole de manera extraña, como sorprendido de algo que parecía surgir de Juan. Se dijo algo y meneó la cabeza sonriente.

- Eres un elegido Shirkam - susurró el viejo -. No cabe duda.

Volvió a sentarse y ceremoniosamente extrajo algo que llevaba guardado en una tela con dibujos de colores.

- Te ofrezco el signo del poder de nuestro clan - le enseñó una vara pintada de colores -. Representa el camino realizado desde la oscuridad a la luz.

Valverde cogió el palo, apreció que una de sus puntas era roja y otra violeta, Inmediatamente supo el significado de la ordenación de los colores, era el espectro del arco

iris.

- Con ella pondrás equilibrio entre las dos serpientes - le mostró las dos manos con gesto solemne -. Con ella gobernarás sobre la fría y la caliente, sobre el fuego y el agua, sobre el descenso y el ascenso.

Juan sintió que su dualidad podía reconciliarse en un nuevo sentir, relajado miró largamente aquel palo, y algo oscuro y lejano volvió a llamarle. Irguió la cabeza y algo como un quejido surgió lentamente de él. Quería atravesar una última barrera y no sabía cual era.

- Quieres volar al infinito Shirkam - murmuró el anciano -. Es hora de que veas por tí mismo la última meta de nuestro clan.

Le señaló la salida y en silencio salieron reptando por el túnel. Al salir el aire fresco y los sonidos de la noche les envolvieron. Al levantar su mirada el manto estrellado de la Noche le saludó. Irguió sus brazos e instintivamente los levantó hacia el cielo. Como un niño que buscase los brazos de su madre un gemido hondo surgió de sus labios.

- La Gran Puerta - susurró lentamente el viejo sabio -. Aquella que sólo traspasaras en el momento de la muerte.

Juan sintió que su alma volaba sumergiéndose en la profundidad del Universo. Una fuerte llamada le hizo perder su conciencia y recordar algo tan oscuro que no podía localizarlo. Sorprendido frotó su cabeza tratando de recobrarse.

- Por más que vueles no podrás traspasarla del todo. La Dueña sólo nos deja volar hasta un punto, sólo los espíritus pueden ir más allá. - dijo Virsham mirando él también a las estrellas.

El anciano le tocó un hombro y le miró fijamente.

- Estas atado aquí y tu vuelo debe servir para descender aquello que guarda ese misterio - le señaló con el dedo hacia arriba - . Has de ser puente entre el Cielo y la Tierra, renacer en un nuevo mundo en el que puedes hablar con los espíritus que unen nuestro mundo.

Shirkam, el iniciado, contempló absorto el Universo entero que se mostraba a su mirada. Más poderosa que cualquiera de sus visiones internas se hallaba aquella visión que el mundo le ofrecía. Allí estaba todo, y él, con los pies en la tierra, erguido e inmóvil, tenía la oportunidad de poder contemplarlo. Así de sencilla era su condición humana.

Un canto lejano e inaudible atrajo sus ampliados sentidos. Supo que en aquella isla, en el

interior más impenetrable de la selva, se hallaba el pueblo que había ido a buscar. Su certeza era clara, porque el aire susurraba un misterio que le hacía sentir un recuerdo oscuro y remoto.

- Sí, son los guardianes de la Joya - murmuró Virsham -. Están invocando a la Madre de las Estrellas.

Juan giró la cabeza instintivamente y su mirada se centró en la Luna. Algo cada vez más hondo le llamaba, como una sensación extrañamente familiar. Comenzó a sonreír sintiendo que su camino no había acabado. Estaba aprendiendo un oficio, pero más allá de esa labor de curación supo que se hallaba algo libre y salvaje, algo que el ser humano hacía por que sí. por una pura llamada que surgía de su interior.

- Ellos son el origen de todos los clanes - habló Virsham absorto mirando las montañas en la lejanía -. Nunca perdieron la conexión, y siempre son fuente desde la cual todos hemos partido.

Valverde miró en la dirección de Virsham. Por fin sabía que aquel pueblo mítico que cantaba a las estrellas existía. Seres humanos como él pero que no habían perdido el recuerdo de su origen, pueblo cuya memoria mantenía viva y fresca el saber de la especie.

- ¿Cree usted que los conoceré algún día? - preguntó suavemente -.¿ Al pueblo de la Luna y las Estrellas.?

El anciano le miró sonriente, y en aquella mirada Juan supo que su destino había sido marcado para aquel encuentro. Que todo aquel caminar repleto de misterio había servido para llegar a un misterio aun mayor que le aguardaba oculto en la oscura faz iluminada del Universo.

6.

El Camino

Virsham llegó temprano a su casa provisto de una bolsa con bebida y alimentos. Cuando el enfurruñado Juan le saludó el anciano le miró burlón.

- ¿ Qué hay que hacer tan temprano Virsham? - le preguntó con un enojo mal disimulado. La modorra todavía le insinuaba que volviera a la cama inmediatamente .

El anciano dejó solemne la bolsa encima de la mesa del comedor, sonriendo a Shanila con afecto.

- Hoy vamos de excursión. - dijo en tono festivo .

- Bueno - se encogió de hombros Juan pensando que podría haber llegado un poco más tarde .

Se despidió de su mujer y comenzaron a salir del pueblo. Caminaban en silencio y Valverde trataba de imaginar qué nueva sorpresa podría esperarle. El camino que tomaban les llevaba a un pueblo más grande, algo ominoso empezó a aparecer en la mente de Juan.

- ¿No me preguntas donde vamos? - le inquirió sin mirarle el anciano .

El joven asintió mientras trataba de despejarse del todo de los últimos restos del sueño. Suspiró y le hizo la pregunta sin mucho interés.

- A Samarinda - respondió seco mientras continuaba andando .

Juan quedó clavado en el suelo sin poder moverse. La sola mención de aquella ciudad le hizo recordar el infierno que había pasado la última vez. Un fuerte temblor hizo que sus rodillas se doblaran, por un instante Juan presa del pánico pensó en volver al pueblo corriendo sin mirar atrás. Respiró hondo tratando de calmarse.

- No hay por qué preocuparse - trató de tranquilizarle el anciano mientras continuaba andando -. Voy contigo.

Juan miró cómo Virsham seguía avanzando dejándole atrás en el camino, comenzó a correr tras de él para alcanzarle. Le adelantó y se puso enfrente tapándole la marcha.

- Todavía no estoy preparado - habló con el mejor tono de súplica que poseía.- Esperemos un tiempo más, se lo pido como un favor especial.

El anciano le esquivó y siguió marchando sin responderle. Juan sintió ganas en aquel momento de golpear al anciano, un arranque de furia le hizo mirar su nuca con una agresividad mal contenida. No tenía por qué hacer caso siempre a aquel hombre, ni mucho menos suplicarle.

- Tú eres tu guardián - le gritó el viejo mientras seguía andando perdiéndose en el camino - Recuerdalo Shirkam.

Al instante Valverde sintió una sensación entre sus dos ojos y recordó la última experiencia con el humo de la serpiente. Suspiró arrepentido y volvió a acelerar el paso para alcanzar al anciano.

- Perdoneme Virsham - murmuró mirando al suelo .

El anciano se encogió de hombros.

- No tiene importancia - respondió impasible -. Tienes miedo a lo que vas a encontrar, y por ello has debilitado tu poder. Es natural en un aprendiz.

Juan se sonrojó, no le gustaba nada que le dijera aprendiz. Caminaron en silencio hasta llegar al pueblo donde cogerían el autocar. Compraron el billete y se sentaron en la terminal esperando a que llegara. El anciano sacó unas frutas de la bolsa y se las ofreció. Comenzaron a comer absortos cada uno en sus mundos.

- Has atravesado la puerta que lleva al dominio de nuestro arte - rompió el silencio Virsham -. Es el momento que aclaremos algunas cosas.

Valverde se irguió en el asiento, por fin llegaban las explicaciones que tanto necesitaba.

- Cuando tú entrastes en el clan llegaste con el alma enferma - le miró fijamente y sonrió -. Eso es natural del mundo de donde vienes, por ello tuviste que aprender a eliminar tu enfermedad.

El joven asintió en silencio.

- La práctica de nuestro arte - enfatizó las dos últimas palabras tocándose el pecho - se inicia con la operación menor, cuya meta es limpiar de contenidos todo aquello que obstaculiza el fluir natural del poder.

Virsham extrajo otra fruta y comenzó a pelarla cuidadosamente. El impaciente Juan comenzó a ponerse nervioso ante aquella ruptura del discurso. El viejo le miró de reojo y le sonrió burlón.

- ¿Ves tu poder ? - le dijo sonriente - Aún no dominas tu mente, reacciona ante cualquier cosa sin disciplina. Esa es la enfermedad de la mente, la esclavitud del exterior o del interior . Estás obsesionado por llegar a un punto final y eso es lo que no te permite avanzar.

- ¿Qué quiere decir Virsham? - respondió intrigado.

- Como bien sabes -le miró significativamente - el enemigo provoca que fijes tu mente de tal manera que no tengas posibilidad de escape. Te hace esclavo de tus percepciones internas y externas provocando que siempre reacciones de la misma manera.

El anciano levantó sus manos y se las mostró abiertas.

- La mente no tiene forma, es invisible. - le dijo acariciando con sus manos el vacío - No puedes hallarla en ningún sitio de tu cuerpo.

- No entiendo qué quiere decir - respondió confundido. Estaba seguro que se hallaba situada en su cerebro, es más que era su cerebro .

- Tu mente es invisible, es cuando se aferra a algo, cuando se esclaviza en un objeto, cuando se hace visible. - le explicó mientras seguía comiendo la fruta - Tú ves la reacción de tu mente a una percepción, no tu propia mente.

Juan parpadeó sorprendido.

- Como ya te he dicho - continuó sin mirarle - lo primero que tenías que hacer era eliminar la enfermedad de la mente, la obsesión, el continuo girar sobre los mismos lugares que te tenían atrapado. Para ello tuviste que internarte en el pensamiento para poder liberarte de él y de sus contenidos que te hacían sufrir. Ahora que has eliminado tu enfermedad debes eliminar también el deseo de liberarte de la enfermedad

- ¿Cómo puede hacerse eso? - aquello le resultaba difícil de entender .

- Sabes que todo queda adherido en la mente, y que es eso lo que te hace sufrir. - meneó la cabeza sonriente y prosiguió -. Para ser un maestro en nuestro arte tienes que olvidarte de que lo tu dolencia y practicar nuestro arte por propio deseo hasta que conforme tu propia naturaleza.

El autocar llegó deteniendo la conversación en aquel punto. Al sentarse en el asiento Juan recordó su anterior experiencia en la ciudad y volvió a sentir temor.

- ¿Ves ?- murmuró el anciano - Las cosas ocurridas encadenan la mente cuando ésta tiene dudas. Te has quedado atado a un miedo y no sabes cómo liberarte de él.

Juan trató de olvidar su recuerdo pero por más que insistía éste se hacía más fuerte. El autocar comenzó a marchar y la sensación ominosa se hizo aún más presente. No las tenía todas consigo, pensó en su interior.

- ¿Qué puedo hacer Virsham? - le miró angustiado -. Tengo miedo de ir a la ciudad

- Todavía guardas cosas en tu interior - le respondió- Tú eres el guardián de tu mente, tú el que tienes que forjarla con nuestro arte. En el momento en que pierdes la calma, en que te sientes agitado, te debilitas y pierdes poder. Debes desembarazarte de todo pensamiento de lo que va a ocurrir, no te unas a tus recuerdos. Cuando algo se sabe uno ya se olvida de recordarlo, se lo ha apropiado, es suyo ya por naturaleza.

- ¿Pero cómo voy a hacer eso? - volvió a preguntarle inquieto .

El anciano le miró sonriente pero con una sombra de disgusto en sus ojos.

- Ya te lo he dicho - le respondió con un tono que delataba una paciencia agotada -. Tienes que limpiar tu mente de todo resultado, cuando todo desaparece ya no resuenas al mal que encuentres en el exterior. Tienes que olvidarlo todo para así dejar que sea el poder el que funcione espontáneamente.

El joven calló y trató de dormir. El viaje se hacía cada vez más y más tenebroso.

- Olvida lo aprendido, olvida todo lo que has aprendido. - murmuró el anciano contemplando el camino que recorrían - .Deja que se apodere de tí y actúe en tu lugar. No te empeñes y recuerda al enemigo del presente.

Giró su cabeza y le dió un coscorrón suave en la cabeza. Le sonrió burlonamente.

- Suprime la vigilancia de tu mente, el mirarte si lo haces bien o mal, correcto o incorrecto - le dijo moviendo sus manos de un lado para el otro -. Si sabes sabes, si no sabes no sabes por más que te empeñes; si has aprendido bien ya no tienes que recordar nada de tu anterior aprendizaje. No te encadenes a las voces Shirkam, y reacciona sin pensarlo.

Juan asintió despacio y trató de relajarse. Virsham había cerrado los ojos y comenzado a dormir casi al mismo tiempo. Envidió la facilidad que tenía aquel anciano para relajarse, para no temer aquello que iban a encontrarse en la ciudad. Poco a poco el sueño comenzó a invadirle, y agradecido dejó que su conciencia se apagara en la noche de su alma.

Le despertó el tráfico de la ciudad e instintivamente se irguió tenso. Miró a Virsham que había adoptado una expresión grave y severa. Al bajar del autocar Juan quedó expectante esperando algún tipo de reacción. El anciano meneó la cabeza con disgusto.

- Estás buscando al enemigo antes de encontrarlo Shirkam - le recriminó severo -. Estás agitándote interiormente para así dejar que la agitación de este mundo se apodere de tí.

Comenzaron a andar por las calles, el ruido ensordecedor del tráfico hizo poner cara de

disgusto al joven. El anciano seguía caminando inmutable, como si nada de aquello fuera con él. Llegaron a una plaza bien concurrida y se sentaron en un banco. Virsham sacó las provisiones y le invitó a comer.

- Una vez que se elimina la enfermedad del interior- comenzó a hablar con tono serio - el practicante de nuestro arte está limpio, y por tanto es ya libre del deseo de liberarse de su enfermedad. Si sigue pensando en ello es que todavía está enfermo, obsesionado con librarse de ella practicando nuestro arte.

El anciano miró el cielo brillante y se sumergió en él. Sonrió y se desperezó como un felino ante el sol rutilante.

- Pensar en liberarse, en practicar insistentemente también es enfermedad, pues la mente todavía no es libre de actuar como le plazca. - hizo sonar las vértebras de su cuello al estirarse y sonrió - Por eso el camino puede volverse también un arma de doble filo, tienes que liberarte de la idea del camino.

- No acabo de entenderlo - Juan comenzó a mirar a la gente buscando sentir la resonancia en su interior de lo que eran. Sintió que de un momento a otro podía volver a sentirse mal, y aquel pensamiento le hizo empezar a sentirse enfermo .

El anciano dió una palmada y le miró con ojos brillantes.

- Ves lo que te digo - le dijo gravemente -. Tú ahora estás libre del enemigo, y el paso siguiente que has de dar es aceptar su existencia. Tienes que vivir en medio de la enfermedad sin que te afecte, liberarte de su presencia en los demás. Abandona tu obsesión de acabar con él porque no podrás, es asunto de cada uno.

Valverde comenzó a entender lo que quería decirle el anciano. Obligaba a su mente a fijarse en la enfermedad, impidiendo que funcionara naturalmente por sí misma. Tenía que olvidar que era un hombre-medicina, despojarse de sus pretensiones de salvar al mundo y aceptar lo que veía si no deseaba seguir obsesionado con la existencia del enemigo. Sonrió, aquella era la última trampa que le tendía el adversario: el obligarle a pensar en él a través de los demás, provocando que su mente quedara adherida y las voces pudieran volver a materializarse.

- Sí, pensar en liberarse sólo indica que la esclavitud todavía está en la mente - murmuró Virsham -. Tienes que dejar que tu sentir original fluya sin obstáculos, libre ante lo que

encuentre. Aceptar que vives en un mundo enfermo sin tener que pensar en él, confiando en el arte que practicas y olvidándote incluso de él. Volver a mirar al mundo con inocencia, dejando que tu saber reaccione sin carga alguna ante lo que se presente.

Juan asintió y comenzó a recordar su anterior experiencia en la ciudad. Se sentía bien en aquellos momentos. Trató de comparar su actual estado con el pasado y al instante surgió un temor oscuro que le invadía, las voces comenzaron a configurarse. Asustado dió un brinco y dejó caer la comida al suelo.

- No, no guardes nada del pasado - meneó la cabeza pacientemente el viejo indígena de la isla -. Olvida todo lo que hayas experimentado anteriormente, no lo utilices. Renuncia a él pues está muerto, deja ya que quede enterrado para siempre. Cualquier recuerdo provoca que tu mente quedé adherida a él y comience a resonar con lo similar en el exterior. Deja que lo que sabes actúe en tu lugar, deja que el lento camino llegue a su única conclusión.

Valverde suspiró y recordó la vara mágica que le había entregado, al instante se sintió centrado al recordar el poder de su cuerpo. Miró a Virsham buscando aprobación, y éste nada le respondió. Quedaron en silencio un rato mientras comían. Juan seguía recordando los puntos de poder que ahora conocía.

- Olvida, simplemente reacciona sin más - le increpó el anciano - No te fuerces a recordar, deja que todo llegue a su natural fin.

- Ya lo intento Virsham - se quejó lastimero - No crea usted que es fácil.

El anciano volvió a desaprobar con la cabeza

- No se trata de fácil o difícil - respondió - Sólo de dejar que lo que ocurra ocurra.

Calló un largo rato y se tocó el entrecejo.

- Sabes que tú eres el guardián de tu mente - habló pausadamente -.Eso quiere decir que tú eres el dueño de tus emociones, que tus estados de ánimo son los siervos de tu voluntad que es el amo.

Hizo una pausa y le señaló con un gesto las personas que les rodeaban.

- Ellos son esclavos del exterior y del resultado de su interior - le miró y tocó su pecho - Nosotros somos dueños de nuestro interior. La mente está en nuestro interior, y las emociones son la puerta al exterior. Tu voluntad es el guardián del umbral para que sólo atraviese por la puerta el ánimo que tú elijas.

Quedó callado dejando que Valverde asimilara las palabras. Suspiró y continuó.

- Lo que hagas y experimentes se debe a las ideas que están en tu mente antes de abrir la puerta. - insistió con tono pedagógico -. Si dominas tu interior, el poder que posees, entonces de manera natural la acción surgirá obediente a su amo.

Respiró hondamente y le sonrió. Continuó comiendo en silencio, dejando que Juan reflexionara sobre lo hablado.

- ¿Quiere decir que no tengo que preocuparme por lo que haya fuera, sino por mi interior?-preguntó como un niño en una clase .

El anciano asintió en silencio. Acabó de comer y miró fijamente a Valverde.

- Lo que tú sientas de este mundo y lo que hagas es patrimonio tuyo. - le aclaró con voz lenta -. Debes controlar tu ánimo mediante la voluntad, aquietar tus emociones para impedir que te arrastren en su dispersión ante lo que encuentran. Si dejas que el poder madure en tu interior, entonces de manera natural actuarás libre y con soltura, sin estar atado a ninguna obsesión, libre de cualquier regla de conducta que te hayan inculcado en el pasado. Serás independiente del medio en que te encuentres.

Virsham aguardó a que el joven acabara de comer y se levantó desenvueltamente.

- Ahora vámonos, tengo que hablarte de algo muy importante - le susurró enigmático -. Es el centro de todo lo que hemos hablado, y forma parte del secreto de nuestro clan.

Comenzaron de nuevo a andar, el anciano parecía buscar los lugares de mayor aglomeración y tráfico. Juan comenzó a sentirse agobiado, pero trató de desembarazarse del efecto en su mente de aquellos continuos empellones de la gente a su alrededor y de los ruidos del tráfico. A medida que continuaba el paseo se introducían en la zona más céntrica.

Virsham se detuvo ante unos grandes almacenes y sonrió satisfecho. Le señaló que entraran y se vieron dentro de un maremagnum de personas que, oprimiéndose unas a otras, avanzaban lentamente mirando los productos que se exhibían. Juan comenzó a sentirse asfixiado, y en más de una ocasión perdió de vista al anciano. El sonido de las voces de la gente era tremendo, todos trataban de oirse en el gentío provocando que sólo se escuchara un ruido ensordecedor.

Valverde se sintió fatigado y exhausto mientras buscaba por cuarta vez la presencia del viejo. Era casi imposible distinguir a alguien entre tanta gente, sintió que alguien le empujaba

de mala manera para que avanzara y una ráfaga de ira le hizo volverse con presteza. Era Virsham que le miraba con su habitual cara burlona.

- Estoy aquí Shirkam - susurró provocando que su voz se hiciera casi inaudible entre tanto griterío .

Juan trató de forzar al máximo su sensibilidad auditiva, el anciano había comenzado a hablar mientras era zarandeado de un lado a otro por impacientes clientes de aquel digno establecimiento. Virsham se tocó el entrecejo y le señaló que mirara a su alrededor.

- ¿Qué dice? - trató de oirse en aquel tumulto .

El anciano le hizo el gesto de que mirara donde se encontraba. Juan no conseguía entender lo que decía, en el fondo tenía miedo a escuchar aquel consejo y encontrarse con aquello que temía.

- ¿Qué dice? - volvió a levantar la voz con la esperanza de no escuchar a Virsham.

- Que veas por tí mismo -sonó una voz suave y clara, distinta al griterío que les rodeaba.

Valverde quedó inmóvil mirando los ojos del viejo que le sonreía pacíficamente. Giró su cabeza y comenzó a contemplar el mundo donde estaba. Rostros contraídos pasaban a su alrededor, tensión mal digerida que buscaba un lugar donde descargarse. Sus ojos ávidos de recompensa miraban los objetos exhibidos en las vitrinas con un deseo ciego de apropiarse de ellos. Manos temblorosas recogían productos mientras el dinero era pasado de mano en mano. Era el único contacto que se establecía entre ellos.

Juan comenzó a sumergirse más profundamente en la sensación dominante en aquel lugar, y sintió cómo su poder, su virtud oculta, comenzaba a debilitarse. Una mano le tocó afablemente el hombro y supo que era la de su amigo Virsham. Giró su cabeza y le sonrió sabiendo qué significaba ser uno mismo su guardián.

- Vámonos - dijo el curandero dirigiéndose hacia las escaleras mecánicas.

Al pie de éstas se detuvo un momento, deteniendo el tráfico incesante de personas que lo tomaban. Una sensación de protesta comenzó a sentirse en aquel punto, nadie estaba dispuesto a esperar a nadie. Valverde miró inquieto al anciano y éste le sonrió alegremente.

- Te hablaré de la gran meta de nuestro arte Shirkam - dió un paso y subió un peldaño dejando que su cuerpo subiera .

Juan le imitó mirando sorprendido la tremenda sonrisa que exhibía aquel anciano.

Parecía estar disfrutando de una broma particular que le provocase mucha gracia.

- Esa meta es voluntaria, se ofrece por el derecho de haber nacido - susurró a su oído mientras llegaba a la primera planta .

Juan pisó el suelo y miró lo que allí se encontraba. Más de lo mismo simplemente, otro tipo de productos que provocaban idéntica respuesta en las personas que allí estaban. Dieron una vuelta completa mirando lo que se presentaba a sus ojos y volvieron a tomar la escalera mecánica. Virsham se detuvo de nuevo inmovilizando el tráfico, le miró fijamente y sonrió mientras comenzaban a sonar voces de protesta e insultos.

- Es el camino de la vida, el camino real del Cielo - le dijo mientras avanzaba su pie derecho y tomaba de nuevo la escalera -. El paso digno de un hombre de nuestro clan.

Subiendo miró hacia abajo un momento y luego le señaló hacia adelante.

- Todo lo opuesto al camino del Cielo - le murmuró antes de pisar la segunda planta - es digno de desprecio.

Valverde contempló lo que se ofrecía en aquella planta. Similar mundo, similares personas. Nada se alteraba, todo era idéntico. Se sintió independiente al no tener la necesidad de responder ante aquellos productos como hacía el resto de las personas de aquel lugar. Se sentía lleno, sin necesidad de adquirir nada del exterior. Dieron la vuelta por toda la planta y volvieron a coger la escalera. Similar maniobra de pausa hizo Virsham, similar reacción por parte de las personas de aquella planta. Agresividad, enojo, escape de maldad permitida por aquella simple acción del anciano. Juan sintió desprecio por la reacción de aquella gente.

- Lo llamamos real porque despierta en nosotros lo real que existe en nuestro interior - le susurró de nuevo cerca del oído.

Cuando comenzaban a llegar a la tercera planta, Virsham miró de nuevo abajo y le señaló adelante-.

- Ese camino es el de la Reina del Cielo - le dijo con suavidad - y va al Rey del Cielo.

Llegaron a la tercera planta. Todo igual, giro idéntico y encuentro con escalera y tumulto detrás de ellos. Virsham parecía estar disfrutando enormemente ante todo aquello.

- Seguirlo es el objetivo de nuestra vida - le dijo mirando el suelo-. El pacto eterno de nuestro ser con el Cielo.

Subieron a la cuarta planta y antes de llegar volvió a mirar abajo y le señaló de nuevo

hacia adelante.

- Nuestra vida se convierte en ese camino - le dijo gravemente -. En la tarea de nuestra vida.

En la planta cuarta Virsham le hizo dar de nuevo la vuelta observando todo lo que se mostraba a su alrededor. Era la misma sensación de siempre provocada por la misma visión de siempre. Se paró en la escalera al mismo tiempo que el anciano, y se miraron sonriendo ambos ante la impaciencia mostrada por los que aguardaban por tomar rápidos la escalera.

- Todo lo que no es del camino del Cielo - le susurró de nuevo - no nos importa.

Subieron de nuevo por la escalera automática y a mitad del trayecto el anciano miró de nuevo hacia abajo, y le señaló con su índice adelante.

- Lo real no es afectado por lo no real - dijo absorto al llegar al final de la escalera.

Pisaron suelo y empezaron a andar por la planta. Valverde había advertido que a medida que subían estaba menos concurrido el escenario que aparecía ante él. Comenzaron a dar la vuelta cuando Juan advirtió algo.

- Aquí no hay escalera, ya no podemos subir más - dijo deteniéndose.

El anciano meneó la cabeza de aquella manera tan singular suya. Le indicó que le siguiera y llegaron hasta una puerta donde se hallaba dibujado un icono de un hombre subiendo una escalera. Virsham se encogió de hombros.

- Es la puerta de servicio - le dijo sonriente abriendo la puerta e invitándole a entrar .

Juan entró y miró la escalera a cuyo final podía verse la luz natural del sol iluminado los peldaños. Virsham hizo una pausa ante la escalera, absorto mirando aquella escena.

- La luz marca el camino - le susurró y puso su pie derecho comenzando a subir .

Se detuvo a mitad del ascenso y miró hacia abajo. Luego volvió su cabeza hacia adelante y sonrió alegremente señalándole hacia adelante.

- Es el destino del camino- y volvió a emprender la subida de los peldaños que quedaban .

Llegaron ante una puerta con cristales y el anciano la abrió. Era la azotea del edificio. Entraron y el brillante azul del cielo inundó los ojos de Juan. Entrecerró los ojos y se encaminó hacia la barandilla. Desde esa altura podía verse la ciudad, el sordo clamor del trafico llegaba amortiguado, y el viento libre y salvaje azotaba su rostro. La ciudad entera era una conjunto

integrado de hombre y máquina, peatones y automovilistas marchaban sin cesar por aquella corriente viva de seres humanos.

- Mira Shirkam - le señaló el anciano hacia el horizonte .

Juan levantó sus ojos y miró hacia el punto que señalaba Virsham. Una enorme extensión de verde vegetación se unía al cielo azul de la isla. De allí habían venido ambos a visitar aquella ciudad, allí entre la selva se encontraba todo lo que amaba su corazón. Sintió la diferencia que se producía en su cuerpo al reaccionar al mero ruido de la ciudad y ante la imagen que el anciano le mostraba. Era el choque entre dos mundos.

Estuvieron contemplando el paisaje mientras comían y bebían de sus bolsas. Al bajar y tomar las escaleras automáticas el anciano se detuvo ante ellas. Le miró sonriente y le inquirió con la cabeza qué es lo que quería hacer. Juan respondió encogiéndose los hombros.

- Bajemos entonces por la escalera de servicio - le dijo burlón el anciano -. Nos irá bien para el corazón.

Llegaron ante las escaleras y de nuevo quedó quieto el viejo mirándolas absorto.

- Lo que es no admite dudas - le dijo seco -. Si tú sabes lo que es tu confianza debe ser inquebrantable. Poco importa qué opinen los demás, forja tu mente en la verdad que obtengas y mantén siempre una distancia infranqueable con la mentira que encuentres.

Comenzaron a descender en silencio hasta llegar a la planta baja. Allí volvieron a apretarse entre todo el tumulto de personas que incesantemente entraban y salían de aquel edificio. Juan dejó de resistirse, de temer que todo aquello pudiera contagiar su interior. No tenía de qué protegerse porque nada ocurría realmente amenazador para él. Sólo era uno de los muchos mundos que por allí se deslizaban.

Llegaron por fin a la salida y el anciano se quedó mirando absorto aquel gran edificio comercial. Comenzó a menear la cabeza en su manera habitual.

- ¿Has encontrado lo que buscabas allí Shirkam? -le preguntó sin dejar de mirar las puertas de entrada de aquel edificio .

Juan quedó callado mirando cómo entraban y salían sin cesar personas que de nada conocía. Allí, plantado en el suelo, inmóvil como un árbol, comenzó a menear la cabeza.

- No Virsham - murmuró -. No esta allí lo que busco.

El anciano asintió en silencio. Miró hacia arriba, y dejó que la luz inundara su rostro

sonriente.

El camino del Cielo no tiene precio Shirkam - respondió el viejo indígena .

En el viaje de regreso Valverde se sintió apoderado de una curiosa sensación. Sentía que algo traspasaba su coronilla, como si algo se estuviera clavando arriba de su cabeza.

- El camino de la vida es el camino del cielo - le dijo de improviso al medio dormido anciano .

Este abrió un ojo con una expresión de sorna. Suspiró paciente, como si a un profesor de matemáticas un niño le dijera la suma de dos más dos.

- Sí, hace falta valor para andarlo - le murmuró mientras se movía buscando una posición más cómoda para dormir .

Valverde quedó callado pensando en aquello. Era tan sencillo que no podía entender cómo no lo había comprendido antes. Toda su vida había sido una constante demanda de ánimo para seguir avanzando pese a las dificultades, cada paso realizado había sido un gesto de valor.

Suspiró satisfecho. Se había equivocado en su manera de concebir la valentía. Influido por ideas románticas de juventud siempre había creído que el valor se demostraba en grandes proezas. Había odiado la cotidianidad de su vida precisamente porque carecía de la posibilidad de demostrar el valor en suceso grandes y heroicos.

Sonrió ante la evidente influencia de su cultura. Expuesto a la contemplación de modelos heroicos había querido ser siempre uno de ellos. Al comprobar con el paso de los años que su existencia no le planteaba ningún escenario digno de un héroe se había comenzado a refugiar en el interior de su mente y en sus lecturas. Así había vivido hasta que un día algo había surgido en él que le había dado fuerzas para emprender su tan soñado viaje a la isla.

Miró por las ventanillas el verde camino que recorrían. Estaba allí, no cabía duda. Una idea surgió poderosa en su mente y zarandeó al anciano. Este volvió a abrir un ojo medio dormido.

- Es la esperanza la que permite el valor - le dijo excitado - la que nos permite la fuerza para seguir avanzando por nuestro destino.

Virsham asintió casi imperceptiblemente, luego murmuró algo.

- ¿Qué ? - se inclinó poniendo su oreja cerca de sus labios .

- Es la cadena que une nuestro clan Shirkam - le dijo en voz baja -. Es el regalo que el Cielo nos ofrece para poder seguir luchando por la libertad.

Valverde sonrió ampliamente. Se sentía contento, pero algo inquieto por aquella sensación en su coronilla. Se atrevió por fin a decirle claramente al anciano lo que le estaba ocurriendo. Este abrió los ojos y se irguió vivamente.

- Es la puerta del camino del Cielo - le dijo excitado -. Tienes un don muy especial al haberte dado el Dueño del Poder este privilegio.

Juan se quedó pasmado ante la reacción de aquel anciano. No creía que aquello fuera para tanto, y por lo visto resultaba más importante de lo que él pensaba. Comenzó a barruntar que aquello realmente no acababa allí.

- ¿Qué quiere decir Virsham? - le miró preocupado .

- El Cielo te ha lanzado el cabo, ahora puedes comunicarte como desde el origen lo hicieron los hombres - le respondió sonriente -. Tienes la conexión con la Madre y con el Padre, lo has conseguido.

Juan quedó estático mirando el rostro del viejo. Este puso cara de confidencia y le señaló con un dedo.

- Sabía que ibas a ser un miembro aventajado de nuestro clan - se tocó el pecho orgullosamente y continuó- Por eso te apadriné desde el principio, me lo dijo el viento de la noche cuando te conocí. Eres el primer extranjero que ha entrado en nuestro clan.

Le dió dos besos en las mejillas y le sonrió contento. Juan también sonrió alegremente.

- Ahora ya puedes aprender a practicar nuestro oficio - le dijo el anciano .

El joven calló un momento confundido.

- ¿Ha dicho aprender? - preguntó inquieto ante lo que esperaba oír - Creía que ya había acabado mi aprendizaje.

El anciano sonrió afirmando lentamente con la cabeza.

- Sí, a partir de ahora comienzas a ser un hombre sano y libre de la esclavitud interna - le miró de reojo y sonrió burlonamente -. Por supuesto aprender a curar a otros es otra cuestión, se basa en el dominio de tu poder pero sólo la práctica de curar te enseñará cual es tu método

particular.

Juan comenzó a pensar que aquello no se acabaría nunca.

- Ya te dije que es un arte, cada artista adapta las leyes de nuestro clan según su propia forma de ser - se encogió de hombros y volvió a mirar a la ventanilla-. Lo que te queda es lo más fácil del camino.

Valverde suspiró agotado. Pensó en el largo camino emocional que había realizado, y en cómo mirado de otra manera sólo hacía apenas más de un año que había llegado a la isla. Sus mayores fantasías se habían transformado en realidad, no tenía motivo de queja alguno.

- ¿Quiere decir que ya puedo trabajar, practicar el oficio del clan? - preguntó esperando la respuesta afirmativa .

Virsham le miró y meneó la cabeza afirmativamente.

- Sí, empezarás acompañándome y cuando yo me retire te cederé mi puesto en el pueblo- le miró sonriente -. Es natural que quede en familia.

Juan asintió suspirando satisfecho. Al menos ya tenía una labor que le permitía sentirse útil en su comunidad.

- No olvides sin embargo lo más importante - le advirtió el anciano -. Tú mismo y tu camino real. Esa es la fuente del poder de la medicina, sin ella no tendrás posibilidad de curar. Sin el vínculo con el Gran Poder no sirve de nada lo que hagas. Tienes que seguir practicando nuestro arte en ti, perfeccionándote día tras día. Es la única manera en que podrás conseguir que el poder fluya de ti cada vez con mayor eficacia.

Pensó en aquello. Como en cualquier arte el practicante no deja de adquirir nuevos matices a medida que recorría dicho camino. La meta ideal de todo arte era la limpia y libre expresión de lo que siente el artista en su obra, la fusión entre sujeto y objeto, la unión entre lo interior y lo exterior superando toda dualidad.

- Todo artista es un puente, ¿verdad? - le dijo al anciano.

Este asintió lentamente. Luego quedó absorto reflexionando y le habló de improviso.

- La diferencia entre nuestro arte y otros artes es que nosotros somos puentes entre algo sobrehumano y lo humano. - le respondió con tono serio y grave -. No es simplemente la plasmación de nuestros sentimientos lo que buscamos, sino la expresión del poder que embruja a este mundo.

Virsham quedó callado y pensativo un rato, parecía estar sopesando seriamente aquella cuestión.

- Podríamos decir - continuó gravemente - que nuestro arte es la madre de todas las artes, la fuente donde se ha de beber porque busca la conexión que de origen es nuestra. Sin nosotros nada podría prosperar, porque nadie podría establecer el contacto entre el Cielo y la Tierra. El enemigo podría atacar impune y todos serían más tarde o temprano víctimas de él.

Valverde calló un largo rato. De pronto una idea apareció en su mente que le hizo respingar sorprendido.

- ¿Somos nosotros los guardianes de la Joya? - le preguntó excitado .

El anciano le miró largamente, una chispa de melancolía apareció en sus ojos y sus hombros se encogieron imperceptiblemente.

- No, no somos nosotros Shirkam - murmuró con lentitud -. Nuestro pueblo sufre por la opresión de los ricos, no somos libres aunque a ti te parezca lo contrario. Necesitamos el dinero que fabrican, y muchos de nuestros jóvenes ya no creen en estas estupideces de viejo.

Juan miró sorprendido al anciano. Parecía que aquellos ojos siempre serenos comenzasen a llenarse de lágrimas.

- Un día u otro las costumbres de mi pueblo no existirán - habló con voz queda, como si dijera algo que ya hubiese visto - . Incluso el pueblo mismo será devorado por aquellos que hemos dejado atrás. Nada puede hacer nuestro clan contra el poder de la máquina. Antes éramos muchos más, ahora ves el comienzo de nuestra desaparición.

- ¡Pero qué dice usted Virsham! - respondió sorprendido.

Hasta entonces había pensado que aquel hombre y lo que representaba era inmune a cualquier circunstancia exterior .

- Mantenemos nuestra dignidad siguiendo el camino que rige el Cielo - replicó melancólicamente el viejo curandero -. Pero otros muchos no lo hacen, y también actúan. Es pena de que un día u otro ya no quede nadie de nuestro clan.

- Pero, ¿y los jóvenes? - insistió Juan .

Virsham meneó la cabeza negativamente.

- A ellos ya no les interesa estas cosas - murmuró con la mirada perdida en el paisaje del camino-. Prefieren creer en el camino del hombre blanco, en el mundo que aparece en los

televisores.

Valverde parpadeó asombrado. ¿Era posible aquello?. Había estado tan ocupado y abstraído consigo mismo que no había reparado en lo que hacía el resto del pueblo.

- ¿Qué joven quería ahora morir y entrar en el Misterio para aprender nuestro saber? - le preguntó el anciano con aire de dolor -. Al cerrar sus corazones a nuestro Madre, la Naturaleza que nos cobija, los cierran al Dueño del Poder y así no sienten la llamada.

Se encogió de hombros y tocó el asiento del autocar.

- Es lástima que el mundo sea cada vez más cerrado, más artificial - suspiró con resignación -. Mi pueblo tuvo la suerte de que los guardianes de la Joya les instruyeran, ahora para muchos de ellos es sólo leyenda. Lo creen pero no dejan que se aposente en su corazón.

Valverde sintió de nuevo la pena de habitar en aquella época. Había encontrado a un pueblo que todavía mantenía el contacto con los orígenes para asistir a una muerte anunciada en un futuro previsto. Odió a aquella civilización que había conseguido paso a paso exterminar todo rastro del pasado de la especie.

- No te dejes llevar Shirkam por esto- dijo el anciano -. Recuerda que nunca nadie podrá contra los guardianes. Ellos son los auténticos depositarios de la sabiduría, ellos el puente vivo que mantiene intacta la conexión con el Cielo. Mantienen firme y constante generación tras generación el vínculo con el Todo.

Una imperceptible sonrisa apareció en el curtido rostro hecho de Sol y aire.

- Nuestro clan sólo es el reflejo en nuestro pueblo de la existencia del camino - murmuró suavemente -. Aquí somos individuos los que lo ejemplificamos, allí son todo un pueblo.

Juan volvió a desear conocer aquel pueblo mítico. Se dió cuenta de que su primera intuición había sido válida, ellos eran la esperanza que permitía sus sueños.

- Yo moriré y espero haberte podido transmitir nuestro conocimiento - le dijo su suegro mirándole con afecto -. Espero que tú tengas la misma suerte y puedas traspasarlo en otro a tu vez.

Quedaron en silencio el resto del trayecto hundidos en sus respectivos pensamientos. Comprendía la resignación del anciano ante aquellos tiempos que todo aplastaban bajo su paso. Era la única postura que podía adoptar, pues la suya, de furia y deseos de lucha, sabía que eran propias de su juventud. Era absurdo tratar de detener aquella enorme maquinaria

que, insaciable, exigía más y más vidas. Era una época triste por muchos motivos, y le dolía reconocer que más tarde o temprano aquel pueblo que conocía sería absorbido y oprimido como otros tantos pueblos.

Se adió cuenta que el camino que Virsham le había mostrado era estrictamente individual. No podía ser de otro modo, pues tal era la naturaleza del vínculo entre el hombre y la realidad. A diferencia de aquel camino existía otro, colectivo, que nada tenía de semejante con el arte de su clan. Comenzó a pensar en el hecho de que si un artista no podía influir en su colectivo entonces no tenía ninguna utilidad su obra.

Apesadumbrado miró a aquel viejo indígena que tanto le había enseñado.

- ¿Realmente usted cree en la existencia de ese pueblo Virsham? - le preguntó buscando una respuesta sincera. Se sentía desalentado del ser humano .

El anciano pareció no haber escuchado la pregunta. Luego apartó su mirada de la ventanilla y miró a Juan. Sus ojos mostraban un destello de orgullo y triunfo, como si no existiera nada en este mundo que pudiera acabar con algo que guardase en su corazón. Era una mirada que jamás había visto antes en su vida, la de un hombre que poseía la victoria en su interior y que poco le importaba los acontecimientos del mundo exterior.

- Sí - respondió- Ellos tienen al más poderoso aliado que existe en este mundo. Nunca podrán ser derrotados. Sólo rinden cuentas a sí mismos y al Creador.

Pasaron los días y éstos se hicieron semanas en un fluir lento y continuo. Todo parecía ir moviéndose sin dificultad. Juan acompañaba al anciano en sus tratamientos. La mayor parte de ellos se basaban en la perdida de la esperanza, en la ausencia de fe, en la imposibilidad de seguir adelante que se mostraba en un debilitamiento que hacía al sujeto más proclive a enfermar. Era entonces cuando el joven podía advertir la profunda confianza que poseía el anciano. No era algo que tuviese que transmitir con palabras, surgía de su cuerpo irradiando una fuerza inquebrantable. Era su propia expresividad corporal la que emitía el mensaje de esperanza al paciente.

Juan quedó asombrado ante aquella habilidad terapéutica libre de todo sistema doctrinal. Virsham parecía ajustarse al paciente formando como una danza en la que él portase la llama

que permitiese orientar el camino de la persona envuelta en tinieblas.

- La base de todo es que dejes surgir al Gran Poder Shirkam - le repitió por centésima vez cuando le preguntó la esencia de su práctica.

Valverde no quiso volver a insistir, se sentía avergonzado de no comprenderlo. El anciano le miró fijamente durante un largo instante, y finamente pareció asentir para sí.

- Es una línea de poder que une nuestra Madre Tierra, que nos protege y sostiene - adió un fuerte pisotón al suelo como demostrando la solidez de la que hablaba- con el Padre Cielo.

Miró hacía la línea que unía el azul de la mañana con la verde tierra que les rodeaba, y suspiró con aire de satisfacción. Parecía sentir algo muy especial en su interior.

- Es el amor que les une y que nos crea al que has de entrar por tu propio pie - murmuró abstraído en su contemplación.

Le indicó que se sentara, y dibujó un circulo desde dentro tomando a Juan como centro. Se sentó a su lado y comenzó a liar un cigarro de la serpiente. Aquello quería decir que iban a hablar de los secretos de su clan como ya había podido comprobar Valverde durante aquel tiempo. El anciano comenzó a cantar suavemente meciendo su cuerpo adelante y atrás.

- ¿Por qué crees que sólo hay hombres en nuestro clan? - le preguntó de súbito con sequedad y los ojos encendidos por el ardor de la sensación cálida de la hierba .

Juan le miró callado. Sabía qué simplemente era así, pero no conseguía adivinar el motivo. Pensó en algún tipo de prejuicio machista.

- No lo sé - se encogió de hombros - supongo que por tradición.

El anciano meneó lentamente la cabeza.

- Es el hombre el creador de la guerra - susurró bajando su mirada a sus pies - . El camino que tú andas es recto y duro, no admite vacilaciones. Es el camino de la libertad, la guerra contra el enemigo que desea encarcelarnos.

Valverde calló asintiendo ante aquello. Había experimentado lo bastante para reconocer la existencia real del enemigo tanto en su interior como en el exterior.

- Un hombre se cura fulminando con su fuego, con su ira destructora, las cadenas de su esclavitud - le dijo con fiereza.

Le señaló sus ojos y Juan quedó fijos en ellos. De pronto algo como un destello apareció en su mirada, el joven quedó paralizado.

- Es la mirada del rayo, el hacha que corta las cadenas que aprisionan. - le dijo mientras se tocaba el entrecejo .

Le miró sonriente y le pidió que sacara de su pequeño morral, donde guardaba las hierbas medicinales, el signo distintivo del clan que permitía identificarle ante los demás como miembro de éste. Virsham lo sostuvo de su extremo rojo y le indicó que observara el extremo violeta.

- Este es el Guardián de tu inteligencia.- susurró lacónico.

Señaló el color verde que ocupaba el centro de la vara.

- Este el Guardián de tu sentir.

De golpe giró al revés la vara y el color rojo pareció saltar ante la visión de Valverde. Algo se movió en su interior y intuyó de súbito la llave de las tres puertas.

- Es el propio hombre el que con ardor y coraje avanza por su camino - exclamó vehemente Virsham -. El que atraviesa el puente estrecho y afilado que le lleva a conocerse a sí mismo.

Se tocó el pecho y le señaló luego el paisaje que les rodeaba.

- A ser el hombre original - susurró casi inaudíblemente -. El que nunca perdió la conexión entre el Cielo y la Tierra.

Su rostro pareció comenzar a transformarse lentamente. Algo dentro de aquel anciano pareció surgir que le hacía encarnar todo el saber de sus antepasados desde el principio de los tiempos, desde el mismo nacimiento de su especie. El tiempo pareció quedar quieto, tanto como la inmovilidad del anciano.

- Ese es el primer paso, el segundo sólo un guardián de la Joya puede mostrarlo - le miró de improviso sonriente .

Juan parpadeó confundido, había quedado tan absorto que no consiguió entender lo que le había dicho el viejo médico.

- ¿Cómo? - reaccionó saliendo a la realidad .

Virsham le sonrió aún más ampliamente, parecía haber algo feroz en la expresión que reflejaba su rostro.

- ¿Cual es el tercer guardián Shirkam? - le preguntó con voz susurrante -. ¿Cual el primero al que te enfrentas? ¿El que te hace retroceder una y otra vez por el miedo que te

provoca?

Juan sonrió con cara de estupidez. El anciano inspiró profundamente y acercando su rostro al suyo le expiró el aire caliente de su boca. Su sonrisa se esfumó y sintió de golpe un arrebato de ira ante aquel acto.

- ¿Qué es lo que sientes? - le preguntó suavemente el pacífico anciano .

Valverde cerró los ojos y trató de dominar aquel impulso ocultándolo en la oscuridad de su interior, le daba vergüenza el sentir aquella sensación.

- No lo sé Virsham - murmuró esquivando su mirada de la del viejo .

Este comenzó a menear la cabeza de su manera peculiar.

- No acabo de entenderte - le miró de una manera extraña - ¿Qué tiene de malo que surja el fuego de tu interior?

Juan quedó sorprendido ante aquella afirmación. Una frase se precipitó a su boca y la soltó sin posibilidad de controlarlo.

- Es pecado - dijo como poseído por alguna obscura consigna..

- ¿Y eso qué quiere decir ? - preguntó intrigado el viejo indígena.

Valverde volvió a parpadear. No había hablado en el dialecto de Virsham, sino en español. Trató de encontrar una palabra en aquel lenguaje que encajara, y al no encontrarla decidió explicarselo.

- Quiere decir que es una falta al Dueño del Poder - le dijo convincente.

El anciano aflojó la mandíbula dejando abierta su boca. Quedó paralizado un largo instante, hasta que comenzó a sonreír recobrando su compostura habitual. Comenzó a menear su cabeza y a murmurar para sí. Juan quedó inquieto mirándolo, le daba la sensación de que aquel hombre no estaba en absoluto de acuerdo con él.

- ¿Quien te ha enseñado eso? - le miró con una chispa de furia en sus ojos -. ¿Donde alguien osó hablar por boca del Rey para decir esa mentira?

Por un momento Valverde sonrió. Se sentía como un niño al que por fin le explican la verdad. El anciano volvió a enseñarle el extremo rojo de la vara y le preguntó de nuevo sobre la naturaleza del guardián rojo.

No sabía que contestarle hasta que una imagen saltó a su mente de pronto. Era el recuerdo de Virsham pintado de rojo y con cuernos en su cabeza. Recordó que había creído

por un instante que era el demonio y sonrió ante la comprensión de lo que había vivido.

- Es el fuego de abajo el que inicia el proceso - habló Valverde -. Es él el que asciende por la serpiente y va iluminando el camino del laberinto.

El anciano asintió complacido.

- Así también desciende el fuego del Dueño del Poder sobre tí - murmuró señalando hacia arriba .

De súbito entendió porqué el extremo de la otra vara era violeta. Era el encuentro de un rojo terrenal , que ascendía, con el descenso del rojo celestial. Era el fuego de su corazón con el Señor de la Luz.

- Sí, el interior de tu cuerpo, la sangre roja y caliente de tu vida busca la luz de donde procede - escuchó al viejo demonio embriagado por la hierba de la serpiente -. Ese es el camino del Cielo, el camino hacia el origen de la luz, hacia el fuego que nos dió la chispa de vida para vivir aquí.

Virsham inspiró fuertemente y se tocó el corazón.

- Escucha el pulso de tu vivir Shirkam - le ordenó cerrando los ojos - Aquí reside el fuego que une al fuego de arriba y al de abajo.

Juan estuvo concentrado en el latir de aquella bomba que incansable golpeaba como un mazo el interior de su cuerpo. El camino hasta ahora recorrido se le iba haciendo comprensible, había tenido que purificar su mente, limpiarla de contenidos. Para ello había tenido que descender a los infiernos de sus temores reprimidos e ir ascendiendo lentamente en pos de la luz que le permitiera liberarse de ellos.

- ¿Recuerdas las serpientes que rodean nuestra vara? - le interrumpió el anciano -. El enemigo provoca el sufrimiento si pierdes el equilibrio, y cualquiera de las dos puede morderte.

Suspiró y le miró largamente. Dibujó dos serpientes ante ellos para enfocar su atención.

- El miedo te hace vacilar ante una de ellas - continuó - . Una de ellas te dirá que sufras tú, otra que sufra el otro. Son las dos enfermedades del alma.

Valverde recordó su travesía por el infierno. Era cierto, era como recorrer un camino en el que a ambos lados sonaran voces unas propugnando que sufriera y otras que hiciera sufrir. En realidad, pensó, son los dos lados del mismo mal. Uno te hace masoquista, y te sugiere el

autosufrimiento; otra sádico y propugna el sufrimiento ajeno.

Se dijo que por su educación cristiana siempre había caído más en el lado del masoquismo. Le habían enseñado que el martirio era una condición de santidad, que era mejor pecar por defecto que por exceso. Que era mejor sufrir el dolor provocado por el ajeno, que hacérselo sufrir a él.

- Sólo existe un camino para ser hombre Shirkam - y dibujó una linea recta entre ambas -. En él no dudas porque es el camino que hizo el Dueño del Poder, el que escribió en nuestro cuerpo en el origen.

Valverde aspiró fuertemente sintiendo cómo el calor invadía su cuerpo. A medida que habían ido hablando sentía la fuente de calor que surgía incontenible de su interior. Aquella asociación entre el demonio y el rojo subterráneo del infierno comenzó a mostrar su origen. Era el color de la sangre y la carne, de la lucha y el deseo.

Comenzó a intuir que el Señor del Fuego regía tanto arriba como abajo, que eran la misma cosa bajo diferentes aspectos. Calor en su cuerpo, luz en el Cielo. Miró al Sol y supo claramente de dónde procedía toda aquella dimensión de su ser. Todas sus reacciones eran distintas manifestaciones de aquel principio vital esencial en la existencia.

- El sabio se mantiene fijo en sí mismo - murmuró Virsham - Al mantener fijo y constante su ardiente deseo consigue que éste se haga realidad.

Valverde sintió cómo su corazón bombeaba la caliente sangre por todo su cuerpo. Era así de sencillo, y en su mente analítica había tratado mil veces de traducir aquella sensación en palabras. Aquello había provocado que se extraviara en ellas, que cayera enfermo por la tiranía del lenguaje adquirido en la cultura que había determinado su personalidad.

- Es rojo abajo, arriba y en el centro, - susurró el anciano - Es vivo y constante, fluye sin detenerse jamás según el ritmo del Universo. Habita en el mundo bajo la forma del aire y el fuego, uniéndose así a aquella que es agua y tierra.

Valverde sintió como el viento se arremolinaba ante ellos, como si fuera un invitado a la reunión. Sorprendido de improviso notó que entre el Cielo y la Tierra existía el aire invisible que era la base de su vivir.

- Está vivo - dijo Juan mirando al vacío-. Es el puente que une los dos mundos.

Virsham comenzó a canturrear en voz baja. El aire comenzó a agitarse aún más, los

arboles se mecían por éste generando un sonido que acompañaba la susurrante voz del anciano. Todo a su alrededor estalló en verde vida, y el sonido de cientos de animales surgió poderoso a sus oídos. Su cuerpo vibró y supo de qué estaba compuesto.

La base fija de su esqueleto duro y resistente, último vestigio que quedaría de él en este mundo. La base móvil de su respiración, inicio y fin de su vida unida al caliente bombeo de su sangre. Era la suma de ambas cosas, tal era su oposición que se había unido para su existencia.

Sintió su paradoja y el misterio de existir como pregunta incontestable. Su mente había luchado una y otra vez entre palabras buscando la respuesta. Mirando su exterior y sintiendo su interior supo en aquel instante sin necesidad de más palabras. Era el hijo de Padre y Madre, del Fuego y el Agua, del Cielo y la Tierra.

El destino natural de su espíritu de fuego era el vuelo hacia el Cielo pleno de luces, el de su alma de agua el fluir hacia la Mar, lo demás quedaba reposando en tierra. Comprendió que dentro de él habitaba una corriente descendente de agua, y una corriente ascendente de fuego, y que nada malo había en dejar que llegaran a su origen, al lugar del cual habían partido. Cerró los ojos y escuchó.

Y vió a la Gran Madre, que era el agua de donde surgía toda vida. Todo un continuo de existencias que partían desde el Mar hasta él mismo; todo un continuo de vivir que partía desde el mundo acuático de las entrañas de su madre hasta la Tierra donde habitaba. Todo era la Madre, porque la vida habitaba en ella desde el principio.

Y vió al Gran Padre, que era el fuego aliento de todo vivir. Era la luz que iluminaba el mundo; era el calor que sostenía la vida. Era la promesa de que más allá de la existencia terrena había un otro vivir, un existir de fuego.

- El agua asciende al cielo, y cabalga sobre el viento invisible - sonó la voz de Virsham -. Allí estalla el rayo e invade el trueno el horizonte. La lluvia cae y bendice la tierra. Así es el ciclo del agua, reflejo de todo ser vivo.

Se despertó aturdido. Había tenido un sueño intenso en el que un gigantesco herrero dentro de una encendida fragua confeccionaba una espada. El ambiente estaba tan caldeado que el sudor surgía a borbotones del cuerpo de aquel gigante. Con ayuda del fuelle ponía al rojo vivo el metal y le golpeaba con el martillo una y otra vez templando el acero. Luego lo depositaba en el agua para que se enfriara y solidificara en la forma deseada.

Le contó el sueño al anciano. Este movió la cabeza de su manera característica.

- Ya te dije que no sólo era necesario descubrir el secreto de nuestro arte - le miró risueño y continuó poniendo énfasis a lo que iba a decir abriendo desmesuradamente la boca - hace falta practicar el oficio.

Quedó abstraído respirando quedamente e hizo un chasquido con la boca.

- Esa espada es el rayo - comentó pausadamente - el arma con el cual nos enfrentamos al enemigo. Has tenido un sueño en el que has visto al Dueño del Fuego trabajar. Eso quiere decir que queda poco para que marches al encuentro de los guardianes.

Le miró de aquella manera extraña tan peculiar suya y asintió complacido.

- Estas preparado para encontrarte con el maestro que decide si podrás conocer el misterio que ellos guardan. - le dijo con tono enigmático.

Valverde quedó sorprendido. Hasta ahora habían hablado de aquello como una mera suposición, y así se lo había dejado creer aquel anciano. Ahora, de improviso, le decía que existían con toda seguridad y que iba a conocerles de la manera más natural del mundo. Los nervios se apoderaron de él.

- ¿Qué quiere decir Virsham? - le interrogó con un sentimiento de urgencia - ¿Que voy a conocer a los guardianes de la Joya?

El anciano asintió en silencio.

- Ellos son muy cuidadosos a la hora de dejar que alguien acceda a su pueblo - le dijo con aire pensativo -. Dejan que el señor de la jungla decida quien es apto o no para ser conocido. Eso ha hecho que pocos quieran atreverse a ir más allá de lo que sabe nuestro pueblo. Nuestro clan guarda el saber que nos ofrecieron, ellos son la fuente de la que tienes que beber para consumar tu destino.

Juan no consiguió entender aquello. Trató de ordenar las ideas.

- ¿Ese señor de la jungla es algún miembro de nuestro clan? - preguntó intrigado.

Virsham le miró divertido.

- No, es libre y solitario. Todos en la isla le temen por el poder del rayo que posee. - le respondió con aire infantil de misterio.

El joven trató de imaginar la apariencia de aquel sujeto, debía resultar un hombre realmente amenazador.

- ¿Y cómo le conoceré? - continuó su interrogatorio adelante .

El viejo sonrió de aquella manera feroz que siempre hacía temer a Juan algún tipo de acontecimiento terrible.

- Primero debes estar seguro de haberte vencido a tí mismo. - susurró -. De ser digno de confianza para entrar en su misterio.

Su sonrisa se hizo aún más amplia y sus ojos exhibieron aquella mirada de fuego que tanto le impresionaba.

- Si no es así te matará o bien dejará que vuelvas aquí -concluyó encogiéndose de hombros con expresión fatalista.

- ¿Que me podría matar? - preguntó divertido Juan - ¿No cree que exagera?

El anciano meneó la cabeza negativamente de manera ostensible.

- Ir hasta donde habita es largo y difícil, hay que adentrarse en el interior de la selva, más allá de las montañas que contemplas. - le aclaró con voz seria y grave.

- ¿Cuando podremos ir a conocerle? - siguió preguntando excitado. Aquello se había hecho más fácil de lo que esperaba .

Virsham volvió a menear la cabeza.

- No Shirkam, allí quedarás tú sólo para conocerle. Ese paso - le tocó la pierna con afecto - lo tienes que dar tú. Si marchas allá y el señor de la jungla lo permite podrás conocer a los guardianes.

- ¿Y Shanila? - se sintió triste al pensar que no podría verla durante un tiempo. Ella siempre era el fondo que le permitía ir avanzado día a día.

- Se quedará aquí, no puede acompañarte - le miró de manera burlona y prosiguió -. De todos modos no es necesario que los conozcas.

Valverde calló sumergido en sus pensamientos. Había llegado a la isla para conocer a aquel pueblo que encarnaba la sabiduría viva que regaba la historia del mundo. Todo lo que

había encontrado a su paso había sido una preparación para encontrarles.

- Me siento dispuesto para hablar con ese señor de la jungla - le respondió con voz firme .

El viejo comenzó a sonreír cada vez más hasta acabar riendo suavemente.

- No Shirkam - le dijo entre risas mal reprimidas -. No habla.

- Pero si no habla - preguntó confundido - ¿cómo podré convencerle de que me presente a los guardianes?

- No te preocupes, no tienes que convencerle de nada - trató de aclararle disimulando su risa -. No atiende a las palabras, sólo al interior del ser de cada hombre.

Juan pensó que aquel sujeto realmente era digno de ser conocido. Si era verdad todo lo que decía Virsham ese hombre debía poseer un poder sobrenatural enorme. Sólo conocerle merecía el esfuerzo de aventurarse al interior de la jungla.

- ¿Cuando partiremos? - le dijo emocionado .

El anciano movió lentamente la cabeza.

- Pronto, hay que hacer preparativos y aguardar el momento propicio. También - le miró de reojo mordaz - tendrás que decírselo a Shanila. No creo que le guste que partas tan lejos sin saber si volverás.

- Bueno, supongo que volver voy a volver - le miró con una sombra de temor en sus ojos. Su suegro le miraba gravemente de pronto. Parecía que aquello iba más en serio de lo que pensaba-. ¿No?

El denso silencio del anciano ratificó sus temores. Parecía creer realmente que era posible que no volviera jamás. La sospecha de que aquel señor de la jungla fuera tan fiero como lo presentaba el anciano asomó tímidamente ante él, pero la desechó tan fácilmente. No debe ser tan fiero el león, se dijo, como lo pintan.

Llevaban días viajando de sol a sol, y Juan comenzaba a sentirse fatigado de aquel avance lento y pesado por la vegetación. Se sentía triste porque Shanila había llorado cuando le había anunciado su marcha y el objetivo de su viaje. En vano trató de convencerla, ella había sido educada bajo las costumbres de su pueblo y conocía las leyendas que afirmaban

que más de un hombre había perecido a causa del señor de la jungla. Fue su padre el que la tranquilizó y la aseguró que Valverde estaba preparado para aquel encuentro. Ella por fin lo había aceptado, pero sus lágrimas mal contenidas al despedirle habían dejado una sombra en su partida. Deseó acabar lo antes posible para volver con ella y consolarla.

No había pensado lo grande que era la isla hasta que había emprendido aquel viaje a su interior. Habían tomado todos los medios de transporte imaginables, desde el tren hasta autocares destartalados que les dejaban en pequeñas aldeas. El anciano obligaba a Juan a memorizar cada punto del viaje y lo hacía de manera insistente.

- Para que sepas volver - le repetía cada vez que el joven se quejaba de su continua insistencia en recordar cada cambio en su camino .

Para complacerle había decidido trazar una línea en un mapa. Pronto se dió cuenta de que era inservible el poder delimitar en aquel papel el trayecto y tuvo que aceptar el atender a todo signo que indicase el recorrido. Aquella atención más la fatigante marcha dejaba a Juan exhausto. Cada noche caía rendido sin esbozar una palabra. Le estaba resultado un suplicio aquel viaje.

Habían pasado ya casi dos semanas cuando atravesaron una cadena montañosa, el anciano le mostró una enorme extensión de selva que se perdía en el horizonte. La visión era grandiosa por su espectacularidad, parecía un mar verde inabarcable.

- Ahí habita el señor de la jungla - le miró sonriente .

Descendieron y siguieron el cauce de un riachuelo hasta llegar la noche. Virsham en un lugar comenzó a mirar abstraído el cielo estrellado, por su posición corporal parecía estar escuchando algo. Murmuró unas palabras y dió una fuerte palmada. Hizo una hoguera y marcó un círculo dejándola como centro. Luego preparó un cigarro de la serpiente y le miró seriamente.

- Hoy es nuestro último día juntos- susurró mirando absorto el fuego -. Es hora de que fijemos algunas cosas.

Tocó la tierra como tratando de mostrar con mayor énfasis lo que quería decir. Valverde entendió que se refería a la operación de fijación de los elementos volátiles del interior, la somatización de los componentes psíquicos deseados.

El anciano le miró un momento y asintió complacido. Juan sabía que Virsham había

notado su cambio de actitud por la posición corporal que había adoptado. Comenzaba a comprender el misterio de su arte, y por tanto las reacciones de su compañero de clan.

- Ahora ya conoces nuestros secretos - le dijo el viejo médico -. Todavía te queda practicarlos hasta llegar a su dominio completo. Hay cosas que las irás desvelando con el tiempo, pero ahora sabes que nada debes temer, que son nuevos retos de enseñanza del Gran Poder.

Calló largamente, mostrando en su actitud que esperaba que Juan le hiciera preguntas. Este comenzó a pensar qué podría preguntarle y no consiguió encontrar qué decir. Todavía se encontraba muy sorprendido por todo lo que había vivido como para conseguir madurar adecuadamente toda la información que almacenaba en su interior.

- ¿Por qué no me preguntas por qué estamos aquí? - le ayudó con su sonrisa irónica.

Valverde le miró confundido. El ya sabía por qué estaba allí. El anciano le miró fingiendo una gran sorpresa cuando así se lo dijo.

- ¿De verdad? - respondió. Hizo una pausa dramática y comenzó a menear la cabeza -. Yo sí sé por qué estoy aquí, pero no sé si tu sabes por qué estas aquí.

- ¿Cómo? - replicó en actitud defensiva Juan -. Yo también sé por qué estoy aquí.

El anciano le miró socarronamente y siguió meneando la cabeza.

- Yo he venido a dejarte aquí - susurró lentamente -. Esa era mi meta.

Le miró fijamente y le preguntó seco.

- ¿Cual es la tuya Shirkam? - sonó su voz tajante.

Valverde quiso hablar pero se dió cuenta de que no conseguía encontrar un argumento razonable para estar allí. Realmente no podía explicar el motivo de estar perdido literalmente en la selva, y mucho menos podía decirle a su suegro lo que esperaba. Era algo desconocido, difuso, como una llamada lejana. Como algo obsesivo que tenía que cumplir para por fin quedar tranquilo.

- No lo sé Virsham - inspiró hondamente y se decidió por una respuesta -. Quiero conocer a los guardianes de la Joya.

El anciano asintió en silencio. Juan contempló el rostro de aquel anciano mientras fumaba el cigarro a la luz de la hoguera. Todo él era un mundo distinto al que había conocido en su vida anterior. Hasta ahora no había comprendido la importancia de aquel hombre en su

vida. Le había permitido no creer que estaba loco, que todo lo que sentía era fruto del delirio. Hasta conocerle había creído que aquel deseo, que le fustigaba furiosamente para que cumpliera su destino, era fruto de la enfermedad. Con el anciano había aceptado creer en sus propias sensaciones, en la información que su inconsciente le había ido proporcionado a medida que había comenzado a dejar de serlo. Allí, en la isla, podía aceptar sus visiones y experiencias mágicas como algo natural, fruto de la relación entre el hombre y el sentido invisible de la existencia.

Pensó en cómo de creer que padecía algún tipo de esquizofrenia había aprendido a saber que aquello era una enfermedad que el espíritu enviaba al alma. Simplemente Valverde había conseguido encontrar un sentido religioso a aquellos fenómenos que en sus conocimientos universitarios eran diagnosticados como enfermedad, como elementos espurios de la actividad psíquica. Aquel viejo analfabeto le había permitido el contraste necesario para conseguir arrancar de su mente la ciega creencia en el dogma científico de la inexistencia de lo divino como causa original de la realidad. El ateo Juan se había convertido, sin pretenderlo, en una negación de todo discurso racional contemporáneo. Había encontrado la sabiduría de la fe encarnada en aquel hombre, y había entrado voluntariamente en el arte de la medicina del alma.

- A partir de ahora emprenderás un camino aún más solitario - le interrumpió Virsham en sus pensamientos -. Sólo tú puedes recorrerlo, nadie puede ofrecerte ayuda en ello.

Juan sintió una sombra de temor en su interior y comenzó a pensar desde allí. Al instante negros pensamientos le invadieron. Empezó a censurar el motivo mágico de aquel viaje, y pronto quedó convencido de que realmente no sabía por qué estaba allí. Virsham le miraba sonriente, como si pudiera ver lo que le estaba ocurriendo. Al instante Valverde percibió la facilidad con la que su mente se alteraba y generaba reflejos de pensamiento de sus reacciones emocionales. Aún tenía que luchar contra sí mismo, carecía de la naturalidad que poseía aquel viejo practicante de su arte. Suspiró suavemente y encogió los hombros.

- Todavía me queda mucho por practicar - le dijo sonriente a su maestro del clan .

Virsham asintió en silencio. Conseguía transmitirle que tenía todo el tiempo del mundo para conseguirlo, que la maestría en el arte sólo podía adquirirse con la única moneda válida para el Universo:el propio existir. Era natural que todo aquello ocurriera, porque así

funcionaban las cosas.

- Es hora de que sigas tu destino - le miró de aquella manera extraña y meneó lentamente su cabeza - ¿Por qué crees que has llegado hasta aquí Shirkam?

- No le entiendo - le respondió confundido. Algo en la pregunta le hacía sentirse desorientado .

- Sí que entiendes, ¿por qué crees que eres miembro del clan? - le susurró con su sonrisa feroz -. ¿Por qué crees que aceptamos que un extranjero fuera miembro de nuestro pueblo?.

Juan le miró confundido. Hasta ahora no había caído en la cuenta de la facilidad con que todo había ocurrido. Desde que había llegado a la isla un hilo había unido todos los acontecimientos llevándole hasta aquel circulo iluminado por una hoguera entre aquella virgen selva, olvidado de toda civilización humana. De pronto el murmullo del río llamó su atención, y sintió que su destino estaba escrito en las aguas.

- Era mi destino Virsham - le respondió firmemente .

El viejo le miró sonriente, parecía estar complacido de los progresos de aquel hombre que, procedente de otras tierras, había llegado a entrar en su propia familia. Se miraron con afecto y Juan recordó todo el camino que le había llevado hasta allí; todas sus vivencias que habían marcado su cuerpo con el fuego del arte. Todo el embrujo de la isla le invadió y supo que si había algo de verdad en el mundo era lo que sentía su corazón en aquellos momentos. Era tan verdad todo lo que había vivido en aquel sendero que había dejado su razón heredada hecha pedazos.

- Para llegar hasta aquí hay que haber purificado la mente - le dijo el anciano-. Todo lo que has vivido era para culminar el siguiente paso que ahora vas a emprender.

- ¿Qué quiere decir Virsham?

- Ahora es el tiempo en que puedes saber el misterio de nuestro arte - susurró aquel hombre mirándole con ojos encendidos-. Tú has recorrido un camino que te ha llevado a acceder al saber de nuestro clan, al saber menor que permite limpiar el alma y liberarse de su mal. Al conocimiento del hombre iniciado. Has muerto y vuelto a renacer a un nuevo vivir.

Valverde quedó callado sin saber que decir. Aquellas palabras tan sencillas resumían una enorme experiencia que le había hecho cabalgar por la locura, introducirse en un laberinto

oscuro y serpenteante sin conocimiento de su recorrido. Comprendió la futileza de hablar de aquello que le había tratado de mostrar Virsham, sólo eran simples metáforas para encerrar todo un saber vivo encerrado en su cuerpo por las cadenas de una mente carcelaria.

- Eres un hombre renacido - le susurró el anciano- . Ahora puedes acceder al saber mayor, a la sabiduría de allí.

El viejo le enseñó las estrellas y comenzó a cantar inaudíblemente. Aquel canto calmaba a Juan, le hacía sentir que nada tenían que hacer más que estar allí. Luego bajó su mano y la dejó grabada sobre la tierra. Valverde de pronto comprendió el significado que escondía aquel gesto ritual que tantas veces había contemplado.

- Has aprendido a conectar con tu corazón - le dijo suavemente -. Para ello ha tenido que morir tu mente y volver a pensar desde otro lugar.

Valverde asintió con la cabeza. Sabía ya de la existencia del infierno de la mente, origen de tanta desgracia en la historia de la humanidad. Sabía que para conseguir ser un médico del alma en aquel pueblo un hombre tenía que recorrer el camino de la disociación en su interior. Había sido el enfermo y el médico a la vez. En esa lucha unos de los dos tenía que perecer, y el conocimiento del enemigo de la salud que había adquirido eran una garantía del poder de su medicina.

- Ahora eres como el origen - siguió hablando el viejo indígena -. Ese es el primer paso de nuestro arte, el segundo es ya el vínculo con otra realidad.

- ¿Cual es ese saber Virsham, qué paso viene ahora ? - le preguntó nervioso. Sentía que algo llegaba a su fin en aquellos momentos .

- Muchas veces te lo he insinuado, es sencillo de entender - murmuró bajando la cabeza el anciano -. Te has conocido a tí, al poder que alberga tu cuerpo, ahora tienes que conocer la fuente de donde procede.

Algo comenzó a abrirse en su interior, era una sensación cosquilleante en la coronilla. Trató de resistirse a aquello. El viejo le miró y no pareció mostrar indicio alguno de advertir lo que le ocurría a Juan.

- Cuando te conocí estabas enfermo - meneó la cabeza y sonrió -. Tu alma estaba esclava por el enemigo. Tu pensar era fruto del pensar de otros, vivías en el miedo al misterio de vivir y luchabas contra tu propio sentir.

Le miró esperando alguna protesta. Juan no dijo nada porque sabía que aquello era cierto. Esperó paciente a que el anciano continuara.

- Tuviste que liberarte del enemigo - continuó mirando el fuego -. Reconocer que una cosa era lo que pensabas y otra la que sentías, saber dónde se escondía el enemigo y luchar contra él. Ahora puedes decidir por tí mismo.

Valverde pensó aquello. Aquel hombre estaba resumiendo en pocas palabras toda su ordalía. Era cierto, había vivido con una enfermedad del alma que le había hecho ser infeliz toda su vida. Al tratar de curarse había tenido que profundizar en el territorio inconsciente, atravesar la frontera tabú que su racionalidad colocaba para evitar enfrentarse con el origen de su mal. Aquella lucha entre la imagen consciente que tenía de sí mismo y todos sus contenidos inconscientes se había provocado al romper las barreras defensivas que colocaba su mente ante la existencia del dolor. La guerra en su conciencia se había iniciado al atreverse a recorrer un camino de iluminación de su interior para liberarse de las cadenas que oprimían su libertad de pensar y sentir.

- Ahora eres uno - levantó sus manos y juntó los dedos de ambas manos cerrándolas firmemente- Antes sólo la mitad de tí dominada por la otra mitad.

Se agachó y dibujó un triángulo en la tierra.

- Uno para dos, dos para uno - murmuró -. Tuyo es tu pensar y tu sentir, tu alma y tu cuerpo, todo lo que es en ti dualidad es tuyo por derecho.

Juan quedó absorto mirando aquel triángulo. Un destello de comprensión surgió al mirarlo. Siempre había creído que el fin de la dualidad era la eliminación de una de sus partes, y no era así, resultaba ser una síntesis, una unión que había sida rota y que tras percatarse de ella había de volver a realizar. Comprendió de golpe el sentido del saber de su clan, la búsqueda de todo aquello era recapturar la unidad original del individuo, a llegar a ser libre de rupturas y dualidades en su interior.

- El primer paso es volver a la condición original - le dijo Valverde al anciano que miraba absorto las llamas del fuego -. Al estado de la inocencia, al niño que todos somos.

Virsham asintió sonriente con la cabeza sin apartar la mirada de la hoguera.

- Sí - susurró el viejo curandero- es recorrer el camino inverso, eliminar todo aquello que aprendimos para, libres de todas nuestras cargas pasadas, en un estado de inocencia

original, volver a aprender desde la sabiduría. Por eso lo llamamos la consagración del agua, pues es recorrer el camino de las entrañas de la Madre, limpiar nuestra mente de todo aquello que no permita el acceso a la sabiduría de la Joya.

Hizo una pausa y señaló al fuego.

- También lo llamamos el dominio del fuego, pues es gracias a él como un hombre puede eliminar las malas raíces que entraron en la tierra de su alma. No sólo hay que recorrer el camino, hay que aprender a dominar el arma que permite vencer al enemigo.

Le miró fijamente y le señaló sus ojos. De pronto algo como una descarga de ira surgió de improviso de ellos.

- Esta es la mirada del rayo Shirkam - cambió su mirada de pronto adoptado otra suave y pacífica -. Pronto aprenderás de ella.

Quedó en silencio y dejó que Valverde meditara sobre todo aquello. Sentía que las cosas iban encajando lentamente. Era evidente que había tenido que luchar contra contenidos inconscientes procedentes no tan sólo de su interior sino también de su exterior. El mundo exterior era dual y por eso él se había escindido. Los estímulos positivos y negativos ante los que tenía que reaccionar, lo bueno y lo malo de lo que había vivido era el material con que había construido su identidad. No quería aceptar el lado surgido de las malas experiencias, sólo el de la buenas, y eso había hecho que luchara contra sí denodadamente. Había tratado de vencer a sus traumas tratando de negarlos, achacándolos a una debilidad inherente suya imposible de solucionar. Ahora comprendía que la única manera de liberarse de ellos había sido curándose, permitiendo que todo su dolor se expresara en su conciencia y toda una dimensión de su ser, lo inconsciente, se comunicara con la dimensión consciente de su personalidad.

Recordó las veces que la existencia del mal le había hecho sufrir. Existían dos respuestas básicas para enfrentarse al dolor: tratar de ignorarlo, olvidar su existencia, o bien tratar de eliminarlo con algún medio. Creer que el mal no existía, que era una ilusión no le había servido de nada. Sin embargo nada podía hacer contra él hasta que descubriese un remedio para vencerle, a eso había consagrado su vida de aquella manera tan obsesiva que le había hecho llegar hasta allí.

Meditó en su pensamiento obsesionado por las dualidades fruto de aquella dualidad

básica que le había escindido en otras muchas: razón y fe, alma y cuerpo, mente y corazón, intelecto e instinto, consciente e inconsciente.... Había manejado durante tanto tiempo aquellas parejas de contrarios que nunca había partido de la base de que todo aquello surgía de una sola identidad, de él mismo. Gracias al arte que Virsham le había mostrado había tenido la oportunidad de unir aquellos contrarios para descubrir con sorpresa que aquella unidad conseguida tras tantos esfuerzos era la unidad original, su identidad natural.

A medida que había ido eliminando de su cuerpo todos sus recuerdos de dolor y sufrimiento habían comenzado a entrar en él experiencias de placer y alegría. Había tenido que aprender a afirmar y negar con fuerza para poder seguir adelante, a rescatar su pensar y su sentir de manos de la tiranía de una imagen de sí mismo, imagen que contemplaba en el espejo del exterior. Liberarse de esa dependencia enferma, que provocaba que necesitase información exterior que le dijera quién era él, le había costado un enorme esfuerzo.

- Sí, has tenido que disolver de tu cuerpo los trazos de los malos recuerdos - le susurró el anciano -.Has tenido que morir para poder volver a nacer de nuevo en otra condición. Te has disuelto para de nuevo volver a solidificarte. Perdiste el alma de tu cuerpo para de nuevo volverlos a unir una vez purificados.

Valverde comenzó a pensar en el solve et coagula de la alquimia, disolver y solidificar era el lema de aquel antiguo arte medieval. Aquello era algo más que una coincidencia, y reafirmaba su idea de que existía un saber que había sido diseminado entre los diferentes pueblos.

- Así como tú te has purificado e integrado de nuevo - le interrumpió el anciano en sus pensamientos - ,así como has accedido al saber de la serpiente que te permite unir los dos contrarios de nuestro ser, así de nuevo tendrás que hacerlo con otra dualidad que existe en este mundo.

Juan le miró intrigado. El anciano sonrió y le indicó que mirara el fuego que les calentaba.

- Tú eres mortal, y recorres un camino que lleva a la inmortalidad.- susurró con su voz lenta y gastada -. Tú eres finito y andas por una vía que te conducirá al encuentro con el infinito.

Levantó sus ojos hacia las estrellas y suspiró lentamente.

- Esa es la obra mayor, la superación de esta dualidad. La libertad en este mundo

orientada por las estrellas del Cielo.

Valverde quedó con la mirada fija durante un tiempo en el lugar por donde había marchado su viejo maestro. Se habían levantado temprano y el anciano había partido con prontitud, con una corta despedida. Le dijo que esperara en aquel lugar, y que por la noche encendiera una hoguera y se colocara dentro del círculo. Tenía que aguardar allí hasta que el señor de la jungla quisiera conocerle.

Las horas pasaron lentamente, con una densidad que nunca había experimentado antes. Supuso que era debido al aislamiento en el que se encontraba, el hecho de saber que no existía ningún ser humano en kilómetros le hizo sentirse extraño. Hasta ahora había pasado muchos momentos de soledad, pero ésta era amortiguada por el hecho de que sólo tenía que desearlo y podía encontrar el reconfortante calor del grupo. Era un animal gregario, y aquello que estaba haciendo de alguna manera iba en contra de todo lo que había aprendido en su vida. Siempre había vivido alrededor de personas, eran el fondo donde transitaba su vivir. Allí no existía tal fondo, sólo la jungla libre y salvaje repleta de animales que incesantes se movían a su alrededor y dominaban el aire con un murmullo que jamás se detenía.

Llegó la noche y encendió la hoguera. El viento parecía estar cargado de una sensación especial, como si portara un mensaje que le invitase a algo extraño e indefinido. Se tumbó y se abstrajo mirando las luces destelleantes del cielo. En aquella inmensa soledad el recuerdo de su procedencia vino lenta pero inexorablemente, contempló el fuego que pugnaba por elevarse de la materia y sintió que en su interior también aquel ardor existía. Notó que alzaba el vuelo y se sumergía en las estrellas, y a medida que ascendía un saber profundo iba haciéndose evidente para él.

Su origen se abrió y sintió la identidad que le llamaba en el cauce del río. El agua, el planeta azul, la Madre Tierra, le envolvía y le formaba. Era un individuo que discurría por el sueño del tiempo, que crecía como conciencia en un mundo gobernado por la Diosa. Era un feto dentro de una matriz, y supo que cuando llegara el tiempo saldría a la luz.

La culpa de su corazón saltó llamándole y reclamando su atención. Valverde giró su visión mágica y miró al mundo de abajo, a aquello que había dejado atrás. Allí vivía la pesadilla

de la realidad del hombre, ajeno a la Diosa se erguía insolente la mayor aberración de la naturaleza. El engendro fruto de los delirios enfermos de la razón, un animal que se había instaurado como el dios de la Tierra.

Sintió como una descarga eléctrica en su cuerpo y la ira le invadió . Allí abajo unos animales, protegidos por el seno amoroso de la Madre, habían cometido la mayor de las blasfemias. Amparados bajo el nombre del Señor de los Cielos se habían erguido como titanes y establecido sus propias leyes ajenas a la Ley. Con el instrumento de su razón habían inventado un mundo ajeno a los infinitos mundos del Universo, con el único fin de satisfacer sus deseos más perversos de dominación.

Y él había huido de aquella abominación, hundido en una búsqueda del remedio que le librase del sentimiento de culpa con el que había vivido durante años y años. De alguna manera él se había sentido responsable del mal de su civilización, de la cadena continua de errores que habían llevado a su cultura al colapso, a una enfermedad que, como circulo vicioso, le comía las entrañas lentamente.

Detestó a aquel Juan universitario cuya única meta era el conseguir un puesto en su sociedad, a ese urbano enfermo de urbanidades, a ese prisionero que buscaba un trato de preferencia en la cárcel en la que había vivido. Pues tal era su propósito, dentro de aquel infierno había adaptado su personalidad a los criterios de aceptación que le permitirían una mejor estancia en aquella prisión del alma humana.

Sin embargo algo oscuro había provocado que aquello no pudiera realizarse, como una condena que le había impedido conseguir materializar sus planes. Pese a su brillante inteligencia, pese a todas sus cualidades, algo inconsciente le había empujado a cerrarse a los caminos que prometían el éxito en su sociedad. Le había encaminado a marginarse, a apartarse cada vez más de toda posibilidad de integración eficaz en su civilización. Era como si su instinto animal le impidiera aquel camino, como si una llamada libre y salvaje procedente de su propia carne le atrajera hacia otro mundo. A los ojos de su sociedad sólo era un hombre que marchaba hacia su perdición.

Aquella contradicción entre instinto y razón había hecho de él un hombre que sufría innecesariamente a juicio de los demás; sólo tenía que adaptarse a la ley de los hombres le insistían una y otra vez los que le rodeaban. El callaba y trataba de explicarse balbuceante,

para sólo recibir una mirada de incomprensión que provocaba en él un fuerte sentimiento de culpa.

Aprisionado entre la espada y la pared, entre lo que él sentía como verdad y lo que pensaba su época y sus miembros de la realidad, vivía Valverde en la ciudad con el fondo de la desesperación que todo albergaba. Como él muchos otros sentían que el mundo había llegado al borde de un precipicio, y la impotencia de evitar aquel avance infernal le había hecho convertirse en uno más de los desengañados de las ventajas de su civilización.

Eran legión aquellos que vivían sumisos ante el signo del tiempo, protegidos por trabajos anónimos que les permitían placeres anónimos, llenos de envidia oculta ante aquellos que tuvieran mayores ventajas carcelarias. Habitaban pequeños reductos y poblaban las calles como almas en pena buscando en el consumo de productos manufacturados una reafirmación de su identidad. Una identidad construida por una moral y un credo ideológico que les permitía vivir ajenos a su propio existir natural, anestesiados de todo grito de libertad instintiva. Porque si algo podía decirse del mundo que había dejado atrás era la palabra artificio. Todo, incluso el contacto íntimo, se hallaba reglamentado por la normativa de una sociedad.

La lucha que había entablado desde aquella identidad heredada contra su identidad natural le había llevado al borde de la propia aniquilación. Al dar la vuelta, al pasarse al otro bando,había comenzado a experimentar su propia realidad, no la que definía el credo de su tiempo. Se dió cuenta que el paso de un lugar a otro, el cambio de bando para ahora tratar de preservar su propia identidad original ante el acecho de la identidad artificial, le había hecho sentirse cada vez más sano y conectado con la realidad que le rodeaba.

Una realidad no hecha de máquina y número, sino de vida y canto; una realidad no monopolizada por el delirio de la razón sino abierta al sueño del sentimiento. Levantó sus ojos de las llamas y una estrella fugaz marcó el oscuro cielo con su paso. Allá arriba, como una ventana al Universo, se mostraba el misterio infinito ante sus ojos.

Valverde, aquí abajo, lleno de recuerdos de la lucha contra la tiranía de su ser, sintió la insignificancia de todo aquello que había dejado atrás. La enfermedad que le había esclavizado a los males del exterior, que le negaba la libertad de su origen como individuo y la afirmación positiva de su sentir natural, quedaba sólo como un conjunto de normas hechas con palabras y castigos de una civilización enferma y agonizante.

Estaba sólo como cada una de las estrellas que brillaban en el Universo, y a la vez estaba unido como cada uno de los animales que poblaban aquella selva. Respiró profundamente y dejó que el aire de la noche transportara su alma por los cuatro confines de la tierra. Alejado por fin de la mentira humana dejó que la verdad natural surgiera de su interior, que reflejara el sentido que la vida le otorgaba por nacimiento.

De improviso sus sentidos ampliados le advirtieron de un peligro, sintió que algo se aproximaba hacia él, algo poderoso y silencioso que hacía callar todo lo que le rodeaba. Dió un respingo instintivo y su cuerpo tomó las riendas de la situación al instante. Sus pensamientos habían quedado como fulminados ante el aviso inconsciente de aquello que se aproximaba a él.

Trató de agudizar la mirada pero nada podía entrever entre la densa vegetación que le rodeaba. Sabía que algo se acercaba por aquel silencio desacostumbrado que iba invadiendo la selva. Era como si nadie de la jungla quisiera llamar la atención de aquello que se acercaba cada vez más a él.

Sintió que los pelos de su nuca se erizaban y su cuerpo quedaba inmóvil como una estatua. Su cuerpo le advertía de una manera tensa y urgente de una seria amenaza. Se agachó y cogió un palo de la hoguera. Recordó el motivo de su estancia allí y pensó que quizás aquel ser que se acercaba cada vez más y más era el señor de la jungla.

Creyó entrever algo moviéndose cerca de la orilla del río y decidido salió del circulo de la hoguera para dirigirse hacia ella. De improviso algo como un bufido le hizo saltar espantado hacia atrás. No había sido claramente un sonido, sino la expulsión del aire de un enorme animal. Sintió que sus rodillas se doblaban e instintivamente miró a su alrededor buscando ayuda. Era la respuesta automática de un animal de su especie ante el encuentro con un ser más poderoso que él.

Pero estaba sólo, allí no tenía el amparo de la manada, el soporte del número para defenderse ante lo desconocido. Quedó inmóvil ante el fuego, expectante y tenso sabiendo que aquellas llamas eran su única arma ante lo que se encontrase allí en la orilla. Pasó el tiempo y todo seguía en silencio, aquel ser seguía ahí sin mostrar ninguna prisa por marcharse. Se sintió humillado ante aquella invasión de territorio, de alguna manera había creído que aquel trozo del río era suyo.

Por un momento deseó estar en el cobijo de aquel mundo artificial que tanto había criticado un rato antes. Se sentía presa, y era una sensación más intensa que la de sentirse preso de su civilización. Comprendió el motivo profundo del miedo del hombre a la soledad, la vulnerabilidad que ello provocaba ante un medio salvaje y terrible.

Un bufido volvió a hacerle respingar y de pronto comprendió que la Madre también era aquello, no sólo los verdes prados, los mares y las flores, sino la inexorabilidad de la supervivencia basada en la ley del más fuerte. Aquel ser que sentía cómo se acercaba no parecía ser humano, tal era el poder que desprendía. Temió cada vez más que aquel señor de la jungla realmente pudiera quitarle la vida, que no fuese una simple demostración dramática con fines iniciaticos sino que realmente aquel paso pudiera costarle la sangre de su existencia.

El bufido se hizo más fuerte y supo que aquello que tenía delante le estaba observando. Sentía su mirada sobre él, y algo en su interior de pronto saltó dándole ánimos. Se irguió todo lo que pudo y se alejó del fuego para introducirse en la oscuridad que envolvía el origen del sonido. Se detuvo a pocos pasos de aquella presencia amenazadora y con todo el ánimo que pudo rompió a hablar.

- ¿Es usted el señor de la jungla? - su voz salió aflautada, no había conseguido transmitir la entereza que deseaba enviar.

El silencio fue su respuesta, creyó adivinar el sonido de una poderosa respiración que delataba la presencia del visitante, e imaginó que debía ser un ser enorme.

- Vengo a conocer a los guardianes de la Joya - volvió a oirse a sí mismo como si aquel ser le enviara el eco de su voz. Era una sensación realmente extraña, no sentía que aquella presencia acusase recibo de su mensaje .

Se movió inquieto tratando de buscar alguna manera de establecer un diálogo. No se sentía con ánimos de seguir avanzado, de algún modo notaba que se hallaba en el límite de su territorio y que no debía traspasarlo. No sabía cómo conseguía transmitirle aquella orden el visitante pero la sensación de certeza de ésta era contundente.

Pensó en que aquel señor de la jungla pudiera no entender el idioma que hablaba y decidió expresarse corporalmente. Levantó su mano en señal de paz y fue retrocediendo lentamente hacia la hoguera. Si aquella presencia no quería comunicarse con él, no tenía por

qué forzarla. Una fuerte exhalación paralizó su retroceso dejándole inmóvil poseído por el pánico. Decididamente aquel ser no era humano.

Sintió que se aproximaba cada vez más hasta que lentamente comenzó a mostrarse a la luz de la hoguera. Con ojos que parecían reflejar el fuego de las llamas el señor de la jungla miró inmóvil a aquel ejemplar de la especie homo sapiens sapiens. Aquel mono vestido le miraba a su vez con una expresión de miedo que le indicaba que nada podía hacerle. Lo vió indefenso y solitario en sus dominios, un animal asustado ante su simple presencia.

Valverde siguió inmóvil. Recordó la enseñanza de su iniciación como hombre, no debía mostrar debilidad, doblar las rodillas; debía quedar inmóvil, fijo en su territorio marcado por sus pies sin emitir ninguna señal más. Trató de hacerlo mientras seguía mirando hechizado a aquel tigre que a su vez le contemplaba. El mundo se reducía en aquellos instantes a ellos dos en la noche oscura de la selva.

El tigre avanzó una pata y Juan involuntariamente respingó. Al instante el felino abrió su boca y exhibiendo sus colmillos rugió poderosamente. Aquel sonido le hizo sentirse indefenso, vencido sin posibilidad de defensa, era un sonido que entraba por su vientre de una manera implacable haciendo remover sus entrañas. Era el trueno que surgía de la mirada fulminante de aquel animal.

El felino quedó de nuevo quieto observándole. Con la pata adelantada y el resto del cuerpo en una posición atenta y sostenida aparecía invulnerable ante sus ojos. Sin posibilidad de reacción alguna Valverde levantó su cabeza y lanzó una muda súplica al cielo tachonado de estrellas. Volvió a mirar hacia abajo y quedó atónito mirando al tigre.

Este se había sentado sobre sus patas traseras y le miraba apaciblemente, emitiendo una especie de ronroneo tranquilizador. El pecho de Juan comenzó a moverse sólo, como si su cuerpo supiera que nada malo podía ya ocurrirle, llenando su mente de una fuerte sensación de alivio. Sin saber por qué juntó sus manos e hizo una reverencia al felino. Este emitió un suave rugido y se dió la vuelta alejándose de su mirada como una sombra. Al cabo de pocos instantes dejó de notar su presencia, era como si nunca hubiera estado allí.

El sonido de la selva comenzó poco a poco a llenar de nuevo el aire, y Valverde se sintió invadido por un fuerte cansancio. Aquel encuentro le había provocado tal excitación nerviosa que su cuerpo sólo le pedía el sueño reparador, cerró los ojos, y se sumergió en un profundo

dormir.

Abrió los ojos lentamente, con la sensación de que alguien le estaba mirando, notaba su presencia cercana a pocos metros. Se levantó cauteloso con el palo con el que había dormido, sin mirar en la dirección presentida. De improviso giró rápidamente y se enfrentó a aquello que le observaba.

Un hombre vestido de negro le miraba fijamente. Al dar la vuelta Valverde de aquella manera amenazadora una sonrisa leve apareció en su rostro oscuro. Se inclinó ligeramente juntando las dos manos.

- *Fusho* - le dijo aquel guardián de la Joya .

7.

El Grito

Valverde había recorrido un desierto infranqueable en busca de la promesa de un oasis repleto del verde rumor de las hojas y el sereno azul del cielo. Camino de exilio como Abraham, camino de retorno como Ulises, senda sagrada de todos aquellos que dejaron que una chispa de esperanza se albergara en su corazón. Camino ubicado en un futuro siempre lejano y a la vez presente en la intuición.

Para llegar allí Juan había tenido que escarbar en la memoria de los pueblos, y descubriendo en ellos la existencia de un mito tan antiguo como su especie, el de la escalera que unía dos realidades, había entrado por la puerta del saber que lleva a las entrañas de su maternal inconsciente. Había tenido que aceptar ser tachado de loco por su pueblo, y soportar la dura lucha de su interior entre el caduco Juan hecho por los avatares del vivir en un mundo construido por el hombre y el nuevo Juan moldeado por el arte en la contemplación del Universo creado.

La guerra entre aquel que niega la luz y aquel que la afirma había marcado todo su sistema nervioso, el combate lo había librado en el interior de su cuerpo, diseñándose así el camino que había realizado para salir de su propio infierno, de su enfermedad que oprimía su libre sentir natural ante la verdad que encontraba a su paso.

Desde el mismo nacimiento en él de la esperanza se había creado una dualidad en su interior, una rebelión contra la tiranía de su mente educada bajo falsos principios inventados, no descubiertos. Su batalla personal era la reproducción en el individuo de aquella guerra universal que vivían todos los pueblos de la tierra por la conquista de la libertad.

Había aprendido a saber que aquella guerra jamás terminaría, que la existencia del enemigo no podía ser eliminada pues la oscuridad es el fondo donde destaca la luz, así como la muerte es el fondo de la vida. Había aprendido a reconocer que la victoria en su interior no implicaba una victoria sobre el enemigo en el exterior, que el dominio de su alma por el descubrimiento del espíritu no provocaba que los ciegos poderes humanos no siguieran gobernando la vida de los pueblos.

La meta de su viaje era encontrar un pueblo que no padeciera la enfermedad colectiva que diezmaba las almas de su época impidiéndoles la libertad. Hombres regidos por el espíritu y no por delirios frutos de la razón, seres humanos que fueran la garantía de la existencia de la verdad en el mundo, la base para la justicia entre los hombres.

Ante él se encontraba la encarnación de su búsqueda, un miembro de aquel mítico círculo mágico que guardaba el centro inviolable, la Joya Soberana, el corazón del sueño. Sabía que era un guardián de la joya, porque así se lo había dicho el tigre. Aquel hombre le transmitía la misma sensación, era algo que aquel nuevo Juan de sentidos ampliados podía captar sin necesidad de mayor esfuerzo.

El asombro que le hacía estar quieto mirando estupefacto a aquel hombre oscuro procedía precisamente de aquella impresión. ¿Cómo era posible que aquel hombre poseyese el poder que el tigre le había mostrado? El guardián seguía inmóvil en su postura, con las manos unidas delante de él y con una ligera inclinación de cabeza. Parecía estar esperando la respuesta de Juan sin importarle el tiempo que éste tardara en realizarla.

Finalmente Valverde reaccionó, inclinó su cabeza y juntó sus manos. Trató de recordar el saludo que le había ofrecido aquel visitante inesperado, pero la sorpresa de su aparición había borrado de su mente la palabra. Decidió quedar en silencio y aguardar la reacción del otro.

Aquel hombre de rostro bronceado y de cuerpo ágil y fibroso separó por fin sus manos y se dedicó a mirar fijamente a Juan. Este sintió que aquella mirada parecía taladrar su interior de una manera que le recordaba la de Virsham. Se dedicó también a contemplarle pero algo como una sombra le impedía captar adecuadamente a aquel hombre, era como si le rodeara una envoltura invisible que dificultase su percepción. Se preguntó qué debía provocar aquel fenómeno tan curioso en su percepción.

El hombre oscuro ladeó su cabeza y algo como un destello de sonrisa pareció asomar en su rostro. Le señaló hacia atrás y Juan se giró automáticamente dando un fuerte respingo al ver quien tenía detrás suyo. Era el tigre que había visto la noche anterior cuya proximidad no había percibido por la concentración que había puesto en aquel hombre. El animal le miró desde su inalterable serenidad y luego pareció dirigir su mirada al hombre de negro. Luego dió media vuelta y se introdujo lentamente en la espesura de la vegetación.

Juan quedó hechizado contemplando al tigre que se alejaba, de nuevo la simple visión de aquel animal le había hecho olvidar todo en su mente. Era como si ésta se vaciara y sólo quedara el encuentro entre dos seres vivos de una manera pura y directa.

- *Fusho* - sonó a sus espaldas una voz .

De pronto recordó al guardián y volvió a girarse, éste volvía a estar con las manos juntas

en aquel saludo ritual. Juan le miró sin todavía tener capacidad de reacción, pasó de nuevo un tiempo en blanco hasta que lentamente pudo tomar dominio sobre la situación que estaba viviendo.

- *Fusho* - repitió imitando el saludo .

El hombre oscuro asintió complacido y le señaló con la mano que le siguiera. Juan recogió precipitadamente sus cosas y se dispuso a emprender la marcha. La desenvoltura de aquel hombre avanzando por la vegetación delataba una tremenda habilidad sólo posible en alguien que hubiera vivido allí desde niño. Juan se sintió como un urbanita con mochila en un hábitat que en absoluto era el suyo, aquel sujeto era la demostración más contundente de la sensación que le habían provocado los nativos de aquella isla.

El hombre de negro avanzaba con una natural agilidad que contrastaba con su torpe marcha, pensó que si alguien pudiera ver aquella escena habría pensado que eran miembros de especies distintas. Valverde había creído haber cambiado notablemente, pero ante aquel hombre se dió cuenta de que el baremo con el que se había valorado era realmente pobre. El poder de decisión que transmitía en sus movimientos era algo tan visible que Juan sintió que pese a todo su camino todavía le quedaba mucho por recorrer. Aquella sensación surgía natural ante la contemplación de aquel hombre, no era necesario meditarlo para percibir la distancia que separaba al joven practicante del clan de Virsham de un miembro de la fuente de donde había bebido éste.

Valverde siguió tras aquel hombre poseído por una alegría infantil. No era una ficción ni una mentira, estaba viviendo la prueba real de que su sueño era cierto. Aquellos sabios que habían transmitido su conocimiento a lo largo de la historia existían, aquel pueblo mítico que nunca había perdido el contacto con su origen era una realidad viva y palpable.

Trató de acelerar el paso, pero por más que trataba de alcanzarle aquel hombre conseguía mantener una distancia entre ambos. Juan aceptó finalmente aquella separación y no trató de acercarse más. Tiempo habría para ello si su acompañante así lo deseaba.

Se detuvieron a media jornada y el hombre le indicó con señas que comiera. Juan así lo hizo mientras observaba el arma que el guardián retiraba de su espalda. Parecía ser una espada por la longitud, le había pasado desapercibida al ser negra tanto la empuñadura como la vaina que la guardaba. Recordó entonces aquella leyenda de un hombre que, portando una

espada, había liberado al pueblo de Virsham de la esclavitud y eso le hizo reafirmar más aún la certeza de que se hallaba ante un auténtico guardián de la joya.

Volvieron a reanudar la marcha, para cuando comenzó a anochecer aquel hombre pareció disolverse entre la oscuridad. Juan tuvo que forzar tremendamente su vista para conseguir distinguirle, y al cabo de poco tiempo se sintió cansado y desorientado. El esfuerzo de seguirle en aquellas condiciones le dificultaban seriamente la marcha. Aquel hombre pareció advertirlo y se detuvo dejando que Valverde acortara la distancia que les separaba, luego volvió a avanzar al mismo ritmo.

A medida que seguían internándose por la selva Juan sintió que el aire parecía hacerse más denso, como si fuera entrando en un espacio cada vez más lleno de una sensación que sólo pudo definir como embrujadora. Cuando el viento le trajo el primer sonido sintió que algo atávico se apoderaba de él y reaccionaba en su lugar, notó que algo de su interior saltaba como si hubiera reconocido algo largamente olvidado.

El hombre oscuro se detuvo de improviso y miró fijamente a Valverde. Este se detuvo y quedaron contemplándose bajo la penumbra de la selva. Aquel hombre inclinó la cabeza y juntó sus manos haciendo de nuevo el saludo.

- *Fusho* - le dijo con voz clara .

Juan le imitó sorprendido por aquella interrupción en el avance. Parecía haber saludado aquello que él había sentido, por la sincronicidad con que se había detenido al mismo tiempo que que su reacción al canto que comenzaba a oirse lejano en la selva. Eso implicaba que el hombre oscuro de alguna manera había captado lo que él sentía, cosa que ya Valverde comenzaba a creer tras su experiencia con Virsham.

No tardaron mucho en llegar al origen de los cantos que a medida que avanzaban se iban haciendo más fuertes. La sensación inicial se había hecho permanente, Juan sentía que estaba entrando en todo un otro mundo, en toda una nueva dimensión de la realidad. De pronto los cantos cesaron y se hizo el silencio, el hombre oscuro le señaló algo y pudo ver a lo lejos un fuego ardiendo en la noche.

Llegaron por fin a un gran descampando a la orilla de un río. Juan supuso que lo único que habían hecho había sido ascender por su cauce, lo denso de la vegetación le había impedido advertirlo antes. Al acercarse más pudo ver a un grupo de personas que formaban

un gran círculo rodeando aquella hoguera.

El hombre oscuro le indicó con un gesto que se detuviera y aguardara allí. Luego avanzó y comenzó a saludar a personas del círculo, dirigiéndose a una mujer con la que habló señalando a Juan. Esta asintió con la cabeza y el hombre volvió a dirigirse hacia el lugar donde se encontraba Valverde. Le invitó a que le siguiera y con gestos le indicó que se sentara a unos metros del círculo. Le trajo bebida y comida, le miró con expresión sonriente y acto seguido se marchó sentándose en el círculo tras dejar su arma en tierra.

Juan estaba absorto mirando aquella escena. Congregados en aquel círculo se hallaban personas de todas las edades, desde niños a ancianos, mujeres y hombres todos juntos charlando en un lenguaje que no podía comprender. Al cabo de un rato comenzaron a dar palmas siguiendo un ritmo que hizo calentar la sangre a Valverde, era un compás básico y primitivo que incitaba su cuerpo.

De pronto sonó un grito que heló su corazón y uno de los hombres comenzó a cantar. En el preciso instante que aquella voz se había lanzado al aire sintió que algo se abría en su interior, en un reconocimiento instintivo de la naturaleza de aquel canto. Todo su cuerpo vibró como si fuera una caja de resonancia a medida que aquella voz llenaba el espacio vacío del aire, era su instinto el que respondía ante aquel canto no su mente.

La noche transcurrió entre aquellos cánticos libres y la circulación de comida y bebida ante aquella enorme hoguera que calentaba a aquel pueblo. Arriba la Luna y las estrellas acogían complacidas la escena que discurría con la misma placidez que las aguas del río donde estaban acampados. Valverde sonrió mientras el cansancio se iba apoderando lentamente de él, al fin había encontrado su meta. Allí, en el interior de Kalimantan, en lo más hondo de la tierra verde se hallaba la fuente del canto que le había llamado desde lo más profundo de sus sueños.

Despertó lentamente por los sonidos del asentamiento de los guardianes. Era un conjunto de voces de niños, adultos y ancianos, formando un sonido de fondo tan armónico que provocaba su salida del sueño con una misteriosa suavidad. Era como despertar escuchando música, como la llamada dulce de una madre.

Todo el mundo estaba haciendo preparativos para partir. Parecían un ejército motivado levantando, sin aparentar ningún esfuerzo, toda el asentamiento de manera libre y coordinada a la vez. Juan se levantó mirando a su derredor, no conseguía entender el lenguaje que hablaban provocando en él la sensación confusa del turista, del sujeto que entra en un mundo donde desconoce sus reglas. Pensó en cómo iba a poder entenderse con ellos, era una dificultad con la que no había contado.

El hombre de oscuro se acercó a él y se detuvo a pocos pasos mirándole seriamente.

- Ahora puedes marchar - le dijo en la lengua de Virsham .

Juan quedó sorprendido no tanto de que aquel hombre hablara el mismo lenguaje que él conocía, como del mensaje que había escuchado. Se sintió apenado, el hombre oscuro le miró y pareció sonreír desde aquel rostro de bronce inalterable. Le hizo gestos como si tratara de indicarle que marchara, que ya se encontrarían de nuevo. Cuando Juan asintió comprendiendo, le saludó con sus manos juntas y marchó a reunirse con el resto del grupo.

Valverde se sintió de pronto profundamente sólo, en una soledad tal que le hizo sentirse desorientado. Sin la presencia de Virsham y la de aquel pueblo el motivo de su búsqueda quedaba sólo en su interior, no había nadie en el exterior que encarnara el sentido de ésta. Comenzó de nuevo a internarse en la selva para descubrir al cabo de poco que se había perdido.

Se sentó afligido y sintió la necesidad que tenía de Shanila. Era una necesidad tan básica cómo el comer y el respirar, algo que aquella soledad tan enorme remarcaba con gruesos trazos en su corazón. Se dió cuenta de la distancia que les separaba, distancia medida en tiempo, días en los aunque volviera no podría verla.

Se sintió en un presente donde tenía que decidir si retornar o quedarse más tiempo en aquel lugar para conocer en profundidad a aquel pueblo. La decisión le resultaba difícil por la completa soledad en la que se hallaba. Jamás se había visto así, perdido literalmente en la selva virgen sin posibilidad de ayuda humana.

Escuchó el sonido de los animales y se dijo que ellos sabían el motivo de su estar en la tierra, simplemente estaban. Ese no-saber natural que se enfrentaba con ese saber por el que había entregado todo su vivir, ese contraste entre todos aquellos habitantes de la tierra y él marcaba claramente su diferencia. Era un animal en busca de su identidad, no surgía natural

desde sí mismo, tenía que reconocerse para poder ser aquello que era por derecho.

Comprendió porqué aquellos seres que le rodeaban no parecían compartir su misma suerte. Ningún animal puede reconocerse en el espejo, porque ellos no necesitan saber de su rostro. La condena humana de ignorar su lugar en el Universo, de no poder vivir en armonía con el mundo, era lo que sufría.

¿De qué servía su mente si había tenido que luchar desde el principio contra ella? ¿De qué si sólo le había encadenado entre el laberíntico recorrido de su cerebro, si había sido fuente del sufrir y la tristeza en su vivir?. Comprendió entonces el motivo de desear la locura, de una desconexión total y definitiva con aquella facultad que le hacía distinto al resto de los seres vivos. Sintió que era una aberración de la naturaleza, un animal tan indefenso que no sólo no podía habitar en aquella selva sino que incluso negaba su propio instinto de supervivencia. Era un monstruo que poseía algo que se había autodenominado razón, para luego enfrentarse contra los propios fantasmas interiores que fabricaba.

Sintió que toda su lucha había sido un conflicto surgido desde el propio lenguaje, desde la propia clasificación de la realidad que éste marcaba. Todo aquella travesía iniciatica era sólo la conquista del ser sin lenguaje del territorio del ser con lenguaje, el acceso a todo aquello que se negaba a entrar en las redes que la mente lanzaba a la realidad.

Había creído que tenía que acabar con los malos pensamientos, con las mentiras fruto del lenguaje, para que así dominara el otro lado de la dicotomía. Por más que lo había intentado nada había conseguido, era seguir el juego de la mente sin posibilidad de liberarse de ella. Lo que pensaba, lo que definía como real por su lenguaje, era lo que vivenciaba conscientemente; todo lo demás quedaba en la oscuridad del sentir.

Comenzó a reír a carcajadas en su soledad, reía de aquella ciega locura que le había hecho creer que su mente era algo importante y que su lucha entre lo que afirmaba que era verdad y lo que era mentira tenía algún valor en la realidad.

Se vió un simple enfermo de un mundo enfermo del cual había huído para encontrar su propia y cierta soledad. Apretó los dientes y de su interior surgió un tremendo aullido de dolor y agonía, de impotencia ante su indefensión natural en aquella verde selva donde todos los animales habitaban sin la carga de la mente. Era el único entre ellos que no sólo estaba atado por la ley de la supervivencia sino por su propio interior, esclavo de sí mismo como único

animal con la facultad del pensamiento.

Enredado en su propio lenguaje, en sus propias creencias, en su propia actividad mental; sin posibilidad de liberación. ¿Cómo podría la mente librarse de sí misma? Toda su lucha era absurda, procedía de su mente y carecía de conexión con la realidad en la que se hallaba en aquellos momentos. Todos sus conceptos, todas sus clasificaciones, todas sus ideas eran el obstáculo para su propia libertad.

La presencia de una sensación de urgente peligro le hizo desconectar de su diálogo interior, de aquella continua inquisición de sus actos. Su cabeza instintivamente se orientó hacia un árbol para centrar su atención en una pantera negra que le miraba fijamente desde la fortaleza de su deseo. Notó que aquel animal le estaba considerando su presa y una corriente nerviosa hizo sacudir sus miembros. Comenzó a correr como movido por un ser más poderoso que él, sus piernas eran accionadas por un mecanismo ciego ante cualquier pensar, sus brazos apartaban las ramas con una velocidad vertiginosa. Corrió y corrió por la densa vegetación como sólo un animal en peligro podía hacerlo,

Sentía la negra sombra de la muerte tras de él, y por más que corría no podía dejarla atrás. Parecía seguirle allá donde fuere. Esa sensación le daba aún más fuerza para seguir adelante. Finalmente se detuvo exhausto y se atrevió a mirar hacia atrás. Nada le seguía, sólo su propio miedo surgido ante la visión de aquel animal.

Valverde, con el cuerpo sacudido por rápidas inspiraciones, sintió que podía llorar o reír ante aquella situación. Podía tomarse en serio su errónea huida o bien contemplarla con ironía y reírse de su propia banalidad e indefensión en la tierra verde y salvaje de la isla. Decidió reír, no dejar que el hundimiento que le llamaba atrajese su mente, que aquella imagen de sí mismo jadeante e inútil que mostraba se identificara con él.

Y así lo hizo, y una amplia sonrisa comenzó a aparecer en su rostro. Sintió la recompensa de haber superado el peligro que le había amenazado, ese premio era el mismo hecho de estar vivo. Algo más profundo y poderoso había la tomado las riendas de su cuerpo empujándole a una loca carrera con el único fin de su supervivencia. No existía otra meta aparte de ella, y aquella corriente cálida y viva que le inundaba era la simple satisfacción de haber preservado su vida intacta. Era una alegría sencilla, inmanente y comprensible a ojos de todos los animales que contemplaban curiosos a Valverde.

La sangre pareció estallar en descargas en su cuerpo y un grito fuerte y profundo surgió de su pecho. Levantó sus manos al cielo sintiendo la fuerte presencia de la vida, el hecho simple y misterioso de su existir que cantaba junto al resto de las bestias allí reunidas. Al instante una tremenda algarabía se produjo a su alrededor; pájaros volaban de un lado a otro creando un sonido atronador; los simios bajaron de sus árboles y comenzaron a brincar en el suelo dando piruetas. Alegría de existir, alegría de sobrevivir.

Consiguió orientarse al seguir el cauce del río, llegando al día siguiente al lugar donde había tenido el encuentro con el tigre. Decidió esperar a que de nuevo aquel guardián viniera en su busca. Se dijo que tenía que cumplir su destino, consumarlo apurando hasta la última gota de la experiencia que buscaba realizar.

Los días fueron pasando,y con ellos el alimento que había guardado. Se sintió intimidado ante el hecho de la ausencia de comida, tenía que resolver aquella situación pero algo le hacía desistir de solucionarlo. Finalmente, cuando el hambre pudo más que sus recelos, afiló un palo y se adentró en la jungla dispuesto a matar para poder vivir. Era así de sencillo, y su cuerpo le instaba a ello de una manera rotunda y despiadada.

Comenzó tratando de decidir qué animal tendría que cazar. A las pocas horas aquella decisión se había transformado en qué podría atrapar. Los animales huían ante él de una manera tan rápida y certera que no conseguía entenderlo. Incluso aquellos que no habían temido su proximidad más cercana se alejaban ahora de él como presintiendo su cambio de intenciones. Algo comunicaba Juan a la selva que le hacía distinto para sus habitantes, se había convertido en depredador y la ley había comenzado a funcionar de una manera exacta e implacable.

Llegó la tarde y se sentó confuso y aturdido tanto por el hambre como por la imposibilidad real de cazar. Estuvo reflexionando sobre la mejor estrategia a realizar hasta que lentamente una idea comenzó a surgir en su mente. Era como una enseñanza profunda que no aceptaba la menor duda sobre su información. Juan quedó parado ante el mensaje de lo que tenía que hacer, sonrió irónicamente para sí y levantándose decidió volver al cauce del río donde había acampado.

Al llegar cortó unas ramas y se tapó con ellas haciendo invisible su cuerpo. El aire tocaba su cara, lo que indicaba que ningún animal tampoco podía olerle. Sonriendo mientras afilaba un sólido palo, esperó al acecho en la estrategia más básica de su especie. Los macacos comenzaron a acercarse a él lo suficiente para poder contemplarles a su gusto. Parecían estar cazando cangrejos en la orilla de una manera organizada. Los langures corrían de un lado para otro, y un orangután se suspendía de un árbol mirando inquisitivo hacia él. Vió llegar con asombro a un enorme animal oscuro que, al alzarse para limar sus uñas, pudo distinguir como un oso. Aquel animal se movía sin ningún temor, con la confianza de saberse invulnerable en la cadena de la alimentación.

Al fondo se movió algo pesado y Juan dió un respingo. Aquella cosa enorme que se movía lentamente hacía el río era un rinoceronte. Comenzó a temer por su suerte entre tanto animal reunido, hasta que un pequeño gato pescador pasó cerca de él. ¿Cómo era posible que aquel felino pudiera moverse con tanta tranquilidad ante el peligro que representaban aquellos terribles animales? Comenzó a darse cuenta de que allí cada animal iba a lo suyo, parecían saber cual era la distancia más segura sin necesidad de cálculo alguno.

Un dragón volador salió disparado de entre las ramas y Valverde de nuevo dió un respingo. No estaba tranquilo esperando una pieza, no conseguía vibrar al mismo ritmo que todos aquellos animales. Respiró profundamente y decidió cazar lo primero que se presentara. Una especie de gallina pasó cerca suyo y rápidamente se levantó alzando el palo. El animal saltó ágil al ver cómo Juan aparecía de su escondrijo, y en un momento cientos de animales comenzaron a gritar moviéndose de un lado para el otro.

Valverde quedó inmóvil viendo aquel rápido desalojamiento, en pocos instantes quedó sólo en un radio de unos veinte metros. Luego todos parecieron seguir tranquilamente con sus actividades, sin mostrar el menor signo de temor ante su presencia. Desalentado de seguir escondiéndose decidió dar un paseo por la orilla. A unos cien metros una manada de tapires bebían tranquilamente, se acercó lentamente esperanzado ante la aparente no atención de su aproximación. Al llegar a pocos metros alzaron su cabeza y le miraron brevemente, al instante salieron corriendo deteniéndose unos veinte metros más allá.

Juan comenzó a desistir de su intento de caza. Cada vez que se acercaba, sus presas o se alejaban de él o le daban un rodeo dejando siempre un gran margen de seguridad entre

ellos. Iba a cesar de seguir a los tapires cuando vió que uno de ellos cojeaba fuertemente de un pie. De súbito algo pareció agarrarle y tirar de él, impulsándole en dirección hacia aquel animal. Los tapires comenzaron a correr alejándose de él, pero pronto pudo comprobar que en aquella persecución el animal que cojeaba iba quedando atrás. Valverde llegó tan cerca de él que pudo tocarlo y con un fuerte grito le hundió la estaca en el cuerpo. Al instante un tremendo bramido surgió del animal, y el hombre quedó fijo, congelado por el acto que acababa de cometer. El tapir trató de seguir corriendo, con el palo clavado en su costado, pero al poco comenzó a detenerse y a vomitar sangre entre mugidos de estertor que llenaban el aire de la selva.

Juan quedó quieto mirando con una sensación extraña aquel espectáculo. No sabía si arrepentirse de ello o alegrarse, aquella muerte le hacía sentir culpable. Finalmente se acercó al animal tendido, arrancó la lanza y volvió a clavársela en la nuca. El tapir dió un fuerte respingo y quedó quieto en tierra. La sangre roja y caliente surgía a borbotones de su cuerpo, y una mezcla de repugnancia y satisfacción invadían a Valverde ante su visión.

Decidió trocear el animal y comenzó a cortarle en partes con el cuchillo que se había traído para aquella expedición. De pronto sintió un peligro cercano y miró a su alrededor. Muchos de los animales huían ahora del río mientras se iba produciendo el silencio que delataba al señor de la jungla. Se levantó y miró fijamente hacia un punto, de entre los matorrales un tigre surgía lento y majestuoso, aparentemente sin mirar nada pero emitiendo la fuerte sensación de percibirlo todo.

El animal pareció sentir su presencia y de pronto giró su cabeza mirándole fijamente. Un temor helado invadió a Juan, se sintió de nuevo indefenso, presa antes que depredador. El tigre comenzó a acercarse al trote acortando distancia mientras Valverde seguía mirándole hechizado. Cuando llegó ante él dió unos involuntarios pasos hacia atrás, dejando entre los dos el tapir muerto.

El tigre le miró fijamente durante un tiempo eterno, hasta que finalmente agarró al tapir y comenzó a transportarlo como si no pesara nada. Juan levantó una mano como queriendo decir que era suyo y al instante calló ante la ridícula acción que iba a realizar. ¿Cómo iba a protestarle a aquel animal? Le siguió con la mirada hasta que lo perdió de vista y encogiendo los hombros cogió el trozo que ya había descuartizado. Por lo menos podría comer esa noche.

Satisfechas sus necesidades comenzó a meditar sobre lo ocurrido mirando el enorme cielo estrellado. Era evidente que la ley que imperaba en aquella selva no era la ley a la que él estaba acostumbrado. Allí todo parecía moverse con un orden distinto al humano, con una lógica ajena a la significación moral del hecho de la ley del más fuerte.

Sí, había entrado en un mundo donde cada acción traía su consecuencia de una manera natural y exacta; donde ser víctima o verdugo eran la base del existir. Pero aquella lógica parecía ajena a la noción de falta moral, de pecado. La muerte impregnaba la selva como base de su subsistencia, alguien tenía que morir para que alguien pudiera vivir. Este simple hecho ocurría continuamente a su alrededor, todos los animales se movían cazando, alimentándose fuera de un vegetal, insecto o animal. Vidas que eran sistemáticamente sacrificadas para otras vidas, en una cadena en donde sólo los más poderosos vivían sin temor a ser depredados.

Al Juan civilizado y soñador todo aquella actividad se le mostraba como cruel, el hecho de matar había repugnado su conciencia, pero la necesidad le había empujado a salir de sus concepciones para entrar en aquel ciclo de la vida y la muerte que era la jungla, sede de la Ley de la Naturaleza. Se dió cuenta de que nunca había vívido esta simple y sencilla realidad, la base de la existencia en el planeta. Aislado en su mundo de asfalto y supermercados, desconectado del orden de los seres vivos para estar conectado con el mundo artificial y electrónico de su civilización, había perdido la referencia básica que hacía de él un individuo entre todos aquellos seres vivos que le rodeaban.

Allí, en el mundo real donde todos los animales vivían, no existía sanción moral, no existía culpabilidad alguna. Allí sólo podía hacerse una cosa: sobrevivir con eficacia con el convencimiento cierto de que cada acierto y cada error en la acción traían su implacable resultado. Era un orden predeterminado en el que sus ideas nada importaban, era un mundo vivo y pulsante en el que todos vivían aceptando al unísono las leyes de aquel planeta azul.

Allí, en la selva, de nada importaba su lucha contra la esclavitud del parecer ajeno, de la moral y costumbres que había heredado de su época. Allí de nada servía la culpabilidad y la justificación, el ser una víctima de la ideología de una sociedad, Allí no habían voces sancionadoras que le juzgasen por cada quebranto de las normas.

Aislado de todo ser humano, con la única herencia de una conciencia moral fruto de la interiorización de su cultura, supo que su existencia social había sido una falsedad. Que había

sufrido por el rechazo de su época, por la soledad que le había traído haciéndole sentir indefenso por la falta del calor de la tribu, de aquella madre sociedad que le abrigaba de todo peligro exterior a ella misma.

¿Y qué existía fuera de los márgenes de su civilización? La naturaleza libre y salvaje, el orden del resto de los seres vivos acatando las leyes de la única y verdadera madre. Comprendió al ser humano, de animal indefenso se había alzado con el poder de la muerte, y en su carrera por ser cúspide de la cadena alimenticia había caído en un delirio que le empujaba al exterminio de aquella madre salvaje y aterradora.

Se dió cuenta que su especie se había enfrascado en una guerra titánica contra la tiranía de la supervivencia en la tierra, que se había lanzado a la conquista y dominio de su propio mundo de una manera ciega e impulsiva como respuesta a la indefensión que le provocaba la implacable naturaleza. Eran demiurgos que habían creado un mundo ajeno al mundo, seres poseídos por un sueño de civilización y conquista que al llegar a su cenit mostraban el inicio de su lenta agonía.

Valverde comenzó a reír de sí mismo, de su propia condición que le había hecho luchar contra algo que había sido en los orígenes la fuente de su salvación como animal. Hijo del fracaso del progreso, hijo del hundimiento del hombre en su propia conquista, de la civilización que tantas comodidades le habían otorgado y que él tan fácilmente había desechado.

¿Qué animal de entre los que le rodeaban no envidiaría su vida civilizada? Su protección ante el frío y el calor, ante el hambre y la sed, ante la lluvia y el viento, ante la oscuridad y la soledad. Todo aquellas necesidades básicas que allí en la verde selva eran el motivo del existir de todos los animales, todas, eras satisfechas con facilidad en. aquella vida que tanto había despreciado y de la que había huido.

¿Por qué lo había hecho sino para conseguir encontrar su propia libertad individual, su ruptura con el rígido vivir con el que era asfixiado? Había dejado atrás un mundo artificial porque allí, bajo el pretexto de la satisfacción de las necesidades básicas, su pensar y su sentir eran dominados por una racionalidad, por un conjunto de normas y prescripciones de lo que tenía que experimentar y no experimentar.

En esa falsa madre había sido educado bajo un orden que le había hecho pensarse a sí mismo como puro o impuro, santo o pecador, ángel o demonio, bueno o malo. Allí la máxima

garantía de supervivencia era no alejarse de la norma, ser un ente que consumía un estilo de vida ofrecido por el mercado. Allí su inteligencia había sido juzgada, censurada, reprimida bajo los rótulos de locura y fantasía.

En la verdadera madre nada se le empujaba a creer, mirando absorto las estrellas saboreó la exquisita libertad que ella le proporcionaba. Podía pensar y sentir lo que desease, porque allí la única ley que no tenía que quebrantar era la de la supervivencia. Ante él se mostraba no un modelo de expiación, de culpa y sacrificio por haber cometido actos o pensamientos impuros; sino un modelo de sabiduría, de aprendizaje por sus aciertos y errores con el fin de ser eficaz en sus acciones para asegurar el poder mantenerse con vida.

En la jungla era libre, ajeno a la tiranía cotidiana del parecer ajeno, extraño a las modas y necesidades de una economía. Allí era él lo que era, sin más. Un animal más del ingente rebaño de la Madre, un ser vivo más que se alimentaba de otro ser vivo. Sintió que sus piernas tocaban tierra por fin, que comprendía lo que había tratado de enseñarle Virsham.

En su lucha había asociado Tierra con civilización, había identificado la realidad del planeta que pisaba con la realidad humana de su época. ¡Qué gran error, qué confusión que había provocado tantas y tantas vueltas por el laberinto de su mente!. Miró a su alrededor y supo al fin qué era la realidad de la Tierra, qué era el existir del hombre por origen. Nada tenía que ver con las muletas de la cultura que su especie había utilizado para poder adaptarse con mayor facilidad al medio, ninguna semejanza con las estructuras rígidas de su sociedad interiorizadas en él .

Despojado de toda invención humana, de toda pretensión cultural, miró por primera vez el cielo limpio y brillante de estrellas, escuchó el canto vivo de sus compañeros de la Tierra. Había creído que su lucha era entre un principio del bien y otro del mal, había pensado que su guerra era entre dos concepciones surgidas de su herencia humana. Nada de eso importaba en la jungla, no había necesidad de un discurso para eliminar otro discurso, no era la lucha entre dos invenciones culturales. Era la aceptación simple y sencilla de su existir en la Tierra, en un mundo del que formaba parte y a cuyas leyes estaba sujeto de manera inexorable e inflexible. Era la percatación de que era un hijo más de la Diosa Naturaleza, y que sus dictados eran la base de su vivir real. Todo lo demás eran capas de culturas que lentamente se habían forjado en el transcurrir de los siglos, toda su angustia fruto de la invención humana

que establecía ordenes ocultas bajo un juicio moral.

Un tremendo rugido sonó en la noche y Valverde supo cual el origen de aquel sonido. Poderoso y orgulloso, libre de toda amenaza, señor de la tierra que pisaba, ajeno a todo sentir de angustia e indefensión, el tigre cantaba en la selva. Sintió en comparación su innata debilidad, su pobreza vital que le hacía sentirse enfermo de sí mismo, que le impedía el acceso al libre disfrute de la existencia. Cuantos años de su vida entregado a causas quiméricas, a búsquedas de saberes escondidos y remotos, a inquisiciones continuas de la realidad a través del débil medio del lenguaje.

Lejos quedaban los consejos familiares, las amonestaciones de los amigos, las miradas reprobatorias de sus semejantes. Lejos la política, la economía, el arte y la cultura, las religiones y las filosofías. Todo quedaba inerte en aquella lejanía que le ofrecía el ser un igual a los demás habitantes de la selva, el ser un hijo de la Tierra sin más. Desde aquella tierra que pisaba había surgido su especie, en ella irremediablemente vivía pese a transitar por cementos y cables. El mundo humano carecía de importancia ante la enorme y poderosa realidad de la vida natural, de la existencia en el vientre de la Madre Tierra.

Sonriente comenzó a entonar una melodía, contemplando cómo las llamas vivas del fuego ascendían sin cesar hacia arriba, hacia el Cielo. Arriba las estrellas, brillantes puntos de luz en la oscuridad infinita del vacío, mostraban el manto nocturno de la Madre. Todo era ella, porque todo dependía de ella para su vivir.

Los días pasaban apenas sin distinción. Valverde sólo se preocupaba de conseguir caza, lo cual le sumergía en una actividad constante durante horas y horas. Dormitaba y contemplaba a los animales, y de vez en cuando recibía la visita del tigre que siempre le miraba fijamente cuando aparecía. De alguna manera parecían haberse hecho amigos, y aunque Juan trataba de penetrar en el interior del animal sin éxito alguno, el tigre sí que parecía poder penetrar en su interior. Aquella sensación de desventaja le estimuló a tratar de conseguir por todos los medios una forma de acercamiento hacia el animal.

La oportunidad llegó cuando cazó de nuevo un tapir, hasta entonces sólo había conseguido matar pequeños roedores, serpientes, y algunas de esas aves que parecían

gallinas. Estaba despedazándolo cuando apareció de nuevo el tigre, con la intención manifiesta de acercarse a él y robarle su presa. Juan se levantó y mirando fijamente al animal le lanzó un trozo del tapir. El tigre reculó hacia atrás por el golpe, y por un instante un bufido terrible invadió la jungla.

Valverde apretó los dientes y trató de no reaccionar. El tigre se acercó con paso lento y cauteloso hacia él, su respiración profunda y vital iba precediéndole. Sintió que iba a ser atacado por aquel animal, que nada tenía que hacer ante aquella fuerza de la naturaleza y algo se soltó en él. Al instante un calor intenso subió por su vientre y estalló en su pecho obligándole a lanzar un poderoso grito. El animal se detuvo paralizado mirándole con extraordinaria fijeza, parecía estar sopesando el poder de aquel simio que le había retado en sus propios dominios.

El tiempo pareció detenerse ante aquel encuentro entre hombre y bestia, dos mundos regidos por la misma ley de la tierra en la que habitaban: el dominio del más fuerte. Aquella escena reflejaba el enfrentamiento de poder entre dos criaturas vivas , en nada luchaban ambos, sólo se contemplaban y medían instintivamente la jerarquía que por derecho ocupaban en la viva jungla.

El tigre comenzó a ronronear de manera suave y gradual, luego comenzó a avanzar hacia el hombre bajando ligeramente la cabeza. Juan extendió la mano y acarició al animal, el ronroneo se extendió por su mano y aquella vibración llegó hasta su pecho. Involuntariamente se agachó y se colocó a la altura del animal, y siguió acariciándole con una sensación placentera. Aquella sensación era una mezcla de paz y alegría; de paz porque ya no había en él temor; de alegría porque admiraba la dignidad natural de aquel felino, la belleza de su vivir, y deseaba su amistad.

Una escena antes la muerte aparecía en el horizonte de Juan; otra escena después la vida entraba en él. Había superado el mayor peligro de la jungla, el enfrentamiento con su señor, y la sensación de supervivencia volvió a inundarle al darse cuenta que el resultado de aquello era el seguir vivo y ser amigo de aquel poderoso aliado.

Tendidos ante el fuego, animal y hombre en la húmeda tierra verde de la isla aprendieron a convivir juntos. Habitantes de la noche estrellada, el tigre contemplaba absorto las llamas de la hoguera; el hombre percibía el misterio que todo a su alrededor envolvía.

Aquella noche el viento portaba en su seno cantos del encuentro entre aquellos dos habitantes de la jungla. Los animales hablaron de cómo el señor de ésta se había hecho amigo de aquella extraña criatura que había venido de otros lugares, de cómo le había desafiado y éste complacido había aceptado compartir su solitaria existencia con aquel bípedo tan indefenso y vulnerable.

El solitario orangután cantó sobre su cercanía con aquel animal de poco pelo, afirmaba orgulloso que venía de una rama de su familia bendecida por un poder superior al del resto de los animales. Muchos de los pequeños simios escucharon atentos aquella novedad en la jungla y se acercaron a presenciar desde los arboles aquella escena en la que, aquel enigmático animal que poseía el poder llameante, acariciaba sonriente al terrible e implacable tigre.

Por la única ley que gobierna a todos los animales, la de la Diosa que a todos alberga, un pacto hicieron el hombre y el animal. Todos los habitantes de la jungla fueron informados, y cuando apareció el Sol los animales diurnos reemplazaron a los nocturnos en el canto de aquel extraordinario acontecimiento.

Cuando despertó Valverde miró con tranquilidad al hombre oscuro que le contemplaba. Se levantó y se desperezó lentamente, luego con una suave sonrisa adoptó una posición firme y relajada, juntó sus manos y murmuró una palabra inclinando su cabeza.

- *Fusho* - escuchó aquel que cuidaba la pureza de la Diosa de labios de aquel gigante barbado procedente de otras tierras.

Noche encendida por el canto de un pueblo sano y libre, ritmo de carne al compás del corazón, viento lleno de sonidos lejanos hundidos en la profundidad de las estrellas. Círculo mágico donde un misterio recorre las almas de los presentes.

Allí estaba Juan, familia unida por el vínculo de la sangre que recorría sus venas. Impregnando cada poro de su piel por la voz de un hombre oscuro que, con todo su cuerpo contraído por llamas de pasión, cantaba a la Noche. Valverde, sentado en la tierra de Kalimantan, mecido por las palmas de aquel pueblo mítico y deseado, sentía su corazón herido de muerte ante esa voz. Era como si un cuchillo desgarrara su carne, como un rayo

que atravesase sin piedad el velo de su identidad.

Sentía, sólo sentía ante aquel canto. Era un dolor intenso el que le provocaba cada vez que penetraba aquella voz en su alma. Eran ecos de un pasado tan remoto que no podía localizar en su mente, que llamaban a un hombre desconocido para él, alguien que no era él y que sin embargo era. Aquella paradoja confundía su intento de racionalizar aquello que le ocurría. Su cuerpo parecía querer abrirse a algo que sentía como una amenaza, la sensación de sumergirse en un océano sin límite en el que él como individualidad no podía existir.

A la vez, como una extraña paradoja, una sensación de alegría se movía en su interior, sus miembros comenzaron a temblarle y sintió la necesidad de levantarse. Algo le empujó hacia arriba y un fuego intenso abrasó su conciencia. Sentía cómo si su cuerpo se moviese al compás de los sonidos del círculo, algo más poderoso que él parecía tomar las riendas de su expresión corporal. Bailó como nunca había bailado, como si danzara dentro del propio fuego. Sentía a la vez una tremenda escisión en su ser: por un lado el poseído por un fuego abrasador que le hacía expresarse en el lenguaje mudo del cuerpo, por otro el que percibía aquella posesión desde un lugar remoto de su conciencia.

Aquel que percibía, que se identificaba con el lenguaje hablado de la mente, sentía miedo ante aquella situación. Era una lucha entre dos mundos, de una manera visceral y pública a la vez, era una perdida de aquello que él consideraba lo más sagrado: su interior. El grito del canto se abría haciendo un camino tan hondo y profundo que llegaba hasta el límite de su propio ser, rompiendo en un instante todo aquello que pudiese creer de sí mismo en su torpe y larga marcha de especulaciones.

Juan se resistía ante aquella tremenda intromisión de su intimidad, de aquella ruptura del dogma de separación que mantenía todavía su temerosa mente acerca de la realidad en que vivía. Era su única arma, la distancia del conocimiento, la escisión entre el interior y el exterior, la duda constante de todo aquello que no estuviera validado por la colectividad.

Danzó y danzó hasta que cayó al suelo, exhausto. Abrió los ojos asustado ante aquello que había experimentado y quedó perplejo mirando el círculo que le rodeaba. Al fuego de la noche el pueblo que por tanto tiempo había buscado, el lugar mítico en el que tanto había anhelado hallarse, se encontraba ante él. La sensación de unión, de meta, de llegada , contradecía a su ya acostumbrada sensación de fracaso y desengaño.

Por un momento Juan no quiso creer que todo aquello existiera, que todo aquello fuera real. El miedo a que su sueño se quebrara apareció en su corazón y una fuerte descarga de dolor le inundó. Lloró como nunca había llorado, lloró y lloró mientras el resto del pueblo siguió cantando y charlando. La herida de la mentira iba soltando su oscura garra en él.

Sintió el enorme peso que guardaba su corazón, durante toda su vida había conservado un sueño de esperanza en el hallazgo de una sabiduría pura y original, y ese anhelo le había hecho desplazarse entre miles de lugares distintos buscándola. Había sido su marcha de un mundo, y el encuentro con otro la causa del inicio de su camino. En su interior creía que sólo él era el responsable de aquel sueño existiera, de que era suyo y con él moriría.

Y allí, sentado entre aquel imaginado pueblo, se dió cuenta de que algo más poderoso que él había sido el responsable de su vida. La fuerza del destino, la suerte de un hombre, el designio de un dios era el causante. Había andado como un burro ciego por el camino que su amo había ordenado. Aquel sentir oscuro que tanto le había hecho sufrir, aquel no saber por qué tenía que hacer lo que hacía, aquel andar inconsciente por el mundo había sido su carga.

Levantó sus ojos llenos de lágrimas y miró hacia las estrellas. Algo dió un tirón de él hacia arriba y se vió viajando por la oscuridad infinita en la que cada luz era un ser ardiente y poderoso. La fe le hizo saber que también él formaba parte de ese ser, de que eran su herencia y su destino.

Algo le hizo bajar de inmediato, era de nuevo aquella voz del hombre absorto en la hoguera. Como un martillo que golpease el yunque de su alma, con el calor del horno del corazón, el viento teñido de su voz le transportaba de nuevo a lo más hondo de su alma. Sentía la prisión en la que había habitado su corazón, el encierro al que él mismo se había conformado.

Supo que aquel hombre traducía el silencio de las estrellas, la esperanza de su especie, el vinculo con la divinidad. Era la voz bruja, la que desde el origen había cantado al mismo Universo único y misterioso. Aquel sentir real y vivo era el que había habitado en sus antepasados y que ahora habitaba en él. Sentir surgido desde el centro de su ser, desde el lugar más íntimo del corazón.

Notó que en ese espacio íntimo y central existía un alma radiante y viva, como una llama que diera luz y calor a su vida. Aquel hombre emitió un fuerte aullido y sintió como si su

sangre bullera por todo su cuerpo. Atónito miró al cantante que, con los ojos cerrados y con aspecto de poseído, cantaba con fuertes gritos. Nunca había escuchado canto semejante, parecía imposible que aquel hombre pudiera dar semejantes voces. Parecía poder taladrar la espesura de su mente con la furia del rayo, y con su canto comunicarse desde un lugar tan recóndito para él del interior que le resultaba desconocido.

Aquel guardián de la Joya cesó de pronto su canto, y sintió una fuerte escisión en su personalidad. Parecía difícil creer que existiera algo más vivo y real en la expresión humana que aquello que acababa de escuchar.

Así fue como Valverde conoció a Shanda.

Mientras trataba de conciliar el sueño Juan reflexionó sobre lo ocurrido. Era evidente que algo en él se resistía a todo aquello que estaba viviendo. Aquella escisión entre su identidad hecha de lenguaje y otra identidad percibida como animal y salvaje se habían mostrado ante él de manera clara y evidente en aquel baile fruto de una misteriosa posesión.

Comenzó de nuevo a repetirse de que todo aquel lenguaje que se enfrentaba contra su naturaleza era fruto de su socialización, de su inclusión en una colectividad histórica cuyo único interés era la integración en su maquinaria. Reflexionó sobre el obvio hecho de que si hubiera nacido en otro lugar, allí en la verde isla, él hubiese sido otro hombre desde el principio.

Recordó cuantas veces se había sentido rechazado por el pensar y sentir de sus semejantes. Había barajado la posibilidad de que aquel comportamiento ajeno fuera por una enfermedad propia, por una alienación de su alma que tenía que ser arreglada para que pudiera volver a funcionar adecuadamente y ser aceptado. En busca de remedio había indagado por todos los saberes del alma que su civilización podía ofrecerle, en ninguno de ellos su corazón se abrió y su mente sólo se complicó un poco más ante la enorme confusión de aquella época negadora de la realidad del espíritu.

Allí, en la selva de Kalimantan, había experimentado por un instante la realidad simple y sencilla del Universo, había percibido la verdad sin ayuda de anteojos intelectuales que resguardasen su ego occidental ante la inmensidad del Universo. Aquella precariedad de

identidad sostenida débilmente por supersticiones de una época se habían visto desmoronadas ante el trueno surgido del alma de aquel hombre de la isla.

Comprendió su temor a dejar de existir, a morir definitivamente para renacer a una nueva identidad. Pero ahora, ante el encuentro de la verdad que tanto había deseado hallar, un impulso débil pero firme, como una estrella solitaria y brillante en el horizonte de la noche, le hacía adoptar el valor suficiente para romper con la esclavitud de su mente.

Sonrió disfrutando de la belleza virgen y salvaje del lugar donde se encontraba. Allí no existía temor ante la realidad del Universo, allí no existían paredes que resguardasen al hombre del infinito misterio donde habitaba. Allí el mundo no era a la medida del hombre, sino a la medida del Misterio.

Recordó sus experiencias anteriores, su continuo ir y venir entre un estado y otro de conciencia. Ayudado por la hierba de la serpiente había emprendido una larga y dificultosa marcha hacia el interior de su ser. Había encontrado la evidencia de una dualidad entre una identidad real, original, y otra ficticia, la mascara social y colectivizada que le permitía integrarse en la barbarie de su época. Una de ellas sólo tenía que responder ante la ley natural hecha por el Misterio, la otra sólo respondía ante las ficciones de sus congéneres en un juego de hipocresía y simulaciones.

Había despertado del sueño de piedra su corazón, y la razón con la que él mismo se había identificado había tratado de negar la soberanía que por derecho ocupaba en su interior aquel nuevo ser, el niño iniciatico tan amado por los sabios.

Se detuvo sorprendido ante aquel hecho. ¿Cómo era posible que se resistiera a aquello que había deseado hallar? Su razón la había encaminado hacía el conocimiento iniciatico desde su juventud, siempre había creído que existía una sabiduría sagrada presente en todos los pueblos de la tierra. Su formación universitaria la había adquirido por el simple motivo de integrarse en su sociedad, pero no por creer que en ella existiera la sabiduría. Por aquella razón siempre había tenido que leer libros a escondidas que hablaban de magia, de alquimia, de iniciaciones y conocimientos ocultos.

Desengañado tanto del saber ortodoxo, como del heterodoxo; tanto de su cultura como de su contracultura había caído al final en una apatía en la que nada era verdad o mentira, había dejado que la enfermedad del relativismo se apoderara de él y le quitara las fuerzas para poder

afirmar con rotunda virilidad la verdad que encontrara en su camino.

Pero ahora, se dijo contemplando a aquel pueblo mítico con el que tanto había soñado, sabía que sus desvelos habían llegado a su final. En aquella penosa ascensión por el camino de la sabiduría había tenido que ir dejando atrás muchas cosas, era el momento de quitarse el fardo de la memoria, el peso del lenguaje y la forma de vida que había adquirido en su juventud. Era el momento de enterrar al otro.

Así como había sido enterrado su ser original en una época del pasado, ahora tenía que hacerlo con su ser artificial. La diferencia era la voluntad, pues si había sido paciente involuntario de una época enferma y ciega que había negado en todo momento la posibilidad de la existencia de esa identidad original conectada por derecho con el Universo, ahora podía voluntariamente negar todo aquello que le habían enseñado, todo aquello que creía ser y no era.

Era una acción viril, una acción determinante en su vida lo que tenía que emprender. Tenía que creer en su interior, en todo aquel misterio que surgía de él, y actuar en consonancia. No había tiempo para nada más, ni tampoco era ya justificable el seguir dudando sobre la realidad de lo que estaba viviendo. Era el tiempo de olvidar lo que había sido y de vivir lo que era. Sin más. Decidido cerró los ojos y cayó en un profundo dormir fruto del cansancio de la fuerte vivencia que había experimentado en el círculo de los custodios de un mensaje ancestral.

Soñó que la Gran Diosa asistía complacida ante el canto de sus hijos. Por todos los puntos de su superficie pueblos de distintos colores encendían fuegos en la noche y repetían el rito más antiguo, la conexión ancestral que se revivía perenne.

Al despertar al nuevo día quedó mirando al pueblo cuyos miembros rápidamente se encaminaban a sus tareas. No sabía que hacer, y esperó a que alguien se lo dijera . Al poco rato vió que se acercaba el guardián que ya conocía y cuyo canto tanto le había afectado la anterior noche. Se detuvo ante él y se saludaron respetuosamente.

Shanda le indicó que le acompañara con un gesto, aquel hombre emitía la sensación de

ser de pocas palabras o de que no quería desperdiciarlas. Juan comenzó a seguirle apreciando que rápidamente se alejaban del poblado dada la velocidad que imprimía su acompañante. El guardián detenía su marcha de vez en cuando para dejar que Valverde tratara de acompasarse a su ritmo en un camino que se hacía difícil entre tanta vegetación y por ser cada vez más ascendente. A las pocas horas, cuando el sol estaba en lo alto de su apogeo, se encontraron ante una formidable cascada que caía sobre un lago envuelto en exuberante vegetación.

Desde lo alto de la colina donde estaban Juan contempló a los distintos animales que allí bebían placenteramente. El conjunto de aquella cascada iluminada por el sol, la verde vegetación y las aves que surcaban el cielo le asemejaba una visión extraída de sus mejores sueños, el paraíso perdido por el mundo de donde él procedía . Comenzaron el descenso, Shanda en su silenciosa actitud, Valverde pasmándose de todo lo que veía y sintiendo gozoso el poder del agua que caía.

La cascada descendía formando un arco multicolor hecho de las miles de partículas de luz que reflejaba cada gota de agua. Abajo, un agua clara y cristalina invitaba al baño a los animales que en ella bebían. En un lado unos osos se mojaban en ella juguetones cazando, mientras un tigre descansaba recostado en una roca absorto en su sereno ronroneo. Los dos hombres al llegar finalmente al lago quedaron quietos, en la actitud del guardián parecía mostrarse algo así como si estuviera presentándose ante los animales presentes.

Aquella sensación sorprendió a Valverde, era como un integrarse en el ecosistema que allí estaba reunido en el agua. Era como si la condición humana fuera también comunicable a los animales que allí se hallaban, y todos aquellos seres vivos supieran que allí se encontraban dos ejemplares de homo sapiens sapiens.

Algunos animales comenzaron a cantar avisando de su llegada al resto, los osos siguieron jugando apaciblemente, como si nada escucharan. Juan vió de refilón que en la cara de Shanda aparecía una suave y alegre sonrisa, dirigió su rostro al mismo lugar y pudo ver como el tigre les miraba fijamente de una manera tan absolutamente concentrada que, no había lugar a duda pese a la distancia, Juan supo que ellos habían entrado en el campo de su consideración.

El animal pareció reconocerles de una manera especial, meneó la cabeza lentamente y

pareció indicarles la dirección de la cascada. Shanda siguió entonces recto hacia ella y comenzó a subir por la rocas de su falda con la agilidad de un simio. Juan trató de seguirle, pero el pensamiento de que aquello era un acto irracional y sin sentido le hizo detenerse. Trepar por aquella montaña parecía absurdo, sobre todo por la dificultad de la subida por aquella pared de piedras húmedas y enverdecidas por el agua multicolor que en ella caía.

Se detuvo contemplando la subida de su compañero, le recordaba a un amigo subiendo las murallas del internado de su infancia, un compañero de juegos infantiles de los sueños de libertad basados en lo que habría tras esos muros . Algo se sacudió en su interior y comenzó a seguirle olvidando sus pensamientos.

Shanda le esperaba subido a una gran roca contemplándole en silencio. Mientras Valverde subía con dificultad y temor por aquellas resbaladizas rocas. Sabía que temer la caída le perjudicaría en la coordinación de sus movimientos, pero aun así aquella primera subida por esa pared resbaladiza y escarpada le hacía mirar con duda cada punto donde agarrarse para seguir ascendiendo.

El agua mojaba su cuerpo con fuerza, y cuando llegó a la misma altura que Shanda se hallaba completamente empapado y húmedo. El frío hacía tiritar su cuerpo, mientras el guardián parecía no sentirse afectado por aquel enorme baño de agua. Con el cuerpo relajado, daba la sensación de haber conservado en todo momento el calor de su interior. Valverde comenzó a trotar en el suelo tratando de recuperar el calor mientras su compañero oscuro le contemplaba. Aquella sonrisa le hizo recordar a Virsham, era una actitud entre irónica y respetuosa la que asomaba entre sus labios.

Juan intuyó que aquella era la sonrisa de la sabiduría, del hombre que había visto antes que él a otros hombres mostrando su torpeza en la ascensión a aquel lugar. Finalmente se detuvo al coger algo de calor y miró a Shanda. Este le indicó que le siguiera y comenzó a saltar entre las piedras dirigiéndose hacia el centro de la cascada. Valverde volvió a pensar lo mismo de nuevo, le recordaba las pruebas de su infancia para entrar en una banda de chiquillos traviesos.

Comenzó a saltar por las piedras, en la segunda piedra cayó estruendosamente al resbalar por el verde musgo que la cubría. El miedo a caer volvió a apoderarse de él, y quedó congelado agarrado al suelo de la roca. El corazón parecía estar a punto de salir de su pecho,

tal era la agitación en la que se encontraba. Sacudido por fuertes sacudidas de respiración oyó un penetrante silbido. Miró y Shanda le indicó con la cabeza hacia abajo.

Juan quedó inmóvil sin saber cómo reaccionar, por fin cautelosamente miró hacia abajo. Allí el agua caía multicolor sobre todos los animales que allí se congregaban, ajenos a la aventura de aquel simio subido en la montaña. Al cabo de poco advirtió que la caída no era mortal e instantáneamente un suspiro hondo surgió de su pecho haciéndole sentir reconfortado. Lo máximo que podía ocurrirle era caer y darse una buena zambullida en el lago.

Se levantó y trató de mirar los lugares por donde podía saltar sin peligro. Al llegar Shanda asintió en silencio y le indicó la cortina de agua de la cascada. De improviso avanzó sobre ella y se perdió en ese manto iridiscente. Valverde le siguió sorprendido, aquello parecía aun más irracional. A los pocos pasos se dió cuenta de que estaba dentro de la cascada sin mojarse, en el lado oculto de ella. El sol entraba iluminado la estancia donde se hallaba, parecía una gruta que se introdujera en el interior de la montaña de aquella cascada de arco iris.

Shanda se dirigió a un punto de la gruta y se agachó extrayendo del interior de su ropa unas ramas. Las dejó y cogió otras que ya estaban allí. Se acercó luego a un pequeño círculo hecho de piedras, en su interior había ceniza y algo de hojarasca. En cada uno de los extremos del círculo había una piedra apoyada sobre las demás. El guardián las tomó con delicadeza mostrándoselas un momento a Valverde. Acto seguido las hizo chocar provocando que saltaran chispas, éstas prendieron la hojarasca

. Comenzó a soplar en ella y pronto se hizo una llama en la que colocó unas pequeñas ramas. Al prender éstas cogió unas ramas más grandes y las prendió, juntándolas luego con un cordel. Al levantarse el guardián con la antorcha en la mano Valverde pudo divisar lo profunda que era aquella gruta. Shanda comenzó a avanzar y Juan le siguió en silencio.

Comenzaron a descender por aquella cueva y pronto la oscuridad se adueñó de su camino. Con la única ayuda de esa llama siguieron descendiendo, la temperatura cada vez se hacía más fría y la humedad de la ropa parecía simpatizar con la de gruta provocando escalofríos en su cuerpo. Aquella cueva parecía no dejar de hacerse cada vez más y más honda.

Siguieron andando un trecho largo por ella, Juan pudo apreciar que existían diferentes rutas por aquel laberinto oscuro. Su guía parecía saber exactamente a dónde se dirigían por

la seguridad con la que iba delante alumbrando el camino. Al fin llegaron a algo que parecía una estancia dentro de la gruta resguarda por un entrada de un metro de altura. Shanda se inclinó y entró indicándole que le siguiera en silencio con un gesto de sus dedos en los labios.

Al alumbrarse la estancia Valverde pudo ver diferentes frescos dibujados en la piedra. Lo primero que le sorprendió fue su antigüedad, aquellas imágenes eran evidentemente arte rupestre, expresión del hombre en la prehistoria. Habían diferentes dibujos de círculos y espirales, también animales y hombres. Shanda se acercó a la pared frontal y le mostró acercando la llama un dibujo de un hombre con cabeza de pájaro y miembro viril erecto flanqueado por el Sol y la Luna a sus lados y una estrella sobre él.

Shanda se inclinó iluminando entonces la firma del autor. Una mano abierta pintada de rojo quedaba como testimonio de aquel hombre que llegó hasta allí y grabó aquella pared vacía y oscura con el sentimiento de su arte.

Sentados en aquel remanso de paz, contemplando el velo de arco iris de aquellas aguas, Juan encendió un cigarrillo. Shanda miró con ojos absortos el proceso de fumar, parecía encontrar algo en ese simple hecho que le llamase su atención de manera especial. Luego le contempló con fijeza,y pareció asentir para sí mismo.

Con un gesto le pidió un cigarrillo. Al encenderle Juan el mechero indicó con el dedo a la llama

- *Orú* - dijo señalando ostensiblemente la llama del mechero.

Aspiró fuertemente quemando aquellas marrones hierbas, lo retuvo durante un tiempo ostensible y expulsó el humo. Le miró sonriente asintiendo ostensiblemente, luego bajó el cigarrillo dirigiendo la punta a la tierra. Volvió a señalar con el dedo aquella brasa rojiza.

- *Shak* - susurró indicándole la punta del cigarrillo -.

Valverde al fijarse en aquel color rojizo-anaranjado sintió un fuerte movimiento en su mente. De pronto recordó la cabaña de la serpiente y el fulgor de sus brasas. Absorto contemplando cómo subía lentamente aquella brasa por aquel cigarrillo, sintió que había vivido aquel proceso de combustión interior en su propio cuerpo.

Aquel fuego abrasivo y candente subía y subía dejando a su paso simple ceniza. Shanda

hizo un gesto ostensible y con una ligera sacudida hizo caer aquella masa gris de materia utilizada a tierra. Valverde sintió que así eran quemados los recuerdos de su anterior vida, de su anterior identidad esclavizante. Al igual que aquella ceniza caía al suelo así sintió que podía desembarazarse de aquel lastre de recuerdos que le impedían seguir ascendiendo. Pensó en un hombre que ascendía por una montaña escarpada que aceptaba, a medio camino, desembarazarse de la carga innecesaria para seguir subiendo por ella.

El guardián asintió en silencio. Luego hizo un dibujo con el dedo sobre la tierra, similar al hombre-pájaro que habían visto. Cogió el mechero y lo encendió, señalando simultáneamente con el dedo el dibujo y la llama que surgía recta como una flecha hacia el cielo,

- *Orú* -le indicó ostensiblemente .

Algo se removió en el interior de su cuerpo, aquello le hacía recordar un lado de su ser oculto y misterioso. Cerró los ojos y de pronto apareció ante él la imagen de una serpiente de fuego, similar a un dragón, rodeando la base de un árbol, cuyas raíces se hundían en un profundo mar. El tronco inmenso ascendía hasta el Cielo y sobre su copa se hallaba una enorme ave de luz con sus alas extendidas. Valverde supo al instante qué significaba aquella visión: el Arbol de la Vida Inmortal al que retornaban como aves de fuego los espíritus.

Abrió los ojos y Shanda asintió de nuevo satisfecho. Parecía de alguna manera saber exactamente lo que le estaba ocurriendo. Se levantó de pronto y se dirigió a beber en el agua. Hubo un desplazamiento de algunos animales a su paso, como si aquel hombre fuese considerado un depredador. Juan adivinó que debía estar habituado a cazar por el trato despreocupado con el que se movía. Envidió aquella forma natural de desplazarse, por su agilidad parecía un animal más, lleno de vitalidad y seguridad en sus movimientos. Sumergió su cabeza en el agua y estuvo así un instante que se le hizo eterno a Juan.

Finalmente se levantó sonriente con el agua chorreando su cuerpo y miró al Sol. Pareció estar calculando el tiempo en el que se hallaban por su posición, y dando una fuerte palmada le indicó que volvieran. Comenzaron de nuevo a internase por la verde selva hasta que finalmente parecieron llegar a un lugar habitado por un olor a comida que aumentaba a medida que se acercaban. Cuando llegaron vió una casa cerca de un riachuelo, y un árbol enorme en cuya base parecía haberse colocado una pequeña construcción donde podían verse diferentes herramientas.

Shanda se dirigió en silencio hacia aquel humilde taller, y comenzó a mover una especie de fuelle que había en algo que parecía una fragua. Las llamas surgieron vivas y alegres de los carbones enrojecidos. Se dirigió entonces a una bol y extrajo trozos de metal. Unos tenían un color plateado, y otros parecían de un rojizo tirando a pardo. Los introdujo dentro de un recipiente y con un gesto a Juan le invitó para que se acercara y accionara el fuelle. Así lo hizo y a medida que lo hacía más llamas surgían. Los metales comenzaron a fundirse surgiendo de ellos un material amarillento rojizo.

Shanda extrajo aquel nuevo metal surgido de la fusión de aquellos dos metales y lo colocó en una especie de molde dejándolo enfriar. Lo extrajo con unas tenazas y lo colocó en el yunque. Luego agarró con su mano derecha un sólido mazo de hierro y comenzó a golpear tratando de imprimir forma a aquel material informe.

Juan quedó absorto mirando el trabajo rítmico que hacía aquel hombre, parecía seguir un misterioso compás que le hiciese ser inmune a la fatiga. Pese a su delgadez aquel guardián parecía ser tan resistente al cansancio como el mismo hierro de la maza. Parpadeó varias veces y comenzó a comprender lo que estaba mirando. Aquel guardián era un herrero, y lo que acababa de ver era la aleación del estaño y el cobre para formar bronce.

Siguió fijo mirando aquella escena, comenzaba a anochecer y el fulgor de la fragua desprendía una iluminación que parecía recordarle algo. De pronto recordó la visión del gigante que en las entrañas de la Tierra golpeaba titánicamente y supo que aquel titán de su visión trabajaba en la misma tarea que aquel hombre. Era un herrero, quizás la del primer herrero de una dinastía perdida en la memoria de los pueblos.

Lo que no acababa de comprender era el hecho de que aquel mítico guardián estuviera simplemente trabajando. Juan en su imaginación nunca había podido pensar que su pueblo mítico trabajase. Los ensoñaba viviendo en un mundo paradisiaco donde no existía ningún tipo de esfuerzo por sobrevivir. Sin embargo, a medida que había ido adquiriendo conocimiento había ido asumiendo la ley de la Gran Madre, la importancia natural de la propia supervivencia.

Sonrió divertido ante la imagen de aquel impasible hombre golpeando sin descanso el metal a forjar. No eran dioses aquel pueblo mítico, sólo humanos y como tales tenían que dedicar su tiempo a las tareas de subsistir. Recordó la importancia que había dado Virsham al hecho del trabajo en sí como base para ingresar en un clan, e intuyó que aquel trabajo del

guardián poseía un significado más profundo del que parecía a simple vista.

De nuevo quedó absorto contemplando cómo las chispas surgían como pequeños rayos de cada golpe del martillo al yunque. De súbito sonó una fuerte voz y Valverde sintió que se hundía en su interior. A medida que golpeaba Shanda estaba cantando algo en un idioma que no podía comprender Juan. Quedó como hechizado por aquel canto, con su mirada fija en las brasas de la fragua. Algo comenzó a subir por su interior, un fuego ardiente que subía como la lava del volcán. Y tuvo una visión.

Vió ante él como un gigante ascendía hasta el Cielo, y posaba sus pies sobre un blanco suelo de nubes. En su mano derecha portaba una especie de maza que dejaba caer fuertemente como el juez en su estrado.

Con cada golpe de su arma surgía el estruendo del trueno, los destelleantes relámpagos y un ardiente dibujo del rayo se escribía en el Cielo.

Aquel era el Señor de la tormenta que dormía en el seno del agua, transportado por el viento. Al despertarle su Madre el rayo surgía de su mano, el trueno de su boca. Valverde supo entonces el origen del fuego.

Abrió los ojos y miró al sonriente Shanda que había detenido su trabajo para contemplarle. Asintió con la cabeza y juntó sus manos.

- *Fusho* - murmuró suavemente-.

Así fue como Juan Valverde entró en el clan de aquel herrero llamado Shanda.

Sentado en el riachuelo Juan trató de poner en claro todo lo que le estaba ocurriendo. Su sueño más íntimo se había hecho realidad, pero algo faltaba en su interior. Seguía luchando contra sus demonios interiores, contra la cadena de tiranía de pensamiento-emoción-pensamiento que hacían de él un ser escindido, una víctima de sí mismo.

Recordó el poco ánimo que había recibido en su tierra natal para alcanzar su sueño. El castigo infringido una y otra vez a aquel Juan soñador e idealista por parte de aquellos llamados realistas que, bien situados en su escala social, se dedicaban a lanzar dardos

envenenados a todo aquel que quisiera negar su dogma.

Allí, entre aquellos nativos de la verde tierra de Kalimantan, su esperanza era alentada. Allá, entre los urbanitas encapsulados en un mundo artificial, se había sentido como un luchador fracasado de antemano. Sin enemigo al que combatir, hundido en un mundo lanzado al colapso, todos sus movimientos habían sido palos de ciego surgidos por la desesperación.

El sonar del martillo de Shanda parecía fundirse entre los sonidos de los diferentes animales, el murmullo del agua parecía invitarle a seguir corriente abajo sin padecer más temores. Volvió su cabeza y vió al guardián absorto en su labor. Inspiró profundamente y el aire libre entró en su cuerpo dando vida a su sangre. Algo salvaje estaba naciendo en su interior, y los temores iniciales que había tenido desde su encuentro con el pueblo soñado iban rápidamente menguando.

Sonrió recordando sus muchos años de encierro leyendo libro tras libro, copias de copias de copias hablando de una sabiduría perdida jamás posible de hallar. Sus encuentros con representantes de sectas de sectas de sectas llenos de una arrogancia y presunción medida por el número de seguidores. Sus continuas discusiones con ellos que siempre le llevaban al mismo resultado: el rechazo y la burla. !Cuanta amargura guardaba su corazón¡.

Algo pareció retorcerse en su pecho y un sonido gutural surgió espontáneo de su boca, como un grito de queja y lamento surgido de sus entrañas, algo tan visceral y puro que desafiaba su propia identidad. Su mente se oscureció y esa queja vibró por todo su ser. Como la llamada del niño a la madre así comenzó a gritar Valverde, sin control alguno, como un animal más de la jungla.

Luchó contra sí mismo, contra aquel torrente de energía que surgía de su pecho y salía por su boca. Aquel descontrol estaba vetado por su mente porque implicaba su propia desaparición. Así la misma guerra que había sostenido en el baile en la hoguera se inició en aquel cante misterioso y vivo. Poseído por un trance que le empujaba como un caballo desbocado a un galope furioso y atronador, siguió aullando como un loco hasta que finalmente pudo callar.

Su garganta escocida le traía un regusto como a sangre. Quedó atónito ante aquella exhibición de furia animal que había tenido. Miró hacia atrás completamente asustado ante aquel extraño comportamiento que había negado su axioma de control racional sobre sí

mismo. Se sintió culpable, víctima de una enfermedad nerviosa que le impedía ser un hombre cuerdo, y sus ojos buscaron a Shanda esperando la acostumbrada reprimenda a su doliente existencia.

El guardián de la Joya había parado su trabajo en la fragua y le miraba fijamente. Juan se levantó lentamente, no había remedio para él, siempre sería un hombre castigado y culpable por algún oscuro estigma de nacimiento que le había maldecido para toda su existencia.

Desde la lejanía vió a aquel hombre oscuro inclinar su cabeza levemente y juntar sus manos haciendo el gesto ritual. Valverde quedó absorto mirando aquella silueta inmóvil esperando la respuesta. Bajo el gran árbol, donde se hallaba situado su trabajo de herrería, aquella persona saludaba respetuosamente aquel comportamiento castigado y maldecido en su pasado.

Algo muy hondo se movió en el interior de Juan. Como un relámpago destelleante apareció una visión a su mente de forma poderosa e imperante.

Aquellos seres alados iban hacia el Arbol de la Vida a descansar a sus nidos. Al irse aproximando a ellos aquella especie de nidos se iban transformado en tronos refulgentes donde se sentaban inmóviles. Su inmovilidad era tan pavorosa que no podía ser humana. Semejantes al Gran Ave que reinaba en su cima, contemplaban inmutables un planeta azul rodeado de un manto oscuro de estrellas.

De pronto, como a una orden cumplida de inmediato, salían de su absoluta quietud para volar libres y veloces como aves de fuego hacia su destino.

Parpadeó varias veces para conseguir centrar su mirada. Shanda seguía quieto en la misma postura, en la misma espera de respuesta. Algo de esa postura fija le recordó lo que acababa de ver, y por un momento supo qué quería decirle aquel hombre con la visita a la Caverna de la Montaña del Arco Iris. Cual era el sentido de la pintura prehistórica que le había mostrado con el fuego que había encendido con piedras.

Se enderezó y sintió un fuerte crujido en su espalda. Aquel peso de culpabilidad que hundía su pecho salió de éste y por un instante recordó a Shanila, el amor que le había atado de hecho a aquella isla.

Enderezado sintió una corriente viva que ascendía por su cuerpo. Así, firme y erguido como un pilar quería la Gran Madre que estuviera aquel animal. Con los pies en la tierra y la cabeza apuntando al cielo, juntó sus manos y sonrió ligeramente al comprender que quería decir aquello.

Inclinó su cabeza y sintió como su coronilla parecía abierta y tocada por un ser superior, como si algo gobernase sobre él. Su sonrisa se hizo aún más amplia, porque ahora comprendía que aquella inclinación de Shanda no estaba dirigida hacia él, sino que aquel hombre saludaba algo superior a lo humano, algo que no era su persona.

- *Fusho* - murmuró el estupefacto Juan Valverde contemplando la simple y sencilla realidad de su vivir .

Doce hombres oscuros esgrimiendo destelleantes espadas formaban un circulo dando la espalda a su interior, en posición manifiesta de estar custodiándolo. Reunido el pueblo de los guardianes, cuyas familias asistían desde los diferentes puntos donde vivían, se festejaba un importante acontecimiento. De vez en cuando sonaban cantos y palmas amenizando la espera. Corrientes de emoción contenida circulaban entre los asistentes esperando el milagro que iban a presenciar.

En el centro de aquel círculo custodiado se hallaba una fogata y una enorme bañera de agua de la que cuatro mujeres extraían agua y volvían a rellenar con el agua caliente de las ollas que se calentaban en el fuego. En sus movimientos coordinados se adivinaba una especie de danza circular rodeando su centro. En el interior de aquella bañera, desnudos, una anciana se hallaba delante de una mujer sentada con las piernas abiertas. Apoyaba su espalda en un hombre que la sujetaba firmemente por detrás.

La mujer susurró algo a la anciana y ésta a su vez gritó una palabra fuertemente. La mujer acababa de romper aguas, de su interior como un torrente surgía un agua templada que se unía al agua de la bañera. Era el primer signo del nacimiento de uno de los guardianes de la Joya.

La mujer se agarró más fuertemente al futuro padre y las cuatro asistentes formaron un círculo colocándose cada una de ellas en cada uno de los cuatro puntos cardinales. Mirando a

la bañera comenzaron a cantar una por una siguiendo un orden circular. La anciana gritó de nuevo una palabra y un estremecimiento agitó a los congregados. Aquel grito indicaba que la cabeza del no-nacido comenzaba a salir a la luz.

En breves momentos, ayudado por las expertas manos de la anciana, el recién nacido surgió rápido deslizándose de las aguas interiores de su madre al agua exterior de la bañera. El niño, sumergido en el agua, comenzó a agitar sus manos y sus piernas como si intentara nadar. Allí estuvo durante un rato siendo acariciado por los sonrientes padres y la anciana. Por diferentes lugares comenzaron a sonar voces cantando y personas que se levantaban bailando en son de fiesta.

La mujer se irguió ligeramente y se apoyó en la bañera, el hombre la soltó y se acercó al niño cortando secamente el cordón umbilical con un cuchillo. La madre se levantó y ambos miraron cómo el niño era ascendido del agua para pasar al aire en manos de aquella anciana mujer. Lo alzó al cielo y gritando lo mostró ante el Sol. Luego se lo dió a la mujer y dejó que el recién nacido estuviera en sus brazos.

El bebé comenzó a hacer movimientos espasmódicos intentando respirar, poco a poco comenzó a hacerlo y un silencio absoluto se hizo de pronto entre todos los asistentes. Entre el sonido difuso de los cantos de los animales de la jungla algo como un quejido surgió de ese pequeño cuerpo. Aquel sonido pareció producir un clímax entre los asistentes que volvieron a cantar y bailar esta vez con mayor fuerza.

Juan miraba todo aquello atónito e intrigado, se sentía desplazado por su imposibilidad de participar activamente en la fiesta. Sólo podía mirar y oír la danza y canto de aquel pueblo. Mientras los felices padres y la anciana salían de la bañera, los guardianes envainaron sus espadas y daban la vuelta encarándoles. Los padres presentaron al recién nacido a las cuatro mujeres que lo acariciaron, y después fueron haciéndolo rotatívamente a cada guardián que saludaban al niño con un gesto ritual.

Valverde nunca había presenciado un nacimiento así. Acostumbrado al encierro hospitalario, donde el nacimiento y la muerte se escondían en estériles habitaciones; habituado a a la actitud de espera llena de nervios y temor que acompañaban a esos dos momentos por parte de los asistentes, Juan contemplaba con sus propios ojos la imagen invertida. En ningún momento había notado temor por parte de los asistentes ante aquel

hecho, existía una sensación de seguridad ante el feliz resultado que impregnaba su alegría festiva en algo sano y puro.

Embriagado por el sonido de las voces y las palmas sintió que aquel círculo de hombres, cuyas espadas plateadas iban depositando en un lugar, habían protegido un misterio que les unía con el infinito. Supo entonces que sus sensaciones físicas en el camino de la serpiente se correspondían a las del nacimiento de un ser vivo. Había nacido de nuevo, y aquella sensación de la coronilla era el principio a la abertura a un nuevo mundo. Así como en el niño, así en el hombre. Tal era la ley que se repetía mundo dentro de mundo. La sabiduría que tanto tiempo había buscado.

Juan contemplaba cómo una y otra vez el martillo de Shanda caía en la hoja de hierro, y a cada golpe la escoria del metal iba cayendo para mostrar cada vez más su interior bruñido. A medida que el hierro al rojo iba tomando forma el guardián iba templándola en el agua de un barreño.

Así pasaban las horas de sol a sol. Sentado o dando pequeños paseos Valverde veía el lento y constante trabajo de aquel hombre en su afán de forjar el metal hasta convertirlo en una espada. Aquella tarea la alternaba con la aleación del estaño y el cobre para formar bronce. Con éste forjaba campanas y otros utensilios domésticos. El tiempo pasaba rápido. Por el día la forja, por la noche iban a reunirse las familias que lo deseaban en una gran hoguera donde cantaban y bailaban. Juan comenzó a sentir envidia de aquellas hombres y mujeres. A la hora de descansar marchaban juntos a sus casas, y en ese momento siempre recordaba a Shanila. No sabía cuanto tiempo había pasado pero la añoranza de su cuerpo tibio y terso le asaltaba en sus noches solitarias .

De vez en cuando Shanda dejaba sus tareas de herrero y emprendía un viaje en busca de los metales . En la montañas encontraba el estaño, en los valles el cobre. Los recogían en dos sacos distintos y de nuevo partían a la fundición para juntarlos y hacer bronce. Poco a poco Juan comenzó a asimilar que aquel trabajo poseía un significado más profundo, Mientras encendía el carbón y soplaba fuertemente sobre las brasas, más y más recuerdos de la cabaña de la serpiente iban reclamando su atención.

Un día se le ocurrió pensar que aquel fuego de la forja era su corazón, y que el fuelle humano que era él, su respiración, era lo que permitía que aquellas llamas permaneciesen vivas. Allí se juntaban los metales, así como la sangre se fundía con el aire dando la corriente viva de la circulación . Recordó el simbolismo de los metales de la antigua alquimia, y pensó en aquella alegoría de su proceso vital.

Shanda, al pie del árbol, seguía golpeando fuertemente el bronce dándole la forma deseada. El arte de hacer campanas consistía en qué tipo de sonido debía dar, pues cada una de ellas parecía tener un alma propia cuando se las hacía vibrar. Juan observó que nunca una campana sonaba igual que otra, cada una de ellas era distinta aunque su proceso de creación era idéntica. Esto permitía que cada casa tuviera su sonido característico, lo que facilitaba comunicarse a distancia mediante un lenguaje especial con esas campanas.

Lo mismo ocurría con las espadas, Valverde observó que cada una de ellas poseía un grado de dureza y flexibilidad distintos. La hoja debía ser dura por fuera para ser cortante, por dentro debía ser blanda para impedir que así se rompiera. Aquella paradójica composición exigía una considerable atención hacia el estado del metal.

Así no sólo era necesario el duro y fatigoso trabajo de extraer las impurezas del hierro, sino que luego se exigía un arte preciso en el moldeado de éste. La variación en su temple indicaba su calidad, su capacidad de resistencia y fatiga al esfuerzo que se le hiciera. Cada vez que Shanda introducía el caliente hierro en la fría agua un fuerte vapor surgía del barreño, y al extraerlo se iba apreciando cada vez más el aspecto de una plateada espada. Parecía realmente algo de magia aquel trabajo paciente y constante que realizaba el herrero.

De vez en cuando Juan participaba activamente en aquel rito cotidiano del martillo y el yunque. Pronto apreció que el esfuerzo que exigía aquella tarea exigía acompasar el ritmo respiratorio, de otra manera resultaba tremendamente fatigante el esfuerzo de golpear en el metal. Comprendió entonces el motivo de aquel sonar rítmico que imprimía Shanda al martillo. La coordinación del movimiento y la respiración permitía reservar energías, tener mayor capacidad de resistencia al esfuerzo.

De igual manera el impulso dado al martillo tenía que ser medido, no servía dar golpes a ciegas sino que éstos tenían que ser controlados, ser ejecutados en su justa medida según el grado de variación de temple del metal.

Aquello era todo lo que hacía aquel guardián, nada extraordinario ni fuera de lo común. El resultado de su obra lo intercambiaba con otros por comida o ropa. Juan no acababa de comprender dónde estaban aquellos mágicos poderes que tanto había deseado encontrar. En su interior todavía albergaba deseos de semejarse a un dios, de encontrar un medio que le permitiera superar su propia condición humana.

Aquellos vanos deseos, aquellos fútiles pensamientos basados en el titanismo occidental comenzaron a caer día tras día. Aquel representante de la sabiduría soñada era simplemente un hombre de fe y sentimiento. Un hombre de gestos precisos y pocas palabras, medido por el trabajo que realizaba día tras día. Lo único que le diferenciaba de un hombre normal era la seguridad que poseía de sí mismo, la paz interior que su aire transmitía. No estaba en guerra contra sí mismo, y eso provocaba en Juan un sentimiento extraño.

Siempre había considerado su guerra interior, que llevaba religiosamente a cabo día tras día, como una prueba de sabiduría, como la demostración práctica de su genialidad incomprendida. Sin embargo la guerra que se había desatado desde su experiencia con la serpiente había sido tan tremenda que ahora comenzaba a creer lo contrario. Empezó a sospechar que el auténtico signo de sabiduría era la paz interior que un hombre albergase en su corazón. Y esa paz, comenzó a comprender mientras contemplaba a Shanda cómo fundía el bronce, surgía siempre de un enlace, de un matrimonio, de una unión, de un compromiso inquebrantable.

Se despertó con la frente perlada de sudor y una agitación que recorría en escalofríos su cuerpo. Comenzó a sollozar sin poder evitarlo, algo oscuro y pesado se había apoderado de su interior. No recordaba el sueño, sólo quedaba el recuerdo sordo y ciego marcado en su carne. Se levantó nervioso y comenzó a andar, y al instante las voces comenzaron a invadirle. Luchó contra ellas pero nada podía, era como dar golpes a sombras.

Desesperado Juan aulló de dolor. Aquella escisión entre el logro de su sueño y la caída a aquel infierno se le hacía insoportable. ¿Cómo era posible aquello?. ¿No había logrado entrar en el camino de la sabiduría, en la paz de su alma?. Deseó negar todo y renegar del conocimiento adquirido hasta entonces; huir de todos los procesos que en su cuerpo ocurría,

procesos ocultos a sus propios ojos.

Pensó que el precio de éxtasis era la caída, y quiso renegar del primero para huir del segundo. Como el torero que huye de la práctica de su arte, así quería huir Juan. Aquel arte que tanto había buscado involucraba su alma de tal manera que su carga se le hacía intolerable. Cayó de bruces con la cabeza agarrada entre sus manos, mientras las voces seguían insultándole y recordándole todos los dolores de su vivir.

Volvió a gritar de furia y miró hacia el Sol en una última petición de ayuda. Y al mirarle una visión le asaltó.

Un mundo inverso se hallaba bajo sus pies, como una sombra vertical surgía de él hundiendose en las profundidades. Allí se encontraba el Adversario, el eunuco maldito que negaba su virilidad, la hidra de ponzoñosas cabezas que una vez y otra introducían venenosas palabras en su alma.

Valverde se levantó lentamente, y a medida que se erguía comprendió aquel camino de la serpiente. Era la serpiente de bronce, el camino del veneno para enfrentarse a los venenos, la lenta adquisición de la sabiduría de su interior. Allí, enfrentados en una lucha constante se encontraba él y lo que no era él, la afirmación de la unidad y la negación de ésta. Comprendió que si toda luz tenía su sombra, toda afirmación su correspondiente negación.

Y aquella era la negación de la salud, el peor enemigo del ser humano en su conquista de la unidad. Pues la expresión opuesta de la afirmación de la existencia de la unidad era la manifestación de la informidad, de la multitud sin orden ni concierto. Entonces Juan recordó al demonio que había hablado a Jesús, el nombre de aquel ser que torturaba al endemoniado. Era *Legión*. Fue en ese momento cuando recordó lo que el Nazareno ordenó a aquel ser. Y así lo repitió.

Al instante el silencio volvió a adueñarse de su mente, y entonces aceptó el hecho de que para avanzar en su camino de fuego tenía que pasar por el camino de la purificación, por la limpieza de su mente construida por recuerdos y consignas. De la negritud y suciedad que se había apoderado de él a la afirmación de lo blanco y puro.

Para conseguir aquel estado de su ser limpio y cristalino tenía que aceptar pasar por el

enfrentamiento de toda su opacidad, visitar el interior de la tierra para aniquilar al monstruo que encadenaba su existencia. Era la única manera de conseguir su libertad, el dominio entero de sí, pues aquello que en occidente llamaban subconsciente era el territorio informe del sueño que tenía que ser conquistado.

Era desde allí, desde lo desconocido para él, desde donde actuaba su enemigo. Por eso todos sus años entregados al uso de la razón de nada le habían servido para eliminarle. Análisis y análisis de análisis en una espiral que no llevaba a ninguna parte. Temor de la razón, de la idea de sí mismo, ante el enorme continente desconocido que existía tras sus barreras.

Pues tras los muros de contención de su civilización se extendía no sólo el territorio animal de su vivir sino todo el Universo hecho por el Creador. Toda la existencia que sus ojos podían alcanzar se mostraba tras los barrotes de su mente, tras sus exigencias de ateísmo absurdo fruto de una negación infantil a una religión falsa y moribunda.

Pensó en esa ideología que se había incrustado en su interior gracias a la educación inconsciente que había recibido desde su infancia. La negación de su animalidad, la creencia en una entelequia que permitía el flujo del capitalismo por su afirmación de que el hombre no era miembro de la Madre Naturaleza. Alienación de su cuerpo, de sus procesos naturales basada en una enseñanza obligatoria en creencias que permitían seguir manteniendo la esclavitud y la injusticia de aquel mundo en el que todo era fruto de la incertidumbre y el azar o de un dios de una secta cualquiera. Mentiras permanentes arropadas bajo el dinero manchado de la sangre y sudor de los justos.

Sonrió feliz ante la síntesis que ocurría en su mente. Comenzó a comprender qué querían decirle todas aquellas leyendas escuchadas, las visiones y misterios susurrados a su interior. Sí, porque no sólo estaba encontrando al Adversario, también hallaba al Amado. Allí, regresando al origen de su vivir era posible hallar la alianza, el pacto entre el hombre y su Creador.

Comenzó a caminar en dirección a casa del herrero, y encontró al guardián de la Joya con toda su familia que iba en su busca. Se dirigían al bautizo del recién nacido y le invitaban a venir a la fiesta. Valverde comenzó a andar con ellos en dirección a la casa de los padres. Allí encontró a unas cuantas familias de guardianes en el porche del recién nacido. Aquella

casa también tenía un árbol, y bajo él se encontraba la madre con el niño en sus brazos, y el padre que portaba un cuchillo.

Cuando todos parecieron haber llegado comenzó la ceremonia. La madre cogió agua de un pequeño barreño con una concha y comenzó a rociar el cuerpo del niño desde la cabeza. El agua caía sobre su cara y descendía suavemente por su cuerpo desnudo. A medida que iba haciéndolo murmuraba unas palabras en la oreja izquierda del niño, mientras que el bebé se acurrucaba escuchando el latido del corazón de su madre.

El padre extrajo el cuchillo de su vaina y se dirigió hacia el árbol. Se inclinó ante él, y luego extrajo un pequeño trozo de corteza. Hizo una pequeña incisión en ella con la punta del cuchillo, y luego introdujo un sencillo cordel. Una vez hecho esto se acercó al niño y se lo colgó como si fuera un amuleto. Luego lo cogió de las manos de su madre y lo presentó ante el resto de los asistentes.

Al unísono todos comenzaron a dar voces de alegría, y unos cuantos cantos estallaron de júbilo mientras el niño miraba sorprendido todo aquella algarabía. Valverde sonrío de felicidad al contemplar el rostro de aquel bebé. Con los ojos tremendamente abiertos parecía absorber todos los sonidos que recibía de una manera tan absoluta que parecía ser un simple recipiente.

Agachó la cabeza sorprendido, aquel estado de receptividad indefensa era similar al que él había vivido. Meneó la cabeza de un lado a otro, realmente había nacido dos veces, había retornado a su conciencia fetal y había vuelto a comenzar. Mientras pensaba absorto en esto el resto de invitados seguía animando la fiesta, cantos y bailes, palmas y exclamaciones que llenaban con su poder aquel día del bautizo de un guardián de la Joya.

Arriba el Sol, envuelto en llamas, brillaba daba luz y calor a aquel pueblo elegido y sabio que habitaba aquella verde tierra llena de vida que era su refugio, isla guardada por el mar azul.

8.

La Rueda

Cuando Virsham vió llegar a Juan al pueblo meneó la cabeza sonriente. Todos le paraban por el camino y murmuraban entre ellos afirmando que era un hombre-tigre, un elegido por el señor de la jungla. Valverde, intimidado por aquel recibimiento y cansado por el largo regreso, sólo asentía levemente con la cabeza ante la excitación que su llegada había provocado en el pueblo. Había vuelto con una marca indeleble que todos los habitantes podían reconocer, el signo de los oscuros guardianes de la Joya.

Juan se detuvo ante el porche del anciano, éste sentado levantó la cabeza y le miró impasible. Pasó un largo instante hasta que el joven juntó sus manos e hizo el saludo ritual. Entonces Virsham se levantó e hizo lo mismo. Quedó inmóvil mirándole de aquella manera extraña y profunda, hasta que lentamente comenzó a asentir.

- Has sido elegido como vencedor de *Seth* - murmuró sonriente -. Por fin te liberaste de sus cadenas, y entraste en el misterio de la Madre.

Juan asintió en silencio. Se agachó en el suelo y dibujó un círculo.

- Dentro de un círculo de estrellas - murmuró .

Marcó en el centro del circulo un punto y señaló al Sol.

- Existe un centro de luz y calor, padre de la existencia.

El anciano murmuró algo para sus adentros, y miró fijamente a Valverde. Aquel extranjero había sido iniciado en el conocimiento sagrado del Padre.

Se levantó aquel gigante barbudo y mostró sus manos. Luego las cerró y comenzó a contar hablando en español.

- Es el Uno - y enseñó el dedo gordo de su mano derecha .

Sonrió y comenzó a desplegar sus dedos, a medida que lo hacía contaba los planetas del sistema solar: Mercurio, Venus, Tierra, Marte...

- El cinturón de piedra - y cerró fuertemente su puño.

El anciano emitió una exclamación de alegría. Juan levantó su mano izquierda y siguió contando abriendo uno a uno los dedos.

- Júpiter, Saturno, Urano, Neptuno y - sonrió levemente e hizo un gesto ostensible exhibiendo su dedo meñique - Plutón.

Virsham comprendió en aquellas palabras de un idioma extranjero el significado que quería dar su yerno. Estaba contando los mundos que gobernaba el Sol, un conocimiento que

su clan había guardado durante siglos y que les había sido otorgado por su fundador. Juan volvió a agacharse y comenzó a dibujar círculos concéntricos dentro de la gran circunferencia, a cada circulo volvía a repetir las palabras. Luego miró hacia el cielo, inspiró fuertemente y dejó grabada su obra de arte con la mano. Signo de la inteligencia humana en este mundo.

- Son los mundos del Padre Sol en mi lenguaje - le explicó en la lengua de Virsham.

El anciano asintió lentamente, aquellos nombres extranjeros sonaban misteriosos en boca de aquel hombre. Algo había ocurrido en su interior que hacía que sus palabras se llenaran de poder, que conectaran con la verdad profunda.

- Ahora tendrás que aprender a hacer el silencio en tu interior Shirkam - le dijo suavemente el viejo curandero-. Tienes que aprender a liberarte de las cadenas de culpa y castigo que esgrimen los siervos de *Seth*, aquellos de mente oscura e ignorante y alma de hierro que tú tanto temes.

Valverde asintió de nuevo. Sabía que todo aquel proceso era un simple paso en el recorrido en el camino. Su descubrimiento del monstruo que usurpaba su verdadera identidad no era más que el inicio de su aventura. Tenía que aprender a defenderse de aquellos ataques que en su vida pasada había recibido, a ser invulnerable a todos aquellos que habían herido su corazón, a los que le habían hecho sentir culpable y merecedor del castigo emocional del rechazo y la incomprensión por su aspiración al misterio, a aquellos que se burlaban de su ansia adolescente de convertirse en un iniciado de aquella sabiduría sagrada que tanto habían cantado los libros de la antigüedad.

- Aprenderá la sabiduría inmóvil de la piedra, dura e impermeable. A saber aguardar las ordenes de los Dueños del Poder - susurró Virsham y se sentó adoptado un aire inmóvil -.

Juan se sentó a su lado y también quedó hierático en su postura. El aire suave movía el polvo del camino haciéndole adoptar remolinos fugaces , la luz del mundo continuaba su recorrido y advertía con sus colores la caída del día y el inicio de la noche. Así eran las cosas en Kalimantan. Tiempo para sentir el fluir de la existencia, el río que nos lleva incesante del nacimiento a la muerte.

Comenzó a respirar sosegadamente, y una imagen apareció viva y presente en su mente. Era la del esqueleto de su padrino espiritual, aquel que le había dado la primera clave de la sabiduría, la prueba inequívoca de que su corazón se detendría, y que aquel aire tibio y limpio

que recorría su cuerpo vivo dejaría de entrar en él.

Valverde al conocer a su enemigo y por fin enfrentarle, al decidir dejarlo enterrado en lo más hondo del infierno y olvidarse de él, estaba consiguiendo liberarse de sus cadenas de escisión, del dominio del adversario de su alma. Ahora por fin podría unirse al ritmo universal, abandonar la alienación del espacio y el tiempo en la que había vivido. Lo fugaz y transitorio en el tiempo dejaba paso a aquel sentir de permanencia en su fluir, su continua enajenación de su interior dejaba paso al agradable sentir de la sangre y la respiración de su cuerpo.

Como bastones clavados en la tierra las columnas vertebrales de aquellos dos hombres permanecían erguidas e inmóviles. Era como si dejasen que la mano del Cielo fuera la que descansara en el pomo del bastón, en ese cráneo en el que terminaba aquella vara hecha de nervios y huesos. Los habitantes de la aldea paseaban tranquilos sabiendo que un nuevo custodio de la ley había por fin llegado. Decían que era el sucesor de Virsham, el que ahora ejercería sus funciones.

La bella Shanila miró irritada en dirección a la casa de su padre. No conseguía entender cómo a Juan no se le había ocurrido visitarla a ella primera. Impaciente comenzó a dar paseos por la casa, mientras la noche por fin extendía su manto de estrellas. Entonces Juan se levantó, y con un ligero saludo se despidió de su maestro del clan.

Cuando le vió llegar por la ventana le notó cambiado, algo en el aire de su marido era distinto. Aquellas semanas con los guardianes habían por fin hecho cumplir el sueño de Juan, y éste ahora andaba tranquilo, con la seguridad del hombre que ha encontrado su verdad. Había renunciado a su deseo de venganza, a su ansia de volver a Occidente y denunciar su falsa y miserable mentira.

Ahora Valverde sabía que ya hacía tiempo que Occidente conocía la verdad y no la cumplía, que su pohedumbre era su falta de fe y que para esta enfermedad del alma no existía más cura que la del propio corazón. Derrotada en él mismo la hegemonía de aquella razón que negaba su sentir natural; destruida en su interior la ciega ideología que encerraba con barrotes de la fuerza del sentimiento, andaba con su simple y sencillo sentir Juan a reunirse con Shanila. Con aquella mujer que había abierto la puerta de su corazón, y con ello el encuentro con el destino que llevaba en él inscrito. Iba al encuentro de la de ojos oscuros donde brillaban las estrellas de su fantasía.

Como un niño había deseado Juan cambiar el mundo, con inocencia infantil había creído que una vez encontrada la sabiduría sólo tenía que mostrarla a los demás para que toda la miseria del mundo dejara de existir. Pero la ley del Espíritu hacía tiempo que había sido cantada, durante siglos y siglos en todos los pueblos de la tierra hombres encendidos por una visión habían comunicado a sus semejantes su existencia. Tal era su Voluntad.

Sin embargo hacía tiempo que los hombres se burlaban de todo esto. El hombre podía hacer el mal, y lo realizaba; podía desobedecer la Ley y lo hacía. Por eso el reino de *Seth* poseía muchos siervos en el mundo, y era tal su número que su denuncia parecía ya absurda.

Ahora, sabedor de la hipócrita enfermedad que corrompía el alma de su época, iba una criatura de la Creación al encuentro de su compañera. Aquella noche, mientras se amaban un hombre y una mujer encendidos en el fuego de su pasión, el viento salvaje de la selva susurraba misterios a aquel que quisiera escucharlos. La Tierra, inmutable y serena, seguía su danza en torno al Fuego central acompañada por sus hermanos. Música del Universo cantando toda al mismo Misterio.

Juan de nuevo comenzó a acompañar a Virsham en su trabajo. El anciano ejercía también las funciones de juez, pues la curación del alma no sólo la practicaba en cuestiones individuales sino también en asuntos sociales que exigiesen la necesidad de una balanza, de un hombre fiel y recto que pudiera tomar partido.

Aquella nueva función del anciano había pasado desapercibida hasta entonces para él, interesado en la curación psíquica el viejo curandero se había preocupado por sólo mostrarle aquella faceta de su trabajo.

- En realidad sólo el Dueño tiene el derecho de juzgar a los hijos de la Diosa - le respondió el anciano ante la pregunta de Juan sobre aquella función-. La gente del pueblo elige a quien debe tomar esta función, y han pensado que yo era el hombre más adecuado para ello

Se encogió de hombros a su manera peculiar y pareció quitarle importancia al asunto para centrar su atención en aquella medalla de metal redondo que llevaba Juan. Este se dió cuenta de la curiosidad del anciano y se la mostró.

- Es un regalo que me hizo un guardián antes de irme - le explicó .

- Sí, este trabajo es de Shanda el herrero - respondió Virsham mirando minuciosamente aquel medallón de bronce -. Es el signo que el hijo del Sol les dió hace ya mucho tiempo a los hombres-tigre, es la Rueda de la ley de la existencia.

El anciano adoptó una extraña actitud y comenzó a canturrear suavemente, al instante Valverde sintió el calor de la forja, signo de que era un canto de poder. Asintió lentamente comenzando a colocar una más de las piezas del puzzle. Aquel hombre había aprendido aquellos cantos en la misma tradición que los guardianes. Dejó que su alma fluyera por entre los sonidos y de pronto soltó una seca exclamación.

Virsham paró su canto y miró de reojo a su compañero de camino. Aquel hombre realmente comenzaba ya a saber utilizar su arte, aquel sonido había sido de poder.

- Ellos lo llaman *Yug* - dijo Valverde satisfecho -. El paso de *Shak* el fuego de la existencia a *Orú*, la luz del espíritu.

El anciano meneó lentamente la cabeza.

- Conocer el nombre no es apropiarse de su esencia, de lo que guarda su interior Shirkam - le respondió sin mirarle.- Es sólo una ayuda de la memoria, y no sustituye a la experiencia.

Juan calló humildemente. Bien sabía que el viejo indígena tenía razón. Virsham dió una fuerte palmada y se levantó.

- Será bueno que medites en este regalo Shirkam - le dijo señalándole el medallón -. Abrirá tu mente a la aceptación de los designios del Dueño del Poder y al proceso natural que la Madre establece a sus criaturas.

Valverde asintió con la cabeza mientras contemplaba cómo el anciano realizaba un círculo alrededor de ellos. Comenzó a liar un cigarro de la serpiente y esperó a que Virsham se sentara a su lado. Lo encendió y fumaron en silencio.

- Has llegado al final del camino de la serpiente, por el sendero que conduce a la muerte y a la entrada del reino oscuro y subterráneo de la Madre. - afirmó con voz susurrante.

Hizo una pausa y esperó a que Juan entrara en la conciencia mágica, en aquel ancestral lugar de los practicantes del arte sagrado.

- Allí encontraste las cadenas que tu oscuridad gobernaba. Allí la fuente de tu desdicha y

enfermedad.- continuó recitando como si fuera una leyenda más de las que contaba.

Juan asintió. Recordó aquel camino lleno de temores ocultos que le hicieron tanto sufrir, supo que más allá del tabú se encontraba el territorio prohibido al que pocos hombres querían acceder por las sombras que lo envolvían.

- Al final de ese camino has encontrado al espíritu de luz, al ser de inocencia y claridad que siempre has sido. Es hora de que avances por el sendero del Rayo.- murmuró mirándole de reojo.

De pronto Virsham dió un fuerte grito y algo como un relámpago cruzó la mente Juan. Recordó a Shanda y dió un respingo de sorpresa.

- Esta es el arma del dios, que los guardianes custodian. Tú les conoces, sabes de lo que hablo.- afirmó lentamente el anciano.

Juan miró fijamente a Virsham, su mente comenzó a verse invadida por la imagen de aquel hombre oscuro forjando una espada. De pronto sintió que algo tiraba de él hacia arriba y contempló al Dueño del Rayo y el Trueno. El viento comenzó a agitarse fuertemente por los árboles, e inesperadamente una ligera lluvia comenzó a caer.

Valverde se levantó sorprendido. Aquello no podía ser, debía estar preso de una alucinación. Miró hacia arriba y su rostro se empapó del agua que caía del cielo. Realmente estaba lloviendo, no cabía duda. A los pocos momentos dejó de llover, y Juan siguió mirando fijamente el cielo completamente atónito ante aquello.

- Sí Shirkam. El Hijo de la Madre, aquel que tú ya conoces en tu interior y que te enseñaron... - murmuró el anciano mirándole con aire divertido y haciendo una pausa solemne - hace mucho tiempo.

Juan sintió como si algo le hiciera descender hacia abajo, se dejó caer de rodillas recordando una imagen de su infancia. Allí, en su tierra natal un pueblo fiel guardaba memoria de una Virgen y un Niño. No cabía duda, aquel que había encontrando en su interior, aquella semilla divina de luz que había descubierto en su viaje a las profundidades subterráneas de su conciencia era el niño Jesús. Comenzó a sonreír irónicamente ante toda aquella aventura. Realmente era cierto que en todos los pueblos de la Tierra se guardaba el conocimiento del misterio sagrado. Metáforas que hablaban del mismo hecho, no podía ser de otra manera.

- Ahora has entrado en un nuevo ciclo Shirkam - - le interrumpió el anciano -.Estas

pasando del Misterio de la Madre al Misterio del Hijo.

Le miró fijamente con una sonrisa burlona y agachó la cabeza suspirando.

- Ahora tendrás que aceptar la responsabilidad de ser padre - murmuró en voz baja.

Volvió a suspirar y dando una palmada indicó que iban a pasar de asunto. Extrajo la vara de poder de su bolsa medicinal y se la mostró. Luego volvió a meter la mano en la bolsa y de ella sacó cuidadosamente una semilla. Se agachó y la enterró en la tierra. Luego colocó encima la vara y le hizo mirar a Juan por su interior hueco. Al hacerlo su corazón dió un vuelco y comprendió el significado de aquello.

- Sí - le susurró - el Dueño nos mira desde arriba. Y la Madre nos sostiene para que crezcamos por el camino recto que nos lleva a su presencia.

Juan quedó absorto mirando por aquel tubo. Comprendió que la mirada vertical traspasaba las barreras horizontales de su apariencia para ver el interior de lo que guardaba su ser. Era como si el Dueño, desde otra dimensión, pudiera contemplar directamente aquello que ocultaba su cuerpo. Todas las apariencias que un hombre pudiese mostrar a sus semejantes, todos sus actos en el reino horizontal que podían ser ocultados por diferentes máscaras , de nada servían para mantenerle alejado de la Visión Divina. El Dueño del Poder contemplaba simplemente su centro, el corazón humano desde su verticalidad.

Se levantó y contempló erguido al Sol. Miró a su alrededor y de pronto sintió como si un eje vertical le atravesara formando como un pilar firme que mantuviese el movimiento cíclico del tiempo. Algo le impulsó a extender su mano y señalar hacia adelante.

- Este es el Sur - gritó con voz salvaje Juan - El reino del fuego, del verano, del Sol pleno.

Virsham emitió un fuerte grito y animó a su compañero a seguir. Juan giró hacia su derecha y mostró una dirección con su dedo.

- Ese es el Oeste - volvió a gritar -. El reino del Sol que muere, del otoño, la puerta de entrada al reino de la oscuridad.

El anciano volvió a gritar asintiendo con la cabeza y dando fuertes palmadas. El viento comenzó a alborotar su pelo como si cantara con ellos en alegría y libertad de existir. Juan giró de nuevo y volvió a señalar otro punto.

- El Norte - gritó con fuerza - El reino de la noche, del invierno, del Sol oculto del que la Luna y las estrellas hablan.

Virsham se levantó y comenzó a danzar lleno de júbilo. Parecía estar esperando un acontecimiento importante. Juan quedó clavado mirando en aquella dirección, y supo tantas cosas a la vez que prefirió dejar de pensar en ellas. Giró lentamente y señaló de nuevo a otro punto espacial.

- Es el Este - dijo sereno y pensativo - El reino del Sol naciente, de la primavera, la puerta de entrada al reino de la luz.

Fijo e inmóvil mirando absorto en aquella dirección Valverde comprendió el flujo de su vivir, el paso de la niñez a la madurez, de la madurez a la vejez, de la vejez a la muerte. Mundos dentro de mundos, ruedas dentro de ruedas, en eso consistía todo su vivir.

- Así es Shirkam - susurró en su oído el anciano - así como la Madre recorre su camino así nosotros, que vivimos en su interior, lo hacemos. Ella es el Tiempo, y todo lo que ocurre es gobernado por su ley.

Se inclinó y besó la tierra que les cobijaba.

- Ella nos ama y quiso que fuéramos el animal más cercano al conocimiento del Espíritu- le miró fijamente y dejó su huella grabada en la tierra-. Esta es nuestra identidad, nuestro derecho natural por ser nosotros nacidos de hombre y mujer; nuestro deber como hombres ante nuestra Madre Tierra y nuestro Padre Celestial.

Valverde miró el medallón que llevaba en su pecho. Así como la rueda giraba sobre su centro inmóvil, así su ser giraba siendo molido por el tiempo. Todo era igual como conjunto, nada era lo mismo como individuo. El mismo proceso se singularizaba en cada criatura viva adoptando un proceso único e intransferible. Quedó abstraído sintiendo aquel profundo misterio.

- Una semilla de trigo se entierra en la tierra, de ella surge verde su fruto para ir madurando con el tiempo y ser finalmente recogido por el segador - susurró Juan recordando el cuento del labrador cantado por el Nazareno .

El anciano asintió complacido. Era la explicación exacta de aquella semilla que tantos años había guardado su clan, una semilla que según contaban sus leyendas había procedido de un regalo del Misterio para permitir al hombre su subsistencia.

- En nuestro interior también existe una semilla recuerdo de las estrellas Shirkam - comentó Virsham -. De ese mundo infinito que hay más allá del reino de nuestra Madre

procede, a él volverá. Así como el agua vuelve a su origen y desciende como lluvia formando ríos que llevan de nuevo a Ella; así como el fuego asciende camino del Sol, así todo parte de un inicio y vuelve a su origen.

Juan quedó callado y siguió recordando al Nazareno. Y por un instante sintió una extraña furia que se apoderaba de él.

- Es la ira de *Ishú*, del Señor del cambio y la transformación - sonó la voz lejana del anciano en su mente -. Como el rayo y el trueno, como la tormenta que hace descender el agua del Cielo a la Tierra, tal es su poder.

Sentados en el circulo mágico, la hoguera en su centro iluminando la noche encendida de misterio los dos hombres fumaban en silencio. Juan miraba extasiado el infinito espectáculo de estrellas que mostraba la otra cara del mundo, y en especial a la Reina de la Noche. El anciano comenzó a menear la cabeza sonriente, y le tocó el hombro suavemente.

- Ella es la protectora de la libertad de los seres de fuego - murmuró suavemente -. La madre de todos sus hijos celestiales.

Juan pestañeó para salir de su abstracción, y miró a Virsham.

- Ya ha llegado el momento de tu reconocimiento Shirkam - dijo el anciano y comenzó a entonar una suave canción .

“Así como el Sol y la Tierra dieron la vida, así como el padre y la madre dan al hijo, así lo finito y lo infinito en su unión dan el fruto”

Se levantó lentamente y erguido levantó su dedo índice hacia el cielo estrellado.

- Es la *Sharí* - dijo de una manera susurrante y casi inaudible -. Guardiana de los Soles del Universo. La Gran Madre del Gran Padre.

Al instante Juan recordó el canto de Shanda, aquella palabra la había escuchado en su boca a lo largo de sus canciones. Dió un suspiro profundo y sintió de una manera inexplicable que todo iba bien. Era como fluir en un mundo en el que todo tenía su lugar y sentido, en el que todo ser era libre en esencia y por derecho.

- Es *Amma* - volvió a susurrar el anciano acariciando la tierra donde se sentaban - Madre de toda Vida.

Valverde sintió de pronto el lugar donde se encontraba. Todo a su alrededor pareció estallar en una sinfonía de sonidos distintos, cada uno de ellos reconocible por ser fruto de una especie y a la vez unidos en un superior conjunto. Era la voz de los animales. Comenzó a respirar fuertemente, y sintió que la tierra entera estaba viva, no sólo eran los animales, las plantas también parecía que cantaran una silenciosa melodía. Juan comenzó a sentir algo gigantesco que le rodease, y de pronto algo estalló como un relámpago en su mente.

Madre dentro de Madre dentro de Madre. Surgía del interior de una madre, para salir a otro madre, y de nuevo a otra, y así hasta el infinito.

Se vió sumergido en un océano insondable, de donde surgía como el vapor del agua para habitar en el cielo y volver a descender como lluvia, formando un río que volvía a su origen.. Respiración vital de un ser de agua.

- Sí, está viva y te escucha Shirkam - sonrió burlonamente el viejo curandero - Estas dentro de Ella, y formas parte de Ella.

Juan comenzó a dudar de su raciocinio, comenzó a apretarse su cabeza tratando de apartar la fuerte sensación que todo aquello le provocaba. No era cierto que fuese un ser vivo en un mundo muerto, creencia que le permitía su razón, sino que era miembro de una existencia viva y pulsante. Era como compartir un mismo espíritu, ser parte de la comunidad de los seres vivos.

- Todo está vivo - se oyó decir a sí mismo .

El anciano asintió sin decir palabra. Aquel tremendo poder que inundaba todo lo que rodeaba era en realidad la Madre Tierra.

- Es la Reina - volvió a hablar absorto entre tanta existencia .

- La Madre de reyes - susurró el viejo Virsham -.

Recuerdos oscuros asaltaban el pecho de Juan, comenzó a recordar voces lejanas procedentes de su memoria más profunda. Ecos de una existencia infantil.

- Somos sus niños - dijo susurrante también Juan -. Es la Guardiana.

Al instante algo como un gorgojeo estalló en pecho, como un deseo de cantar al viento el misterio que guardaba el infinito. Agarró con una mano el amuleto que le había regalado

Shanda y sintió de nuevo que todo era ruedas dentro de ruedas.

- Sol, Luna, Tierra - cantó extasiado - Todo es la misma Rueda. Todo gira, todo se mueve en continuo transcurrir.

El anciano quedó callado un buen rato, absorto en sí mismo. Finalmente suspiró, y meneó lentamente la cabeza como si recordara algo, su semblante era semejante al del viejo marinero escuchando la descripción de un joven de viajes antiguamente ya realizados.

- Un día saldrás de su interior, allí donde viven libres los inmortales - murmuró sin mirarle - Sólo has de recorrer las huellas del Inmortal que nos concedió el legado que llevas en tí, como de *La Sharí* que eres.

Juan quedó en silencio sintiendo como el calor de la hoguera llenaba de vida su cuerpo. Aquella sensación tan abrumadora que sentía comenzó a disiparse, y lentamente comenzó a percibirse de nuevo él mismo. Miró de nuevo a las estrellas, y ya no sintió que se hundiera en su infinitud.

- Ese es el bautizo del Agua Shirkam - dijo el anciano dando una palmada -. Ahora conoces su inmersión en Ella, y su enseñanza.

Valverde comenzó a moverse inquieto. Todo aquello le superaba, le hacía sentirse infantil y desvalido. El anciano le miró sonriente y asintió sardónicamente.

- Sí, has muerto y vuelto a renacer - comenzó a murmurar -. Como nuestra isla nació del mar, así naciste de nuevo. De Ella vienes, a Ella vas. Ella es el inmenso espacio infinito donde habita todo lo que existe.

Juan comenzó a sentir lo que había significado aquel bautizo. Era un muerte y un nacimiento; una paradoja imposible de desatar; un retorno a una vida pasada y a una vida futura; una conexión pura con la fuente de la vida. Era volver al primigenio estado fetal y la vez al futuro ser de las estrellas. Todo estaba amparado por Ella, todo estaba unido por el mismo flujo que era el tiempo.

Sintió que aquel estado de pureza no podía mantenerlo por mucho tiempo, y al primer temor de perder aquella delicada sensación las voces comenzaron a sonar en su interior. Comenzó a temblar, y se sintió culpable de haber perdido aquella conexión

- No sólo es necesario el bautizo del agua Shirkam, don de la Madre - susurró siseante Virsham -. Para que puedas seguir necesitas el bautizo del fuego, herencia del Gran Padre.

Juan comprendió perfectamente lo que quería decirle aquel hombre -medicina. Era como si existieran estructuras de su carácter, viejos temores y creencias, que no consiguiesen ser eliminados del todo.

- Tienes que quemar la memoria - gritó fuertemente el anciano levantándose de súbito de un salto. Parecía estar poseído por una furia semejante al fuego .

Valverde sintió que entraba en otro lugar de su alma por el sobresalto de aquella acción imprevista. La imagen de Shanda golpeando una y otra vez con mano de hierro a la fragua apareció imperiosa en su mente. Recordó cómo era el hierro templado por el agua, y supo entonces que el bautizo del agua era efectivo en el metal trabajado; que aquella sensación limpia y clara permitía moldear la forma de la espada.

De pronto comprendió la insistencia de Virsham en el concepto trabajo, en la idea de disciplina, de sacrificio de energías para la obtención de un resultado. Su carácter era como la espada que forjaba el herrero, aquella metáfora encarnada en un guardián de la Joya le impresionó profundamente.

- Sí Shirkam - murmuró el viejo sabio - Bautizos dentro de bautizos dentro de bautizos todos sujetos a la misma ley.

Juan no supo por qué pero recordó el río de su niñez, el Guadalquivir.

A medida que iba transcurriendo el tiempo Valverde comenzó a poder definir los extraños procesos corporales que sufría. Aquellos ascensos y descensos que le recorrían cuando se ejercitaba en la cabaña de la serpiente comenzaron a ser controlables lentamente. El misterio del caduceo, de aquellas dos fuerzas enfrentadas que se sintetizaban en la vara del poder comenzó a mostrarse a la inteligencia de Juan.

El uso de aquel saber medicinal era en sí sencillo, se trataba de la correcta utilización de una energía misteriosa en el interior de su cuerpo. Virsham le había comentado que sólo en la disposición correcta podían conciliarse aquellas dos fuerzas antagónicas. Las metáforas más utilizadas para designarlas eran el agua y el fuego, el frescor y el calor. Pasaba largos ratos meditando sobre las sensaciones que le producían aquellos dos elementos.

Su sentimiento de culpabilidad comenzó lentamente a menguar. Era un proceso que

parecía ir a medida que los días y las noches se alternaban, que la Luna recorría su ciclo de luz y oscuridad, que las estaciones iban marcando el compás de la existencia en la Tierra. Profundizaba en la comprensión de que aquella inmersión en sus profundidades era la base para rectificar un error de origen: el dominio tirano del miedo sobre la existencia individual en el Universo.

Temor innato de la especie humana ante la enormidad infinita con la que se enfrentaba su inteligencia. Incertidumbre que había provocado la creación de códigos morales que permitiesen al ser humano la protección cálida del rebaño, y por tanto la necesaria enemistad de todo aquel que negase aquella construcción ideológica de la realidad. Juan comenzó a comprender que aquel ataque incesante que había recibido a lo largo de su vida era simplemente un mecanismo ciego de la sociedad a todo aquel que osase traspasar sus límites marcados por el tabú. No era una cuestión personal hacia su persona, sino la reacción básica de cualquier integrante de una secta a toda infracción de las reglas que precariamente sostenía su realidad.

Su búsqueda era en sencillas palabras la búsqueda del individuo por la conquista de su identidad, del logro de la verdad que le otorgara la libertad de existir en la Creación. Lo contrario de un sistema de control colectivo, fruto de la ignorancia y el miedo ante la propia condición humana, control por el que pueblos enteros habían sido dominados a lo largo de su historia, sustentado por ridículas creencias que continuamente eran alteradas.

Allí, en Kalimantan, comenzó a aprender que la ruptura de la que tanto había hablando con Virsham era cierta. Que en algún momento de la historia el hombre perdió su condición innata para adoptar una condición social que, desgraciadamente, se basaba en un interés político, en la necesidad de acumulación de poder sobre los demás.

Allí, entre los guardianes de la Joya, había aprendido que no era necesario ningún esfuerzo para aceptar la única y autentica autoridad del Rey que, soberano en el centro, gobernaba el proceso cíclico de la vida. Allí todos vivían su existencia íntima en conexión con el Pilar del Poder, con la Escalera de Jacob, con la Ley Viva.

Huido de una cultura que había matado toda base para cimentar su verdad, asustado ante la evidente caída de una civilización que permitiría el nacimiento de otra, Valverde había buscado un lugar donde hallar la raíz original de su identidad. Asqueado de la multiplicación y

fragmentación de doctrinas y estilos de vida enfrentados unos contra otros, había iniciado una larga peregrinación hacia la sabiduría original de todos los seres vivos.

Para ello había tenido que morir como hombre civilizado, como profano sujeto a aquella dispersión en su conciencia, para poder acceder a la sabiduría única e indivisible que mantenía el orden natural de las cosas. Su miedo ante el temor cristiano del apocalipsis comenzó a menguar, y comprendió que para el reloj del Universo un segundo era una vida humana.

Así cómo había aprendido que todo tenía su tiempo regido por la Luna y las Estaciones, comprendió que su iniciación había necesitado, para permitirle descubrir su ser, la manifestación de éste como un proceso marcado por el tiempo, Así como el labrador del pueblo alternaba sus trabajos regido por las estaciones, así su entrada al Misterio había mostrado la misma semejanza.

Sentado con la columna erguida comenzó a comprender el trabajo del arte sagrado de su clan. Aquel cráneo era la piedra que el Rayo del Gran Poder había pulido a base de hachazos de comprensión; aquella medula espinal era la fuente de su poder individual que se hallaba enterrado por los temores innatos y adquiridos inscritos en su sistema nervioso. Sólo al ir despejando esas obstrucciones marcadas por el miedo su identidad innata había podido comenzar a poder volver a ver la realidad tal como era, como en el mismo momento del origen.

Recordó su reacción angustiada en un entorno hostil al ser innato como era la ciudad. Su ausencia de protección, su extremada sugestionabilidad similar a la de un recién nacido, había provocado en él la apertura indiscriminada a todo estímulo. Lejos de ser los habitantes de la ciudad individuos unidos por la verdad única, eran representantes de sus múltiples temores y angustias. De ahí la insistencia de Virsham en su asentamiento en el centro, en la base de sí mismo, para evitar cualquier contagio. Aquello era el honor, la dignidad esencial del hombre, su aceptación de la existencia de la Verdad, de la realidad que afirma que todo lo que es, es.

Juan no había sabido comprender aquella sencilla regla, y ésto había provocado que no pudiese negar todo lo que no-es fruto de la invención humana. El reino de la mentira era necesariamente múltiple y confuso, y Valverde siempre había creído que aquello era natural. Así siempre se lo habían enseñado las autoridades, y su rebeldía juvenil le había hecho enfrentarse contra aquella enseñanza que no permitía la garantía de la justicia y la libertad

humana.

Así como el Otoño marcaba el inicio de la muerte, así había hecho Valverde. Decidido a enterrarse en el más profundo Invierno de su existencia en busca de la semilla dorada, de la existencia de su derecho innato a saber la Verdad, había aceptado aquello que llamaban los sesudos libros que tanto había leído Muerte Iniciatica.

En realidad aquella muerte era sólo la de su ignorancia, la del sujeto social lleno de complejos y temores a lo desconocido. Reconoció que aquel acto sin precedentes en su vida había provocado que su instinto animal se rebelase ante aquella apertura sin garantías a una nueva identidad. Ante el encuentro con el Misterio el temor innato ante lo inabarcable le había inundado de tal manera que su vieja personalidad había luchado una y otra vez contra su deseo calificándolo de absurdo e irracional.

Su entrada al reino de la oscuridad era simplemente el regreso a su condición original, al reino de la Madre. Cada perdida de una garantía racional era la ruptura con un eslabón que le unía a las cadenas de su antigua personalidad hija de las ignorancias y supersticiones de su época y educación.

Cada temor vencido fruto de esa incertidumbre permitía que un nuevo ser tomara su lugar. Era como dejar espacio a la luz, como despejar las habitaciones de una casa, para dejar entrar a aquella sabiduría innata inscrita en su identidad que brotaba lentamente. Saber escrito desde las runas de su cuerpo, desde sus cromosomas. Todo eran metáforas de una sabiduría grabada en las piedras sagradas de sus genes.

Cada luz sobre su interior era como una nueva lectura en ese templo sagrado. Su antiguo temor a la disolución de su identidad, a la caída en la locura, había dejado paso a una íntima convicción, a una solidificación de sus propias verdades que le estaban permitiendo un nuevo acceso a su cuerpo, y desde él al Universo.

Valverde, contemplando la práctica de la medicina de su suegro, todavía no conseguía comprender cómo aquel anciano era tan invulnerable a cualquier reacción hostil de las personas con las que trataba. Juan sencillamente no conseguía evitar ser influido, sentía como si su cuerpo fuera aún susceptible a todo tipo de encuentro de poder. Como si aún

viviera en carne viva, sin piel que le recubriese.

Un día Virsham le miró fijamente, con aquella expresión extraña en sus ojos tan singular y característica en él, mientras iban en autocar tras una visita a la ciudad. Valverde había tratado por todos sus medios evitar escuchar los continuos sonidos de ésta, pero no lo había conseguido del todo. Se sentía desalentado porque sus sentidos ampliados y adaptados al mundo natural de la jungla eran como torpedeados ante tanto estímulo que presentaba la ciudad.

Juan supo que el anciano estaba sintiéndole y que no podría evitar ser leído, la mentira era algo que de nada servía entre ellos dos. Finalmente suspiró y dejó caer su cabeza agotado.

- Lo confieso Virsham - le dijo avergonzado -, todavía no soy capaz de evitar que me desorienten.

El anciano le dió una palmada sonriente, y dedicó su atención a mirar por la ventanilla. Valverde comenzó a moverse inquieto y trató de ejercitarse para calmarse en sentir la vara de poder de su columna y sus diferentes centros de atención. Estaba en ello cuando el viejo le dió una sacudida repentina con sus manos al detenerse un momento el autocar donde viajaban.

- ¡Rápido! - le apremió con aire excitado -. Bajemos aquí.

Juan, confundido ante aquel repentino capricho del anciano, quedó paralizado mirándole con la boca abierta. Comenzó a reaccionar cuando advirtió que Virsham bajaba rápidamente del autocar sin mirar si él le acompañaba. Dió un respingo y salió precipitadamente del vehículo. Comenzó a seguir al anciano que, completamente absorto, comenzó a andar sin atenderle.

Cuando consiguió llegar a su lado notó una sensación peculiar, parecía como si el anciano no hubiera captado su presencia. Con los ojos fijos adelante, no daba señales de advertir la compañía de Juan a su lado. Valverde se sintió inquieto ante aquella curiosa situación, parecía ir andando con un perfecto desconocido. Le preguntó donde iban y el silencio fue su respuesta. Desistió de volver a intentarlo, y siguió caminando a su lado sin comprender el sentido de todo aquello.

Finalmente llegaron a una gran montaña hecha de piedra. Virsham comenzó a dibujar el

circulo y se colocó en su interior. Adquirió una situación inmóvil, con su mirada fija en la montaña , y el semblante impasible. Su actitud de profundo silencio indicaba a Juan que era inútil todo intento de conversación. Esperó pacientemente a que el anciano explicara el motivo de estar allí, pero Virsham no pareció captar su demanda muda de explicación. Al cabo de un rato Valverde comenzó a moverse inquieto. No entendía aquel mutismo del anciano.

- Has aprendido a escuchar a los animales y a las plantas, al viento y los pájaros Shirkam - de pronto sonó el susurro de Virsham - Sin embargo todavía no has aprendido nada sobre el escuchar el silencio de la piedra, la atención a la Madre hecha de roca muda y tierra callada.

Valverde miró sorprendido al anciano. Nunca había creído que tuviese que aprender nada de un conjunto de piedras.

- En su superficie habita el agua, fuente de vida - murmuró sin pestañear mirando fijamente la montaña de piedra -. En su interior el fuego del volcán forja en silencio los metales.

Juan al concentrar su atención en aquello comenzó a notar la dureza del cráneo, y la visión del esqueleto apareció de nuevo en su mente.

- Contempla el silencio que es la piedra Shirkam - susurró de nuevo el anciano - Olvida el sonido del oleaje, del mar de la existencia.

Valverde notó que cada vez más sentía su esqueleto formar parte de su constitución. Era como un lugar ignorado, como una zona oscura de su ser que por algún motivo no desease sentir. Pensó en que esto podía ser debido a la asociación, que había aprendido en su cultura, del esqueleto con la muerte, con la idea de entierro que siempre había creído que tenía.

Abstraído en sus pensamientos fue de golpe arrancado por un coscorrón en su cabeza. Al instante emitió un gemido de dolor.

- Sí, está vivo - le miró con cara burlona Virsham -. La sabiduría quiso que lo más blando de nosotros estuviera protegido por lo más duro.

Valverde comenzó a pestañear y de pronto sintió todo lo que ocultaban los huesos de su interior. Protegido por ellos se hallaba el sistema nervioso; la dureza de su cráneo y su columna vertebral resguardaban aquello que le permitía tomar consciencia de sí mismo.

- Sí Shirkam - asintió lentamente el anciano como si pudiera leerle los pensamientos-. Es el soporte de todo lo que es.

Juan giró la cabeza y contempló la montaña de roca. Su firmeza e inalterabilidad empezaron a cautivarle, comprendió que podía ahondar aún más profundamente en el misterio de su interior, llegar hasta la misma médula de sus huesos; hasta el origen de su propia sangre; hasta lo más hondo del interior de su cuerpo. Miró de reojo a Virsham y admiró aquella inmovilidad magnífica, hierática, semejante a una estatua que guardase un secreto en su interior.

- *Rahash* - susurró el anciano - Tienes que aprender a inmovilizar el animal de poder que la Madre otorga a todo ser humano. Saber detenerlo es tan importante como saber dirigirlo en su movimiento.

De pronto los ojos del curandero comenzaron a brillar, su cuerpo pareció llenarse de un misterioso poder y Juan sintió cómo su mente comenzaba a retroceder lentamente hacia su interior. Era como un contagio emocional lo que transmitía la actitud del anciano. Se comenzó a sentir cada vez más y más relajado, y de pronto algo como una flojedad le hizo arquear involuntariamente sus hombros.

- Clava la vara de poder en la Tierra Shirkam - le ordenó sin mirarle - .Aprende a sentir la base de tu ser, haz como el árbol que extrae el poder de sus propias raíces.

Volvió a erguirse tratando de mantener recta su espalda.

- Al jurar lealtad a su recta ley un hombre se hace pilar, eje de su propia existencia - le dijo-. Alcanza su propia soberanía que le permite vencer la dispersión de su interior, el reino de la confusión y la ignorancia fruto del enemigo de la libertad de todo ser vivo.

Extrajo la vara y le dijo que la contemplara largamente sosteniéndola en las manos. Juan ya estaba acostumbrado a su visión y no entendía que significado podía ya extraerse de aquella vara del arco iris. Virsham mientras tanto volvió a inclinarse y dibujó un circulo y en su interior marcó con el dedo el centro de la circunferencia.

- ¿Donde se ubica el misterio de nuestra vara de poder Shirkam? - le preguntó mirándole con ojos burlones .

Valverde quedó fijo contemplando aquel círculo hasta que de pronto intuyó la posición correcta de aquella vara. La cogió de su extremo violeta y clavó su otro lado rojo fuertemente en la tierra, en el centro de aquella circunferencia.

El anciano meneó la cabeza sonriendo, aquel sencillo acto resumía muchas horas de

meditación y trabajo que Valverde había realizado.

- Así es Shirkam - asintió despacio - En el centro sagrado, protegido por la circunferencia se halla el pilar inmóvil que nos une al Universo.

Juan contempló aquella sencilla obra de arte, comprendiendo que la rueda giraba en torno a un centro inmóvil.

- La rueda gira en torno a este centro Virsham - murmuró abstraído - El tiempo es la rueda, la vara el eje que permite el movimiento de esa rueda

Virsham volvió a asentir en silencio. Juan excitado comenzó a dibujar radios en torno al centro, formando así la conexión entre el centro y la circunferencia. Era así de sencillo, así como el sol era el centro del sistema por el que discurrían los planetas, así ocurría en su interior. La realidad horizontal, en continuo movimiento, se apoyaba en aquella realidad vertical, siempre firme y permanente. No había error posible.

- Este el soporte de nuestra verdad Shirkam - le dijo sonriente el anciano - Todo el flujo del tiempo, todo el girar de este incesante molino de la existencia, tiene como base la garantía de este centro inmóvil.

Valverde comprendió su lucha interior, su intento de aproximarse cada vez más desde la periferia al centro de la rueda, allí donde el ser guardaba la sempiterna realidad. El mundo de la apariencia, cribado una y otra vez por el movimiento de la rueda, era sólo la realidad superficial que ocultaba el secreto de la misma existencia.

- Desde el centro tendrás perspectiva para comprender el movimiento de las cosas Shirkam - le comentó el viejo indígena - Todo pasa, el centro permanece inviolable porque es el lugar sagrado de la Ley.

Juan parpadeó contemplando aquella vara de caña hundida en la tierra, su recta disposición que mostraba ante sus ojos aquel camino que la Justicia única había diseñado. Desde el centro el tiempo no importaba, todo era acontecer marcado por los radios de la rueda. Historia incesante, movimiento a la vez nuevo y viejo, como las estaciones siempre idénticas y nunca iguales.

El corazón de Valverde se hinchó de alegría, algo como un recuerdo oscuro de promesa comenzó a surgir de su interior y consiguió comprender aún más profundamente la esencia de todo aquel camino que era su vida.

Contempló de nuevo los colores de la vara, y los asoció con su propia vara de poder, con su columna erguida promesa antigua hecha realidad fruto del peregrinar por la historia de su especie. Cientos de miles de años de sus antepasados, miles y miles de hombres antes que él, para conseguir aquella maravilla del planeta que era la encarnación de aquel principio sagrado.

Roja era la base que, clavada en la Madre Tierra, ascendía brillante en colorido hasta llegar al verde. Allí sus ojos quedaron hechizados por ese color, algo como un eco sonó en su alma. Ese color que aparecía tras el dorado amarillo marcaba su vivir de una manera tan profunda y oscura que no supo comprender su razón.

- Quedate aquí Shirkam - oyó el susurro milenario de las voces encarnadas de los antepasados del clan en aquel anciano -. Quedate en esta la Isla Verde.

Juan miró hacia el azul del cielo, luego hacia su luz brillante , para dejar finalmente reposar su mirada en aquella exuberante vegetación que les rodeaba. Una sonrisa infantil, llena de inocencia y pura alegría, apareció en su alma. Así eran las cosas en Kalimantan.

Shanila y Juan reposaban juntos dejando que los cálidos rayos del Señor del Fuego impregnaran sus cuerpos. Tumbados en la verde alfombra de la vida, abrazados y en silencio, dejaban que el tiempo marcado por el tránsito del Astro Rey siguiera su curso.

Valverde fijaba su mirada en la cegadora visión del corazón del imperio, allí donde había aprendido que residía el Dueño del Poder. Su visión insoportable de resistir le mostraba la imposibilidad humana de acceder directamente a la fuente pura de luz y calor. Amodorrado por la tibieza del cuerpo de su mujer dejó que su mente recordara la última charla con Virsham.

Habían acabado la visita de un paciente en una aldea vecina. Al salir de allí el anciano se notaba cansado, como si su energía hubiera menguado y no consiguiera mantener su habitual tono vital y alegre. A mitad del camino Virsham le hizo un gesto para que se detuvieran, y se dirigió sólo a un pequeño montículo. Una vez allí, quedó inmóvil contemplando el Sol. El viento agitaba la larga cabellera del anciano, dándole un aire salvaje y primitivo. Juan quedó admirado de la orgullosa belleza de aquel ejemplar humano, parecía que guardase en su interior una dignidad invencible, eso que Virsham gustaba decir el honor de los Jashvir.

El anciano extendió sus brazos hacia el cielo y por un instante asemejó un ave a punto de lanzarse al vuelo. El perfil aguileño del curandero aumentaba aquella impresión. Lanzó una imprecación, semejante a un estallido, para luego volver a bajar sus manos y dejarlas reposar sobre su pecho. La mano izquierda sobre el corazón, la derecha sobre ella.

Al volver a bajar junto a él el viejo médico parecía estar de nuevo en su habitual estado de ánimo y vitalidad. Valverde se asombró de aquella fulgurante transformación, realmente parecía que aquel hombre hubiera hecho algún tipo de rito mágico ancestral y poderoso. Siguieron caminando hasta que Juan no pudo reprimir más su curiosidad.

- ¿Puedo saber qué ha hecho Virsham ? - preguntó deteniendo su marcha aceptando que su maestro volviera a asumir ese papel .

El anciano también detuvo su marcha con una sonrisa irónica. Juan ya había aprendido que la sabiduría que poseía aquel hombre sólo tenía una llave: el deseo de saber que mostrara él desde su interior. Virsham le miró de aquella manera peculiar, como si le calibrara, y finalmente asintió.

- He pedido poder al *Shar* - señalándole al Sol -. El Gran Jefe.

De nuevo una palabra aparecía en la boca de Virsham. Desde su llegada con los guardianes de la Joya su suegro había desvelado un nuevo vocabulario en sus conversaciones. Palabras procedentes del lenguaje sagrado de su clan que parecía ser el mismo que el que hablaban aquel pueblo guardado por el tigre en el interior de la jungla.

Valverde asintió en silencio. Aquello no le explicaba la súbita carga de energía que aquel hombre mostraba en su cuerpo. El viejo miembro de su clan le miró de nuevo como si viera su interior y asintió en silencio con la cabeza.

- Ten paciencia Shirkam - le susurró de aquella manera hipnótica y especial -. Todo necesita su tiempo, así como el alimento necesita su tiempo en el fuego, así como la semilla necesita el calor sostenido del Sol para seguir creciendo, así es nuestro saber.

Juan calló y no preguntó más durante un rato en el que siguieron andando en dirección a su hogar. Al fin volvió a detenerse y con un gesto con las manos pidió de nuevo la atención del anciano.

- Pero dígame usted - le preguntó de nuevo con su irreprimible curiosidad infantil - ¿Cómo lo ha hecho?.

Virsham volvió a detenerse mirándole fijamente. Una sonrisa en sus ojos le hizo pensar que estaba sufriendo algún tipo de antiguo chiste que bien conocía el curandero.

- *Ssshhh* - le susurró haciendo un gesto con sus manos como si rodeara todo lo que alcanzaba su visión- Todo está impregnando de él.

Ladeó su cabeza y le miró de soslayo con aire burlón.

- ¿No lo notas Shirkam? - le murmuró abriendo sus ojos de manera desmesurada .

Valverde quedó embrujado por aquella mirada fascinadora. Lentamente comenzó a sentir la luz que llenaba todo el espacio que les albergaba.

- Está todo lleno de luz y calor Virsham - le respondió con actitud asombrada .

El viejo comenzó a reír como si aquello fuera un cuento privado. Juan miraba de un lado a otro dándose cuenta que entre él y las cosas que le rodeaban existía un espacio vacío, era una sensación que nunca había percibido.

- Sí, la Madre Tierra está amando al Padre Cielo - le susurró la voz del anciano -. Su fruto es todo lo que ves.

Juan quedó absorto mirando su cuerpo, el de Virsham, el de los árboles, el de los animales que se habían acercado a curiosear la presencia de aquellos dos hombres.

- No, no es posible - meneó lentamente la cabeza ante aquella simple verdad

Levantó su cabeza hacia lo alto y contempló fijamente la luz fecundante que residía en el cielo, aquella esfera de fuego centro de la Rueda Sagrada. El misterio que inundaba aquel lugar de vida rica y exuberante era tan profundo y a la vez tan sencillo que enmudeció sin saber que decir.

- Todos compartimos el mismo regalo del *Shar* - le dijo enseñándole las plantas y los animales -. Todos los habitantes de la Madre son los hijos de su unión. Es el Padre de la vida.

Juan seguía absorto contemplando el inmenso espacio vacío lleno de luz, sintió el calor que reinaba y se dió cuenta de que toda esa sensación procedía de allí arriba. Como una descarga de fuego surgió de su interior obligándole a emitir una espontánea interjección y comenzó a bailar dando fuertes patadas en la tierra. Sentía que la misma vida corría en él haciendo mover su cuerpo, como si algo oscuro e inconsciente quisiera expresar su alegría de vivir.

Comenzó a girar en circulo en una desenfrenada danza. El anciano comenzó a gritar de

alegría a su vez, y empezó a menear el pie como si siguiera un invisible y ancestral compás. Finalmente Valverde se detuvo asombrado y miró a Virsham en una actitud muda de explicación. Aquello que había sentido le recordaba aquel baile que había realizado ante los guardianes en la hoguera custodiada por el círculo de aquel pueblo.

- Ya te lo he dicho Shirkam - le respondió con su habitual encogimiento de hombros -. Es nuestro Padre, tu vida simplemente le ha dado gracias a su Señor.

Juan quedó paralizado, con la mirada perdida. Era así, aquello que tanto había temido, aquello que negaba su identidad racional, aquello a lo que tanto se había resistido era sencillamente su misma vida, el espíritu inmanente que se comunicaba con la fuente de su ser. La expresión natural de su identidad original que tan ciegamente había sido negada por su mente construida por la ideología de una época cualquiera.

Comenzó a escuchar el sonido de las aves y dejó que les inundara su canto. Una sensación familiar se apoderó de él, algo ancestral que le hizo sentirse cargado de poder.

- Sí, es cierto - oyó la voz de Virsham - Ya estás preparado para entrar en el Misterio del Hijo, el Guardián de la Ley.

Una sensación cada vez más familiar se le hizo presente . La rueda de su iniciación había girado y girado, y a medida que lo hacía iluminaba su conciencia con un saber arcano y profundo surgido de sus mismas entrañas.

- Es el Rey - murmuró con sencillez aquel culto y escéptico occidental .

Recordó al Nazareno cuando dió gracias al Padre por haber ocultado a ojos de los falsos sabios el saber misterioso de los justos de corazón.

- Cada noche muere, cada día renace - sonó el susurro ancestral - Tal es su Ley.

Valverde recordó el canto del círculo mágico, la posición espacial del tiempo de la rueda. Levantó orgullosamente su cabeza y señaló en dirección hacia el Sol en su apogeo.

- Allí se encuentra el Sur - dió un giro de ciento ochenta grados y volvió a señalar- Allí el Norte, cuando el Sol desaparece y aparece la Luna.

Una imagen poderosa de súbito le inundó.

De la noche estrellada y oscura surgía impetuoso un poderoso toro negro que al ir recorriendo el camino hacia la luz se iba transformando en un ardiente pájaro.

Un fuerte grito le sacó de su trance.

- ¿ Quien Shirkam? - le ordenó imperioso el anciano como si estuviera poseído por una furia salvaje - ¿Quién es el que se halla en el centro de los doce guardianes de las estrellas, custodiado por el círculo mágico de la *Sharí* ?

Juan comenzó a gemir con una sensación de felicidad en su corazón, algo como una una luz dorada surgía del interior de su vientre

- El *Shar*, su hijo - respondió suavemente .

El anciano asintió lentamente. Levantó su cabeza y miró por un breve momento al Sol.

- Todo el Universo le protege Shirkam - le dijo reverente - Tal es su Gran Poder que mantiene la vida en su fluir.

Juan meneó la cabeza de la misma manera que el anciano.

- ¿Es entonces El el jefe de nuestro clan? - le preguntó.

El anciano meneó la cabeza en silencio. Luego volvió a extender su mano por todo lo que les rodeaba.

- Es el Rey de todos los hijos de la Gran Madre - le respondió con sencillez -. Es el Gran Padre.

Juan pensó un momento y se le ocurrió una nueva percepción sobre aquello.

- Es Imperio - le dijo en español al viejo indígena .

El anciano le miró con curiosidad.

- Imperio - repitió lentamente, como paladeando el sonido de la palabra -. Es una bonita expresión.

- Quiere decir el dominio del aquel que gobierna a los reyes Virsham - le explicó Juan .

El viejo asintió encogiéndose de hombros.

- Así es. El gobierna al jefe de nuestro clan - le respondió sonriente.

Juan no pudo reprimir su curiosidad y le agarró excitado el hombro agitándole.

- Entonces - dijo con voz tensa y contenida por la emoción -. ¿Quien es el jefe del clan Virsham?

El anciano le miró asombrado, parecía que no comprendiese aquella pregunta.

- Creí que lo sabías Shirkam - le murmuró meneando la cabeza aún asombrado .

Juan le volvió a agitar aún con más fuerza, algo sacudía su interior que le hacía perder el control de sus nervios.

- ¿Quien es Virsham? - levantó la voz poseído por una extraña locura .

- Su hijo Shirkam - se encogió de hombros con sencillez - ¿Quien iba a ser si no rey entre los hombres ?

El viento comenzó a agitar los arboles de la selva, un recuerdo cada vez más hondo aparecía en la mente de Juan. Una fugaz visión abrasó su conciencia.

Nacido del vientre de la Madre, sentado en sus rodillas en su niñez, un rey decía con voz poderosa la Ley.

Shanila le dió un beso y Juan salió de su recuerdo. Miró fijamente los ojos negros de aquella mujer, en cuyo interior parecían habitar estrellas, y suspiró satisfecho. Cuanto misterio había entrado en su vida desde que su mirada había quedado hechizada por ella. Sonrió en limpia alegría, y se preguntó cómo era posible haber sido bendecida con tanta suerte su existencia.

La verde tierra de la isla pareció responderle en una silenciosa respuesta. Allí, tumbado en su superficie, al lado de la bella mujer que abrió las puertas de su corazón, Juan sintió el derecho esencial que todo hijo de madre poseía por el mismo hecho de haber nacido. Dignidad del ser, que surgía de las mismas entrañas de aquel planeta azul que navegaba por las estrellas en torno a un centro de fuego. Tal era el misterio que guardaba su interior.

III
LA LUZ DEL CIELO VERAS
Epopté (El Vidente)

Mientras mi corazoncillo hierva
yo venceré a mi enemigo.

Camarón de la Isla

9.
El Toro

Al salir de su casa inmediatamente captó una fuerte excitación en el pueblo. Continuos cuchicheos de la gente y movimientos rápidos de un lado a otro le hicieron pensar que algo nuevo había ocurrido en la rutina apacible de la aldea. Al irse aproximando a la casa de Virsham comprobó que el centro de tanta excitación residía en ella. Un grupo de personas agolpadas en la puerta le hicieron pensar por un momento en algún problema. Su corazón dió un vuelco y apresuró su marcha.

Cuando entró dentro de la casa, apresurado y nervioso, quedó parado ante la escena que allí contempló. Sentados cómodamente, bebiendo y charlando, se encontraba el anciano en compañía de Shanda y un joven guardián. Los tres hombres miraron con fijeza pétrea a Valverde que no supo cómo romper la situación.

Finalmente, tras un silencio que se le hizo eterno el viejo rompió a hablar gravemente.

- En verdad Shirkam has conseguido ser un escogido - le dijo meneando su cabeza - .Vas a ser iniciado por los mismos guardianes.

El viejo volvió a callar con la mirada aún fija en él. Murmuró algo en un dialecto incomprensible para él, Shanda asintió sonriente. Juan aún no conseguía entender el sentido de aquella visita.

- Por fin sabrás qué es un guardián de la Joya - le susurró Virsham - .Vas a tener el gran honor de acompañar a este joven en su iniciación.

Juan pestañeó lentamente. Aquello volvía a tener las mismas características que su anterior iniciación en el pueblo de Virsham. Había pasado el tiempo suficiente para que ya hubiera comprendido que su muerte racional y renacimiento en una nueva comprensión de la realidad había sido un proceso necesario para su trabajo como curandero.

Ahora le llegaba el momento tan soñado para él, tan comentando con su suegro. De alguna manera había alcanzado la suficiente pureza para ser depositario del saber de los guardianes. El trabajo de limpieza había conseguido su resultado. Sonrió levemente, ante la impasibilidad de aquellos hombres.

- Un *Jashvir* no se enorgullece de los dones de la Diosa - le recriminó secamente el anciano. Meneó la cabeza y bajó la cabeza -. Esto que crees un privilegio es en realidad una mayor carga de responsabilidad.

Valverde sintió cómo automáticamente se le aflojaban los hombros. Aquella sencilla mención de un incremento en sus deberes le hizo sentir una sensación de pesadez en su vientre. Seguía soñando en alcanzar una libertad plena de derechos y ausente de deberes. Sin embargo la realidad le mostraba que aquel camino que había elegido escoger desde su corazón unía ambos aspectos. Era como si como para disfrutar sin escrúpulos de un derecho vital un hombre tuviera que asumir un deber moral.

Tras hacer los preparativos para el viaje el cuarteto comenzó su marcha. Virsham le mostró un regalo que le había ofrecido Shanda como cortesía al entrar en su casa. Era una rueda confeccionada en oro, plata, bronce y hierro. El anciano se lo mostró sonriendo, hizo un gesto con el dedo a su cabeza en señal de inteligencia y luego le indicó al herrero. Comenzó a asentir con su sonrisa irónica, como si algo en la rueda le provocara aquella burla íntima que tenía el anciano sobre la realidad.

El ritmo de la marcha comenzó a ser fatigoso para Juan al cabo de poco rato. No entendía cómo podía quedar rezagado y que aquellos hombres consiguieran mantener aquel paso. De pronto Shanda, que era el primero de la fila, se detuvo y miró fijamente a Valverde dando

media vuelta. Parecía que supiera exactamente la localización de Juan. Murmuró algo y Virsham meneó la cabeza asintiendo.

- Shirkam, no mantienes el poder libre - le recriminó de nuevo con tono seco y cortante -. Andas como una mujer, no mandas el *Ka* y se te pierde por el camino.

Juan quedó clavado ante aquella amonestación. Ni sabía qué quería decir aquella palabra, ni el significado de aquella reprimenda. Sorprendido por la severidad con que se le trataba miró al joven guardián que trataba de disimular su risa sin conseguirlo del todo. Valverde, que había creído llegar a un nivel muy superior al medio, se sintió de pronto avergonzado. Parecía un recluta patoso amonestado por el duro sargento.

Iba a preguntarle el significado de aquel consejo cuando los tres hombres volvieron a emprender el camino dando la sensación de moverse al unísono. Juan comenzó a tratar de acompasar sus pies al ritmo de la marcha, pero su respiración no conseguía adaptarse al esfuerzo. Aquello no parecía tener nada en común con un ejercicio atlético, parecía más como si aquellos hombres siguieran un hilo invisible que tirara de ellos hacia algún punto.

Aquella sensación se hacía más notoria a medida que seguía el viaje, era como si algo jalara de ellos desde algún lugar. Cuando llegaron a un punto Shanda paró y miró al anciano. Este se detuvo un momento,. quedando inmóvil con los ojos desenfocados, como escuchando algún mensaje especial. Finamente asintió sonriente, acordándose de esta manera asentarse en aquel lugar. Tras encender una hoguera, y comer de las provisiones que cada uno llevaba, el ambiente pareció volverse más apacible y relajado. Aquella dureza en los semblantes desapareció para mostrar el aspecto cordial y alegre al que le tenían acostumbrados.

De improviso el joven comenzó a tocar las palmas, al cabo de poco Shanda rompió a cantar. De nuevo Juan sintió aquella sensación electrizante que se descargaba en su pecho, como si aquella voz tuviera un poder misterioso capaz de atravesar en el corazón con la fuerza del rayo. Virsham de vez en cuando exclamaba fuertes gritos que sonaban como látigos en el silencio de la noche. El ambiente se cargó de un aire brujo, de una peculiar sensación que inundaba la conciencia de Juan, quedando éste como hechizado por aquel canto.

- Ha cantado sobre el Toro - le respondió el anciano cuando luego pudo preguntarle el mensaje de aquella canción. Era una oportunidad única para conseguir comenzar a traducir las canciones de poder de aquel guardián, la compañía de Virsham le iba a resultar de gran valor.

Juan asintió en silencio sin comprender exactamente el sentido de aquello. Trató de pedirle una explicación más detallada de lo que había cantado. El anciano, remiso al principio a alargarse en palabras, finalmente accedió con resignada paciencia.

- Ya te lo he dicho Shirkam - le explicó suspirando - . Canta al Hijo de la Luna, aquel que muestra a los hombres cual es el camino del hombre verdadero.

Valverde volvió a asentir en actitud de espera, no comprendía el sentido de aquel animal cornudo en todo aquello. De pronto Virsham se acercó más a la hoguera y le miró de una manera extraña, como si su rostro fuera una mascara convulsa. Juan recordó al mirarle a aquel Virsham todo encarnado y con cuernos en la cabeza. Dió un fuerte respingo y sintió un fuerte calor que ascendía por él. Su mente se llenó de una tremenda y sobrecogedora visión.

Un gran toro negro, de ojos como brasas y aliento como huracanes, se acercaba con

arrollador ímpetu hacia él. Al aproximarse cada vez más sintió una debilidad enorme en su vientre y piernas que le hizo desear hundirse en la oscuridad para no ser embestido.

- Vencer al miedo es la tarea de un *Jashvir* Shirkam - sonó como un susurro la voz del anciano. - Ese al que tú has visto no es tu enemigo, es al contrario tu aliado.

Juan movió la cabeza para salir del trance en el que había caído. Miró fijamente la hoguera y luego detuvo su mirada en aquellos hombres. Inmóviles como estatuas le contemplaban como si habitaran en un tiempo y lugar distintos.

- Es la fuerza del padre, la vitalidad que ha de dominar - le dijo serenamente.

Juan pestañeó y un recuerdo oscuro surgió lentamente de su memoria.

En el centro de una plaza un hombre dorado se enfrentaba al negro monstruo. Inmóvil y erguido como un árbol le hacía frente con un trapo rojo en una mano y en la otra una espada de brillante acero.

- El *Jashvir* ha de matar al miedo, no sólo conocerlo - le dijo el anciano meneando la cabeza -. Es el siguiente paso.

Sin mediar palabra se reclinó y comenzó a dormir. Juan se quedó parado, inquieto y nervioso ante el significado profundo de lo que acababa de ver. Comenzó a respirar lentamente, sintiendo como si una columna subiera desde sus genitales hasta su frente. Era como si un falo sutil se irguiera, una sensación que era paralela a la de su columna vertebral y resultaba similar a la erección del pene.

Se preguntó entonces cual era el origen de su miedo, de aquella opresión profunda que no le dejaba vivir en libertad. Se dijo que era el miedo a su propio sexo, a sus derechos y deberes, a la encarnación plena de su propia identidad natural. Se dió cuenta de que algo en su interior guardaba el deseo oculto de matar al padre, de no aceptar la existencia de esa figura de autoridad en su vida, de no asumir ese paso necesario e inevitable que provocaba el fin real de su infancia con sus muchos derechos y escasos deberes.

Sonrió lentamente calentado por el fuego de la hoguera, sintiendo la fuerza vital que guardaba su sexualidad. Pensó en su identidad ancestral y la fuerza de sus antepasados apareció a su conciencia. Herencia de grandes simios, de guerreros que eran capaces de dejar su sangre en pos de un sueño guardado en sus férreos corazones. Algo en su alma se agitó y un deseo surgió de lo más hondo de ella: quería una espada para eliminar de una vez y para siempre aquel tirano que esclavizaba su vida.

Juan Valverde quería ser un mataor.

El motivo de aquel viaje era la iniciación del joven como guardián de la Joya, le explicó el anciano en uno de los altos del camino. Juan se hallaba intrigado sobre cómo podría ser aquel rito, y estuvo haciendo cábalas sobre el asunto durante un largo rato. Cuando llegaron a un acantilado donde podía divisarse el mar los hombres se detuvieron. Shanda y el joven se retiraron de su compañía y comenzaron a hablar entre ellos. Mientras Virsham y Juan se sentaron y fumaron en silencio.

- Todo lo que tú has conseguido lo tiene ese niño que ahora pasará a ser hombre - dijo de pronto Virsham mirando a los dos guardianes.

Juan quedó sorprendido ante aquella afirmación. Aquello era mucha presunción por parte del anciano, no podía comprender semejante extravagancia. Este le miró antes de que respondiera con una sonrisa burlona.

- No lo has comprendido todavía - respondió suspirando con aquel aire de resignada paciencia que tanto molestaba a Juan -. Todo el camino que tú has recorrido ha sido para encontrar el saber que un día perdiste, y que te era otorgado como hijo de la Gran Madre por derecho de nacimiento.

Virsham miró sonriente a la pareja de guardianes, suspiró de nuevo y se encogió de hombros.

- El nunca lo perdió - le dijo señalando al joven -. Siempre ha estado dentro de los elegidos de la Diosa, de los bendecidos por su poder.

Juan calló comprendiendo en el fondo el sentido de aquello. ¿No era eso precisamente lo que había estado buscando? La existencia de un pueblo que no hubiera roto nunca con la alianza original con la Creación, la fe nunca perdida en ningún momento de la historia de la especie por un grupo de justos que habían mantenido la llama viva de la esperanza desde el origen del ser humano.

- Con las espaldas guardadas por el poder de la Madre ahora ese niño se encamina hacia su puesto como hombre - le explicó mientras señalaba a los guardianes que de pronto habían comenzado a descender.

Juan contempló cómo seguían bajando con decisión hasta llegar a una zona rocosa al lado del mar. Estuvieron inmóviles contemplando el oleaje que rompía una y otra vez, como la respiración de un gran animal, en las rocas. Shanda señaló con el dedo hacia un punto donde las olas batían fuertemente contra las piedras. El joven sin decir palabra se desnudó, hizo el gesto ritual a su acompañante y mirando fijamente las bravas aguas saltó de improviso.

-¿Qué hace? - gritó con sorpresa y temor Valverde- ¡Va a ahogarse Virsham!

El anciano no le respondió, seguía mirando fijamente en el mismo punto que Shanda lo hacía desde las rocas. Juan tenso se levantó y también dirigió su mirada hacia allí. El tiempo parecía haberse hecho denso y angustioso, los segundos se hacían de una insoportable carga. Entre aquellas olas, que teñían de blanco con su espuma la superficie del agua, Valverde no conseguía divisar al joven guardián. A medida que iba pasando el tiempo su temor se iba haciendo más patente.

- ¿Qué hace que no salta en su ayuda? - volvió a gritar exasperado.

Aquella situación era realmente insoportable, haciendose más patente por el contraste de su nerviosa agitación ante la absoluta inmovilidad de los otros dos hombres. De pronto un cuerpo comenzó a subir entre las rocas, con dificultad, pero en actitud decidida. Cuando llegó a la roca donde se hallaba Shanda, el joven cayó extenuado, en actitud clara de hallarse medio ahogado.

Shanda se sentó con él y esperó paciente a que su compañero se recuperase. Luego le dió un golpe en el hombro y le dijo algo en una actitud alegre y distendida. El joven comenzó a sonreír pese a sus labios amoratados y la respiración dificultosa. Llevaba una ostra en su mano y se la dió al guardián. Este la estuvo sopesando y asintió lentamente.

- Ya lo ha hecho - oyó la voz de Virsham que contemplaba absorto la escena. El anciano se

frotaba las manos con actitud alegre y ojos llenos de lágrimas -. He tenido un gran honor de comprobar que la leyenda era cierta.

Juan miró a su compañero. En ese momento parecía un viejo chocho envuelto en su propios recuerdos e historias.

- ¿Hacer qué ?- le interrumpió Juan con aire de no entender todo aquello -. Ese joven ha estado a punto de morir en el agua Virsham, no encuentro el sentido de su alegría.

Virsham pareció salir de algún agradable sueño para enfocar su mirada estupefacta en Juan. De pronto su cara cambió para adoptar un rostro de enfado y resignación. Se quedó mirándole y por fin meneó la cabeza irónicamente ante la exasperación de su yerno.

- Pues eso - le respondió el anciano - . Lo ha hecho.

Valverde no le replicó. Dió media vuelta y contempló como aquellos dos hombres volvían a ascender el acantilado.

- Ha encontrado la perla Shirkam - le susurró a sus espaldas el viejo médico -. Ahora podrá ser guardián de la Joya.

Juan quedó hechizado ante la simple mención de aquella palabra, aquella era la explicación del título que poseían aquellos hombres. Guardaban realmente una joya, una perla extraída del fondo del mar. De alguna manera la iniciación viril de aquel pueblo consistía en aquella demostración. Comenzó a pensar en la barbarie de aquellos métodos cuando sintió una fuerte palmada en hombro derecho.

- Venga, ahora nos toca a nosotros - le dijo el anciano comenzando a bajar - .A ver como te portas.

Valverde miró boquiabierto el descenso de Virsham mientras los dos guardianes llegaban por fin arriba del acantilado. Se quedaron ambos quietos, mirándole con una extraña expresión en sus rostros y con una ironía mal disimulada. Juan suspiró fuertemente y comenzó a descender a su vez. Aquello cada vez se estaba volviendo más y más peligroso para su integridad, no entendía el significado de realizar un hombre de su edad aquella chiquillada.

Al llegar donde estaba Virsham, de pie en la misma roca donde habían estado antes los guardianes, el anciano le contempló con rostro serio y grave. Parecía de pronto asumir el riesgo de aquella acción.

- No me lo diga Virsham - levantó una mano Juan con actitud resignada -. Ahora me dirá que me tire y coja una ostra.

El anciano seguía mirándole con aquella actitud seria y grave, no parecía aceptar que aquella situación se arreglara de otra manera que tirándose su yerno al agua. Comenzó a menear la cabeza.

- No Shirkam - le dijo suavemente - tú sólo tirate y vuelve a subir.

Valverde sintió dolida su hombría. Sin decir nada se desnudó, miró fijamente las aguas y calculó donde podría tirarse sin ser empujado hacia las rocas. Una vez localizada la posición se decidió a saltar, aquello era una prueba para niños.

- Ahora vuelvo - le dijo irónico .

Al tirarse oyó en la lejanía que el anciano le gritaba algo que no consiguió entender. Una vez dentro del agua comenzó a subir a la superficie , y desde ella levantó una mano hacia Virsham. Iba a gritarle algún saludo cuando de pronto una enorme ola hundió su cabeza de nuevo bajo el mar. Juan, sorprendido, comenzó a bracear en sus profundidades para salir otra vez al aire de la superficie. Una vez allí, algo inquieto, comenzó a tratar de reconocer donde

estaba. Las rocas de pronto parecían estar tremendamente lejos de donde él se hallaba.

Comenzó a nadar hacia ellas y sintió el tremendo poder de aquel oleaje. Se notaba como un cuerpo frágil y escuálido sacudido por fuertes brazos que le movían a su antojo. Una ola vino por detrás y volvió a engullirle envolviéndole en un remolino en el que su cuerpo giraba como si fuera un simple pelele. Comenzó a bracear desesperadamente en el agua y cuando salió de nuevo a su superficie cogió aire desesperadamente. Sentía un temor tremendo en todo su organismo, como si su vida realmente estuviera en juego.

Una nueva ola le agarró y Valverde volvió a bajar a las profundidades. A medida que lo hacia se dijo que tuviera calma, que era imposible que muriera de aquella manera tan estúpida. Cuando sintió que la ola dejaba de sujetarle volvió a ascender hacia arriba. Llegó un momento en que sus pulmones le pidieron acuciantes el oxigeno y Juan, con los ojos cerrados, pensó que ya tenía que haber llegado a la superficie. Abrió la boca y el agua entró en su interior.

De pronto el tiempo se congeló. Juan, suspendido en el agua se dió cuenta de que realmente iba a morir, de que su propia existencia iba a desaparecer. Algo muy profundo entonces tiró de él hacia arriba y tras angustiosos momentos sintió la libertad del aire que le llenaba de vida sus pulmones. Supo que si otra ola caía sobre él moriría sin lugar a duda, y de una manera pura e inocente, como un niño pequeño, pidió auxilio a la Diosa.

De súbito una ola le empujó hacia las rocas, permitiendole mantenerse más o menos a flote. Luego vino otra, y después otra, y finalmente Juan pudo agarrarse al acantilado. Unos ojos oscuros aparecieron por un momento a su memoria. Valverde se aferró más firmemente a las rocas. Trepó penosamente para caer exhausto, entre profundas y cortas sacudidas de respiración y un dolor tremendo en su cabeza. Miró asombrado cómo todo se le aparecía ahora como si poseyera un color más brillante, como un volver de nuevo a la amable vida llena de luz. También se sentía tremendamente asustado, nunca su propia existencia había estado en un hilo tan precario como en aquellos escasos momentos en el interior del agua.

Cuando finalmente consiguió acompasar la respiración se irguió y, con las manos agarradas en la cabeza, preguntó al anciano entre débiles gemidos de dolor.

- ¿Qué me dijo usted Virsham? - le dijo mirándole de reojo .

El anciano comenzó a menear la cabeza como si estuviera ante un niño que no supiera sus lecciones.

- Que confiarás en *Ammá* - le murmuró mirándole divertido .

Juan bajó la cabeza, y comprendió exactamente el significado del regalo que la Madre le había concedido. Era su propia vida, ni más ni menos. Aquella era la Joya.

- Canta a la Madre Vaca - le respondió Virsham cuando le preguntó el significado del canto de aquella noche .

Le señaló hacia el joven guardián que escuchaba absorto a Shanda. La Luna, plena de luz blanca como la leche, irradiaba su poder sobre la hoguera donde aquellos hombres descansaban.

El joven guardián se levantó y comenzó a danzar de manera poseída. Parecía que algo superior a él se hubiera apoderado de su cuerpo, como si escuchara una música inaudible salvo para sus oídos. Su baile transmitía una sensación ardiente, como si algo feroz surgiera

de él mismo.
- Es el el baile de *Asar*, el hijo de la Vaca - le susurró asintiendo con la cabeza el anciano -.
Como un estallido surgió un grito de Shanda, látigos de sonido azotaron el alma de Juan que sintió que su cuerpo era invadido por una impetuosa necesidad de levantarse y danzar. Trató de dominarse y sintió que se hundía en el territorio del sueño como si fuera una flecha. Una visión apareció procedente de aquella dimensión hecha de imágenes plásticas como el agua.

Vió un río que impetuoso atravesaba la tierra seca y estéril. A su paso la vida surgía poderosa y vibrante, tal como un milagro.

Cuando abrió los ojos contempló a los hombres de pie e inmóviles contemplándole fijamente. No sabía cuanto tiempo había estado dentro de aquel reino de visiones, dentro del Reino de la Luna.
- Ella te ha regalado un espejo para que vieras el reflejo Shirkam - por fin rompió a hablar el anciano asintiendo lentamente -. Así como la Luna es el espejo del Sol, así tú ves iluminado por el fuego tu alma.
Juan levantó la cabeza y vió como la Luna era tapada lentamente por el velo de las nubes, por aquella gran masa de agua depositada en el cielo. En su interior se apreciaban pequeños destellos de luz, cientos de relámpagos guardados por aquella hembra preñada a punto de romper aguas.
Shanda gritó algo y al mismo instante un rayo, como un látigo refulgente, cayó cerca de ellos. El fuego estalló y a la vez un vibrante trueno habló mostrando su poder. El ambiente se llenó de una extraña sensación, como si el aire se cargara de una misteriosa fuerza.
- Ese es su poder - le cuchicheó Virsham mientras una suave lluvia descendía por su rostro sonriente.
Juan miró absorto todo aquello que estaba ocurriendo, sin más había comenzado a llover,. A medida que el agua caía sobre su cabeza comenzó a comprender el origen de aquel río de su visión. Cerró los ojos y dejó que la lluvia le empapara, y lentamente la visión de una celeste montaña se apoderó de él.

Sintió que su alma ascendía y pudo ver desde arriba el curso de las cascadas del Río que descendían impetuosas formando cuatro ríos que se extendían por los cuatro lugares de la tierra. La fuerza de aquel Río procedía de su origen, de la continua alimentación de nuevas aguas que surgían de aquella montaña sagrada. Sintió entonces que era tiempo, que era río, que era camino, que ese proceso era su propia identidad.

- *Len* - oyó cantar a Shanda de una manera suave y melodiosa .
Aquel canto parecía ser como una nana que guardara la paz de su corazón, La visión del río se hizo cada vez más y más profunda, como si bebiera de un pozo hondo y oscuro. Sumergido en aquella visión supo que esa palabra que había conseguido identificar, pese a lo profundo de su trance, se refería a aquel camino vivo semejante al río.
- Canta sobre el nacimiento de un dios en una caverna - oyó a lo lejos el susurro de Virsham unida a la voz de Shanda -. Del Salvador, del Invencible, del Rey cuya arma es el rayo y cuya

voz es látigo que ahuyenta la oscuridad de las almas.
Valverde escuchaba el canto de aquel guardián sintiendo que su alma entraba en un delirio que le hizo levantarse finalmente con los ojos cerrados para comenzar a bailar dando fuertes golpes en la tierra. Su cuerpo participaba de aquel contagioso sonido y de una sensación difusa que el aire transmitía de manera sutil. Sin abrir los ojos comenzó a danzar de un lado para otro presintiendo de manera certera los cuerpos que se hallaba en su camino. Era como poseer un sexto sentido, como si supiera de manera oscura e instintiva la posición exacta de cada uno de los que se encontraban allí.
Agotado y desfallecido volvió a sentarse mientras el joven guardián seguía tocando palmas y cantando por lo bajo a Shanda. Juan callado, trataba de explicarse aquella repentina liberación de su cuerpo que le hacía sentirse como dentro de la misma hoguera que les iluminaba y calentaba.
- El hijo de *Isis* - le dijo tocándole el hombro y señalándole la Luna de nuevo -. Está siendo iniciado a los cantos que guardan la memoria del Rey.
Juan giró la cabeza y miró a Virsham que, absorto, escuchaba interesadísimo la canción del joven. En la actitud del anciano se mostraba una alegría profunda, como si viviera una oportunidad única para aumentar su sabiduría. Valverde trató de identificar las palabras, pero no consiguió entender su significado. Esperó a que se acabara la canción y luego tocó impaciente el hombro del anciano rogándole que le explicara el sentido de sus palabras.
- Ella es la hechicera que enseña su magia sagrada a su hijo - le trató de resumir su compañero de viaje ante la insistencia de la actitud de Juan -. Por eso es la Iniciadora de nuestro clan.
Valverde levantó su cabeza y miró hacia el ojo de la noche que iluminaba con su luz fría y espectral la jungla virgen de Kalimantan. Contempló las estrellas guardadas en el manto oscuro de la *Sharí* y dejó que su fantasía volara libre por el inmenso espacio infinito del Universo.
- La promesa de inmortalidad - se dijo a sí mismo como un susurro -. El sello que guarda para su hijo.
Al sentir aquello una enorme carga apareció en su pecho, era como si su mente no pudiera aceptar aquella idea. ¿Cómo su razón educada por palabras pesimistas iba a aceptar que realmente la inmortalidad existía?
- Ella es el pasaje por el que todos pasan en su camino hacia la luz - le respondió el anciano asintiendo -. Negra como la noche, oscura como el sueño.
Por un instante Valverde tuvo fe en la Madre y supo que su vida era eterna, que siempre estaría Ella en su existencia. Antes, ahora y después era el flujo donde navegaba su alma. Del agua al aire y luego a las estrellas. Así era la promesa a los hijos de madre.
- *Héka* - sonó un grito en la noche .
Juan bajó su mirada hacia la tierra que le aposentaba, y la tocó con sus manos. Era como si estuviera viva, como si fuera un enorme ser que latía con poderoso corazón. De pronto miró hacia las llamas de la hoguera y sin poderse contener gritó a su vez.
- El - dijo en español y apuntando hacia el fuego .
Los tres hombres centraron su atención de manera curiosa en él. Era como si hubiera dicho una palabra sagrada para ellos. Shanda sonrió y comentó algo a Virsham. Este asintió sonriente, parecía orgulloso de su yerno.

- Dice que traes la leyenda del río en tu interior - le dijo contento -. Que la Madre te dió la llave para conocer a su Hijo.
- El Gran Poder - respondió susurrante absorto Valverde en sus recuerdos .

Cuando llegó Juan a la aldea venía envuelto en una gran alegría y júbilo. Sin saber por qué se sentía lleno de goce, de ganas de vivir. Era como si la compañía de aquellos guardianes le contagiaran el deseo de vivir, con un amor por la propia vida que llenaba todo su pecho.

Shanila miró por la ventana la llegada de su hombre. En su soledad, como otras tantas veces, pensaba en Juan y deseaba volverle a ver. Cuando llegó adoptó un aire seco y enfadado. El entraba como si fuera un niño que hubiera ganado una gran batalla, como si volviera de una gran proeza que tenía que ser halagada una y otra vez. Apenas se fijó en la actitud de ella, en su deseo de ser recompensada por esperar aquella ausencia de Valverde.

Dejó que Juan, excitado, tratara de contar atropelladamente todo lo que guardaba en su interior. Valverde adoptaba un cierto aire misterioso, como si no supiera si decirle exactamente lo que sabía. Shanila se dijo que aquel hombretón era como un niño envuelto en sus fantasías, y siguió callada escuchándole largo y largo rato.

Valverde, exhausto por el viaje, comió algo y se dirigió a la cama. Allí cayó como un plomo, envuelto aún en un misterio que le imposibilitaba para cualquier otra cosa que su desvelación. Ella se desnudó y acarició su cuerpo durante largo rato. Juan, se despertó y la amó fogosamente, poseído por la furia del deseo. Gritó largamente cuando el orgasmo estalló en su cuerpo y cayó rendido abrazado a Shanila.

Amor natural, placer vivo y real fruto de la unión de dos cuerpos. Mientras contemplaba medio dormido el largo pelo negro de ella Juan se dijo a sí mismo cuanto amaba a aquella mujer. Lo sentía desde sus entrañas, de una manera tan densa que apenas conseguía descifrarlo.

Supo que la vida del hombre iba de hechicera en hechicera, que el camino transcurría acompañado del amor de las hijas de Eva, amor que siempre estaba allí y nada pedía a cambio.

Soñó que dos pilares mantenían la vida, y que fruto de su unión surgía una chispa de luz viva y deslumbrante. De nada servía un polo sin el otro, se necesitaban mutuamente porque sólo así aparecía el misterio de la existencia misma.

Cuando despertó sintió que no había nadie en la casa. Se levantó lentamente dandose cuenta con sorpresa que había estado durmiendo hasta el atardecer. El sueño había sido tan profundo, tan letárgico, que no había notado siquiera la presencia de la luz del día y la ausencia de Shanila.

Se vistió y se preguntó dónde podría estar ella. Inmediatamente supo la respuesta, como si una intuición infalible se lo dijera. Estaba en casa de Virsham. Recordó que allí habían quedado alojados los guardianes y salió rápidamente de su casa en dirección a la de su suegro. Temía que ya se hubieran marchado pero cuando llegó a la casa una peculiar sensación en el ambiente le indicó que aún seguían allí. Iba a entrar cuando vió a Virsham que

salía acompañado de toda su familia, parecía estar tremendamente contento.
- Ahora mismo iba a buscarte Shirkam - le dijo mientras ayudaba a sacar algunos trastos de su casa -. Nos han invitado a pasar un tiempo con ellos.
Juan abrazó a Shanila y se dijo que aquella vez iba a ser distinto. Esta vez podría vivir con su familia el misterio que guardaba el interior de aquella isla verde de Kalimantan.

La marcha se inició sin contratiempos, a un paso más lento y tranquilo para adaptarse al paso de todos los integrantes. Al llegar a un valle Shanda habló aparte con Virsham durante un rato, el anciano sólo asentía mostrando un gran interés en su expresión. Finalmente dió una palmada y se dirigió a Juan que conversaba y retozaba juguetón con Shanila.
- Shirkam - le ordenó en tono seco e imperioso - Si quieres tener la oportunidad de conocer al enemigo ahora tienes la ocasión para hacerlo.
Valverde giró la cabeza y miró aún sonriente a Virsham. Creía que ya sabía exactamente la naturaleza del tirano interior.
- Ya lo conozco Virsham - le dijo en tono humorístico .
El anciano meneó la cabeza gravemente.
- No - susurró mirándole seriamente - Sólo conoces tu visión de él, no su propia identidad.
Juan pestañeó ante aquella afirmación. Pensando con propiedad aquello tenía toda la razón del mundo. No había alcanzado una verdad objetiva, sólo su reacción subjetiva ante un hecho misterioso que había ocupado su mente durante mucho tiempo.
- No entiendo cómo voy a descubrirlo Virsham - mostró su ignorancia .
El anciano señaló al joven guardián y sonrió lentamente.
- Va a ser iniciado en su conocimiento - le dijo mirando con una extraña expresión de melancolía al joven -. Es una oportunidad única para que accedas al saber de los guardianes, depositarios puros del saber de nuestro clan.
Juan se levantó con una sensación creciente de curiosidad. Se despidió de Shanila y se encaminó con Virsham en dirección a dónde se encontraban los dos guardianes. Estos miraban fijamente al Sol, inmóviles como estatuas.
- Espera a que decidan bajar - le susurró el anciano -. Ellos saben cuando es el momento propicio para esta iniciación.
El brillante y poderoso Sol siguió su curso por el cielo hasta llegar a su pleno apogeo. El cielo, de un claro y limpio azul, contrastaba con el vivo color de la jungla. De pronto Shanda arrancó a descender de manera rápida y decidida hacia el valle. Acto seguido comenzaron todos a seguirle hasta llegar a una pequeña extensión de campo descubierto en la jungla. Se encaminaron hacia el centro y Shanda comenzó a hablar con el joven.
- Dice que ahora va a ser iniciado en el enemigo del *Shar* - tradujo con aire misterioso Virsham -. Que será el propio Padre del Cielo el que se lo mostrará.
A indicación del anciano Juan imitó la posición en la que había quedado el joven. A ambos se les dibujó un circulo envolviéndoles, dejándoles así en el centro. Firme e inmóvil, como un tronco, miró hacia adelante esperando ordenes. Pasó un rato en pleno silencio, sólo escuchándose el sonido del viento y el canto de los animales. Valverde se preguntaba cómo era posible que aquellos hombres tuvieran tal dominio de sí mismos para permanecer

inmóviles sin mostrar incomodidad.
Shanda gritó algo bajando el dedo índice mostrando el suelo. Juan instintivamente miró y sólo vió la tierra y sus pies. Volvió a levantar la cabeza y vió que el joven guardián seguía con la cabeza agachada. Miró a Shanda y Virsham que le miraban a su vez fijamente. El anciano meneó la cabeza, como enfadado, y bajando su mano como había hecho el herrero le gritó a su vez.
- Baja la cabeza y contempla al enemigo Shirkam - le ordenó implacable -. Aprende la lección del Sol.
Juan bajó la cabeza y comenzó a mirar al suelo. Al cabo de poco tiempo comenzó a ver cómo surgía de él una sombra oscura. Antes no estaba allí, por lo que Valverde pensó en que aquello era simplemente debido a que el Sol estaba en su cenit, en el tiempo en que no provocaba sombras en el mundo. Al pensarlo se dió cuenta intuitivamente del significado de su posición. Era como la vara en el centro del circulo, y al seguir mirando cómo la sombra se extendía se dió cuenta de que era un reloj de sol humano.
La sombra siguió su avance a medida que el Sol recorría su viaje. Erguido en toda su estatura contemplaba aquella mancha oscura en el suelo que era fruto de la relación entre su cuerpo y la luz del Sol.
- Es *Seth* - gritó con fuerza señalando en el suelo .
Nadie le respondió, el silencio seguía siendo mantenido por aquellos hombres. No parecía que tuviera nada que comentarse. El anciano le miró de nuevo enfadado y le hizo un gesto ostensible de que siguiera mirando hacia el suelo. Juan suspiró resignado, y siguió contemplando la sombra.
A medida que se concentraba en ella sintió que algo profundo jalaba de él, como si aquella sencilla observación en su sombra ocultara algo ancestral y misterioso para su cuerpo. Se abstrajo cada vez más en ella, como si fuera la puerta a otro mundo y entonces comenzó a reflexionar sobre la naturaleza del enemigo.
Era sombra, era ausencia de luz, era el natural resultado de su mente a la exposición ante la luz. Se había introducido en su territorio sombrío sin haber conseguido dominarla, siempre había conseguido habitar en él. Su deseo de acabar de una vez con ella no había llegado todavía al éxito, era como si no pudiera tomar distancia ante ella, como si temiera que acabando con ella acabara consigo mismo.
El Sol siguió navegando por el cielo y la noche comenzó a extenderse lentamente. Shanda y Virsham desaparecieron entre la oscuridad y pronto nada pudo distinguirse. La propia sombra de Juan se había difuminado en la oscuridad de la noche, ahora todo parecía estar envuelto en ella. Trató de agudizar sus sentidos para sentir la proximidad de sus acompañantes pero no consiguió distinguir nada. Era como si nadie estuviera con él, por un instante Juan temió que le hubieran abandonado allí, que todo fuera una burla a sus sentimientos y se debilitó .
Al hacerlo las voces volvieron a comenzar a sonar. Asustado trató de mirar a todos lados, pero sólo el territorio de la sombra se hallaba ante él. Fatigado por la larga inmovilidad comenzó a masajearse las piernas y a respirar profundamente para relajar sus nervios. Al cabo de un rato una luz brilló en la noche e instintivamente dirigió su mirada hacia ella, como si fuera una ancla de salvación que le permitiera orientar su mundo. Esa pequeña llama comenzó a aumentar de tamaño hasta tomar las proporciones de una gran hoguera. Pudo entonces vislumbrar al anciano que ayudaba al guardián a mantener viva las llamas del fuego.

Luego Virsham se encaminó a hacia él acercándose hasta el borde del círculo donde se hallaba Juan.
- Tenemos que estar aquí toda la noche Shirkam - le murmuró mirándole con burla -. Tendrás que mantener esa posición todo el tiempo, así que acostumbrate a ello.
Juan emitió sin poderlo remediar un suspiro de fastidio. Al instante el anciano que había comenzado a sentarse se levantó de un brinco.
- ¿Quieres abandonar? - le gritó con aquella repentina furia que a veces le poseía - Nadie te obliga a permanecer aquí.
Virsham le miraba fijamente, como si dudara de la dignidad de aquel hombre para estar allí. Juan se sintió avergonzado y comenzó a pedirle disculpas. El anciano levantó la mano deteniéndole antes de que comenzara.
- No hay excusas Shirkam - le cortó el anciano - Calla y no seas más siervo de *Seth*.
Juan se sintió ofendido por aquella acusación y notó cómo iba a iniciar ya una maniobra de defensa. De súbito sintió que su garganta quedaba muda, como si algo hubiera cortado su control sobre ella.
Al instante Shanda, que miraba absorto la hoguera, rompió a cantar. Comenzó suavemente para ir ascendiendo lentamente, hasta finalmente acabar en un fuertísimo aullido que hizo estremecer a Valverde desde sus huesos. Luego calló y todo quedó de nuevo en silencio.
- ¿Qué ha dicho Virsham - le preguntó intrigado .
El anciano pareció no escucharle, miraba fijamente hacia la hoguera abstraído en sus propios pensamientos.
Juan se encogió de hombros y trató de pensar en otra cosa.
- Ese canto - susurró de pronto el anciano - es para aquellos que se poseen a sí mismos, no por los que son poseídos por la sombra del mundo.
Valverde miró disgustado al anciano. ¿No había hecho lo que le habían ordenado? ¿Qué más tenía que demostrar?. Comenzó a sentir que aumentaba cada vez más aquel enojo justificado hasta que de pronto se dió cuenta de la banalidad de todo aquello, de tratar continuamente de controlar la idea que tuviesen de él otras personas. Era como alimentar aquella imagen de sí mismo, aquel ego fabricado por su mente que le exigía la reducción de todo el misterio de su ser a la pequeña concepción del mundo que pudiera poseer. No conseguía matarlo, seguía esclavo a él en cuanto notaba que no era tratado de la manera en que quería ser tratado.
Suspiró de fastidio de nuevo y se encogió de hombros. Miró hacia las estrellas y se sumergió en la profundidad del Universo. ¿Qué sería de todo aquello que él pensaba ser en el momento de su muerte? Aquel estado de esclavitud era como el quedarse hechizado ante la imagen del espejo, pensando que todo lo que existía en la realidad era esa imagen.
Inspiró profundamente y se dió cuenta de la diferencia entre la negritud del espacio y la oscuridad de la sombra. Eran dos cosas distintas. Comenzó a pensar en ello cuando Virsham interrumpió su reflexión.
- Canta sobre el viaje de Asar- comenzó a susurrar hipnóticamente el anciano -. De cómo entró en las profundidades del mar oscuro a bordo de su barca.
Juan comenzó a sentir que todos sus recuerdos se agolpaban. Algo en él se negaba a escuchar aquella historia, las voces comenzaron a sonar insultando todo aquello que amaba. Un creciente nerviosismo se apoderó de su pecho sin entender el motivo.

- Recorre en su nave el territorio de las sombras - siguió murmurando el anciano como si contara una antigua letanía - y guía a todos aquellos que quieren ponerse bajo su mando hacia el territorio de la luz.

Juan se sintió convulsivamente enfermo, había algo que no quería decirse y negaba una y otra vez. Quiso luchar contra aquella sensación y de súbito supo el motivo de una manera vaga y rápida, como una pequeña chispa en una habitación oscura que permitiera por un instante contemplarla.

Algo en él negaba sistemáticamente toda intervención divina sobre su camino. Era como si aquel tránsito hacia los infiernos en que había consistido su camino hasta ahora lo hubiera recorrido él sólo. Como si su logro fuera sólo achacable a él, a sus propios medios e inteligencia. A la idea que tenía de sí mismo.

Sintió que *Seth* le afirmaba insistente que si había conseguido salir de aquella locura infernal en la que había entrado al inicio de su aprendizaje era gracias a sus propios medios. Recordó entonces qué había encontrado en lo más profundo de su interior: la llama viva, la semilla dorada, el niño sagrado.

- Eres las sombras de mis luces - se dijo envuelto en confusión - . Los ecos distorsionados de mi voz.

El tiempo siguió pasando lentamente, nada parecía pasar salvo la continua inmovilidad de los hombres. Shanda gritó unas palabras en un corto canto y vió cómo el anciano asentía sonriente.

- Ahora es medianoche Shirkam - le comentó -. El momento en que comienzan a ascender las almas a la luz, el instante justo donde nace *Ishú*, el inicio del ascenso hacia el Padre.

Juan asintió en silencio. Sabía que la ley de la rueda era idéntica en lo grande y lo pequeño. Según aquello, estaban ahora en el reino del Norte, del Invierno, de la Media Noche. Comenzó a pensar en la orientación espacial en que se hallaba. Estaba de cara al este, por eso había podido contemplar su sombra cómo crecía al ir cayendo el Sol por el oeste.

De nuevo volvió a sonar otro canto, parecía tremendamente festivo y jubiloso. De una contagiosa alegría.

- Habla de la sabiduría de los Inmortales - tradujo el anciano -. Del nacimiento de un gran rey que capitanea hacia la luz a su hombres en una gran nave, sorteando todos los peligros del reino de las sombras.

Comenzó a mirarle de manera curiosa, como si le contara algo que pensara que él ya sabía.

- Aquellos que se alían a él adquieren el poder del cristal y el diamante - se encogió de hombros y volvió a quedar callado mirando hacia Shanda.

Juan comenzó a pensar en el significado de todo aquello. El tiempo pasaba cada vez más lento. Con la única compañía de la Luna y las estrellas meditó en la sombra, en aquella imagen de sí mismo reflejada en el suelo. Carecía de identidad por sí misma, no era nada y sin embargo existía ante sus ojos. De ahí la imposibilidad de vencerla, no era en sí misma, sólo era en cuanto a oposición de su relación con la luz.

Suspiró cansado sintiendo que nunca podría vencer aquella oscura y pesada tiranía de su interior, la tremenda dificultad de alcanzar la libertad tan soñada. Todos sus intentos de enfrentarse directamente con *Seth* había resultado inútiles, siempre parecía conseguir esquivarle.. Notó cómo aumentaban sus deseos de matarlo, de hacerlo desaparecer de una vez y para siempre de su existencia a medida que la Luna seguía desplazándose lentamente

por las estrellas.

Las horas fueron desgranándose y comenzaron a abrirse al amanecer. La sensación de la llegada del Sol se vaticinó por la tremenda explosión de cantos de los animales que comenzaban a despertarse. Shanda empezó de nuevo a cantar. Luego se dedicó a apagar la hoguera y siguió mirando hacia un punto, inmóvil, como esperando la llegada de algo o alguien.

- Llega el Invencible, el que vencerá a la oscuridad de nuestra existencia - le susurró el anciano .

El Sol comenzó a vislumbrarse para aparecer de pronto como si ascendiera con decisión. Juan se sorprendió de la rapidez con la que el astro iniciaba su ascenso, era como si surgiera con ímpetu de las entrañas de la tierra , como un toro saliendo del túnel oscuro que le llevaba a la plaza. Dejó que sus rayos acariciaran su rostro y la brisa del amanecer le refrescara.

- Manten la posición Shirkam - le ordenó Virsham al notar la muda súplica de Juan para abandonar aquel calvario de inmovilidad - .Y mira hacia atrás.

Juan así lo hizo para contemplar cómo lentamente la sombra se extendía por sus espaldas. Volvió a girar su cabeza y miró al Sol de nuevo. Era la exacta descripción de lo que le ocurría en su interior. Ahora podía ver la luz brillante y dorada del astro rey, pero seguía cargado con la sombra a sus espaldas.

- No puedes matarlo Shirkam - le dijo de pronto el anciano como si pudiera leer sus pensamientos -. De nada servirán tus esfuerzos.

Juan calló resignado. Aquella iniciación resumía admirablemente todo el proceso que había tenido que llevar en manos de Virsham. Había conseguido conocer su lado oscuro y encontrar una nueva dimensión en su existencia, sin embargo parecía que no consiguiese obtener el pleno dominio de sí, su real y autentica autonomía como individuo.

- Mira al Sol como asciende y no temas nada - le ordenó el anciano y se encaminó hacia donde se hallaba Shanda .

Valverde siguió contemplando el resplandor del Sol que, amable, le permitía su contemplación. Lentamente su luz fue haciéndose cada vez más poderosa hasta hacerse insoportable su visión. Juan, con los ojos entrecerrados miraba de vez en cuando su recorrido.

El Sol siguió ascendiendo en su lenta marcha sobre el cielo. Valverde fatigado y exhausto deseaba que todo aquello acabara de una vez. De vez en cuando miraba hacia atrás de manera involuntaria, advertía que aquella sombra que se hallaba a su espalda se hacía cada vez más y más pequeña.

No sabía cuanto tiempo había pasado ya hasta que un canto de Shanda le arrancó de la autocontemplación de su fatiga y malestar. Los gritos del guardián eran poderosos y vibrantes, como si arrancara de su pecho todas las fuerzas de su cuerpo. Todo su ser se hallaba en tensión vibrante, estremeciéndose todo él por sus propios gritos. Al acabar levantó su mano y señaló con su dedo índice hacia el Sol.

Juan levantó la cabeza y vió al astro rey encima de él. Guiñó sus ojos por el fuerte resplandor y una comprensión profunda se hizo en él. Sonrió ligeramente y miró hacia atrás.

Nada, sólo el suelo iluminado por el Sol se hallaba a su vista. La sombra había desaparecido de su mirada. Su sonrisa aumentó aún más y miró hacia sus pies. Supo que allí, bajo sus pies, estaba la sombra subyugada por el poder del *Shar*.

- Sí Shirkam - le dijo Virsham acercandose a él con una sonrisa tocándole un hombro-. Es

el Vencedor que asciende desde las entrañas de la Madre para tomar el mando de la Ley.

Valverde asintió en silencio. Así había transcurrido su camino, así eran las cosas. Todo el peso de la culpa y la duda iban desapareciendo de él a medida que se abría cada vez más a la luz, al imperio del Sol. Todo estaba marcado por un natural proceso, de nada servía apresurarse.

-Un día -se dijo a sí mismo murmurando - un día conseguiré tener a mi enemigo bajo los pies.

- La paz de los justos Shirkam - le respondió Virsham -. De aquellos que se colocan bajo la protección del Rey.

Comenzaron a ascender hacia donde se hallaba acampados la familia del anciano. Juan llegó completamente agotado y solicitó un rato de descanso. Se dejó caer en el suelo tratando de conciliar el sueño lo más rápidamente posible. Cuando consiguió dormir tuvo una fuerte pesadilla que le hizo agitarse convulsivamente.

Se había hundido de nuevo en el infierno, en las sombrías aguas donde seres malignos le acuchilleaban sin piedad. No eran exactamente aguas, sino la propia sustancia de la sombra en el que se hallaba cautivo. Atrapado entre ellas contemplaba con impotencia como un enorme puerco negro trataba de devorar la perla blanca de la Luna.

De pronto un enorme estruendo sonó y una bella barca dorada capitaneada por un gigante llegaba hasta donde él se encontraba. Supo que aquel era el Viajero, el gran navegante que siempre alerta gobernaba la nave sin temor entre las sombras y la confusión que allí reinaban. Sus ojos como brasas parecían traspasar las tinieblas, abrirse camino entre ellas y conseguir reconocer cual era el mejor rumbo a tomar. Deseó formar parte de su tripulación, y al instante se vió en su interior.

En la proa y en la popa dos mujeres vigilaban el horizonte. El capitán, envuelto en una luz dorada, manejaba el timón sin mostrar ningún signo de duda sobre el trayecto a tomar. Parecía mantenerse impasible frente a la multitud de sombras que parecían querer tragarse aquel navío, seguía mirando hacia adelante como si nada pudiera detener su orientación. Todo su atención se centraba en mantener fijo el rumbo de aquella nave.

Valverde comenzó a sentir una tremenda sensación de seguridad, como si nada de lo que ocurriera fuera de aquella nave fuera de su incumbencia. Era una sensación de protección como nunca había tenido antes.

- Es hora de continuar la marcha Juan - le despertó suavemente Shanila .

Abrió los ojos y miró los de Shanila. Por un instante creyó reconocer en esos ojos a una de las dos mujeres que se hallaban en el barco. Agitó la cabeza confundido y volvió a centrar su visión. Se preguntó quienes serían aquellas dos mujeres que señalaban cada una de ellas hacia un punto del horizonte.

El camino se hizo cada vez más lento a medida que la espesura de la jungla dificultaba su avance. Habían dejado ya atrás todo medio de locomoción y hacía días que avanzaban penosamente subiendo y bajando montañas repletas de vegetación. Virsham parecía muy

interesado en que Juan aclarara todas sus ideas antes de llegar al pueblo de los guardianes.

- Es necesario que sepas exactamente todo lo que te ha ocurrido Shirkam - le insistía una y otra vez -. Que veas con claridad el momento en el que ahora te encuentras.

Valverde trataba de dilucidar todo su proceso en cualquier momento que tenía libre. Tenía como pista la indicación del anciano respecto a que todo su camino era sólo el requisito necesario para alcanzar el estado que cualquier guardián poseía de nacimiento. Eso sólo podía decir una cosa: todo lo recorrido hasta ahora había sido un proceso de eliminación y purificación de su ser para alcanzar un estado original en el ser humano, para llegar a su identidad natural aprisionada por los dogmas de su identidad social.

Era como haber hecho el camino inverso para poder volver a empezar de cero, rectificar el andamiaje de su personalidad construida por precarios condicionamientos sociales e ideológicos de una cultura cualquiera. Entablar una larga lucha para alcanzar de nuevo la condición esencial de su persona, su libertad como animal en el planeta, abriéndose ahora todo un nuevo interrogante respecto a qué iba a hacer con ella. Libre de todo dogma sobre la condición humana Juan se enfrentaba a la pregunta original que sólo podía ahora responder desde su interior: ¿quien soy yo en este Universo infinito?.

Sentado en el círculo mágico, fumando la hierba de la serpiente, Valverde comenzó a recapitular todo lo ocurrido. Un cante lejano y poderoso le recordaba la presencia de los guardianes. Tenía razón Virsham, aquellos hombres sencillos y de corazón limpio custodiaban por derecho la sabiduría sagrada. Pues sólo así se conquistaba ésta.

Cerró los ojos dejando que la visión que tanto esperaba apareciera. Lentamente sintió que el mundo sagrado se abría a su mente.

Vió al Hijo de la Gran Madre, de la Blanca Hechicera, de la Negra Terrible. Sentado entre los hombres, custodiando el rojo signo de su ardiente emblema, hombre entre los hombres, hablaba del mensaje de las estrellas.

Hombres de ancestral recuerdo aparecieron ante él. Los Antepasados, guardianes de la memoria de la especie, hijos del hierro y el fuego, se mostraron ante él inmóviles y silenciosos. Así era la actitud correcta que custodiaban, pues lo que siente se calla y se asiente.

Y surgieron ante él los justos, luminosos y brillantes cómo ángeles contados en leyendas que surcaban el espacio infinito. Un ejercito milenario, hecho de recuerdos de seres de carne y hueso; una cadena de vida que en su luz era custodia de la verdad.

Juan respiró profundamente y comprendió el sentido del círculo, allí, en su propio centro, encontraba la alianza inmortal. El pacto entre caballeros, entre el súbdito y su Rey, entre los hijos de María y el caballero perfecto. Era el honor, esencia del camino del corazón. Sintió que su alma era resquebrajada, y un fuego le abrasaba.

Vió entonces el arma de doble filo del Señor, por un lado daba la muerte, por otro la vida. Supo entonces que era Rey por derecho, por ser custodio de ese Gran Poder.

Los hombres justos se acogían con respeto a su Mando, como animales de la Tierra sabían instintivamente que poseía un poder superior al suyo. Modelo a imitar, promesa viva de la inmortalidad.

Algo oscuro comenzó a moverse en las entrañas de Valverde, sintió que su sangre gritaba con los ecos de sus antepasados, de la cadena hecha por padres y madres que semejaba ser como un río que unía al infinito. Sentimientos puros y ancestrales se alborotaron en su pecho, sentir vivo y profundo como un pozo que bebiese del agua de la vida.

Juan se levantó y quedó firme en el centro de aquel círculo. Supo exactamente que aquello era un símbolo del Uno, del individuo que unía su vida al Uno, del pacto de los inmortales. Con el corazón en la mano, se había alejado del mundo que conocía para recorrer un camino que sólo los ojos de estrellas de Shanila comenzaron lejanamente a iluminar. Encerrado en un mundo de apariencias, de dobles verdades y mentiras, de es y no es al mismo tiempo, de afirmación de lo sagrado por un lado y negación por el otro.

Allí, en la isla, estaba encontrando la tan deseada unidad, la afirmación simple y sencilla de que lo que es es, y la conducta acorde con ello. Sin dobles juegos, sin tramoya ni escenario; la existencia de hombres sin la presencia de la escisión entre el corazón y la mente que tanto defendía el programa ideológico de su civilización. El encuentro no con la filosofía sino con Sofía, con la hechicera realidad que el Universo era.

Miró absorto las estrellas, y luego salió del círculo dirigiéndose allí donde animales de la Tierra cantaban y bailaban ante la Reina de la Noche, allí donde el fuego calentaba cantos sagrados que guardaban la esencia de las palabras. Poesía cantada, ese era el origen del lenguaje. Cada palabra surgía, como un milagro, en recuerdo de la alianza siempre presente del Verbo. Juan se sentó en el círculo y asintió lentamente: había llegado al Origen, esa era la explicación.

Con su libertad de elección Valverde eligió un camino, el Len. Comprendió entonces que una vía abierta por hombres y mujeres antes que él habían consagrado con sus vidas las marcas del camino. Deber ante los antepasados, Derecho otorgado por la Madre de rendir servicio al Rey. En eso consistía ser *Jashvir*.

La noche de la paz de los muertos brillaba sonriente a los vivos de corazón prometido.

10.
El Rayo

Un sonido lejano indicó que ya estaban llegando a su destino. Parecía como si la tierra temblara bajo sus pies, como si el aire de la jungla estuviera envuelto en el trueno. Poco a poco Juan comenzó a distinguir entre aquel sonido la música de los tambores. Provocaban un estruendo cada vez más mayor a medida que se acercaban a su origen.

Llegaron al pie de la montaña y desde allí pudieron contemplar una explanada en la que un gigantesco fuego iluminaba poderosamente las primeras sombras del atardecer. Cantos como aullidos salvajes sonaban intermitentemente procedentes de un círculo humano alrededor de aquella enorme hoguera.

Juan se sorprendió de la magnitud de aquella reunión. Era como si hubiera llegado al corazón de la isla, al lugar más recóndito donde habitaban los guardianes. No podía entender que ante su vista cientos de personas se congregaran aquella noche. Tras su anterior encuentro había creído que los guardianes eran decenas, sin embargo al poder presenciar a tantas personas juntas en esta reunión no pudo menos que decirse que realmente resultaban ser un pueblo, no una tribu.

- Es su iniciación al *Krys* - le susurró Virsham acercándose al estupefacto Juan y señalando al joven guardián .

Valverde hizo un gesto de ignorancia ante aquella palabra. El anciano le sonrió con una burla en sus ojos y le indicó con ellos la espada que llevaba Shanda. Hasta ahora no se había dado cuenta de que en todo el camino el joven no había portado el arma que llevaban habitualmente los guardianes en la espalda . Comprendió que todo aquello debía asemejarse a una especie de rito marcial, donde le iba a ser entregada a aquel joven el honor de llevarla.

Descendieron y se integraron al enorme grupo. El joven se acercó a una muchacha y le ofreció un colgante que había estado confeccionando en el viaje con la perla que había conseguido. Esta bajó la cabeza y sonrió enrojecida para sí, para inmediatamente fundirse con él en un abrazo. Juan sonrió ante la escena y apretó con más fuerza la mano de Shanila con la que iba paseando. Aquello, pensó, era realmente una prueba de valor.

- Es una boda Virsham - le gritó al anciano que charlaba con su mujer .

El viejo médico fijó su mirada en él como si no le comprendiera. Meneó la cabeza lentamente e inclinó su cabeza en actitud interrogante en dirección a lo que ocurría. Juan volvió a mirar a su vez: un hombre le entregaba una espada al joven, una mujer una copa a la muchacha. Recordó entonces su boda con Shanila. Giró su cabeza y miró a su mujer. Ella fijó sus ojos en él y le sonrió pícaramente. Se dijo en su interior que aquella mujer de profundos ojos oscuros sabía más cosas de las que decía.

El joven se acercó a la gran hoguera y quedó fija mirandola. El sonido, que había ido menguando, comenzó a crecer de nuevo hasta llenar de manera absoluta el ambiente que les rodeaba. Shanda arrancó a cantar con una alegría tan contagiosa que Valverde intuyó que aquello que estaba ocurriendo debía ser algo muy amado para ese pueblo.

De súbito el joven dió un potente grito y desenvainó la espada. Por un momento el fuego y la espada se unieron en una misma imagen, semejando aquel joven poseer en su mano un rayo de luz.

- El *Krys* - le gritó el anciano dando fuertes palmadas de contento- La fuerza sagrada que custodian los guardianes.

Juan pareció no escucharle absorto en la contemplación de lo que veía. El joven volvió a envainar la espada y quedó inmóvil contemplando las llamas. Luego levantó su mirada y gritó

algo a la noche estrellada.

Todo quedó de súbito en silencio. Como si todo aquel gentío estuviera unido al mismo compás. El joven se acercó a la muchacha, que se hallaba junta a una mujer anciana que llevaba una ánfora. La chica ofreció su copa a la anciana y ésta escanció agua en ella. El joven guardián entonces se acercó a la muchacha, se inclinó y dejó el arma a sus pies. Volvió a erguirse y le dijo algo al oído, ella sonrió y asintió. Le ofreció su copa y éste bebió de ella.

Aquel sobrecogedor silencio se vió entonces herido por una voz ronca y poderosa. Era el padre de la muchacha que había comenzado un canto que comenzó a ser sumergido paulatinamente por nuevos cantos y más cantos. Cuando Shanda inició su cante Juan miró interrogante al anciano.

- Es su sobrina - le dijo Shanila .

Valverde adivinó el sentido de aquella gradual unión de cantos. Los miembros de la familia, unidos por la misma sangre, se integraban sucesivamente al canto del padre de la muchacha a medida que su lazo familiar les tocaba. Mientras, los jóvenes estaban juntando sus tobillos con una cuerda. Unidos por aquel lazo comenzaron a andar juntos hacia la hoguera. Los tambores comenzaron a sonar y los cantos surgieron entonces espontáneamente desde cualquier punto del circulo. Todo aquel pueblo, todas aquellas familias que formaban una gran familia, estaban celebrando la creación de una de sus familias.

Recordó la imagen que ofrecía aquella ceremonia desde lo alto, una gran hoguera rodeada por un círculo de personas. Sonrío feliz porque por fin había llegado a ser protagonista de su propio sueño, a ser uno de los hombres que convivían en la tierra sagrada que tanto había anhelado. Besó a Shanila y se dijo que la realidad era sin lugar a dudas más rica que la fantasía. Se había buscado a sí mismo y había encontrado un camino que le llevaba a las estrellas.

- El primer paso de un *Jashvir* es la sujeción al mando de su Rey - habló ritualmente Virsham en el centro del círculo sagrado .

Valverde escuchaba atentamente las reglas que hacían digno a un miembro de su clan para participar con todo derecho del poder sagrado que ésta custodiaba, poder surgido por la alianza que realizaban sus miembros con el Gran Poder.

Juan aspiró profundamente el humo de la serpiente y meditó sobre aquello. Toda su vida había sido una entrega a poderes dispersos encarnados en organizaciones sociales que prometían la integración exitosa en el sistema a cambio de la obediencia a sus reglas. Rebelde sin causa en su mundo había encontrado por fin en el camino de la sabiduría la sujeción a una Ley, el respeto innato al Rey de su especie, el lugar donde el honor de hombre podía ser ofrecido.

- Por nuestro pacto confiamos enteramente nuestra existencia a su Mando- le susurró lentamente el anciano-. Acatamos las ordenes del Hijo de la Madre.

Aquello era lo difícil de asumir para su racionalidad: la confianza ciega en un ser invisible, en aquello que en su cultura decadente llamaban Dios. Valverde no meditó mucho ya sobre ello, sabía positivamente que el Misterio era la trama que envolvía la existencia, era la Red mágica e invisible que utilizaba el Dueño del Poder para proteger a los suyos.

- Sí Shirkam - asintió lentamente su compañero de clan - Entramos por derecho en la familia de los Reyes, del Padre Sol y la Madre Tierra.

Callaron un rato sintiendo el hálito que envolvía aquel lugar. Sentados cerca del árbol, miraban de vez en cuando el trabajo de Shanda. Constante e inflexible, machacaba una y otra vez el metal candente. Aquel herrero había conseguido adquirir la misma cualidad que el material que trabajaba: la dureza del hierro.

Juan le miró y luego recreó su mirada en Shanila que estaba acompañada de su madre y de la mujer de Shanda. Charlaban en la orilla del riachuelo que pasaba por la casa del herrero, de vez en cuando observaban a los niños jugar en sus aguas y sonreían complacidas. La paz era posible en aquel mundo.

Por el rabillo del ojo observó que Virsham meneaba la cabeza negativamente.

- Es hora de que pases de la visión de la Luna blanca para contemplar la Ley Negra - murmuró gravemente .

De pronto dejó de sonar el martilleo de Shanda, y el anciano le señaló con el dedo que le mirara. El herrero entró en la casa saliendo al poco con un objeto envuelto en una tela. Les miró un momento y luego se acercó a una cabra que pastaba apaciblemente cerca de ellos. Quedó inmóvil contemplando al animal un instante para luego acariciarle murmurándole unas palabras. Extrajo de la tela un cuchillo y con un seco gesto lo clavó en la nuca del animal. Este cayó fulminado.

- La Ley Negra - sonó el susurro del anciano -. Una muerte por una vida.

Algo oscuro y atávico se removió en las entrañas de Valverde. Aquel acto despiadado, aquella destrucción de un ser para la conservación de otro, le provocó un sentimiento dual. Acostumbrado a comer sin mancharse las manos de sangre, hombre de alimentos envueltos en plástico, contemplaba aquello como una crueldad. Sintió un temor profundo, como el miedo a ser víctima de un depredador. Respiró recordando sus días como cazador inexperto cuando se encontró sólo en la jungla.

- La Madre es cruel Shirkam - meneó la cabeza el anciano -. Trata a todos con la misma severidad: el débil perece, el fuerte sobrevive.

Siguieron mirando cómo el guardián comenzaba a destripar al animal con manos expertas. Depositaba los órganos en grandes hojas de un color verde profundo. La sangre teñía sus manos, el color de las hojas se unía al rojo de aquel caliente líquido formando un violento contraste.

El anciano miraba de manera solemne, como si contemplara alguna especie de rito que manifestara a la Diosa despiadada e implacable en su manifestación.

- Por nuestra alianza accedemos al poder que nos permite sobrevivir - le dijo sin dejar de mirar a Shanda -. Es la recompensa a nuestra lealtad, el don que la Madre nos ofrece por servir a la causa de su Hijo.

- ¿Y qué poder es ese Virsham? -le preguntó mientras sentía que todo su cuerpo le susurraba la respuesta.

- Procede de las profundidades de la Madre en nosotros, del mundo oscuro que es su Reino - le susurró con cara sonriente, parecía saber lo que le estaba ocurriendo a Juan.

Algo trataba de comunicarse con él, era como un instinto que viviera arraigado en lo más hondo e inconsciente de su existencia.

- Sí Shirkam - murmuró el anciano -. Es el *Shaib*. Tu guardián en el reino de la Madre.

Valverde asentía lentamente mientras los datos comenzaban a encajar. Al mismo nivel con el que los guardianes custodiaban la Joya, así ellos eran guardados en su destino por un poder misterioso que les protegía de sus enemigos.

- Debes ser su dueño - le explicó Virsham -. Es tu cabalgadura, aquello a lo que tienes que dominar para que te sirva en el camino.

Juan comenzó a recordar las múltiples luchas internas que habían precedido su andadura. Continuos combates con un ser oscuro que existía en su interior y que se resistía a su deseo de integración. No admitía ser gobernado por la idea que tenía de sí mismo.

- Al servir al Rey - sonó secamente la voz ancestral del anciano - se te concede el derecho de gobernar al *Shaib*. Así como nuestro Jefe es el Dueño del Gran Poder, así tú te transformas en dueño de tu poder. Tal es la base del *Rahash*.

Jerarquías, se dijo Valverde, en eso consistía todo. Al luchar al mismo nivel con su oscuridad interior no había conseguido nunca dominarla. Era ahora cuando presentía que al ascender de grado obtenía una ventaja decisiva que le permitía dominar por fin aquello que tanto temor le había causado. Comenzaba a verlo desde otra perspectiva, como si hubiera subido a lo alto de una montaña y pudiera obtener una visión distinta del paisaje.

Shanda comenzó a cantar de una manera seca y tajante. Parecía estar mandando a alguien invisible. Juan pestañeó, y sintió de pronto como una brisa que le envolvía.

- La imprecación Shirkam - susurró lejana la voz de anciano- Una sola vida, una sola verdad, una sola luz.

Valverde sintió que el recuerdo del Nazareno invadía lentamente su mente. Contempló, como en una visión, el enfrentamiento entre Jesús y el Tentador, y cómo había conseguido vencerle en las tres tentaciones que le había dispuesto.

- Tú sabes quien es nuestro Rey- murmuró asintiendo con la cabeza el anciano-. Traes una leyenda del río, como otros que estuvieron aquí y de los que nuestro clan guarda recuerdo.

- La Voz del Tiempo - murmuró abstraído Valverde- Por el río suena su voz.

El grito de Shanda desgarraba el aire del atardecer. Como el trueno y el rayo, así era el poder de aquel herrero. Valverde supo entonces que aquel misterioso poder procedía del Dueño del Poder, su canto desgarraba el corazón como el rayo desgarra la oscuridad de la noche

- El Arma del Señor que nosotros imitamos a su manera y semejanza - volvió a susurrar Virsham .

- El *Krys* - asintió lentamente Valverde contemplando la herrería - La fuerza del Toro dominada por la forja de la Espada, por la consagración a la Verdad.

- Es el Arma Sagrada, la verdadera palabra que guarda el justo.- meneó la cabeza el anciano - La energía que la mueve es el *Krys*, la Fuerza Sagrada, el Aliento del Señor.

- Con tu calor vital, el *Shak*, forjas la vara de poder, la vía marcada en tu carne - le respondió Valverde.

- El rayo que nos guarda es el fuego del cielo que surge del Rey - replicó Virsham sonriente .- Su palabra es calor que abrasa, luz que ilumina la oscuridad.

Juan asintió lentamente. Una sonrisa de sabiduría se mostraba en sus labios, era como si un enorme caudal de información hubiera encontrado un lugar por donde circular. La vaina de la espada de luz era el propio cuerpo, en su interior un conducto forjado a fuego transmitía el poder, y ese poder era la conciencia de la Verdad sagrada. La vía era la plena encarnación de

aquello que un hombre sentía en su corazón como verdad, era el camino hecho paso a paso siguiendo con valor y coraje aquella Luz que guía al mundo. Los miembros de su clan forjaban con su propia vida la obra consagrada al Misterio. El sacrificio era en realidad un presente de la criatura a su Creador. La obediencia el natural respeto de un hijo con su Madre y Padre.

- Estás en el *Jashvirlen* - le susurró el anciano - En la identificación con el curso del tiempo, con el sentido del vivir.

Un sentir fluido y tranquilo le sonreía. Como el agua que llega a su cauce, sentía que su cuerpo se llenaba de una sensación de paz.

- Gobernar la montura, el dominio del arma, lealtad a la Verdad - susurró Valverde sintiendo las profundidades de su ser.

- El poder del diamante Shirkam - respondió el anciano -. Luz hecha materia.

-La Madre custodia la perla, el Hijo el diamante - comprendió Juan asintiendo lentamente.

El anciano agachó la cabeza un momento, y quedó callado durante un rato fijando su vista en la roja carne con la que iban a alimentarse.

- Comienzas el Camino Rojo - susurró el anciano -. La senda del Rey.

A medida que Juan aprendía advertía que el proceso de aprendizaje se basaba en un único principio. Era como un mecanismo de rueda, una integración de materiales que exigía un procesamiento continuo de información hasta llegar a un nuevo estado en el que se dominaba automáticamente aquel saber que tan lenta y penosamente se iba adquiriendo.

Pese a sus insistencias Virsham se negaba en rotundo a seguir hablando sobre el poder del diamante. Le insistía para que meditara simplemente en ello, pero no quería comentar nada más sobre el asunto.

- Tienes que empezar desde el principio Shirkam - sentenció mientras dibujaba sobre la tierra una estrella de cinco puntas.

Juan se quedó mirando aquel símbolo, aquello era un pentagrama, el símbolo básico de la estrella en todas las culturas. También sabía que era el símbolo del hombre: la cabeza, las dos manos y dos piernas extendidas formaban también ese dibujo. Se lo comentó al anciano y éste asintió con una actitud amable y paciente.

Dibujó entonces una cruz dentro de un círculo.

- Representa el centro del diamante, la luz y los cuatro poderes que lo guardan - respondió el curandero absorto en su contemplación .

- Usted se refiere al aire, al agua, al fuego y la tierra - le respondió Juan con aire de comprender de lo que hablaban .

Virsham le miró de reojo y una sonrisa burlona apareció en su rostro. Estaban dando un paseo por los alrededores de la casa de Shanda, esperando a que ocurriera algo que el anciano no quería decirle. Juan suponía que debía estar relacionado con su aprendizaje como *Jashvir*. Un pájaro comenzó a chillar con fuerza y el anciano quedó congelado escuchándole. Parecía que le estuviera comprendiendo..

- Este no es buen sitio para hablar - se levantó rápidamente y se introdujo entre los matorrales .

Juan, asombrado, le siguió. Iba a preguntarle qué ocurría cuando de pronto un tremendo rugido atronó la selva. Entre la densa vegetación pudo comprobar que un tigre estaba desafiando a otro animal que al principio no pudo reconocer. Cuando el animal, gigantesco y similar a un paquidermo, dió media vuelta pudo apreciar qué era. Se trataba de un rinoceronte que se encaraba ahora con su cuerno ante el señor de la jungla.

Los dos animales quedaron mirándose fijamente, como midiendo mutuamente el poder que poseía su contrincante. Finalmente el tigre dió media vuelta y se introdujo en la espesura. El silencio repentino de la jungla se quebró para de nuevo volver a escucharse su habitual melodía.

- El rinoceronte aguarda paciente el ataque de su adversario - le susurró el anciano -. Nada teme, ahí está su fuerza.

Valverde se preguntó cómo había podido adivinar Virsham aquel inesperado encuentro. Algo le dijo que había sido el pájaro el que había anunciado la presencia del poderoso felino. El anciano se incorporó y salió de la espesura acercándose al rinoceronte, éste no pareció advertir su presencia y siguió pastando apaciblemente. Juan se acercó lentamente a donde estaba el anciano y pudo notar a medida que se acercaba la tremenda sensación de fuerza que desprendía aquel animal.

El anciano miraba al animal sonriente asintiendo con la cabeza.

- Es un animal viejo y sabio - murmuró -. Es un gran maestro de la Ley Negra.

El poderoso y antiguo cuadrúpedo giró su cabeza y fijó su mirada en el anciano. Agitó suavemente la cabeza y siguió comiendo.

- Es un maestro en detectar el *Ka* - le dijo acercándose a un Juan que sobrecogido trataba de guardar la mayor distancia entre él y aquel animal -. Apenas ve, pero el olor del miedo puede detectarlo desde muy lejos.

Valverde no le respondió, siguió mirando con fijeza al rinoceronte. Temía que de un momento a otro se encarase con ellos y les embistiera. El anciano le miró irónicamente y agitó la cabeza. Se sentó y esperó a que Juan, inquieto y sin perder de vista al animal, se sentara a su vez.

- Por Shanila conoces el fuego placentero que da vida - susurró el anciano liando un cigarro de la serpiente como si tal cosa-. Mi hija es la perla que te da acceso al saber de la alegría del *Shak*.

Juan le miró sorprendido. Aquel giro en la conversación no podía esperarlo. Parecía que el anciano quisiera hablar ahora de cuestiones sexuales con su yerno. Se sintió algo avergonzado de aquella intromisión. Virsham se quedó contemplándole de aquella manera tan extraña, y volvió a sonreír.

- Shanila es una mujer ardiente - siguió el anciano -. Todo el saber de su fuego te lo ha concedido con amor.

Valverde comenzó a sentir que se enrojecía. Realmente aquello era cierto, su vida sexual había experimentado un gran giro desde que había conocido a Shanila. Bella como una diosa, siempre dispuesta al amor, Juan había encontrado en ella aquel fuego de vida que era la sexualidad. Sintió de pronto que su pene comenzaba a excitarse por el recuerdo de ella.

- Ese es el *Ka* despertando por la serpiente de fuego - susurró el anciano -. Por el poder que duerme aquí.

Se tocó los testículos y le sonrió ferozmente. Parecía de nuevo aquel demonio cornudo

enrojecido por el ardor del fuego. Lentamente una visión apareció ante sus ojos.

Noches viejas de la Tierra contemplaban cómo hombres y mujeres se deseaban ardientemente ante la presencia de la hoguera. Ojos brillantes en busca del fogonazo de la pasión, del encuentro en un abrazo que en ígneas alas les lleve al paraíso en la vida.

Valverde quedó hundido en los muchos momentos en los que había amado a Shanila. De pronto, al recordar uno de sus momentos amando, sintió una fuerte descarga ascendente que empujaba hacia arriba.

- *Shak* - gritó fuertemente Virsham.

Juan sintió que algo se rompía en su interior, como si abriera un compartimento estanco, un paso prohibido de su interior por algún oculto tabú. Comprendió entonces cómo se había forjado por el fuego su interior.

- *Inanna*, la esposa, la compañera. - susurró el anciano -. La hechicera que guarda la perla del *Jashvir*. El fuego que da calor a su alma y vida a su cuerpo despierta ante su presencia.

Valverde comenzó a sentir todos sus sentimientos hacia aquella mujer de pelo oscuro y ojos estrellados. Era su compañera, su amada, su princesa, aquella que había hecho que siempre se viera capaz de continuar la marcha por su camino.

- Es hora de que conozcas la otra cara del fuego - le susurró levantándose súbitamente .

Juan dió un respingo, el anciano comenzaba a acercarse decidido hacia el rinoceronte. Se plantó firme ante él y emitió un fuerte grito crispando todo su cuerpo como si aquella furia estallara desde su interior. El rinoceronte dió un brinco sorprendido y se encaró ante el anciano.

El joven se levantó asustado. Aquello era desconcertante para él. No sólo Virsham había querido quedarse cerca de ese animal, del que ya no se acordaba ante el recuerdo de Shanila, sino que ahora le plantaba cara.

- Salga usted de ahí - le gritó nervioso, la situación le olía a tragedia .

Virsham no pareció escucharle, seguía fijo e inmutable contemplando a la enorme bestia que comenzaba a emitir unos bramidos ensordecedores. No parecía el anciano aceptar la superioridad de aquel animal sobre él. Seguía mirándole fijo, como tratando de taladrar sobre él. Finalmente, y de manera imprevista, el rinoceronte bajó la cabeza y siguió entonces pastando como si nada hubiera ocurrido.

Virsham, con una sonrisa picara, se acercó lentamente al paralizado Juan. Ladeó su cabeza y le miro de aquella manera tan peculiar.

- Te has cagado encima Shirkam - meneó la cabeza burlonamente - . *Seth* ha hecho presa de ti y te ha llevado a su territorio.

Juan puso cara de no entender nada. Nuevo meneo de cabeza del anciano.

- Te has echado atrás - le dijo ahora mirándole con expresión severa .

Virsham giró lentamente dándole la espalda. Comenzó a desabrocharse los pantalones y, ante la mirada asombrada del joven, se los bajó lentamente y le enseñó el culo. Luego se agachó y comenzó a cagar dando prolongados gemidos, como si no pudiera evacuar con facilidad. Con el rostro demudado Valverde contemplaba aquella insólita exhibición.

El anciano se limpió cuidadosamente el trasero con las hojas cercanas, volvió a abrocharse los pantalones, giró de nuevo y miró la expresión del Juan. Poco a poco su cuerpo comenzó a

convulsionarse hasta que finalmente las risas no pudieron ser más controladas. Virsham comenzó a reír como si todo aquello fuera una inocentada que le produjera una enorme hilaridad.

Juan siguió demudado mirando al anciano. Este ahora se había sentado y , entre carcajadas mal reprimidas, le hacía señas para que se acercara a él. Se acercó y se quedaron ambos contemplando la mierda maloliente a la que el anciano no paraba de señalar entre risas. Finalmente, ante la seriedad de Valverde, Virsham trató de contenerse secándose las lágrimas e hipando de vez en cuando. Siguió mostrándole aquella mierda.

- ¿Qué es esto que he sacado de detrás Shirkam? - le dijo entre muecas para tratar de evitar la risa .

Fijó su mirada en los excrementos, y de súbito comprendió el sentido de aquello.

- No es nada Virsham - le dijo comenzando a sonreír .

- Como tu miedo - le respondió el anciano en un susurro seco y cortante con ojos enfurecidos.

Valverde sorprendido miró al curandero. Con una expresión grave le miraba como si le hubiera fallado. Nada parecía delatar que hacía un momento estuviera riendo como un niño. Comenzó a menear la cabeza lentamente.

- Hasta ahora has vivido con el miedo Shirkam. - siguió susurrando -. Un *Jashvir* no deja que el enemigo se apodere de él.

- El miedo es el enemigo - le respondió Juan .

El anciano asintió como si ya supiera aquella respuesta y careciera de importancia. Se levantó y dió media vuelta, dejando atrás al excremento. Volvió a mirar al rinoceronte fijamente, como si todo lo hablado ya hubiera pasado. Valverde iba a levantarse otra vez pero antes de que lo hiciera Virsham giró rápidamente con una expresión furiosa y señalándole con el dedo.

- Sólo usas el *Shak* para el goce - le acusó con severidad -. Nada sabes del fuego de la lucha. Nunca llegarás a ser un *Jashvir* digno de llevar ese nombre dejando que el miedo viva en ti.

- Ya lo intento pero no consigo evitarlo Virsham - se excusó tratando de mantener su imagen a salvo .

El anciano le miró con desprecio. No parecía desistir de su actitud acusadora.

- Hasta ahora has disfrutado del amor de mi hija - le respondió grave el anciano -. Sin embargo sigues sin atreverte a usar tu virilidad para enfrentarte a tus propios miedos.

Bajó la cabeza y pareció sumergirse en sus pensamientos.

- No consigo entenderte - murmuró Virsham - .Conoces la Ley Negra: una muerte por una vida. Sabes quien es el enemigo, pero sigues sin querer darle muerte en tu interior.

Levantó su cabeza y le volvió a mirar fijamente, su furia parecía haber menguado para transformarse en una actitud de cansancio,

- ¿Para cuando la victoria? - le preguntó con una mirada de cansancio .

Valverde se levantó confundido. Quería acabar con su enemigo, pero no sabía cómo hacerlo. Cuando se lo dijo el anciano pareció indignarse aún más.

- Usa el arma, usa el coraje del *Shak* para enfrentarte al enemigo - le respondió como si ya supiera Juan la respuesta - .Haz el sacrificio que exige tu Rey.

Valverde sintió que su interior comenzaba a removerse inquieto. La visión surgió como un destello.

Un ser de luz daba muerte a un ser oscuro. Lo sacrificaba con un rayo de su mano.

- Sacrificio - murmuró Juan -. El poder del sacrificio.
Virsham asintió lentamente.
- Con ese fuego que quema y destruye elimina a su enemigo - siguió hablando abstraído .
- Con su látigo ahuyenta a los siervos de *Seth* - le respondió el anciano -. Con su arma aniquila sin piedad a su enemigo.
La visión fulgurante de un hacha de doble filo apareció ante sus ojos. Comenzó a recordar las leyendas que hablaban de que en el interior de un laberinto se escondía un monstruo y un arma con el cual vencerlo. Recordó al torero que vestido de luces sacrificaba al toro, ritos ancestrales de un pueblo antiguo, ecos de un desafío sagrado.
- Es el de Fuerte Brazo - susurró Valverde absorto en sus pensamientos.
- El que da la vida y la muerte con su Luz . - respondió el anciano asintiendo - .Sólo tienes que imitarlo y usar tu poder para acabar con tu propio enemigo.
Juan volvió a fijar su mirada en los excrementos. Aquello era simplemente materia muerta, desechos de un proceso de vida que acababan en el suelo fuera del cuerpo de un animal. No era nada, como el reino de *Seth*, como los muchos miedos que había ido superando. Miedos que parecían reales cuando no se enfrentaba a ellos, y que desaparecían misteriosamente dejando sólo el recuerdo de haberlos padecido al encararse con resolución ante ellos.
- Un *Jashvir* tiene una sola tarea Shirkam - susurró lentamente Virsham -. Vencer a su enemigo, entablar una guerra sin cuartel con todo aquello que encierra su libertad.
Valverde comenzó a comprender el mecanismo que había estado experimentando. Eran una serie de victorias interiores las que graduaban su iniciación. A medida que conseguía sacrificar una de sus debilidades conseguía acceder a un grado mayor de dominio de sí mismo. Era el mecanismo de la inversión sacrificial, de la ley negra y sangrienta que exigía una muerte por una vida. Era la sublimación de aquellas fuerzas inconscientes que tanto le hacían sufrir en una fuerza consciente que acataba su mando. Era el camino de la iluminación.
- A tu espalda tienes el *Ka*, el pilar de la vida, sede del *Shak* - le dijo el anciano sin dejar de mirar hacia el rinoceronte-. La fuerza del ser que eres tú.
Se levantó y le dijo que ya podían marchar hacia donde les esperaba Shanda junto con unos cuantos guardianes más. Cuando llegaron a su casa un grupo nutrido de hombres y mujeres estaban cantando y bailando ante un viejo que le mostraba una espada al joven guardián. Virsham parecía muy excitado ante aquella escena.
- Es cierto lo que cuentan las leyendas - dijo contento -. Esa arma que ves es el *Krys* del Rey, que dejó como legado a los guardianes.
Valverde escuchó el canto sincero y vehemente del anciano mientras éste le dejaba sopesar aquella espada al joven. Miró a Virsham y esperó a que siguiera contándole la ceremonia.
- Habla de la espada de *Manú*, el guardián de la Ley - le señaló la espada que besaba en ese momento el joven guardián -. Su vaina está hecha con plata, su pomo de oro y su hoja es el rayo de los cielos.
Juan calló y recordó entonces a aquel que dijo que había venido a traer la espada. Pensó entonces que el honor, base de la forja del *Jashvir*, era aquella disposición constante de su

alma a las acciones conformes a un código revelado por un ser superior, a la Ley revelada por un Rey cuyo honor le había llevado al cumplimiento de su verdad sin tener en consideración ningún criterio ajeno a ésta. Las acciones conformes a un sentido del honor y de lealtad, en eso consistía la honra de todo miembro de su clan, la garantía de su estima y dignidad personal. Era el primer paso que permitía la conexión con el mundo del Gran Poder.

Mientras contemplaba cómo al joven guardián le ceñían a la espalda el arma Juan se dijo que el valor de un hombre era alimentado por aquel sentido de orgullo e independencia personal que ofrecía el aceptar los mandatos procedentes del honor, de la dignidad esencial de la virilidad.

Medio dormido, tras hacer el amor con Shanila poseído por una fuerte vehemencia, quedó completamente relajado y en paz. Una suave meditación comenzó a llenar su mente. Ante él se abría un nuevo campo de trabajo, el *Rahash*, un conjunto de reglas y prácticas encaminadas a obtener la liberación definitiva del tirano por el dominio de sí. El logro de todo aquello era lo que se denominaba *Yug*. A su imaginación apareció la imagen de un asceta, de un hombre duro y forjado por sus continuas victorias sobre sus dudas y pensamientos de autoculpabilidad.

Pensó entonces que la idea de sacrificio, tal como le había expuesto Virsham, se asemejaba a la de trabajo. Ambas pretendían lo mismo: la transformación por la acción de una materia en otra. El dominio de las riendas de sus fuerzas instintivas, el conseguir ser señor de su montura, del *Shaib*, se basaba en el logro de la obtención de una voluntad tan dura y poderosa como el diamante.

Se removió inquieto y se levantó de la cama con una fuerte excitación en su cuerpo. Algo lejano le instaba a la lucha, a la aniquilación de todos sus complejos que le impedían la exacta posesión de sí mismo. Se dijo que su deseo de un arma era simplemente el deseo de conseguir materializar su voluntad y enfocarla hacia un objetivo, la necesidad de aniquilar aquellas sombras que ,como una jauría de perros demoniacos, aullaban e impedían su avance por el camino hacia su libertad, hacia su propia soberanía.

Recordó su habitual apatía ante toda idea de esfuerzo y sacrificio. Siempre lo había considerado como un concepto procedente del puritanismo religioso, le recordaba a aquellos monjes que castigaban su cuerpo sin compasión en busca de una iluminación que nunca les llegaba. Ahora comenzaba a entender que era algo bien distinto: la aniquilación de los miedos permitía un avance de su voluntad en el dominio de sí mimo. Era como si al ser sacrificados éstos en el fuego de la forja se transformaran en un poder que le era innato como individuo.

Se dijo que a partir de entonces tenía que aplicarse con más denuedo al trabajo que estaba realizando. Tenía la oportunidad de aprender un arte que le permitiría obtener el control de sí mismo, y con ello la deseada autonomía que tanto había buscado. Recordó al herrero, cómo se aplicaba con desvelo y cuidado a la ejecución de su obra. Sintió entonces la fuerza que se escondía en aquella sistemática disciplina que el guardián realizaba. Cada golpe de martillo era la eliminación de una escoria y la aparición refulgente del metal.

Salió fuera y respiró profundamente el aire del amanecer. Todavía todos dormían, en aquel silencio Valverde juró consagrarse a su tarea con todas sus fuerzas. Nada más tenía que

realizar que hacer lo que tenía que hacer bien, con eficacia e interés. De nada servían sus miedos interiores en el mundo en el que se hallaba. Eran sólo limitaciones subjetivas que le impedían disfrutar del milagro de la existencia que se desarrollaba ante sus ojos.

Recordó el mundo que había dejado atrás. Una cultura que se vanagloriaba de ser neurótica, de aceptar la sumisión a la enfermedad mental como mal menor de la existencia. Esclavizados sus miembros por una idea equivocada del trabajo, por una ideología que hacia hincapié en la obtención de recursos exteriores como meta de la existencia, cuya pobreza en su discurso sobre la obtención del poder interior sólo mostraba la necesidad del capital de mantener en la ignorancia al trabajador. Una civilización con múltiples ideologías en relación al interior, y una sóla en el exterior. Se dió cuenta de la trampa mortal en la que habitaban sus miembros: bajo el lema "divide y vencerás" se impedía todo acceso real a la sabiduría que permitiese la creación de individuos autónomos, la única verdad en la que habitaban era la establecida por el poder del dinero.

Reconoció para sí mismo la tremenda suerte que había tenido al encontrar su isla. Alejado de la dispersión de su cultura, de la exigencia de adscribirse a una de sus múltiples capillas para conseguir acceso a su red. Tela de araña que esclavizaba a todas las sectas por igual, fueran políticas o religiosas, fueran científicas o filosóficas. Todo era la subordinación del individuo a un colectivo, la negación de su derecho a sentir y pensar por sí mismo para exigir la aceptación ciega a los criterios que le otorgase su capilla. Aceptando entonces aquella sumisión el sistema permitía la integración del individuo, el logro de un trabajo que le permitiera la supervivencia y el consumo de signos exteriores que marcarían el nivel de poder que tendría en aquella red. En eso se cifraba el sentido de la vida que ofrecía aquel mundo que había dejado atrás.

Aquella cultura que había dejado atrás se basaba en la ley del hombre sobre el hombre, no la del Creador sobre su criatura. Una cultura jerárquica, como toda civilización basada en la tiranía y la negación del individuo; una sociedad sectaria que exigía la sumisión de la libertad del sujeto a una de sus múltiples rejillas cuadriculadas desde la cual poder nombrarle y manejarle. Su rebeldía, que le había llevado a la marginación, sólo era el canto del joven que se negaba a perder lo más valioso del alma humana.

Comprendió entonces la inutilidad de sus esfuerzos en aquella cultura. El peor enemigo que podía tener un colectivo era el individuo, pues su misma existencia dinamitaba los axiomas en los que se basaba. Al negar que pudiera ser un sujeto en el que detentara la verdad, al afirmar que ésta se hallaba en el dominio de una práctica colectiva, su civilización sólo mostraba la profunda hipocresía en la que habitaba. Decía que velaba por los intereses individuales, pero su acción se basaba en velar por unos intereses colectivos basados íntegramente en criterios económicos. Aquella civilización, como otras antes que ella que habían desaparecido de la faz de la tierra, era realmente sierva de *Seth*.

Pensó en cómo los fariseos se habían convertido en intelectuales, y los saduceos en capitalistas. Se dijo que siempre sería igual, que nunca un colectivo podría vivir unido bajo la Ley porque ésta era cuestión individual, y mientras un hombre fuera tentado a dominar al prójimo en vez de a sí mismo, mientras creyera que era la posesión de medios materiales los que mostraban su virilidad, nunca podría vivirse ese sueño. Sólo allí, en Kalimantan, Valverde había encontrado la serenidad, la ausencia del deseo loco y desmedido de amplificar continuamente las necesidades de la existencia. Deseó que siempre fuera así, que nunca

hombre alguno supiera de la existencia de aquel pueblo. Deseó con todas sus fuerzas que aquella pureza del vivir pudiera seguir manteniéndose año tras año, siglo tras siglo, ajena a los delirios de la razón de los siervos de *Seth*.

Acababan de comer en casa de Shanda. El herrero se dirigió a sus quehaceres, inflexible como la misma rutina del Sol y la Tierra. Las mujeres se dedicaron a las tareas domésticas mientras los niños se dedicaban a su mundo infantil. El anciano parecía hallarse inquieto y señaló a Juan que le acompañara. Comenzaron a andar entre la espesura de la jungla, finalmente Virsham pareció haber encontrado un lugar que le resultaba cómodo y decidió sentarse allí.

Comenzó a frotarse las manos, como si quisiera decirle algo a Valverde y no supiera cómo contárselo. Juan trató de aclarar la situación preguntado él mismo.

- ¿Qué ocurre Virsham ? - dijo en tono amistoso.

El anciano comenzó a menear la cabeza. Luego finalmente rompió a hablar.

- Resulta algo embarazoso preguntarte esto Shirkam - le respondió con un tono nervioso que nunca había detectado en él.

Valverde sentía que el asombro y la inquietud se mezclaban en su pecho. Algo grave debía estar ocurriendo para que aquel viejo sobrio y risueño se hallara en ese estado de inquietud.

- ¿Qué ocurre Virsham? - repitió sonriente, tratando de quitar peso a la situación .

El anciano bajó la mirada y con tono grave habló lentamente y con claridad.

- Tengo que pedirte que tomes el testigo Shirkam - dijo inclinando la cabeza hacia él .

Juan quedó callado sin entender qué significado tenía aquella petición. Puso cara de interrogación y esperó la respuesta del anciano. Este parpadeó como si no entendiera que aquel gigante barbudo no le comprendiera. Suspiró finalmente, con un gran cansancio, y volvió a hablar.

- Que tomes el mando de mi familia - aclaró con tono paciente-. Que seas tú el padre de ella.

Valverde sintió que caía sobre él como una enorme losa sobre sus hombros, aquella sensación le hizo respigar de susto, como si de pronto se sintiera acorralado y sin escapatoria. La risita de Virsham le hizo distraerse y dedicar su atención hacia él.

- En menudo lío te he metido - le dijo entre risitas y cabezadas - Ser tú el jefe de la familia.

- ¡Qué quiere decir Virsham ! - exclamó Juan sintiendo los nervios cada vez más tensos.

- Que tendrás que llevar la casa, encarnar el pilar del padre en ella - respondió susurrante. Luego se encogió de hombros y siguió hablando como si no le diera importancia -. Shanila está de acuerdo.

Valverde se sintió cada vez más acorralado, era como definirse de una manera tajante. Aquello implicaba totalmente la desaparición de la figura del padre para transformarse él mismo en padre. Dejar de ser un niño que espera la llegada del padre todopoderoso, que resuelve sus dudas y necesidades, para convertirse en un macho de su especie con sus defectos y virtudes.

Respiró hondamente y comprendió exactamente lo que significaba la petición del anciano. Se trataba de tomar el testigo de aquella presencia que irradiaba Virsham en la familia, de su

función como padre honrado y trabajador, firme en sus convicciones y eje sustentador de ella. Meneó la cabeza y supo entonces que su función como aprendiz había terminado. Ahora tenía que cumplir la función que realizaba Virsham, ni más ni menos.

- Supongo que me dejarás ofrecerte mis consejos - siguió bromeando el patriarca de familia dándole un codazo en el hombro .

Juan le contempló absorto. De pronto comprendió que aquel hombre tenía derecho a jubilarse, que quería dejar en manos de otro la carga que suponía llevar con eficacia y desvelo su trabajo.

- Sacar adelante a nuestra familia, ser tú una de las fuerzas que tiran de ella en su recorrido por esta vida- susurró de pronto el anciano con aquel tono milenario y ancestral .

Algo se agitaba en su interior, la función de padre no había entrado nunca en su esquema. Siempre había pensado que sería aquel joven puente entre su niñez y su madurez; el hombre preocupado por temas abstractos que afectaban a un ente llamado cultura; el que no tenía por qué preocuparse respecto a temas concretos que afectaban a su seres más cercanos.

- La Ley Negra también nos afecta a nosotros Shirkam - susurró de nuevo el anciano -. Exige un sacrificio, una inversión de energía para poder mantener con vida a nuestros seres queridos.

El temor pareció chillar en los nervios de Juan. Aquello significaba la muerte de algo en su interior, y la aparición de una determinación inflexible en su vida. Aquel miedo que se apoderaba de él era el inverso al macho, el cobarde poseído por sus temores que gritaba ante semejante acción. Era *Seth* que, con sus múltiples artimañas, trataba de castrar la virilidad de su existencia, el paso lógico y natural establecido en todo macho de su especie.

- Ahora tendrás ocasión de demostrar tu poder Shirkam - murmuró encogiéndose los hombros -. De ti depende ahora el bienestar de nuestra familia.

Valverde se mantuvo callado. Envuelto en ideas románticas de revolución, en sueños de protagonizar gestas heroicas, se había olvidado de quién era el que permitía la subsistencia de ese sueño que era ahora su realidad. Todo lo que amaba comía, y todos comían por Virsham. Comenzó a menear la cabeza disgustado por aquella actitud tan pueril que había adoptado en su vida.

- No te acuses Shirkam - meneó la cabeza comprensivo - Todo hombre pasa por esto, deja de apoyarse en un hombre para ser él el propio punto de apoyo.

Valverde notó como si su cuerpo se alterara, como si estuviera sufriendo una transformación.

- *Ahora serás raíz y tronco* - susurró el eco lejano del tiempo - *y sobre tus ramas reposará el nido.*

Una brisa agitó las plantas, como si un ser invisible acabara de pasar. Valverde giró su cabeza hacia Virsham y le preguntó con la mirada si había escuchado aquello. El anciano le contemplaba fijamente, con una sonrisa de bienestar y descanso en su rostro jamás expresada. Era como si de pronto entrara en otra dimensión, como si hubiera dejado de golpe de correr el tiempo para él.

- Ahora ya puedo ir hacia su encuentro - murmuró suspirando lentamente .

La brisa se hizo más fuerte, y el viento comenzó a realizar extraños dibujos con el polvo de la tierra. Era como si alguien más estuviera allí, Juan respingó ante aquella tremenda sensación de sentir algo invisible. Aquello le hizo temer por un momento que se había vuelto

loco.

- Debes acostumbrarte a su presencia Shirkam - le dijo en tono tranquilo -. Es el mensaje del Espíritu, su influencia sutil que nos ayuda a caminar por la vía.

Algo ancestral se apoderó de Juan. La voz de los antepasados sonó en su sangre, y entonces supo el sello que cada hombre había hecho para conseguir que él llegara allí. Padre tras padre para que las generaciones siguieran encadenándose. Sacrificio tras sacrificio para permitir que él pudiera vivir en aquel mundo. Animal tras animal luchando contra toda adversidad, reproducción tras reproducción hasta llegar a él. Cadena que unía al origen.

- ¿Qué tengo que hacer ahora Virsham? - acertó a preguntar Juan .

- Llevarás a tu familia por el camino que la Dueña te señale - susurró el anciano bajando la cabeza - Serás tú el *Ka* que oriente la marcha de nuestra familia.

- ¿Qué quiere decir exactamente? - le preguntó intuyendo ya la respuesta .

Virsham sonrió de aquella manera feroz y burlona que tenía.

- Ella nos da goce y alegría - hizo un guiño y continuó -. Nos lleva al límite de nuestro sentir, a rozar el mismo Cielo.

Comenzó a menear la cabeza absorto en sus recuerdos. Valverde intuyó que aquel hombre estaba recordando momentos muy íntimos.

- También nos ofrece el misterio de la vida - susurró tocando la tierra -. Ser depositarios de la semilla que da luz en nuestras mujeres.

- En nosotros reposa la vida - murmuró asintiendo Juan .

- Es la columna del Padre - respondió Virsham -. Fundamento del mundo si colabora con la Columna de la Madre, la dadora de vida.

Valverde comprendió entonces el significado de todo aquello. Aquel misterio viril que tanto le preocupa era el de la potencia generadora de vida, y era a la vez el eje del equilibrio de la existencia de un hombre. Era la función necesaria para que pudiera existir la familia, unidad básica de la existencia de su especie. Era el sentido que de manera natural y sencilla la vida le ofrecía.

Así supo a dónde dirigían los caminos del amor al hombre.

- Guarda silencio y mira - le respondió con un susurro Virsham mientras seguían contemplando la ceremonia que se desarrollaba ante ellos.

Se hallaban en un grupo de familias contemplando desde la distancia un rito. Todo el mundo mantenía un extraño silencio contemplando al joven guardián que, con el torso desnudo, miraba fijamente una pequeña llama que se hallaba delante de él. Entre aquella luz y él se hallaba una hilera de guardianes portando en sus manos varas cortadas. Formaban como un pasadizo humano por el que tenía que pasar el joven para llegar a ese fuego.

Comenzó a andar y un tremendo azote le impactó en el brazo. Inmediatamente otro más, y otro a medida que iba avanzado entre la hilera de hombres que, implacablemente, le azotaban la desnuda piel . Valverde sintió un tremendo deseo de ayudar a aquel hombre, pero la mano de Virsham sobre su hombro y su mirada grave le hizo desistir.

El joven, impertérrito, sin mirar hacia los ojos de los que le golpeaban, siguió avanzando. Un fuerte latigazo le hizo encogerse de dolor, sus rodillas temblaron. Juan sentía ganas de llorar

de desesperación ante aquel espectáculo. No comprendía el motivo de aquella brutalidad. La sangre comenzó a correr por su espalda por aquel castigo que sufría aquel hombre con la mayor dignidad posible.

A medio camino el joven calló de rodillas y se tapó la cabeza. Aquel dolor insoportable le hacía temblar involuntariamente, como si un frío helado le hubiera poseído. Los hombres no le miraron, seguían en una actitud inmóvil, con los ojos absortos en el espacio vacío. El guardián se levantó y volvió a ponerse firme. Respiró hondamente y siguió avanzando. Instantáneamente los hombres siguieron golpeándole a medida que pasaba entre ellos. Su actitud fría e implacable no mostraba ningún sentimiento hacia el joven guardián.

Gotas de sangre al aire saltaban de su cuerpo en cada estallido. Juan oyó un sollozo cerca de él y miró entre el grupo en el que se hallaba. Una mujer mayor lloraba calladamente. Enseguida empatizó con ella, y sintió que las lágrimas le invadían de nuevo. Supo intuitivamente que aquella mujer debía ser la madre del guardián. Cada impacto era un estremecimiento en ella, el dolor de su hijo lo sentía ella en su propia carne

Algo en su interior azotaba también el alma de Juan a medida que aquel hombre seguía avanzando hacia la luz de la llama. Con el cuerpo ensangrentado el guardián seguía su marcha tambaleándose por los golpes, encogido su cuerpo por los latigazos. Al llegar cerca de la llama el aluvión de golpes se incrementó. Ahora no sólo eran azotes, también comenzaban a imprecarle y a darle empujones.

El tiempo se detuvo para Valverde y de pronto vió a un Rey entre los hombres. Ecos lejanos de recuerdos del río vinieron a su mente. Cantos de su infancia, sonidos en la oscuridad iluminada sólo por velas.

El joven volvió a caer y rompió a sollozar. La tensión en el grupo en que se hallaba Valverde se incrementó tremendamente. Con los puños apretados los hombres mantenían fijas su mirada en aquella escena. Nadie decía nada, todo estaba en silencio. Valverde nunca había pensado que aquel pueblo que tanto amaba el canto pudieran permanecer tan callado.

Juan quiso hablar, pero aquella actitud general de silencio le hizo desistir de ello. El trato cruel que le infringían al joven guardián era algo que le hacía retorcer las entrañas. Era un dolor en lo más hondo como jamás había podido experimentar, como un insoportable sentimiento de total impotencia ante aquella escena.

El joven volvió a levantarse y siguió avanzando. A punto de llegar a la pequeña llama un tremendo golpe en la nuca del último guardián hizo derrumbar en seco al joven. Quedó tendido en el suelo, como un cuerpo inerte y sin voluntad para seguir avanzando. La sangre que corría por toda su superficie contrastaba con la verde tierra que le daba reposo. Inconsciente y vencido, aquel hombre se había atrevido a pasar por un camino que había dejado marcado de sangre.

A medida que se fueron acercando Juan pudo ver aún con mayor nitidez la claridad con que estaba señalado el recorrido que había hecho, gotas de sangre marcaban la verde tierra. Con la cabeza apuntando hacia el fuego de la llama , con las manos extendidas hacia ella, el joven guardián parecía ser un mensaje callado de un misterio que se personificase entre él y aquella llama.

Mientras sus familiares comenzaron a cuidarle el resto de las familias se fue respetuosamente del lugar sin decir nada. Juan siguió a la familia de Virsham y la de Shanda con una sensación de sobrecogimiento en su cuerpo. Había visto por fin el camino rojo

marcado en la verde tierra de Kalimantan.

Una vez llegaron a la casa del herrero éste sin decir nada se fue a la fragua a trabajar. Mientras el resto comenzaban de nuevo sus tareas domésticas, el anciano le sugirió fumar un cigarrillo. Valverde, aún demudado ante lo que había presenciado, se sentó junto a Virsham, al pie del árbol, contemplando cómo Shanda comenzaba su trabajo sin aludir a nada de lo ocurrido.

- Olvida lo pasado - susurró de pronto el anciano - Vive el presente y lanzate al futuro.

- ¿Qué ? - respondió absorto Juan .

El curandero meneó la cabeza y perdió su mirada por el cielo azul por el que navegaban grandes masas blancas de nubes.

- Sólo existe el ahora - le dijo con la visión fija en el horizonte - Lo demás es no-ahora, no está.

- ¿Qué? - volvió a preguntar sin comprender aún lo que decía. Seguía hundido en sus pensamientos.

- Estas viviendo en el recuerdo, perdido entre las sombras del pasado - enfatizó esta vez .

Valverde se le quedó mirando fijamente con expresión de no entender aquella conducta.

- Estoy pensando en lo que hemos visto Virsham - le reprochó enfadado -. Creo que es lo menos que podemos hacer.

Valverde se sintió complacido de haber podido recriminar esta vez él al anciano. Se dijo que no siempre iba a tener razón él. El anciano no parecía haber notado ningún impacto de su acusación. Seguía mirando absorto el viaje de las nubes mientras sonaba el compás del martilleo del herrero. Parecía estar disfrutando enormemente de la vida, fumando lentamente comenzó a sonreír con burla en su expresión.

- Ya te dije qué era el camino del sacrificio - respondió haciendo caso omiso del reproche de Juan - No entiendo qué es lo que te molesta ahora.

- ¿Pero no ha visto el trato que ha recibido aquel joven? - casi gritó Juan .

- Lo hizo voluntariamente - replicó el anciano con tranquilidad .

Valverde comenzó a menear la cabeza de un lado para otro. No conseguía llegar a entender el simbolismo de aquella iniciación, que hubiera realmente necesidad de tanta crueldad. Siempre había temido sufrir él algo así a lo largo de su camino, y aunque algunas pruebas habían resultado ser auténticas ordalías, nunca en sí mismas habían resultado dolorosas para su cuerpo.

- Roja es la sangre Shirkam - sonó el susurro de Virsham - .Rojo el dolor.

- Pero, ¿por qué? - respondió Juan desesperado- ¿Por qué?.

El anciano nada le respondió, sólo el sonido del martillo sobre el yunque parecía ser el único mensaje posible. Aquella actitud de silencio se mantuvo durante un rato. Valverde miraba al suelo, envuelto en sus pensamientos sobre todo aquello.

- Ahora tiene el derecho de llevar el *Krys* - rompió por fin el silencio el anciano -. Ellos son los guardianes que encarnan las leyendas de nuestro clan.

Virsham respiró profundamente y siguió con la mirada perdida en el cielo.

- Es un gran honor el que he tenido al verlo - dijo el anciano .

Juan le miró. Parecía estar hablando para sí mismo, como si nada a su alrededor estuviera presente. Seguía mirando el horizonte, como si supiera qué existía más allá de él. Juan se mantuvo callado respetuosamente. Algo, como un cansancio que lentamente fuera

desapareciendo de su cuerpo, parecía surgir de Virsham. Parecía estar viviendo una confirmación consigo mismo.

- Más allá del camino rojo se encuentra la luz dorada - murmuró - .Es la senda que lleva hacia *Orú.*

Valverde sintió que una callada verdad se guardaba en el corazón de aquel hombre. Era como si aquel anciano acumulara años y años de fatigas forjando en él un especial carácter, un modo de ser hecho paso a paso. El martilleo constante del herrero le hizo sentir de pronto el sentido de todo aquello.

No sólo existía el ardiente placer, también existía el doloroso sufrir. Aquella sencilla verdad, tan negada por él, se mostraba ante sus ojos con un realismo crudo y desencarnado.

- Guardar silencio ante el dolor es el temple de un *Jashvir* - susurró Virsham -. Es como la tierra callada, como la piedra inmóvil. No conversa con los pensamientos que surgen de él.

Juan se dijo que siempre había pensado lo contrario. Una de sus aficiones favoritas era dialogar con los pensamientos que surgían cuando sufría. El hecho de callar, de hacer caso omiso de sus reacciones subjetivas ante el hecho objetivo del dolor, le hizo pensar en la tremenda realidad que se escondía bajo la idea del *Yug*, de la conquista de la sujeción necesaria para obtener el dominio de sí mismo.

- Sujetar el dolor, liberar al placer - susurró el anciano -. He aquí el arte del dominio del *Shaib*, cabalgadura del *Jashvir*. El *Rahash*.

Aquel pensamiento contradecía directamente un axioma oculto de su interior. Algo le decía que aquello estaba equivocado, que tenía que dejarse a rienda suelta en el dolor,y controlarse en el placer. Era justamente la idea contraria.

- Mantenerse firme en el sufrimiento - se dijo Juan - Resistente como una muralla que soporta incólume el azote del dolor.

- Ese es el recuerdo siempre presente de un *Jashvir* - respondió el anciano mirando a Shanda de pronto -. Nunca olvida ese lado de la existencia, y se guarda de atravesarlo.

El guardián se había detenido para quitarse la parte superior de su ropa. Al hacerlo Juan se dió cuenta con sorpresa que aquel hombre llevaba marcas en su espalda, recuerdos de su iniciación.

- Acepta el dolor y echa hacia adelante sin mirar hacia atrás - escuchó la voz del anciano - Tal es su estirpe gobernada por el Rey y amparada por la Madre.

El herrero volvió a seguir golpeando de nuevo la espada que ya se mostraba a punto de ser finalizada. Completamente concentrado en su obra Shanda seguía su trabajo impertérrito.

- Nada es eterno salvo el diamante del interior. - siguió Virsham -. Pese a toda derrota, pese a toda caída, pese a todo sufrir, ese centro de luz inmortal es la gran victoria del *Jashvir*.

Dibujó un círculo e hizo una cruz en su interior.

- El centro eterno, y sus cuatro consejos mortales - le señaló el dibujo hecho en la tierra -.

- ¿Cuales son Virsham? - preguntó Valverde -.

El anciano fue señalando uno a uno los cuatro puntos que marcaba aquella cruz.

- Aprende a desear como el fuego, que tu querer sea ardiente consumiendo todo miedo a no obtener lo que deseas. Aprende a ser sabio como el agua, que tu inteligencia sea fluida y cristalina como ella. Aprende a ser libre como el viento, que tu acción sea ligera y suelta como el aire confiado a su suerte. Aprende a ser resistente como la tierra, tan callado y paciente como es ella.

Juan comenzó a comprender qué significaba aquella vieja idea del dominio del espíritu sobre los cuatro elementos. Todo se basaba en la superación de las propias limitaciones subjetivas, en el encuentro con un sentir interior hondo y profundo que permitía la conexión con algo invulnerable al tiempo y sus circunstancias. Sólo desde allí podía un hombre librarse, aunque fuera un instante, de sus propias miserias.

- Con esos consejos obtendrás el mando de ti mismo - susurró Virsham -. La conexión con el centro que realiza esta cruz.

Volvió a señalarle el círculo partido por aquellas dos rayas. Aquella era la rueda básica, la expresión del tiempo marcado por el devenir de los astros por el Cielo. El anciano extrajo la vara, signo de su clan, y volvió a clavarla con fuerza en el centro.

- Ese oro de tu interior, fruto del Cielo y la Tierra; esa semilla sagrada que un día surcará el reino de las estrellas es la garantía de la lealtad de los *Jashvir* - murmuró tocándose suavemente su pecho -. La fuente de donde extraen sus fuerzas para recorrer el camino rojo que lleva hacia la luz, el único sendero posible en este mundo, el de la propia vida marcada por nuestro vivir.

Valverde calló ante aquella paradoja imposible de solucionar, pues se hallaba ante el mismo misterio de su existir. Ser finito que aspira al infinito, ser sujetado a la ley de la lucha por la supervivencia animal con el corazón soñando en una vida inmortal. Dualidad por ser humano, sólo resuelta por el mismo paso del tiempo. Ser que surgía a la existencia por la unión de otros dos seres, y se enfrentaba a un escenario donde debía crecer, sobrevivir y morir. Ser indefenso que aparecía en un mundo duro y hostil, hecho de rivalidad y peligro, de riesgos y desafíos. Donde la muerte y el sufrimiento, las derrotas y caídas, no permitían la existencia del más débil. Era así de sencillo, era así de cruel. Era el otro rostro de la vida, el lado oscuro y temible de la Madre, el contraste con la belleza y placer que también ofrecía. Cara y cruz de una misma moneda. No había manera de separarlas.

Los dos hombres quedaron absortos en sus pensamientos. El herrero comenzó a cantar, y Juan supo entonces que el canto también podía expresar dolor.

11.
El Arbol

Paseando relajadamente por el margen de un riachuelo, charlando acerca del uso de la vara del poder, se encontraron ante un pequeño promontorio de rocas. El anciano quedó un momento en suspenso, y con actitud inquisitiva le sugirió trepar por ellas. Al llegar a su cima se mostró ante ellos un pequeño terreno cultivado. Juan parpadeó de asombro al ver a Shanda entretenido trabajando en la tierra.

Una exclamación de Virsham se unió a su asombro. El anciano parecía haber encontrado un misterio que hubiera saltado repentinamente ante sus ojos. Le hizo un gesto para que callara y le indicó que volvieran a bajar. Descendieron de nuevo por las piedras, y el anciano suspirando se sentó en las rocas contemplando el tímido fluir del riachuelo.

- Hemos visto el secreto del dios misterioso Shirkam - susurró absorto en sus pensamientos -. El recuerdo del Viajero cuya memoria custodian los guardianes.

Valverde le miró sin comprender en absoluto la conducta de su compañero. Era cierto que le había resultado chocante ver al herrero distraerse con las tareas de la tierra, pero no acababa de comprender el hermetismo que había adoptado el anciano ante aquel hecho.

- El Señor Verde que trajo con su comitiva de fiesta y alegría el secreto de la inmortalidad.- siguió hablando el anciano sin dejar de contemplar el rumor del agua.

- ¿De quien habla Virsham ? - le respondió sin conseguir comprenderle aún.

El anciano meneó la cabeza, suspiró como si estuviera con un chiquillo que no recordara sus lecciones.

- Del Dueño de la Semilla - murmuró - que descendió entre los hombres apiadado de su existencia .

El anciano comenzó a remover la tierra con sus dedos, parecía buscar un objeto enterrado en ella. Luego suspiró y miró hacia el cielo. Parecía no querer hablar, como si aquello que había visto le uniera de alguna manera extraña con un recuerdo lejano. Juan se mantuvo en silencio, dejando que aquel hombre viviera en su memoria.

- El Revelador de los Misterios de la Madre - susurró sumergido en él mismo como un viejo mecido por sus sueños. - Nos enseñó la rueda de las estaciones, la sabiduría de la tierra.

Miró un momento el medallón que llevaba Juan y una sonrisa burlona apareció fugazmente en sus labios. Se encogió de hombros y comenzó a tararear un canto con una alegría casi infantil. Valverde estaba cada vez más asombrado del cambio que estaba provocando en el anciano su estancia con los guardianes. De ser un hombre grave y adusto se estaba convirtiendo en un viejo con actitudes cada vez más infantiles. Entre sí mismo pensó si aquel hombre no estaría perdiendo sus facultades.

Virsham siguió en esa actitud ensoñadora durante un rato. Luego adoptó de pronto un rostro serio y distante.

- Recuerdas al niño de luz, al Hijo de la Madre Shirkam - susurró el anciano con su tono hipnótico .

Juan sintió que una imagen aparecía en su conciencia. Era la luz que le había orientado por los caminos del laberinto, por los oscuros subterráneos de su mente.

- Sí, lo recuerdo Virsham - murmuró lentamente .

El anciano meneó la cabeza asintiendo.

- El Labrador que cosecha los frutos que extrae de la Madre Tierra - siguió el anciano hablando - . El que introduce la semilla y vigila su crecimiento.

Valverde sintió un estremecimiento por todo su cuerpo, como si un recuerdo antiguo

despertara en él de manera lenta y progresiva. Cerró los ojos y tuvo una fuerte visión.

Una negra semilla se introducía en la oscura profundidad de la Tierra. Allí reposaba hasta que su interior estallaba como si fuera una estrella. Crecía lentamente, siguiendo los cursos marcados por la Madre, hasta surgir de las profundidades en verde color.
Allí se mostraba erguido ante el Sol, hasta que su cuerpo iba adoptando un color verde amarillento para culminar finalmente en brillante dorado.

- Cada año rejuvenece, se perpetua eternamente a sí mismo - sonó el susurro de Virsham.
Juan asintió y notó voces ancestrales que le saludaban desde su interior. La especie entera, habitante en su cuerpo, cantaba su mensaje hecho paso a paso.
- Señor del Misterio, de todo lo invisible - respondió Valverde comenzando a comprender hasta donde llegaba el Gran Poder .
- El Viajero que entregaba semillas por donde pasaba - replicó el anciano sonriendo -. Nos dió su mensaje de futuro y comida para el presente.
Juan de pronto vió unas manos rompiendo el pan. Algo en su interior gritaba un mensaje, pero no conseguía identificarlo.
- Dicen que procedía de un río, donde el agua daba vida a la estéril tierra transformándola en verde apariencia- siguió Virsham mirando la corriente que surcaba la montaña.
Se apretó las manos fuertemente y emitió un fuerte suspiro.
- Antes de su aparición los hombres vagaban en busca de alimento - continuó - Dependientes del movimiento de la caza tenían siempre que vivir detrás de ella.
Juan recordó las leyendas que había escuchado hacía tiempo en su iniciación como hombre. Hablaban de los tiempos en que eran nómadas, cuando los viejos y los débiles caían por el camino, cuando los niños no podían ser alimentados y sufrían una gran mortandad. Recordaban la oscura noche del sueño de la especie, cuando el hombre era un animal sin tierra donde echar raíces.
- Nos enseñó a amar la tierra, a cuidarla para que ella nos cuidara a nosotros - musitó Virsham -. A conocer los misterios de la rueda de la Luna y del Sol.
Valverde asintió sonriendo levemente. Sabía la naturaleza de lo que hablaban, se trataba del Maestro de su clan, del Señor de aquellos que morían para volver a renacer de nuevo. El Iniciador de los misterios del cambio y la transformación, de la regeneración viva en la tierra.
Una visión fugaz apareció de súbito. Consiguió entrever como faunos danzando alegremente en torno a alguien que no conseguía distinguir. La sensación era como de un grupo de juerguistas que estuvieran bailando y cantando con tremenda alegría.
- Dicen que su voz hacía estremecer hasta la savia de las plantas - meneó la cabeza -. Tal era su poder que todo hombre sentía al escucharle que le hablaba a su propia sangre.
Juan miró al anciano. Virsham parecía feliz sentado plácidamente en aquella roca mojada por la corriente. Los ojos del anciano se humedecieron lentamente, como si algo enterneciera su alma de una manera profunda y constante. La verdad era amable en aquel lugar.
- Tras su furia y rigor guarda su rostro benevolente - sonó el eco lejano de la voz del viejo médico - Terrible en su cólera, Vencedor por derecho, recorría los caminos de los hombres con su semilla de paz.
- ¿De quien habla Virsham? - murmuró Juan . Algo en la voz del anciano le había hecho de

pronto obligarle a hacer esa pregunta.

El anciano suspiró y levantó su cabeza. Arriba el Sol brillaba relumbrante en su inmutabilidad. Guiñando los ojos sonrió suavemente y lo señaló con su dedo.

- De su primogénito - susurró el viejo guardián de sus leyendas -. Del poseedor de la llave del Padre y la Madre.

Vaciado de toda idea recibida que turbaba y dispersaba su alma, dando la espalda a una sociedad fundada en falsos principios, encarándose con la auténtica realidad que le sostenía amorosamente, Juan Valverde meditaba sobre el centro del diamante. Se sumergía en la conquista de la unidad inmutable que contrastaba con sus múltiples y pequeños yoes surgidos de cadenas de estímulo y reacción, de los automatismos ciegos y vacíos de voluntad.

La obtención de la plena posesión de sí mismo, de la conquista de su individualidad intrínseca, era la guerra en la que obstinadamente se introducía. Sabía que el hombre normal, a diferencia del *Jashvir*, carecía del arma de poder de una voluntad integrada. Frente a una atención dispersa y difusa, sujeta al control del automatismo, Valverde luchaba por anular las distracciones y la debilidad psíquica que le conducía a ser pensado antes que ser pensante, ser vivido antes que ser viviente.

- Pon en orden tu interior Shirkam - le aconsejaba el anciano en sus paseos-. Debes hallar la fortaleza inexpugnable de tu interior, el lugar donde nada se teme.

Valverde asentía y pensaba en aquel diamante, en aquel espacio donde se sentía a cubierto de todas las inclemencias transitorias de la existencia. Allí donde podía percibir, por un breve instante, su absoluta unidad como ser en la existencia. Sabía que era ese el lugar desde donde debía ejercerse el mando, el lugar de autoridad que permitía el dominio de sí mismo.

- El *Jashvir* controla el miedo desde su lugar de poder más íntimo Shirkam - le respondió Virsham ante su pregunta de cómo podía obtener el control, el dominio de todos sus recursos .

Hizo una pausa y quedó silencioso sintiendo el aire que corría por entre los arboles. Parecía estar escuchando algo sutil e invisible, un mensaje inaudible para el profano.

- Para acceder a ese lugar debes ser puro y limpio como el cristal - susurró de pronto el viejo médico -. Conseguir el *Hé*.

Juan asintió. Por sus largas charlas en estas semanas sabía que el *Hé* podía definirse como conciencia clara. La adquisición de ésta permitía el conocimiento de la esencias de las cosas. Para ello era necesario conseguir controlar el propio mecanismo cognoscitivo, debía reducirse las divagaciones del pensamiento hasta conseguir hacer de él un lago, un espacio vacío que permitiese poder ser rellenado con la imagen exacta de lo ocurrido. Se tenía que acceder a un estado sin lenguaje, a un estado que Virsham aludía como el poder del cristal.

- Cuando hayas conseguido la inteligencia de plata - le dijo sacándole de sus pensamientos - accederás a la sabiduría dorada.

Valverde trató de comprender aquél lenguaje metafórico y ambiguo que el anciano gustaba de emplear. Hablaba del poder del cristal como si fuera de una sustancia mágica, de un fluido invisible que permitiese el contacto entre lo visible y lo invisible. Le afirmaba que cuando consiguiese que todo su cuerpo lo obtuviera ya no necesitaría más consejos suyos, porque

por él mismo podría contemplar la realidad sin los obstáculos que ahora poseía.

- Entonces sabrás de la tierra, del agua, de los vientos y el fuego - murmuró acariciando la verde hierba de la tierra -. Sabrás de la vida oculta a los ojos del ciego.

Por un momento Juan intuyó de qué estaban hablando. Fue como un relámpago de comprensión súbito que le hizo ajustar una más de las piezas de su rompecabezas. Aquello que llamaba Virsham el *Hé*, la sustancia del agua, era el lado pasivo de la vara de poder. Era la capacidad de receptividad que poseía, su aspecto lunar. Era el lado yin de su naturaleza, la quietud que permitía el reflejo de las cosas en él, y que le permitía así su conocimiento.

Al dualizarse en el camino de la serpiente, lo único que había hecho era contemplar el reflejo de su personalidad. Su multiplicidad dispersa y fragmentada, sin determinación en ningún lugar central, era la imagen que había contemplado al adentrarse en su interior.

- El *Jashvir* - continuó Virsham - es un hombre que ha recorrido los caminos de la Luna, los senderos del agua. Es Ella la que elige al hombre para entrar en su reino, no al contrario.

Algo como una promesa honda apareció en la mente de Juan. Por un momento había olvidado cual era el camino que le había llevado hasta allí. La búsqueda de la sabiduría, aquella enfermedad que sólo tenía un remedio, se había basado en una necesidad que le había apartado del resto de sus semejantes.

- Sé fiel - susurró Juan-. Sé espejo de tu corazón.

- El regalo que la Reina te concedió Shirkam - le respondió asintiendo el anciano -. El acceso a la conquista del espejo, al logro de que pudieras participar de una imagen sagrada y sufrir una transformación acorde a su semejanza.

Valverde comenzó a comprender aquella extraña facilidad con la que había encontrado el camino hacia sus sueños. Era como si una compañía invisible le hubiera facilitado su paso, como si lo único que hubiera tenido que hacer para franquear cada umbral fuese coraje y valor para acceder a él. Nada se le había cerrado, sólo se le había exigido que se despojara de todo lo innecesario para franquear cada puerta. Sonrió y al instante tuvo una visión.

Una gran tormenta caía sobre la tierra. El agua limpiaba de toda impureza el cielo por el que, con un destello fulminador, caía el rayo. El murmullo del trueno iba creciendo lentamente hasta ser un poderoso grito.

Quedó aturdido por aquella repentina visión. No conseguía comprender el significado de ella en esos momentos.

- El *Shaib* siempre te acompaña Shirkam. - le susurró el anciano - Te ayuda a recorrer los caminos marcados por tu destino.

Juan miró a su compañero. Este le contemplaba con respeto, como si Valverde tuviera un sello en su interior que le hiciera especial y diferente.

- Algo hizo de ti un escogido por la Madre - murmuró - Sé reflejo de ti mismo.

El joven calló y bajó la cabeza. Una tremenda sensación de limpieza entró en su interior, como agua fresca que recorriera su cuerpo. Estaba dentro del territorio del sueño, todo el océano del inconsciente se abría ante él. Sintió miedo de sumergirse en él y disolverse en su interior.

- El agua tiene que ser equilibrado con el fuego - habló el anciano -. Es el centro de ti, tu vara de poder, la linea en la que se encuentran.

Juan comenzó a comprender el misterio del caduceo. Aquel equilibrio dinámico entre dos fuerzas antagonistas como eran la excitación del fuego y la inhibición del agua, se conseguía con aquello que en los viejos libros que había leído aludían como matrimonio alquímico entre el Sol y la Luna. Eran sencillamente la dimensión pasiva y activa de su existencia.

- Es el fruto de su unión lo que crea al hijo - dijo Valverde absorto .

El anciano meneó la cabeza, como si no estuviera de todo conforme con él. Suspiró y le hizo una pregunta con tono humilde.

- ¿Qué tienen en común el Sol y la Luna Shirkam ? - le respondió mirando sus pies -. ¿Qué con las estrellas?.

Juan parpadeó, aquella infantil acertijo le hizo detener su mente compleja y libresca por un momento. Comenzó a pensar en aquello, y no consiguió hallar la respuesta. Algo se le escondía, era como si la respuesta exigiera una única información que no pudiese obtener.

El anciano meneó la cabeza sonriente e hizo un gesto con las manos de paciencia.

- ¿Qué refleja el espejo? - murmuró lentamente - ¿Qué deja pasar el cristal?

Comenzó a pensar en alguna respuesta complicada. No acababa de conseguir acceder al meollo de la pregunta. Virsham le miró y sonrió aún más, parecía hacerle gracia que Juan no consiguiera responder.

- Forjado con el fuego y el agua se realiza el *Ka* - le dijo mirándole cada vez más hipnóticamente.

Valverde de pronto comprendió el trabajo de la fragua. Para conseguir el temple de la espada se calentaba repetidamente el metal en el fuego, y tras darle forma se le enfriaba con el agua del pilón. Se dijo que era la unión de su fuerza vital y su alma de soñador la que estaba permitiendo que fuera forjando su vara de poder, el puente que permitía la conexión entre lo visible y lo invisible.

- La luz es energía - se dijo en español absorto en sus laberintos - que permite la información.

Virsham seguía mirándole con ojos extraños, no parecía sorprenderse que Valverde comenzara a hablar en español. Juan parecía estar entendiéndose consigo mismo, dándose respuestas a preguntas que no había conseguido dilucidar. Sentía que aquel proceso de ascender lo inconsciente, a través de su descenso consciente a las profundidades desconocidas de su ser, comenzaba ya a finalizar.

El temor tabú al descenso era comprensible para Juan a aquellas alturas. La visión romántica que había tenido al inicio, el encuentro de sus riquezas interiores, había ido cambiando a una visión más realista de lo que antes era sólo leyendas en su imaginación. En aquel mundo no sólo se ocultaba lo más valioso de sí mismo, también se hallaban multitud de traumas y complejos, de temores inconscientes y ciegas creencias.

Pensó en el funcionamiento normal que exigía la sociedad de donde había partido. La represión de las tendencias instintivas y la doble moral permitían la creación en el interior de l hombre de una especie de sótano donde se iban acumulando todas las miserias de su vivir. El lema era olvidar y callar, dejar que la basura que uno iba tragando día tras día fuera ocultada tras las barreras tabú de lo inconsciente. Represión exigida para poder funcionar al compás de la máquina, de un sistema productivo que exigía un modo de vida acorde a su existencia.

Cada vez comprendía más a aquel pueblo mítico al que tanto había imaginado influido por el mito del buen salvaje. Había pensado al principio que en la isla de sus sueños iba a encontrar

hombres que de manera natural poseyeran la sabiduría. En realidad, lejos de aquellas ideas occidentales, había encontrado un pueblo que, partiendo de la nobleza de su corazón, se disciplinaba en un arte para conseguir el pleno dominio de sí mismos. Para ellos el logro de su arte era lo más preciado en este mundo, poseían una escala de valores opuesta completamente al lugar de donde procedía. Eran el polo contrario de una cultura decadente y corrompida, la inversión de su jerarquía valorativa. Ellos primaban la riqueza interior que se manifestaba en la expresión y contacto con todo lo viviente, algo que contrastaba con el culto a la riqueza exterior de la sociedad donde se había educado.

Esta crítica tan sencilla era sin embargo axioma de una gran diferencia en la contemplación de la realidad. Por un lado, un mundo que negaba la existencia del misterio, desterrándolo a un tema para el tiempo libre; por el otro, una isla donde se afirmaba como algo natural aquel misterio que envolvía la realidad que les habitaba. Aquel pueblo tenía un sentido no buscado, sino encontrado, desde su mismo momento de nacimiento. Para ellos su alma era como un espejo que reflejaba la realidad de la existencia. El *Hé* era aquella alma de agua, aquella capacidad de mostrar a la inteligencia las cosas tal como eran ante la exposición de la luz.

- Es *Orú* la respuesta Shirkam - le distrajo de sus pensamientos el irónico viejo con cara de no entender la larga pausa en la que había quedado Juan .

- ¿Cómo? - respondió automáticamente sin atender .

Virsham sonrió aún más maliciosamente y se encogió de hombros. Suspiró tranquilamente pensando en la ley de la rueda. Cada hombre accedía a su propio tiempo y manera, no servía de nada ofrecer la información hasta que no estaba preparado para recibirla.

- El *Hé* es la luz de la Luna Virsham - le sorprendió de pronto la voz de Juan en sus pensamientos -. El reflejo de la luz del Sol que es *Orú.*

El anciano miró la sonrisa satisfecha de Valverde. Asintió lentamente con cierto gesto de asombro. Aquel hombre le acababa de dar una respuesta precisa a su pregunta . Se sintió orgulloso de su yerno, y de su decisión de depositar en él la sabiduría acumulada de sus años.

- El *Hé* es la luz que ilumina nuestros sueños - respondió Virsham asintiendo con respeto-. Es esa materia que como el cristal parece estar y no estar a la vez.

- Es el espejo donde podemos tomar conciencia de la realidad oculta - replicó Juan afirmando también con la cabeza .

- Sí Shirkam, del lugar sagrado de nuestro interior. El centro inaccesible donde existe la conexión con todo el Universo.

- Con la mente limpia mira desde el corazón - susurró Valverde accediendo por un momento a la sabiduría profunda -. Contempla la existencia desde la fortaleza de tu interior.

Cerró los ojos y un circulo de colores se extendió ante él. Era como si en su centro surgiera una luz brillante que al expandirse formara un espectro continuo en el que existiesen todos los colores posibles.

- La serpiente del Arco Iris se muerde la cola - acertó a decir Juan .

El anciano sonrió satisfecho. Como siempre el tiempo iba mostrando el fruto del trabajo lento y constante en su arte. Sintió un agradecimiento profundo a aquel Misterio que permitía a cada hombre encontrar la sabiduría que siempre unía, la verdad de la vida iluminada por la luz.

- Sí Shirkam, el *Krys* es como el rayo que despeja la oscuridad del alma - susurró el anciano médico del clan ancestral- Es el destello fulgurante de luz que permite por un

momento el reconocimiento de la verdad, el don del Cielo.

Valverde comprendió el significado de que en algunos momentos estuviera tan cerca y en otros tan lejos. En su recorrido por el camino de la luz, había ido utilizando el *Shak*, la fuerza vital de su existir, para conseguir ir guiándose por las imágenes que el *Hé* le ofrecía. Aquel estado abrasador en el que entraba le permitía contemplar el estado de su alma e ir recorriendo un sendero recto y firme que encaminaba hacia la luz dorada de *Orú*. Por su paso, a medida que mataba complejos y obstáculos que impedían su marcha, iba labrando un camino rojo que se iba transformando en una vara de poder, en el *Ka* que era expresión de la forja de su voluntad decidida y constante por seguir avanzando.

- El *Shaib* está formado por la pasión del fuego y la sabiduría del agua - continuó hablando Virsham -. Para conseguir su dominio tienes que ser firme como la tierra y confiado como el viento, unir ambas cualidades como el jinete con su caballo que sabe frenar o aflojar las riendas dominando así su montura.

Valverde permanecía callado sintiendo como si dos fuerzas se unieran en su corazón. Una descendía como el agua y otra ascendía como el fuego. Se dijo que todo eran metáforas para comprender un misterio que le poseía y a la vez tenía derecho a poseer. Lo disperso tenía que ser ordenado.

Los días pasaban entre paseos con Shanila y charlas con Virsham. De vez en cuando el herrero le dejaba usar las herramientas de la fragua para confeccionar por él mismo una espada. La tarea le resultaba pesada y fatigosa al cabo de poco rato. No conseguía comprender cómo aquel hombre de menor constitución podía soportar el ritmo que imprimía a su trabajo. Absorto en los golpes, Shanda parecía un animal de puro nervio con una resistencia similar a la del metal que trabajaba. Para Valverde aquel trabajo resultaba agotador.

Virsham se acercó a él y le interrumpió en su faena de templar el metal.

- Mañana haremos un corto viaje - le dijo misterioso - . Sólo podrán ir hombres, así que díselo a Shanila.

Juan dejó el martillo del herrero en el yunque pensando en el significado de aquel viaje. Debía ser algún tipo de ceremonia estrictamente masculina de aquel pueblo que iba a tener la oportunidad de contemplar. Pasó el día impaciente esperando que acabara la jornada. En la conversación en la intimidad del lecho le preguntó a Shanila si sabía algo de lo que iba a ocurrir. Ella mostró la misma ignorancia que él, así que Valverde quedó callado consumiéndose de impaciencia imaginando qué ocurriría al día siguiente.

Se levantaron nada más despuntar el alba. El paso de la marcha era tranquilo, como si esperaran que fueran reuniéndose con ellos otras personas a medida que avanzaban. Así fue, pues a medida que transcurría el tiempo fueron encontrando hombres que saludaban a Shanda y se unían al grupo. Virsham era presentado respetuosamente, Juan sólo hacía el gesto de reverencia. La imposibilidad de hablar la lengua de los guardianes le impedía poder acceder a un grado mayor de comunicación.

- ¿A donde vamos Virsham? - descargó por fin su curiosidad .

El anciano le miró un instante y siguió la marcha. Parecía estar tremendamente ilusionado

con aquello. Se dijo que realmente aquel hombre conseguía disfrutar más que él mismo de aquel encuentro con los míticos guardianes. Era como si fuera capaz de paladear con mayor delicadeza aquella experiencia, parecía un sibarita degustando la pocas frases que cruzaba con los guardianes.

- Vamos a la iniciación como futuro padre del joven guardián que tú ya conoces - respondió al fin poniendo cara de no saber más que él del asunto -. No sé nada más.

Hizo un gesto pidiéndole paciencia y continuaron caminando. Al cabo de un par de horas, y formando ya un nutrido grupo, llegaron a un claro de la jungla donde, presidiendo una explanada, se hallaba un gigantesco árbol. Virsham soltó una exclamación fuerte y seca al contemplar aquel árbol. Valverde asintió levemente, también él se hallaba asombrado por aquella imagen.

No sólo era las proporciones del árbol lo que le impactaron. Había visto en ocasiones anteriores árboles semejantes, aunque destacaba por aquella soledad en la jungla provocada por la tala para dejar aquella explanada en la que sólo habitaba él. Aún más sorprendente que su soledad y grandeza era su apariencia: el tronco estaba pintado de manera multicolor, siguiendo el mismo diseño del arco iris que su vara. Las ramas estaban todas pintadas de blanco. El conjunto entre tanto verdor y aquel árbol de color era detonante para los sentidos.

Al acercarse pudo ver a otro grupo de hombres que esperaban al pie del árbol. Entre ellos se hallaba el joven guardián, parecía ya recuperado de sus heridas, y portaba ya su propia espada en la espalda. Juan pensó que aquel hombre había luchado por el derecho de merecer llevarla. El joven se mostraba orgulloso y erguido, aguardando en silencio el desarrollo de los acontecimientos. Valverde cruzó una mirada de simpatía y complicidad con el joven, ocurriera lo que ocurriera estaba en la misma situación que él, es decir, en la más absoluta ignorancia.

Una exclamación de Virsham le distrajo de su atención al espectáculo del árbol. El anciano no paraba de frotarse las manos tremendamente excitado y hablando consigo mismo.

- Estupendo, estupendo - repetía una y otra vez - . Tendremos ocasión sin duda de sedimentar el conocimiento de nuestro clan.

Juan comprendió la excitación del anciano, todo aquello que estaban viviendo corroboraba el conocimiento tradicional del clan al que Virsham pertenecía. Pensó en la curiosa semejanza del tronco del árbol con la vara de su clan, y así se lo dijo al anciano. Este asintió en silencio y se acercó a Shanda. Comenzó a charlar con el herrero para finalmente volver al lado de su yerno.

- Estaremos aquí tres días Shirkam - le explicó -. El joven guardián va a ser iniciado por el Viejo Sabio, maestro del conocimiento de los guardianes.

Se sentaron en círculo alrededor del árbol. Pasó un rato en silencio hasta que el guardián que parecía tener más edad rompió a hablar.

- Dice que el ser viviente más antiguo enseñará al más joven la sabiduría del cuerpo de la vida - susurró Virsham traduciendo -. Dice que posee el saber original que le transmitirá al joven si éste sabe escucharle.

Valverde asentía a medida que hablaba el anciano. Todos los asistentes mantenían la mirada fija en aquel gigantesco y coloreado árbol. Se removió inquieto buscando un modo cómodo de sentarse en el suelo. Aquellos hombres parecían haberse clavado en la tierra, inmóviles como estatuas mantenían toda su atención concentrada en la visión del árbol.

- El primer paso es adquirir la posición del árbol Shirkam - le susurró el anciano sin mirarle

-. Recuerda las lecciones del *Rahash* y adquiere el poder de la visión fija, haz *Yug* en tu atención.

Juan irguió su columna y trató de adquirir la posición más fija posible. Hacía meses que practicaba el dominio de la postura, el conseguir mantenerse fijo como una estatua ajena a todo lo que ocurriese en el exterior. Esto se unía a la práctica de mantener la mirada fija en un punto, generalmente la punta de la nariz o un objeto a unos treinta centímetros. Se trataba de conseguir la plena autonomía del exterior, el control de la ausencia de respuesta al medio ocurriera lo que ocurriera.

Por el rabillo del ojo apreció que nadie miraba a nadie, todos seguían manteniendo la mirada fija en el árbol. Supuso que aquello era parte integrante de la iniciación y reprimió su curiosidad para centrar su atención delante suyo. Un tremendo grito le hizo respingar y mirar involuntariamente a su fuente para de nuevo volver a centrar su atención al árbol. La voz quebrada por los años sonó áspera y grave en aquel círculo de hombres inmóviles.

- Es el *Ka* - susurró Virsham -. El árbol ancestral que se halla en el centro de la isla. El guardián de la sabiduría a la que todos podemos acceder.

Los hombres se levantaron y alzaron sus brazos al cielo. Valverde imitó aquella posición que le recordó la postura de Virsham al Sol. Al hacerlo comenzó a sentir como si una fuerza vital le impulsara desde su interior hacia arriba. Había una sensación contagiosa en aquel circulo que le permitía sentir de una manera más acrecentada,como si aquellos hombres estuvieran invocando un poder que pudiera notarse con claridad.

De nuevo sonó la voz grave del viejo guardián. Era un canto que sabía a añejo, a un sentir antiguo sumergido en la noche del tiempo.

- Todos sus antepasados honraron al *Ka* - tradujo Virsham -. Al viejo sabio, al hijo verde de la madre azul y el dorado padre. De padre a padre se traspasan el saber de las raíces que les permiten agarrarse firmemente a la existencia.

Volvieron a sentarse sin dejar de mirar al árbol. El viejo guardián se acercó al árbol y comenzó a darle golpes con un palo de madera a su tronco. Un canto lento y acompasado acompañaba el compás de cada golpe.

- Está llamando al *Ka* - murmuró el anciano - Le pide que les bendiga y les acompañe en esta reunión entre hombres.

Un viento azotó suavemente las hojas del árbol, parecía que aquel susurro fuera la respuesta a su petición. Algo mágico parecía teñir el ambiente, como una conexión ancestral con un ser más poderoso y sabio.

- Siempre vivo - siguió Virsham - , siempre en contacto directo con la realidad. El hijo asentado firme en el trono de su madre.

El suelo comenzó a sentirse como si estuviera vivo, como si ocultara en sus entrañas un misterio oculto a la simple mirada.

- La primera puerta Shirkam - tradujo las palabras del anciano al saludar respetuosamente al árbol -. El saber de la raíz que se nutre de las profundas oscuridades de la Gran Madre.

En una copa se escanció un líquido y comenzó a pasarse entre los hombres. Juan miró interrogante al anciano que parecía excitado y sonriente ante la presencia de aquella bebida.

- El *Ka* nos ofrece su medicina para entrar en sus misterios - le dijo meneando la cabeza -. La esencia de su savia.

Cuando le tocó al turno a Valverde miró la copa. Era de plata, y en su interior un líquido de

color como el vino añejo refulgía en su interior. Lo tomó, era una mezcla de sabores que no consiguió distinguir. Al beberlo sintió que un calor interior comenzaba a quemar su interior. Era realmente agua de fuego.

Un grito seco sonó en el aire y sintió como si vibrara lo más hondo de él. El cante le inundó superando todas sus fronteras corporales, parecía llegar al tuétano de sus huesos. Respiró profundamente y sintió que la visión del esqueleto aparecía suavemente al espejo de su mente.

- Esta es la raíz de la vida - murmuró el anciano -. Oculta a la mirada de todos la imagen secreta, el cuerpo duro y resistente a toda lo transitorio que guarda el origen de la sangre.

La puerta se abrió y Valverde entró decidido en la marca de sus antepasados, en aquellos que viven en la profunda tierra. Penetró en la sustancia de la materia prima que le había otorgado el ser, en la memoria ancestral de su especie que era fuente de su saber.

Un estallido de voz sacudió el aire y todos miraron hacia la base del tronco. Allí, rodeado de verde tierra se veía un rojo oscuro que parecía hundirse en la tierra.

- Entra en la sabiduría negra - dijo Virsham -. La oscura raíz que vive en el interior de la Madre.

Su conciencia comenzaba a girar recordando múltiples experiencias. Allí, oculta a la mirada, se hallaban las oscuras ramas que permitían vivir al *Ka*. Sintió que allí se guardaba la fuerza impulsora del árbol, el poder que le permitía sostenerse firme ante el mundo. El sostén de su existencia, la base de la columna origen del proceso.

A un golpe de su compañero Juan miró lo que ocurría ahora. Todos comenzaban a descalzarse y levantarse para seguir mirando fijamente al árbol. Imitó el comportamiento y al poner los pies en la tierra sintió como un cosquilleo en sus plantas, como una corriente de energía viva que hormigueease sus piernas. Fijó su atención en las blancas ramas del árbol y una aspiración profunda surgió en su interior, como una llamada espontánea que guardase su cuerpo.

Un canto lento y dolorido comenzó a llenar el flujo del círculo. Hablaba de la larga marcha de una existencia en pos de aquella situación, de aquella imitación de la postura erguida del árbol. Sintió como si el árbol les contemplara, como si en su inmovilidad inmutable participara de alguna manera de aquella reunión. Era una sensación tan clara que Valverde cayó en la cuenta entonces que aquella vara vertical era un ser vivo.

- *Ammá* - dijo sin poder reprimirse- . Esta lleno de vida.

A una exclamación todos los hombres señalaron con su dedo índice a sus pies.

- La muerte da vida - susurró el anciano - . El *Ka* es símbolo de nuestro dominio.

Al hacerlo Valverde comenzó a sentir cómo sus genitales vibraban poderosamente. Sintió que había conectado con la fuerza vital que le mantenía vivo, con el instinto puro de supervivencia que le hacía seguir pese a todo. Apretó fuertemente su puño derecho dejando que una corriente ardiente recorriera su cuerpo.

- Calma Shirkam, hay tiempo para ascender el *Shak* - le dijo el anciano volviéndose a sentarse junto a los demás -. Siente primero la seguridad, el cimiento de tu ser.

Con la conciencia trastornada sentía cómo corrientes de energía viva recorrían su cuerpo. Era como si un líquido precioso y placentero circulase por su interior. Un nuevo canto comenzó a sonar.

- Canta al alma viva del *Ka* - susurró Virsham -. A la vida sagrada que se regenera

perpetuamente.

Juan comenzaba a escuchar las voces de sus antepasados , de los huesos enterrados en la negra tierra, muertos que habían permitido la transmisión de la vida que ahora poseía él. Algo como la imagen de un hombre apareció en su mente, como un Adán primordial que apareciese ante él a recordarle la promesa original.

Un murmullo comenzó a sonar por todo el círculo. Parecía que cada uno de ellos entonara una vieja melodía personal. Juan miró a Virsham que también comenzaba a entonar aquella canción que tantas veces había susurrado en baja voz. Algo en su interior comenzó a murmurarle unas palabras, cantaba sobre la fuente de la vida sagrada que guardaba en sí mismo. Instintivamente miró hacia el árbol y su cabeza comenzó lentamente a subir por aquel color que iba incendiándose con los colores del fuego. Al hacerlo sintió cómo de nuevo surgía el calor vital de su cuerpo.

Era clara la sabiduría de la raíz. Enraizada firmemente en la realidad el misterio de la vida sostenía la manifestación de ésta. Tras la negra muerte, tras el rostro del esqueleto mudo, existía toda una dimensión vital, base de toda la realidad. El instinto oscuro de su cuerpo, el misterio de la transmisión de la vida que ordenaba sus pasiones.

Todo quedó en silencio al cabo de un rato. Cada uno de ellos mecía su cuerpo, al son de un compás desconocido. Juan, cada vez más poseído por los efectos de aquella bebida, sentía que adquiría conciencia de su esqueleto y partiendo de éste de sus músculos. Nunca había sentido de una manera tan clara la constitución de su cuerpo. Cuando sonó el canto de Shanda agachó la cabeza y sintió como una solidez que iba cristalizándose lentamente.

- El cuerpo sagrado - tradujo el anciano - la materialización de la fuerza de la vida, la plasmación de su poder.

Valverde asentía a medida que cada vez notaba más vivo su cuerpo, sentía que todo él estaba dinamizado por una misteriosa energía. Era el *Shak* que llenaba todo su ser, que era él mismo. Era las raíces que sostenían su propio vivir. Más allá de todo lo que pensara sobre esto o aquello, existía una base fundamental que permitía que luego creyera ser de una manera u otra. Alejada de toda concepción existía la parte oscura de su ser, que sin cesar, se nutría del propio misterio de la realidad única e indivisible.

- Madre oscura que con luz de plata nos lleva a su misterio profundo - siguió el anciano .

Valverde cerró los ojos y contempló al Hijo de la Luna, al Toro sagrado poderoso y fecundador. Sonrió sabiendo exactamente donde habitaba aquel poder en él. Sintió cómo ascendía aquella sensación hasta la raíz de su ombligo. Allí se encontraba el fuego de su cuerpo, envuelto en una luz dorada, el sostén firme que permitía su virilidad.

Juan abrió los ojos y fijó su mirada en aquella gigantesca vara de poder plantada en la redonda Tierra. Ante todo era un macho, aquella afirmación simple y sencilla ya le permitía contrarrestar al castrado *Seth*, a la tendencia de división y muerte que era su enemigo. Era una unidad de vida ambulante, un depositario de la semilla sagrada que permitía que la vida siguiera perpetuándose eternamente.

¿Qué era su cuerpo sino expresión de esa sencilla verdad? Nacer, crecer, reproducirse y morir, en eso consistía la ley que la naturaleza había grabado en él. La tierra que le sostenía era el lugar donde ocurría, una y otra vez, aquel simple proceso. Nada más había que hacer, era la fuerza vital que albergaba la que le permitía la supervivencia. Aquella era la otra cara de la moneda: sobrevivir para poder cumplir con aquel mandato natural que todos sus ancestros

habían cumplido.

El enemigo de su supervivencia era *Seth*, y todo aquello que dominaba. Era el adversario que siempre trataba de contrarrestar su afirmación de vida, el uso de todo su poder vital para llevar a cabo aquel mandato de la Madre. Sonrió lentamente comprendiendo que ya había cumplido el mandato de nacer al mundo, en aquella época de su vida cuando fue habitante de las aguas de las entrañas maternales; que había crecido de manera natural convirtiéndose de niño en hombre por una misterioso proceso oculto a los ojos, y cuya única expresión había sido un lento y constante cambio para llegar a su apogeo viril.

El encuentro con su propia virilidad, con el propio hecho de ser un ser que podía reproducirse era ya el cumplimiento del tercer mandato. Comprendió que aquél era el paso más largo, la ubicación en una nueva dimensión que duraría el resto de su vida. Ser padre como había sido hijo.

- El Viejo Padre nos enseña Shirkam. - susurró el anciano sin dejar de mirar al árbol - Mas antiguo que nosotros, ofrece su sabiduría para aquel que quiera escucharle.

Valverde abrió los ojos y volvió a mirar al árbol. Aquel tronco firme y erguido parecía llamarle. Espontáneamente se levantó y se dirigió hacia él. Notó la dureza de su constitución, y cuando trató de empujarle sintió realmente su poder. Aquel ser, plantado entre el Cielo y la Tierra, mantenía incólume su posición. Transmitía una tremenda sensación de seguridad, de ausencia absoluta de desequilibrio. Miró hacia abajo y comprendió que aquella fuerza procedía de la profundidad de sus raíces. Supo que a mayor penetración en las entrañas de la Tierra más firme y poderoso era el *Ka*.

Cerró los ojos y sintió que su columna era el tronco, que sus genitales eran las raíces y su cabeza las ramas. Un poderoso destello incendió su conciencia semejante a un orgasmo, era el grito de la vida estallando en su interior. Un camino hecho en su cuerpo, en sus nervios, por un fuego abrasador que marcaba de un rojo ardiente las espesas capas de su cerebro.

Supo entonces exactamente qué era el *Shak* y el recorrido que surcaba por el *Ka*. Giró su cabeza y contempló a aquellos grandes primates supervivientes del Tiempo. Su especie seguía allí, en aquel preciso instante del Universo, tal era su victoria.

Tumbado, se removió inquieto mirando la hoguera que calentaba los cuerpos dormidos de sus compañeros. No conseguía dormir, cada vez que cerraba los ojos sentía como un túnel que le absorbiese hacia su interior, hacia un lugar que temía inconscientemente. Trató de luchar contra esa sensación manteniendo los ojos abiertos y fijos en las llamas, Algo en ellas le sugería que apartara su temor y se dejara llevar. Se preguntó qué sustancia había sido aquella que había ingerido que le hacía sentir tan extraño.

Como un tornado que le empujase hacia su interior, como un remolino que le absorbiera fatalmente, una fuerza oscura le atrapó. Poseído por algo superior a él mismo, que sentía como una fatalidad, Valverde luchaba con las últimas defensas de su imagen de sí, de su decir de sí mismo. Finalmente algo en él mismo sonrió y cerró los ojos dejando que por fin las alas del sueño le poseyeran.

Un espacio oscuro, cuya única pista era un rojo resplandor, regentaba aquel mundo donde

los muertos habitaban, donde la profundidad del animal vivía, el origen de la vida en sus mismas entrañas.

Un gigantesco Toro guardaba la entrada a los elegidos del círculo donde cantaba con voz de trueno el Señor del fuego. Por el camino múltiples palabras de sus antepasados custodiaban su avance. Dioses de la vegetación, en su sabiduría verde y sempiterna, recorrían el camino de los hombres con su canto de Vida. Sembradores de experiencia, corriente del río murmurada por los sabios que guardaban el camino de los iniciados al Saber de la Madre.

Saber de la oscura raíz, custodiado por el silencio. Camino ancestral hecho de padre a padre, de madre a madre, y por el que transcurre el misterio de la vida misma.

El compás del Martillo de Hierro marcaba el desfile de velas de los hombres que le acompañaban. El cojo sagrado, habitante del fuego del interior de la carne, forjaba el arma del Vencedor inmortal.

Amparados por la Reina de los Cielos, los seguidores de su Hijo descansaban de la guerra contra la mentira del mundo del Impostor, el tirano que niega la Ley.

Música sagrada poseía los cuerpos extáticos de sus seguidores. Poseídos por la verdad de ser marcaban con su baile el cante puro y original.

Valverde abrió los ojos y miró al cielo estrellado que aparecía ante él. Los hombres seguían durmiendo al amparo de la hoguera que, con reflejos ardientes, alumbraba el Arbol de la Isla Verde.

De nuevo en el círculo ante el árbol Valverde volvió a compartir la copa de plata que circulaba entre ellos. Cada uno de ellos adoptó la misma postura hierática en la contemplación del árbol. Pensó que aquella jornada iba a resultar de las mismas características que la anterior, y trató de adoptar la posición más cómoda. La columna vertebral debía parecer semejante al tronco del árbol, para ello debía dejarse que la zona superior del cuerpo quedara relajada y permitir con confianza que la zona inferior fuese la que soportase la postura.

Shanda fue el que comenzó a cantar aquel día, su voz parecía hecha de relámpagos que marcaran la carne.

- Habla de la semilla sagrada que se introduce en el corazón Shirkam - tradujo susurrante el anciano - De la puerta central que abre el templo en cuyo interior habita el misterio.

Valverde dejó que el sonido de la voz se uniera a los efectos de aquel líquido embriagador. Cerró los ojos y de nuevo volvió a vislumbrar un castillo refulgente cuyas puertas se abrían para mostrar en su interior una llama viva. Si había algo sagrado en el mundo era aquello que su interior le mostraba en el espejo de su mente.

Sonó un fuerte grito y todos se levantaron mirando al Sol. Juan imitó aquella posición y dejó que el astro rey le cegara con sus rayos dorados los ojos. Estos comenzaron a llenarse de lágrimas, como si no consiguieran soportar aquella visión. De pronto sonó otro grito y todos taparon con sus manos los ojos. Valverde lo imitó y allí vió el reflejo del Sol en su interior.

Apareció como postimagen un color verde amarillento. Valverde quedó largo rato contemplando aquel reflejo en su carne de la imagen de la luz del mundo. Sus manos

espontáneamente descubrieron su rostro y sus ojos se abrieron contemplando el verde centro del tronco del árbol. Sonrió infantilmente sintiendo cómo todas las piezas encajaban en una con una sencillez y simplicidad tan absoluta que limpiaba su mente de toda duda.

Allí, en el centro, el amor que unía la Tierra y el Cielo, el sentimiento que impulsaba la vida enraizándola en la tierra y haciéndola ascender hacia las alturas. Una fuerza viva y misteriosa que unía los destinos de los mundos.

- Todos los caminos llevan a él Shirkam - sonó el susurro del anciano -. Es el *Shar* de nuestro interior, la fuente de la luz y el calor, el centro de la vida.

Juan sintió la corriente de vida que existía en su interior, ríos de fuego procedentes del centro que era origen y final de todo vivir. Era su sangre, que ardía impulsada por su corazón. De pronto sintió como una sensación de tremenda pesadez y desánimo, como un cansancio que no llevase a ninguna parte.

Instintivamente Valverde respiró fuertemente, sentía un dolor intenso en su pecho que sólo era aliviado por la respiración. Cada inspiración era como la bocanada de un alimento vital y necesario con urgencia para él.

- *Shí* - cantó de pronto el anciano al unísono con todas las voces que sonaban en libertad -. El poder invisible, fruto del aire que respiras en su unión con tu cuerpo.

Valverde sintió que sus venas se dilataban por la fuerte oxigenación, su pecho era sacudido por un fuerte latido que surgía de su interior. Era su corazón, que martilleaba una y otra vez al compás de su existir. Comprendió que todo un lado de su ser vivía al ritmo de éste, y que aquel otro lado hecho de palabras en nada le afectaba. Su autointerpretación sólo era el reflejo de lo que ocurría a aquel yo profundo que hacía latir su vivir, la interpretación de todo aquel continente desconocido para él que era la existencia del animal, de lo instintivo, del sentimiento.

Sintió que una corriente transportaba todo la sangre para ser transformada en alquimia con el aire; cómo aquella unión se hacía en la fragua de sus pulmones; y cómo el corazón amable difundía sangre fresca y nueva a todo su ser. Abrió la boca con asombro al sentir cómo era encarnación de la ley de la rueda. Cómo la sangre nueva acababa en vieja para ser transformada de nuevo por un milagro en nueva otra vez. Compás continuo de la existencia que reflejaba así el orden eterno del Universo. Todo el misterio habitaba en el latido que abría y cerraba el corazón.

Aturdido agachó la cabeza. Todo aquel misterio se traducía en el matrimonio, en la unión, en la chispa producida por dos polaridades. Era amor la llave que abría todas las puertas, comprendió por fin porqué había necesitado enamorarse para poder realmente entrar en el corazón de la isla. Amor que abría con su ardiente pasión el camino del fuego hacia el origen de éste, que era el sol de su interior, luz siempre viva.

Shanila le había dado aquel amor que enraiza al hombre en la tierra, ella había despertado el fuego de la pasión que había dado vida y consuelo a su sentir. Ella, siempre acogedora, permitiéndole encontrar la dimensión carnal, real y viva.

Comenzó a llorar con una enorme tristeza en su alma. ¡Cuantos buenos momentos de su vida malgastados por la tortura de su mente!. La vida siempre había estado allí, en él; silencioso y callado el misterio que él se había dedicado a buscar en cualquier otra parte. Siempre vivo y en persecución de una vida soñada por su mente, poseedor de un presente que era sistemáticamente sacrificado por el recuerdo del pasado y la angustia del futuro.

Empujado como un caballo desbocado a la búsqueda de un santo grial que habitaba desde siempre en su interior.

Valverde no comprendía cómo nunca antes podía haberse dado cuenta de aquella sencilla verdad: toda su interrogación acerca de la vida le impedía apreciar la vida que era. Aquella decepción que sentía sobre sí mismo se hizo mayor. ¡Qué difícil era apreciar aquello que se tenía!

- Habla del navegante del *Kalen* - tradujo Virsham sin hacer caso del estado de su compañero -. De aquel que tuvo valor para recorrer el camino que dicta el corazón.

- No soy puro Virsham para estar aquí - sollozó Juan envuelto en la culpa de Occidente.

El anciano giró su cabeza y le miró con rostro grave.

- Entonces - sonó su pregunta de manera pétrea - ¿Qué haces aquí?.

Los guardianes seguían manteniendo el compás con las palmas mientras Shanda cantaba. Algo vivo parecía recorrer el círculo, como un ser alado e invisible que llenase el aire envolviéndoles en una sensación de unión. Juan meneó la cabeza y trató de responder, cuando de pronto un fuerte sentimiento de cólera le asaltó. Por un instante, al comenzar a interrogarse a sí mismo del hecho de que fuera él así y no de otra manera, una visión había aparecido a su conciencia : la imagen de Jesús con las manos atadas acusado por su existir.

El Tribunal de la Razón juzgaba con sus palabras al Corazón. Le exigía que le respondiese a sus preguntas, que hablase con su mismo lenguaje.. Este quedaba mudo, inocente ante una acusación surgida por su simple existencia que derrumbaba los cimientos en los que se basaba el Tribunal.

Acusación injusta hecha desde el principio de los siglos, tiranía siempre presente y encarnada en el juicio de aquel que llamaban Nazareno.

Era cierto se dijo, ¿cómo era posible semejante suma de acontecimientos que le habían hecho ser a él lo que era y estar donde estaba?. Tantas casualidades que habían ido formando un sendero por donde había caminado en su busca de la luz que le permitiera saber la verdad. Algo llamado destino por los antiguos era la única explicación. Más allá de sus continuos enjuiciamientos sobre su personalidad y su existencia, un río le llevaba haciendo camino en su avanzar.

La vida ocurría sin saber por qué. Esta era la continua derrota de la frágil razón, de ahí su tiranía.

Virsham seguía absorto escuchando el canto de Shanda, alegre y festivo. Juan le miró y supo qué estaba cantando sin necesidad de traducción. Estaba hablando del amor. Amar y ser amado aquél era el misterio del puente, del tronco que unía las raíces de la tierra y las ramas del cielo, aquello era todo el secreto. Porque como todo secreto lo importante no era saberlo, sino practicarlo.

Valverde supo entonces dónde residía el centro del diamante, la fuente de luz que irradiaba su poder como el Sol. Su ser como individuo único e irrepetible.

El cante se hizo dolor, un dolor tan intenso y profundo como sólo puede tenerlo la tierra

callada acogiendo a sus hijos cobijados en sus entrañas. Valverde sentía que su corazón no podía ascender más, que algo pesado y grave le impedía avanzar por el tronco del árbol. En su interior, la pena profunda guardaba su marca mostrandole su débil humanidad.

Comenzó a recordar las heridas de su vida de una manera humana y sencilla, esto es,con el dolor y la impotencia de haber perdido sin poder evitarlo. A medida que el canto se hacía más y más doliente Juan siguió ahondando en la gruta de su corazón, allí reposaban cruces en el camino en recuerdo de los que nunca más volvió a ver.

Había creído conquistar la inmortalidad pero algo le estaba empujando a la visión de su mortalidad. Allí, oculto en el corazón, no sólo existía la esperanza de la divinidad, también estaba la tristeza de su humanidad. Sintió que de su pecho surgía un grito que quebraba su alma, y Juan pudo comprender entonces que aquel camino que ascendía desde la Tierra bebía de las fuentes del llanto. Se unió entonces al corazón de la Madre, a la profunda tristeza de la constatación de la muerte en un mundo de vida, a la existencia de la ausencia en un mundo de presencias.

Recordó a su mejor amigo, al único que había tenido como compañero fiel en su triste vagar por el mundo. Había sido un perro, Chuqui, que le había dado la alegría de vivir en momentos de soledad y angustia. Era el animal más hermoso que había visto, de un suave y abundante pelo blanco y negro, con un ojo marrón y otro azul. Le habían dicho que procedía de las heladas tierras del norte, y su genética pura y ancestral le hacía semejante a un lobo sano y libre.

Un día, sin avisar, como siempre hace la muerte, Chuqui fue atropellado ante él en el cruce de la calle donde vivía. Allí quedó tendido su leal amigo, el compañero de sus paseos, el animal que más quería. Lo enterró al pie de un árbol y lloró y lloró por aquella muerte absurda de un ser inocente. Chuqui tan sólo tenía siete meses de edad, y Juan comenzó a odiar en ese momento al Dios que había permitido aquella injusticia.

Respiró profundamente tratando de olvidar el doloroso recuerdo y advirtió que el paso siguiente en su corazón estaba marcado por la Muerte. Valverde comenzó a cantar de pronto en un lamento profundo e hiriente, sentía cómo su corazón era atravesado por un fuego candente que marcaba con el dolor la señal de su condición. Se unió al canto que en todo momento y lugar ascendía del corazón de su especie por el dolor de la muerte de un inocente. Sintió que junto a él la bella Madre se unía al canto de todas sus criaturas, golpeadas por la enfermedad y el sufrimiento, por el hambre y la soledad, por el miedo ante un mundo terrible que golpeaba a diestro y siniestro ajeno a toda valoración humana de bondad y maldad.

Su alma comenzó a rebelarse desde lo más profundo de su ser contra aquella ley absurda que hacía el mundo una tragedia. ¿De qué servía el dolor y la muerte para las criaturas del Creador? Rebeldía que, como la de Job, sólo mostraba la natural exposición de la incomprensión de una Ley ajena al hombre.

Vió entonces a un hombre honrado y encanecido por el tiempo. El hombre miraba una montaña donde un justo moría absurdamente. El anciano apretaba sus puños de desesperación ante la muerte de un hijo amado.

Trató de alejar aquella repentina visión. Quiso que su alma volara hacia las blancas ramas, ascender por un canal hecho de agua y estrellas hacia la fuente de aquel terrible

misterio,hacia aquel que poseía el arma de doble filo, el que daba la muerte y la vida.

Volvió a bajar al mundo de sus pies, incapaz de conseguirlo, dolorido ante aquella sencilla verdad. Valverde era ahora una criatura más que se rebelaba ante la justicia divina, ante aquel tremendo sinsentido que es la muerte y el sufrimiento que golpea a los que aman. Corazón roto por mil amores muertos por el tiempo y el espacio.

- El *Jashvir* acepta su Dominio - susurró el anciano sacándole de su gran congoja - Corta el hilo de la vida mortal para otorgar al que desea su inmortalidad .

Por un momento algo se movió en su interior y vió de pronto a Chuqui envuelto en la gloria de la luz. Sintió que aquel animal había representado su héroe de niñez, la nobleza pura y la alegría de vivir que tanto había soñado poseer.

- La luz sólo tiene un destino Shirkam - volvió a sonar la voz quebrada del dolor del anciano -. Así es su mandato.

Valverde giró su cabeza y fijó su mirada en la de Virsham. Supo entonces que aquel hombre también tenía el corazón marcado por la muerte de un ser querido, por la ausencia que dejaba una sombra en el alma del hombre. Un fuerte grito de dolor le hizo cerrar los ojos y contemplar otra visión.

Arriba, contemplando desde las alturas las blancas raíces que penetraban en la Tierra, un Aguila majestuosa dominaba el Cielo blandiendo rayos con voz de trueno. Benevolente y a la vez Terrible guiaba los designios de sus criaturas.

- La Vida nunca pide permiso de sus acciones Shirkam - meneó la cabeza el sencillo curandero Juan cerró los ojos y comenzó a cantar espontáneamente.

Criatura mare soy
Criatura mare soy
Ay, Misterio de los Cielos
que yo no comprendo.

Repitió una y otra vez aquel canto sintiendo a medida que lo hacía su auténtica identidad grabada en las raíces. A medida que seguía rompiéndose su interior se daba cuenta de su empeño absurdo en querer ascender sobre el límite de lo humano. Criatura de la Tierra, hombre que cantaba al pie del árbol, sentado en el Trono de la Diosa, contemplaba las acciones del Todopoderoso en su trato con la mortalidad.

Ser que amaba y que veía partir su amor hacia el misterio dejando su cuerpo atrás. Recordó cómo había llorado acariciando al bello animal, tan hermoso en su infancia animal que semejaba ser de peluche, y cómo el amor no hacía distinciones en su iluminación. Había amado a ese perro más que había amado a muchos amigos, se había sentido con él como hermano, como compañero de vida en la Tierra. Era su socio de aventuras infantiles, el maestro de la sabiduría animal, del goce de vivir con el alma limpia y aire de abandono y confianza.

El lo llamaba “monstruo de las nieves” por aquella vitalidad y alegría que poseía. Juan fantaseaba con él creyéndose ser un indio salvaje en medio de la ciudad. Lo dejaba suelto, creyendo que aquella máquina insensible de tráfico de dinero iba a hacer una excepción con

ellos. Una tarde el perrito cruzó la calle y una furgoneta blanca lo apartó de su camino hecho de prisas y nervios. Quedó tendido en el cruce, callado sin emitir ninguna queja, esperando que Juan lo recogiera. Comenzó a andar por las grises calles con el perrito en sus brazos, asustado como él pero sin mostrarlo, lleno de la esperanza de la imposibilidad de su muerte.

Creía que nada podía pasarles, que su aventura no podía tener fin. En su necedad no supo cuidar de él, no supo protegerle de los peligros de las calles frías y ruidosas. Mientras Chuqui agonizaba en una mesa metálica, Juan insistía en pensar que aquello no tenía mayores consecuencias. Nada malo podía ocurrirle a aquel noble amigo. De pronto, tras mirarse largo rato a los ojos los dos amigos, el animal levantó los ojos hacia arriba un instante para luego hundirlos súbitamente hacia abajo, como si algo hubiera cortado de manera tajante su vida.

División brutal en la que el corazón de Valverde fue quebrado por la culpa y el llanto. Cuerpo que descendía a las raíces del árbol, espíritu que ascendía por las ramas al cielo. Corazón noble que dejó de latir, cuerpo inerme y sin vida que el lloroso Juan enterró entre llantos de debilidad, impotencia e insignificancia ante el fin de un mundo.

Quijote absurdo de una visión absurda contemplaba de pronto la realidad única que le albergaba. Aquel compañero de vida ya no estaba con él, eso era todo. Dolor por la culpa de no haber sabido proteger a aquella criatura, lágrimas y golpes en el pecho que no hicieron que volviera a su lado nunca más.

Y aquel “nunca más” era la palabra de la muerte, la implacabilidad del Universo que golpeaba con mano de hierro el corazón infantil de Juan. El mundo no se ajustaba a sus deseos, hacia caso omiso de sus ruegos, del alivio del dolor de la ausencia.

Sentado a los pies de aquel árbol contempló cómo se hacia de noche y un hombre subía a él para encender pequeñas hogueras en sus ramas. La noche, con su azul profundo, fue llenando el cielo y luces infinitas comenzaron a brillar en él. Valverde quedó absorto contemplando aquellas pequeñas llamas que por doquier aparecían en las ramas. Se asemejaban a nidos en los que, cobijados por aquel gigantesco árbol, criaturas de fuego habitasen sus días. Recordó la visión del Arbol del Gran Poder, y comprendió que aquello que ahora veía con sus ojos de carne lo había visto antes con los ojos de su alma.

Se dijo que Chuqui había sido una estrella que había iluminado con su compañía el triste discurrir de sus días. Que era miembro de una miríada de seres inocentes que dejaban su recuerdo de luz a los cansados caminantes del tiempo, tiempo que siempre marcaba con dolor su paso. Partida de la vida hacia su origen celestial, salida de su origen terrenal.

La semilla tenía que morir para dar vida, así surgía el árbol. Y aquella semilla sagrada que reposaba en las blancas ramas como una pequeña llama, había despertado en él para tomar conciencia de su existencia. Sabía que era inmortal, que la llama de su corazón era el último símbolo que le unía al Cielo, y al creer en esa chispa de luz viva que guardaba su interior comprendió entonces su naturaleza mortal. Agarrado como el árbol a la tierra, así estaba él en la vida. Tronco que unía las negras raíces de la Tierra y las luminosas del Cielo, savia que unía ambos mundos creando el misterio de la vida.

Miró a Shanda, que comenzó a cantar cuando el hombre descendió del árbol y volvió a colocarse en el círculo. Aquel herrero que trabajaba al pie del árbol llevaba la dirección del rito ese día.

- Habla del centro, del medio - tradujo el anciano -. Del *Kalen* que se vive día a día en la soledad del interior.

Juan asintió comprendiendo intuitivamente el sentido de todo aquello. Aquella iniciación que introducía al joven guardián en su condición de padre, mostraba con sencillez la condición del hombre.

- Un hombre guarda su dolor Shirkam - susurró Virsham mirando fijo las llamas de las ramas - .Vive en silencio su condición, ser raíz de la existencia humana.

- Ser tiempo sujeto a la Ley - respondió en voz queda Valverde -. Aceptar la autoridad de un poder superior al suyo.

Seguir el camino del Cielo, andar a la luz, eran metáforas de aquel discurrir por el tiempo sin otro sentido que el de la muerte. Vivir para morir, aquella era la profunda constatación de su ser; la cruz del ser humano que se sabe finito envuelto en un misterio infinito.

Se sintió tremendamente anciano, viejo y desgastado por el azote del tiempo. Dar vida a este mundo sabiendo que esa vida ha de morir, aquella era la constatación del saber de la Madre. Como criatura suya, como unidad de reproducción, tenía que dar vida para que las raíces ancestrales de su especie siguieran perdurando. Aquel era su destino terrenal, el mantener la cadena de la existencia.

Miró hacia arriba y supo con claridad cual era su destino celestial. Algún día aquellas llamas surcarían el espacio infinito, volarían libres en los dominios del Infinito. Mezcla de ambos destinos era el ser humano, el árbol era su corazón que unía ambas dimensiones. Era el Hijo de la Madre Tierra y del Padre Cielo. Ante ambos tenía que subordinarse, ambos poseían autoridad en ésta su existencia que discurría por el camino del medio.

- Habla del joven dios - siguió traduciendo el anciano - Del custodio de nuestro clan, de la encarnación humana de la Ley.

- Del Padre de nuestro clan - asintió Valverde contemplando cómo el joven guardián se levantaba y alzaba sus brazos hacia lo alto del árbol -. De aquel que imitamos.

Virsham asintió a su vez. Sabía que aquel joven extranjero poseía en él el recuerdo heredado, aquel que debe ser traído a la memoria. Muchos signos le habían llevado hasta allí, auspicios de poder que marcaban el camino de su yerno. Suspiró pensando en los inextricables designios del destino.

- Un día serás padre Shirkam - respondió el viejo curandero que siempre callaba su dolor para aliviar el ajeno-. Aceptarás vivir bajo el yugo de la Ley.

Valverde bajó la cabeza sintiendo su sino, una vida de oscuridad débilmente iluminada por el destello de su fe. Una vida cuya única salida era la muerte. Esta daba a su vida la condición de tragedia, de absoluta certeza de que su existir no era una banalidad ni una tontería, que era mucho más que humano el Universo en el que habitaba. Vivía bajo una ley implacable que marcaba a grandes trazos la grandeza y misterio de su existir. El vuelo de la fantasía caía rendido ante la tremenda visión de la realidad. Ningún discurso humano podía igualarse al escenario cósmico en el que habitaba: el mundo del nacimiento y la muerte, pilares del transcurrir de la vida.

Mundo en el que hombres justos soportaban la injusticia y el sufrimiento con la única actitud posible: el silencio. No añadir dolor al dolor, y la vida debía seguir como las aguas del río siguen incansables su cauce, eran las constantes de su marcha por un sendero marcado por las vidas de sus antepasados. Siempre era igual, siempre el mismo camino andado por corazones vivos.

Tras la muerte injusta la promesa del Cielo. Juan dejó de culpar a su corazón, porque sólo

era un miembro más de una obra que escapaba de sus manos. La necedad de su comportamiento no invalidaba la gloria del Universo. Nadie, absolutamente nadie, podía invalidar la Obra de la Creación, su tutela ante las criaturas de la Tierra. Su Ley existía ajena al cumplimiento o no de ésta por sus criaturas, tal era su absoluta firmeza.

Allá, en la Isla, voces animales hechas canto humano se confundían con el sonido de la jungla ante aquel árbol de calladas raíces, tronco firme y erguido, y ramas en las que habitaban aquellas llamas que ascendían tímidamente con la única aspiración de unirse a su origen.

12.
El Ave

Ascendiendo por la montaña, con la única ayuda de una vara de tiernos brotes cortada en el árbol sagrado de la Isla, el joven guardián marchaba solitario hacia su cima. Desde abajo los hombres contemplaban su ascenso en silencio. Habían iniciado una marcha hasta una montaña cercana, donde decían que el rey de las seres del cielo habitaba en su pico. Una vez allí se sentaron encarando la montaña, y permanecieron inmóviles contemplándola fijamente.

- Se dirige al lugar donde el Misterio habla entre relámpagos con voz de trueno- le dijo Virsham al interrogarle Juan sobre el sentido de aquello.

Un canto comenzó a sonar lento y acompasado, como un mantra repitiendo la misma oración. Poco a poco todos comenzaron a sumarse a aquel sonido.

- El Hijo de la que abraza toda la existencia - dijo el anciano escuchando con actitud atenta desde donde estaban colocados -. El Señor del Aire.

Los dos compañeros de medicina se hallaban a una prudente distancia de los guardianes. Esta vez no parecía que pudieran compartir aquel rito de iniciación, sólo asistían como testigos a la búsqueda del alma alada del aquel hombre de espaldas marcadas por cicatrices.

Un viento caliente presagiaba la llegada del monzón, se anunciaba con aquel signo que hacía que el espacio comenzara a ser abrasante. Los animales de la jungla comenzaron a avisar de la llegada de la tormenta.

El anciano pareció asentir en silencio enormemente complacido.

- Son un pueblo de gran poder Shirkam - susurró con la mirada absorta en los hombres que cantaban .

Señaló el vacío del Cielo por el que galopaban las blancas vacas proveedoras del líquido vital. Como mujeres encinta esperando el momento de dar a luz, aquellas nubes mostraban su deseo de expulsar el interior de su cuerpo de gas. El viento anunciaba en su canto la llegada inminente de la conexión entre el Cielo y la Tierra.

El joven guardián, que subía a la cima, dejó de estar lentamente a la vista al irse empequeñeciendo su figura. Pronto no pudo distinguir Juan la marcha de aquel hombre. Se dirigía a la cima, de eso no cabía duda, y por la actitud de aquellos hombres no parecía existir prisa ni impaciencia alguna por aguardarle.

- Sólo bajará de allí hasta que el Gran Poder se comunique con él - le dijo Virsham adivinando su reflexión .

Juan afirmó con una actitud de cierta extrañeza y escepticismo en aquello. Una cosa era que un hombre consiguiera la conexión con su divinidad interior, con su alma inmortal ; otra muy distinta el pretender comunicarse con la misma divinidad.

- Sigues sin darle alma a la vida Shirkam - respondió el anciano ante la cara de duda que adoptó -. Sigues temiendo algo en tu corazón que te impide que el espejo refleje exactamente la realidad.

Valverde pensó en aquello. Sabía que el proceso de conexión, el arte de vincularse, se basaba en la contemplación de la realidad desde el sentir limpio del corazón. Era la mente la que traducía fielmente, como un espejo, la llama viva alianza de su inmortalidad. Recogió el cigarro de la serpiente que le ofrecía Virsham y trató de reflexionar sobre aquello. Se dijo que era el temor de su mente a ser absorbida por el infinito, por lo incomprensible del misterio, la que creaba aquellas dudas ante un hecho lógico.

Aquella luz de diamante, aquella indestructibilidad siempre viva, era el centro de su existencia; el motor inmóvil que hacía funcionar todo su ser. Herencia del Creador, fuente

original de todo ser, que sustentaba a cada una de sus criaturas del Universo Infinito. La aceptación de aquello era aceptar la absoluta incapacidad de su inteligencia ante algo que no podía abarcar. El sólo podía ser él, jamás conseguiría siquiera comprenderse. Porque para comprenderse él necesitaba comprender el Todo donde estaba, y éste no aceptaba su inclusión en él, sólo su participación, su unión mística con aquella totalidad de la que formaba parte.

Juan sintió que un deseo de negar la existencia se ocultaba en él. La culpa, ese viejo demonio, comenzó a invadirle. Algo le decía que no era lo suficientemente puro como para atreverse a conectar con la divinidad. Tras haber superado la creencia de ser un dios para pasar a ser humano, ahora se enfrentaba ante el hecho de su débil condición que le hacía desistir de ser digno de comunicarse con el Espíritu que animaba las cosas.

Aquella voz le repetía insistentemente que era culpable, le ajusticiaba como su verdugo cortándole el ánimo de la garganta. Sentía una angustia que le provocaba un temor difuso y un nerviosismo que le impedía tener la mente aclarada. Era miedo a algo que no conseguía distinguir, y ante la falta de reconocimiento surgía aquella sensación de profunda incertidumbre

- Conectar con *Orú arriba*, con *Shak* abajo - sonó la voz del anciano -. Todo surge del *Shar*, de nuestro Sol que otorga calor y luz a nuestra vida.

Inmóvil y concentrada su atención en su corazón sintió que algo en su interior le permitía establecer la conexión pura y ancestral de su especie, que era una puerta olvidada y no enseñada que podía ser abierta. Sintió su centro de vida, la confirmación natural de que era un ser vivo.

- ¡*Shakan* ! - rompió su meditación el grito de un guardián señalando el cielo .

Valverde abrió los ojos y contempló cómo el viento comenzaba a rugir entre los arboles, cómo los relámpagos comenzaban a brillar en un cielo de pronto oscurecido. La jungla entera quedó en silencio, todos los animales callaron ante la aparición de la tormenta. Un rayo cayó en la montaña, marca de su emblema, y de pronto un poderoso sonido comenzó a hacer temblar el aire de la jungla.

Como un ave misteriosa que surcase los cielos, como una presencia que uniese al mundo de abajo y al mundo de arriba, el aire se llenó de una especial sensación. Valverde pensó que aquella sensación de energía presente era lo más grande que había sentido nunca. Ningún canto de poder podía compararse a aquello.

La lluvia comenzó a caer abundante, impregnando con su humedad la verde tierra de Kalimantan. Por un momento todo lo existente en la vida, desde lo alto del aire hasta lo profundo de la tierra, se unían en un vínculo de continua y periódica manifestación. El frescor del aire inundó de pronto el espacio, provocando en Valverde una creciente claridad de mente. El agua que mojaba su cuerpo le hacía sentirse limpio, como regenerado en un bautizo ancestral.

Siguieron todos inmóviles bajo aquel fuerte chaparrón. El precioso elemento caía sobre sus rostros formando una cascada que descendía por todo su cuerpo. El viento les azotaba como si un inmenso pájaro moviese sus enormes alas haciendo balancear los arboles de la jungla. A medida que más respiraba aquel aire repleto de vitalidad más Valverde se sentía lleno, como si su cuerpo tomara volumen.

Arriba, en la montaña, trazos de luz estallaban creando marcas fugaces en el cielo entre

fuertes fogonazos. Juan trataba de adivinar qué debía estar haciendo el joven guardián, si al fin había conseguido llegar a la cima o bien se había escondido bajo la protección de una cueva.

Un rayo cayó cerca de ellos provocando por un momento un encendido resplandor en el aire. Aquella luz tan intensa hirió las pupilas de Valverde que, instintivamente, puso su brazo derecho en los ojos ocultando así su vista de aquel poderoso destello. Por un instante quedó encogido y paralizado de temor para, al darse cuenta de su actitud, caer en una comprensión súbita de la naturaleza de su búsqueda: *Orú* participaba del Sol y la Luna, del fuego y el rayo, de todas las estrellas del Universo.

Un sonido atronador le hizo respingar sobresaltado. La proximidad del rayo había hecho que el trueno sonara en sus cercanías. Sintió como si la tierra entera temblara bajo sus pies, como si su cuerpo fuera estremecido por la mayor voz existente en el planeta. Aquel tremendo poder le hizo encogerse involuntariamente.

- No te abres y por eso temes - susurró con voz hipnótica el anciano -. Participa de su existencia.

- ¿De quién Virsham? - le preguntó confundido mirándole fijamente .

Este dió un bufido de fastidio y se encogió de hombros. Comenzó a respirar profunda y rítmicamente, como si absorbiera algo presente en el aire. Luego volvió a mirar al expectante Juan.

- Del *Shí* - le contesto suavemente, como un abuelo con su nieto -. Del aliento de vida que impregna nuestro camino.

Señaló todo lo que les rodeaba, parecía indicar el espacio vacío que llenaba el planeta.

- Como un pez en el agua, así habitamos nosotros en él - comenzó el anciano una lenta cantinela -. Por nuestro boca entra dándonos el nuevo vivir, por nuestra garganta sale en el morir.

Valverde recordó cómo el feto surge del mundo acuático del vientre de su madre para salir al mundo del aire; cómo el primer aliento abrasaba los pulmones con el oxígeno que le permitirá su vivir en aquel nuevo ambiente. Todo era el mismo proceso, diferente rueda.

Comenzó a respirar profundamente, aquella angustia procedía del mismo hecho de su mortalidad. Abrirse a su condición humana temporal y finita era abrirse al aire de su existencia, la aceptación de ser lo que era en ese mundo. No era un dios ni tampoco un demonio, era el creador de esa dicotomía. No era ni un santo ni un pecador, sólo era lo que era.

Comprendió que su verdadera humanidad surgía en el momento del encuentro con la verdadera divinidad. Aquella comunicación le permitía darse cuenta de su condición humana, era lo Otro que permitía el dialogo y el conocimiento de si mismo. Era la existencia de una inteligencia superior la que le permitía abandonar el delirio de su razón por comprenderlo todo, la que permitía el reposo para ceder aquella función en manos más poderosas.

La conexión era de inteligencia a inteligencia, de luz a luz, de ser a ser. Era función suya comprender los designios de un verbo superior al él, de una existencia superior a la suya. Valverde se dió cuenta de la tremenda absurdidad de pensarse el pináculo de la existencia, de creer que más allá del ser humano no existía un nivel superior de existencia.

La lluvia comenzó a menguar lentamente para de pronto cesar del todo. El Sol volvió a aparecer en el cielo claro dando calor a los mojados cuerpos de aquellos hombres. El tiempo

seguía marcando el compás natural de la existencia ajeno a la mente de Juan.
- El Dragón del Cielo ha pasado dejando su huella de vida Shirkam - murmuró el anciano pensativo -. Es posible que el guardián haya conseguido conectar con él.
Juan le miró un momento asombrado de aquella expresión. Hablar ahora de dragones le parecía algo infantil. Podía aceptarlo como metáfora, un ser que escupía fuego que eran los rayos, pero algo en la actitud del anciano parecía delatar que hablase como si propiamente existiese aquel ser alado.
- Es el Señor de la Tormenta - siguió el anciano mirando pensativo la montaña. Parecía estar inquieto, como si esperara algo muy profundo y significativo para él .
Juan parpadeó cada vez más asombrado. Creía entender claramente el significado de todo el trabajo que llevaba haciendo, la conexión con su yo más profundo. Pero el viejo curandero mostraba en su actitud un interés hacia algo fuera del yo, del mundo subjetivo. Se dijo que era normal que aquel hombre primitivo personalizara de alguna manera una fuerza que era imposible de formalizar. Muchos pueblos creían en dioses y espíritus, antropomorfizando las fuerzas de la naturaleza.
- ¿Me está diciendo que esta tormenta es el Dragón Virsham? - le respondió con aire de suficiencia y actitud de aclarar aquel malentendido .
El viejo médico le miró con cara de pasmo, como si dudara de la inteligencia de aquel hombre. Comenzó a menear la cabeza irónicamente y suspiró con resignación. Al instante Juan se puso tenso, aquella actitud siempre le ponía a la defensiva.
- Es su espíritu Shirkam - habló con paciencia -. La fuerza que manifiesta la tormenta.
El anciano seguía mirando fijamente la montaña. Mientras el atardecer caía sobre la tierra de la Isla. De pronto sus ojos comenzaron a brillar inusitadamente, para luego mostrar su rostro una fuerte excitación. Al instante sonó un fuerte canto que hizo dar un respingo a Juan. Virsham se levantó y comenzó a dar brincos de alegría, poseído por un entusiasmo que nunca había presenciado en él. Parecía un niño correteando de excitación por un regalo fuertemente deseado.
Valverde contempló la montaña tratando de entender el sentido de todo aquello. Algo como un destello descendía de ella, como una pequeña llama en la creciente oscuridad de la tierra. Parecía una estrella que bajase muy lentamente hacia ellos. Parpadeó asombrado hasta que consiguió reconocer lo que ocurría : debía ser el joven guardián bajando con una antorcha.
Miró a los hombres que, presos de una fuerte alegría, cantaban y bailaban como si fuera la ocasión de una gran fiesta. Se levantó sin saber qué hacer, ignorante del motivo de tanto alboroto. Se sintió como un hombre adulto que viera la algarabía de unos niños, como el civilizado blanco incapaz de entender la expresión de aquellos hombres salvajes. Trató de empatizar con todo aquello pero siguió sin poder conectar, era como si la ignorancia de algo tremendamente significativo para aquellos hombres le impidiese participar de su júbilo.
Aquella noche, reunidos ya con el pueblo en una formidable fiesta en honor del joven guardián, Juan se sintió de nuevo desplazado. Virsham le había dicho que aquel fuego que portaba el joven guardián sería un recuerdo siempre vivo, el vínculo central de su hogar. Sería el espíritu tutelar de la nueva familia que aquel padre, ya reconocido por su pueblo, iba a formar.
Juan pasó la noche callado y triste. No sabía por qué, pero algo le impedía participar de la ingenuidad de aquel pueblo. Cuando miraba a Virsham le veía como un anciano

completamente satisfecho con su suerte, parecía emanar una especial alegría que transmitía a toda su familia. Taciturno y reservado dejó que Shanila le trajera comida y bebida y charlara con él. Nunca, se dijo, nunca seré enteramente feliz. Algo como una losa en su pecho impedía que disfrutara de aquella alegría. Por un momento las lágrimas aparecieron ante sus ojos, sin saber el motivo ni la razón.

Miró a los miembros de aquel pueblo, parecían ser elegidos por un destino del que él no formaba parte. Aquel creer en la existencia de un ser misterioso que velara por ellos de una manera tan firme le hizo sentirse distinto. Había creído que todo era una metáfora de un proceso subjetivo, de un camino de iluminación interior. Ahora aquella metáfora era tomada al pie de la letra, como si no sólo existiera en el interior el alma, sino que ésta formara parte de un alma mayor.

Ese pueblo actuaba como si el corazón humano pudiera conectar realmente con una existencia independiente, distinta, y sin embargo de alguna manera semejante. Como si pudiera establecerse un vínculo no sólo ya en su propia interioridad, entre lo consciente y lo inconsciente de su ser, sino también con algo que se afirmaba era el vínculo entre la humanidad y el infinito.

Contempló a todo aquel pueblo y recordó la imagen del árbol de nidos llameantes. Ellos se entregaban con plena confianza a su destino, con la esperanza cierta en sus corazones de que un ser de fulgor constante auspiciaba su existencia.

Dió un beso a Shanila y marchó de la hoguera que iluminaba la noche hacia la espesura de la jungla. A lo lejos, confundido entre canciones animales, el canto de un hombre le recordaba la existencia de sus semejantes en la soledad en la que se hallaba. Cante hondo, profundo, que bebía de la misma sustancia de la que estaba hecha el alma que lo producía.

Valverde suspiró con el desconsuelo pesando sobre su corazón. No era un guardián de la Joya, ni tampoco un nativo de aquella isla que tanto amaba. Había nacido en una cultura agonizante, y aquel mensaje perenne que los guardianes custodiaban con su propio vivir no conseguía grabarse en él. Ese pueblo vivía no sólo al compás natural de la Madre, en la realidad viva del planeta azul brillante en la oscuridad del espacio; también habitaban el tiempo del sueño, sus almas habían sido educadas bajo la tutela de las leyendas sagradas y las visiones del Espíritu.

Aquello que para un hombre común era materia de dudas e inquisición, en ese pueblo era la sustancia misma del aire que respiraban. ¿Cómo él podía pretender asemejarse a tal pureza en el existir? Culpable no sabía ya exactamente de qué, se lamentaba como animal herido en la oscuridad de la jungla. Arrinconado voluntariamente de la alegría y el júbilo de ese pueblo Juan sondeaba su interior con un sentimiento de inutilidad en ese mismo hecho de tratar de averiguar la causa de su malestar.

Se sentía cansado, tremendamente cansado de todo lo que había ocurrido. Era como si su alma estuviera ya agotada de tanta y tanta indagación por la sabiduría. Había recorrido el camino del agua, aquel que llevaba a la evaporación y condensación. La muerte iniciática de la Madre era un simple cambio de estado, como el agua cambia a aire y vuelve a ser agua de vida que desciende a su lugar original. Sabía que la puerta al conocimiento de la realidad sólo era abierta con su llave de noche y plata.

Camino que finalmente le había llevado a la percatación de la existencia de la luz, de un sendero de fuego que era manifestación de la existencia de un ser sagrado, de una

inteligencia inmortal alejada de su propia inteligencia mortal. Atrás de él había dejado pedazos de su personalidad, de ideas y sentires que como pieles de serpiente caían para mostrar un nuevo nivel de existencia. Había descubierto la existencia de un centro más allá de las capas de cebolla que le rodeaban.

Sin embargo no conseguía acceder a ese médium, vínculo siempre vivo, alianza fruto de matrimonio. Algo se le escapaba, algo le retenía al encuentro con ese sagrado lugar que en amor unía lo separado. De pronto se le ocurrió pensar que el Impostor, ese enemigo de su interior resistente a todo intento de Valverde de soñar con la luz, no atacaba que él se creyera un dios, sino de que existiera Dios.

Sintió un dolor profundo en su pecho que le hizo levantarse. Algo como una línea sólida ascendía desde abajo empujando su garganta. Juan, inclinada la cabeza por el sufrimiento, tuvo la sensación cierta de que una especie de vara o la punta de una espada le hacía empujar su mandíbula hacia arriba obligándole a levantar su cabeza. Abrió los ojos y contempló al cielo oscuro custodio de luces en su interior, con el rostro empujado a su visión por una fuerza desconocida.

Un ser profundo ascendía con la Espada de la Victoria provocando a su paso la ruptura de las cadenas de la ignorancia. Como una llama, como un rayo poderoso de luz, subía desde la Tierra al Cielo.

Retornaba a su Reino dejando a su paso camino hecho por aquellas marcas del Viaje del Navegante. Volvía a su Isla, al lugar custodiado por el infinito Océano.

Valverde sintió que una de las estrellas infinitas del Universo le guardaba. Que ella le había guiado por los caminos laberínticos de la existencia humana. Como un pedacito de luz que su corazón guardaba de todo mal al igual que la tierra protege la semilla. Allí, dentro de su ser, se escondía la respuesta que tantos desvelos y trabajos le habían costado. La unión entre la existencia mortal y terrestre que era y el ser celeste e inmortal.

Como un héroe que se hubiese autosacrificado, descendido al Infierno y ascendido las piedras del conocimiento; así Valverde había imitado el comportamiento de sus sabios ancestros. Había rechazado al exterior para profundizar en aquellas enormes aguas misteriosas de su identidad. De ellas retornaba con la evidencia ineludible de su propia herencia humana, de ser un ser hecho en el tiempo fruto de su relación con un misterio inescrutable.

Contempló la libertad soberana que ofrecía el espacio infinito. Todo era el lugar del sueño, donde cualquier cosa que pudiera pensarse, aún lo más descabellado, podía ser cierto. Supo que pese a toda tiranía del hombre sobre sí mismo, siempre existiría la contemplación de la guardiana de los soles, de la *Sharí* que garantizaba con el infinito el sueño hecho carne.

Juan salió de su retiro dirigiéndose de nuevo a donde se hallaba su familia. Algo como un sentir mutuo le invadió cuando se acercó a las llamas de la hoguera, era un saber callado, un asentimiento implícito en el vivir de los allí reunidos de aquello que él acababa de descubrir. Supo que no era necesario decir nada, porque en ese lugar todos sabían de la existencia del Misterio que les envolvía, y por un tiempo aquel hombre torturado se olvidó de sí mismo uniéndose a aquella fiesta de vida y alegría.

Felicidad de la inocencia. Ausencia de la prisión, del infierno de la enfermedad. De la

identificación de una de las múltiples interpretaciones de la historia a la aceptación de la realidad creada, único faro que guía al peregrino por el camino de la sabiduría. Liberación de las rejillas cuadriculadas, donde grupos jerárquicos adoran sistemas de lenguaje, reglas y credenciales que ordenan su existencia en un torpe intento de escapar de la aceptación de la única realidad que imperenne se muestra a nosotros. Tragedia carcelaria siempre repetida en la historia de la especie para provecho de los que se benefician de la ausencia de aspiración a la libertad, única salida a la tiranía siempre presente, nunca finalizada.

Valverde se unió al único clan posible, a la familia de seres vivos de la Madre Tierra donde la columna del Rey Sol y la columna de la Reina Luna eran el portal al Misterio del Universo Infinito viajando en el tiempo al igual que él mismo.

Era ya tiempo de marchar, Juan paseaba inquieto de un lado a otro en torno a la fragua de Shanda. Este, sentado con Virsham, le cantaba en voz baja al anciano. El curandero escuchaba absorto, completamente concentrado en aquel mensaje de boca a oído. Valverde trataba de adivinar qué podía estar ocurriendo entre aquellos dos hombres. Sentía un sordo pesar en su pecho ante la perspectiva que le planteaba la partida: ser él el pilar de la familia y adoptar las funciones del aquel sabio anciano. Se sentía incapaz de asumir aquella responsabilidad, de aceptar aquella carga en su vida.

Virsham asintió sonriente cuando acabó el herrero, y comenzó a dar suaves palmas cantando él a su vez. Afinando el oído Juan pudo captar que se trataba de aquel cante extraño que tantas veces le había acompañado en sus vuelos a lomos de la serpiente multicolor. Sí, por aquel camino que le había llevado a recorrer desde el nocturno rojo del *Shak*, fuerza vital, a encontrar al dorado *Orú*, la luz sagrada de su interior.

Shanda volvió a cantar cuando acabó el anciano. Este exclamó una fuerte exclamación que sorprendió al curioso y nervioso Juan. Virsham parecía hallarse en el momento más bello de su existencia a mostrar por la alegría exultante de su rostro. Valverde se dijo que aquel viaje había sabido apreciarlo mejor aquel maestro del arte médico. En todo momento y lugar Virsham había adoptado una posición de plena receptividad a todo lo que ocurría en su estancia con los guardianes. Juan se recriminó su propia conducta de cierre ante lo que podía ocurrir, fruto de sentirse como un niño maltratado. Siempre temeroso de un golpe, adoptaba una actitud encogida y susceptible que le impedía disfrutar plenamente del momento.

Los dos hombres quedaron un rato en silencio mirando largamente a Juan. Este sintió que su nerviosismo se acrecentaba ante el hecho de ser objeto de la contemplación de aquella pareja. Cargando obstinado con su sentimiento de culpa por ser él quien era, se detuvo y encaró su mirada hacia ellos. Ni era como Virsham, ni mucho menos como Shanda. Su necesidad de ser objeto de comparación, de medir su valía ante otro, le hizo por un momento tratar de adoptar una posición defensiva y arrogante. No iba a perder en aquel cruce de miradas.

Lentamente comenzó a sentir que aquellos dos hombres no compartían su interpretación de aquella situación. Parecían mirarle sin ningún sentimiento de violencia, como si hubieran aniquilado en ellos la necesidad de dominio sobre el otro. Sintió que algo en el cuello se aflojaba, la angustia de existir en soledad se mitigó, y entonces vió con pureza cristalina el

sentimiento que transmitían aquellos dos hombres. Era amor.

Giró su cabeza hacia la casa y contempló a las mujeres y a los niños que se despedían mutuamente. Nada malo ocurría, de nada había que defenderse, todos actuaban en son de paz. Volvió a girar lentamente su rostro hacia el árbol a cuyos pies trabajaba el herrero. Se dió cuenta que aquellos hombres vivían con el sentimiento de la victoria, que su impulso guerrero había sido vinculado al logro del dominio de sí. Erguidos y solemnes seguían contemplándole impertérritos, como si expusieran en aquella inmovilidad callada la sabiduría que da el conocimiento de la realidad. La vida vinculada al misterio, el hecho natural de ser humano.

Valverde bajó la cabeza y se dirigió hacia la fragua. Se sentó en el suelo junto a ellos, y sin mediar palabra Shanda comenzó a cantar suavemente con voz hecha de sueños y estrellas, de noche y río. No le pidió a Virsham que le tradujera aquello, porque ahora comenzaba a comprender cual era el verdadero alcance de aquello. Aquellos hombres eran artistas, sólo se transmitían las obras basadas en su sentir ante el misterio de vivir.

- Canta al ser de fuego - comenzó a contarle con su voz susurrante Virsham -. Está recordando una leyenda del río, en el que Agni nace de la virgen Maya en la familia humilde de Twastri, el carpintero. La estrella Savanagraha le precede, anunciado la venida del Señor del fuego sagrado.

Juan parpadeó lentamente. Aquel relato era una leyenda de la India, de alguna manera aquella historia había conseguido llegar hasta allí. Estaba pensando en cómo era aquello posible, cuando la voz de Virsham le interrumpió con sequedad.

- Ahora es el turno de que cantes la leyenda de tu río - le invitó con gravedad el anciano -.. El *Len* te trajo hasta aquí, es hora de que correspondas.

Valverde sintió que el recuerdo del Guadalquivir inundaba con misteriosos reflejos su alma dormida. Cerró los ojos sintiendo voces que rompían el aire como flechas al espacio, tambores marcaban el compás de un ejercito de encapuchados que desfilaban con velas en compañía de su Señora siguiendo el camino de un hombre.

Juan comenzó entonces a cantar las leyendas de su infancia que, como los ríos, acababan su viaje en el océano infinito del sueño que era la *Sharí*. Aquello que constituía en esencia la herencia de sus antepasados sonó de nuevo vivo, pues él simplemente era el eslabón de la cadena necesario para que continuara adelante. Sintió qué era ser padre, aquel que carga con el peso de la realidad presente y une el pasado con el futuro.

Ser vínculo.

Acampados en el camino de regreso a casa Juan contemplaba absorto el regalo que le había ofrecido Shanda. Había conseguido forjar su propia espada, tras muchos esfuerzos y errores, y a la hora de las despedidas el guardián le había entregado un objeto envuelto en una sencilla tela. Cuando Valverde lo descubrió quedó mudo de asombro. Era una hermosa vaina de madera para su espada en la que había grabado un dragón celeste y un tigre contemplándose dentro de un círculo de estrellas.

- *Fushong* - le dijo sonriente el guardián mientras hacía un gesto con sus manos .

Juan quedó inmóvil mirando aquel saludo. Su puño derecho era guardado por la abierta mano izquierda, imitando de alguna manera el hecho de una espada enfundada en su vaina. Juntó las dos manos y bajó la cabeza.

- *Fusho* - respondió suavemente haciendo el saludo original con el que se encontraron.
Mirando aquel grabado comenzó a comprender el significado de aquella palabra. Se trataba de la unión del Cielo y la Tierra, del matrimonio de la dualidad dentro del círculo. Aquello era todo el misterio expresado simbólicamente. Juan sonrió recordando sus años en los que creía que la posesión del símbolo substituía la posesión de la experiencia. ¡Qué débil era aquella visión de la realidad!. Como el enamorado que escribe torpemente un poema, todo eran vanos intentos de expresar la vivencia real que era fuente de aquel simbolismo.
Virsham se acercó y se sentó junto a él mirando aquel objeto en el que meditaba Juan. Asintió satisfecho, parecía sentirse orgulloso de que todo aquello se hubiera producido. Su actitud era la de un hombre al que le hubiesen otorgado un gran honor.
- Mi visión no ha sido negada Shirkam -le dijo dándole una palmada en el hombro -. Ahora que ya puedo pasarte la vara de mi familia siento que todo lo que tenía que hacer lo he hecho.
Juan miró al anciano. Se le hacía difícil comprender la actitud de su suegro, quizás por su negativa inconsciente a tomar realmente el mando que éste le ofrecía. Suspiró cansinamente, no quería perder los privilegios de ser un eterno estudiante para adquirir los deberes del mortal maestro. Se mantuvo hermético tratando de no mostrarle las dudas y miedos que aquella nueva situación en su existencia le traía.
Virsham ladeó la cabeza y le miró con aquella expresión extraña en sus ojos. Meneó la cabeza y una sonrisa cansada apareció en su rostro. Parecía comprender la situación por la que estaba pasando aquel hombre joven.
- Deja que el *Len* te lleve - murmuró el viejo mirando a su mujer -. Lo natural ocurre sin necesidad de que te esfuerces.
Juan asintió sabiendo a lo que se refería el anciano. La Ley de la Rueda provocaba movimientos en el tiempo, sucesos que iban ocurriéndole en su vivir. Miró a su vez a Shanila y supo que todo un mundo era posible con ella, que sólo tenía que ser un hombre y seguir las marcas que el natural sendero de la existencia le ofrecía. El proceso había comenzado en algún momento que ya no recordaba y era absurdo negar, por miedo al futuro, el presente que vivía cobijándose en las sombras de un pasado atado por la ignorancia.
- Nunca hay marcha atrás Shirkam - suspiró Virsham -. Por cada derecho un deber, ese es el camino del *Jashvir*.
- Por cada poder - respondió pensativo Valverde - una función.
El anciano se tocó sus genitales, luego su pecho y finalmente su cabeza. Luego puso la mano en la tierra y contempló el cielo. Juan asintió en silencio comprendiendo el mensaje mudo que le había comunicado Virsham. Se refería al uso que un hombre hacía de su poder, de aquellas potencias que eran la fuerza viril, el sentimiento y la inteligencia. Y de cómo se subordinaba al mandato de la Ley que unía la Tierra con el Cielo, formando así parte del Universo.
- Volvemos al campo de batalla - murmuró el anciano relajando sus hombros -. A la realidad de los contrarios.
Miró al anciano. Parecía ser un hombre hecho en mil batallas, forjado por la lucha de la existencia en el mundo. Valverde comenzó a liar un cigarro de la serpiente. Sacó su vara y la clavó en el suelo. El anciano nada dijo, parecía esperar algún tipo de respuesta de su acompañante.
- El mundo de la guerra sagrada - comenzó a hablar Juan pensando en el tablero de ajedrez

-. La lucha por la supervivencia de la verdad en el reino de la mentira, de la luz sobre la oscuridad, de la salud sobre la enfermedad.

Encendió el cigarro e hicieron el gesto ritual de su ofrecimiento al Cielo y la Tierra. El anciano comenzó a cantar en voz baja y susurrante, se ofrecía en la soledad de su corazón a la Reina de su vivir. Valverde puso su mente en blanco, invocando al poder de las cristalinas aguas que permitían el paso de la luz. Era el rito de aquellos hombres que mantenían presente la llama viva de la esperanza en una justicia superior a la humana.

El anciano dibujó una estrella en la tierra y la cerró en un círculo. Luego miró a Valverde esperando que comenzara a hablar.

- El poder de la estrella protegido por la *Sharí* - señaló Juan -. La existencia del Hijo de la Madre en nuestro interior.

Valverde se tocó el ombligo sonriendo y luego su corazón indicando el lugar donde se hallaba el centro diamantino, el sol que daba luz y calor a su vivir. El espíritu que, como un soplo, daba ánimo a su cansado cuerpo. El vínculo que le unía a todo lo existente, su ser inmortal que se hallaba en contacto con lo inmortal por derecho.

- Es como el ave de fuego que habita en el Arbol - siguió Valverde absorto -. Es la herencia del Padre de los Cielos.

El anciano asintió lentamente. No importaban las palabras en sí mismas, sólo el sentimiento con las que se utilizaban. Acercó su mano a la vaina de la espada y mostró con un dedo al Dragón. Juan asintió sonriente. Calló sintiendo el continente de su cuerpo que albergaba la isla de su corazón, aquello que los ignorantes de Sofía hablan como lo inconsciente.

El anciano levantó sus manos y le mostró sus palmas . Juan miró fijamente aquella expresión corporal y asintió en silencio. Aquel otro saludo reflejaba la naturaleza humana. En el medio el corazón humano, y a cada lado los pilares izquierdo y derecho que permitían la existencia del punto central.

Una era la mano pasiva, la receptividad del ser humano ante un mundo activo. Otra la mano creativa, la capacidad de acción sobre un mundo pasivo.

- Yunque y martillo - susurró Valverde -. La forja del corazón del herrero.

- La paz Shirkam - respondió el anciano juntando las manos .

Juan bajó la cabeza y suspiró. Aquel sueño de una estrella lejana que le orientaba por el camino de su oscuridad parecía cada vez más cerca de él. Era como si el territorio mágico del sueño invadiera la realidad, como si la esperanza impregnara su realidad de una manera cada vez más y más profunda, como la verde vida que se apodera de la tierra.

Sonrío feliz, pues en el fondo de su corazón lo que más deseaba era que su vivir fuera mágico. Y allí, en aquella isla, la realidad se hacía divina, el espíritu se hacia presente en el mundo con pureza natural. Juan era un habitante más de aquella realidad comunicativa que era la existencia en la Madre Tierra,

- Como un ave alada e invisible - cantó Juan -. La que ata y desata.

Respiró fuertemente sintiendo cómo se unía a la vida en aquella inspiración, cómo cuerpo y aire se unían en un eslabón que era chispa de su vivir. Supo, con el aire retenido creando sangre nueva de la vieja en sus pulmones y escuchando el martillear de su corazón, que un día exhalaría por última vez. Una inspiración abría su existencia al mundo, una pausa, una exhalación la cerraba.. Camino marcado al compás de un tambor que como una fuente hacía correr la vida en su interior.

- Un río nuevo y otro viejo atraviesan el corazón - continuó -. Uno riega la tierra de nuestro cuerpo con la fresca y nueva sangre, otro asciende la vieja sangre a los alados pulmones para ser purificados en una nueva vida.

Virsham asintió con una especie de mugido. Aquella era la sagrada rueda cuyo centro era el corazón.

- La Ley por la que vive la Madre Tierra - respondió.

- La Luna es su espejo - respondió el anciano -. La Ley por la que viven sus criaturas.

Juan inclinó la cabeza y dirigió espontáneamente la mano derecha sobre su corazón. El anciano sonrió ampliamente y meneó la cabeza con un guiño de complicidad en su rostro.

- El saludo del *Shaib* - dijo señalando aquella posición - . Escuchar y obedecer.

Ambos hombres quedaron callados, cada uno de ellos tenía un mundo en que habitar.

Valverde meditaba sobre el destino, sobre aquella curiosa composición entre la suerte de cada hombre en la vida y el carácter que forjaba con su esfuerzo. Era como si cada ser vivo tuviese una estrella de nacimiento, un destino que vivir; y por otro lado existiera la necesidad de dinamizar el alma hacia esa estrella, de realizar los pasos necesarios que permitieran la posesión de ese destino natural de nacimiento. Potencia y acto, en ambas cosas consistía la suerte de un hombre en el mundo donde se enfrentaban dos principios.

Se hallaban acampados en la cima de la montaña más cercana al pueblo de Virsham. Desde ella podía observarse las luces de las casas, el aire traía el sonido lejano de los perros aullando a la Luna. El anciano había dicho a su familia que aquella noche quería estar a solas con su yerno. Sentados mirando el lugar de asentamiento humano, permanecieron callados fumando la hierba de la serpiente.

- Es hora de hablar de hombre a hombre - murmuró Virsham.

Se levantó y se sentó de nuevo frente a Juan mirándole fijamente. Por un momento el joven se sintió intimidado por el grave semblante que había adoptado su rostro.

- Pronto yo seré tu antepasado - le dijo con voz que recordaba antiguas piedras -. Sólo me tendrás en el recuerdo.

Valverde se removió inquieto. Aquel hablar de la muerte en aquellos momentos le hacía sentirse incómodo. En su imaginación esperaba que aquel hombre fuera de alguna manera inmortal, siempre presente apoyándole con la fuerza de su convicción.

- Navegaré en el Barco Real - levantó su cabeza sonriente señalando las estrellas -. Rumbo a su Reino.

Juan sintió que sus carnes se abrían de alguna extraña manera, aquel hablar de la muerte y la vida futura le hacía perder las referencias más cercanas a su vida. Sencillamente no quería que Virsham se fuera de su lado, por esa razón de alguna manera su mente se cerraba al hecho de que aquel sabio maestro era sencillamente un hombre que tenía que morir.

El anciano meneó la cabeza sonriendo, parecía comprender la inquietud de Valverde. El aire que transmitía era la de un soñador recordando otras épocas ya pasadas, mostrando en sus arrugas la sabiduría que el tiempo había marcado en él.

- Viniste de manos de nuestra Reina - murmuró el anciano - para conocer al hijo del Rey.

Valverde inclinó la cabeza, pensó que los hilos del destino habían tejido de tal manera su existencia que de alguna manera aquella situación era real. Se encontraba frente a frente con

ese hombre, con la espada del pueblo mítico, y con una familia que mantener.

- No entiendo donde quiere ir a parar - trató de ganar tiempo Juan intuyendo que algo inevitable iba a ocurrir. Esa sensación siempre le ponía nervioso, se sentía de alguna manera indefenso ante la presencia de un hecho implacable que no permitiese dar media vuelta atrás.

- Viniste de tierras lejanas trayendo una semilla Shirkam - replicó grave el anciano -. Con una leyenda que contar a nuestra isla.

- Jesús - dijo en español Juan -. La leyenda del pescador.

Virsham se agachó e hizo el signo del pez. Quedó sorprendido de que aquel hombre conociera el símbolo de aquel que rescata desde las profundidades.

- Nuestro clan te recordó su existencia - siguió gravemente - revelándote las leyendas que nos hablan del Hijo del Sol en la Tierra.

Una sensación de malestar inundó a Juan. Era como si todo aquello estuviera fuera de lugar, como si no fuera posible aceptar lo que estuviera ocurriendo.

- Es el *Jashvir* perfecto - continuó el anciano -. El liberador de las tiranías, el campeón solitario que vence implacable a su enemigo.

- El Señor de la Verdad - murmuró Valverde asintiendo -. El puro.

Al decir eso sintió que no podía ser cierto lo que estaba hablando. De alguna manera no conseguía aceptar un hecho, asumir un axioma, lo que le imposibilitaba para asumir aquellas palabras. El anciano no le respondió, se mantuvo en silencio sin decirle nada. Sólo esperaba a que su compañero abriera su corazón y le dijera lo que sentía.

- No puede ser verdad - comenzó a decir Juan -. No puedo creer que existiera.

Algo como un destello de furia atravesó el rostro del anciano. De pronto agachó la cabeza con gesto cansado.

-¿Acaso crees que mis antepasados murieron siguiendo un camino que es sólo una mentira.?- preguntó sin mirarle.

Aquello no era una interrogación, una petición de respuesta. Era más bien el choque entre dos mundos: uno que conocía la realidad por la lectura, civilizado y creyente en que todo es a medida del hombre; otro que conocía por la voz y la experiencia, y aceptaba vivir en una realidad cuyo misterio era inabarcable para el ser humano.

- ¿ Cual crees que es el misterio del Hijo? - le preguntó suspirando.

Valverde meneó la cabeza lentamente. No conseguía dar con la respuesta, algo le imposibilitaba para hacerlo. Virsham se golpeó fuertemente el pecho con el puño derecho.

- Nosotros guardamos memoria de nuestros ancestros - dijo con orgullo -. Somos custodios de su recuerdo entre nosotros.

- De nuestra misma carne - murmuró Juan .

Valverde miró hacia el cielo y señaló con un dedo hacia arriba, luego de pronto lo bajó hasta tocar la tierra. Al hacerlo sintió como si una energía relampagueante descendiese como el rayo sobre la tierra. El anciano le miró dando una palmada de satisfacción, asintiendo sonriente ante aquella expresión . Cogió un leño de la hoguera y se levantó. Lo alzó hacia el cielo de la noche y gritó fuertemente apuntando con las llamas hacia las estrellas, de pronto bajó el leño fuertemente hasta tocar la tierra .

- El deja las marcas de su camino - le susurró indicándole aquella llama -. Nosotros las recordamos.

Volvió a sentarse y mirarle fijamente.

- Su Palabra es su Ley - siguió hablando el anciano - . Así nosotros nos conformamos a su ejemplo.

- ¿Qué quiere decir Virsham ? - le respondió Juan sabiendo ya la respuesta.

- La palabra de un *Jashvir* es su propia ley - dijo tocándose con la mano abierta su pecho -. Habla verdad.

Juan asintió en silencio. La garantía de la palabra era su función de ser reflejo del ser de las cosas,de ser expresión de una verdad humana.

- Recuerda - prosiguió el viejo curandero tocándose la frente -. Guardián de nuestra verdad.

Se encogió ligeramente de hombros y sonrió.

- Verdad en la Tierra - dijo tocando el suelo y luego alzando su dedo hacia al Cielo -. Verdad en el Cielo. Esa es la vía de poder, el camino por el que ascienden los justos.

- Ahora te hablaré de mi maestro Yesef - continuó Virsham - . Aquel que te ayudó desde el otro lado.

Juan parpadeó, por fin sabía el nombre de aquel esqueleto con la piedra de luz en su corazón. Comenzó a escuchar cómo aquel anciano se había encontrado un día con otro anciano que le enseñó su saber. Luego habló del anciano que enseñó a su anciano maestro, y así comenzó a citar nombres que lentamente iban perdiéndose en la oscuridad del pasado. Aquello era una cadena hecha de carne, de hombre a hombre, como un sueño que se perdiera en la inmortalidad. Era la alianza viva del clan.

Escuchando aquella monótona serie de palabras sintió la enormidad de aquel misterio. Sintió que tras él habría otro, y luego otro, y otro más. Tras aquel misterio se ocultaba su propia condición humana, el enigma de su especie. Sueño profundo de la humanidad que pasó de ser una criatura más de la Madre Tierra a ser tratada con el favor de ser la especie elegida entre todas las especies para un destino singular en aquel planeta.

- Sí Shirkam - murmuró el anciano -. El *Jashvir* ata en su vivir el pasado y el futuro, es el eslabón vivo de la cadena de nuestro clan.

Juan quedó callado recordando todo lo vivido hasta ahora. Ya no había ninguna puerta más que abrir , todo estaba concluido. Sólo quedaba su hombría para mantener una y otra vez, Sol a Sol, Luna a Luna, año tras año, la misma convicción, la misma garantía.

- La forja del Herrero - susurró el joven al anciano -. Nuestra historia es suya.

- El de voz de trueno y mirada de rayo - replicó Virsham - . El Señor del fuego que muestra el poder de su Padre.

Bajó la cabeza y dibujó una estrella. Valverde quedó absorto mirándola, sentía que desde la profundidad de la Isla los guardianes mantenían con cante hecho de furia y baile de fuego el reflejo de la memoria. Como la Luna lo hacía con la luz del Sol, así los hombres recordaban la luz de la verdad ocurrida en la Tierra.

- Inmortal que navega libre por el infinito - se tocó fuertemente el pecho el anciano -. Esa es mi identidad que yo te muestro.

Valverde levantó la cabeza lentamente y quedó fijo mirando inmóvil a aquel hombre que se atrevía a afirmar su inmortalidad, poseer una naturaleza que superaba las inclemencias del propio tiempo.

El recuerdo se removió en su interior, y vió a un hombre, rey entre reyes, al que la muerte no podía alcanzarle. Supo que aquel Dragón, que aquella Ave Fénix, existía realmente. Que de boca a oído los hombres traspasaban el recuerdo de aquel ser que, en su majestad dorada,

les otorgaba la dignidad de ser como dioses en su interior, el conocimiento de saberse inmortales.

- ¡Qué mejor familia puede tener un hombre! - exclamó el anciano alzando sus brazos al Cielo - ¡ A qué estirpe más orgullosa puede pertenecer que ser de los suyos !

- Del Hijo del Sol - respondió excitado Valverde.

- Y la Luna - murmuró Virsham suavemente.

Vió un castillo, una fortaleza inexpugnable hecha de luz. En su interior brillaba libre y soberana la garantía real del derecho a la inmortalidad.

Abrió los ojos de nuevo y centró su grave mirada en la de Virsham. El viento comenzó a agitarse trayendo aviso del cálido monzón, a lo lejos el cielo se iluminaba de un color violeta por el resplandor de los rayos que impetuosos descendían sobre la tierra. Tiempo de tormenta, tiempo cálido que traería la bendición del agua, de la promesa perenne de nueva vida para la agotada y seca tierra.

En lo alto de la montaña, sentados con el único techo de las estrellas, dos hombres se miraban frente a frente. Uno de ellos partiría un día de ese mundo, otro quedaría para mantener el fuego encendido del hogar de su familia. La rueda de las generaciones, el tiempo marcado por la vida, lugares por los que tenía que atravesar el ser humano.

Valverde miraba a aquel hombre que le había acompañado por aquel camino sagrado y ancestral que llevaba hasta lo más profundo del sueño. Un día dejaría de estar ahí, aquella llama viva que guardaba su interior volaría hacia un nuevo destino. Como Yesef sólo quedaría su esqueleto, y el recuerdo de su vivir en una piedra de luz .

- Camino, camino hacia las estrellas - susurró el anciano - Ese es el destino de los hijos del Sol cuando la Madre les da el nacimiento hacia el reino del Padre que se halla en la *Sharí*.

Juan bajó la cabeza y sintió su ave inmortal, aquella estrella que se hallaba amparada por el seno de la Tierra y que un día realizaría el vuelo a su origen. La muerte era la justicia que cortaba aquello que procedía de la Madre Tierra y aquello que procedía del Padre Sol. La vida era el milagro que los unía. Como el hilo de la respiración que le unía al aire, así era la conexión entre lo mortal y lo inmortal, entre lo finito y lo infinito.

-Ella nos otorgó el derecho a saber de nuestra inmortalidad - le dijo a Virsham - Al desear dicho privilegio se adquiere una obligación.

- Nosotros somos lo que recordamos a nuestro pueblo de su existencia - asintió el anciano tocándose de nuevo el pecho - La memoria de nuestro origen.

Comprendió la naturaleza de su clan, el hecho de que guardaran con tanto cariño leyendas que hablaban sobre un contacto entre el hombre y el Misterio. Habitantes de la Madre Tierra, soñadores de las estrellas, garantizaban el derecho del ser humano a ser vínculo consciente del misterio de la vida. A saber que tras la cáscara de su exterior una semilla sagrada se ocultaba en sus profundidades. Al pensar en aquella semilla un fuerte júbilo estalló en su pecho.

- *Orú* - gritó Valverde espontáneamente sintiendo la identidad de su esencia con el Misterio del Hijo.

El viento atrapó aquel sonido y lo transportó hacia todos los confines de la isla uniéndose al orgulloso canto de los seres vivos. Se sintió ausente de temor, libre al saber que nunca sería

vencido aquello que es inmortal. En aquel juego de ajedrez entre la luz y la oscuridad, entre la verdad y la mentira, siempre existiría un vencedor. Tal era la Ley gobernada por la Rueda del Tiempo.

Miró a aquel hombre que, lejos de las ideologías civilizatorias que sólo ocultaban la voluntad de dominio sobre el ser humano, vivía sano y alegre en la verdad de su isla. Recordó entonces a los guardianes y sintió aún más la lejanía entre aquello que era simplemente maquinación humana y lo que era creación divina. Escupió de desprecio recordando a aquellos hombres que, absortos en su sensación de dominio, creían hallarse en un mundo hecho a su imagen y semejanza. Reflejos de su propio espejo, sus ojos no contemplaban la cristalina verdad que mostraba la existencia. Virsham le miró severamente y meneó la cabeza.

- Un *Jashvir* recuerda sólo a los suyos - dijo con fiereza -. Olvidar y recordar, en eso consiste todo.

Valverde captó la tremenda fuerza que se escondía tras esas palabras. Toda su lucha se había basado en tratar de eliminar el recuerdo de lo odiado y conservar el recuerdo de lo amado. De nada servía mantener en el recuerdo al séquito de *Seth*, sólo eran sombras que se desvanecían por el tiempo. Se dió cuenta de que olvidar era mucho más que recordar que había que no recordar, olvidar era el acto puro de la eliminación en sí mismo de toda marca, de la aniquilación total en su interior de las sombras del enemigo. Recordar y olvidar eran la base de todo.

Miró hacia las estrellas y sintió que algún día viviría una purificación completa, un olvido absoluto de toda la maldad y falsedad del mundo humano. Sólo quedaría el ser, ningún poder sobre él tendría ya la tramoya de una cultura hecha para el privilegio de una minoría. Todo lo que no fuese luz sería exterminado, así de sencillo era el proceso.

- Nada he de temer - murmuró Juan comprendiendo al fin al Señor de la columna de fuego -. El es mi Juez.

- Nada has de temer - acarició el anciano la tierra -. Ella es tu Madre.

- El Len es el camino del medio - dijo sintiendo el misterio de aquella íntima conexión.

- La corriente de la existencia por la que navegan los *Jashvir* - respondió asintiendo Virsham -. Aquellos que son embarcación de su estrella.

Quedaron callados durante un largo rato. Parecía que tras todo aquello existiera una incógnita. Cuando colocaba el espejo de su mente, el *Hé*, sobre aquel río invisible sentía una sensación especial. Era como una chispita que tocase tímidamente en las puertas de su corazón, algo inaprensible y sutil que no conseguía identificar. Era como un soplo cálido que acariciase su interior, como un cosquilleo sutil que recorría su sangre, una verdad secreta que le uniese íntimamente con la vida.

- ¿Qué es esto que siento en mi pecho Virsham? - habló finalmente sorprendido de aquella extraña y curiosa sensación.

El anciano le miró sonriente y se encogió de hombros. Parecía divertido por aquello que le ocurría a Valverde. Finalmente murmuró una palabra que Juan no consiguió entender.

- Es su hechizo - le repitió de nuevo -. Tajante al desatar, suave al unir.

Juan comenzó a sentir que ese cosquilleo aumentaba cada vez más hasta sentir en su pecho una sensación similar a la apertura de una flor, como si su corazón fuera una copa en cuyo interior un sagrado líquido fuera vertido desde algún misterioso lugar. Era un sentimiento que ascendía como el fuego, un sensación placentera que descendía como el agua. Una

palabra prohibida apareció en su mente: amor.

Abrió los ojos desmesuradamente ante aquella fuerza viva que movía todo lo que se encontraba a su alrededor. Aquel hechizo misterioso era aquello que le había llevado a la isla, lo que le había hecho unirse a Shanila, lo que le había dado fuerzas para seguir avanzando.

- Hace falta valor para afirmar la verdad del corazón - susurró Virsham tocando con su mano izquierda en el pecho .

El anciano quedó un momento absorto y finalmente suspiró.

- A veces un hombre cae bajo el reinado del miedo - comenzó a balancear todo su cuerpo con las manos apretadas y juntas -. Allí el odio y la mentira se hacen sus guardianes impidiéndole escapar de su tiranía.

- Se disuelve perdiendo su unidad - respondió Valverde apretando fuertemente su puño derecho -. Pierde el poder de la alianza.

- Del sagrado clan que une a todos los justos de la Tierra bajo las alas del Espíritu - levantó sus brazos en exultante alegría el anciano.

Juan cerró los ojos sintiendo que el viento comenzaba a traer a la isla cantos de las cuatro direcciones de la tierra. Allí, en el centro del mundo, se unían todos los corazones de los hombres valientes que afirmaban la Ley. Un pueblo poderoso y sabio bebía del aire de todos ellos y cantaba al Uno desde la Tierra.

- Sólo existe una medicina para romper las cadenas del enemigo que impide la libre circulación de la vida - comenzó a hablar el hombre que iba a ser medico de su pueblo .

- Sólo una llave abre la puerta del Vencedor - respondió el anciano asintiendo .

- Es luz en el alma y calor en el cuerpo - respondió Valverde - Es vía que une, sentimiento que ata.

- La verdad y la vida.

- Amor.

El tiempo fue pasando y Valverde comenzó su práctica médica. Seguía aprendiendo de manos del anciano las virtudes medicinales de las plantas y el arte del *Rahash*. En aquellos casos en que la enfermedad de una persona podía ser vencida por Juan su maestro dejaba que fuera él el responsable de la cura. La base de su oficio consistía entonces en reconfortar los atribulados nervios y en recordar recordar la esencia, el vínculo con el sagrado clan de la especie. Por la rueda sabía que entrar en las puertas de una muerte, acceder al territorio oscuro de *Seth*, traía siempre la esperanza de un nuevo nacimiento que iluminaría una parcela más del ser íntimo de cada individuo.

Juan había aprendido a tener mucho respeto ante la caída de uno de los suyos por la perdida de vitalidad y la estancia en la enfermedad. Sabía que el tiempo era aliado de ellos, y que tras la oscuridad tenebrosa siempre se hallaba el Navegante que viajaba hacia un nuevo amanecer.

Por la vara de su clan, símbolo de la vida nerviosa del hombre, conocía los lugares donde las puertas se cerraban al libre flujo del vivir sano y espontáneo. Cada segmento de color se hallaba asociado a una zona corporal. La base de la curación se basaba en conseguir liberar los nudos, los cerrojos del alma, que impedían la apertura a la realidad viva. Lo único que tenía que hacer era recordar la luz, sabiendo con positiva seguridad que aquel misterio sagrado

haría el resto en la intimidad del corazón humano.

El miedo, que provoca la perdida de la verde esperanza, hace prisionero el corazón humano y le hace caer bajo el dominio de sus espectros, reflejos en la mente de esa reacción defensiva del animal ante lo que no puede reconocer ni dominar. Al igual que un hombre encerrado en una lóbrega prisión, en la que envuelto en la espesa oscuridad es asediado una y otra vez por voces impalpables de las que no puede defenderse, acaba finalmente asustado y encogido en un rincón sin capacidad de reacción alguna; así el enemigo consigue que el hombre claudique de su dignidad y acepte convertirse en una ser indefenso y sin futuro.

El odio, negación del vínculo de vida, surge entonces incontenible, buscando su salida de muerte, el chivo expiatorio que permita la venganza de aquel encierro. La mentira ofrece las palabras que puedan justificarlo a la conciencia, teje hilos de telaraña para que el monstruo satisfaga su sed de sangre. Poseedora de todas las palabras y de todos los lenguajes, permite construir la realidad mental que justifique la tiranía del miedo y la ignorancia.

Con su luz interior Juan trataba de ayudar, a aquel que lo necesitaba, a salir del laberinto infernal que habita en el alma humana. El fin del encierro era liberarse del tirano para retornar a la tierra iluminada por el Sol, a la realidad multicolor de la existencia. Lo hacía con la esperanza cierta de que una luz superior a la suya velaba en esa práctica sagrada.

No supo cuando comenzó a perder el miedo a no resultar infalible, a dejar de temer al fracaso que siempre quiebra la imagen de sí mismo y su exigencia de ser un ente que todo lo controla y domina. Al aceptar que el mundo de los hombres era el territorio de batalla entre el bien y el mal comprendió que en esa lucha siempre habrían derrotas que remontar, victorias que conseguir. En lo más íntimo de su ser guardaba la convicción profunda de que la vida triunfaba por la fuerza del amor que unía a todos los poderes del Universo. Ese era el canto de esperanza de los hombres-pájaro como él.

El amor a Shanila fue haciéndose cada vez más y más duradero, más placentero en su experiencia. Las pequeñas cosas de la vida comenzaron a tomar su verdadera dimensión ante la enormidad del misterio que le rodeaba. Poco a poco Juan comenzó a cantar, era como si el aire que inspiraba se transformara en su interior en sonidos que eran transportados por el viento. Resultaba como el mensaje más íntimo que pudiese expresar el corazón humano. Grito de la libertad del sentimiento.

El vínculo misterioso que unía a las dos serpientes de la vara del poder se le mostraba cada vez más nítido en su conciencia. El amor era fuego y era agua, era fresco y caliente, tranquilo y excitador, era el centro por donde todo se conectaba. Era el que guardaba y lo que tenía que ser guardado, la luz de la verdad y el calor de la vida. Era el hechizo supremo que unía, la llave con la que podía abrir los lugares invisibles, la alianza indisoluble, la fuerza invisible que dinamizaba la rueda. Su ausencia provocaba la parada de ésta, el estancamiento que producía que el río del vivir se convirtiera en aguas pantanosas donde la suciedad y la enfermedad comenzaban a reinar.

Implacable con su enemigo, Amor rompía todas las barreras, todas las cadenas de éste. Daba ánimos para superar el miedo incapacitante, la necedad de la ignorancia. Amor puro que cantaba desde su rojo sentir al verde de la vida. Inteligencia enamorada, no razón escindida tratando vanamente de controlar la experiencia de vivir. Mente espejo del corazón, no cárcel de frías rejas cuadriculadas. Vida para guardar su misterioso centro.

Un día se despertó sorprendido. Había soñado que Shanila era una de las estrella que

había alumbrado su largo peregrinar por la oscuridad, que era uno de los reflejos en el mundo de aquella Diosa a la que todos los poetas cantan. Sonrió divertido, ella era el placer de su cuerpo, la alegría de su alma. Se dijo que siempre lo más cercano era lo más difícil de valorar, que el amor era fácilmente olvidado por la miseria cotidiana, y era también lo más llorado cuando se perdía.

La miró dormida. Aquella persona que le acompañaba en los momentos más íntimos de su vida, aquella con la que compartía su sueño y su sexualidad; oyente de sus muchas quejas y angustias, de sus esperanzas e ilusiones. Hermosa morena mensajera del destino que abrió las puertas de su herido corazón, compañera de su suerte. Recordó cómo todo su ser sólo había deseado una cosa: poseerla, que le amara, que estuviera cerca de él. Aquella había sido su primera gran victoria.

Shanila abrió los ojos al sentirse contemplada. Aquellos ojos oscuros que al cruzarse con los suyos provocaron la chispa misteriosa en su interior seguían a su lado. Aquel misterio sagrado que tanto había buscado les había unido en una barca por el río del tiempo. Dos seres vivían juntos, compartían una misma suerte. Aquello era la esencia del amor, del vínculo brujo de la existencia.

Sentados en el porche de la casa de Virsham, dejaban que la brisa del atardecer trajera el mensaje de la aparición del dominio de la Reina sobre la Tierra. Juan pedía consejo al anciano médico sobre un sueño de poder que había tenido aquella noche

.

Un gigante poseído por un furor encendido levantaba una espada gritando con voz de trueno al manto oscuro de infinitas luces.

El anciano quedó absorto y callado largo rato. Inmóvil parecía escuchar algo invisible que se hallara en el aire, lentamente comenzó a sonreír asintiendo suavemente.

- Es hora de que partas al Viaje del Dragón - le respondió con el susurro de su voz gastada por el tiempo -. Al encuentro.

Juan le miró fijamente sabiendo lo que aquello significaba. Se refería a aquello que el joven guardián había realizado el día de su ascenso a la montaña. Su encuentro con el Señor de la Tormenta.

- Seguirás los vientos del Gran Poder - le dió el anciano su consejo -. Al lugar donde el Misterio hablará contigo.

Al día siguiente salió del pueblo sin saber cuanto tiempo tardaría en encontrar aquel lugar. Tras despedirse de Shanila había intentado hacerlo también con su suegro pero nadie le había sabido decir donde se hallaba. Suspiró y comenzó a andar por el camino, pensando en por qué el anciano no habría tenido la delicadeza de despedirse de él.

Ya en las afueras vió a lo lejos un hombre sentado bajo un gran árbol, en la orilla del camino. Al acercarse reconoció en aquella figura a Virsham que, sonriente, alzaba su mano abierta hacia él. Cuando Juan llegó a su altura le mostró enfáticamente la mano izquierda levantada al nivel de su rostro. Quedó suspenso mirando aquella palma donde podían verse los surcos de su historia.

- Quiero regalarte algo Shirkam - le dijo el viejo curandero extrayendo algo de su petate -. A

mí me lo dió mi maestro, que a su vez lo recibió del suyo.

Valverde fijó su atención en aquel objeto que le mostraba el anciano en su mano derecha. Parecía una piedra tallada a golpes, como una especie de hacha prehistórica, recuerdo del arte original del hombre. Al recibirlo sintió que aquella piedra tenía una antigüedad profunda y oscura, y que muchas manos antes que la suya habían recogido aquel utensilio.

- Ahora ve con mi bendición - le dijo tocándole con la mano derecha su cabeza .

Juan quedó callado mirando como el anciano cogía el camino de retorno a casa. Poco a poco su figura se fue perdiendo hasta desaparecer entre la espesura del sendero. Dió media vuelta y permaneció inmóvil contemplando fijamente el camino que él tenía que recorrer. Comenzó a andar sin pensar en nada, sólo guardando en su pecho la esperanza y reconfortado de manera extraña por aquella arma de piedra.

Anduvo y anduvo pasando pueblos, montañas y caminos sin saber exactamente donde detener su marcha. Finalmente quedó congelado contemplando un río que asomaba a sus ojos. Recordó tantas cosas al contemplarlo que sintió que el Len era la única vía para alcanzar su objetivo. El aire en aquel lugar era fresco, y el sonido de sus aguas parecían ninfas que susurraran algún misterioso canto a sus oídos. Algo le dijo que tenía que seguir simplemente el cauce de aquel río, que allí en su muerte encontraría el lugar sagrado donde se cumpliría su misión.

Sin mirar atrás comenzó a seguir su cauce, unas veces calmo y otras rugiente, unas con un canto bravío y otras meloso, el río le acompañaba en su viaje. El tiempo de andar comenzaba al surgir el Sol desde la puerta de Oriente, el tiempo de detenerse cuando llegaba a la de Occidente. Entonces la Luna mostraba todo su esplendor acompañada del séquito de estrellas de la *Sharí*.

Juan dejaba que su mirada se perdiera en aquel techo de estrellas. Tumbado en la tierra, sentía la protección de la Madre que le abría a su horizonte de visión la puerta del infinito. Meditaba entonces en cómo se vería la Tierra desde arriba, y recordó las imágenes de ésta cuando el hombre conquistó el espacio. Milagro de su generación que nunca otros ojos vieron, velo nunca abierto a su contemplación directa.

Iluminada por una poderosa luz una esfera azul envuelta en blanco velo por un lado y de negra faz en la que brillaban relámpagos por el otro, danzaba alrededor del gran fuego. La Madre de la Vida surcaba la nada del Universo.

Sus ojos caían entonces lentamente por el cansancio , de vez en cuando estrellas fugaces volaban de un lado para otro. Poco a poco un profundo sueño se apoderaba de él sumergiendole en los territorios de la profundidad de su ser. Despertaba por el canto de los pájaros y la luz sonriente que le cosquilleaba los párpados. Se despejaba en el río con sus frescas aguas y volvía entonces a continuar la marcha.

En las pausas reflexionaba sobre el misterio de aquella piedra tallada. Aquella piedra bruta había sido forjada a golpes por un antiguo antepasado con algún sentido que parecía escaparse de su comprensión. ¿Qué quería decir aquel hombre con ese acto?. No sentía que fuera una simple arma, parecía esconder algo más profundo aquella piedra que llamaban en la isla *zefás*, piedra del rayo.

Un día se detuvo inmovilizado por la belleza del escenario natural que se presentaba ante

sus ojos. El río caía en sucesivas cascadas para acabar unos kilómetros más allá en un mar de un color azulverdoso. A lo largo de su corriente se veían plantaciones en las que los frutos surgían multicolores desde la profundidad de la tierra.

Contempló largo rato aquel espectáculo, luego empujado por un impulso superior a él comenzó a descender por entre las rocas. Como poseído por un sueño avanzaba sin pensar en nada mientras el Sol se sumergía en las profundas aguas del mar dejando que su manto anaranjado cayera sobre la tierra.

Valverde llegó por fin a la orilla del mar, allí donde acaba el río. Las olas con sus idas y venidas parecían evocar un sonido antiguo, lleno de misterio y sabiduría. Hablaban quizás del misterioso viaje del Sol, o quizás del secreto profundo que guardaban sus entrañas. Lentamente los hijos de la *Sharí* comenzaron a mostrarse, compañeros eternos de la corona de la Madre que reflejaba el amor de su Señor.

Allí, sentado junto al origen de la vida, Valverde quedó en silencio contemplando aquella puerta que algún día atravesaría rumbo al infinito, cobijo de todos los mundos del Universo. Hizo el circulo mágico y marcó las sagradas cuatro direcciones que se unían al centro. Se sentó

y fumó la hierba milenaria de la serpiente. Aquel era el lugar donde aquel impulso quería descansar.

Contemplando el espacio creyó distinguir algo etéreo arriba a su izquierda. Era como una gran neblina verde y dorada que flotara en la negritud de la noche . Juan cabeceó pensando en alguna mala pasada de su imaginación, y bajó su mirada recordando su infancia sin saber el motivo.

Aquella era la Luna de Primavera, y allá en la tierra de su origen una fiesta se estaba celebrando. Recordó imágenes y se preguntó que día sería. Era Viernes Santo en Sevilla.

Nacido donde su madre quiso tenerle, aquel hombre había recorrido un largo camino para encontrarse a sí mismo. Liberado de la conciencia mecánica adquirida en su civilización, recobrada su condición natural, dominada su condición de macho por su condición humana, orientada ésta por la condición divina. Hombre como respuesta ante el Universo.

La Mar, la Luna, las estrellas acompañaban a aquel solitario hombre que se había apartado de su antigua identidad para adquirir una nueva, hecha por su propia búsqueda de respuestas ante el misterio de vivir.

Con los ojos cerrados sintió que alguien en su corazón le tocaba como un martillo toca una campana. Giró instintivamente su cabeza hacia la derecha y dió un fuerte respingo ante aquello que aparecía volando entre el horizonte de estrellas. Se levantó poseído por una especial alegría, era como un reencuentro largamente esperado en el fondo de su más profundo sueño.

Verde y dorada llama surcaba libre y veloz el aire en una sensación de conexión intima con su interior. Era como si de misteriosa manera, en aquel preciso instante y lugar, dos seres distintos e inteligentes se comunicaran. Vió como iba atravesando el mundo donde él habitaba, sintió que se despedía de él y así lo hizo también. De súbito, al hacer esa despedida, dos puntos rojos como ojos de fuego aparecieron para súbitamente sumergirse aquella llama viva en la oscuridad de la noche.

Un impulso vivo y espontáneo de libertad le hizo comenzar a brincar como un niño dando gritos de alegría. Aquel hombre que había conservado el sueño de su niñez había sido

recompensado. Gritó y gritó de excitación con una sensación que le llenaba de gozo.

¡Oh Mare,
Juan Valverde...
Había vencido !

FIN

¡Viviré !
mientras que el alma me suene.

Aquí estoy para morir
cuando me llegue

El canto del gitano.

EL CICLO

I. Y TU. Neofitos (El Neófito).

II. DESDE LA OSCURIDAD DE LA CARNE. Mistes (El Iniciado).

III. LA LUZ DEL CIELO VERAS. Epopté. (El Vidente).